

# NUNCANCÖCHE



JAY KRISTOFF

# NUNCA NOCHE

JAY KRISTOFF

Traducción de  
Manu Viciano

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para mis hermanas  
luz y oscuridad y todo lo hermoso que hay en medio*





No hay sombra sin su luz,  
el día por siempre persigue a la noche,  
entre el negro y el blanco  
está el gris.

Antiguo proverbio ashkahi

# CAVEAT EMPHOR

*La gente suele cagarse encima cuando se muere.*

*Sus músculos se relajan, su alma revolotea en libertad y lo que queda... sale fuera, sin más. Aun con la adoración que su público profesa a la muerte, los dramaturgos rara vez mencionan este hecho. Cuando nuestro héroe exhala por última vez en brazos de su heroína, nunca se refieren a la mancha que se extiende por sus calzas ni al olor que inunda de lágrimas los ojos de ella mientras se inclina para darle su beso de despedida.*

*Menciono esto a modo de advertencia, oh, gentiles amigos, de que vuestro narrador no comparte tales reparos. Y si las desagradables realidades del derramamiento de sangre os revuelven las entrañas, sabed desde el principio que estas páginas que tenéis en las manos hablan de una chica que fue al asesinato lo que los virtuosos a la música. Que hizo a los finales felices lo que una sierra hace a la piel.*

*Ella está muerta ya, noticia que iluminará el rostro tanto de malvados como de justos. Atrás quedaron las cenizas de una república. Una ciudad de puentes y huesos yace en el fondo del mar por sus actos. Y sin embargo, sin duda ella daría con la forma de matarme si supiera que he plasmado estas palabras sobre el papel. Me abriría en canal y me dejaría para la hambrienta Oscuridad. Pero creo que alguien debe al menos intentar separarla de los embustes que se han contado sobre ella. Por medio de ella. Por parte de ella.*

*Alguien que la conoció de verdad.*



*Una chica a la que algunos llamaron Hija Pálida. O la Coronadora. O Cuervo. Pero a la que la mayoría no llamó de ningún modo. Una asesina de asesinos, la cifra exacta de cuya cuenta de finales solo conocemos la diosa y yo. ¿Fue famosa o infame por esa cifra al término de sus días? ¿Por tanta muerte? Confieso que nunca he sabido ver la diferencia. Pero es que yo nunca he visto las cosas como las veis vosotros.*

*Nunca he vivido del todo en el mundo que llamáis propio.*

*Ni ella tampoco, en realidad.*

*Creo que por eso la amaba.*

# Libro 1

CUANDO TODO ES SANGRE

# CAPÍTULO 1

## PRIMERAS VECES

*El chico era hermoso.*

*Una piel suave como el caramelo, una sonrisa dulce como la melaza. Unos rizos negros al borde de pasarse de alborotados. Manos fuertes, músculo duro y unos ojos... Oh, Hijas, sus ojos. Cinco mil brazadas de profundidad. Te absorbían entre risas incluso mientras te ahogaban.*

*Los labios del chico rozaron los de ella, cálidos y sonrientes y suaves. Se habían quedado de pie, enredados, en el puente de los Susurros, un sonrojo púrpura destacado contra las curvas del cielo. Las manos del chico habían recorrido la espalda de ella, con una corriente de hormigueos. El leve roce de sus lenguas le había dado escalofríos, acelerado el corazón y provocado que sus entrañas ardieran de anhelo.*

*Se habían separado como bailarines antes de que se detuviera la música, con sus cuerdas aún vibrantes. Ella había abierto los ojos y lo había encontrado mirándola a través de la luz neblinosa. Por debajo de ellos arrullaba un canal de lento fluir, que se desangraba en el océano. Como ella deseaba que hiciera. Como debía. Rezando por no ahogarse.*

*Su última nuncanoché en la ciudad. Una parte de ella no quería despedirse. Pero antes de su partida, quiso saberlo. Se debía a sí misma eso, al menos.*

*—¿Estás segura? —preguntó él.*

*Ella había alzado la mirada hacia sus ojos.*

*Lo había cogido de la mano.*

*—Estoy segura —susurró.*

**E**l hombre era repugnante.

Una piel esclerótica, un mentón escaso y perdido entre pliegues de grasa con barba de pocos días. Un reflejo de saliva en su boca, el beso del whisky extendido por las mejillas y la nariz, y unos ojos... Oh, Hijas, sus ojos. Azules como el cielo quemado por los soles. Relucientes como estrellas en la quietud de la veroscuridad.

Los labios del hombre sorbieron de la jarra, apurando los posos mientras la música y la risa lo envolvían. Se meció en el corazón de la taberna un momento más, lanzó una moneda a la barra de madera de jabí y salió trastabillando a la luz de los soles. Los ojos del hombre recorrieron los adoquines que tenía delante, nublados por la bebida. Las calles empezaban a llenarse y el hombre se abrió camino entre el gentío, deseando solo llegar a casa y entregarse a un sueño sin sueños. No miró hacia arriba. No distinguió la silueta agachada sobre una gárgola de piedra en el tejado de enfrente, ataviada de blanco yeso y gris mortero.

La chica lo observó alejarse renqueando por el puente de los Hermanos. Levantó su máscara de arlequín para dar una calada al cigarrillo y dejó un rastro de humo con aroma a clavo en el aire. La visión de la sonrisa carroñera del hombre y sus manos en carne viva por las cuerdas le dio escalofríos, le aceleró el corazón y provocó que sus entrañas ardieran de anhelo.

Su última nuncanoché en la ciudad. Una parte de ella aún no quería despedirse. Pero antes de su partida, quiso que él lo supiera. Le debía eso, al menos.

Una sombra que adoptaba la forma de un gato estaba sentada en el tejado junto a ella. Era plana como el papel y semitraslúcida, negra como la muerte. Tenía la cola enroscada en torno al tobillo de la chica, casi con aire posesivo. La fría agua manaba fuera de las venas de la ciudad hacia el océano. Como ella deseaba que hiciera. Como debía. Todavía rezando por no ahogarse.

—... ¿estás segura?... —preguntó el gato que era sombras.

La chica vio cómo su objetivo se escabullía hacia su cama.

Asintió con la cabeza, despacio.

—Estoy segura —susurró.

*La habitación era pequeña y austera, lo único que podía permitirse. Pero ella había puesto velas de rosagría, un ramillete de nenúfares y sábanas blancas limpias, con las esquinas bajadas como para invitar al chico, que había sonreído ante la dulzura algodonosa de la escena.*

*Desde la ventana, la chica había contemplado la antigua y grandiosa ciudad de Tumba de Dioses. El mármol blanco y el ladrillo ocre y las elegantes agujas que besaban el cielo quemado por los soles. Al norte, las Costillas se alzaban decenas de metros hacia los cielos rojizos, con diminutas ventanas que miraban desde apartamentos excavados en el viejo hueso. Del hueco Espinazo manaban canales que se entrecruzaban en la piel de la ciudad como las redes de arañas enloquecidas. Las largas sombras envolvían las concurridas aceras mientras la luz del segundo sol se apagaba —el primer sol llevaba ya mucho tiempo desaparecido— y dejaba a su tercer, hosco y rojo hermano de guardia frente a los peligros de la nuncanoché.*

*¡Oh, ojalá hubiera habido veroscuridad!*

*De haberla, él no la vería.*

*No estaba segura de querer que la viera haciendo aquello.*

*El chico se acercó a ella por detrás, envuelto en sudor fresco y tabaco. Le rodeó la cintura con las manos y surcó sus caderas con unos dedos de hielo y llama. Ella respiró más fuerte, estremeciéndose en algún lugar profundo y antiquísimo. Las pestañas le hicieron cosquillas como alas de mariposa en la mejilla, mientras las manos de él ascendían en torno a su ombligo, bailaban sobre sus costillas, cada vez más arriba, hasta terminar envolviendo sus pechos. Sintió un cosquilleo y la piel de gallina al notar el aliento del chico en su pelo. Arqueó la espalda y se apretó contra la dureza del vientre de él, con una mano enredada en sus rizos rebeldes. No podía respirar. No podía hablar. No quería que aquello empezara ni que terminara.*

*Se volvió, suspiró con el nuevo encuentro de sus labios y llevó unos dedos torpes a los gemelos de las mangas arrugadas del chico, toda zarpas y sudor y temblores. Se quitaron las camisas y ella apretó sus labios contra los de él mientras se hundían en la cama. Ya solo estaban los dos. Piel contra piel. Ya no alcanzaba a saber si eran sus gemidos o los del chico.*

*La insoportable ansia la empapó del todo y exploró con manos temblorosas los contornos del pecho del chico, suaves como la cera, y luego la dura línea en forma de uve que bajaba hasta sus bombachos. Metió los dedos por debajo y rozó un calor palpitante, duro como el hierro. Aterrorador. Embriagador. Él gimió y se estremeció como un potro recién nacido con las caricias, suspirando en torno a su lengua.*

*La chica nunca había estado tan asustada.*

*Ni una sola vez en sus dieciséis años de vida.*

*—Joder —había susurrado.*

**L**a habitación era lujosa, de las que solo los más ricos podían permitirse.

Pero había botellas vacías sobre la cómoda y flores muertas en la mesita de noche, marchitas en el rancio olor de la miseria. La chica se consoló al ver a aquel hombre al que odiaba tan adinerado y tan absolutamente solo. Lo observó desde fuera de la ventana mientras el hombre colgaba su levita y apoyaba un tricornio maltrecho en una garrafa seca. Intentó convencerse de que podía hacerlo. De que era dura y afilada como el acero.

Desde el tejado de enfrente, la chica contempló la ciudad de Tumba de Dioses. Los adoquines ensangrentados y los túneles ocultos y las altas catedrales de brillante hueso. Las Costillas apuñalaban el cielo por encima de ella, y los retorcidos canales fluían del encorvado Espinazo. Las largas sombras envolvían las concurridas aceras mientras la luz del segundo sol se apagaba aún más —el primer sol llevaba ya mucho tiempo desaparecido— y dejaba a su tercer, hosco y rojo hermano de guardia frente a los peligros de la nuncanoches.

¡Oh, ojalá hubiera habido veroscuridad!

De haberla, él no la vería.

No estaba segura de querer que la viera haciendo aquello.

Extendiendo unos dedos hábiles, atrajo las sombras hacia ella. Tejió y retorció las finas hebras negras hasta hacerlas fluir sobre sus hombros como una capa. Se esfumó de la vista del mundo, se volvió casi traslúcida, como una manchita en un paisaje pintado de la ciudad. Saltó el vacío que la separaba de la ventana del hombre y se encaramó al alféizar. Después de abrir de prisa el cristal, se coló en la habitación que había al otro lado, silenciosa como el gato hecho de sombras que la seguía. Sacó un estilete del cinturón y respiró más fuerte, estremeciéndose en algún lugar profundo y antiquísimo. Agachada e invisible en una esquina, con las pestañas haciéndole cosquillas como alas de mariposa en la mejilla, vio cómo el hombre llenaba una copa con manos temblorosas.

Respiraba demasiado fuerte, con las lecciones que había aprendido revueltas en la mente. Pero el hombre estaba demasiado atontado para reparar en ella, perdido en algún recuerdo de los crujidos de mil cuellos estirados, de mil pares de pies bailando al son del verdugo. Los nudillos de la chica se volvieron blancos sobre el puño de la daga mientras observaba desde la penumbra. No podía respirar. No podía hablar. No quería que aquello empezara ni que terminara.

El hombre suspiró tras beber de su copa y se llevó unos dedos torpes a los gemelos de sus mangas arrugadas, todo zarpas y sudor y temblores. Se quitó la camisa, cojeó sobre los tablones y se hundió en la cama. Ya solo estaban los dos, aliento contra aliento. Ya no alcanzaba a saber si sería su final o el del hombre.

La espera era insoportable y el sudor la empapó del todo mientras la oscuridad se estremecía. Recordó quién era, lo que se había llevado ese hombre y todo lo que se desataría si fallaba. Se armó de valor, se quitó su capa de sombras y salió para enfrentarse a él.

El hombre ahogó un grito y saltó como un potro recién nacido mientras ella se asomaba a la roja luz de los soles con una sonrisa de arlequín en lugar de la propia.

La chica nunca había visto a nadie tan asustado.

Ni una sola vez en sus dieciséis años de vida.

—Joder —susurró.

*El chico se había puesto encima, con los bombachos en los tobillos. Sus labios en el cuello de ella y ella con el corazón en un puño. Había transcurrido una eternidad, en algún punto entre el anhelo y el temor, el amor y el odio, y entonces lo había sentido, cálido e increíblemente duro,*



*apretando contra la suavidad entre sus piernas. Inhaló, quizá para hablar — pero ¿qué iba a decir?— y llegó el dolor, el dolor, oh, Hijas, cómo dolía. Él estaba dentro de ella —eso estaba dentro de ella—, tan duro y auténtico que no pudo evitar un grito y morderse el labio para evitar que llegaran más.*

*El chico había sido descuidado, indiferente, aplastándola con su peso mientras empujaba una y otra vez. No se parecía en nada a las dulces ensoñaciones con que ella había llenado aquel momento. Las piernas abiertas y un nudo en el estómago y patadas contra el colchón deseando que él parara. Que esperara.*

*¿Era eso lo que debía sentir?*

*¿Era así como debía ser?*

*Si la cosa se torcía más tarde, aquella sería su última nuncanoché en el mundo. Y sabía de antemano que el primero solía ser el peor. Se había creído preparada: lo bastante blanda, lo bastante húmeda, lo bastante deseosa. Había creído que lo que decían las otras chicas de la calle entre risitas y miradas intencionadas no se cumpliría para ella.*

*—Cierra los ojos —le habían aconsejado—. No tardará demasiado en terminar.*

*Pero el chico pesaba mucho y ella intentaba no llorar, y deseó que no tuviera que ser de aquella forma. Había soñado con aquel momento, confiado en que sería un poco especial. Pero estando allí, lo consideró un asunto torpe y burdo. No había magia, ni fuegos artificiales, ni gozo a puñados. Solo la presión del chico contra su pecho, el dolor de sus embestidas y los ojos de la chica cerrados mientras daba respingos, ponía muecas de dolor y esperaba a que terminara.*

*El chico llevó sus labios a los de ella y los dedos a su mejilla. Y en ese instante hubo un atisbo de aquello, una dulzura que la hizo estremecerse de nuevo, pese a lo incómodo y lo asfixiante y lo doloroso que estaba siendo. Le*

*devolvió el beso y notó un calor por dentro, que la inundó y la llenó mientras todos los músculos del chico se tensaban. Él apretó la cara contra el pelo de ella, se estremeció con su pequeña muerte y terminó derrumbado sobre ella, blando, extinguido y laxo.*

*Allí tumbada, la chica respiró hondo. Se secó el sudor ajeno de los labios. Suspiró.*

*Él bajó rodando y se desplomó en las sábanas junto a ella. Al meter la mano entre las piernas, la chica encontró humedad, dolor. Le manchaba las yemas de los dedos y los muslos. Manchaba las sábanas blancas limpias con las esquinas bajadas, como para invitar al chico.*

*Sangre.*

*—¿Por qué no me has dicho que era tu primera vez? —preguntó él.*

*La chica no respondió. Tenía la mirada fija en el brillo rojo de sus dedos.*

*—Lo lamento —susurró él.*

*Entonces sí que lo miró.*

*Apartó la mirada igual de deprisa.*

*—No tienes nada que lamentar.*

**L**a chica se había puesto encima, reteniendo al hombre con las rodillas. La mano de él en la muñeca de ella y el estilete de la chica en su garganta. Transcurrió una eternidad, en algún punto entre la lucha y los siseos, los mordiscos y las súplicas, y por fin el puñal se había hundido, afilado e increíblemente duro, a través del cuello hasta rasparle la columna vertebral. El hombre se esforzó en inhalar, quizá para hablar —pero ¿qué iba a decir? —, y entonces ella vio en sus ojos el dolor, el dolor, oh, Hijas, cómo debía de dolerle. Eso estaba dentro de él —ella estaba dentro de él—, clavado con

fuerza mientras el hombre intentaba un grito y ella le tapaba la boca con la mano para evitar que llegaran más.

El hombre estaba aterrado, desesperado, dando manotazos a su máscara mientras ella hacía girar la hoja. No se parecía en nada a las espantosas ensoñaciones con que ella había llenado aquel momento. Las piernas abiertas y el cuello sangrando a borbotones, y patadas contra el colchón deseando que ella parara. Que esperara.

¿Era eso lo que debía sentir?

¿Era así como debía ser?

Si la cosa se hubiera torcido, aquella habría sido su última nuncanoché en el mundo. Y sabía de antemano que el primero solía ser el peor. Había creído que no estaría preparada: le faltaría fuerza, le faltaría frialdad. Había creído que las palabras tranquilizadoras del viejo Mercurio no se cumplirían para ella.

—Recuerda respirar —le había aconsejado—. No tardará mucho en terminar.

Él se revolvía y ella le impedía el movimiento, y se preguntó con todo su ser si siempre sería de aquella forma. Había imaginado que quizá aquel momento le diera cierta sensación de maldad. Un diezmo que pagar, no un instante que saborear. Pero estando allí, lo consideró un asunto hermoso y grácil. La columna vertebral del hombre arqueándose debajo de ella. El miedo en sus ojos cuando le arrancó la máscara de la cara. El resplandor de la hoja que había clavado, la mano sobre su boca mientras asentía y canturreaba con voz de madre para hacerlo callar, esperando a que terminara.

El hombre le dio un manotazo en la mejilla, al tiempo que el hedor de su aliento y su mierda llenaba la estancia. Y en ese instante hubo un atisbo de aquello, un horror que engendraba piedad, pese a que el hombre merecía aquel final y cien más como ese. La chica retiró su filo del cuello y lo hundió

en el pecho, y notó calor en las manos, que manaba y se escurría mientras todos los músculos del hombre se tensaban. Él le agarró los nudillos, suspiró con su muerte y terminó desinflado debajo de ella, blando, extinguido y laxo.

A horcajadas sobre él, la chica respiró hondo. Saboreó la sal y el rojo. Suspiró.

Bajó rodando y arrugó las sábanas a su alrededor. Al tocarse la cara, la chica encontró humedad, calor. Le manchaba las manos y los labios.

Sangre.

—Escúchame, Niah —susurró—. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Esta vida, este final, mi presente para ti. Tenlo cerca.

El gato que era sombras la observaba desde el cabecero de la cama. La observaba como solo pueden hacerlo quienes no tienen ojos. No dijo ni una palabra.

No hacía falta.

*Luz de soles amortiguada en su piel. Pelo azabache, empapado en sudor y cayendo sobre los ojos. Se subió sus calzas de cuero, se pasó una camisa gris mortero por la cabeza y se puso sus botas de piel de lobo. Dolorida. Manchada. Pero de algún modo, orgullosa de estarlo. Sintiendo algo parecido a la satisfacción.*

*—La habitación está pagada para toda la nuncanochec —había dicho—, si la quieres.*

*El dulcechico la miró desde el otro lado de la cama, con la cabeza apoyada en el codo.*

*—¿Y mi paga?*

*Ella señaló un monedero que había al lado del espejo.*

*—Eres más joven que mis habituales —había dicho él—. No me caen*

*muchas primeras veces.*

*Entonces la chica se miró en el espejo: piel pálida y ojos oscuros. Más joven de lo que cabría esperar por su edad. Y aunque las pruebas que demostraban lo contrario seguían secándose en su piel, por un momento aún le costó pensar en sí misma como en nada más que una niña. En algo débil y tembloroso, algo que dieciséis años en aquella ciudad no habían logrado atemperar.*

*Se había metido la camisa dentro de las calzas. Había comprobado la máscara de arlequín en su capa. El estilete en el cinturón. Brillante y afilado.*

*El verdugo no tardaría mucho en salir de la taberna.*

*—Tengo que irme —había dicho.*

*—¿Puedo hacerte una pregunta, mi dona?*

*—Pregunta.*

*—¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?*

*—¿Por qué no?*

*—Eso no es una respuesta.*

*—Crees que debería haberme reservado, ¿es eso? ¿Que soy un presente para otorgar y ahora se ha echado a perder para siempre?*

*El chico no dijo nada y siguió mirándola con aquellos ojos tan profundos. Hermoso como un retrato. La chica sacó un cigarrillo de una pitillera de plata. Lo encendió con una vela. Aspiró fuerte.*

*—Solo quería saber cómo era —dijo después—. Por si muero. —Se encogió de hombros y exhaló gris—. Ahora lo sé.*

*Y caminó al interior de las sombras.*

**L**uz de soles amortiguada en su piel. Capa gris mortero fluyendo desde sus hombros, convirtiéndola en una sombra a la luz mortecina. Estaba bajo un

arco de mármol en la *piazza* del Rey Mendigo. El tercer sol pendía sin rostro del cielo, secando los recuerdos del final del verdugo en las manchas de sangre de sus manos. Secando los recuerdos de los labios del dulcechico en las manchas de sus calzas. Dolorida. Suspirando. Pero de algún modo, orgullosa de estarlo. Sintiendo algo parecido a la satisfacción.

—No has muerto, por lo que veo.

El viejo Mercurio la miraba desde el otro lado del arco, con el tricornio calado en la frente y un cigarrillo en los labios. Por algún motivo, parecía más pequeño. Más delgado. Más viejo.

—No porque no lo intentaran —respondió la chica.

Entonces la chica lo miró: manos manchadas y ojos decrepitos. Más viejo de lo que cabría esperar por su edad. Y aunque las pruebas que demostraban lo contrario hacían costras en su piel, por un momento aún le costó pensar en sí misma como en nada más que una niña. En algo débil y tembloroso, algo que seis años bajo la tutela de Mercurio no habían logrado atemperar.

—Tardaré mucho tiempo en volver a verte, ¿verdad? —le preguntó—. Puede que nunca volvamos a vernos.

—Ya lo sabías —repuso él—. Tú lo elegiste.

—No estoy segura de que en algún momento tuviera elección.

Abrió el puño y tendió un monedero de piel de oveja. El anciano tomó la ofrenda y contó lo que contenía con un dedo manchado de tinta. Ensangrentados. Tintineantes. Veintisiete dientes.

—Parece que el verdugo perdió unos cuantos antes de que llegara yo —explicó ella.

—Lo entenderán. —Mercurio lanzó los dientes de vuelta a la chica—. Preséntate en el decimoséptimo muelle antes de la sexta campanada. Un bergantín dweymeri llamado *Pretendiente de Trelene*. Es una nave libre, que no navega bajo bandera itreyana. Te llevará a partir de ahí.

—A un lugar donde no puedes seguirme.

—Te he entrenado bien. Esto es para ti sola. Cruza el umbral de la Iglesia Roja antes del primer giro de séptimus o no lo cruzarás jamás.

—Entendido.

El afecto relució en unos ojos reumáticos.

—Eres la mejor discípula que he enviado jamás al servicio de la Madre. En ese lugar extenderás tus alas y volarás. Y sí que volverás a verme otra vez.

La chica sacó el estilete de su cinturón. Lo ofreció sobre su antebrazo, con la cabeza inclinada. La hoja estaba trabajada a partir de hueso de tumba, blanca, brillante y dura como el acero, y la empuñadura tenía la forma de un cuervo volando. Los ojos de ámbar rojo brillaron a la luz de soles escarlata.

—Quédatelo. —El anciano sorbió por la nariz—. Es tuyo de nuevo. Te lo has ganado. Por fin.

La chica movió el puñal para contemplarlo desde todos los ángulos.

—¿Debería ponerle nombre?

—Podrías, supongo. Pero ¿con qué objeto?

—Bueno, podría usar el mismo estilete. —Tocó la punta del arma—. Y tallarlo en cualquier parte.

—Oh, hilarante. ¿No te pasas un poco de lista?

—Todas las grandes hojas tienen nombre. Es así y ya está.

—Gilipolleces. —Mercurio cogió la daga y la sostuvo entre ellos—. Poner nombre a tu hoja es la clase de chorrada que se reserva para los héroes, chica. Para hombres sobre los que se componen canciones, se deforman historias y en cuyo honor se pone su nombre a los niños. Tú y yo recorreremos el camino de la sombra. Y si danzas en él como es debido, nadie sabrá jamás tu nombre, así que no digamos ya el del pinchacerdos que llevarás al cinto.

»Serás un rumor. Un susurro. El pensamiento que despierta a los hijos de puta de este mundo sudando en plena nuncanoché. Lo último que vas a ser

jamás en este mundo, chica, es la heroína de alguien. —Mercurio le devolvió el estilete—. Pero sí que serás una chica que los héroes teman.

Ella sonrió, con una tristeza repentina y terrible. Se quedó un momento más. Se inclinó hacia el anciano. Regaló a las mejillas de papel de lija un suave beso.

—Te echaré de menos —dijo.

Y caminó al interior de las sombras.



# CAPÍTULO 2

## MÚSICA

*El cielo lloraba.*

*O eso le había parecido a ella. La niña sabía que el agua que caía de la mancha de color carbón que había encima se llamaba «lluvia». Acababa de cumplir los diez años, pero tenía edad suficiente para saber eso. Y aun así, se le antojaba que caían lágrimas de aquella cara gris de algodón de azúcar. Gélidas en comparación con las suyas, y sin sal ni punzadas de dolor dentro; pero sí, no cabía duda de que el cielo lloraba.*

*¿Qué otra cosa podía haber hecho en un momento como aquel?*

*Había estado de pie en el Espinazo, sobre el foro, con brillante hueso de tumba a sus pies y el viento frío en el pelo. Se había congregado gente en la piazza de abajo, todos bocas abiertas y puños cerrados. Tan apelotonados en torno al tablado que ocupaba el centro del foro que la niña se había preguntado qué pasaría si lo tiraban, si en ese caso permitirían que los prisioneros que había en él volvieran a casa.*

*Oh, ¿verdad que sería maravilloso?*

*Nunca había visto a tanta gente junta. Hombres y mujeres de diferentes formas y tamaños, y niños no mucho mayores que ella. Llevaban ropa muy fea y sus aullidos la habían asustado, tanto que había levantado el brazo, cogido la mano de su madre y apretado fuerte.*

*Su madre no dio signos de enterarse. Tenía la mirada fija en el tablado, igual que todos los demás. Pero ella no escupía a los hombres que había de pie ante las horcas, no tiraba comida podrida ni siseaba «traidor» entre dientes apretados. La dona Corvere solo estaba allí plantada, con el vestido negro manchado de las lágrimas del cielo, como una estatua sobre una tumba que aún no estaba llena.*

*Aún no. Pero pronto.*

*La niña había querido preguntar por qué su madre no sollozaba. No sabía lo que significaba la palabra «traidor» y también quería preguntarlo. Y sin embargo, de algún modo sabía que estaba en un sitio donde las palabras no tenían lugar. De modo que se quedó callada.*

*Se limitó a mirar.*

*Había seis hombres en el tablado de abajo. Uno llevaba capucha de verdugo, negra como la veroscuridad. Otro llevaba túnica de sacerdote, blanca como las plumas de paloma. Los otros cuatro tenían cuerdas en torno a las muñecas y rebelión en los ojos. Pero a medida que el verdugo fue colocando los nudos en cada cuello, la niña vio cómo el desafío abandonaba sus mejillas a la vez que la sangre. En los años que vendrían, le dirían una y otra vez lo valiente que había sido su padre. Pero viéndolo en aquel momento, al final de la hilera de cuatro hombres, supo que estaba asustado.*

*No pasaba de los diez años y ya conocía el color del miedo.*

*El sacerdote había dado un paso adelante y un golpe en los tablones con el pie de su báculo. Tenía una barba que parecía un seto y unos hombros que parecían de buey, lo que le daba más aspecto de bandido que había asesinado a un hombre santo para robarle la ropa que de hombre santo propiamente dicho. Los tres soles que pendían de una cadena que llevaba al cuello intentaban relucir, pero las nubes del cielo lloroso les negaban el permiso.*

*Tenía la voz densa como el caramelo, dulce y oscura. Pero estaba hablando de crímenes contra la República Itreyana. De engaños y traición. El santo bandido invocó a la Luz como testigo —la niña se preguntó si la Luz tendría elección— y nombró a los hombres uno a uno.*

*—Senador Claudio Valente. Senador Marconio Albari. General Gayo Maxinio Antonio. Justicus Darío Corvere.*

*El nombre del padre de la niña, como la última nota de la canción más triste que hubiera oído jamás. Los ojos se le llenaron de lágrimas que emborronaron el mundo hasta dejarlo sin forma. Qué pequeño y pálido estaba, allí abajo en aquel mar aullante. Qué solo. La niña lo recordaba tal y como había sido, no hacía tanto tiempo: alto, orgulloso y, oh, tan tan fuerte. Su armadura de hueso de tumba blanca como el invierno profundo, su capa fluyendo en ríos carmesíes desde sus hombros. Sus ojos, azules y brillantes, arrugados en las comisuras cuando sonreía.*

*La armadura y la capa ya no estaban, reemplazadas por harapos de mugrienta arpillera y cardenales como bayas gordas y moradas por toda la cara. Tenía el ojo derecho cerrado por la hinchazón, y el otro fijo en sus pies. La niña deseaba con toda su alma que la mirara. Deseaba que volviera a casa.*

*—¡Traidor! —gritaba la muchedumbre—. ¡Haced que baile!*

*La niña no sabía a qué se referían. No oía ninguna música.[1]*

*El santo bandido había mirado hacia las almenas, a los nacidos de la médula y los políticos reunidos en lo alto. Parecía que el Senado entero había acudido al espectáculo: casi un centenar de hombres en sus túnicas ribeteadas en púrpura, observando el cadalso de debajo con ojos despiadados.*

*A la derecha de los senadores había un grupo de hombres con armaduras blancas. Capas de color rojo sangre. Espadas envueltas en llamas,*

desenfundadas en sus manos. Los llamaban los *Luminatii*, eso la niña lo sabía bien. Habían sido los hermanos de armas de su padre antes de la traición, que era, suponía ella, lo que hacían los traidores.

¡Cuánto ruido había!

Entre los senadores se encontraba un hermoso hombre de cabello oscuro, con unos ojos negros y penetrantes. Llevaba una espléndida túnica tintada del púrpura más profundo, la vestimenta de un cónsul. Y la niña que, oh, tan poco sabía, sabía al menos que era un hombre poderoso. Que estaba muy por encima de los sacerdotes, los soldados y la plebe que pedía a gritos un baile cuando no había melodía. Si ese hombre lo dijera, la multitud dejaría marchar a su padre. Si ese hombre lo dijera, el Espinazo se quebraría y las Costillas se desharían en polvo, y Aa, el mismísimo Dios de la Luz, cerraría sus tres ojos y llevaría la bendita oscuridad a aquel espectáculo terrible.

El cónsul había dado un paso adelante. La muchedumbre de abajo quedó en silencio. Y mientras el hombre hermoso hablaba, la pequeña apretó la mano de su madre con esa clase de esperanza que solo los niños conocen.

—Aquí, en la ciudad de Tumba de Dioses, bajo la Luz de Aa, Aquel que Todo lo Ve y por consenso unánime del Senado Itreyano, yo, el cónsul Julio Scaeva, declaro a los acusados culpables de insurrección contra nuestra gloriosa república. Solo puede haber una condena para quienes traicionan a la ciudadanía de Itreya. Solo una condena para quienes volverían a encadenar esta gran nación bajo el yugo de los reyes.

La respiración de la niña cesó.

Su corazón se estremeció.

—La muerte.

Un rugido, que caló en la niña como la lluvia. Y había pasado una mirada de ojos como platos desde el hermoso cónsul al santo bandido y luego a su madre —madre querida, haz que paren—, pero los ojos de su madre estaban

*fijos en el hombre del cadalso. Solo un leve movimiento de su labio inferior revelaba su agonía. Y la niña no pudo soportarlo más, y el chillido se desató en su interior y escapó por su boca*

*nonono*

*y las sombras de todo el foro tiritaron ante su furia. El negro en torno a los pies de cada hombre, cada doncella y cada niño, la oscuridad que arrojaba la luz de los soles ocultos, por tenue y escasa que fuese... creedme, oh, gentiles amigos: esas sombras temblaron.*

*Pero nadie se dio cuenta. A nadie le importó.[2]*

*Los ojos de la dona Corvere no se despegaron de su marido mientras asía a la niña y la llevaba hacia ella. Un brazo en torno a su pecho. Una mano en su cuello. Tan firmes que la pequeña no podía moverse. No podía girarse. No podía respirar.*

*Ahora estáis imaginándooslo: una madre con la cara de su hija apretada contra la falda. La loba con el pelo erizado, escudando a su cachorra del asesinato que se desarrollaba por debajo de ellas. Estaríais en vuestro derecho si la imaginarais así. En vuestro derecho y equivocados. Porque la dona sostenía a su hija mirando hacia fuera. Hacia fuera, para que pudiera saborearlo todo. Hasta el último bocado de aquella comida amarga. Hasta el último mendrugo.*

*La niña había visto cómo el verdugo comprobaba todos los nudos, uno por uno. Se había acercado renqueando al borde de la tarima y se había levantado la capucha para escupir. La niña captó un atisbo de su rostro, dientes amarillos barba rala gris labio leporino adiós. Algo en su interior chilló No mires, no mires y había cerrado los ojos. Y su madre había apretado con más fuerza y susurrado, tajante como una cuchilla:*

*—Nunca te encojas. Nunca temas.*

*La niña sintió las palabras en el pecho. En el lugar más profundo y más*

oscuro, donde la esperanza que los niños respiran y los adultos añoran se marchitaba y caía, flotando como cenizas en el viento.

*Y había abierto los ojos.*

*Él había alzado la mirada entonces. Su padre. Solo un instante, a través de la lluvia. La chica se preguntaría a menudo, en las nuncanoches venideras, qué había pensado su padre en ese momento. Pero no había palabras que pudieran cruzar aquel velo siseante. Solo lágrimas. Solo el cielo sollozando. Y el verdugo tiró de su palanca y el suelo se abrió. Y para horror de la niña, por fin lo entendió. Por fin la oyó.*

*Música.*

*La elegía de la muchedumbre clamorosa. El latigazo de la cuerda tensa. El guj-guj-guj de los ahorcados en contrapunto a los aplausos del santo bandido y el hermoso cónsul y un mundo torcido y podrido. Y al ritmo de aquella espantosa melodía, dando patadas y con el rostro amoratándose, su padre había empezado a bailar.*

*Papi...*

*—Nunca te encojas. —Un frío susurro en su oreja—. Nunca temas. Y nunca, jamás, olvides.*

*La niña asintió despacio.*

*Exhaló la esperanza de su interior.*

*Y había visto morir a su padre.*

**E**staba de pie en la cubierta del *Pretendiente de Trelene* viendo cómo la ciudad de Tumba de Dioses se volvía cada vez más pequeña. Los puentes y las catedrales de la capital se difuminaron hasta que solo quedaron las Costillas, dieciséis arcos de hueso que se alzaban decenas de metros en el aire. Pero mientras miraba, mientras los minutos se fundían en horas, incluso

aquellas agujas titánicas se precipitaron horizonte abajo y se desvanecieron en la neblina.[3]

Se aferraba a la borda blanqueada por la sal, con costras de sangre seca bajo las uñas. Llevaba un estilete de hueso de tumba al cinto y los dientes de un verdugo en el monedero. Sus ojos oscuros reflejaban el taciturno sol rojo del cielo, mientras el eco más azul de su hermano pequeño titilaba en el cielo de occidente.

El gato que era sombras la acompañaba. Se hacía charco en la oscuridad de sus pies hasta que lo necesitara. Porque claro, allí se estaba más fresquito. Un tipo listo podría haberse fijado en que la sombra de la chica era un poco más oscura que las demás. Un tipo listo podría haberse fijado en que era lo bastante oscura para dos.

Por suerte, a bordo del *Pretendiente* había escasez de tipos listos.

La chica no era hermosa. Sí, los relatos que habréis escuchado sobre la asesina que destruyó la República Itreyana sin duda la describían como una belleza ultraterrena, toda piel blanca como la leche, esbeltas curvas y labios arqueados. Y es cierto que poseía todas esas cualidades, pero la composición resultaba... un poco descuadrada. A fin de cuentas, «blanca como la leche» es un eufemismo para decir «macilenta». «Esbelta» es la forma en que los poetas dicen «escuálida».

Tenía la piel pálida y las mejillas hundidas, lo que le daba un aspecto cansado y hambriento. El cabello, negro azabache, le llegaba a las costillas salvo por un flequillo autoinfligido y torcido. Sus labios y la piel de debajo de los ojos parecían siempre magullados, y se había roto la nariz al menos una vez.

Si su rostro fuese un misterioso puzle, la mayoría lo devolvería a la caja sin resolver.

Para colmo, era bajita. Flaca como un palo. Apenas tenía culo suficiente

para sostener sus calzas. No era una belleza por la que morirían amantes, por la que marcharían ejércitos ni por la que un héroe degollaría a un dios o a un daimón. Seguro que esto contradice lo que os han explicado vuestros poetas. Pero la chica no iba escasa de encantos, gentiles amigos. Y joder, vuestros poetas mienten más que hablan.

El *Pretendiente de Trelene* era un bergantín de dos palos tripulado por marineros de las islas de Dweym, con los cuellos adornados por collares de diente de draco en homenaje a su diosa, Trelene.<sup>[4]</sup> Conquistados por la República Itreyana un siglo antes, los dweymeri eran oscuros de piel y sacaban más de una cabeza al itreyano medio. Según la leyenda, descendían de las hijas de gigantas que yacieron con hombres de lengua de plata, pero la logística de dicha leyenda se derrumba ante cualquier escrutinio serio.<sup>[5]</sup> Dicho en pocas palabras, eran un pueblo de individuos grandes como bueyes y duros como clavos, y su tendencia a adornarse los rostros con tatuajes de tinta de leviatán no ayudaba mucho a dar una buena primera impresión.

Al margen de su temible apariencia, los dweymeri trataban a sus pasajeros, más que como huéspedes, como obligaciones sagradas. Y por ello, dar problemas a la chica de dieciséis años que llevaban a bordo, viajando sin compañía y armada solo con una esquirra de hueso de tumba afilado, sería lo último que pasaría por la mente de los marineros. Por desgracia, a bordo del *Pretendiente* había varios tripulantes nuevos que no habían nacido en Dweym. Y a uno de ellos aquella chica solitaria le pareció presa fácil.

Es cierto el dicho de que, salvo estando a solas —y en algunos tristes casos, incluso entonces—, siempre puede contarse con la compañía de necios.

Llevaba bien su corta estatura. Era un mozo itreyano con una sonrisa lo bastante agradable para ganarle unas muescas al cabezal de la cama y un sombrero de fieltro adornado con una pluma de pavo real. Aún faltaban siete



semanas para que el *Pretendiente* atracara en Ashkah y, para algunos, siete semanas suponían una espera muy larga teniendo solo una mano por compañía. Así que el mozo se apoyó en la borda junto a la chica y le sonrió con una inclinación de pluma.

—Eres una preciosidad —le dijo.[6]

Ella lo miró el tiempo justo para tomarle la medida y luego volvió aquellos ojos negros como el carbón de nuevo hacia el mar.

—No tengo nada de lo que tratar con vos, señor.

—Vamos. No seas así, guapa. Solo estoy siendo agradable.

—Tengo amigos de sobra, muchas gracias, señor. Por favor, dejadme en paz.

—A mí no me parece que tengas muchos, chavala.

Extendió una mano demasiado amable para apartarle un pelo de la mejilla. Ella se volvió y se acercó a él con una sonrisa que, a decir verdad, era su rasgo más hermoso. Y mientras hablaba, empuñó su estilete y lo apretó contra la fuente del infortunio en la mayoría de los hombres, ensanchando la sonrisa al tiempo que lo hacían los ojos de él.

—Volved a ponerme la mano encima, señor, y daré de comer vuestras alhajas a los putos dracos.

El pavo real dio un chillido cuando ella apretó más fuerte contra el corazón de sus problemas, sin duda ya un problema menor que un momento antes. Palideciendo, retrocedió antes de que algún compañero pudiera ser testigo de su indiscreción. Y tras ofrecer a la chica su mejor reverencia, se escabulló para convencerse a sí mismo de que, a fin de cuentas, quizá su mano fuese mejor compañía.

La chica se volvió otra vez hacia el mar. Y deslizó la daga en su cinturón.

No iba escasa de encantos, como os decía.

Para evitar más atenciones, la chica evitó dejarse ver y salía solo para comer o tomar el aire en la calma de la nuncanoché. En la hamaca de su camarote, estudiando los tomos que el viejo Mercurio le había regalado, estaba bastante satisfecha. Le dolían los ojos por la caligrafía ashkahi, pero el gato que era sombras la ayudaba con los pasajes más difíciles, hecho un ovillo entre los pliegues de su cabello y mirando por encima de su hombro mientras ella estudiaba las *Verdades arkímicas* de Hypaciah y un ejemplar decrépito de las *Teorías sobre las Fauces* de Plienes.<sup>[7]</sup>

Estaba absorta en las *Teorías*, con su ceño liso mancillado por un fruncimiento.

—... *prueba otra vez...* —susurró el gato.

La chica se frotó las sienes e hizo una mueca.

—Me está dando dolor de cabeza.

—... *ay, pobrecilla, ¿te doy un beso, a ver si mejora?...*

—Esto está escrito para niños. A todos los mocosos les enseñan estas cosas.

—... *no se escribió para lectores itreyanos...*

La chica devolvió su atención a la caligrafía enrevesada. Carraspeó y leyó en voz alta.

—«Los cielos de la República Itreyana están iluminados por tres soles, que la creencia popular considera los ojos de Aa, el Dios de la Luz. No es casualidad que a menudo la sucia plebe haga referencia a Aa como “Aquel que Todo lo Ve”.» —La chica enarcó una ceja y miró al gato-sombra—. Yo me lavo con frecuencia.

—... *plienes era un elitista...*

—Un mamón, querrás decir.

—... *continúa...*

Un suspiro.

—«El mayor de los tres soles es una esfera roja y llameante llamada Saan. El Vidente. Paseando por los cielos como un maleante sin nada mejor que hacer, Saan permanece visible casi cien semanas seguidas. El segundo sol se llama Saai. El Conocedor. Es más pequeño y de cara azul, que sale y se pone más deprisa que su hermano...»

—... *que su pariente...* —corrigió el gato— ... *en ashkahi antiguo, los nombres no tienen género...*

—«Más deprisa que su pariente. Nos visita durante unas catorce semanas seguidas y luego pasa casi el doble de ese tiempo al otro lado del horizonte. El tercer sol es Shiih. El Observador. Es un gigante amarillo y tenue que tarda casi tanto como Saan en vagar a lo largo y ancho del cielo.»

—... *muy bien...*

—«Por culpa del lento discurrir de los tres soles, los ciudadanos itreyanos conocen la auténtica noche, a la que llaman “veroscuridad”, solo durante un breve intervalo cada dos años y medio. Durante todas sus otras veladas, veladas en las que los itreyanos anhelan un momento de oscuridad para beber con sus camaradas, hacer el amor con sus seres queridos...» —La chica se detuvo—. ¿Qué significa *oshk*? Mercurio no me enseñó esa palabra.

—... *no me sorprende...*

—Entonces, tiene algo que ver con el sexo.

El gato pasó a su otro hombro sin perturbar ni un solo mechón de pelo.

—... *significa «hacer el amor cuando no hay amor»...*

—Bien. —La chica asintió con la cabeza—. «... hacer el amor con sus seres queridos, follarse a sus putas o cualquier combinación de las anteriores, deben soportar la luz constante de la nuncanoches, alumbrada por uno o más ojos de Aa en los cielos. Casi tres años seguidos, en ocasiones, sin un atisbo siquiera de auténtica oscuridad.»

La chica cerró el libro de golpe.

—... *excelente*...

—Me va a estallar la cabeza.

—... *la escritura ashkahi no era para mentes débiles*...

—Vaya, muchísimas gracias.

—... *no lo decía con ese sentido*...

—Sin duda. —La chica se levantó, se desperezó y se frotó los ojos—.

Vamos a tomar el aire.

—... *ya sabes que yo no respiro*...

—Respiraré yo. Tú puedes mirar.

—... *como desees*...

Salieron juntos a la cubierta. Los pasos de la chica no llegaban a susurros, y los del gato no eran nada. El rugido del viento que señalaba la llegada de la nuncanoché los esperaba arriba, mientras el recuerdo azul de Saai se desvanecía poco a poco en el horizonte y quedaba solo Saan con su lúgubre brillo rojizo.

La cubierta del *Pretendiente* estaba casi desierta. Había un timonel inmenso y con la cara deforme, dos vigías en las cofas y un joven grumete (que aun así le sacaba dos palmos de altura) dormitando apoyado en el palo de su mocho y soñando con los brazos de su doncella. El barco llevaba ya quince giros surcando el mar de las Espadas, con la costa serrada de Liis al sur. La chica distinguió otro barco en la lejanía, borroso a la luz de Saan. Era un acorazado pesado, que navegaba bajo el triple sol de la armada itreyana y hendía las olas como una daga de hueso de tumba hendiría el cuello de un viejo verdugo.

El sangriento final que le había regalado al verdugo le pesaba en el pecho. Pesaba más que el recuerdo de la suave dureza del dulcechico, que el sudor que le había dejado secar en la piel. Aunque ese esqueje se convertiría en una

asesina a la que otros asesinos temieran con razón, en ese momento era una doncella recién arrancada, y los recuerdos de la expresión del verdugo mientras le abría el cuello la tenían... atribulada. Ya es bastante intenso ver cómo una persona resbala desde el potencial de la vida y cae a la finalidad de la muerte, pero lo es muchísimo más ser quien la empuja. Y pese a todas las enseñanzas de Mercurio, ella todavía era una chica de dieciséis años que acababa de cometer su primer asesinato.

Su primer asesinato premeditado, al menos.

—Hola, guapa.

La voz la sacó de su ensoñación y se maldijo por novata. ¿Qué le había enseñado Mercurio? «Nunca des la espalda a la habitación.» Y aunque podía haber puesto por excusa que su reciente derramamiento de sangre constituía una distracción válida, o que la cubierta de un barco no era una habitación, casi pudo oír la vara de sauce que el viejo asesino habría alzado por respuesta. «¡Sube las escaleras dos veces! —habría ladrado—. ¡Dos para arriba y dos para abajo!»

Se volvió y vio al joven marino con el gorro de pluma de pavo real y su sonrisa de muesca en el cabezal. A su lado había otro hombre, ancho como un puente, cuyos músculos tensaban las mangas de su camisa como nueces embutidas en sacos mal cosidos. Itreyano también, a juzgar por su aspecto: moreno, de ojos azules y con el lustre apagado de las calles de Tumba de Dioses tallado en la mirada.

—Esperaba verte otra vez —dijo Pavo Real.

—El barco no es lo bastante grande como para que pudiera confiar en que no, señor.

—Conque señor, ¿eh? La última vez que hablamos, me amenazaste con cercenar mis partes más preciadas y dárselas de comer a los peces.

Ella miraba al chico. Observaba de reojo al saco repleto de nueces.

—No era una amenaza, señor.

—Ah, ¿solo fanfarroneabas? Palabras vacías que requieren una disculpa, diría yo.

—¿Y aceptaríais una disculpa, señor?

—Bajo cubierta, sin duda alguna.

La sombra de la chica titiló, como el agua de una represa cuando la lluvia besa su superficie. Pero el pavo real se regodeaba en su indignidad, y el matón de las nueces en el adorable dolor que podría infligir si le daban unos minutos con ella en un camarote sin ojos de buey.

—Comprenderá que solo tengo que gritar —dijo ella.

Pavo Real sonrió.

—¿Y cuántos gritos podrás dar antes de que arrojemos ese culo flacucho por la borda?

Echó un vistazo hacia el puesto del timonel. Otro hacia las cofas. Caer al océano sería una condena a muerte, pues aunque el *Pretendiente* diera media vuelta, ella solo sabía nadar un poco mejor que su ancla, y el mar de las Espadas estaba tan infestado de dracos como un dulcechico portuario lo estaba de ladillas.

—No muchos gritos, la verdad —aceptó.

—... *disculpádmme, gentiles amigos...*

Los matones dieron un respingo al oír la voz, porque no habían oído acercarse a nadie. Los dos se volvieron, Pavo Real inflándose y torciendo el gesto para ocultar su repentino temor. Y allí, tras ellos en la cubierta, vieron al gato hecho de sombras lamiéndose una zarpa.

Era fino como el pergamino viejo, una forma cortada de una tira de oscuridad, no tan sólido como para impedir que vieran la cubierta tras él. Su voz era el murmullo de las sábanas de raso contra la piel fría.

—... *me temo que habéis escogido a la chica equivocada para bailar...* —

dijo.

Los embargó un escalofrío, trémulo y leve como un susurro. Un movimiento atrajo la mirada de Pavo Real hacia la cubierta, y comprendió con creciente horror que la sombra de la chica era mucho mayor de lo que debería, o de hecho de lo que podría ser. Y lo peor de todo era que se movía.

La boca de Pavo Real se abrió cuando ella presentó su bota a la inglete de su compañero, con una patada tan fuerte como para lisiar a sus hijos nonatos. Aferró el brazo del matón de las nueces mientras este se doblaba y lo arrojó al mar por la borda. Pavo Real renegó al tiempo que ella se ponía a su espalda, pero descubrió que no podía mover los pies para encararse a ella; era como si sus botas estuviesen pegadas a la sombra de la chica en la cubierta. Ella le asestó una fuerte patada en el costado que lo tiró de cara contra la regala y le esparció la nariz por las mejillas como mermelada de sangradora. La chica lo hizo rodar, le puso el cuchillo al cuello y lo empotró contra la borda con una inclinación cruel de su columna vertebral.

—Os ruego vuestro perdón, señorita —dijo entre resuellos—. Os juro por Aa que no pretendía ofenderos.

—¿Cómo os llamáis, señor?

—Maxinio —susurró—. Maxinio, con vuestra venia.

—¿Sabéis lo que soy, Maxinio-Con-Vuestra-Venia?

—Te... te... —Le falló la voz. Bajó la mirada hacia las sombras que se movían a los pies de la chica—. Tenebra.

Con su siguiente aliento, Pavo Real vio su vida amontonada frente a sus ojos. Todos los errores y los aciertos. Todos los fracasos y los triunfos y lo que no fue ni una cosa ni otra. La chica notó una forma familiar sobre su hombro, un vislumbre de tristeza. El gato que no era un gato, subido a su clavícula igual que había estado subido al cabezal de la cama del verdugo cuando ella lo entregó a las Fauces. Y aunque no tenía ojos, ella supo que

contemplaba su vida en las pupilas de Pavo Real, embelesado como un niño ante un espectáculo de marionetas.

Debéis comprender que podría haber perdonado la vida al chico. Y vuestro narrador podría mentiros con toda la facilidad del mundo llegados a este punto, en un ardid de charlatán que pintara a nuestra chica bajo una luz más favorable.[8] Pero la verdad, gentiles amigos, es que no se la perdonó. Aunque quizá os consuele saber que, al menos, se detuvo un momento antes. No fue para alardear. No fue para saborear el momento.

Fue para rezar.

—Escúchame, Niah —susurró—. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Esta vida, este final, mi presente para ti. Tenlo cerca.

Un suave empujón envió al chico al rugiente oleaje. Mientras la pluma de pavo real se hundía en el agua, ella empezó a gritar para hacerse oír por encima del viento aullante, tan fuerte como los demonios en las Fauces.

—¡Hombre al agua! —chilló—. ¡Hombre al agua!

Y pronto empezaron a sonar las campanas. Pero cuando el *Pretendiente* hubo virado en redondo, no había ni rastro de Pavo Real ni del saco de nueces entre las olas.

Y con esa facilidad, la cuenta de finales de nuestra chica se multiplicó por tres.

Guijarros a avalanchas.

El capitán del *Pretendiente* era un dweymeri llamado Comelobos, de dos metros quince de altura y con rastas oscuras ligadas con sal. El buen capitán acusó una comprensible contrariedad al saber del desembarco temprano de sus tripulantes, y se empeñó en saber el cómo y el porqué. Pero cuando la interrogó en su camarote, la chica menuda y pálida que había dado la alarma solo farfulló algo sobre una rencilla entre los itreyanos, que acabó en un concierto de nudillos y maldiciones que los envió a los dos por la borda hacia



sendas tumbas de marinero. La posibilidad de que dos lobos de mar, por muy necios que fuesen los itreyanos, se hubieran arrojado al agua uno al otro era escasa. Pero más escasa aún era la posibilidad de que esa chiquilla los hubiera enviado como obsequios a Trelene ella sola.

El capitán se cernió sobre ella, sobre aquella cría vestida de gris y blanco, envuelta en un aroma a clavo quemado. No sabía quién era ni por qué viajaba a Ashkah. Pero mientras se llevaba una pipa de hueso de draco a los labios y la encendía con su yesquero, se descubrió mirando hacia la cubierta. Hacia la sombra aovillada en torno a los pies de aquella chica extraña.

—Más vale que no salgas hasta que termine la travesía, chica —dijo, exhalando en la penumbra—. Haré que te envíen las comidas al camarote.

La chica lo miró de arriba abajo con unos ojos negros como las Fauces. Dio un fugaz vistazo a su propia sombra, lo bastante oscura para dos. Y aceptó el veredicto de Comelobos con una sonrisa dulce como la melaza.

Los capitanes solían ser tipos listos, al fin y al cabo.

# CAPÍTULO 3

## DESESPERANZA

*Algo la había seguido desde aquel lugar. Desde el lugar que estaba encima de la música, donde había muerto su padre. Algo hambriento. Una larva ciega de conciencia que soñaba con hombros coronados por alas traslúcidas. Y con ella, que se los proporcionaría.*

*La niña se había echado en una cama inmensa, en las habitaciones de su madre, con las mejillas surcadas de lágrimas. Su hermano yacía a su lado, envuelto en paños y parpadeando con sus enormes ojos negros. El bebé no entendía nada de lo que sucedía a su alrededor. Era demasiado pequeño para saber que su padre había encontrado su fin, y con él todo el mundo.*

*La niña lo envidiaba.*

*Sus aposentos estaban situados en la parte alta del hueco de la segunda Costilla, frisos ornamentados excavados en paredes de antiguo hueso de tumba. Mirando por la ventana de vidriera, se veían la tercera y la quinta Costillas enfrente, alzándose decenas de metros sobre el Espinazo. Los vientos de la nuncanoché aullaban en torno a las torres petrificadas, trayendo el fresco de las aguas de la bahía.*

*El lujo lo desbordaba todo: terciopelo rojo arrugado y obras de arte traídas de todos los rincones de la República Itreyana. Una emotiva escultura de un mekkénico del Monasterio del Hierro. Tapices de un millón*

*de puntadas tejidos por los profetas videntes ciegos de Vaan. Un candelabro de cristal dweymeri puro. Sirvientes que se movían en un remolino de trajes mullidos y lágrimas secándose, en cuyo ojo estaba la dona Corvere ordenándoles que se movieran, que se movieran, por el amor de Aa, que se movieran.*

*La niña se había sentado en la cama al lado de su hermano. Tenía un gato negro abrazado contra el pecho, ronroneando suavemente. Pero el gato se había inflado y siseó al ver una sombra más profunda a los pies de la cortina. Clavó las garras en las manos a la niña, que lo dejó caer en el camino de una doncella, que a su vez cayó al suelo con un chillido. La dona Corvere se volvió hacia su hija, regia y furiosa.*

*—¡Mia Corvere, quita a ese sucio animal de en medio o lo dejaremos aquí!*

*Y así, con tanta facilidad, hemos sabido su nombre.*

*Mia.*

*—El Capitán Charquitos no es sucio —había dicho Mia, casi para sí misma.[9]*

*Un chico de unos quince años entró en el dormitorio, enrojecido por su carrera escalera arriba. Bordado en su jubón llevaba el escudo heráldico de la familia Corvere, un cuervo negro en vuelo sobre un cielo rojo, encima de unas espadas cruzadas.*

*—Mi dona, disculpadme. El cónsul Scaeva ha exigido...*

*Unos pasos pesados detuvieron su lengua. Las puertas se abrieron de golpe y la estancia se llenó de hombres con armaduras blancas como la nieve y plumas carmesíes en los yelmos. Los llamaban los Luminatii, como quizá recordéis. A la pequeña Mia le recordaron a su padre. Los comandaba el hombre más corpulento que la niña hubiera visto jamás, con una barba*

recortada en torno a sus rasgos lobunos y una astucia animal centelleando en su mirada.

Entre los Luminatii estaba el hermoso cónsul de ojos negros y túnica púrpura, el que había dicho «La muerte» y sonreía cuando el suelo se abrió debajo de los pies de su padre. Las sirvientas se apartaron, dejando a la madre de Mia como una figura solitaria en aquel mar de nieve y sangre. Alta y hermosa y más sola que la una.

Mia bajó de la cama, se acercó al lado de su madre y la cogió de la mano.

—Dona Corvere. —El cónsul se cubrió el corazón con dedos anillados—. Os ofrezco mi pésame en estos tiempos adversos. Que Aquel que Todo lo Ve os mantenga por siempre en la Luz.

—Vuestra generosidad me abruma, cónsul Scaeva. Que Aa os bendiga por vuestra amabilidad.

—De veras estoy apenado, mi dona. Vuestro Darío sirvió a la república con distinción antes de caer en desgracia. Una ejecución pública siempre es un asunto sórdido. Mas ¿qué otra cosa debe hacerse con un general que marcha contra su propia capital? ¿O con el justicus que habría estado dispuesto a poner una corona en la cabeza de ese general? —El cónsul paseó la mirada por el dormitorio y contempló a las sirvientas, el equipaje, el desorden—. ¿Vais a dejarnos?

—Me llevo el cuerpo de mi marido para enterrarlo en Nido del Cuervo, en la cripta de su familia.

—¿Habéis solicitado el permiso del justicus Remo?

—Doy la enhorabuena a nuestro nuevo justicus por su ascenso. —Una mirada al de la cara lobuna—. La capa de mi marido le queda bien. Pero ¿por qué iba a necesitar que me conceda derecho de paso?

—No me refiero al permiso para salir de la ciudad, mi dona, sino al

*permiso para enterrar a vuestro Darío. No estoy seguro de que el justicus Remo desee tener el cadáver de un traidor pudriéndose en su sótano.*

*La comprensión asomó al rostro de la dona.*

*—No os atreveríais...*

*—¿Yo? —El cónsul arqueó una ceja esculpida—. Esto es voluntad del Senado, dona Corvere. El justicus Remo ha recibido las tierras de vuestro difunto marido como recompensa por desvelar su abyecta conspiración contra la república. Cualquier ciudadano leal lo consideraría una ofrenda adecuada.*

*El asesinato refulgió en los ojos de la dona. Lanzó una mirada a las sirvientas sin tarea.*

*—Dejadnos.*

*Las chicas se escabulleron de la habitación. La dona Corvere echó un vistazo a los Luminatii y luego clavó la mirada en el cónsul. A Mia le pareció que la certeza del hombre flaqueaba, aunque al momento asintió en dirección al de la cara lobuna.*

*—Esperadme fuera, justicus.*

*El enorme Luminatii miró a su madre. Luego, a la niña. Unas manos que podrían haber envuelto su cabeza entera se crisparon. La niña le sostuvo la mirada.*

*Nunca te encojas. Nunca temas.*

*—Luminus Invicta, cónsul.*

*Remo hizo un gesto con la cabeza a sus hombres y, con el plom, plom sincronizado de las pesadas botas, la estancia quedó vacía salvo por tres personas.[10]*

*La voz de la dona Corvere fue un cuchillo recién afilado clavándose en fruta demasiado madura.*

*—¿Qué quieres, Julio?*

—Lo sabes de sobra, Alinne. Quiero lo que me pertenece.

—Tienes lo que te pertenece. Tu victoria hueca. Tu adorada república. Espero que te mantenga calentito de noche.

El cónsul Julio bajó la mirada hacia Mia, con una sonrisa oscura como un cardenal.

—¿Quieres saber qué me mantiene calentito de noche, pequeña?

—No la mires. No hables con...

El bofetón del cónsul le echó la cabeza a un lado, haciendo fluir el cabello oscuro como jirones. Y antes de que Mia pudiese parpadear, su madre se había sacado de la manga una larga hoja de hueso de tumba, con la empuñadura tallada en forma de cuervo y ojos de ámbar rojo. Rauda como el rayo, la llevó al cuello del cónsul mientras la marca de la mano del cónsul se retorció en su mejilla al gruñir.

—Vuelve a tocarme y te rajo la puta garganta, malnacido.

Scaeva ni se inmutó.

—Se puede sacar a la chica del arroyo, pero nunca el arroyo de la chica. —Sonrió dejando a la vista sus dientes perfectos y miró de soslayo a Mia—. Sabes el precio que pagarían tus seres queridos si apretaras más con esa daga. Tus aliados políticos te han abandonado. Romero, Juliano, Gracio... Hasta el mismísimo Florenti ha huido de Tumba de Dioses. Estás sola, preciosa mía.

—No soy tu...

Scaeva apartó el estilete de un manotazo y lo envió resbalando por el suelo hacia la sombra de debajo de la cortina. Se acercó a la mujer y entrecerró los ojos.

—Deberías envidiar a tu querido Darío, Alinne. Le mostré piedad. Tú no tendrás la bendición del verdugo, sino una mazmorra en la Piedra Filosofal y una vida entera de oscuridad. Y mientras te quedas ciega en la negrura, la

*dulce madre Tiempo se llevará tu belleza, tu fuerza de voluntad y esa fútil convicción tuya de que una vez fuiste algo más que escoria liisiana envuelta en seda itreyana. —Estaban tan cerca que sus labios casi se tocaban. Los ojos del cónsul estudiaron los de la dona—. Pero perdonaré a tu familia, Alinne. Los perdonaré si tú me lo suplicas.*

*—Solo tiene diez años, Julio. No serías capaz de...*

*—¿No lo sería? ¿Tan bien crees que me conoces?*

*Mia miró a su madre. Se le estaban llenando los ojos de lágrimas.*

*—¿Qué era lo que me dijiste, Alinne? ¿«Neh diis lus'a, lus diis'a'»?*

*—¿Madre? —dijo Mia.*

*—Con una palabra tuya, tu hija estará a salvo. Lo juro.*

*—¿Madre?*

*—Julio...*

*—¿Sí?*

*—Yo...*

*En Vaan vive una raza de arácnido conocida como araña de manantial.*

*Las hembras son negras como la veroscuridad y poseen el instinto maternal más extraordinario de toda la república animal. Cuando queda fecundada, la hembra construye una despensa, la abastece de cadáveres y se encierra dentro. Si el nido se incendia, prefiere morir entre las llamas que abandonarlo. Si la asedia un depredador, morirá defendiendo a su camada. Tan firme es su rechazo a abandonar a sus crías que, una vez puestos los huevos, no saldrá ni siquiera para cazar. Y por eso la araña de manantial es la justa ganadora del título a la madre más feroz de la república, porque cuando ya ha devorado todas las existencias de su despensa, la hembra empieza a devorarse a sí misma.*

*Pata tras pata.*

*Arranca las extremidades de su tórax. Come solo cuanto necesita para*

*mantener su vigilia. Cercena y mastica hasta que solo le queda una pata, aferrada al sedoso tesoro que crece debajo de ella. Y cuando sus crías rompen la cáscara y emergen de las hebras en las que con tanto amor las envolvió su madre, disfrutan allí mismo del primer festín de sus vidas.*

*La madre que las concibió.*

*Permitidme deciros, gentiles amigos, y os juro que es verdad, que Alinne Corvere no tenía nada, pero nada que envidiar a la más fiera araña de manantial de la república.*

*Allí, en aquel dormitorio tan pequeño, Mia vio a su madre apretar los puños.*

*Vio cómo el orgullo le tensaba la mandíbula.*

*Cómo la agonía brillaba en sus ojos.*

*—Por favor —siseó por fin la dona, como si las palabras le quemaran en la boca—. Perdónala, Julio.*

*Una sonrisa triunfal, refulgente como los tres soles juntos. El hermoso cónsul retrocedió sin dejar de mirar a los ojos a la madre de Mia. Al llegar a la puerta dio una orden mientras su túnica fluía en torno a él como si fuese humo. Y sin mediar más palabras, los Luminatii regresaron a la estancia. El de los rasgos lobunos arrancó a Mia de las faldas de su madre. El Capitán Charquitos maulló en protesta. Mia se abrazó fuerte al gato, con las lágrimas abrasando sus ojos.*

*—¡Parad! ¡No toquéis a mi madre!*

*—Dona Corvere, os condeno por libro y cadena por los delitos de conspiración y traición contra la República Itreyana. Nos acompañaréis a la Piedra Filosofal.*

*Se cerraron hierros en torno a las muñecas de la dona, apretados hasta provocarle una mueca de dolor. El del rostro lobuno se volvió hacia el cónsul y lo miró interrogativo.*



—¿Y los niños?

*El cónsul echó un vistazo a Jonnen, todavía envuelto en su tela sobre la cama.*

—*El bebé aún no está destetado. Que acompañe a su madre a la Piedra.*

—¿Y la niña?

—*¡Lo has prometido, Julio! —La dona Corvere se retorció contra los Luminatii que la sujetaban—. ¡Lo has jurado!*

*Scaeva hizo como si la mujer no hubiera abierto la boca. Bajó la mirada hacia Mia, que sollozaba al pie de la cama con el Capitán Charquitos abrazado contra su delgado pecho.*

—¿Tu madre te ha enseñado a nadar, pequeña?

*El Pretendiente de Trelene* escupió a Mia a un mísero embarcadero que asomaba de las vísceras de un puerto en decadencia conocido como Última Esperanza. Los edificios parecían dejados caer por toda la orilla como dientes de un luchador a sueldo, y la torre de piedra de una guarnición y las granjas de las afueras completaban el lamentable paisaje. Su población consistía en pescadores, granjeros, una variante particularmente estúpida de cazafortunas que se buscaban la vida saqueando antiguas ruinas ashkahi y otra un poco más inteligente que se ganaba el pan saqueando los cadáveres de sus colegas.

Al bajar al muelle, Mia vio a tres pescadores inclinados sobre una vara y una botella de vino verde de jengibre. Los hombres la miraron como los gusanos miran la carne podrida. La chica les sostuvo la mirada a uno tras otro, esperando por si alguno se ofrecía a bailar con ella.<sup>[11]</sup>

Comelobos desembarcó dando zancadas por la plancha, seguido de varios tripulantes. El capitán reparó en las miradas hambrientas que caían sobre la chica, aquella chica de dieciséis años, sola y armada con un pinchacerdos.

Apoyando una bota en un tocón del muelle, el enorme dweymeri encendió su pipa y se quitó el sudor de las mejillas tatuadas.

—Las arañas pequeñas son las que tienen el veneno más peligroso, amigos —advirtió a los pescadores.

Por lo visto, Comelobos tenía el respeto de los maleantes, ya que se volvieron de nuevo hacia el agua que burbujeaba y lamía los postes del embarcadero.

Con una cierta decepción, la chica tendió la mano al capitán.

—Os agradezco vuestra hospitalidad, señor.

Comelobos se quedó mirando sus dedos extendidos y exhaló una bocanada de gris claro.

—Hay pocos motivos para venir a la vieja Ashkah, chica. Y menos aún para que una joven como tú se enfrente a una tierra tan sombría. Y no pretendo ofenderte, pero no voy a tocarte la mano.

—¿Por qué, señor?

—Porque conozco el nombre de quienes la tocaron antes. —Eché un vistazo a la sombra de la chica y se llevó la mano al collar de dientes de draco —. Si es que tales cosas tienen nombre. De lo que no me cabe la menor duda es de que tienen memoria, y no deseo que recuerden el mío.

La chica compuso una leve sonrisa. Se apoyó la mano en el cinturón.

—Que Trelene os guarde, pues, capitán.

—Azul por debajo y azul por encima tuyo, chica.

Mia dio media vuelta y recorrió el muelle, con el fulgor de un solo sol en sus ojos, buscando el edificio que le había mencionado Mercurio. Con el corazón en un puño, tardó poco en encontrar la pequeña y destartalada posada que se alzaba al borde del agua. Un letrero que chirriaba sobre la puerta le reveló que se llamaba el Viejo Imperial. Otro letrero encajado en una ventana mugrienta decía: SE NECESITA PERSONAL.

Era un tugurio pequeño y hediondo, como un diente podrido. No era el edificio más miserable de la creación,[12] pero si la posada fuera un hombre con quien os toparais en un bar, se os perdonaría por suponer que, después de aceptar entusiasmado que su esposa llevara a otra mujer a la cama de matrimonio, hubiera descubierto que había un catre preparado en la habitación de invitados para él.

La chica se acercó poco a poco a la barra, manteniendo la espalda tan cerca de la pared como pudo. Había como una docena de parroquianos que habían entrado huyendo del calor del giro: unos cuantos lugareños y un puñado de saqueadores de tumbas bien armados. Todos callaron para mirarla cuando entró y, si alguien hubiera estado tocando el viejo clavecín del rincón, seguro que habría fallado una nota para dar a la escena un efecto dramático, pero por desgracia aquella bestia llevaba años sin proferir un solo gemido.[13]

El propietario del Imperial parecía bastante inofensivo, casi desubicado en aquel pueblo al borde del abismo. Tenía los ojos un poco demasiado juntos y apestaba a pescado podrido, pero, teniendo en cuenta las historias que había oído Mia sobre los Susurriales de Ashkah, la chica se conformó con que el hombre no tuviera tentáculos. Estaba apoyado detrás de la barra, con un mandil manchado —¿sería sangre?—, limpiando una jarra sucia con un trapo más sucio todavía. Mia se fijó en que uno de sus ojos se movía un poquito antes que el otro, como un niño que lleva a su primo tonto de la mano.

—Buenos giros tengáis, señor —dijo manteniendo firme la voz—. Que Aa os bendiga y os guarde.

—Vienes para acá con la chusma de Comelobos, ¿eh que sí?

—Sois perceptivo, señor.

—La paga son cuatro mendigos por semana, pero te pongo cama y comida. [14] El veinte por ciento de lo que te saques zorreando aparte va directo para mí. Y querré catar antes de contratar. ¿Bien?

La sonrisa de Mia arrastró a la del tabernero detrás de la barra y la estranguló con discreción.

Hizo muy poco ruido al morir.

—Me temo que os equivocáis, señor —dijo la chica—. No vengo a solicitar empleo en vuestra... —Una mirada alrededor—. En vuestro elegante establecimiento.

Un bufido.

—¿Qué haces aquí, pues?

Mia dejó el monedero de piel de oveja en la barra. El tesoro que contenía tintineó con una melodía que no recordaba en nada al oro. Un sacamuelas podría haber discernido que la minúscula orquesta que habitaba el saquito estaba compuesta de dientes humanos.

Tardó un momento en hablar. En pronunciar las palabras que había practicado hasta soñar con ellas.

—Mi ofrenda para las Fauces.

El hombre la miró con una expresión indescifrable. Mia intentó que no le temblaran el aliento y las manos. Le había costado seis años llegar hasta donde estaba. Seis años de tejados y callejones y nuncanoches en vela. De volúmenes polvorientos y dedos ensangrentados y pernicioso tiniebla. Pero por fin se alzaba ante el umbral, a solo un leve gesto con la cabeza de los elogiados salones de la iglesia...

—¿Se puede saber qué pinta él en esto? —repuso el tabernero parpadeando.

Mia mantuvo la expresión pétrea, a pesar de las terribles volteretas que estaban dando sus entrañas. Miró a su alrededor. Los saqueadores estaban inclinados sobre su mapa. Un puñado de lugareños jugaba al «plas» con una baraja mohosa. Una mujer vestida con una túnica color arena y velo dibujaba espirales en una mesa con algo que parecía sangre.

—Fauces —repitió Mia—. Esta es mi ofrenda.

—La espichó —dijo el tabernero frunciendo el ceño.

—Eh... ¿Perdón?

—La espichó hace ya más de dos veranos.

—Pero ¿cómo van a morir, hombre? —gruñó ella.

—Tú eres la que trae regalos al viejo Zoufes el clavecinista, chavala.

La comprensión le dio un golpecito en el hombro e interpretó una breve y graciosa jiga. ¡Tachán!

—No te hablo de ningún clavecinista, pedazo de... —Mia agarró a su pronto por el cuello y le dio una buena sacudida. Carraspeó y se apartó el torcido flequillo de los ojos—. No me refiero a vuestro músico, señor, sino a las Fauces. A Niah, la Diosa de la Noche. A Nuestra Señora del Bendito Asesinato, esposa-hermana de Aa y madre de la hambrienta Oscuridad que todos llevamos dentro.

—Ah, te refieres a las Faaauces.

—Sí. —La palabra fue como una pedrada contra el entrecejo del tabernero—. A las Fauces.

—Perdona —dijo el hombre, avergonzado—. Es que te traes un acento muy raro.

Mia lo fulminó con la mirada. El tabernero carraspeó.

—Por aquí no hay ninguna iglesia de las Fauces, chavala. Adorarlas está prohibido, hasta en las afueras. En este local no queremos saber nada de madres de noches ni de nada por el estilo, que es malo para el negocio.

—¿Vos sois Daniio el Gordo, propietario del Viejo Imperial?

—Eh, que no estoy tan...

Mia dio una palmada contra la barra. Algunos jugadores de plas giraron la cabeza para mirarla.

—Pero ¿os llamáis Daniio? —susurró.

Un silencio. Un ceño fruncido, meditabundo. El ojo-primo-tonto de Daniio pareció vagar por su cuenta, como distraído mirando florecillas o quizá un arcoíris.[15]

—Sí —dijo Daniio por fin.

—Se me dijo, es más, se me especificó, que viniera al Viejo Imperial en la costa de Ashkah y entregara mi ofrenda a Daniio el Gordo. —Mia empujó el monedero hacia dentro de la barra—. Así que aquí la tenéis.

—¿Qué hay dentro?

—El trofeo de un asesino, asesinado a su vez.

—¿Eh?

—Los dientes de Augusto Escipión, sumo ejecutor del Senado Itreyano.

—¿Y vendrá a recogerlos?

Mia se mordió el labio. Cerró los ojos.

—No.

—¿Y cómo leches ha perdido los...?

—No los ha perdido. —Mia se inclinó más hacia delante, obligándose a olvidar el olor—. Se los arranqué del cráneo después de rajar su miserable cuello.

Daniio el Gordo se quedó callado. Un gesto casi casi pensativo cruzó sus rasgos. Se acercó a ella, envuelto en un tufo a pescado podrido que llevó unas lágrimas incontrolables a los ojos de Mia.

—Ah, pues perdona, chavala, pero ¿para qué quiero yo los dientes de un mamón muerto?

La puerta se abrió chirriando y Comelobos se agachó para pasar por ella y entrar en el Viejo Imperial como si poseyera parte del negocio.[16] Tras él llegó una docena de tripulantes, que se apelotonaron en los asquerosos reservados o se apoyaron en la barra entre crujidos. Daniio el Gordo se

encogió de hombros a modo de disculpa y empezó a servir a los marineros dweymeri. Mia lo agarró por la manga mientras se dirigía a los reservados.

—¿Aquí tenéis habitaciones, señor?

—Sí que tenemos. Un mendigo por semana, mañanera aparte.

Mia puso una moneda de hierro en la zarpa de Daniio el Gordo.

—Por favor, avisadme cuando la haya consumido.

**T**ranscurrió una semana sin la menor señal, la menor palabra ni el menor susurro, salvo el viento que llegaba de los eriales.

La tripulación del *Pretendiente de Trelene* se quedó a bordo mientras reabastecían las bodegas, aunque gozaban con frecuencia de las diversiones que ofrecía el pueblo. La típica nuncanoché empezaba con una cena en el Viejo Imperial, seguida de una excursión a los brazos de la dona Amile y sus «bailarinas» en el bien llamado Siete Sabores,<sup>[17]</sup> y vuelta al Imperial para una sesión de alcohol, canciones y, de vez en cuando, alguna pelea amistosa a navajazos. Solo se perdió un dedo a lo largo de toda su estancia. El propietario se tomó la pérdida con buen humor.

Mia se sentaba en un rincón sombrío con los dientes del verdugo embolsados sobre la madera de la mesa. Sus ojos volaban a la puerta cada vez que la oía crujir. Tomaba algún que otro plato del «enviudador» de Daniio el Gordo, que picaba como un demonio pero tenía que reconocer que estaba delicioso, y sus rasgos se oscurecían cada vez más a medida que se acercaba el momento de la partida del *Pretendiente*.

Quizá Mercurio se hubiera confundido. Hacía años que no enviaba a ningún aprendiz a la Iglesia Roja. O quizá se la hubieran tragado los eriales. Quizá los Luminatii hubieran acabado con ella por fin, como había jurado hacer el justicus Remo tras la Masacre de la Veroscuridad.

«O quizá todo esto sea una prueba. Para ver si sales corriendo como una niña asustadiza...»

Recorría el pueblo cuando llegaba la nuncanoché, escuchando desde fuera de las puertas, casi invisible bajo su capa hecha de sombras. Llegó a conocer demasiado bien a los habitantes de Última Esperanza. A la vidente que presagiaba el futuro a las mujeres del pueblo, interpretando los signos de un ajado tomo de escritura ashkahi que en realidad no sabía leer. Al chico esclavo del Siete Sabores que planeaba asesinar a su madama y huir a los eriales.

Los legionarios Luminatii destinados a la guarnición eran los soldados más lamentables que Mia había visto en la vida. Dos docenas de hombres en el límite de la civilización, con solo unas pocas hojas de acero solar interponiéndose entre ellos y los terrores de los Susurriales ashkahi. Se decía que el viento que soplaba desde las viejas ruinas imperiales volvía locos a los hombres, pero Mia estaba convencida de que el aburrimiento acabaría con los legionarios mucho antes que los vientos susurrantes. Hablaban sin descanso del hogar, de mujeres, de los pecados que hubieran cometido para que los enviaran al quinto culo de la república.<sup>[18]</sup> Al cabo de una semana, Mia ya estaba harta de todos ellos. Y ni uno había pronunciado una sola palabra sobre la Iglesia Roja.

Siete giros después de su llegada a Última Esperanza, Mia estaba sentada observando cómo la tripulación del *Pretendiente* embreaba la cubierta, entre voces cascadas por el grog. Una parte de ella no deseaba más que colarse a bordo cuando zarparan hacia el azul. Correr de vuelta a casa con Mercurio. Pero lo cierto era que había llegado demasiado lejos para rendirse. Si la iglesia esperaba que diese media vuelta al primer contratiempo, es que no la conocían en absoluto.

Sentada en el tejado del Viejo Imperial con un cigarrillo de clavo en los



labios, vio cómo el *Pretendiente* se alejaba de la bahía. Los vientos susurrantes silbaban desde los eriales a su espalda, etéreos como sueños. Miró al gato que no era un gato, sentado a la larga sombra que los soles arrancaban a Mia. Su voz fue como el beso del terciopelo en la piel de un bebé.

—... *temes...*

—Eso debería gustarte.

—... *mercurio no te habría enviado aquí sin necesidad...*

—Los Luminatii llevan años intentando acabar con la iglesia. La Masacre de la Veroscuridad lo cambió todo.

—... *si les hubiera sucedido algo malo, habría señales...*

—¿Sugieres que salgamos a los Susurriales y miremos?

—... *o eso, o esperar aquí, o volver a casa...*

—Ninguna de esas opciones me llama mucho.

—... *la oferta de trabajo de daniio el gordo seguirá en pie, sin duda...*

Su sonrisa fue tenue y desganada. Se volvió de nuevo hacia el mar y contempló la luz de los soles reflejarse en el rugir de las olas. Dio profundas caladas a su cigarrillo y exhaló volutas de gris.

—... *¿mia?...*

—¿Sí?

—... *no hay por qué asustarse...*

—No lo estoy.

Una pausa, ocupada por el viento susurrante.

—... *tampoco hay por qué mentir...*

**M**ia terminó robando la mayoría de las cosas que necesitaba.

Odres de agua, raciones y una tienda de Suministros Generales y Servicios

Funerarios Última Esperanza. Mantas, whisky y velas del Viejo Imperial. Ya tenía localizado el mejor semental de la cuadra de la guarnición para hacerse con él, a pesar de que estaba tan cómoda en la silla de montar como una monja en un burdel.

Se dijo que robar serviría para mantenerla en forma, y que colarse después en los establecimientos para dejar una compensación en el mostrador sería un buen ejercicio.[19] Sentada junto al hogar del Imperial, saboreó un último plato de enviudador y esperó a que se alzara el viento de la nuncanoché y trajera una anhelada frescura tras un giro de calor rojo.

Mia levantó la mirada al oír el crujido de la puerta delantera y vio que se colaban unos curvos dedos de polvo.

El chico que entró tenía aspecto de dweymeri: tatuajes faciales de tinta de leviatán (de una calidad espantosa) y rizos besados por la sal recogidos en nudos enmarañados. Pero su piel era más aceitunada que marrón y era demasiado bajo para ser un isleño. Apenas le sacaba una cabeza a Mia, a decir verdad. Vestía con cuero oscuro, llevaba una cimitarra en una vaina maltrecha y olía a caballo y a largo camino. Mientras rondaba por la estancia, comprobó todos los rincones con ojos de color avellana. Cuando su mirada empezó a recorrer los reservados, Mia se envolvió en las sombras y se desdibujó como una filigrana en la penumbra.

El chico se volvió hacia Daniio el Gordo, que estaba limpiando la misma copa mugrienta con el mismo trapo mugriento. Después de mirar al tabernero de arriba abajo, el chico habló con una voz suave como el terciopelo.

—Bendecido seáis, señor.

—Vale —repuso Daniio el Gordo—. ¿Qué tomas?

—Traigo esto.

El chico dejó una cajita de madera en la barra. Mia entornó los ojos al oír

que traqueteaba. El chico volvió a mirar a su alrededor antes de hablar en un tenso susurro.

—Mi ofrenda. Para las Fauces.[\[20\]](#)

# CAPÍTULO 4

## AMABILIDAD

*El Capitán Charquitos había querido a Mia.*

*La conocía desde cachorro, al fin y al cabo. Incluso antes de que hubiera olvidado la cálida presión de sus hermanos a su alrededor, ella lo había acunado, le había dado besitos en el hocico rosado y el gato había sabido que Mia siempre sería el centro de su mundo.*

*Por eso, cuando el justicus Remo se agachó para agarrar a la niña por la muñeca, como le había ordenado el cónsul, el Capitán Charquitos escupió un siseo de dientes amarillentos, extendió una zarpa llena de uñas y arañó la cara del justicus desde el ojo hasta el labio. Con un rugido, el hombretón agarró la cabeza del valiente capitán con una mano, los hombros con la otra y, casi con una facilidad practicada, retorció.*

*El sonido fue como de palos mojados al partirse, demasiado intenso para que lo ahogara el chillido de Mia. Y al final de aquellos horribles chasquidos húmedos, de la mano del justicus pendía flácida una silueta negra, una forma cálida, suave y ronroneante junto a la que Mia se había quedado dormida cada nuncanoches, y que ya nunca ronronearía más.*

*Entonces perdió el control. Aulló, azotó, arañó. Apenas se dio cuenta de que otro Luminatii la alzaba en volandas y se la echaba al hombro. El justicus se agarró la cara sangrante y desenvainó su espada mientras el*

fuego se extendía a lo largo de su hoja y el acero brillaba con una luz hiriente y cegadora.

—Aquí no, Remo —dijo Scaeva—. Tus manos deben estar limpias.

El justicus bramó órdenes a sus hombres al tiempo que la madre de Mia chillaba y pataleaba. Mia la estaba llamando, pero recibió un fuerte golpe en la cabeza y a duras penas evitó caer a la negrura de debajo de sus pies mientras los gritos de la dona Corvere se desvanecían.

Escalera de servicio, en espiral hacia abajo. Un pasadizo a través del Espinazo, no como los maravillosos salones de blanco hueso de tumba pulido y arañas de cristal y nacidos de la médula con sus mejores galas,<sup>[21]</sup> sino un túnel estrecho, oscuro y claustrofóbico que salía al exterior. Mia había podido echar un vistazo hacia arriba —las Costillas arqueadas bajo cielos tormentosos, los grandes edificios del consejo, las bibliotecas y los observatorios— antes de que los hombres la metieran en un tonel vacío, cerraran la tapa y lo arrojaran sobre un carro tirado por caballos.

Notó que el carro empezaba a moverse de sopetón, y el traqueteo de las ruedas sobre los adoquines. Había hombres en el tablado del carro junto a ella, pero no conseguía distinguir sus palabras, aturdida por el recuerdo del Capitán Charquitos retorcido en el suelo y su madre encadenada. No comprendía nada de todo aquello. El tonel le raspaba contra la piel y las astillas le tiraban del vestido. Sintió que cruzaban puente tras puente y la neblina de la semiinconsciencia se fue disipando hasta que empezó a sollozar, entre hipidos y arcadas. Un puño se estrelló contra el lado del tonel.

—Cierra el pico, mierdecilla, o yo te daré una cosa por la que llorar.

«Van a matarme», pensó.

La embargó un escalofrío. No por la idea de morir, ojo, porque en realidad ningún niño se cree menos que inmortal. El frío fue una sensación

*física, procedente de la oscuridad de dentro del tonel, enroscada en torno a sus pies, gélida como el agua helada. Percibió una presencia... o, mejor dicho, una ausencia. Como la sensación de vacío al final de un abrazo. Y supo con absoluta certeza que había algo dentro del tonel con ella.*

*Observándola.*

*Esperando.*

*—¿Hola? —susurró.*

*Una ondulación en la negrura. Un silencioso terremoto en la tinta. Y allí donde un momento antes no había habido nada, algo relució a sus pies, reflejando las migajas de luz de soles que entraban por la tapa del tonel. Algo largo y afiladísimo como solo podía estarlo el hueso de tumba, con la empuñadura tallada para parecerse a un cuervo volando. Visto por última vez resbalando bajo las cortinas mientras el cónsul Scaeva apartaba la mano de la madre de Mia y hablaba de súplicas y promesas.*

*El estilete de hueso de tumba de la dona Corvere.*

*Mia extendió el brazo hacia él. Durante un fugaz instante, habría jurado que vio luces a sus pies, como diamantes en un océano de nada. Sintió un vacío tan inmenso que le pareció caer, caer y caer hacia alguna hambrienta oscuridad. Y entonces sus dedos se cerraron en torno al puño de la daga y la asió con fuerza, tan fría que casi le quemaba.*

*Sintió ese algo en la penumbra que la rodeaba.*

*El cobrizo sabor de la sangre.*

*La vibrante oleada de la rabia.*

*El carro siguió golpeteando por el camino, y el estómago de Mia se fue encogiendo hasta que por fin se detuvieron. Notó cómo levantaban el tonel, cómo lo lanzaban, cómo daba contra el suelo con un impacto que casi hizo que se arrancara la lengua de un mordisco. Volvió a oír voces, lo bastante altas como para entenderlas.*

—No sabes el asco que me da esto, Alberio.

—Las órdenes son órdenes. Luminus Invicta, ¿no?[22]

—Que te den por culo.

—¿Quieres explicárselo a Remo? ¿A Scaeva? ¿A los salvadores de la puta república?

—Salvadores, mis cojones. ¿Nunca te preguntas cómo pudieron apresar a Corvere y Antonio en el mismo centro de un campamento armado?

—Pues claro que no, joder. Ayúdame con esto.

—Dicen que fue cosa de magya. Arkimia oscura. Se ve que Scaeva...

—No desvaríes. ¿Qué más da cómo lo hicieran? Corvere era un puto traidor, y a los traidores les pasa eso.

Arrancaron la tapa del tonel. Mia miró bizqueando a los dos hombres, capas oscuras echadas sobre armaduras blancas. El primero tenía los brazos como troncos de árbol y las manos como bandejas. El segundo tenía unos bonitos ojos azules y la sonrisa de alguien que estrangulaba cachorritos para divertirse.

—Por los dientes de las Fauces —susurró el primero—. No tendrá más de diez años.

—Y no cumplirá los once. —Un encogimiento de hombros—. No te muevas, chica. Esto dolerá poco tiempo.

El estrangulador de cachorros agarró a Mia por el cuello y sacó un cuchillo largo y afilado de su cinto. Y allí, en el reflejo de aquel acero pulido, la niña vio su muerte. Habría sido fácil para ella cerrar los ojos y esperar. Tenía diez años, al fin y al cabo. Estaba sola, desamparada y temerosa. Pero esta es la verdad, gentiles amigos, tenga la cantidad de soles que tenga vuestro cielo. En el fondo, en este mundo o en cualquier otro, solo viven dos tipos de personas: los que huyen y los que pelean. Y los vuestros tienen

*muchos términos para referirse al segundo tipo. Berserker. Instinto asesino. Más huevos que sesos.*

*Y no debería sorprenderos, aun con lo poco que sabéis a estas alturas, que frente a aquel matón y su arma, y cargando con el recuerdo de la ejecución de su padre*

*nunca te encojas*

*nunca temas*

*en lugar de sollozar o derrumbarse como podría haber hecho otro niño de diez años, la joven Mia asió el estilete que había recuperado de la oscuridad y lo clavó en el ojo del estrangulador de cachorritos.*

*El hombre chilló y cayó hacia atrás mientras la sangre manaba entre sus dedos. Mia salió del tonel rodando y la luz de los soles le resultó increíblemente cegadora tras la oscuridad de dentro. Sintió que aquel algo la acompañaba, enroscado en su sombra, azuzándola. Vio que la habían llevado a algún puentucho sobre un estrecho canal atascado de porquería, con ventanas tapiadas alrededor.*

*Los ojos del de las bandejas por manos se ensancharon mientras su amigo caía al suelo entre chillidos. Desenvainó una espada de acero solar dando un paso hacia la chica y las llamas titilaron en su filo. Pero un movimiento junto a sus pies atrajo sus ojos a la piedra del puente y, al mirar abajo, vio que la sombra de la chica empezaba a moverse. Daba zarpazos y se retorció como si estuviese viva, extendiéndose hacia él como unas manos hambrientas.*

*—Que la Luz me salve —musitó.*

*La hoja vaciló en la mano del matón. Mia se apartó hacia la barandilla del puente, con el puñal ensangrentado en un puño tembloroso. Y mientras el estrangulador de cachorros se levantaba con la cara pintada de sangre, la niña hizo lo que cualquiera habría hecho en su lugar, y al infierno con la proporción huevos-sesos.*



—... ¡corre!... —dijo un tenue hilo de voz.

Y eso hizo ella, correr.

**E**l chico dweymeri padeció una conversación con Daniio el Gordo muy parecida a la de Mia,[23] aunque él la soportó con silenciosa dignidad.

El tabernero le informó de que una chica había hecho las mismas preguntas y señaló el reservado de Mia, o al menos el reservado donde había estado. Para entonces, Mia ya se había escabullido escalera arriba y escuchaba justo fuera de vista, callada como un sacerdote del hierro itreyano.[24]

Después de murmurar un agradecimiento, el chico dweymeri preguntó si había habitaciones disponibles y pagó de un monedero desnutrido. Acababa de emprender la escalera cuando un jugador de cartas de la zona, un caballero llamado Scupps, habló.

—¿Eres de la chusma de Comelobos?

El chico respondió con una voz profunda y suave.

—No conozco a ningún Comelobos.

—¿Cómo va a ser de la tripulación del *Pretendiente*? —Mia reconoció por la voz que hablaba el hermano de Scupps, Lem—. ¡Si es un canijo! Apenas alcanzaría las pelotas de Comelobos.

Risas.

—Pues a lo mejor está por eso.

Más risas.

El chico dweymeri esperó hasta asegurarse de que no se avecinaba más hilaridad y siguió escalera arriba. Mia había vuelto a su habitación y vio por la cerradura cómo el chico llegaba con paso sigiloso a su propia puerta. Sus pies apenas susurraban, aunque Mia sabía que los tablones chirriaban como

una familia de ratones asesinados. El chico volvió la mirada hacia la puerta de Mia, olisqueó una vez y entró en su propia habitación.

La chica se quedó sentada, planteándose si hablar con él o limitarse a desaparecer de Última Esperanza al acabar el giro,[25] como había planeado. Era evidente que buscaba lo mismo que ella, pero lo más probable era que fuese un psicópata despiadado. Dudaba que muchos novicios buscaran la Iglesia Roja por motivos tan altruistas como el suyo.

Cuando las campanas del pueblo tocaron a nuncanoches, oyó que el chico regresaba abajo, con pisadas de terciopelo. Notó que su sombra se revolvía y se estiraba, dando zarpazos insustanciales a los tablones del suelo.

—... *si no he vuelto por la mañana, dile a madre que la quiero...*

La chica dio un bufido mientras el no-gato se colaba por debajo de su puerta. Esperó durante horas, leyendo a la luz de las velas para no abrir los postigos al sol. Si iba a marcharse ese giro, tendría que hacerlo con las doce campanadas, con el cambio de turno en la torre de vigilancia. Entonces sería más fácil robar el semental. El conocimiento de que podría haber comprado cualquier viejo jamelgo levantó la mano al fondo del aula, pero lo hizo callar la idea de que no debería salir a los eriales montada en menos que el mejor caballo que podía ofrecer el pueblo.[26]

Sintió una ondeante gelidez, una sensación de pérdida y el gato que era sombras subió de un salto a la cama junto a ella. Parpadeó con unos ojos que no estaban allí. Intentó ronronear y no le salió.

—¿Y bien?

—... *ha comido frugalmente, observando a los que lo habían insultado entre bocado y bocado, y luego los ha seguido a casa cuando se han marchado...*

—¿Los ha matado?

—... *se ha meado en su barril de agua...*

—No es muy sanguinario, pues. ¿Y luego?

—... *ha trepado al techo de la cuadra. lleva desde entonces vigilando tu ventana...*

Un asentimiento de cabeza.

—Ya pensaba que me había calado al entrar.

—... *es de los listos...*

—Ahora veremos cómo de listo.

Mia metió sus libros en un pequeño morral de piel que se echó a la espalda y recogió sus cosas. Había confiado en poder marcharse con discreción, pero si el chico dweymeri estaba observándola, ya no era cuestión de si debía ocuparse de él. Solo de cómo.

Se escabulló de su habitación y cruzó los tablones rechinantes sin un solo rechinar. Fue a la puerta de una habitación vacía que había enfrente, sacó dos ganzúas de una fina cartera, se puso a trabajar y, al cabo de unos minutos, oyó un leve chasquido. Al salir por la ventana, al correr por el tejado, notó la luz de los soles abrasando el cielo ventoso y la adrenalina cosquilleándole en las yemas de los dedos. Daba gusto moverse otra vez. Probarse otra vez.

Cruzó a la carrera el callejón que había entre el Imperial y la panadería de al lado, sobre unas botas que eran menos que un bisbiseo en la carretera. El no-gato merodeaba por delante, vigilando con sus no-ojos.

Igual que había hecho fuera de la ventana de Augusto, Mia extendió los brazos y asió las sombras que la rodeaban. Hebra a hebra, atrajo hacia sí la oscuridad con dedos diestros, como una costurera tejiendo una capa... una capa que podría hacer perderse a unos ojos incautos.

Una capa de sombras.

Llamadlo como queráis, gentiles amigos. Taumaturgia. Arkimia. Nismo. Magya. Como todo poder, trae asociada una ofrenda. A medida que Mia atrajo hacia sí las sombras, la luz palideció en sus ojos. Como siempre, se

volvió más difícil para ella ver a través de su velo de oscuridad, igual que ella era más difícil de ver en su interior. El mundo exterior estaba emborronado, enfangado, amortajado en negro, y tuvo que caminar despacio para evitar traspies y tropezones. Pero envuelta en el interior de sus sombras, avanzó poco a poco en el fulgor de la nuncanoches, convertida en solo un trazo de acuarela sobre el lienzo del mundo.

Al llegar al lateral de la cuadra, trepó por la bajante al tacto. Se izó al tejado, miró con ojos entrecerrados en su penumbra y vio al dweymeri a la sombra de la chimenea, observando la ventana de su dormitorio. Mia pisó con levedad las tejas, imaginando que estaba de nuevo en el almacén del viejo Mercurio, con hojas muertas esparcidas por el suelo, una sed de tres giros ardiendo en su garganta y cuatro perros salvajes dormidos alrededor de una jarra de agua cristalina.

La motivación había sido la consigna del anciano, eso estaba clarísimo.

Ya estaba más cerca. Dudando entre hablar y actuar, empezar o terminar. Quizá a unos veinte pasos de distancia, vio que el chico se tensaba y giraba la cabeza. Y Mia se vio rodando bajo los puñales que le arrojó, tres muy seguidos, brillando a la luz de aquel condenado sol. De haber habido veroscuridad, el chico habría sido suyo. De haber habido veroscuridad...

*No mires.*

Se enderezó de un salto, con el estilete desenfundado y su sombra serpenteando por las tejas hacia él. El chico dweymeri había desenvainado su cimitarra y tenía otros dos puñales arrojados preparados en la otra mano. Sobre sus ojos se balanceaban oscuras rastas salinas de pelo enmarañado. Los tatuajes de su rostro eran los más espantosos que Mia había visto jamás, como si los hubiera garabateado un ciego en plena convulsión. Sin embargo, la cara de debajo...

Se vigilaron uno al otro, quietos como estatuas, mientras los segundos

pasaban como horas y el vendaval rugía a su alrededor.

—Tenéis muy buen oído, señor —dijo ella por fin.

—Vos tenéis mejores pies, Hija Pálida. No he oído nada.

—Entonces, ¿cómo?

El chico le dedicó una sonrisa con hoyuelos.

—Apestáis a humo de cigarrillo. Clavo, diría yo.

—Es imposible. Tenéis el viento en contra.

El chico desvió la mirada un instante a las sombras que se movían como serpientes en torno a sus pies.

—Parece que lo imposible abunda por aquí.

Mia le clavó la mirada. Dura y afilada y fina y rápida. Un florete en un mundo de espadones. Mia nunca había conocido a nadie que descifrara a la gente mejor que Mercurio, y el anciano le había enseñado a hacerse una idea de cómo era alguien en un abrir y cerrar de ojos. Fuera quien fuese ese chico, fueran cuales fuesen sus razones para buscar la iglesia, no era ningún psicópata. No era alguien que matara por matar.

«Interesante.»

—Buscas la Iglesia Roja —dijo Mia.

—El gordinflón no ha aceptado mi ofrenda.

—Ni la mía. Nos están poniendo a prueba, me parece.

—Eso mismo he pensado.

—Puede que ya no estén aquí. Iba a salir a los eriales a mirar.

—Si es la muerte lo que buscas, hay formas más fáciles de hallarla. —El chico hizo un gesto hacia fuera de las murallas de Última Esperanza—. ¿Por dónde ibas a empezar?

—Tenía pensado seguir mi olfato. —Mia sonrió—. Pero algo me dice que me iría mejor siguiendo el tuyo.

El chico la miró largamente y con intensidad. Sus ojos de avellana

recorrieron el cuerpo de Mia, tranquilos y entrecerrados. La hoja en su mano. Las sombras en sus pies. Los eriales susurrantes detrás de él.

—Me llamo Tric —dijo, enfundando la cimitarra a su espalda.

—Esto... ¿Tric? ¿Estás seguro?

—¿Seguro de mi propio nombre? Pues claro que lo estoy.

—No pretendo faltáros al respeto, señor —dijo Mia—, pero si vamos a recorrer los Susurriales juntos, al menos deberíamos ser lo bastante sinceros como para usar nuestros auténticos nombres. Y el vuestro no puede ser Tric.

—¿Me estás llamando mentiroso, chica?

—No os estoy llamando nada, señor. Y os agradeceré que no volváis a llamarme «chica» otra vez, como si la palabra os recordara a algo despegado de la suela de vuestra bota.

—Tenéis una forma curiosa de hacer amigos, Hija Pálida.

Mia suspiró. Agarró a su mal genio por la oreja y lo obligó a arrodillarse.

—He leído que los dweymeri pasan por rituales para recibir sus nombres. Y todos siguen un mismo patrón: verbo y luego nombre. Los dweymeri tienen nombres como Aplastaespinazos, Comelobos o Molestacerdos.

—¿Molestacerdos?

Mia parpadeó.

—Molestacerdos fue uno de los piratas dweymeri más infames que han existido jamás. Seguro que has oído hablar de él.

—Nunca he sido muy aficionado a la historia. ¿Por qué dices que era infame?

—Por molestar a los cerdos.[27] Aterrorizó a los granjeros desde Vigilatormenta hasta Lanza del Alba durante casi diez años. Al final había una recompensa de trescientos hierros por su cabeza. No había puerco que estuviera a salvo.

—¿Y qué le pasó?

—Los Luminatii. Sus espadas hicieron a su cara lo que él hacía a los cerdos.

—Ah.

—De modo que tu nombre no puede ser Tric.

El chico la miró de arriba abajo, con gesto atribulado. Pero cuando habló, hubo hierro en su voz. Humillación. Una ira antigua y bien alimentada.

—Mi nombre —dijo— es Tric.

La chica lo miró, entornando sus ojos oscuros. Un puzle, aquel chico. Y no dudéis que nuestra chica tenía debilidad por los puzles.

—Mia —dijo al cabo.

El chico recorrió las tejas con paso lento y firme, sin hacer caso de la negrura que tenía debajo. Extendió un brazo. Dedos encallecidos y un anillo de plata —las largas y serpentinadas formas de tres dragos marinos entrelazados— en el índice. Mia recorrió al chico con la mirada, sus cicatrices y sus horribles tatuajes faciales, su piel aceitunada, su delgadez y sus anchos hombros. Se lamió los labios y saboreó el sudor.

Las sombras titilaron a sus pies.

—Encantado de conoceros, dona Mia —dijo él.

—Y yo a vos, don Tric.

Y con una sonrisa, le estrechó la mano.

# CAPÍTULO 5

## HALAGOS

*La niña había corrido por callejuelas estrechas, sobre puentes y bajo escaleras, mientras el rojo se le encostraba en las manos. Ese algo la había seguido, acumulado en la oscuridad de sus pies que pisaban con fuerza los agrietados adoquines. La niña no tenía ni idea de lo que podía ser o querer; solo sabía que la había ayudado y que, sin esa ayuda, estaría igual de muerta que su padre.*

*ojos abiertos*

*patadas*

*guj-guj-guj*

*Mia se obligó a reprimir las lágrimas, cerró los puños y corrió. Oía al estrangulador de cachorritos y a su amigo detrás, gritando, maldiciendo. Pero ella era ágil y rápida y estaba asustada hasta el desespero, y su terror le daba alas. Corrió por estrechos y serpenteantes callejones y por encima de canales atascados hasta que por fin se metió en una callejuela, agarrándose la punzada de dolor en el costado.*

*A salvo. De momento.*

*Se vino abajo con las piernas encogidas y trató de contener las lágrimas como le había enseñado su madre. Pero eran mucho más grandes que ella y*



*empujaron hasta que ya no pudo retrasarlas más. Entre hipidos y temblores, se llevó a la cara mocosa sus manos rojas, muy rojas.*

*Su padre, ahorcado por traidor bajo la mirada del mismísimo gran cardenal. Su madre, encadenada. Los terrenos de la familia Corvere, entregados a ese horrible justicus Remo que había roto el cuello al Capitán Charquitos. Y Julio Scaeva, cónsul del Senado Itreyano, había ordenado que la ahogaran en los canales como a un gatito molesto.*

*Todo su mundo, deshecho en un solo giro.*

*—Que las Hijas me salven —musitó.*

*Mia vio moverse la sombra que tenía debajo. Ondear, como si estuviera hecha de agua y ella fuese una piedra dejada caer. Se sorprendió de no tener miedo, de notar que el pavor se escurría de ella como a través de agujeros en sus suelas. No tenía la menor sensación de amenaza, el menor temor infantil a seres inenarrables bajo la cama que la dejara temblando. Pero percibió de nuevo aquella presencia —o mejor dicho, aquella ausencia absoluta de presencia— enroscada en la sombra que dejaba sobre la piedra que tenía debajo.*

*—Hola otra vez —susurró.*

*Sintió a la cosa que no era nada. En su cabeza. En su pecho. Sabía que estaba sonriéndole, dedicándole una sonrisa que se hubiera reflejado en sus ojos, de haberlos tenido. Metió la mano en la manga y encontró el estilete ensangrentado que la cosa le había entregado.*

*El regalo que le había salvado la vida.*

*—¿Qué eres? —susurró a la negrura que había a sus pies.*

*No hubo respuesta.*

*—¿Tienes nombre?*

*Aquello tiritó.*

*Esperando.*

*Espera*

*ndo.*

*—Eres simpático —sentenció la niña—. También deberías tener un nombre simpático.*

*Otra sonrisa. Negra y ansiosa.*

*Mia también sonrió.*

*Decidió.*

*—Don Majo —dijo.*

Según la placa que había encima de su caballeriza, el semental se llamaba Hidalgo, pero con el tiempo Mia lo iba a conocer con el nombre de Cabronazo.

Decir que no le hacían gracia los caballos sería como decir que a los castrados no les hacían gracia los cuchillos. Al haberse criado en Tumba de Dioses, casi nunca había necesitado a aquellas bestias y, a decir verdad, son una forma desagradable de viajar, digan lo que digan vuestros poetas. Su olor se parece a un buen gancho de derecha contra una nariz ya rota, el suplicio en las partes blandas del jinete se mide más a menudo en ampollas que en magulladuras y viajar a casco no es mucho más rápido que viajar a pie. Y absolutamente todos esos problemas se magnifican si el caballo se da aires. Cosa que, por desgracia, hacía el pobre Hidalgo.

El semental era propiedad del centurión de la guarnición, un miembro nacido de la médula de la Legión Luminatii llamado Vincenzo Garibaldi. Era un purasangre, negro como los pulmones de un deshollinador.<sup>[28]</sup> Tratado (y alimentado) mejor que casi todos los hombres de Garibaldi, Hidalgo no toleraba más mano que la de su amo. Y en consecuencia, enfrentado a una chica desconocida en su caballeriza mientras sonaba el cambio de guardia,

relinchó irritado y procedió a vaciar su vejiga sobre tanto terreno como fuese posible.

Después de haber vivido años cerca del río Rosa, la peste a meado de semental no afectó demasiado a Mia, que se apresuró a meter el bocado en la boca del caballo para hacerlo callar. Por muy odiosos que encontrara a aquellos bichos, había soportado una estancia de tres semanas en un criadero de caballos del continente a «petición» del viejo Mercurio, y al menos no iba a ponerle la brida en el culo.<sup>[29]</sup> Sin embargo, cuando Mia le puso la manta para la silla, Hidalgo empezó a dar coces en su caballeriza y solo un apresurado salto al marco de la portezuela impidió que la chica adelgazara a base de bien.

—¡Por las tetas de Trelene, que no arme jaleo! —siseó Tric desde la puerta de la cuadra.

—¿De verdad acabas de maldecir con las «tetas» de una diosa?

—¡Olvídate de eso y haz que pare!

—¡Ya te he dicho que no les caigo bien a los caballos! Y blasfemar sobre las domingas de la Señora del Océano tampoco va a ayudar en nada. De hecho, seguro que hará que termines ahogado, palurdo.

—Sin duda gozaré de largos años encerrado en la maloliente letrina que utilicen de celda en este estercolero, para arrepentirme de mis pecados.

—No te quites aún las enaguas —susurró Mia—. La letrina estará ocupada un tiempo.

Tric se preguntó de qué hablaba la chica. Pero mientras ella entraba de nuevo en la caballeriza de Hidalgo para otro intento de ensillado, Tric oyó gemidos dentro de la torre de la guarnición, súplicas a Aquel que Todo lo Ve y un estallido de blasfemias tan coloridas que podrían lanzarse al aire y componer un arcoíris. El viento traía un hedor creciente, tan acre que empezaron a llorarle los ojos. De modo que, mientras Mia descargaba

improperios susurrados sobre Hidalgo, el chico decidió averiguar a qué venía tanto escándalo.

Don Majo estaba sentado en el tejado de la cuadra, haciendo lo posible para imitar la curiosidad de los gatos reales. Observó el silencioso avance del chico hasta la torre y cómo escalaba el muro. Tric echó un vistazo a la estancia que había tras una ventana azotada por la arena y perdió el color de la cara bajo sus burdos tatuajes. Sin un solo ruido, se dejó caer al suelo y regresó a la cuadra a tiempo de ver a Mia colocar por fin la silla en el lomo de Hidalgo con la ayuda de varios terrones de azúcar robados.

El chico ayudó a Mia a sacar al semental entre bufidos por los portones de la cuadra. Era bajita, y el purasangre tenía veinte manos de altura, así que tuvo que coger carrerilla para auparse de un salto a la silla de montar. Mientras se acomodaba, reparó en la palidez del rostro de Tric.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—¿Qué abismos está pasando en esa torre? —susurró Tric.

—Un contratiempo.

—¿Qué?

—Tres brotes secos de mora roja liisiana, un tercio de taza de esencia de melaza y una pizca de raíz de tronquera seca. —Mia se encogió de hombros—. Un contratiempo. Puede que lo conozcas como «el Lamento del Fontanero».

Tric parpadeó, sorprendido.

—¿Has envenenado a la guarnición entera?

—Bueno, en realidad los ha envenenado Daniio el Gordo, que es quien ha servido la tardera. Yo solo he añadido las especias. —Mia sonrió—. No es letal. Solo están sufriendo un leve... desajuste intestinal.

—¿Leve? —El chico miró apenado hacia la torre y los pringosos y

gimoteantes horrores que contenía—. Escucha, no te ofendas si ahí fuera cocino yo siempre, ¿de acuerdo?

—Como quieras.

Mia se encaró hacia los eriales de fuera de Última Esperanza y, tras hacer el gesto de levantarse el sombrero hacia la torre de vigilancia, taconeó los flancos de Hidalgo. Por desgracia, en lugar de emprender un elegante galope hacia el horizonte, la chica se vio lanzada por los aires en un breve vuelo que terminó con ella despatarrada en el camino. Rodó sobre la tierra, frotándose el trasero y mirando furiosa al semental, que estaba relinchando.

—Cabronazo... —siseó. Miró a Don Majo, sentado en el camino a su lado —. Ni. Una. Puta. Palabra.

—... *miau*... —dijo él.

La puerta de la torre de vigilancia se abrió con un estrepitoso golpe. Un inmundo centurión Vincenzo Garibaldi salió tambaleándose a la calle, agarrando con una mano sus pantalones sin abrochar.

—¡Ladrones! —gimió.

Con una floritura desganada, el centurión Luminatii desenvainó su espada larga. El filo del acero se cubrió de llamas más brillantes que los soles del cielo a una palabra suya, y el hombre trastabilló hacia delante, con la cara retorcida de furia justiciera.

—¡Alto, en nombre de la Luz!

—¡Por las dulces peras de Trelene, vámonos!

Tric subió de un salto a la silla de Hidalgo e izó a Mia sobre el caballo como un saco de malhabladas patatas. Y con otro taconazo a los flancos del semental, los dos salieron al galope hacia una muerte segura.<sup>[30]</sup>

La pareja hizo un breve alto para recuperar el semental de Tric, un enorme

animal castaño con el inexplicable nombre de Flores, antes de huir a los eriales. El Lamento del Fontanero había funcionado bien, sin embargo, y la persecución por parte de la guarnición de Última Esperanza fue breve y bastante desorganizada. Mia y Tric redujeron pronto el paso a un trote rápido, al no tener perseguidores a la vista.

Los llamados Susurriales eran la tierra más desolada y lúgubre que Mia había visto nunca. El horizonte formaba costra como los labios de un mendigo, azotado por vientos cargados de voces casi inaudibles. Que el segundo sol besara el horizonte solía ser señal de que iban a alzarse los brutales inviernos itreyanos, pero allí fuera el calor seguía siendo abrasador. Don Majo estaba acurrucado en la sombra de Mia, igual de abatido que ella. Después de ponerse un tricornio (robado y pagado) en la cabeza, Mia estudió el horizonte.

—Supongo que la iglesia estará en algún punto elevado —aventuró Tric—. Propongo que empecemos por esas montañas del norte y luego vayamos hacia el este. Después de eso, lo más probable es que nos hayan chupado la vida los espectros de polvo o nos hayan comido los krakens de arena, así que a nuestros huesos les dará igual dónde los caguen.

Mia renegó cuando Cabronazo dio un pequeño corcovo. Le dolían los muslos de la silla de montar y su culo ya se disponía a enarbolar la bandera blanca. Señaló hacia un dedo solitario de piedra quebrada que había a quince kilómetros.

—Allí.

—Con todo mi respeto, Hija Pálida, me extrañaría que la mayor congregación de asesinos del mundo conocido hubiera establecido su cuartel general a distancia olfativa de las porquerizas de Última Esperanza.

—Coincido. Pero es donde creo que deberíamos acampar. Tiene pinta de

haber un manantial. Y desde arriba tendremos buena vista de Última Esperanza y de los eriales de alrededor, supongo.

—Creía que íbamos a seguir mi olfato.

—Eso lo mencioné solo para quien pudiera estar escuchando.

—¿Escuchando?

—Estamos de acuerdo en que esto es una prueba, ¿verdad? En que la Iglesia Roja nos está examinando.

—Sí. —El chico asintió despacio con la cabeza—. Pero no debería sorprenderte. Seguro que tu shahiid te puso a prueba en preparación para los desafíos que afrontaremos, ¿no?

Mia tiró de las riendas cuando Cabronazo intentó dar media vuelta por quinta vez en la misma cantidad de minutos.

—Al viejo Mercurio le encantaban las pruebas —respondió con un asentimiento—. Cualquier momento podía contener una prueba oculta.<sup>[31]</sup> Pero el caso es que nunca me puso ninguna que no pudiera superar. Y la iglesia no debería ser tan distinta. Así que ¿cuál es la única pista que nos dieron? ¿Cuál es la única pieza de este puzle que tenemos en común?

—Última Esperanza.

—Exacto. Estoy pensando que la iglesia no puede ser autosuficiente. Aunque cultiven su comida, necesitarán otros bienes. Curioseando en la bodega del *Pretendiente*, vi mercancías que no podían servir de nada a los paletos de Última Esperanza. Supongo que la iglesia tendrá a algún discípulo allí. A lo mejor vigila por si llegan novicios, pero lo más importante será enviar esas mercancías hasta su baluarte. Así que lo único que tenemos que hacer es buscar una caravana cargada que salga a los eriales. Y seguirla.

Tric miró a la chica de arriba abajo, con una leve sonrisa.

—Sabiduría, Hija Pálida.

—No temáis, don Tric. No la perderé por el...

El chico levantó una mano e hizo parar de golpe a Flores. Escrutó las tierras yermas que los rodeaban, arrugó la nariz y olfateó el susurrante aire desértico.

—¿Qué pasa? —La mano de Mia descendió hacia su daga de hueso de tumba.

Tric negó con la cabeza y cerró los ojos para inhalar de nuevo.

—Nunca había olido nada similar. Me recuerda a... cuero viejo y mue...

Cabronazo bufó y se puso de manos. Mia se agarró a la silla y renegó mientras la arena roja explotaba a su alrededor y una docena de tentáculos salían de debajo del suelo. Tenían seis metros de longitud, estaban salpicados de avariciosos ganchos serrados y parecían tan secos como el interior de la aguja de un tintómano.

Cabronazo relinchó aterrorizado mientras un curtido apéndice se le enrollaba en torno a una pata delantera y otro se le ceñía al cuello con la fuerza de un verdugo. El semental se resistió, babeando y dando coces como un animal salvaje. Mia volvió a verse volando por los aires, rebotó contra la cabeza de Cabronazo y rodó por el suelo hacia el propietario de los tentáculos, que ya asomaba de la tierra y abría unas horrorosas fauces picudas. El aire se llenó de un chasqueante y gutural siseo.

—¡Kraken de arena! —rugió Tric, algo innecesariamente.[32]

Mia desenvainó su daga de hueso de tumba y atacó un tentáculo que avanzaba hacia ella. Brotó una sangre aceitosa y la tierra se estremeció por un rugido atronador mientras Mia saltaba entre otros dos temibles miembros, se echaba al suelo para esquivar un tercero, rodaba y se quedaba agachada y jadeando. Don Majo se desenroscó de su sombra, contempló aquel horror y no-exhaló un suave y breve suspiro.

—... *qué bonito...*

Tric desenfundó su cimitarra, saltó del lomo de su semental y dio un tajo al



tentáculo que asía la pata de Cabronazo. Con el restallido de una cuerda salada al partirse, amputó el apéndice e hizo que la bestia diera otro rugido, pusiera los ojos como platos y abriera las agallas. El miembro cercenado se sacudió en el suelo, salpicando a Tric de hediondo icor. Cabronazo volvió a relinchar de miedo, derramando sangre del cuello apresado por el tentáculo.

—¡Suéltalo! —gritó Mia, apuñalando otro tentáculo.

—¡Retrocede! —le ordenó Tric con un bramido.

—¿Que retroceda? ¿Te has vuelto loco?

—¿Y tú? —Tric señaló la daga de Mia—. ¿Piensas matar a un kraken de arena con ese dichoso mondadientes? ¡Deja que se coma al semental!

—¡Al abismo con eso! ¡Acabo de robar ese puto caballo!

Mia hizo una finta baja y dio una cuchillada a otro miembro ganchudo, abriendo un nuevo manantial de sangre. El retroceso de un tentáculo tiró a Tric al suelo entre maldiciones. Mia encrespó los dedos y se envolvió de un presuroso puñado de sombras para evitar un golpe similar. Aquellos ganchos parecían lo bastante afilados para desollar un andador de guerra.<sup>[33]</sup>

Aunque se lo notaba incomodado por aquellos saquitos de carne con sus palos afilados, el kraken parecía sobre todo empeñado en llevarse a su comida purasangre —que sin duda lamentaba más que nunca que lo hubieran robado— bajo la arena. Pero mientras Mia tiraba de la oscuridad hacia ella, el monstruo soltó un estruendoso bramido y volvió a emerger de la tierra, agitando los tentáculos. Casi como si estuviera enfadado con ella.

Tric escupió arena roja y gritó para avisarla mientras daba un espadazo a otro miembro. La capa de sombras no aparentaba hacer ningún bien a Mia: estaba casi ciega detrás de ella, pero la bestia parecía capaz de verla de todos modos. De modo que la dejó caer de sus hombros y se lanzó hacia el quejumbroso caballo, tropezando con la arena. Se movió entre el bosque de ganchos y latigazos, sintiendo en la cara y el cuello el aire de los ataques

fallidos por poco, oyendo el silbido de los tentáculos en el aire. En esa tormenta, no había en ella un miedo real: solo estaban el giro y la finta, el deslizamiento y la voltereta. La danza que le había enseñado Mercurio. La danza con la que había vivido casi todos los giros desde que su padre sufriera su larga caída en su corta cuerda.

Una esquivada polvorienta, un giro hacia atrás, saltando entre tentáculos como una niña entre doce combas. Un vistazo fugaz al pico abierto del monstruo, chasqueando y gruñendo mientras Cabronazo chillaba. El roce del corpachón del kraken al apartarse más y más de la arena. El olor de la muerte húmeda y el cuero salado, el polvo raspándole los pulmones. Una idea repentina le llevó una sonrisa a los labios y, con una rápida acometida y un saltito desde uno, dos y tres tentáculos en movimiento, Mia se lanzó sobre el lomo de Cabronazo.

—Por los dientes de las Fauces, qué loca está —susurró Tric.

El caballo volvió a lomear, y Mia se aferró con muslos y uñas y pura terquedad. Metió una mano en la alforja, sacó un pesado frasco que contenía un brillante polvo rojo y, con un suspiro, echó el brazo atrás y lo arrojó a la boca del kraken.

El frasco se hizo añicos contra el pico de la criatura y las esquirlas y el fino polvo rojo impregnaron el gástrico del monstruo. Mia desmontó rodando de Cabronazo para esquivar otro golpe y se arrastró por la arena mientras un chillido agónico inundaba el aire. El kraken liberó al semental para raspar, rascar, darse golpes en la boca. Tric le asestó otra puñalada sin demasiado empeño, pero la bestia se había olvidado del todo de su presa y estaba haciendo rodar sus enormes ojos mientras daba vueltas y más vueltas, enterrando de nuevo su inmenso cuerpo en la arena, aullando como un perro que, tras un duro giro de trabajo, vuelve a casa para encontrar otro perro en su caseta, fumándose sus cigarrillos en la cama con su esposa.

Mia se levantó de una arena que se agitaba al alejarse el kraken. Se apartó los mechones sudados de los ojos y sonrió como una demente. Tric estaba boquiabierto, con la cimitarra ensangrentada colgando de su mano y la cara recubierta de polvo.

—¿Qué era eso? —preguntó con un hilo de voz.

—Bueno, en realidad no son cefalópodos...

—No, me refiero a qué le has tirado a la boca.

Mia levantó los hombros.

—Las especias del enviudador de Daniio el Gordo.

Tric parpadeó. Varias veces.

—¿Acabas de apalea a un horror de los Susurriales con un frasco de guindillas en polvo?

Mia asintió con la cabeza.

—Una pena, en realidad. Es buen material. Solo robé ese frasco.

En las tierras yermas resonó un momento de incrédulo silencio sobre la desafinada canción de los vientos enloquecedores. Y entonces el chico se echó a reír, haciendo brillar una sonrisa blanca y con hoyuelos en su cara mugrienta. Se secó los ojos, limpió una mancha de sangre oscura de su cimitarra y fue a recoger a Flores. Mia se volvió hacia su semental robado, que se levantaba con dificultades de la arena y tenía sangre en el cuello y las patas delanteras. Le habló en tono tranquilizador, con una lengua cubierta de polvo, confiada en calmarlo.

—¿Estás de una pieza, chico?

Mia se acercó despacio, con la mano extendida por delante. El animal estaba inquieto, pero unos giros de descanso en su atalaya ayudarían a que se curara, y con un poco de suerte la miraría con mejores ojos después de haberle salvado la vida. Mia le acarició los costados con firmeza y metió la mano en la alforja para sacar...

—¡Ay, joder!

Mia chilló cuando el semental le mordió el brazo, con la fuerza suficiente para dejarle un cardenal sanguinolento. El caballo echó atrás la cabeza con lo que sonó muy parecido a una risita.<sup>[34]</sup> Y sacudiendo las crines, emprendió un medio galope de vuelta a Última Esperanza, dejando atrás unas huellas ensangrentadas.

—¡Espera! —gritó Mia—. ¡Espera!

—Le caes pero que muy mal —comentó Tric.

—Muchísimas gracias, don Tric. Cuando hayáis acabado de entonar vuestra *Oda a lo Evidente*, quizá queráis hacerme el honor de traer a ese caballo que escapa con todas mis putas cosas en las alforjas.

Tric sonrió, subió de un salto a la silla de Flores y salió al galope. Mia se agarró el brazo magullado, escuchando los ecos de la tenue risa de un gato que no era un gato en el viento.

Escupió a la arena, sin apartar la mirada del semental que huía.

—Cabronazo... —siseó.

Tric volvió al cabo de media hora, seguido por un renqueante Cabronazo. Mia y él fueron a pie hacia el fino espolón de roca que les serviría de atalaya. Los dos se mantenían en alerta y buscaban perturbaciones bajo la arena, y Tric olisqueaba el aire como un sabueso, pero ningún otro horror lanzó sobre ellos ningún tentáculo (ni otros apéndices) para impedirles el avance.

Dejaron que Cabronazo y Flores pastaran en la fina hierba que rodeaba la aguja de piedra. Flores comió de mil amores, pero Cabronazo clavó en Mia la fulminante mirada de un animal acostumbrado a comer siempre avena fresca y se negó a probar bocado. Intentó morder a Mia otras dos veces mientras lo ataba, de modo que la chica fue a acariciar a Flores (aunque tampoco le caía

demasiado bien) para que lo viera Cabronazo y hasta ofreció al caballo castaño unos terrones de azúcar de sus alforjas. El único regalo que recibió el semental robado fue el gesto de mano más grosero que Mia pudo conjurar.

[35]

—¿Por qué llamas Flores a tu caballo? —preguntó Mia, mientras Tric y ella se preparaban para escalar.

—¿Qué tiene de malo «Flores»?

—Bueno, casi todos los hombres ponen a sus caballos nombres un poco más... viriles, nada más.

—Leyenda, Príncipe y cosas así.

—Una vez conocí a un caballo llamado Casco de Trueno. —Mia levantó una mano—. Lo juro por la Luz.

—Me parece un poco tonto poner un nombre como ese sin motivo —repuso el chico tras un bufido.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si llamas Leyenda a tu montura, estás diciendo a la gente que te crees un héroe salido de un cuento. Si llamas a tu caballo Casco de Trueno... Por las Hijas, ya puestos átate un cartel al cuello que diga: «Tengo un pene minúsculo».

Mia sonrió.

—Si tú lo dices, tendré que creérmelo.

—Es como la gente que llama a sus espadas Partecráneos o Bebealmas, o cosas por el estilo. —Tric se recogió las rastas con un nudo enmarañado en el cogote—. Menuda pandilla de mamones.

—Si yo tuviera que ponerle nombre a mi arma —dijo Mia, pensativa—, la llamaría Bizcochito.

Tric soltó una risotada ronca.

—¿Bizcochito?

—Por el abismo, sí. —La chica asintió con la cabeza—. Piensa en el terror que inspirarías. Si te derrotara un enemigo con una espada llamada Bebealmas... bueno, con eso podrías vivir. Pero imagina qué vergüenza si te dieran una paliza con una hoja llamada Bizcochito.

—Pues a eso me refiero. Los nombres dicen tanto de quien los pone como de lo que lo recibe. A lo mejor no quiero que la gente sepa quién soy. A lo mejor me gusta que me subestimen. —El chico se encogió de hombros—. O a lo mejor es que me gustan las flores y ya está.

Mia se descubrió sonriendo mientras escalaban el accidentado peñasco. Ninguno usó pitones ni cuerda, con la imprudencia tan común entre los jóvenes y aparentemente inmortales. Su atalaya tenía treinta metros de altura, y los dos llegaron a la cima sin aliento. Pero, como Mia había predicho, la aguja les ofrecía un punto de vista privilegiado, con los eriales extendidos a sus pies. La furibunda mirada roja de Saan era despiadada, y Mia se preguntó cuán brutal sería el calor durante la veroluz, cuando los tres soles hicieran arder en blanco el cielo.

—Buenas vistas —dijo Tric, afirmando con la cabeza—. Si alguien estornuda en Última Esperanza, nos enteraremos.

Mia tiró una piedra del peñasco con el pie y la vio caer al vacío. Se sentó en una roca y apoyó la bota en la de enfrente, en una postura que habría dado escalofríos a la dona Corvere. Sacó de su cinturón una fina cajita de plata grabada con el cuervo y las espadas cruzadas de la familia Corvere. Se puso un cigarrillo en los labios y ofreció la cajita a Tric. El chico la cogió mientras se sentaba frente a ella, arrugó la nariz y miró la inscripción de la parte de atrás.

—*Neh diis lus'a, lus diis'a* —murmuró—. Mi liisiano da pena. ¿Es algo sobre sangre?

—«Cuando todo es sangre, la sangre es todo.» —Mia encendió el cigarrillo

con su yesquero y dio un suspiro satisfecho—. Lema familiar.

—¿Esto es de tu familia? —Tric tocó el blasón con el pulgar—. Habría jurado que lo robaste.

—¿No te parezco nacida de la médula?

—No estoy seguro de qué me pareces. Pero ¿una arrogante mocosa espinacera? Para nada.

—Tendréis que mejorar vuestros halagos, don Tric.

El chico tocó la sombra de ella con la bota y la miró con ojos indescifrables. Echó una mirada al no-gato que acechaba cerca de su hombro. Don Majó le devolvió la mirada sin el menor sonido. Cuando Tric habló, fue sin mostrar ningún nerviosismo.

—He oído hablar de los tuyos. Pero nunca había conocido a ninguno. Ni pensaba que lo haría jamás.

—¿Los míos?

—Tenebros.

Mia exhaló gris, con los ojos entrecerrados. Extendió un brazo hacia Don Majó como para acariciarlo y sus dedos lo atravesaron como si estuviera hecho de humo. A decir verdad, había pocos que la hubieran visto ejercer su don y vivieran para contarlo. La gente de la república temía lo que no comprendía y odiaba lo que temía. Y sin embargo, aquel chico parecía más intrigado que temeroso. Mirando de arriba abajo a aquel canijo dweymeri con sus tatuajes isleños y su nombre continental, Mia comprendió que él también era un paria. Y durante un instante, reparó en lo contenta que estaba de que la acompañara en aquel camino extraño y polvoriento.

—¿Y qué sabéis vos de los tenebros, don Tric?

—Folclore. Gilipolleces. Que robáis bebés de las cunas, desfloráis vírgenes allí donde vais y demás bobadas. —El chico se encogió de hombros—. He

oído que hubo un ataque tenebro a la Basílica Grande hace unos años. Murieron un montón de legionarios Luminatii.

—Ah. —Mia sonrió a través del humo—. La Masacre de la Veroscuridad.

—Seguro que fue otra mierda que se inventaron para subir los impuestos, o algo así.

—Seguro. —Mia señaló su sombra—. Pero aun así, no parece que te ponga nervioso.

—Conocía a una vidente que podía predecir el futuro removiendo entrañas de animales. Conocí a un arkimista que podía hacer fuego de la arena y matar a un hombre solo echándole el aliento. Trastear con la oscuridad me parece solo otra forma de taumaturgia de charlatanes. —Miró hacia el cielo despejado—. Y no le veo mucha utilidad en un lugar donde los soles no se ponen casi nunca.

—... *cuanto más brillante es la luz, más profundas son las sombras...*

Tric miró al no-gato, a todas luces sorprendido de oírlo hablar. Lo observó con atención un momento, como si temiera que fuesen a salirle unas cabezas nuevas o que escupiera fuego negro. Al comprender que no habría un espectáculo de múltiples cabezas, el chico devolvió la mirada a Mia.

—¿De dónde te viene el don? —preguntó—. ¿De tu madre, de tu padre?

—No sé de dónde viene. Y no he conocido a otro como yo para preguntarle. Mi shahiid decía que fui tocada por la Madre. Signifique lo que signifique. Desde luego, él no parecía saberlo.

El chico levantó los hombros y pasó el pulgar por el escudo de armas de la pitillera.

—Si no recuerdo mal, la familia Corvere estuvo metida en algún lío hace unas pocas veroscuridades. ¿Algo de coronar a un rey?

—Nunca te encojas. Nunca temas. —Mia suspiró—. Y nunca, jamás, olvides.



—Vaya. El enigma empieza a iluminarse. La última hija de una familia caída en desgracia se dirige a la mejor escuela de asesinos de toda la república. ¿Tienes pensado ajustar cuentas después de graduarte?

—No iréis a ofrecerme vuestra sabiduría sobre la futilidad de la venganza, ¿verdad, don Tric? Porque empezabais a caerme bien.

—Ah, no. —Tric sonrió—. La venganza la entiendo. Pero dada la cuenta que pretendes ajustar, diría que tus objetivos van a ser complicados de alcanzar.

—Un objetivo ya está cobrado. —Dio una palmada a su saquito de dientes—. Faltan otros tres.

—¿Esos cadáveres andantes tienen nombres?

—El primero es Francesco Duomo.

—¿Francesco Duomo? ¿El gran cardenal de la Iglesia de la Luz?

—Ese mismo.

—Por el abismo y la sangre...

—El segundo es Marco Remo, justicus de la Legión Luminatii.

—¿Y el tercero?

La luz de Saan resplandeció en los ojos de Mia, que tenía unos finos mechones de largo pelo negro enganchados en las comisuras de sus labios. Las sombras en torno a ella se ondularon como océanos, titilando cerca de los dedos de los pies de Tric. El doble de oscuras de lo que debían ser. Casi tan oscuras como se había vuelto su ánimo.

—El cónsul Julio Scaeva.

—Por las Cuatro Hijas —susurró Tric—. Por eso quieres entrenar en la iglesia.

Mia asintió con la cabeza.

—Un cuchillo afilado podría herir a Duomo o a Remo, con mucha suerte. Pero no será un golfillo cualquiera con una sirla quien acabe con Scaeva. No

después de la Masacre. Ese hombre no se mete en la cama sin que una escuadra de Luminatii haya mirado antes entre las sábanas.

—Cónsul electo del Senado Itreyano tres veces. —Tric suspiró—. Maestro arkimista. El hombre más poderoso de la república. —Negó con la cabeza—. Vos sí que sabéis complicaros la vida, Hija Pálida.

—Ya lo creo. Es tan peligroso como un saco de víboras marcanegra. —Mia asintió—. Ese hombre hace lo que le sale del coño.

El chico enarcó las cejas y abrió un poco la boca. Mia lo miró a los ojos, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Mi madre decía que «coño» es una palabra fea. —Tric arrugó la frente—. La más fea de todas. Me dijo que no la pronunciara nunca, y mucho menos delante de una dona.

—Vaya, no me digas. —La chica dio otra calada a su cigarrillo, entrecerrando los ojos—. Y eso, ¿por qué?

—No lo sé. —Tric se dio cuenta de que estaba farfullando—. Es lo que me dijo.

Mia meneó la cabeza a los lados, haciendo que los mechones torcidos se balancearan frente a sus ojos.

—¿Sabes? Eso nunca lo he entendido. Lo de que referirse a las partes íntimas de una mujer sea, de algún modo, más ofensivo que otras palabras malsonantes. A mí me parece que insultar con las partes de un hombre es peor. A ver, ¿qué te imaginas cuando te dicen que alguien es un capullo?

Tric levantó los hombros, confuso por aquel extraño giro en la conversación.

—Te imaginas a un patán, ¿verdad? —siguió diciendo Mia—. A alguien tan saturado de gilipolleces que no le caben los sesos. A un cretino ignorante que va por ahí pavoneándose como si meara colonia y no se da cuenta de

cómo lo ven los demás. —Una exhalación de dulce clavo gris al aire que había entre ellos—. «Capullo» es otra forma de decir «imbécil». Pero cuando hablas de las partes femeninas, en fin... —La chica sonrió—. Implicas una cierta malicia. Una intención. Malévola y consciente. No creas que digo que el cónsul Scaeva hace lo que le sale del coño como algo negativo. Los coños tienen cerebro, don Tric. Los coños tienen dientes. Si te dicen que haces lo que te sale del coño, tómatelo como un halago. Como una señal de que la gente cree que no hay que andar jodiendo contigo. —Hombros levantados—. Creo que a eso lo llaman ironía. —Mia se sorbió la nariz, con la mirada fija en los eriales que se extendían por debajo de ellos.

»Lo cierto es que no hay diferencia entre tus partes bajas y las mías. Aparte de la obvia, claro. Pero ninguna de las dos tiene más importancia que la otra. ¿Por qué lo que tengo entre las piernas tiene que considerarse más listo o más tonto, mejor o peor? Todo es carne, don Tric. Al final, todo es comida para los gusanos. Igual que lo serán Duomo, Remo y Scaeva. —Una última calada, larga y profunda, como si sorbiera la misma vida de su cigarrillo.

»Pero aun así, prefiero mil veces que se refieran a mí usando el coño que la polla.

La chica dio un suspiro gris y apagó el cigarrillo con el tacón de la bota.

Escupió al viento.

Y así, sin más, el joven Tric se enamoró.

# CAPÍTULO 6

## POLVO

*La madre de Mia le había regalado una caja puzle cuando tenía cinco años. Era un cubo de madera con las caras desplazables que, cuando se colocaran en la posición correcta, revelarían el auténtico regalo de su interior. Era el mejor regalo de Gran Ofrenda que recordaba haber recibido jamás.[36]*

*Pero en su momento, a Mia le había parecido una crueldad. Mientras los demás niños nacidos de la médula jugaban con sus muñecos nuevos o con espadas de madera, a ella le había tocado aquella dichosa caja que se negaba a abrirse. La estrelló contra la pared, en vano. Fue a su padre llorando y diciendo que no era justo, pero él se limitó a sonreír. Y cuando Mia se plantó ante la dona Corvere exigiendo saber por qué no le habían regalado una cinta bonita para el pelo o un vestido nuevo, en lugar de aquella porquería, su madre se arrodilló para mirar a su hija a los ojos.*

*—Tu mente va a servirte mejor que cualquier baratija que exista bajo los soles —le dijo—. Es un arma, Mia. Y como cualquier arma, requiere práctica para blandirla con destreza.*

*—Pero madre...*

*—No, Mia Corvere. Con la belleza se nace, pero el cerebro hay que ganárselo.*

*De modo que Mia se había sentado frente a la caja. La había mirado*

ceñuda. La había mirado y mirado hasta soñar con ella. La había retorcido, girado y maldecido con todas las palabrotas que había oído decir a su padre. Pero después de dos meses de frustración, hizo girar una última pieza y oyó un sonido maravilloso.

Clic.

La tapa se abrió y en el interior encontró un broche, un cuervo con diminutos ojos de ámbar. El emblema de su familia. El cuervo de Corvere. Se lo puso para tomar la mañanera el giro siguiente. Su madre había sonreído, pero no dijo ni una palabra. Mia se quedó la caja. De todas las Grandes Ofrendas que hubo desde entonces, de todos los puzles que sus padres le habían seguido regalando, siguió siendo su favorito. Tras la ejecución de su padre y la detención de su madre, había dejado atrás la caja y algo de la niña que la adoraba.

Pero el broche se lo había llevado con ella. Eso y su habilidad para los puzles.

Se despertó bajo un montón de basura en un callejón solitario, en algún barrio pobre de Tumba de Dioses. Mientras se frotaba el sueño de los ojos, su estómago había gruñido. Sabía que los hombres del cónsul quizá aún la buscaran, que podía enviar a más si se enteraba de que los primeros no habían logrado ahogarla. No tenía ningún lugar donde quedarse. Ni un amigo. Ni dinero. Ni comida.

Estaba dolorida y sola y asustada. Echaba de menos a su madre. Y al pequeño Jonnen, su hermanito pequeño. Y su cama blanda y su ropa cálida y a su gato. El recuerdo del Capitán Charquitos tirado roto en el suelo le inundó los ojos de lágrimas, y pensar en el hombre que lo había matado le llenó el corazón de odio.

—Pobre Capitán Charquitos...

—... miau... —dijo una voz.

*La niña levantó la mirada al oírla y se apartó el pelo oscuro de las pestañas mojadas. Y allí, en los adoquines, entre las malas hierbas y la podredumbre y la suciedad, vio a un gato.*

*No era su gato, desde luego. Oh, era negro como la veroscuridad, igual que lo había sido el buen capitán. Pero se veía fino como el papel y traslúcido, como si alguien hubiera recortado la silueta de un gato del mismísimo material de las sombras. Y pese al hecho de que ahora vestía una forma en vez de ninguna en absoluto, Mia reconoció a su amigo. Al que la había ayudado cuando nadie más en el mundo había podido hacerlo.*

*—¿Don Majo? —preguntó.*

*—... miau... —dijo él.*

*Hizo ademán de acariciar a la criatura, pero su mano lo atravesó como habría hecho con una voluta de humo. Contemplando su oscuridad, tuvo la misma sensación que antes: su miedo exudado como el veneno de una herida, dejándola firme y valerosa. Y cayó en la cuenta de que, aunque no tenía hermano, madre, padre, familia, no estaba sola del todo.*

*—Muy bien —dijo asintiendo con la cabeza.*

*Lo primero era la comida. No tenía dinero, pero conservaba su estilete y el broche enganchado a su cada vez más desaliñado vestido. Una hoja de hueso de tumba valdría una fortuna, pero aborrecía la idea de renunciar a su única arma. De todos modos, sabía que había gente que le daría dinero a cambio de la joya. Con dinero podría comprar comida y alquilar una habitación para poder pensar en su siguiente movimiento. Tenía diez años, su madre estaba encerrada, su...*

*—... miau...*

*—Vale. Un puzle detrás de otro.*

*Ni siquiera sabía en qué parte de Tumba de Dioses se encontraba. En toda su vida no había salido del Espinazo. Pero su padre tenía mapas de la ciudad*

en el estudio, colgados de las paredes con sus espadas y sus laureles, y recordaba a grandes rasgos la forma que tenía la ciudad. Lo mejor sería mantenerse apartada de la zona del Espinazo, esconder la cabeza tan honda como pudiera hasta estar segura de que los hombres del cónsul habían dejado de perseguirla.

Cuando se levantó, Don Majo fluyó como el agua y se fundió con el negro en torno a sus pies, oscureciendo su sombra al hacerlo. Aunque ella sabía que debería darle miedo lo que había visto, lo que hizo fue respirar hondo, pasarse los dedos por el pelo y salir del callejón, con dos pasos firmes sobre un gran montón húmedo de lo que esperó que fuera barro.[37]

Renegando de un modo sumamente impropio y raspando las suelas contra los adoquines, vio a gente de todo tipo afanándose por la calle atestada. Vaanianos de pelo claro, itreyanos de ojos azules y altos dweymeri con tatuajes de tinta de leviatán, docenas de esclavos con sus marcas arkímicas de venta quemadas en las mejillas. Pero Mia tardó poco en darse cuenta de que casi todos eran liisianos, de piel olivácea y cabello oscuro. Los escaparates estaban marcados con un sello que Mia reconoció de sus lecciones con el hermano Craso y las misas de veroscuridad en las grandes catedrales: tres círculos ardientes entrelazados. El reflejo de los tres soles que vagaban por los cielos. Los ojos del mismísimo Aa.

La Trinidad.[38]

Mia comprendió que debía de estar en el barrio liisiano, al que había oído llamar la Pequeña Liis. Miserable y masificada, con la pobreza escrita en la mampostería desmoronada. Las aguas de los canales corrían altas allí, consumiendo los pisos inferiores de los edificios contiguos. Palazzos de ladrillo sin lucir, herrumbrados a un tono marrón oscuro al borde del agua. Además de la peste de los canales, Mia olió a pan especiado y humo de

clavo, y oyó canciones en un idioma que no comprendía del todo pero casi reconocía.

Salió al flujo de la multitud, entre empujones y tropezones. El gentío podría haber asustado a una niña que había crecido refugiada en el Espinazo pero, de nuevo, Mia descubrió que no tenía miedo. La empujaron hacia delante hasta que la calle terminó en una amplia piazza, bordeada de puestos ambulantes y tiendas. Después de trepar a una pila de cajones vacíos, Mia cayó en la cuenta de que estaba en el mercado, con el aire impregnado del ajetreo y el murmullo de centenares de personas, la rigurosa mirada de dos soles ardiendo en el cielo y el olor más extraordinario que había captado en su vida.

Mia no podría haberlo descrito como un hedor, aunque sin duda había un hedor envuelto en el incomparable perfume. La Pequeña Liis estaba al sudoeste de Tumba de Dioses, bajo las Caderas cerca de la bahía de los Carniceros, bordeada por los mataderos de la ciudad y varias salidas de alcantarilla. La hediondez de la bahía se ha comparado a una panza rajada cubierta de mierda de caballo y pelo humano ardiendo, dejada pudrir tres giros al calor de la veroluz.

Sin embargo, esa peste quedaba enmascarada por el perfume del mercado en sí. El cálido aroma del pan, los pasteles y la dulcemasa recién horneados. El alegre olor de los jardines de tejado. Mia se descubrió medio salivando y medio asqueada, una parte de ella deseando comerse todo lo que veía y la otra preguntándose si volvería a comer alguna vez.

Apoyó el pulgar en el broche que llevaba al pecho y buscó un joyero con la mirada. Había muchos puestos de bisutería, pero la mayoría parecían de baratijas a dos cobres. Al borde del mercado vio un viejo edificio, agazapado como un mendigo en la esquina de dos calles torcidas. Un letrero pendía de una bisagra chirriante sobre su triste y menuda puerta.



MERCURIOSIDADES – RAREZAS, CAPRICHOS

y las MEJORES ANTIGÜEDADES.

Otro letrero en la misma puerta la informó de que «No se admiten ociosos, gentuza ni beatos».

La observó con ojos entrecerrados antes de bajar la mirada a la sombra demasiado oscura que le rodeaba los pies.

—¿Y bien? —preguntó.

—... miau... —dijo Don Majo.

—Eso opino yo también.

Y Mia saltó de los cajones y se dirigió a la tienda.

La sangre corría a borbotones por el tablado del carro, densa y haciendo costra en las manos de Mia. La arena le picaba en los ojos, levantada en remolino por las pezuñas de los camellos. No había necesidad de que Mia los azuzara: los animales ya corrían bastante por sí mismos. Así que se concentró en acallar el dolor de cabeza que parecía querer partirla en dos la frente y sofocar la ya acostumbrada ansia de apuñalar repetidas veces a Tric en la cara.

El chico estaba de pie en la parte trasera del carro, aporreando lo que podría haber sido un xilófono si los xilófonos estuvieran hechos de tubos de hierro y sonaran como burros apareándose en un campanario. Tric estaba empapado en sangre y polvoriento, con sus perfectos dientes blancos apretados en una máscara de sucio rojo y tatuajes cutres.

—¡Tric, deja de montar escándalo! —rugió Mia.

—¡Asusta a los krakens!

—Asusta a los krakens... —gimió Naev desde un charco de su propia sangre.

—¡No, joder, que va a asustarlos! —gritó Mia.

Miró hacia atrás, por si acaso era cierto que aquel estrépito impío había espantado a las monstruosidades que los perseguían pero, por desgracia, los cuatro arroyos de tierra removida seguían pisándoles los talones.

Cabronazo galopaba junto al carro, amarrado por las riendas. El semental miraba furibundo a Mia y escupía algún que otro relincho acusador en su dirección.

—¡Oh, cállate! —gritó al caballo.

—... *le caes pero que muy mal...* —susurró Don Majo.

—¡No me estás ayudando!

—... *¿y cómo puedo ayudar?...*

—¡Explícame cómo nos hemos metido en este embolado!

El gato que era sombras ladeó la cabeza, como pensando. Un gruñido atronador de los mastodontes de detrás hizo temblar el carro en sus remaches, pero él estaba quieto del todo pese al traqueteo por las dunas. Miró los ondulados Susurriales, el horizonte serrado que se aproximaba, a su ama por encima de él. Y habló con la voz de quien revela una verdad horrible pero necesaria.

—... *en esencia, es culpa tuya...*

**H**abían pasado dos semanas subidos a su atalaya, y tanto Mia como Tric empezaban ya a perder la fe en su teoría. El primer giro de séptimus se acercaba de prisa y, si no cruzaban el umbral de la iglesia antes de que llegara, no los aceptarían en la grey de aquel año. Se alternaban para vigilar, subiendo al peñasco para relevar al otro y quedándose un rato a charlar entre turnos. Intercambiaban relatos de su época de aprendices, o trucos del oficio. Mia rara vez mencionaba a su familia. Tric jamás a la suya. Pero aun así, siempre

se quedaba un rato; aunque no tuviera nada que decir, se sentaba y la miraba leer.

Cabronazo había terminado aceptando comerse la hierba de alrededor de la base de la aguja, aunque lo hacía con evidente desprecio. Mia solía pillarlo mirándola como si en realidad quisiera comérsela a ella.

Cerca de la caída de la nuncanoché en el que podría ser su decimotercer giro allí, Tric y ella estaban sentados en la cima del peñasco, contemplando los eriales. A Mia solo le quedaban cuarenta y dos cigarrillos, y ya estaba deseando haberse llevado más.

—Intenté dejarlo una vez —dijo, observando la filigrana de Dorian el Negro[39] en el fino cigarrillo liado a mano—. Aguanté catorce giros.

—¿Lo echabas demasiado de menos?

—La abstinencia era horrible. Mercurio me obligó a fumar otra vez. Dijo que verme comportarme como una osa con resaca tres giros cada mes ya era bastante malo.

—¿Tres giros cada...? Ah.

—Ah.

—Tampoco te pondrás tan mal, ¿no?

—Puedes decírmelo tú mismo dentro de un giro o así. —Mia soltó una risita.

—No tengo hermanas. —Tric se puso a atarse de nuevo el pelo, gesto que Mia había notado que acostumbraba a hacer cuando estaba incómodo—. Estoy poco versado en los... —Hizo ademanes vagos con las manos—. Asuntos de mujeres.

—Pues no sabes lo que te espera.

Tric se detuvo a medio nudo y dirigió a Mia una mirada extraña.

—No eres como ninguna chica que haya...

El chico calló, bajó de la piedra en la que estaba sentado y se agachó. Sacó

un antiguo catalejo, con el mismo grabado de los tres dracos marinos que su anillo, y se lo llevó al ojo.

Mia se acuclilló a su lado, con la mirada fija en Última Esperanza.

—¿Ves algo?

—Caravana.

—¿Cazafortunas?[40]

—Creo que no. —Tric escupió en la lente del catalejo y le limpió el polvo —. Dos carros cargados. Cuatro hombres. Camellos en el tiro, por lo que van a adentrarse mucho.

—Nunca he montado en camello.

—Ni yo. He oído que apestan. Y escupen.

—Sigue sonando mejor que Cabronazo.

—Un draco blanco ensillado sonaría mejor que Cabronazo.

Pasaron una hora observando la caravana cruzar la arena de color rojo sangre, preguntándose qué les ocurriría si de verdad el grupo era de la Iglesia Roja. Cuando la caravana ya era casi solo un puntito en el horizonte, la pareja descendió de su trono y los siguió a través de las tierras yermas.

Al principio mantuvieron la distancia, llevando a Flores y Cabronazo a paso lento. Mia habría jurado que oía una extraña melodía en el viento. No los enloquecedores susurros, a los que aún no se había acostumbrado, sino algo parecido a campanas desafinadas, amontonadas unas encima de otras y aporreadas con un látigo de hierro. No tenía ni idea de qué podía significar.

Ninguno de los dos estaba bien equipado para internarse en las profundidades del desierto, de modo que decidieron alcanzar a la caravana cuando se detuviera a descansar. No había forma de llegar sin ser vistos, porque los promontorios de piedra y los monumentos quebrados que salpicaban los eriales no eran suficientes para ocultar su aproximación y en la capa de sombras de Mia solo cabía ella. Además, razonó ella, si de verdad

eran siervos de la Señora del Bendito Asesinato, quizá no se tomaran con demasiado buen humor que alguien se les acercara a hurtadillas mientras meaban.

Por desgracia, la gente de la caravana parecía contentarse con ir haciendo sobre la marcha, por así decirlo. Tric y Mia les ganaban terreno, pero después de dos giros completos en la silla de montar, con Cabronazo mordisqueándole las piernas e intentando tirarla a la arena de vez en cuando, Mia no pudo soportarlo más. Detuvo al semental cerca de un círculo de estatuas desgastadas y no es que perdiera los nervios, sino que los tiró a la arena de una patada.

—Para, para —escupió—. A la mierda. Que le den.

Tric enarcó una ceja.

—¿Cómo?

—Que bajo las calzas tengo más cardenales que cachas. Necesitan un descanso.

—¿Estamos jugando a la aliteración y no me lo has dicho o...?

—Que te jodan. Necesito un respiro.

Tric miró al horizonte torciendo el gesto.

—Podríamos perderlos.

—Llevan doce camellos, Tric. Un perro sin hocico podría seguir su rastro de boñigas en plena veroscuridad. Aunque de pronto empezaran a avanzar más deprisa que un fumador de cuarenta al giro cargado de prostitutas borrachas, creo que podríamos volver a encontrarlos.

—¿Qué tienen que ver las prosti...?

—No me hace falta un masaje en los pies. No quiero que me froten la espalda. Solo quiero estar una hora sentada en algo que no se mueva. —Mia se dejó caer de la silla con una mueca de dolor y señaló a Cabronazo con su estilete—. Y como vuelvas a morderme, te juro por las Fauces que te castro.

Cabronazo bufó mientras Mia, con un suspiro, se acomodaba en una roca lisa. Se apretó una mano contra las doloridas entrañas y se frotó el trasero con la otra.

—Puedo ayudar en eso —se ofreció Tric—, si te hace falta.

El chico sonrió cuando Mia levantó los nudillos. Ató los caballos y se sentó frente a Mia, que sacó un cigarrillo de la pitillera, lo encendió con el yesquero y dio una honda calada.

—Tu shahiid era un hombre sabio —dijo Tric.

—¿Por qué lo dices?

—Tres giros de esto al mes ya es mucho.

La chica resopló y le tiró tierra encima con el pie mientras él se apartaba rodando y riendo. Mia se caló el tricornio sobre los ojos y apoyó la cabeza en la piedra, con el cigarrillo colgándole de los labios. Tric la observó, buscando algún rastro de Don Majo. No encontró ninguno.

Entonces miró alrededor, estudiando las esculturas. Las estatuas eran todas parecidas, figuras vagamente humanoides con cabezas felinas, erosionadas por el viento y el tiempo. Se puso de pie sobre el promontorio y miró por su catalejo hasta encontrar la caravana de camellos alejándose. Mia tenía razón: se movían a paso muy lento e, incluso descansando unas horas, compensarían sin dificultades el terreno perdido. No era tan novato con los caballos como Mia, pero después de dos giros en la silla de montar, empezaba a dolerle donde no debía. De modo que, después de sentarse para estar un rato a la sombra, se esforzó en no quedarse mirando dormir a Mia.

Solo cerró los ojos un segundo.

—**N**aev aconseja a él que guarde silencio.

Un susurro mascullado en su oído, con tanto filo como la hoja que Tric

tenía al cuello. El chico abrió los ojos y olió cuero, acero y algo fétido que supuso que sería camello. Una voz de mujer, rasposa, con un acento que no logró situar. Detrás de él.

Tric no dijo ni una palabra.

—¿Por qué sigue él a Naev?

Tric miró alrededor y vio a Cabronazo y a Flores, aún atados. Huellas en la arena. Ni rastro de Mia. El cuchillo se le apretó más contra la garganta.

—Que hable él.

—Me has dicho que guarde silencio —susurró.

—Chico listo. —Una sonrisa tras las palabras—. ¿Quizá se pasa?

Tric bajó la mano a su cinturón e hizo una mueca cuando la hoja giró. Despacio, muy despacio, sacó una cajita de madera y la sacudió un poco, para que se repiquetearan los dientes de su interior.

—Mi ofrenda —dijo—. Para las Fauces.

Le arrebataron la caja de la mano.

—La espichó.

—Oh, diosa, otra vez no...

—Está jugando con vos, don Tric.

Tric alzó las comisuras de los labios al oír la voz de Mia, y sonrió del todo cuando la mujer del cuchillo dio un respingo de sorpresa.

—Pero yo me sé un juego mejor —añadió Mia con voz alegre—. Se llama «suelta el cuchillo antes de que te corte las manos».

—Naev le rajará el cuello.

—Entonces vuestra cabeza se reunirá con vuestros dedos en la arena, mi dona.

Tric se preguntó si Mia estaba de farol. Se preguntó cómo sería sentir el filo abriendo su carne de una oreja a otra. Morir antes de haber empezado.

Notó que remitía la presión en el cuello y se encogió cuando algo pequeño y afilado le hizo un corte en la piel.

—Au.

En sus ojos se estrellaron oscuras estrellas, en su lengua se posaron flores polvorientas. Rodó a un lado, parpadeando, solo consciente a medias del enfrentamiento que tenía lugar a sus espaldas. Hojas sibilantes hendiendo el aire, pies raspando la arena rojo sangre. Entrevió a su atacante con ojos cada vez más emborronados; era una mujer pequeña y nervuda, con la cara cubierta, envuelta en tela del color de la arena del desierto. Blandía dos cuchillos curvos y de doble filo y bailaba como alguien que conociera bien los pasos.

Tric se pasó una mano por el rasguño del cuello y notó líquido en los dedos. Intentó levantarse pero no pudo, y se quedó mirándose la mano mientras su cerebro se ponía al giro. Su mente seguía siendo suya, pero su cuerpo...

—Veneno —musitó.

Mia y la desconocida se desplazaban en círculos, con las hojas empuñadas hacia abajo. Se movieron como nuevas amantes, vacilando al principio y acercándose poco a poco hasta caer por fin en los brazos de la otra, puños y codos y rodillas, bloqueos y contraataques y tajos. El suspiro del acero en el aire. La húmeda percusión de la carne y el hueso. No la había visto enfrentarse nunca a un adversario humano, pero Tric comprendió poco a poco que Mia no era manca con su arma, que estaba bien entrenada y no mostraba ningún miedo. Luchaba con la mano izquierda y un estilo poco ortodoxo, moviéndose deprisa. Pero por mucha habilidad que tuviera, la mujer delgada parecía su igual. Todos sus ataques se desviaban. Todos sus avances se contrarrestaban.

Al cabo de unos minutos como espectador, Tric notó que regresaba la



sensación a sus pies. Mia jadeaba agotada y el pelo negro cuervo se le pegaba a la piel como un alga. La desconocida no emprendía el ataque, sino que se limitaba a defenderse en silencio. Mia se desplazaba en círculos, intentando poner el sol a su espalda, pero su adversaria era lo bastante lista para evitar tener a Saan en los ojos. De modo que, al final, con un leve suspiro como reconociendo la derrota, Mia hizo moverse su sombra de forma que la desconocida la pisara de todos modos.

La mujer dio un siseo sobresaltado e intentó dar un paso a un lado, pero las sombras se movieron como una exhalación. Tric vio cómo la mujer se quedaba quieta, como si se le hubieran adherido los pies al suelo. Mia avanzó y atacó el cuello de la mujer, haciendo silbar su hoja. Pero en vez de morir, la desconocida enganchó el antebrazo de Mia, lo retorció para que soltara el cuchillo y tumbó a la chica sobre su costado magullado, veloz como un alma justa volando hacia el Hogar.[41]

El estilete se clavó en la arena y se quedó temblando entre las piernas de Tric, a cinco centímetros de provocar un accidente muy desafortunado. El chico parpadeó mirando el hueso de tumba, intentando enfocarlo. Tenía la sensación de que debería devolverlo, de que era importante, pero la calidez de su cuello lo animaba a quedarse sentado otro rato.

Mia rodó para levantarse, con la cara enrojecida de furia. Asió su arma de la arena y se volvió de nuevo hacia la mujer, enseñando los dientes en un gruñido.

—Vamos a intentarlo otra vez, ¿quieres? —dijo entre jadeos.

—Tenebra —dijo la extraña mujer, que conservaba casi todo su aliento—. Tenebra estúpida.

—¿Qué?

—¿Ella llama aquí a la Oscuridad? ¿En la profundidad de los eriales?

—¿Quién eres?

—Naev —farfulló ella—. Solo Naev.

—Es una palabra ashkahi. Significa «nada».

—Una estúpida instruida, pues.

Mia señaló a Tric.

—¿Qué le has hecho a mi amigo?

—Tinta. —La mujer le mostró un anillo con agujón—. Una dosis pequeña.[42]

—¿Por qué nos has atacado?

—Si Naev la hubiera atacado, las arenas estarían más rojas. Naev ha preguntado por qué la seguían ellos. Y ahora Naev lo sabe. Naev está maravillada por la destreza de la chica. Y ahora Naev ve. —La mujer de rostro cubierto pasó la mirada de uno a la otra y sorbió saliva—. Ve a un par de necios.

Tric se levantó tambaleante y se apoyó en la roca que tenía detrás. Se le empezaba a aclarar la cabeza y la ira iba reemplazando a la neblina. Desenvainó su cimitarra y miró furibundo a las tres pequeñas mujeres borrosas que tenía delante, con el orgullo sangrando.

—¿A quién llamas necio, canija?

La mujer lanzó una mirada en su dirección.

—Al chico cuya garganta Naev podría haber cortado.

—Te me has acercado mientras dormía.

—Al chico que dormía cuando debía estar vigilando.

—¿Qué tal si vigilas tú mientras yo te...?

—Tric —dijo Mia—. Calma.

—Mia, esta mierdecilla flacucha me ha puesto un cuchillo en el cuello.

—Te está poniendo a prueba. A los dos. Con todo lo que dice y hace. Mírala.

Naev seguía sosteniendo la mirada a Mia, con ojos que eran como

lámparas veladas ardiendo en su cráneo. Mia había visto antes ojos como aquellos, los de alguien que había mirado a su fin a la cara tantas veces que tenía por amiga a la muerte. El viejo Mercurio tenía la misma expresión en la mirada. Y entonces qué era la desconocida.

El momento no se parecía en nada a lo que había practicado frente al espejo. Y aun así, Mia tuvo una sensación de alivio al sacarse el monedero con los dientes del cinturón y lanzárselo a la mujer delgada. Como si le hubieran quitado seis años de encima del pecho.

—Mi ofrenda —dijo—. Para las Fauces.

La mujer sopesó la bolsita en la mano.

—Naev no la necesita.

—Pero eres de la Iglesia Roja.

—Es un honor para Naev servir en la Casa de Nuestra Señora del Bendito Asesinato, sí. Durante los próximos escasos minutos, al menos.

—¿Escasos minutos? ¿Qué dices de...?

El suelo tembló bajo sus pies. Al principio fueron sacudidas leves, que se sentían al final de la espalda. Ganaron intensidad a cada segundo que pasaba.

—¿Eso es lo que creo que es?

—Krakens —dijo Naev con un suspiro—. Lo oyen cuando ella llama a la Oscuridad. Estúpida, como decía.

Mia y Tric se miraron y hablaron a la vez:

—Ay, mierda.

—¿Eso no lo sabías? —preguntó Tric.

—Por las Cuatro Hijas, ¿cómo iba a saberlo? ¡No había estado nunca en Ashkah!

—¡El kraken que nos atacó perdió los estribos cuando hiciste el truco de la capa!

—¿«El truco de la capa»? ¿Qué tienes, cinco años?

—Bueno, lo llames como lo llames, a lo mejor deberías parar. —Tric señaló las sombras en torno a los pies de Naev—. Antes de que atraiga a más monstruos.

La sombra de Mia reptó por la arena y recuperó su forma habitual. Mia seguía vigilando los movimientos de Naev, pero la mujer se limitó a enfundar su hoja con la cabeza inclinada a un lado.

—Son dos —dijo, y sorbió saliva—. Muy grandes.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Mia.

—¿Correr? —Naev se encogió de hombros—. ¿Morir?

—Correr suena de maravilla. ¿Tric?

Tric ya estaba a lomos de Flores, que parecía dispuesto a partir.

—Cuando quieras, ¿eh?

Mia subió de un salto a la silla y tendió una mano a la mujer delgada.

—Monta conmigo.

Naev titubeó un momento, aún con la cabeza inclinada y clavando en Mia su mirada negra.

—Mira, si te apetece quedarte, por mí bien.

Naev dio un paso hacia ella y el suelo se sacudió. Cabronazo se puso de manos y coceó el aire. Mia echó un vistazo atrás y vio un surco de tierra removida que se les acercaba, como si hubiera algo gigantesco nadando bajo la arena.

Directo hacia ellos.

Cuando el semental volvió a apoyar los cascos en el suelo, Mia llamó de nuevo a las sombras para dejarlo quieto en el sitio y que Naev pudiera subir con dificultad detrás de ella. Un rugido ensordecedor sonó bajo la tierra, como si aquellas cosas respondieran también a su invocación. Mientras Naev rodeaba la cintura de Mia con los brazos, notó un olorcillo a especias y humo. Y a algo podrido por debajo.

—Ella les está haciendo enfadar —dijo la mujer.

—¡Vámonos! —gritó Tric.

Mia liberó los cascos de Cabronazo, lo espoleó con fuerza y el semental emprendió un rápido galope. El suelo explotó detrás de ellas, y de la arena emergieron tentáculos que chasquearon como látigos erizados de ganchos. Mia oyó un bramido que le licuó las entrañas, vislumbró un pico que podría tragarse entero a Cabronazo. Vio un segundo surco que atronaba hacia ellos desde el oeste. El estrépito de los cascos y los rugidos le llenó los oídos.

—¡Son dos, como has dicho! —vociferó Mia.

La mujer del rostro cubierto señaló hacia el norte.

—Cabalga hacia los carros. Tenemos la canción férrea para mantener a raya a los krakens.

—¿Qué es la canción férrea?

—¡Cabalga!

Y eso hicieron. Un galope furibundo por un océano de arena roja como la sangre. Al volver la mirada, vio que los dos surcos convergían y les ganaban terreno de prisa. Se preguntó cómo lograban localizarla aquellos animales. Cómo sabían que era ella quien había llamado a la Oscuridad. Un tentáculo salió a la superficie, alto como una casa de dos plantas, tachonado de garfios de hueso ennegrecido. Unos furiosos bramidos impregnaron el aire mientras el tentáculo impactaba de nuevo contra el suelo.

El polvo le azotó los ojos. Cabronazo bufaba debajo de ella, sus cascos atabaleándole en el pecho. Mia sostenía con fuerza las riendas y cabalgaba con más fuerza, agradecida de que, aunque el semental la odiara con toda su alma, parecía odiar más la idea de que lo devoraran vivo.

—¡Cuidado! —exclamó Tric.

Mia miró hacia delante y vio otro surco que se les acercaba desde el norte.

Más grande y más rápido, haciendo temblar la tierra debajo de ella. Flores relinchó, aterrorizado.

—Parece que son tres —dijo Naev—. Disculpas.

Se desplegaron tentáculos del suelo como los pétalos de alguna flor asesina. Mia miró las fauces de la bestia, el pico que chasqueaba, el hueso ganchudo. Mientras Flores viraba al este para esquivar al mastodonte, Cabronazo por fin cayó en la cuenta de que correría mucho más si no llevara dos jinetes al lomo. De modo que empezó a corcovear.

Mia contaba con la ventaja de tener estribos. Riendas. Silla de montar. Pero Naev cabalgaba en la grupa de Cabronazo y solo tenía la cintura de Mia para mantenerse montada. Cabronazo volvió a lomear, sacudiéndolas a las dos como peles. Y sin pronunciar ni un susurro, Naev salió despedida del lomo del animal.

Mia se desvió al este para seguir a Tric y trató de hacerse oír por encima del caos.

—¡Hemos perdido a Naev!

El dweymeri echó un breve vistazo atrás.

—¡A lo mejor se entretienen comiéndosela!

—¡Tenemos que volver!

—¿Cuándo te ha salido el altruismo? ¡Volver ahí atrás es un suicidio!

—¡No es solo altruismo, imbécil! ¡Le he dado mi ofrenda!

—¡Mierda! —Tric se palpó la cintura—. ¡Se ha quedado la mía también!

—Tú recoge a Naev —decidió ella—. ¡Yo los distraigo!

—... *mia, es una locura...* —dijo el gato en su sombra.

—¡Tenemos que salvarla!

—... *el semental del chico no lo llevará ahí atrás...*

—¡Porque está asustado! ¡Eso puedes solucionarlo tú!

—... *si bebo de él, no puedo beber de ti...*

—¡Yo me ocuparé de mi miedo! ¡Tú ocúpate del de Flores!

Un suspiro hueco.

—... *como deseas*...

Tierra roja, rasgada y herida, agitándose debajo de ellos. Polvo en los ojos de Mia. Corazón en su puño. Sintió que Don Majo recorría la arena y se enroscaba dentro de la sombra de Flores, devorando el terror del semental. Notó su propio terror inundándola, una oleada fría como el hielo en la tripa, olvidada durante tanto tiempo que casi la abrumó. Habían pasado muchos años desde la última vez que tuvo que sentirla. Muchos años con Don Majo a su lado, bebiéndose hasta la última gota para que ella pudiera ser siempre valiente.

*Miedo.*

Mia dio un tirón a las riendas para detener a Cabronazo. El semental rebufó pero obedeció al acero que llevaba en la boca, piafando y soltando espuma. Al dar media vuelta, Mia vio que Naev estaba de pie, agarrándose las costillas mientras corría por la tierra removida.

—¡Tric, ve! —vociferó Mia—. ¡Nos veremos en la caravana!

Tric aún parecía algo embotado por la tinta. Pero asintió con la cabeza y se lanzó al galope hacia la mujer caída y los krakens que se aproximaban. Flores dejaba atrás los vientos hacia aquellas monstruosidades, sin el menor temor al tener al gato sin ojos asido a su sombra.

El primer kraken emergió detrás de Naev, cortando el aire con tentáculos del tamaño de barcas. La mujer delgada rodó y fintó, colándose entre media docena de ataques. Por desgracia, fue el séptimo el que dio en el blanco y los garfios le desgarraron el pecho y el abdomen mientras el tentáculo la izaba por los aires. E incluso apresada de forma tan espantosa, la mujer se negó a gritar y optó por desenfundar su arma y dar tajos al tentáculo.

El terror saturó las venas de Mia, cosquilleo en las yemas, ojos como

platos. La sensación era tan desacostumbrada que le costó horrores no hundirse en ella. Pero el miedo al fracaso superaba a la perspectiva de morir en los brazos de un kraken, y el recuerdo de las palabras de su madre el giro en que ahorcaron a su padre seguía tallado en sus huesos. Así que buscó en su interior e hizo lo que debía hacerse.

Se envolvió en su sombra y dejó de verse con nitidez a lomos del semental. El kraken que había atrapado a Naev se detuvo y todos sus tentáculos tiritaron. Y con un aullido que provocó escalofríos hasta en los huesos de Mia, el monstruo soltó a su presa en la arena y se volvió hacia ella, seguido de cerca por sus dos congéneres.

La chica dio media vuelta y cabalgó como nunca había cabalgado.

Con los dientes rechinando, miró a sus espaldas mientras las inmensas bestias hendían la tierra, sumergiéndose de nuevo como dracos marinos en plena cacería. Más allá de los monstruos, vio a Tric al galope, recogiendo a Naev de la arena y depositando a la mujer herida sobre el borrén de su silla. Naev estaba empapada en sangre, pero Mia vio que aún se movía. Aún estaba viva.

Hizo girar a Cabronazo hacia el norte y galopar hacia la caravana. Los hombres de la iglesia no eran idiotas y su caravana de camellos ya se alejaba a marchas forzadas por la arena. Los krakens mantuvieron el ritmo a Cabronazo y uno se hundió en la arena solo diez metros por detrás, haciendo trastabillar al semental cuando el suelo tembló. Los rugidos y el siseo de sus cuerpos al hundirse en la tierra llenó los oídos de Mia, que, preguntándose cómo podían sentirla, cabalgó hacia una zona más rocosa, rezando por que el terreno se aproximara a algo sólido.

Unas cuarenta agujas de piedra asomaban del rostro del desierto, un pequeño jardín de roca en la interminable nada. Quitándose su capa de sombras, Mia se internó entre ellas y oyó rugidos frustrados por detrás.



Obtuvo una pequeña ventaja, saliendo al galope por el lado opuesto mientras los krakens daban un rodeo. Empapada en sudor. Corazón martilleando. Se iba acercando a la caravana, centímetro a centímetro, metro a metro. Tric ya había llegado y había un hombre ayudándolo a descargar el cuerpo ensangrentado de Naev mientras otro manejaba una ballesta pivotante montada en el carro, cargada con proyectiles largos como palos de escoba.

Volvió a oír aquella canción metálica en el viento, y reparó en que en el carro de cola había un extraño artilugio fijado junto a la ballesta. Parecía un xilófono enorme hecho de tuberías de hierro. Un hombre estaba dándole golpes como si hubiera insultado a su madre, llenando el aire de ruido.

La canción férrea, comprendió.

Pero por debajo de aquella cacofonía oyó a los krakens detrás de ella, unos horrores grandes como casas que despedazaban la tierra. Le dolían los muslos, le gemían los músculos y cabalgó con toda la energía que le quedaba. El pavor crecía en ella: algo vivo y que respiraba, que le arañaba las vísceras y le nublabla el pensamiento y la visión. Mano temblando, labios tiritando, por favor, Madre, llévatelo...

Al fin logró alcanzar el último carro, torciendo el gesto por el estrépito. Tric estaba dando voces, con la mano extendida. El corazón de Mia era un fragor en su pecho. Los dientes le castañeteaban en el cráneo. Y con las riendas de Cabronazo en el puño, se levantó con piernas poco firmes y saltó hacia Tric.

El chico la atrapó y se la llevó hacia el pecho, duro como la caoba y empapado en sangre. Temblando en sus brazos, alzó la mirada hacia unos ojos de color avellana y vio cómo la estaba mirando él, con alivio y admiración y también con algo más. Algo...

Sintió que Don Majo regresaba a su sombra, superado un instante por el terror de sus venas. Y entonces bebió, y suspiró, y no quedó nada del miedo

salvo un recuerdo moribundo. Volvía a ser ella. Volvía a ser fuerte. No necesitaba a nadie. No necesitaba nada.

Murmurando un agradecimiento, se apartó de Tric y se agachó para amarrar a Cabronazo al lado del carro. Tric se arrodilló junto al cuerpo sangrante de Naev para comprobar si seguía con vida. El eclesiástico que estaba en el pescante bramó para hacerse oír sobre el xilófono.

—Por la Negra Madre, ¿qué habéis...?

Un tentáculo brotó de la tierra delante de ellos con un silbido. Atravesó el vientre del carretero y los partió en dos a él y a otro hombre, esparciendo entrañas y sangre y rasgando los toldos como si fuesen de papel. Mia se echó al entablado y los garfios le pasaron a centímetros de su cabeza mientras el carro se sacudía de un lado a otro, Tric rugía, Cabronazo chillaba y el kraken recién llegado bramaba de furia. La ballesta y sus operarios salieron volando del lecho del carro y cayeron a la arena. Los camellos montaron en pánico y viraron de golpe, levantando las cuatro ruedas del suelo. Mia se arrojó hacia las riendas desocupadas e hizo frenar de sopetón la caravana. Se izó al pescante y renegó, mirando hacia atrás, a las cuatro bestias que les estaban dando caza. Gritó por encima del estruendo a Don Majo.

—¡Recuérdame que nunca vuelva a llamar a la Oscuridad en este desierto!

—... *eso dalo por hecho...*

El eclesiástico del xilófono había salido despedido por el tentáculo del kraken y estaba gimoteando mientras uno de los monstruos lo arrastraba a su muerte. Tric recogió el garrote que había soltado el hombre y empezó a dar golpes a aquel artilugio mientras Mia preguntaba a Naev dando voces.

—¿Por dónde se va a la Iglesia Roja desde aquí?

La mujer dio un gemido por respuesta, aferrándose las heridas serradas del pecho y la tripa. Mia vio que brillaban las vísceras en lo peor de ellas, y la ropa de Naev empapada de sangre.

—¡Naev, escúchame! ¿Hacia dónde vamos?

—Norte —dijo la mujer entre burbujas—. Las montañas.

—¿Qué montañas? ¡Hay muchísimas!

—Ni la más alta... ni la más baja. Ni la... cara ceñuda, ni el viejo triste, ni el muro roto. —Un suspiro irregular y baboso—. La montaña más simple de todas.

La mujer gimió y se acurrucó. La canción férrea era casi ensordecedora, y el dolor de cabeza de Mia rebotó una y otra vez en su cráneo con gozoso abandono.

—¡Tric, deja de montar escándalo! —rugió Mia.

—¡Asusta a los krakens! —vociferó Tric.

—Asusta a los krakens... —gimió Naev.

—¡No, joder, qué va a asustarlos! —gritó Mia.

Miró hacia atrás, por si acaso era cierto que aquel estrépito impío había espantado a las monstruosidades que los perseguían pero, por desgracia, seguían pisándoles los talones. Cabronazo galopaba junto al carro. Miraba furibundo a Mia y escupía algún que otro relincho acusador en su dirección.

—¡Oh, cállate! —gritó al caballo.

—... *le caes pero que muy mal...* —susurró Don Majo.

—¡No me estás ayudando!

—... *¿y cómo puedo ayudar?...*

—¡Explícame cómo nos hemos metido en este embolado!

El gato que era sombras ladeó la cabeza, como pensando. Miró los ondulados Susurriales, el horizonte serrado que se aproximaba, a su ama por encima de él. Y habló con la voz de quien revela una verdad horrible pero necesaria.

—... *en esencia, es culpa tuya...*

# CAPÍTULO 7

## PRESENTACIONES

*Mia abrió la puerta de Mercuriosidades y una campanilla que había sobre el marco anunció su llegada. La tienda era oscura, amplia y polvorienta. Tenía los postigos cerrados para protegerla de la luz de los soles. Mia recordó el letrero del exterior, RAREZAS, CAPRICHOS Y LAS MEJORES ANTIGÜEDADES. Mirando las estanterías, encontró abundancia de lo primero. Los demás términos de la ecuación quedaban abiertos al debate.*

*A decir verdad, la tienda parecía llena a rebosar de basura. Mia también habría podido jurar que era más grande por dentro que por fuera, aunque eso lo atribuyó a que no había tomado la mañanera. Como para recordarle la desatención, su estómago gruñó una queja de duras palabras.*

*Mia navegó entre los desechos hasta llegar a un mostrador. Y allí, tras una mesa de caoba tallada con un diseño retorcido en espiral que hizo que le dolieran los ojos, encontró la mayor rareza que había en el interior de Mercuriosidades: su propietario.*

*Tenía una cara de las que parecen hechas para fruncir el ceño, coronada por un pelo canoso, corto y escaso. Ojos azules entrecerrados tras unos anteojos de montura metálica que habían visto mejores giros. A su lado en el mostrador se agazapaba la estatua de una mujer elegante, con cabeza de león y sosteniendo un orbe arkímico en la palma de la mano. El anciano*

*estaba leyendo un libro tan grande como Mia. De su boca pendía un cigarrillo que olía un poco a clavo. Bailó en sus labios cuando farfulló:*

*—¿Tayudonalgo?*

*—Buenos giros tengáis, señor. Que el todopoderoso Aa os bendiga y os...*

*El anciano dio unos golpecitos con el dedo en la placa de latón que tenía en el mostrador y repetía la advertencia de fuera. «No se admiten ociosos, gentuza ni beatos.»*

*—Disculpadme, señor. Que las Cuatro Hijas...*

*El anciano dio golpecitos más insistentes en la placa y dirigió su ceño hacia Mia.*

*La chica se quedó callada. El anciano volvió a su libro.*

*—¿Tayudonalgo? —repitió.*

*La chica carraspeó.*

*—Deseo venderos una joya, señor.*

*—Desearlo no hará que se cumpla, chica.*

*Mia se quedó dubitativa, mordiéndose el labio. El anciano se puso a dar golpecitos a la placa de nuevo hasta que Mia por fin captó el mensaje, se quitó el broche y lo dejó sobre la madera. El pequeño cuervo le devolvió la mirada con sus ojos de ámbar rojo, como ofendidos ante la idea de que pudiera malvenderlo a un viejo tan capullo y cascarrabias. Mia se disculpó con un encogimiento de hombros.*

*—¿Dónde lo has robado? —murmuró el anciano.*

*—No lo he robado, señor.*

*Mercurio se quitó el cigarrillo de los labios y prestó a Mia su atención completa.*

*—Esto es el emblema de la familia Corvere.*

*—En efecto, señor.*

*—Darío Corvere tuvo la muerte de los traidores ayer, por orden del*

Senado Itreyano. Y se rumorea que toda su familia y el servicio están encerrados en la Piedra Filosofal.[43]

La niña no tenía pañuelo, de modo que se limpió la nariz en la manga y no dijo nada.

—¿Cuántos años tienes, chavala?

—Diez, señor.

—¿Y tienes nombre?

Mia parpadeó. ¿Quién se creía ese viejo que era? Ella era Mia Corvere, hija del justicus de la Legión Luminatii. Nacida de la médula en una familia noble, en una de las doce grandes casas de la república. No iba a interrogarla un mero dependiente. Y mucho menos cuando estaba ofreciéndole un tesoro que valía más que toda la demás basura de aquel antro junta.

—Mi nombre es solo asunto mío, señor. —Mia se cruzó de brazos y se esforzó por imitar la actitud de su madre cuando reprendía a un sirviente rebelde.

—¿Soloasuntomío? —Se alzó una ceja canosa—. Qué nombre de chica más raro, ¿no?

—¿Queréis el broche o no?

El anciano devolvió el cigarrillo a sus labios y la atención a su libro.

—No —respondió.

Mia parpadeó, sorprendida.

—Está hecho de la mejor plata itreyana. Los...

—Vete a la mierda —la interrumpió el hombre, sin levantar la mirada—. Y que vuestros problemas sigan con vos en la mierda cuando lleguéis, señorita Soloasuntomío.

Las mejillas de Mia enrojecieron de furia. Recogió el broche con gesto

brusco y volvió a enganchárselo en el vestido, se pasó el pelo por encima del hombro y dio media vuelta.

—Un consejo —añadió el anciano, todavía sin levantar la mirada—. Corvere y sus compinches salieron bien parados con la horca. Sus tropas plebeyas están crucificadas a lo largo de las orillas del Coro. Se rumorea que van a empedrar los aledaños del Senado con sus calaveras. Y muchos de esos soldados tenían familia por aquí, así que yo en tu lugar no me pasearía con el símbolo de un traidor enganchado a las tetas.

Las palabras sacudieron a Mia como una pedrada en la nuca. Se volvió hacia el anciano, enseñando los dientes.

—Mi padre no era ningún traidor —le espetó.

Cuando salió a zancadas por la puerta, su sombra se desplegó por el adoquinado y cerró de un portazo detrás de ella. La chica estaba tan enfadada que ni se dio cuenta.

De vuelta en el mercado, se quedó de pie encorvada, con las manos prietas en iracundos puños. ¿Cómo se atrevía a hablar así de su padre? Se le pasó por la cabeza irrumpir de nuevo en la tienda y exigir una disculpa, pero le gruñía el estómago y necesitaba dinero.

Estaba a punto de internarse entre el gentío para buscar un puesto de joyas cuando un niño un poco mayor que ella salió a la carrera de la multitud. Llevaba una cesta de pasteles en brazos y, antes de que Mia pudiera apartarse, con una maldición y un pequeño estallido de azúcar en polvo, el chico se estampó contra ella.

Mia gritó al caer despatarrada, con el vestido salpicado de blanco. El chico también había caído de costado y los pasteles estaban esparcidos por la mugre del suelo.

—¡Eh, mira por dónde andas! —exclamó Mia.

—Oh, Hijas, mil perdones, señorita. Por favor, disculpadme.

*El chico se puso de pie, le tendió la mano y ayudó a Mia a levantarse. Le quitó el azúcar del vestido como mejor pudo, sin dejar de murmurar disculpas. Después se agachó hacia los pasteles caídos y volvió a meterlos en su cesta. Con una sonrisa avergonzada, cogió uno de los pasteles menos sucios del montón y se lo ofreció a Mia con una inclinación.*

*—Por favor, aceptádmelo a modo de disculpa, mi dona.*

*La rabia de Mia remitió un poco con el gruñido de su estómago y, haciendo un mohín, tomó el pastel de la sucia mano del chico.*

*—Gracias, mi don.*

*—Tengo que irme. El buen padre tiene un genio temible si llego tarde a la limosnera. —Volvió a sonreír a Mia, alzando de su cabeza un sombrero imaginario—. Me disculpo de nuevo, señorita.*

*Mia hizo una reverencia y frunció un poco menos el ceño.*

*—Que Aa os bendiga y os guarde.*

*El chico se perdió corriendo entre la muchedumbre. Mia lo vio marcharse, mientras su ira se disipaba poco a poco. Miró el dulce pastel que tenía en la mano y sonrió, satisfecha de su buena suerte. ¡Mañanera gratis!*

*Encontró un callejón solitario, levantó el pastel y le dio un buen mordisco. Su sonrisa se cuajó por los bordes y sus ojos se ensancharon. Con un reniego, escupió el bocado al fango, seguido del resto del pastel. Estaba duro como una piedra y el relleno, rancio del todo. Hizo una mueca y se limpió los labios con la manga del vestido.*

*—¡Por las Cuatro Hijas! —exclamó—. ¿Se puede saber por qué...?*

*Mia parpadeó. Se miró el vestido, que aún tenía restos de azúcar. Recordó las manos del chico limpiándola y se maldijo por ser tan imbécil al comprender, por fin, qué había pretendido.*

*Su broche no estaba.*



La canción férrea terminó espantando a los krakens.

O eso afirmaba Tric, al menos. Se había pasado cuatro horas aporreando el xilófono como si le debiera dinero, y Mia supuso que necesitaba algún tipo de justificación. A medida que sus perseguidores fueron renunciando uno por uno, Don Majo sugirió que el terreno iba endureciéndose al acercarse la caravana a las montañas. Mia estaba razonablemente segura de que los monstruos se habían aburrido, sin más, y se habían largado a comerse a alguien más fácil. Naev no aventuró ninguna hipótesis, ya que estaba tendida en un charco de sangre coagulándose y hacía todo lo posible por no morir.

En realidad, Mia no estaba nada segura de que fuese a sobrevivir.

Tric tomó las riendas después de insistirle. En la gozosa tranquilidad que siguió al abandono de sus quehaceres como percusionista, Mia se arrodilló junto a la mujer inconsciente, sin saber por dónde empezar.

Las tripas de Naev estaban hechas picadillo por los garfios del kraken, y el tufo a entrañas y vómito llenaba el aire. Las Cuatro Hijas sabrían cómo lograba soportarlo Tric, con esa nariz tan aguzada que tenía. Mia conocía bien el hedor de la mierda y la muerte, por lo que se limitó a intentar que la mujer estuviera cómoda. En realidad, no había nada que pudiera hacer: la infección terminaría el trabajo si no lo hacía la pérdida de sangre. Sabiendo el final que esperaba a Naev, Mia comprendió que sería piadoso acabar con ella.

Mia apartó la tela del destrozado abdomen de Naev y buscó algo con lo que vendar las heridas. Al final se decidió por el tejido que cubría el rostro de la mujer. Y al retirar el velo de la cabeza de Naev, sintió que Don Majo se hinchaba y suspiraba, bebiendo la oleada de terror enfermizo que, de no estar él, la habría hecho gritar.

Aun así, faltó poco.

—Por el abismo y la sangre —susurró.

—¿Qué pasa? —Tric miró a un lado y estuvo a punto de caerse del pescante—. ¡Negra Madre de la Noche! Su cara...

«Por las Hijas, menuda cara...»

Llamarla desfigurada sería como llamar a un navajazo en el corazón «un leve contratiempo». La carne de Naev estaba estirada y retorcida formando un nudo donde debería haber estado su nariz. El labio inferior caía como un hijo adoptivo apaleado, y el superior estaba retraído de los dientes. Tenía cinco profundos surcos tallados en su carne, como si su cara fuese de arcilla y alguien hubiera agarrado un puñado y apretado. Y aun así, tanta fealdad estaba enmarcada en unos hermosos rizos de tono rubio rojizo.

—¿Qué pudo hacerle eso?

—No tengo ni idea.

—El amor —susurró la mujer, babeando entre sus labios deformes—. Solo el amor.

—Naev —empezó a decir Mia—. Tus heridas...

—Malas.

—Desde luego, buenas no son.

—Llevad a Naev a la iglesia. Tiene mucho que hacer antes de reunirse con su Bendita Dama.

—Estamos a dos giros de las montañas —dijo Tric—. Puede que más. Aunque lleguemos, no estás en condiciones para escalar.

La mujer sorbió y tosió sangre. Se echó la mano al cuello, arrancó un cordel de cuero y sacó un vial de plata. Trató de incorporarse y gimió de dolor. Mia la obligó a tumbarse de nuevo.

—No deberías...

—¡Apártate de ella! —ladró Naev—. Ayúdala a levantarse. Arrástrala. — Señaló hacia la parte trasera del carro—. Fuera de esta sangre, donde la madera está limpia.

Mia no tenía ni idea de a qué se refería la mujer, pero obedeció tirando de Naev por el charco cuajado hacia atrás. Allí, la mujer destapó el vial con los dientes y vertió su contenido en los tablones sin pulir.

Más sangre.

Era de un rojo brillante, como de una herida recién abierta. Mia arrugó la frente mientras Don Majo se enroscaba en su hombro para mirar a través de su cortina de pelo. Y mientras Naev pasaba los dedos por el charco, el gato que era sombras hizo su mejor imitación de un ronroneo, provocando un escalofrío que bajó por la columna vertebral de Mia.

—... *interesante*...

Mia cayó en que Naev estaba escribiendo. Como si el charco fuese una tablilla y su dedo el pincel. Mia había estudiado las letras y las identificó como ashkahi, pero el ritual en sí...

—Es teúrgia de sangre —dijo con un hilo de voz.

Pero era imposible. La magya de los ashkahi se había extinguido cuando cayó el imperio. Nadie había visto un verdadero nismo de sangre en...

—¿Cómo es posible que sepas hacer eso? Esas artes llevan muertas cien años.

—No todo lo muerto muere de verdad —repuso Naev con voz rasposa—. La Madre conserva... solo lo que necesita. —La mujer se tumbó boca arriba y se agarró la barriga destrozada—. Id hacia las montañas... hacia la más simple de todas. —Mia habría jurado que vio lágrimas en los ojos de la mujer—. No acabes con ella, chica. No cedas a la piedad. Si la Bendita Dama... se la lleva, que así sea. Pero no ayudes a Naev en su camino. ¿Ella lo entiende?

—Lo entiendo.

Naev le cogió la mano. Apretó. Y luego volvió a hundirse en la oscuridad.

Mia le vendó las heridas como pudo, ensangrentada hasta las muñecas, y sacó su capa de las alforjas de Cabronazo (que intentó morderla) para

enrollarla debajo de la cabeza de Naev. Fue con Tric al pescante y escrutó las montañas que tenían delante. Una cordillera de enormes montañas negras se extendía al norte y al sur, algunas lo bastante altas para tener las cimas nevadas. Una era muy parecida a una cara ceñuda, como la había descrito Naev. Otra larga serie de picos quizá fuese el muro roto que había mencionado. Y situada junto a una montaña que se parecía a un viejo triste, Mia vio una cumbre que encajaba.

Era mediocre en todos los aspectos, incluso para ser una poderosa acumulación de granito prehistórico. No alcanzaba la altura para estar coronada de escarcha, ni sugería del todo ninguna comparación con rostros o figuras. Era solo un montón de roca antigua normal y corriente, en aquel desierto rojo sangre. Una montaña en la que nadie se fijaría.

—Ahí —dijo Tric, señalando su cúspide.

—Sí.

—Cualquiera diría que habrían escogido algo un poco más espectacular.

—Creo que es justo por eso. Si alguien viene buscando un nido de asesinos, no es muy probable que empiece por la montaña más aburrida de toda la creación.

Tric asintió. Le dedicó una sonrisa.

—Sabiduría, Hija Pálida.

—No temáis, don Tric. —Mia le devolvió la sonrisa—. No dejaré que se me suba a la cabeza.

**S**iguieron adelante otros dos giros, con Tric en el pescante y Mia al lado de Naev. Mojaba una tela y humedecía aquellos labios deformes, preguntándose quién o qué podría haber mutilado así la cara de la mujer. Naev hablaba como presa de una fiebre, conversando con algún fantasma, pidiéndole que

esperara. Una vez extendió la mano hacia el aire, en un amago de caricia. Y al hacerlo, aquellos labios suyos se retorcieron en una horrible parodia de una sonrisa. Don Majo se quedó sentado junto a ella todo el tiempo.

Ronroneando.

Flores y Cabronazo estaban exhaustos, y Mia temió que alguno pudiera quedarse cojo en cualquier momento. Parecía una crueldad, incluso para Cabronazo, hacerlos correr junto al carro sin motivo. Tric y Mia habían superado el punto de no retorno: o bien llegaban a la Iglesia Roja o bien morían allí. Ella había visto caballos salvajes sueltos por los pies de las colinas quebradas, por lo que supuso que debía de haber agua cerca. De modo que, a regañadientes, sugirió que liberaran a los caballos.

Tric pareció entristecerse, pero comprendió que era la mejor opción. Detuvieron el carro y el chico desató a Flores después de dejar que el semental bebiera a gusto de su odre. Le pasó una mano cariñosa por el cuello y susurró con suavidad.

—Has sido un amigo leal. Espero que encuentres otro. Ten cuidado con los krakens.

Palmeó al caballo en las ancas y el animal salió al galope hacia el este, siguiendo la cordillera. Mia desató a Cabronazo y el semental la miró mal incluso cuando ella le vació un pellejo lleno en el gaznate. Metió la mano en sus alforjas y le ofreció el último terrón de azúcar con la palma extendida.

—Te lo has ganado. Supongo que ya puedes volver a Última Esperanza, si quieres.

El semental bajó la cabeza y recogió con suavidad el cubito de su mano. Relinchó, sacudió la crin y le frotó el hocico contra el hombro. Y mientras Mia sonreía y le daba palmaditas en la mejilla, Cabronazo abrió la boca y le dio un mordisco terrible justo encima del pecho izquierdo.

—¡Pero serás hijo de...!

El semental salió disparado por los eriales y al mismo tiempo Mia daba saltos de dolor, agarrándose el pecho y maldiciendo al caballo ante los Tres Soles y las Cuatro Hijas y ante cualquier otro que estuviera escuchando por casualidad. Cabronazo siguió a Flores hacia el este y desapareció entre la polvorienta neblina.

—Puedo darle un beso para que se mejore, si quieres —dijo Tric con una sonrisa.

—¡Anda, vete a la mierda! —le espetó Mia, subió rodando al carro y se dejó caer al entablado.

Tenía sangre en los dedos con los que había tocado el mordisco, y cuando miró dentro de la camisa, la piel ya se estaba amoratando. Por primera vez en su vida, agradeció no ser una chica más rellena, y bisbiseó entre dientes mientras Don Majo se reía desde su sombra.

—¡Definitivamente era un cabronazo!

**N**aev empeoraba a marchas forzadas y ya no pudieron permitirse más paradas. Mia no confiaba en que la mujer aguantara otro giro, y solo quedaba uno para el primero de séptimus. Si no encontraban pronto la iglesia, ya no tendría sentido que la siguieran buscando. Ya estaban a los pies de las montañas, que se curvaban en torno a ellos como los brazos de un amante. Mia había leído que los espectros de polvo acostumbraban a morar donde más aullaba el viento, y aguzó el oído por si le llegaba alguna carcajada reveladora por encima de los siseos del viento.

La sangre se había espesado en el suelo del carro y tenía una costra de moscas. Mia hizo lo que pudo para apartarlas de la barriga de Naev, aunque sabía que ya era mujer muerta. La determinación de esta había flaqueado: cuando estaba inconsciente gemía sin cesar y, cuando estaba despierta, solo

chillaba hasta que volvía a desmayarse. Estaba en pleno ataque de aullidos cuando Tric detuvo el carro. Mia levantó la mirada al notar la ausencia de movimiento después de giros y giros desplazándose, y el cansancio se hizo evidente en su voz.

—¿Por qué paramos?

—Si no puedes reparar las alas de estas máquinas de escupir —repuso Tric, señalando a los quejumbrosos camellos—, ya no podremos avanzar más.

La montaña más sencilla de todas se alzaba ante la caravana de camellos como una serie de escabrosos acantilados, partidos y caídos por todas partes. Mia miró a su alrededor y no vio nada ni a nadie fuera de lo normal. Se inclinó, asió el hombro de Naev y gritó para que la oyera a pesar de sus propios chillidos.

—¿Hacia dónde vamos desde aquí?

La mujer se encogió y farfulló incoherencias, mientras se daba manotazos en la barriga rancia. Tric dejó las riendas y fue junto a Mia, con el rostro macilento. El hedor a desechos humanos y sangre podrida era abrumador. La agonía de la que era testigo se hacía insoportable.

—Mia...

—Necesito fumar —gruñó la chica.

Bajó del carro y Tric la siguió mientras ella se encendía un cigarrillo. El viento le movió el flequillo a la vez que se llenaba los pulmones de humo. Tenía los dedos cubiertos de sangre reseca. Naev estaba riendo y dando golpes con el codo contra el entablado del carro.

—Deberíamos darle fin —dijo Tric—. Es un acto piadoso.

—Nos dijo que no lo hiciéramos.

—Está pasando un suplicio, Mia. Negra Madre, ¿quieres escucharla?

—¡Lo sé! Yo le habría dado fin ayer, pero ella me pidió que no lo hiciera.

—Entonces, ¿te parece bien dejar que muera chillando?

—¿Te da la impresión de que me parece bien, joder?

—Esta es la montaña más simple que hay en kilómetros a la redonda, al menos que yo vea. Pero no distingo ningún campanario, ¿y tú? ¿Qué hacemos, ir de un lado a otro hasta que muramos de sed?

—Sé lo mismo que tú. Pero Naev nos dijo que viniéramos en esta dirección. Ese nismo de sangre no era solo por las risas, ni por tocar las narices. Alguien sabe que estamos aquí.

—¡Sí, los putos espectros de polvo! ¡Oirán sus chillidos desde kilómetros de distancia!

—¿Es la piedad o el miedo lo que os guía, don Tric?

—Yo no tengo miedo a nada —gruñó él.

—Don Majo te lo huele. Y yo también.

—Que las Fauces se te lleven —dijo casi en un susurro, desenfundando su cuchillo—. Esto termina aquí.

—Para. —Mia le agarró el brazo—. No lo hagas.

—¡Suéltame! —Tric le apartó los dedos de un manotazo.

La mano de Mia fue a su estilete, la de Tric a su cimitarra. Las sombras en torno a ella se inflaron y extendieron largos zarcillos desde la roca que se balanceaban al son de una música que solo ellos oían.

—Naev es nuestra única manera de encontrar la iglesia —dijo Mia—. Es culpa mía que esos krakens la hirieran. Y me ha pedido que no la mate.

—No podría ni encontrarse las calzas para mear, en el estado en que está. Y yo no le he prometido nada.

—No desenvainéis esa espada, don Tric. Las cosas acabarán mal para los dos.

—Te tenía por una mujer fría, Mia Corvere. —Negó con la cabeza—. Pero no sabía cuánto. ¿Dónde guardas el corazón que deberías tener en el pecho?



—Como sigas así, te haré comer el tuyo, bastardo.

—Puede que yo sea un bastardo —espetó Tric—, pero tú eres la que hace lo que le sale del coño cada giro de su vida.

Mia tenía el cuchillo en la mano y estaba sonriendo.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca.

Tric desenfundó la cimitarra, sin apartar aquellos hermosos ojos de color avellana de los de Mia. Tras la mirada de ella bullían la confusión y la ira. Estaban hechas una sopa, densa en su cabeza, que no dejaba oír los gritos que daba el sentido común desde el fondo de la sala. Quería matar a ese chico, comprendió. Abrirlo en canal y lavarse las manos en su interior. Pringarse hasta los codos y pintarse los labios y los pechos con su sangre. Sus muslos lo ansiaban. Se le aceleró la respiración mientras se apretaba una mano entre las piernas, con la violencia y el deseo revueltos en su mente, al tiempo que Don Majo susurraba desde su sombra:

—... *esa no eres tú...*

—Largo de aquí —susurró—. A las Fauces contigo, daimón.

—... *esos pensamientos no son tuyos...*

Tric estaba avanzando, con rendijas por ojos y las venas marcadas en el cuello. Respiraba pesadamente y tenía las pupilas dilatadas. Mia echó un vistazo por debajo de su cintura y vio que se había puesto duro, que tenía un bulto en las calzas, y pensarlo le avivó el aliento. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos e imaginó su hoja entrando y saliendo de su pecho, la de Tric en el de ella, y el sabor cobrizo de su lengua...

—Esto no está bien —susurró.

Tric se abalanzó sobre ella y soltó un tajo abierto que le pasó por encima de la cabeza al agacharse. Apuntó una patada a su entrepierna, que bloqueó la rodilla de Tric, y a Mia le entró la tentación momentánea de hincar la propia en el suelo. Lanzó una puñalada a su barriga expuesta, sabiendo que aquello

estaba mal, *aquello estaba mal*, y en el último momento contuvo el golpe y rodó a un lado mientras él volvía a intentar alcanzarle la cabeza con la cimitarra. Tric sonreía como un demente, y a Mia también le hizo gracia la idea. Intentó contener la risa, intentó pensar por encima de su deseo de matarlo, follárselo, las dos cosas a la vez, yacer con él dentro de ella mientras se apuñalaban y se mordían y sangraban hasta la muerte en la arena.

—Tric, para —dijo, casi sin voz.

—Ven aquí...

Mia respiró con dificultad y extendió el brazo incluso al avanzar hacia él. Jadeando. Deseando.

—Algo va mal. Esto está mal.

—Ven aquí —repitió él, siguiéndola sobre la arena con las armas levantadas.

—... *esto no es real*...

Mia sacudió la cabeza y parpadeó para quitarse el picor de los ojos.

—... *eres mia corvere*... —dijo Don Majo— ... *recuerda*...

Ella extendió la mano y su sombra tembló y se estiró desde sus pies para engullir los del chico. Se quedó quieto en la arena y Mia se apartó, con los brazos levantados como para bloquear un ataque. El puñal le pesaba en la mano, tiraba de ella hacia Tric y le inundaba la mente con la idea de clavárselo mientras él se clavaba en ella pero no, NO, esa no era ella («esa no soy yo»), y con un grito desesperado arrojó su hoja lejos de ella.

Cayó de rodillas y se hundió bocabajo, cerrando los párpados con fuerza. Arena en los dientes mientras meneaba la cabeza, sofocaba la lujuria y la violencia, se concentraba en el pensamiento que le había regalado Don Majo y se aferraba a él como un náufrago a una brizna de paja.

—Soy Mia Corvere —dijo entre dientes—. Soy Mia Corvere...

Un lento aplauso.

Mia levantó la cabeza hacia el lúgubre sonido, que le resonaba en la cabeza. Vio siluetas a su alrededor, vestidas en rojo desértico y con las caras cubiertas. Serían una docena, reunidas en torno a un hombre menudo con una espada curva al cinto. La empuñadura estaba labrada con la forma de figuras humanas con cabezas felinas, masculinas y femeninas, desnudas y entrelazadas. La hoja era de negracero ashkahi.[44]

—¿Mia? —dijo Tric, de nuevo con su propia voz.

Mia miró al hombre que aplaudía desde la arena. Era fornido y guapo como un puñado de demonios. Tenía el pelo rizado, negro, entrecano. Su rostro era el de un hombre de treinta y pocos, pero sus ojos, profundos y castaños como el cacao, revelaban muchos más. Media sonrisa haraganeaba en la comisura de sus labios, como si estuviera planeando robar la cubertería.

—Bravo —dijo el hombre—. No había visto a nadie resistir tan bien la Discordia desde mi señor Casio.

Dio un paso hacia ellos y los demás se separaron como por resorte. Empezaron a descargar la caravana y a quitar los aparejos a los camellos. Cuatro de ellos subieron a Naev a una camilla y se la llevaron hacia el acantilado. Mia no vio ninguna cuerda. No vio ningún...

—¿Cómo te llamas?

—Mia, mi señor. Mia Corvere.

—¿Y quién es tu shahiid?

—Mercurio de Tumba de Dioses.

—Ah, ¿por fin Mercurio ha reunido el valor para enviar otro cordero a la Iglesia del Matadero? —El hombre le tendió la mano—. Interesante.

Mia cogió la mano que le ofrecía y dejó que tirara de ella para levantarla de la arena. Tenía la boca seca y el corazón martilleando. Los ecos de la violencia y el deseo aún zumbaban en sus venas.

—Tú eres Tric. —El hombre se volvió hacia el chico con una sonrisa—.

Que lleva la sangre pero no el nombre del clan Tresdracos. El alumno de Adiira.

Tric asintió despacio y se apartó los rizos de los ojos.

—Sí.

—Yo me llamo Ratonero, siervo de Nuestra Señora del Bendito Asesinato y Shahiid de Bolsillos en su Iglesia Roja. —Una leve inclinación—. Creo que traéis algo para nosotros.

La pregunta pendió como una espada sobre la cabeza de Mia. Mil giros. Nuncanoches sin dormir y dedos ensangrentados y veneno goteándole de las manos. Huesos rotos y lágrimas ardientes y mentiras sobre mentiras. Todo lo que había hecho, todo lo que había perdido... la había llevado a aquel momento.

Mia buscó el monedero de dientes que llevaba en el cinturón.

El estómago se le congeló.

—No —susurró.

Se palpó la cintura, la túnica, ensanchando los ojos de pánico al comprender...

—¡Mi ofrenda! ¡No está!

—Pues vaya —dijo Ratonero.

—¡Hace un momento la tenía!

Mia buscó a su alrededor en la arena, temiendo haber perdido el saquito en su rifirrafe con Tric. Escarbó en el polvo, con lágrimas en los ojos. Don Majo se hinchó y rodó dentro de la oscuridad de su sombra, pero ni él pudo contener del todo su terror, la idea de que todo había sido en vano. Mia arañó la arena con el pelo enredado sobre los ojos, se mordió el labio y...

Clin, clin.

Miró hacia arriba. Vio una piel de oveja que le sonaba mucho sostenida en dedos ágiles.

La sonrisa de Ratonero.

—Deberías tener más cuidado, corderita. Shahiid de Bolsillos, como decía.

Mia se levantó y asió el monedero con un gruñido. Abrió el saquito y contó los dientes de su interior, aferrándolo con un puño pálido. Miró al hombre y la ira ahogó su terror durante un instante. Tuvo que resistir el impulso de añadir los dientes del shahiid a su colección.

—Eso ha sido cruel —dijo.

La sonrisa del hombre se ensanchó, aunque había una cierta tristeza en las comisuras de aquellos ojos viejos.

—Bienvenida a la Iglesia Roja —respondió.

# CAPÍTULO 8

## SALVACIÓN

—*Dos hierros y doce cobres —se jactó el chico—. Esta noche comeremos como reyes. O reinas, según sea el caso.*

—*¡Anda ya! —dijo en tono socarrón la chica mugrienta que tenía al lado—. ¿Crucificados en la avenida del Tirano, quieres decir? Yo casi prefiero comer como un cónsul, si te da igual.*

—*Las chicas no pueden ser cónsules, hermana.*

—*Pero sí que puedo comer como ellos.*

*Había tres golfillos agachados en un callejón no muy lejos de la multitud del mercado, con una cesta de pasteles rancios a su lado. El primero era el chico de dedos rápidos que había tropezado con Mia en la piazza. La segunda, una chica descalza de sucio pelo rubio. El tercero era un chico un poco mayor que los otros, flaco de vivir en la calle y mezquino. Iban vestidos con ropa andrajosa, aunque el mayor llevaba un cinturón de buena calidad en el que guardaba varios cuchillos. Tenían extendidas ante ellos las ganancias del trabajo de aquella mañana, un puñado de monedas y un cuervo de plata con ojos de ámbar.*

—*Eso me pertenece —dijo Mia desde detrás de ellos.*

*Los tres se apresuraron a levantarse y se volvieron para enfrentarse a su*

acusadora. Mia estaba en la boca del callejón, con los puños en las caderas. El chico más grande sacó un cuchillo del cinturón.

—Devolvédmelo ahora mismo —exigió Mia.

—¿O qué? —preguntó el chico, alzando su arma.

—O gritaré para que vengan los Luminatii. Os cortarán las manos y os arrojarán al Coro si tenéis suerte. Acabaréis en la Piedra Filosofal si no.

El trío le dedicó una ronda de carcajadas burlonas.

La negrura que había a los pies de Mia titiló. El miedo de su interior se convirtió en nada en absoluto. Y cruzándose de brazos, sacó pecho, entrecerró los ojos y habló con una voz que no terminó de reconocer como propia.

—Devolvédmelo. Ya.

—Que te jodan, putilla —replicó el grande.

Un fruncimiento ensombreció el ceño de Mia.

—¿Putilla?

—Rájala, Navajas —dijo el chico más pequeño—. Hazle un agujero nuevo.

Sonrojándose de rabia, Mia miró al primer chico.

—¿Te llamas Navajas? Ah, porque llevas cuchillos, ¿verdad? —Miró al chico más joven—. Entonces tú debes de ser Pulgas. —Y a la chica—: Déjame adivinar... ¿Lombrices?[45]

—Muy lista —dijo la rubia. Se acercó a Mia con paso ligero, atrasó un puño y lo hundió con fuerza en el estómago de Mia.

El aire abandonó sus pulmones con una tos húmeda mientras caía de rodillas. Parpadeando cegada, Mia se asió la tripa y trató de contener las arcadas. Asombro en su interior. Asombro y furia.

Nadie le había pegado nunca.

Nadie se había atrevido.

Había visto a su madre batirse en duelos de ingenio muchísimas veces en

*el Espinazo. Había visto a hombres reducidos a masas balbucientes por la dona Corvere, y a mujeres empujadas a las lágrimas. Y Mia había prestado atención y aprendido. Pero según las reglas, la persona agraviada debía responder con una pulla propia, no echársele encima y soltarle un puñetazo como si fuese un matón en una callejue...*

*—Oh... —resolló Mia—. Claro.*

*Navajas cruzó el callejón a zancadas y le clavó una bota en las costillas. La rubia (que en la mente de Mia sería Lombrices para siempre) sonrió alegre mientras Mia vomitaba el contenido de un estómago vacío. Navajas se volvió hacia el chico más pequeño y señaló su botín.*

*—Recógelo y nos largamos. Tengo que...*

*Navajas sintió algo afilado y mortalmente frío hurgarle en las calzas. Bajó la mirada hacia el estilete apretado en sus partes, hacia el pequeño puño que lo sostenía con fuerza. Mia le había rodeado la cintura y hacía presión con la daga de su madre contra la entrepierna del chico, mientras el cuervo del mango miraba furioso a Navajas con sus ojos de ámbar. El susurro de Mia fue suave y letal.*

*—Conque putilla, ¿eh?*

*Si esto fuese un cuento de libro, gentiles amigos, y Mia su heroína, Navajas habría percibido de algún modo la sombra de la asesina en que iba a transformarse y se habría retirado tembloroso. Pero lo cierto es que el chico sacaba más de medio metro y más de treinta kilos a Mia. Y al mirar a la chica que lo agarraba por la cintura, no vio a la asesina más temida de toda la república, sino solo a una mocosa que no sabía empuñar bien un cuchillo y tenía la cara tan cerca de su codo que una buena sacudida la enviaría al suelo.*

*Así que Navajas dio la sacudida. Y Mia terminó en el suelo, pero no antes de salir volando por los aires.*



Cayó al barro y se llevó la mano a una nariz rota, cegada por agónicas lágrimas. El chico más joven (al que siempre llamaría Pulgas para sus adentros) recogió la daga de la dona Corvere, con los ojos como platos.

—¡Por las Hijas, mirad esto!

—Trae para acá.

El chico la lanzó con la empuñadura por delante. Navajas la atrapó en el aire y admiró su factura con ojos avarientos.

—Por la polla de Aa, esto es hueso de tumba auténtico...

Pulgas dio otra buena patada a Mia en las costillas.

—¿De dónde ha sacado una ramera como tú...?

Una mano arrugada cayó sobre el hombro del chico y lo estampó contra la pared. Una rodilla saludó a su entrepierna y un nudoso bastón invitó a bailar a su mandíbula.[46] Un golpe a dos manos contra la nuca lo dejó sangrando en el suelo.

El viejo Mercurio se alzaba sobre ellos, envuelto en un pesado abrigo de cuero batido y con un bastón en su mano huesuda. Sus gélidos ojos azules estaban estrechados, absorbiendo la escena, el cuerpo extendido de la chica en el suelo. Miró a Navajas y retrajo los labios en una mueca desdeñosa.

—¿A eso jugáis, a patear la bola? —Lanzó un puntapié salvaje a las costillas del joven Pulgas, recompensado con un nauseabundo chasquido—. ¿Os importa que me apunte?

Navajas miró furibundo al anciano y luego a su camarada, que sangraba en tierra. Y con una maldición negra, alzó el estilete de la dona Corvere y lo arrojó hacia la cabeza de Mercurio.

Fue un buen lanzamiento. Apuntado justo entre los ojos. Pero en vez de morir, el anciano atrapó la hoja en el aire, raudo como la peste en las riberas del Rosa.[47] Mercurio se guardó el estilete en el abrigo, llevó una segunda mano a su bastón y, con un nítido sonido sibilante, sacó la larga

hoja de hueso de tumba oculta en el palo. Avanzó hacia Navajas y Lombrices, enarbolando la espada.

—Ah, usáis las reglas liisianas, ¿eh? ¿Sois de la vieja escuela? Pues muy bien.

Navajas y Lombrices se miraron con ojos llenos de pánico. Y sin mediar palabra, los dos salieron corriendo callejón abajo, dejando al pobre Pulgas inconsciente en el fango.

Mia estaba a cuatro patas. Tenía las mejillas manchadas de lágrimas y sangre. Notaba la nariz herida e hinchada, palpitante y roja. No podía ver bien. No podía pensar.

—Ya te he advertido que ese broche solo te traería problemas —gruñó Mercurio—. Habrías hecho bien en escucharme, niña.

Mia notó que le ardía el pecho. Que le picaban los ojos. En esos momentos, otro niño podría haber llamado a su madre entre sollozos. Podría haber gritado que el mundo no era justo. Pero en lugar de ello, toda la ira, toda la indignación, el recuerdo de la muerte de su padre, de la detención de su madre, la brutalidad y su intento de asesinato se acumularon al reciente robo y la pelea callejera en la que le había tocado el bando perdedor... y todo ello se amontonó en su interior como la leña de una hoguera que estalló en llamas radiantes y furibundas.

—No me llames «niña» —dijo tajante, secándose las lágrimas de los ojos. Empezó a levantarse apoyada en la pared, pero volvió a caer—. Soy la hija de un justicus. La primogénita de una de las doce nobles casas. ¡Soy Mia Corvere, maldición!

—Ah, ya sé quién eres —replicó el anciano—. La cuestión es quién más lo sabe.

—¿Cómo?

—¿Quién más sabe que eres la cría del Coronador, chavalita?

—Nadie —rugió ella—. No se lo he dicho a nadie. Y tampoco me llames «chavalita».

Un bufido.

—No eres tan tonta como creía, pues.

El anciano miró callejón abajo. Luego hacia el mercado. Por último, hacia la niña que sangraba a sus pies. Y con algo parecido a un suspiro, le ofreció la mano.

—Vamos, cuervecilla. Hay que enderezarte ese pico.

Mia se pasó el puño por los labios y lo separó ensangrentado.

—No os conozco de nada, señor —dijo—. Y confío aún menos en vos.

—Vaya, son las primeras palabras razonables que te oigo pronunciar. Pero si te quisiera muerta, te dejaría seguir a lo tuyo. Porque aquí fuera, tú sola, estarás muerta antes de la nuncanoché.

Mia se quedó donde estaba, con la desconfianza evidente en su mirada.

—Tengo infusiones —dijo Mercurio con un suspiro—. Y tarta.

La chica intentó acallar los gruñidos de su tripa tapándola con las dos manos.

—¿Qué clase de tarta?

—La clase gratuita.

Mia hizo un mohín. Se lamió los labios y notó el sabor de la sangre.

—Mi preferida.

Y cogió la mano del anciano.

—¡Y yo he dicho que no pienso ponérmela! —bramó Tric.

—Mis disculpas —dijo Ratonero—. ¿Te ha dado la impresión de que era una sugerencia?

Al pie de la montaña más simple de todas, Mia se esforzaba por mantener

fría la cabeza. Los hombres de la iglesia estaban reunidos junto al acantilado, cada uno con los brazos cargados de mercancías o un agotado camello cogido de la brida. Ratonero sostenía vendas para los ojos e insistía en que Mia y Tric se las pusieran. Por algún motivo inexplicable, la sugerencia había enfurecido a Tric. Mia casi podía ver cómo se erizaban los pelos por todo el lomo del chico dweymeri.

Aunque ya no sentía las secuelas de la extraña mezcla de ira y lascivia que la había invadido, Mia pensó que tal vez su amigo aún notaba su influencia. Se volvió hacia Ratonero.

—Shahiid, no estábamos al mando de nuestras mentes al llegar...

—La Discordia. Un nismo impuesto sobre el Monte Apacible en eras pasadas.

—Sigue afectándolo.

—No. Está para disuadir a quienes llegan a la iglesia sin... invitación. Ahora los dos sois bienvenidos aquí. Siempre que os pongáis las vendas.

—Le hemos salvado la vida. —Tric señaló a Naev—. Y aun así, ¿no confiáis en nosotros?

Ratonero metió los pulgares en su cinturón y compuso su sonrisa de cubertería. La voz le salió rica como un vino dorado de las Doce Barricas.

[48]

—Seguís con vida, ¿no es así?

—Tric, ¿qué más da? —dijo Mia—. Póntela y ya está.

—No pienso llevar los ojos vendados.

—Pero hemos llegado hasta aquí...

—Y no seguiréis adelante —la interrumpió Ratonero—. No con ojos que vean.

Tric se cruzó de brazos, con la mirada encendida.

—No.

Mia suspiró y se pasó la mano por el flequillo.

—Shahiid Ratonero, ¿me permitís un momento para deliberar con mi docto colega?

—Que sea breve —dijo el shahiid—. Si Naev muere en este mismo umbral, el orador Adonai no estará nada satisfecho. Será responsabilidad vuestra si Nuestra Señora se la lleva.

Mia se preguntó a qué se refería el shahiid, porque las heridas de kraken eran letales y Naev ya era mujer muerta. Pero aun así, cogió de la mano a Tric, se lo llevó a lo largo de la derruida falda de la montaña y, cuando estuvo segura de que ya no podían oírlos, se volvió hacia él mientras crecía poco a poco su infame mal genio.

—Por los dientes de las Fauces, ¿se puede saber qué te pasa?

—No voy a hacerlo. Prefiero rajarme yo mismo la garganta.

—¡Es lo que van a hacerte como sigas así!

—Que lo intenten.

—Es como ellos hacen las cosas, ¡así que es como se hacen! ¿Entiendes lo que representamos tú y yo aquí? ¡Somos discípulos! ¡Lo más bajo de todo! O pasamos como dicen o nos pasan a cuchillo.

—No voy a vendarme los ojos.

—Pues no entrarás en la iglesia.

—¡Que las Fauces se lleven a la iglesia!

Mia apoyó el peso en los talones, ensombreciendo el entrecejo.

—... *está asustado*... —bisbiseó Don Majó desde su sombra.

—¡Tú cierra el pico, mierdecilla perversa! —ladró Tric.

—Tric, ¿de qué tienes miedo?

Don Majó olisqueó con su no-hocico, parpadeó con sus no-ojos.

—... *la oscuridad*...

—¡Que te calles! —rugió Tric.

Mia parpadeó, a todas luces incrédula.

—No lo dirás en serio...

—... *mis disculpas, no había sido informado de que quedo relegado al papel de alivio cómico...*

Mia intentó cruzar la mirada con Tric, pero el chico se miraba los pies con el gesto torcido.

—Tric, ¿de verdad me estás contando que has venido a entrenar con los asesinos más temidos de toda la república y te da miedo la puta oscuridad?

Tric parecía a punto de gritar de nuevo, pero las palabras murieron en su lengua. Apretó los dientes, cerró los puños y aquellos burdos tatuajes se retorcieron con una mueca.

—No es la condenada oscuridad. —Un tenue suspiro—. Es... no poder ver. Yo... —Se dejó caer con la espalda apoyada y pateó un esquisto cuesta abajo—. A tomar por culo.

El remordimiento creció en el pecho de Mia, ahogando la rabia que había debajo. Se arrodilló junto al dweymeri suspirando y le apoyó una mano tranquilizadora en el brazo.

—Lo siento, Tric. ¿Qué pasó?

—Cosas malas. —Tric se frotó los ojos—. Cosas malas y ya está.

Mia le cogió la mano y apretó, muy consciente de cuánto había pasado a gustarle aquel chico extraño. Verlo de aquella manera, tiritando como un niño...

—Puedo quitártelo —propuso.

—¿Quitarme qué?

—Tu miedo. Bueno, es Don Majo quien puede. Durante un rato. Se lo bebe. Lo respira. Es lo que lo mantiene aquí. Lo hace crecer.

Tric miró a la criatura de sombra con el ceño fruncido y asco en la mirada.

—¿El miedo?

Mia asintió con la cabeza.

—Lleva años bebiéndose el mío. No tanto como para que olvide el sentido común, ojo. Pero sí lo suficiente para que no me arrugue en una pelea con cuchillo o un robo. Me vuelve fuerte.

—Eso no tiene sentido —refunfuñó Tric—. Si se come tu miedo, nunca aprenderás a dominarlo sola. Eso no es fuerza, sino una muleta.

—Bien, pues es una muleta que estoy dispuesta a prestaros, don Tric. — Mia lo fulminó con la mirada—. Así que en lugar de darme lecciones sobre mis defectos, preferiría que dijerais: «Gracias, Hija Pálida» y metierais vuestro lamentable culo en la iglesia antes de que nos abran los cuellos y nos echen de comer a los krakens.

El chico bajó la mirada a sus manos unidas. Asintió despacio.

—Gracias, Hija Pálida.

Mia se levantó y ayudó al chico a imitarla. Don Majó no necesitó que le pidieran nada; se limitó a fluir a través de la intersección de sus sombras. La ansiedad empezó a reconcomer las entrañas de Mia de inmediato, como gélidos gusanos mordisqueándole la tripa. Pero hizo lo que pudo para pisotearlos con las botas mientras Tric pasaba junto a ella por el terreno quebradizo en dirección a Ratonero.

—¿Listos, pues? —preguntó el shahiid.

—Estamos preparados —dijo Tric.

Mia sonrió al oír su voz, casi una octava entera más grave. Tric le apretó los dedos y cerró los ojos, permitiendo que Ratonero le atara la venda. Después de ponérsela también a Mia, el shahiid les cogió las manos y los guio. Mia oyó pronunciar una palabra, algo antiguo que bullía de poder. Y luego oyó la piedra, el estrepitoso restallar y retumbar de la piedra. El suelo tembló bajo sus pies y el polvo se alzó en una sofocante mortaja. Notó una ráfaga de viento y olió una acritud arkímica en el aire.

Las otras manos la dirigieron hacia delante, cruzando terreno quebrado y pasando a piedra lisa. La temperatura cayó de repente, la luz del otro lado de sus párpados murió despacio. Habían pasado a algún lugar oscuro, supuso que al interior de la montaña. Cogida de la mano de Ratonero, llegó a una escalera y subió y subió en una espiral cada vez más amplia. Giros y más giros, un suave vértigo empapándole la mente, todo sentido de la dirección de la que venía o hacia la que se dirigía desvaneciéndose. Arriba. Abajo. Izquierda. Derecha. Conceptos sin significado. Sin recuerdo. Sintió una necesidad casi irresistible de llamar de vuelta a Don Majo, de sentir ese acostumbrado toque sin el que ya no sabía del todo cómo vivir.

Por fin, tras lo que se le antojaron horas, Ratonero la soltó. Por un instante, flaqueó. Imaginó que estaba en la cima de la montaña, sin nada alrededor aparte de una caída directa a su muerte. Extendió los brazos para mantener el equilibrio. Jadeaba.

—Vuelve —susurró.

Sintió que el no-gato regresaba a toda prisa, que se liaba a puñetazos con las mariposas de su estómago y las desmembraba una por una. Le quitaron la venda y, después de parpadear, vio un salón gigantesco, más extenso que el vientre de la mayor catedral de todas. Paredes y suelo de oscuro granito, lisos como cantos rodados. Brillaba una suave luz arkímica desde el interior de hermosos ventanales de cristal tintado, que daban la sensación de filtrar la luz de los soles de fuera... aunque en realidad, podían haberse internado kilómetros en la montaña. Tric estaba junto a ella, contemplando el salón. Había inmensos arcos y enormes columnas de piedra dispuestos en círculo, enormes gabletes de piedra que parecían tallados en el núcleo de la misma montaña.

—Por las grandes... y blandas tetas de...

Las palabras le fallaron al chico cuando miró hacia el corazón de la



estancia. Mia siguió su mirada y vio la estatua de una mujer con joyas como estrellas colgando de su túnica de ébano. Era una figura colosal, que se alzaba quince metros sobre sus cabezas, tallada en reluciente piedra negra. Había pequeños anillos de hierro incrustados en la roca, más o menos a la altura de la cabeza. En las manos sostenía una balanza y una gigantesca espada de aspecto temible, ancha como el tronco de un árbol, afilada como la obsidiana. Su rostro era hermoso. Terrible y frío. Mia sintió un escalofrío bajar por su espalda cuando los ojos de la estatua la siguieron al acercarse.

—Bienvenidos al Salón de las Elegías —dijo Ratonero.

—¿Quién es ella?

—La Madre. —Ratonero se tocó los ojos, luego los labios y por último el pecho—. Las Fauces. Nuestra Señora del Bendito Asesinato. La todopoderosa Niah.

—Pero... es hermosa —dijo Mia con un hilo de voz—. En las imágenes que he visto, es una monstruosidad.

—La Luz está llena de embustes, discípula. Los soles solo sirven para cegarnos.

Mia paseó por el enorme salón, pasando las manos por los realces en espiral de la piedra. En las paredes había cientos de puertas pequeñas y cuadradas, de medio metro de lado, amontonadas unas sobre otras como tumbas en un inmenso mausoleo. Sus pisadas resonaron como campanadas en aquella inmensidad. El único otro sonido era la melodía de lo que podría haber sido un coro, que pendía sin cuerpo en el aire. Era un himno bello, sin palabras, sin final. El lugar transmitía una sensación distinta a cualquier otro que hubiera visitado. No había altares ni tapices dorados pero, por primera vez en su vida, sintió que estaba en un lugar... sagrado.

Don Majó le susurró al oído:

—... *me gusta este sitio...*

—¿Qué son esos nombres, shahiid? —preguntó Tric.

Mia parpadeó y reparó en que todo el suelo estaba tallado de nombres. Había cientos. Miles. Grabados con letra diminuta en la negra piedra pulida.

—Los nombres de cada vida que se ha cobrado esta iglesia para la Madre. —El hombre hizo una inclinación hacia la estatua—. Aquí es donde honramos a quienes nos llevamos. El Salón de las Elegías, como he dicho.

—¿Y las tumbas? —preguntó Mia, señalando hacia las paredes con la barbilla.

—Albergan los cuerpos de los siervos de la Madre que han ido junto a ella. Además de las vidas cobradas, aquí honramos también a nuestros caídos.

—Pero esas tumbas no tienen nombres tallados, shahiid.

Ratonero se quedó mirando a Mia mientras el coro fantasmal cantaba en la penumbra.

—La Madre conoce sus nombres —dijo después—. Nadie más importa.

Mia parpadeó. Echó una mirada a la estatua que se alzaba sobre su cabeza. La diosa a quien pertenecía aquella iglesia. Terrible y bella. Inescrutable y poderosa.

—Vamos —dijo el shahiid Ratonero—. Vuestros aposentos os esperan.

Se los llevó del gran salón por uno de los enormes arcos en punta. Un tramo larguísimo de escalera ascendía en espiral hacia la negrura. Mia recordó la fusta de sauce del viejo Mercurio, la condenada escalera de la biblioteca que la había obligado a subir y bajar tantas veces que había perdido la cuenta. Sonrió con el recuerdo y agradeció el ejercicio al anciano mientras ascendía con pasos largos y descansados.

Subieron con el Shahiid de Bolsillos detrás de ellos, silencioso como la peste.

—Negra Madre —dijo Tric entre jadeos—. Tendrían que haberla llamado la Escalera Roja...

—¿Estás bien? —le susurró Mia—. ¿Don Majo te ha ayudado?

—Sí. Ha sido... —El chico negó con la cabeza—. Mirar en tu interior y hallar solo acero... Nunca había sentido nada igual. A la mierda con la muleta. Ser tenebro debe de ser una maravilla.

Llegaron a un largo pasillo. Los arcos se extendían hacia una negrura sin luz y todas las paredes lucían tallas en espiral. El shahiid Ratonero se detuvo junto a una puerta de madera y la abrió hacia dentro. Mia vio una habitación grande, amueblada en hermosa madera oscura y con una cama enorme cubierta de frondosa piel gris. Le dolió el cuerpo al verla. Debían de haber pasado al menos dos nuncanoches desde la última vez que había dormido...

—Tu habitación, discípula Mia —dijo Ratonero.

—¿Dónde duermo yo? —preguntó Tric.

—Pasillo abajo. Los demás discípulos ya se han instalado. Vosotros dos sois los últimos en llegar.

—¿Cuántos hay? —preguntó Mia.

—Casi treinta. Tengo ganas de ver cuáles son hierro y cuáles cristal.

Tric se despidió con un gesto de la cabeza y siguió a Ratonero por el pasillo. Mia entró y soltó su morral al lado de la puerta. La costumbre hizo que registrara todos los rincones, cajones y cerraduras. Terminó mirando debajo de la cama antes de derrumbarse en ella. Se planteó desatarse las botas, pero decidió que estaba demasiado agotada como para molestarse. Y apoyando la cabeza en las almohadas, cayó al sueño más profundo que había conocido jamás.

Un gato hecho de sombras se subió al cabezal y vigiló sus sueños.

**D**espertó con un frío susurro de Don Majo en el oído.

—... viene alguien...

Sus párpados se abrieron de golpe y se incorporó mientras alguien llamaba con suavidad a su puerta. Mia desenvainó la daga, se apartó el pelo de los ojos cubiertos de arena. Por un instante, olvidó dónde estaba. ¿En su viejo cuarto, encima de la tienda de Mercurio? ¿De vuelta en las Costillas, con su hermanito durmiendo a su lado y sus padres en la habitación contigua?

*No mires.*

Habló con voz indecisa.

—¿Adelante?

La puerta se abrió sin hacer ruido y entró una silueta cubierta por una túnica negra, que cruzó la habitación y se detuvo al pie de la cama. Mia alzó su hoja de hueso de tumba, cautelosa.

—O has escogido la habitación equivocada o a la chica equivocada.

La intrusa levantó las manos. Se quitó la capucha y Mia vio unos rizos de tono rubio rojizo, unos ojos conocidos que la miraban entre velos de tela negra.

—¿Naev?

Pero era imposible. Los ganchos de aquellos krakens habían hecho picadillo las tripas de la mujer. Después de dos giros pudriéndose al sol, su sangre debía de estar impregnada de veneno. En nombre de las Fauces, ¿cómo podía estar viva siquiera, ya no digamos caminando y hablando?

—Tendrías que estar muerta.

—Tendría. Pero no lo está. —La mujer delgada hizo una inclinación—. Gracias a ella.

Mia negó con la cabeza.

—No tienes que darme las gracias.

—Más que las gracias. Ella arriesgó su vida para salvar a Naev. Naev no lo olvidará.

Mia se echó atrás cuando Naev se sacó un arma oculta de la manga,

mientras Don Majo se erizaba en su sombra. Pero Naev se pasó el cuchillo por el pulpejo de su propia mano, y acumuló sangre del corte hasta que empezó a caer al suelo.

—Ella salvó la vida a Naev —dijo la mujer—. Así que ahora Naev se la debe. Por su sangre, ante la mirada de la Madre Noche, Naev lo jura.

—No hace falta que lo hagas...

—Ya está hecho.

Naev se agachó y empezó a desatar las botas de Mia. Esta dio un gáñido y encogió las piernas. La mujer extendió los brazos hacia los nudos de la camisa de Mia, que se los apartó de un manotazo y retrocedió por la cama con sus propios brazos levantados.

—Vale, escucha...

—Ella debe desvestirse.

—De verdad que has escogido a la chica equivocada. Y la mayoría al menos invita primero a una copa.

Naev se llevó las manos a los labios.

—Ella debe bañarse antes de presentarse ante el Sacerdocio. Si Naev puede hablar sin tapujos, ella huele a caballo y estiércol, tiene el pelo más grasiento que una molleja liisiana y está cubierta de sangre seca. Si ella desea asistir a su bautizo en la congregación de la Bendita Dama con el aspecto de una salvaje dweymeri, Naev le recomienda ahorrarse el suplicio y tirarse ya mismo desde el Altar del Cielo.

—Un momento... —Mia parpadeó—. ¿Has dicho bañarme?

—Eso ha dicho Naev.

—¿Con agua? —Mia se había puesto de rodillas, con las manos juntas sobre el pecho—. ¿Y jabón?

La mujer asintió con la cabeza.

—De cinco tipos.

—Por los dientes de las Fauces —dijo Mia desabrochándose la camisa—. Al final resulta que has escogido a la chica correcta.

**F**iguras oscuras congregadas bajo la mirada de una diosa de piedra, bañadas por una luz incolora.

Habían transcurrido doce horas desde la llegada de Mia al Monte Apacible. Cuatro desde que se había despertado. Veintisiete minutos desde que se había obligado a salir del baño y bajar al Salón de las Elegías, dejando una capa de sangre y porquería en la superficie del agua que podría haber salido andando por su cuenta si le dejaran unos giros para terminar de gestarse.

Notaba la suavidad de la túnica en la piel y llevaba el pelo recogido en una trenza húmeda. El aroma a jabón bailó a su alrededor mientras se volvía para observar a los otros discípulos: eran veintiocho en total, todos vestidos en gris apagado. Había un tosco chico itreyano con puños como mazos. Una chica nervuda con el pelo corto y rojo y unos ojos llenos de astucia lupina. Un descomunal dweymeri con complejos tatuajes faciales y unos hombros en los que podría apoyarse el mundo. Dos vaanianos rubios y pecosos, hermano y hermana, al parecer. Un chico flaco con helados ojos azules, de pie cerca de Tric al final de la hilera, al que estuvo a punto de pasar por alto. Todos más o menos de su edad. Todos duros, hambrientos y silenciosos.

Naev estaba cerca de Mia, envuelta en sombras. Había otras siluetas calladas vestidas con túnicas negras al borde de la oscuridad, hombres y mujeres, con los dedos entrelazados como penitentes en una catedral.

—Manos —le susurró Naev—. En la Iglesia Roja, ella encontrará dos clases de personas. Aquellas que toman vocaciones y hacen ofrendas... Esos a quienes la gente llama asesinos. Nosotros los llamamos «hojas».

Mia asintió con la cabeza.

—Me lo había dicho Mercurio.

—Los otros se llaman «manos» —siguió diciendo Naev—. Hay veinte manos por cada hoja. Mantienen la casa de ella en orden. Se ocupan de sus asuntos. Salen para abastecerla, como Naev. No más de cuatro discípulos de cada grey se convierten en hojas. Los que sobrevivan al año pero no cumplan los requisitos pasarán a ser manos. También hay gente que viene solo para servir a la diosa de cualquier modo que puedan. No todo el mundo es apto para asesinar en su nombre.

«Vaya, así que solo seleccionarán a cuatro de nosotros.»

Mia asintió con la cabeza, observando a las siluetas de túnicas negras. Entornando los ojos en la oscuridad, distinguió la cicatriz arkímica de la esclavitud en algunas mejillas. Después de que los discípulos terminaran de alinearse ante la mirada de la estatua, las manos empezaron a citar de memoria un fragmento de las escrituras, Naev entre ellos.

*Ella que es todo y nada,  
primera y última y eterna,  
un perfecto negro, una Hambrienta Oscuridad,  
Doncella y Madre y Matriarca,  
ahora y en el momento de nuestras muertes,  
ora por nosotros.*

Sonó una campanada, tenue, desde algún lugar de la penumbra. Mia sintió a Don Majo enroscado cerca de sus pies, bebiendo con avidez. Oyó pisadas y vio una figura que se aproximaba desde las sombras. Las manos alzaron sus voces al unísono.

—Ratonero, Shahiid de Bolsillos, ora por nosotros.

Un hombre subió al estrado alzado en torno a la base de la estatua. Rostro

atractivo y ojos ancianos, el hombre que había recibido a Mia y Tric fuera del monte. Llevaba una túnica gris, adornada solo por su espada de negraceró. Ocupó su lugar, se encaró hacia los discípulos y, con una sonrisa capaz de llevarse la cubertería y también los candelabros, habló.

—Veintiséis.

Mia oyó más pasos y las manos hablaron de nuevo.

—Mataarañas, Shahiid de Verdades, ora por nosotros.

Una mujer dweymeri emergió de la oscuridad, alta y majestuosa, con la espina dorsal tan recta como las columnas de alrededor. Cabello largo recogido en pulcros nudos que bajaban por su espalda como cuerdas. Tenía la piel oscura de su pueblo, pero no llevaba tatuajes faciales. Recordaba a una estatua en movimiento, tallada en caoba. Sus manos, sujetas entre sí, estaban manchadas de algo que podría ser tinta. Llevaba los labios pintados de negro. Una colección de viales de cristal pendía de su cinturón junto a tres dagas curvas.

Ocupó su lugar en el estrado y habló con voz fuerte y orgullosa.

—Veintinueve.

Mia siguió observando en silencio, mordisqueándose el labio. Y aunque Mercurio había educado bien a Mia en el sutil arte de la paciencia, al final la curiosidad pudo con ella.[\[49\]](#)

—¿Qué están haciendo? —preguntó en voz baja a Naev—. ¿Qué significan los números?

—Es su tanteo para la diosa. El número de ofrendas que han hecho en su nombre.

—Solis, Shahiid de Canciones, ora por nosotros.

Mia vio a un hombre salir con paso firme de las sombras, también vestido de gris. Era todo un mastodonte, con bíceps tan grandes como los muslos de Mia. Llevaba la cabeza rapada casi al cero, y el pelo que quedaba era tan



rubio que casi se veía blanco. Tenía el cuero cabelludo lleno de cicatrices y la barba recogida en cuatro puntas que salían de su barbilla. Llevaba un cinto para espada, pero la vaina estaba vacía. Cuando ocupó su lugar, Mia lo miró a los ojos y reparó en que estaba ciego.

—Treinta y seis —dijo.

«¿Treinta y seis asesinatos? ¿A manos de un ciego?»

—Aalea, Shahiid de Máscaras, ora por nosotros.

Otra mujer salió casi sin ruido a la tenue luz, contoneándose al andar, toda curvas y piel de alabastro. Mia se sorprendió a sí misma boquiabierto: la recién llegada era con mucho la mujer más bella en la que había posado la mirada. Denso cabello negro cayendo hasta la cintura, ojos oscuros adornados con *kohl*, labios pintados de rojo sangre. Iba desarmada. En apariencia.

—Treinta y nueve —dijo, con una voz de dulce humo.

—Reverenda madre Drusilla, ora por nosotros.

Una mujer se destacó de la oscuridad, sigilosa como una muerte súbita. Era muy mayor, con sus rizos entrecanos recogidos en trenzas. De su cuello colgaba una llave de obsidiana en una cadena de plata. Parecía una ancianita amable, de ojos centelleantes que se posaron en el grupo. Mia no se habría sorprendido de encontrarla en una mecedora frente a una alegre chimenea, con nietos subidos a las rodillas y una taza de té al lado. Esa mujer no podía ser la sacerdotisa en jefe del más mortífero grupo de...

—Ochenta y tres —dijo la anciana, ocupando su lugar en el estrado.

«¡Que las Fauces se me lleven, ochenta y tres!»

La reverenda madre contempló a los discípulos con una sonrisa amable en los labios.

—Os doy la bienvenida a la Iglesia Roja, niños —dijo—. Habéis recorrido kilómetros y años para llegar hasta aquí. Os quedan más kilómetros y más

años. Pero al final de vuestro viaje, seréis hojas, blandidas para mayor gloria de la diosa en el más sagrado de los sacramentos. Eso quienes sobreviváis, por supuesto.

La mujer abarcó con un gesto a los cuatro maestros que la rodeaban y siguió hablando.

—Obedeced a vuestros shahiids. Sabed que todo lo que erais antes de este momento ha muerto. Que cuando os entreguéis a las Fauces, seréis suyos y solo suyos.

Una figura ataviada con túnica que portaba un cuenco de plata se acercó a la reverenda madre, que llamó a Mia con la mano.

—Trae aquí tu ofrenda. Los restos de un asesino, asesinado a su vez y ofrecido a Nuestra Señora del Bendito Asesinato en esta la hora de tu bautismo.

Mia echó a andar con el monedero en la mano. El estómago le daba volteretas, pero sus manos eran firmes como piedras. Ocupó su lugar ante la anciana de sonrisa amable y miró al fondo de unos ojos de color azul claro. Notó que estaba siendo sopesada. Se preguntó si daba la talla.

—Mi ofrenda —logró decir—. Para las Fauces.

—La acepto en su nombre con su agradecimiento en mis labios.

Mia suspiró al oír la respuesta, y estuvo a punto de caer arrodillada cuando la reverenda madre le dio un abrazo y le besó una mejilla y luego la otra con labios fríos como el hielo. Se agarró a Mia con fuerza mientras la chica respiraba hondo, conteniendo cálidas lágrimas. Luego la anciana se volvió hacia el cuenco de plata, metió una mano huesuda y la retiró goteando rojo.

Sangre.

—Pronuncia tu nombre.

—Mia Corvere.

—¿Juras servir a la Madre de la Noche? ¿Aprenderás la muerte en todos

sus colores y la llevarás en su nombre a aquellos que la merecen y a aquellos que no? ¿Te convertirás en acólita de Niah, en el instrumento terrenal de la oscuridad que mora entre las estrellas?

Mia encontró dificultades para respirar. Pero tomó aire y dijo:

—Lo haré.

La reverenda madre apretó la palma de la mano contra la mejilla de Mia y le manchó la piel de sangre. Seguía caliente, y el aroma salado y cobrizo invadió los pulmones de la chica. La anciana marcó una mejilla, después la otra y por último dejó una larga franja atravesando los labios de Mia y bajándole por la barbilla. La chica sintió la gravedad de aquel momento en los huesos, tirando de su tripa hacia las botas. La madre hizo un asentimiento de cabeza y Mia se retiró, abrazándose a sí misma, lamiendo la sangre de sus labios, casi sollozando, riendo. Estaba un paso más cerca de vengar a su familia. Un paso más cerca de alzarse sobre la tumba de Scaeva.

Estaba allí, comprendió.

«Estoy aquí.»

El ritual se repitió para los demás discípulos, que fueron entregando sus ofrendas uno por uno. Algunos llevaban dientes, otros ojos... y el chico alto de las manos como mazas ofreció un corazón podrido, envuelto en terciopelo negro. Mia cayó en la cuenta de que no había ni uno solo de ellos que no fuese un asesino. De que, de todas las estancias de toda la república, a buen seguro no había ninguna más peligrosa que aquella en la que estaba en aquel preciso instante.[50]

—Vuestros estudios darán comienzo mañana —dijo la reverenda madre—. La tardera se servirá en el Altar del Cielo dentro de media hora. —Señaló la hilera de túnicas—. Habrá manos disponibles si necesitáis orientación, y os recomiendo que os valgáis de ellos hasta que os acostumbréis al lugar. El monte puede resultar laberíntico al principio, y perderse dentro de estos

salones puede tener... consecuencias desafortunadas. —Sus ojos azules relucieron en la oscuridad—. Caminad ligeros. Aprended bien. Que Nuestra Señora llegue tarde cuando os encuentre. Y en el momento en que lo haga, que os salude con un beso.

La anciana hizo una inclinación y retrocedió a la penumbra. Los otros miembros del Sacerdocio fueron marchándose uno tras otro. Tric se acercó a Mia y la saludó con una sonrisa de mejillas manchadas de sangre. Se había bañado y frotado, e incluso sus rastas de sal parecían un poco menos independientes.

—Te has afeitado —dijo con media sonrisa.

—No te acostumbres. Solo ocurre dos veces al año. —Miró de soslayo a Naev y el reconocimiento le ensanchó poco a poco los ojos—. En nombre de la Dama, ¿cómo...?

—Volvemos a encontrarnos. —La mujer delgada hizo una profunda inclinación—. Naev agradece la ayuda de él en el desierto profundo. La deuda no caerá en el olvido.

—¿Cómo es que caminas y respiras?

—En este sitio hay secretos dentro de los secretos —dijo Mia.

—¿Corvere? —preguntó una voz suave detrás de ella.

Mia se volvió hacia la voz. Perteneecía a la chica en la que se había fijado, la guapa con el pelo rojo y corto y unos ojos verdes de cazadora. Estaba observando atenta a Mia, con la cabeza echada a un lado. El chico alto itreyano con las manos de mazas se alzaba a su lado como una sombra furiosa.

—En la ceremonia —dijo la chica—, ¿has dicho que te apellidabas Corvere?

—Así es —dijo Mia.

—¿Por casualidad eres pariente de Darío Corvere? ¿El anterior justicus?

Mia juzgó a la chica en su mente. Delgada. Rápida. Dura como la madera. Pero fuera quien fuese, Mia estaba convencida de que Scaeva y sus compinches no tendrían aliados entre aquellas paredes. Remo y sus Luminatii habían jurado acabar con la Iglesia Roja después de la Masacre de la Veroscuridad, a fin de cuentas. Aun así, Mercurio había insistido en que Mia dejara atrás su apellido cuando cruzara aquel umbral. Era de las pocas cosas sobre las que habían discutido. Quizá fuese una estupidez. Pero la muerte de su padre era el motivo de que hubiera emprendido aquel camino. El apellido Corvere había desaparecido de la historia por obra de Scaeva y sus lacayos, y Mia no pensaba dejarlo caer al polvo, por mucho que le costara.

—Soy la hija de Darío Corvere —respondió Mia por fin—. ¿Y tú eres...?

—Jessamine, hija de Marcino Graciano.

—Mis disculpas. ¿Debería haber oído hablar de él?

—Primer centurión de la Legión Luminatii. —La chica arrugó la frente—. Ejecutado por orden del Senado Itreyano después de la Rebelión del Coronador.

Mia relajó la expresión. Negra Madre, era la hija de un centurión de su padre. Una chica como ella, a la que habían dejado huérfana el cónsul Scaeva, el justicus Remo y los demás hijos de puta. Alguien que conocía el sabor de la injusticia tan bien como ella. Mia le tendió la mano.

—Bienhallada, hermana. Mi...

Jessamine le apartó la mano, mirándola con furia.

—Tú no eres hermana mía, zorra.

Mia notó que Tric se tensaba a su lado y que Don Majo se erizaba en la sombra de sus pies. Se frotó los nudillos abofeteados y habló con cautela.

—Lamento tu pérdida. De verdad que la lamento. Mi pad...

—Tu padre era un puto traidor —le espetó Jessamine—. Sus hombres

murieron por honrar su juramento a un justicus necio, y ahora sus cráneos pavimentan los escalones del Senado. Por culpa del poderoso Darío Corvere.

—Mi padre era leal al general Antonio —dijo Mia—. También tenía juramentos que honrar.

—Tu padre era un puto perrito faldero —escupió Jessamine—. Todo el mundo sabe por qué seguía a Antonio, y no tenía nada que ver con el honor. A mi padre y a mi hermano los crucificaron por su culpa. Mi madre murió de pena en el manicomio de Tumba de Dioses. Todos ellos aún por vengar. —La chica dio un paso adelante, con los ojos entornados—. Pero no por mucho tiempo. Más vale que te crezcan ojos en la nuca, Corvere. Más vale que empieces a tener el sueño ligero.

Mia sostuvo la mirada a la chica sin parpadear, mientras Don Majo se hinchaba bajo sus pies. Naev se acercó a la chica pelirroja y le farfulló al oído:

—Ella dará un paso atrás. O le pasarán por encima.

Jessamine miró un momento a la mujer, con la mandíbula apretada. Tras un duelo de miradas que se extendió kilómetros y kilómetros, la chica dio media vuelta y se marchó, seguida del grandullón itreyano. Mia descubrió que las uñas estaban cortándole las palmas de las manos.

—Desde luego, sabéis cómo hacer amigos, Hija Pálida.

Mia se giró hacia Tric, que estaba sonriendo pero también tenía una mano metida en la manga. La chica se relajó un poco y se permitió devolverle la sonrisa. Por mala que fuera haciendo amigos, al menos tenía uno entre aquellas paredes.

—Venga —dijo Tric—. ¿Vamos a la tardera o no?

Mia miró hacia la espalda de Jessamine. Echó un vistazo a los otros discípulos. La realidad de dónde estaba le caló más hondo. Una escuela de

asesinos. Rodeada de discípulos y maestros en el arte del asesinato. Estaba allí. De verdad.

«Toca ponerse a trabajar.»

—La tardera suena bien —aceptó—. No se me ocurre mejor lugar para empezar a tantear el terreno.

—¿Tantear el terreno? ¿En busca de qué?

—¿Has oído el dicho de que el camino más rápido hacia el corazón de un hombre es por su estómago?

—Siempre me ha confundido. —Tric frunció el ceño—. A mí me parece mucho más rápido por la caja torácica.

—Muy cierto. Pero, aun así, se puede aprender mucho sobre los animales viéndolos comer.

—A veces dais un poco de miedo, Hija Pálida.

Mia le dedicó una sonrisa mordaz.

—¿Solo un poco?

—Bueno, la mayoría de las veces eres aterradora.

—Vamos —dijo ella dándole una palmada en el brazo—. Te invito a una copa.

# CAPÍTULO 9

## OSCURIDAD

*El viejo le enderezó la nariz como bien pudo y le limpió la sangre de la cara con un paño impregnado en algo de olor pungente y metálico. Luego la sentó a una pequeña mesa en su trastienda y le preparó una infusión.*

*La sala estaba a medio camino entre una cocina y una biblioteca. Los postigos cerrados contra la luz de los soles lo envolvían todo en sombras.<sup>[51]</sup> Una sola lámpara arkímica iluminaba montañas de vajilla sucia y columnas tambaleantes de libros. Mia agradeció que el dolor fuese remitiendo con los sorbos que daba al brebaje de Mercurio, que le adormeció la masa palpitante del centro de su cara. El anciano le ofreció tarta de miel y vio cómo devoraba tres porciones, igual que una araña observa a una mosca. Cuando Mia apartó a un lado el plato, por fin habló.*

*—¿Qué tal va ese pico?*

*—Ya no me duele.*

*—La infusión es buena, ¿eh? —Sonrió—. ¿Cómo es que estaba rota?*

*—El chico grande, Navajas. Le apoyé el puñal en sus partes y me ha pegado.*

*—¿Quién te dijo que en una pelea fueses a por los buñuelos de un chico?*

*—Mi padre. Me dijo que la manera más rápida de ganar a un chico es hacerle desear ser chica.*



*Mercurio soltó una risita.*

—Duum'a.

—¿Qué significa? —preguntó Mia, sorprendida.

—¿No sabes liisiano?

—¿Por qué tendría que saberlo?

—Creía que tu madre te lo había enseñado. Era de por aquí.

*Mia parpadeó.*

—¿Ah, sí?

*El anciano asintió con la cabeza.*

—De eso hace ya mucho tiempo. Antes de casarse y convertirse en dona.

—Ella... nunca hablaba de eso.

—No tenía mucho motivo, supongo. Digo yo que creería haber dejado atrás para siempre estas calles. —Mercurio se encogió de hombros—. Total, que duum'a podría traducirse como «sabio». Se dice al oír cosas con las que estás de acuerdo. Igual que tú dirías «desde luego», o algo por el estilo.

—¿Y Neh diis...? —Mia arrugó la frente, peleándose con la pronunciación—. Neh diis lus'a... lus diis'a. ¿Qué significa?

*Mercurio alzó una ceja.*

—¿Dónde has oído tú eso?

—Se lo dijo el cónsul Scaeva a mi madre. Cuando quería que suplicara por mi vida.

*Mercurio se acarició la barba de unos días.*

—Es un antiguo dicho liisiano.

—¿Qué significa?

—«Cuando todo es sangre, la sangre es todo.»

*Mia asintió con la cabeza, creyendo entenderlo quizá. Se quedaron callados un rato, que el anciano aprovechó para encender un cigarrillo con olor a clavo y dar una profunda calada. Después, Mia volvió a hablar.*

—¿Dices que mi madre era de aquí? ¿De la Pequeña Liis?

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Tenía familia aquí? ¿Alguien a quien pudiera...?

Mercurio meneó la cabeza.

—Se fueron, niña. O murieron. Las dos cosas, en su mayoría.

—Igual que mi padre.

Mercurio carraspeó y dio otra calada.

—Fue una vergüenza lo que le hicieron —dijo.

—Decían que era un traidor.

Otro encogimiento de hombros.

—Un traidor es solo un patriota en el lado malo de la victoria.

Mia se apartó el flequillo de los ojos, con aire esperanzado.

—¿Era un patriota, entonces?

—No, cuervecilla —respondió el anciano—. Perdió.

—Y lo mataron. —El odio se alzó en la tripa de Mia y le plegó las manos en puños—. El cónsul. Ese sacerdote gordo. El nuevo justicus. Lo mataron.

Mercurio exhaló un fino anillo de gris, sin dejar de observarla.

—Él y el general Antonio querían derrocar el Senado, chica. Habían reunido un puto ejército e iban a marchar contra su propia capital. Piensa en las muertes que habría habido si no los hubieran capturado antes de que la guerra estallara de verdad. A lo mejor estuvo bien que colgaran a tu padre. A lo mejor se lo merecía.

Los ojos de Mia se ensancharon y tiró hacia atrás su silla de una patada mientras echaba mano al cuchillo que no estaba allí. La furia emergió de nuevo, todo el dolor y la rabia de las últimas veinticuatro horas ardiendo vivos en su interior, la ira que la inundaba tan densa que le hizo temblar los brazos y las piernas.

Y las sombras de la habitación empezaron a temblar también.

*El negro se retorció. A sus pies. Tras sus ojos. Apretó los puños. Habló entre dientes que rechinaban.*

*—Mi padre era un buen hombre. Y no merecía morir como murió.*

*La tetera cayó de la mesa y se estrelló contra el suelo. Las puertas de las alacenas se sacudieron en sus bisagras, las tazas bailaron en sus platitos. Las torres de libros se derrumbaron y se esparcieron por el suelo. La sombra de Mia se extendió hacia la del anciano, arrastrándose a zarpazos por los tablones astillados y haciendo saltar los clavos a su paso. Don Majo cobró forma a sus pies, con el pelo traslúcido erizado, siseando y escupiendo. Mercurio retrocedió por la estancia más deprisa de lo que Mia habría creído posible en un viejo, con las manos levantadas en súplica y el cigarrillo pendiendo de labios secos como el hueso.*

*—Calma, calma, cuervecilla —dijo—. Era solo una prueba, nada más. No pretendía ofenderte.*

*Mientras la vajilla dejaba de temblar y las alacenas callaban, Mia se dejó caer al suelo en pleno combate de lágrimas contra furia. Todo le estaba volviendo de golpe. La visión de su padre balanceándose, los chillidos de su madre, dormir en callejones, el robo y la paliza... todo ello. Demasiado.*

*Demasiado.*

*Don Majo le rodeó los pies, ronroneando y acechando como podría hacer un gato auténtico. La sombra de Mia retrocedió por el suelo y se acumuló en su forma normal, un ápice demasiado oscura para una sola persona. Mercurio la señaló.*

*—¿Desde cuándo te escucha?*

*—¿Qué?*

*—La Oscuridad. ¿Desde cuándo te escucha si la llamas?*

*—No sé qué significa.*

*Se quedó acuclillada, intentando contenerlo todo. Apretarlo y empujarlo*

con fuerza hasta sus zapatos. Le temblaron los hombros. Le dolía la barriga. Y con suavidad, empezó a sollozar.

Oh, Hijas, cómo se odió a sí misma en ese momento...

El anciano metió una mano en su enorme abrigo. Sacó un pañuelo casi limpio y se lo ofreció. Miró cómo se lo arrancaba de la mano y se limpiaba como podía la nariz rota, las odiosas lágrimas de las pestañas. Y por último, se arrodilló en el suelo frente a ella y la miró con ojos tan aguzados y azules como zafiros sin tallar.

—No sé lo que significa nada de esto —susurró ella.

Al anciano le brillaron los ojos al sonreír. Después de un fugaz vistazo al gato hecho de sombras, Mercurio sacó el estilete de la madre de Mia de su abrigo y lo clavó en los tablones entre ellos. El hueso de tumba pulido brilló a la luz de la lámpara.

—¿Te gustaría aprender? —preguntó.

Mia miró el arma y asintió despacio.

—Sí, me gustaría, señor.

—Por aquí no hay ningún señor, cuervecilla. No hay donas ni dones. Solo estamos tú y yo.

Mia se mordió el labio, tentada de echar mano a su hoja y salir por piernas.

Pero ¿adónde iba a ir? ¿Qué iba a hacer?

—¿Cómo debo llamarte, entonces? —preguntó por fin.

—Depende.

—¿De qué?

—De si quieres recuperar lo que es tuyo de quienes te lo arrebataron. De si eres de las que no olvidan y no perdonan. De si quieres comprender por qué la Madre te ha marcado.

Mia le sostuvo la mirada sin parpadear. Su sombra titiló a sus pies.

—¿Y si es así?

—Entonces me llamarás «shahiid». Hasta el giro en que yo te llame «Mia».

—¿Qué significa «shahiid»?

—Es una antigua palabra ashkahi. Significa «honorable maestro».

—¿Cómo me llamarás tú hasta entonces?

Un fino anillo de humo escapó de los labios del anciano al hablar.

—Adivínalo.

—¿Aprendiza?

—Eres más lista de lo que pareces, chica. Es una de las pocas cosas que me gustan de ti.

Mia bajó la mirada a la sombra bajo sus pies. La alzó a la luz de los soles que esperaba al otro lado de los postigos. A Tumba de Dioses. A la Ciudad de los Puentes y los Huesos, que poco a poco se llenaba de los huesos de sus seres queridos. Allí fuera no había nadie que pudiese ayudarla, lo sabía. Y si pretendía liberar a su madre y a su hermano de la Piedra Filosofal, si quería salvarlos de una tumba al lado de la de su padre —suponiendo que lo hubieran enterrado—, si tenía intención de llevar la justicia a quienes habían destruido a su familia...

Bueno, iba a necesitar ayuda, ¿verdad?

—De acuerdo, pues. Shahiid.

Mia extendió el brazo hacia su puñal. Mercurio lo asió antes de que pudiera cogerlo, raudo como el rayo, y lo sostuvo entre ellos. Unos diminutos ojos ambarinos titilaron mirándola en la penumbra.

—No hasta que te lo ganes —dijo él.

—Pero me pertenece —protestó Mia.

—Olvida a la chica que lo tenía todo. Murió al mismo tiempo que su padre.

—*Pero...*

—*Debes empezar por la nada. No poseas nada. No sepas nada. No seas nada.*

—*¿Por qué querría hacer eso?*

*El anciano aplastó el cigarrillo en los tablones, entre ellos.*

*Su sonrisa hizo que ella sonriera también.*

—*Porque entonces puedes hacer cualquier cosa.*

**E**n los años venideros, Mia recordaría la primera vez que vio el Altar del Cielo y comprendería que fue cuando empezó a creer en las divinidades. Sí, Mercurio la había adoctrinado en la religión de la Madre. En la muerte como ofrenda. En la vida como vocación. Y antes de eso, la habían criado como una buena hija devota de Aa. Pero no fue hasta mirar desde aquella terraza cuando aceptó del todo la posibilidad, ni cuando empezó a comprender de verdad dónde estaba.

Naev y otras manos con túnicas los guiaron a Tric y a ella por otra de las (por lo visto inacabables) escaleras de la iglesia. Los veintiocho discípulos habían decidido cenar y el ascenso estuvo acompañado de conversaciones en voz baja, cuya mezcla de acentos recordó a Mia el mercado de la Pequeña Liis. Pero toda la charla cesó cuando el grupo llegó al rellano. Mia intentó recobrar el aliento con una mano apretada contra el pecho. Naev le susurró al oído:

—*Bienvenida al Altar del Cielo.*

La plataforma estaba excavada en la ladera de la montaña, abierta al aire. Había mesas dispuestas en forma de T, y un agradable aroma a carne asándose y pan recién hecho. Y aunque el estómago de Mia gruñó al percibir

la presencia de comida, sus pensamientos estaban centrados por completo en la vista que tenía ante ella.

El suelo sobresalía del flanco de la montaña y una caída de trescientos metros aguardaba al otro lado de la barandilla de jabí. Por debajo se veían los Susurriales, diminutos y perfectos y quietos. Pero encima, donde el cielo debía haber ardido con la luz de los tozudos soles, solo vio oscuridad, negra y completa y perfecta.

Llena de minúsculas estrellas.

—En nombre de la Luz, ¿qué...? —dijo con un hilo de voz.

—De la Luz, no —farfulló Naev—. De la Oscuridad.

—¿Cómo puede ser? La veroscuridad aún tardará al menos otro año en caer.

—Aquí siempre hay veroscuridad.

—Pero eso es imposible...

—Solo si «aquí» es donde ella supone que es. —La mujer levantó los hombros—. No es así.

Llevaron a sus sitios a los discípulos, que seguían mirando boquiabiertos la negrura que tenían encima. Aunque el viento debería estar aullando a aquella altitud, ni la más leve brisa perturbaba la escena. Ni un solo ruido, salvo los bisbiseos de los discípulos y el pulso veloz de la propia Mia.

Se encontró sentada con Tric a su derecha y el chico menudo con los ojos de azul hielo a la izquierda. Enfrente estaban los dos que Mia había supuesto que serían hermanos. La chica llevaba el cabello rubio recogido en trenzas de guerra y rapado por los lados. Tenía la cara bonita y con hoyuelos, algo pecosa. Su hermano tenía el mismo rostro redondo, pero en él no aparecieron hoyuelos porque no sonreía. Su pelo era una maraña de pinchos revueltos. Ambos tenían los ojos tan azules como el cielo despejado y sangre seca en las mejillas de la ceremonia del bautismo.

Mia ya había recibido una amenaza de muerte desde su llegada. Se preguntó si todos los discípulos de aquel año serían sus adversarios o, directamente, sus enemigos.

La chica rubia señaló las mejillas de Mia con su cuchillo.

—Tienes algo en la cara.

—Tú también. —Mia asintió con la cabeza—. Pero el color te queda bien. Te realza los ojos.

La chica resopló y puso media sonrisa.

—Bueno —dijo Mia—, ¿vamos a presentarnos o seguiremos mirándonos toda la comida y ya está?

—Soy Ashlinn Järnheim —repuso la chica—. Ash, para abreviar. Este es mi hermano, Osrik.

—Mia Corvere. Este es Tric —dijo Mia, señalando a Tric con el mentón.

Por su parte, Tric estaba fulminando con la mirada al otro dweymeri, sentado más allá en la mesa. El chico tenía la misma mandíbula cuadrada y la misma frente plana que Tric, pero era más alto y más ancho y, mientras los tatuajes de Tric estaban garabateados sin ningún arte, la cara del otro dweymeri estaba marcada con tinta de exquisita factura. Miraba a Tric igual que un draco blanco mira un cachorro de foca.

—Hola, Tric —dijo Ashlinn, tendiéndole la mano.

El chico la estrechó sin mirarla.

—Un placer.

Ashlinn, Osrik y Mia se quedaron mirando expectantes al chico pálido sentado a la izquierda de Mia. Pero él estaba contemplando el cielo nocturno. Tenía los labios arrugados, como si se sorbiera los dientes. Mia cayó en la cuenta de que era guapo —bueno, «hermoso» seguro que era mejor descripción—, con los pómulos altos y los ojos azules más penetrantes que hubiera visto en la vida. Pero flaco. Con mucho, demasiado flaco.



—Soy Mia —se presentó, ofreciéndole la mano.

El chico parpadeó y desvió la mirada hacia ella. Levantó una tablilla de pizarra de su regazo, escribió con un trozo de tiza y la sostuvo en alto para que Mia la viera.

«CHSS», ponía.

Mia se quedó desconcertada.

—¿Te llamas así?

El chico hermoso asintió con la cabeza y se puso a contemplar de nuevo el cielo sin mediar palabra. No dijo ni mu en toda la comida.

Ashlinn, Osrik y Mia hablaron mientras les servían la comida: caldo de pollo, cordero con mantequilla de limón, verduras asadas y un delicioso tinto itreyano. Ashlinn se hizo cargo de casi toda la conversación; Osrik, por su parte, parecía con más ganas de vigilar la estancia. Los hermanos tenían dieciséis y diecisiete años, Osrik el mayor, y habían llegado cinco giros antes. Su mentor (que también era su padre) les había dado muchas más pistas para encontrar la iglesia que el viejo Mercurio a Mia, por lo que los hermanos habían evitado los monstruos de camino al Monte Apacible. Ashlinn pareció impresionada cuando Mia contó la historia de los krakens de arena. Osrik parecía más impresionado por Jessamine. La pelirroja estaba sentada con sus astutos ojos de loba tres taburetes más abajo, y a Osrik no se lo veía capaz de arrancar la mirada de ella. En cambio, la chica parecía más interesada por el basto chico itreyano que tenía al lado: hablaba con él en voz baja y, de vez en cuando, lanzaba miradas envenenadas a Mia.

Mia sentía otros vistazos furtivos y miradas más prolongadas; aunque algunos lo ocultaban mejor que otros, casi todos los discípulos estaban estudiando a sus compañeros. Chss seguía mirando el cielo y dando cucharadas al caldo como por obligación, sin tocar ningún otro plato.

Mia observó al Sacerdocio entre platos para fijarse en sus interacciones.

Solis, el ciego Shahiid de Canciones, parecía dominar la conversación, aunque por los estallidos de carcajadas que provocaba de vez en cuando, Ratonero, Shahiid de Bolsillos, parecía el más ingenioso. Mataarañas y Aalea, shahiids de Verdades y Máscaras, estaban sentadas tan cerca que se tocaban. Y todos extremaban el respeto a la reverenda madre Drusilla, acallando la conversación cuando hablaba la anciana.

A mitad de la comida, Mia notó que se le empezaban a revolver las tripas. Miró a su alrededor y sintió a Don Majo acurrucarse en su sombra. La reverenda madre se levantó de repente, seguida casi al momento y con la mirada gacha por los miembros del Sacerdocio que la rodeaban.

La madre Drusilla habló, mirando a los discípulos.

—Alzaos todos, por favor.

Mia se puso de pie, frunciendo un poco el ceño. Ashlinn se volvió hacia su hermano y le susurró con algo próximo al fervor.

—Negra Madre, está aquí.

Mia se dio cuenta de que había un hombre de cabello oscuro en la barandilla del Altar del Cielo, contemplando las extensas tierras baldías de abajo... aunque Mia ni por asomo lo había visto entrar en el salón. Notó que su sombra tiritaba, se encogía, que Don Majo se aovillaba a sus pies.

—Mi Señor Casio —dijo Drusilla, haciendo una inclinación—. Nos honráis.

El hombre dio media vuelta y sonrió a la reverenda madre. Era alto y musculoso, e iba vestido de cuero blando oscuro. Su largo cabello negro enmarcaba unos ojos penetrantes y una mandíbula contra la que podríais partiros el puño. Llevaba una pesada capa negra y hojas gemelas al cinto. Del todo a la vista. Del todo mortíferas. Habló con una voz que hizo que a Mia le cosquillearan todos los lugares que no debían.

—No os preocupéis, reverenda madre. —Sus ojos oscuros pasaron por los

nuevos discípulos, que seguían de pie como en posición de firmes—. Tan solo deseaba admirar la vista. ¿Puedo unirme a vos?

—Por supuesto, mi señor.

La reverenda madre dejó su sitio a la cabecera de la mesa del Sacerdocio y los otros shahiids se movieron para acomodarse al recién llegado. Sin dejar de sonreír, el hombre se sentó en el asiento de la madre, silencioso como una puesta de soles. Sus movimientos eran certeros, fluidos como el agua, incluso soltando su capa a un lado para sentarse en la silla de la reverenda madre. El malestar en la tripa de Mia arreció cuando el hombre extraño posó un momento la mirada en ella. Pero cuando Casio levantó una copa de vino, el sortilegio de absoluto silencio que parecía haber lanzado sobre la estancia se deshizo poco a poco. Las manos se afanaron a añadir un servicio a la mesa y el Sacerdocio volvió a sentarse despacio, seguido por los discípulos. Las conversaciones regresaron, cautas al principio y relajándose gradualmente hasta llenar la sala.

Mia se descubrió mirando una y otra vez al misterioso recién llegado durante toda la cena, trazando con los ojos la línea de su mandíbula, su cuello. Estaba segura de que era un efecto de la luz, pero su largo pelo de cuervo parecía casi moverse, y sus ojos brillaban con alguna especie de luz interior.

Mia buscó a Naev, pero la mujer estaba sentada con las demás manos, demasiado alejada.

—Ashlinn —se decidió a susurrar—. ¿Quién es ese?

La chica miró incrédula a Mia. Su hermano, Osrik, enarcó una ceja.

—Por los dientes de las Fauces, Corvere, ese es Casio. El Príncipe Negro. El Señor de las Hojas. El líder de toda la congregación. Tiene más cadáveres a sus espaldas que una necrópolis liisiana.

—¿Qué ha venido a hacer? ¿Es profesor?

—No. —Osrik negó con la cabeza—. No teníamos ni idea de que iba a presentarse.

—Nuestro padre nos dijo que Casio se quedaba lejos de aquí —dijo Ashlinn—. Mantiene muy en secreto sus idas y venidas. Ningún discípulo de la iglesia sabe dónde va a estar hasta que aparece. Solo viene a la montaña para las ceremonias de iniciación, según se dice.

Osrik asintió y miró a los alumnos de alrededor.

—Hay discípulos que solo llegan a verlo una vez en la vida, la noche en que los declara hojas de pleno derecho. Si eres elegida, te ungirá igual que ha hecho hoy la reverenda madre en el bautismo. —El chico señaló la sangre seca de las mejillas de Mia—. Solo que será con su propia sangre, la sangre del Señor de las Hojas. La Mano Derecha de la mismísima Madre.

Mia no lograba apartar la mirada del hombre.

Ashlinn le lanzó una sonrisa con hoyuelos.

—Para ser el líder de una secta de asesinos múltiples, no duele mirarlo, ¿a que no?

Mia se apartó el flequillo de las pestañas, con el corazón en un puño. Ashlinn no estaría...

—Como sigas mirándome así, *koffi* —dijo una voz grave—, te arrancaré esos preciosos ojos.

Mia parpadeó en el repentino silencio y devolvió la atención a su propia mesa. Vio que el chico dweymeri grande estaba hablando con Tric y le leyó el desprecio en los ojos.

Tric se puso de pie, con el cuchillo para la carne apretado en la mano.

—¿Qué me has llamado, hijo de puta?

—¿Tú me llamas hijo de puta a mí? —El dweymeri grandote se echó a reír—. Mi nombre es Llamariadas, tercer hijo de Correlluvias, del clan

Lanzademar. ¿Cuál es tu clan, *koffi*? ¿Tu padre llegó a decirle siquiera cómo se llamaba a tu madre, cuando terminó de limpiarse su peste de la polla?

Tric palideció y tensó la mandíbula.

—Eres un puto hombre muerto —siseó.

Mia intentó contenerlo con una mano en su brazo, pero Tric se zafó y se arrojó hacia el cuello de Llamarriadas. El chico más grande se levantó y saltó sobre la mesa, derribando platos, copas, a Mia y a Chss en su ansia por llegar hasta Tric. Mia cayó con un reniego y un estrépito de vajilla rota, y su hombro dio contra el chico pálido y le sacó todo el aire del pecho con una lluvia de saliva.

Llamarriadas atrapó a Tric en un abrazo de oso mientras caían al suelo, entre la cerámica y el cristal rotos. Pesaría unos cuarenta kilos más que Tric, y debía de ser con mucho la persona más fuerte de las presentes. Era incluso más corpulento que el Shahiid de Canciones, que volvió sus ojos ciegos hacia la pelea y bramó:

—¡Chicos, ya basta!

Pero los chicos no le hicieron caso y siguieron sacudiéndose y dándose puñetazos y escupiendo. Tric logró dar un buen golpe a la cara de Llamarriadas que le aplastó los labios contra los dientes. Pero Mia se quedó pasmada por la facilidad con que el gran dweymeri dominó a Tric, dándole la vuelta y lanzando golpe tras golpe a sus costillas, seguidos de unos cuantos más a su mandíbula. Los discípulos hicieron círculo en torno a la lucha, pero ninguno hizo ademán de ayudar. Mia se desenredó de Chss y estaba a punto de intervenir cuando vio que el shahiid Solis apartaba su silla y se dirigía a zancadas hacia la pelea.

Aunque el hombre parecía ciego del todo, se movía con rapidez y seguridad. Cerró una mano sobre el hombro de Llamarriadas y le soltó un gancho que debió de ser como un yunque contra la mandíbula del chico,

porque lo dejó despatarrado a cierta distancia en el suelo. Tric intentó levantarse, pero Solis hundió su bota en la tripa del chico, dejándolo sin aliento y sin ganas de pelear de un solo golpe. El shahiid se volvió hacia Llamarriadas y dio al dweymeri un terrible pisotón en los huevos que hizo que se encogiera y gimoteara.

En tan solo un puñado de latidos, el shahiid los había apaleado como a cachorros desobedientes, sin apartar su pálida y ciega mirada del cielo en todo el tiempo.

—Qué comportamiento más deplorable —gruñó, asiendo a los dos chicos doloridos por los cogotes—. Si vais a pelear como perros, podéis comer fuera con los demás.

El Shahiid de Canciones arrastró a Tric y Llamarriadas al borde de la plataforma. Los agarró a los dos del cuello y los empujó contra la barandilla, tras la que había una caída de trescientos metros. Los dos chicos estaban asfixiados y daban manotazos a los brazos del shahiid. Los ojos del hombre no mostraron la menor piedad ante ellos, que estaban a solo un latido de morir contra las rocas de abajo. Mia ya tenía la mano en su daga cuando la reverenda madre dijo:

—Ya basta, Solis.

El hombre echó la cabeza a un lado y volvió sus ojos lechosos hacia el sonido de su voz.

—Reverenda madre —dijo.

Llamarriadas y Tric cayeron al suelo, inhalando sonoras bocanadas. La propia Mia apenas podía respirar. Buscó a Casio y descubrió que había desaparecido, que solo quedaba una silla vacía donde el Señor de las Hojas había estado sentado un momento antes. De nuevo, Mia ni por asomo lo había visto moverse. La madre Drusilla salió de detrás de su mesa y fue hacia donde los chicos seguían en el suelo, tosiendo y escupiendo.

—Oh, recuerdo bien lo que era ser joven. Siempre había algo que demostrar. Y los chicos, chicos son, dicen. —Se arrodilló y tocó la mejilla ensangrentada de Tric. Alisó las rastas saladas de Llamarriadas—. Pero vosotros ya no sois chicos. Sois siervos de la Madre, ofrendados a su iglesia. Sois asesinos, uno y todos. Y espero que os comportéis como tales. —Alzó la mirada hacia los discípulos reunidos—. Esta noche se ha sentado un muy mal ejemplo.

La madre Drusilla ayudó a levantarse a los dos dweymeri que sangraban, y su fachada maternal se evaporó durante un momento al hablar, con una voz que rezumaba hasta el último de sus ochenta y tres asesinatos.

—La próxima vez que vosotros dos os rebajéis a enzarzaros como chicos en un callejón, me encargaré de que dejéis de ser chicos el resto de vuestra vida. ¿Entendido?

Mia vio cómo los dos dweymeri se encogían, mirándose los pies. Y cuando hablaron a la vez, como chiquillos ante la regañina de sus padres, le costó horrores contener una risita.

—Sí, reverenda madre —dijeron.

—Bien. —La sonrisa maternal volvió como si nunca hubiera desaparecido, y Drusilla paseó unos ojos amables por los discípulos—. Creo que podemos dar por terminada la cena. Retiraos todos a vuestros dormitorios. Las clases empiezan mañana.

El grupo se disgregó poco a poco y enfiló por la escalera. Cuando Mia fue con Tric para mirarle el corte sangriento que tenía sobre la ceja, vio que Jessamine la miraba, con los labios torcidos en una sonrisa burlona. Llamarriadas salió cojeando pero sin dejar de mirar furibundo a Tric. Ashlinn hizo un gesto de despedida con la cabeza a Mia y empezó a bajar los peldaños de dos en dos. Mia miró por última vez al lugar que había abandonado Casio.

«Mano Derecha de la mismísima Madre...»

No abrió la boca en todo el camino hacia los dormitorios, pero estaba cada vez más enfadada. ¿Por qué había saltado Tric con tanta facilidad? ¿Dónde se había metido el chico callado que había soportado las burlas en la sala común del Viejo Imperial? Había perdido los estribos delante del señor de la congregación entera. En su primera tarde allí. Su arrebató podría haberle valido la muerte. Aquel no era un lugar que perdonara los fallos.

Al final, perdió los nervios justo delante de su puerta.

—¿Te has vuelto loco? —siseó Mia, tan fuerte como se atrevió—. ¿Qué era todo eso?

—«¿Cómo tienes las costillas, Tric?» —replicó él—. «No he podido evitar fijarme en que te han dado una buena paliza.» Ah, estoy bien, Hija Pálida, muchísimas gracias por...

—¿Y qué esperabas? Es nuestro primer giro dentro de estas paredes y ya has cabreado al shahiid Solis y quizá también al asesino más temido de toda la República Itreyana. Eso por no mencionar al compañero discípulo que quiere asesinarte.

—Me ha llamado *koffi*, Mia. Suerte tiene de que no le haya hundido el cráneo.

—¿Qué es *koffi*?

—Da lo mismo. —Arrancó su brazo de manos de Mia—. Olvídalo.

—Tric...

—Estoy cansado. Nos veremos por la mañana.

El chico se marchó, dejando a Mia sola con Naev. La mujer la observaba con ojos oscuros y cautelosos, que rondaban como una polilla en torno a una llama negra. Mia tenía el entrecejo arrugado y la mirada fija en el puzle a medio terminar que tenía delante.

—Por casualidad no hablarás *dweymeri*, ¿verdad? —preguntó.



—No. Pero Naev está segura de que hay tomos para su traducción en el *athenaeum*.

Mia se mordió el labio. Visualizó su cama, con sus montañas de almohadas y su suave piel.

—¿Está abierto tan tarde?

—Aquí la biblioteca siempre está abierta. Pero acudir sin invitación...

—¿Puedes llevarme, por favor?

Los oscuros ojos de la mujer relucieron.

—Como ella desee.

Escaleras y arcos. Arcos y escaleras. Mia y Naev anduvieron durante lo que les pareció una eternidad, sin nada más que piedra oscura por compañía. La chica empezó a arrepentirse de no haberse ido a la cama, porque acusaba la travesía desde Última Esperanza y se sentía cada vez más agotada. Se desubicó varias veces en pasillos y escaleras que a Mia se le antojaron todos iguales, y comenzó a sentirse perdida sin remedio.

—¿Cómo lo haces para no desorientarte aquí dentro? —preguntó.

La mujer pasó un dedo por las tallas en espiral de las paredes.

—Naev lee.

Mia tocó la piedra helada.

—¿Esto son palabras?

—Más que eso. Son un poema. Una canción.

—¿De qué trata?

—De encontrar el camino en la oscuridad.

—Yo me conformo con encontrar la biblioteca. Mis ojos están a punto de irse a la cama sin mí.

—Menos mal, pues, que ya estamos.

Al final del pasadizo había una enorme puerta doble. Era de madera oscura, tallada con el mismo motivo fluido que las paredes. Mia reparó en

que no había pomos y las puertas debían de pesar una tonelada cada una. Pero Naev las abrió hacia dentro sin ningún esfuerzo y las bisagras apenas susurraron al abrirse de par en par.

Mia entró y, por tercera vez aquel giro, sintió que sus pulmones se despedían del aire. Estaba en un entrepiso desde el que se dominaba un bosque oscuro, una arboleda de estanterías ornamentadas dispuestas como en un laberinto de jardín. Y en cada estante había libros. Montones de libros. Montañas de libros. Océanos y más océanos de libros. Libros de vitela manchada y de reciente papiro. Libros encuadernados en cuero y madera y hojas, libros bajo llave y libros polvorientos, libros tan gruesos como su cintura y tan finos como su puño. A Mia se le iluminaron los ojos y clavó las uñas en la barandilla de madera.

—Naev, no dejes que baje ahí —susurró.

—¿Por qué no?

—Porque nunca volverías a verme.

—Jamás se dijo mayor verdad —intervino una voz rasposa—, dependiendo del pasillo que elijáis.

Mia se volvió hacia la voz, que pertenecía a un arrugado liisiano que estaba apoyado contra la barandilla del fondo. Iba vestido con calzas y un chaleco desaliñado. Llevaba unos anteojos increíblemente gruesos equilibrados sobre una nariz ganchuda y dos mechones de canas asomando de una cabeza casi calva, como si no tuvieran claro qué ruta de huida seguir. Estaba inclinado como un signo de interrogación. Le colgaba un cigarrillo de la boca y tenía otro detrás de la oreja. Parecía tener unos siete mil cuatrocientos cincuenta y dos años.

Estaba al lado de un carrito de madera en el que podía leerse la palabra DEVOLUCIONES.

—¿Eso es buena idea? —preguntó Mia.

—¿El qué? —dijo el anciano, sorprendido.

—Esto es una biblioteca. En una puta biblioteca no se puede fumar.

—Ay, mierda.

El anciano cogió su cigarrillo, lo contempló un instante y se lo devolvió a la boca.

—¿Y si se prenden fuego los libros? —preguntó Mia.

—Ay, mieceerda —dijo el anciano, exhalando una nube que hizo cosquillar la lengua de Mia.

—Bueno, pues... ¿me das uno, entonces?

—¿Un qué?

—Un cigarrillo.

—¿Estás tonta? —El hombre la escrutó a través de sus improbables lentes—. En una puta biblioteca no se puede fumar. ¿Y si se prenden fuego los libros?

Mia enganchó los pulgares en su cinturón e inclinó la cabeza a un lado.

—Ay, mieceerda.

El anciano cogió el cigarrillo que llevaba detrás de la oreja, lo encendió con el suyo y se lo ofreció a la chica. Mia sonrió, dio una calada al humo con aroma a fresa y se lamió los labios, encantada con el papel azucarado. Naev hizo un gesto hacia el anciano.

—Naev le presenta al cronista Aelio, custodio del *athenaeum*.

—¿Está bueno? —quiso saber el anciano.

—Está bueno —asintió Mia.

—Espléndido.

Naev tosió en el humo cada vez más denso.

—Cronista, ella busca la traducción de una palabra *dweymeri*. Querría un libro sobre el tema. ¿Tiene él alguno?

—Tengo muchos, sin duda. Pero si es una palabra la que la discípula desea

conocer, a buen seguro que podré ahorrarme buscar nada y decirla yo mismo aquí.

—¿Habláis dweymeri? —preguntó Mia.

—Si existe un idioma hablado bajo los soles del que no tenga conocimiento, puedes arrancarme los ojos y usarlos de canicas, chavala.[52]

—Bueno, por mucho que pudiera atraerme la idea de recorrer esos pasillos cualquier otro giro, mi adorable cama de piel me llama, buen cronista. —Mia dio una profunda calada—. De modo que, si pudierais proporcionarme un significado además de este excelente cigarrillo, estaría doblemente en deuda con vos.

—Di la palabra.

—*Koffi*.

—Uf. —El hombre hizo una mueca de dolor—. ¿Quién te la ha dicho?

—Nadie.

—Bien está. Un momento, no se lo dirías tú a otra persona, ¿verdad?

—Todavía no.

—Ni lo hagas. Viene a ser el peor insulto que se le puede hacer a un dweymeri.

—¿Qué significa?

—¿Así, a grandes rasgos? «Hijo de una violación.» —El anciano dio una calada—. Los peores piratas dweymeri tienen costumbre de... aprovecharse de la gente a la que apresan. Un *koffi* es el producto de tal maldad. Un mestizo. El hijo bastardo de una madre obligada.

—Por los dientes de las Fauces —susurró Mia—. No me extraña que Tric haya querido matarlo.

Aelio aplastó su cigarrillo contra la pared y se metió la colilla apagada en el bolsillo.

—¿Es todo lo que necesitabas? ¿Una palabra?

—De momento.

—Bueno, pues me marchó. Tantos libros y tan pocos siglos...

—Os lo agradezco, cronista Aelio.

—Buena suerte con las lecciones de canto mañana.

Mia frunció el ceño y se quedó mirando su espalda encorvada mientras el anciano se retiraba. Apagó también su cigarrillo y miró a Naev.

—A la cama, si eres tan amable de dirigirme.

—Por supuesto.

La mujer guio a Mia de vuelta por el enrevesado laberinto. Las ventanas de cristal iluminaban algunas zonas con luz arkímica. Mia habría jurado que estaban volviendo por un camino distinto al de ida. O eso, o las paredes se movían. Su mente daba vueltas como un mekkenismo.

¿Era cierto lo que había dicho Llamarriadas? ¿No sería posible que los padres de Tric se hubieran amado, aunque tuvieran pieles distintas? Mia no podía quitarse de la cabeza el ansia asesina que había en los ojos de Tric. ¿Se habría ofendido tanto si no hubiera habido algo de verdad tras el insulto?

Mia dudó si hablar de ello con Tric. No quería pasar sus nuncanoches preocupada por el cuchillo que esperaba al dweymeri en la oscuridad, pero ese chico era más tozudo que un carro lleno de mulas. Ya tendría suficiente trabajo cuidándose de Jessamine. Tric no tenía los mismos no-ojos en la nuca que Mia, y Llamarriadas ya había demostrado que podía barrer el suelo con él, si se enfrentaban uno contra otro.

Como el chico no tuviera cuidado, terminaría enterrado en aquel sitio.

De modo que podréis imaginar la sorpresa de Mia cuando, a la mañana siguiente, encontraron a Llamarriadas tendido a la sombra de la estatua de Niah. A su alrededor se enfriaba un charco de sangre entre los nombres tallados en el suelo.

Tenía la garganta rajada de oreja a oreja.

# libro 2

HIERRO O CRISTAL

# CAPÍTULO 10

## CANCIÓN

Había veintisiete discípulos en el Salón de las Elegías.

Uno menos que el giro anterior.

Mia los miró uno por uno, dudosa. Jessamine con su pelo rojo y sus ojos de cazadora. Un chico fornido y de piel aceitunada con una oreja menos y las uñas mordidas. Una chica delgada con el cabello negro corto y una marca de esclava en la mejilla, que se cimbreaba como una serpiente. Un chico de Vaan poco agraciado con las manos tatuadas, que parecía estar siempre hablando solo. Mia aún no había asignado nombres a todas las caras. Pero, aunque la mayoría seguían siendo desconocidos para ella, sabía una cosa de todos los discípulos que la rodeaban.

«Asesinos, todos.»

La estatua de la Madre de la Noche se alzaba sobre ellos, mirándolos con ojos inclementes. El rumor había corrido entre los discípulos mientras iban hacia el salón antes de la mañanera. Había dos manos de rodillas, limpiando la piedra a los pies de la diosa con cepillos de crin. El agua de su cubo tenía un leve y traslúcido tono rojizo.

El cuerpo de Llamarriadas no estaba a la vista.

Ashlinn se acercó a Mia y le habló en voz baja, sin dejar de mirar al frente.

—¿Sabes algo de lo del chico dweymeri?

—Un poco.

—Un tajo limpio en la garganta, dicen.

—Eso había oído.

Tric, que estaba a la derecha de Mia, no abrió la boca. Mia miró a su amigo, buscando alguna señal de culpabilidad en sus rasgos. Tric era sin duda un asesino... pero todos en aquel salón lo eran. Que él y Llamarriadas se hubieran peleado el giro anterior no lo situaba el primero en la lista de sospechosos. La madre Drusilla tendría que considerarlo muy tonto para asesinar a Llamarriadas teniendo un móvil tan evidente...

—¿Crees que el Sacerdocio lo investigará? —preguntó Mia.

—Ya oíste lo que dijo la madre Drusilla. «Sois asesinos, uno y todos. Y espero que os comportéis como tales.» —Ashlinn lanzó una mirada a Tric—. Puede que alguien se lo tomara al pie de la letra.

—Discípulos.

Las chicas alzaron la mirada y vieron a la reverenda madre Drusilla, con el pelo entrecano suelto y los dedos entrelazados. Había llegado sin el menor ruido, en apariencia salida de las mismas sombras. La anciana siguió hablando y su voz resonó en la penumbra.

—Antes de empezar las clases, tengo un anuncio que hacer. Estoy segura de que todos os habréis enterado ya del asesinato de vuestro compañero discípulo ayer, en este mismo salón. —Drusilla echó un vistazo rápido a la mancha húmeda de la piedra, aún en trabajoso proceso de limpieza—. El fin de Llamarriadas es de lo más lamentable, y el Sacerdocio llevará a cabo una investigación exhaustiva. Si tenéis cualquier información, llevadla a mis aposentos antes del final del giro. Nos hallamos en la Iglesia de Nuestra Señora del Bendito Asesinato, y las vidas de sus discípulos le pertenecen a ella, no a vosotros. Ya se haya cometido este fin como acto de venganza, por



resentimiento o por un simple cálculo a sangre fría, el culpable recibirá un castigo adecuado.

Mia estuvo segura de que la mirada de la anciana se había detenido un momento en Tric al pronunciar la palabra «venganza». Miró a su amigo, pero la cara del chico se mantuvo inexpresiva.

—En cualquier caso —siguió diciendo Drusilla—, mientras siga en marcha la investigación, todos los discípulos tendrán prohibido salir de sus habitaciones después de la novena campanada. Vuestros shahiids podrán concederos una dispensa especial por motivos de entrenamiento y estudio, pero no se podrá vagar sin objeto por los pasillos bajo ningún concepto. Quienes incumplan esta prohibición recibirán un castigo severo.

La madre Drusilla permitió que sus ojos se posaran en cada uno de los discípulos. Mia se preguntó en qué consistiría el «castigo severo» de una grey de fanáticos asesinos.

—Y ahora —dijo Drusilla—, dirigíos al Salón de las Canciones y esperad en silencio al shahiid Solis.

La mujer desapareció entre las sombras con un remolino de su túnica negra.

Los murmullos invadieron la hilera de discípulos. La chica con la marca de esclava estaba mirando fijamente a Tric. El chico de piel aceitunada se tiraba de la protuberancia de carne que tenía por oreja y también miraba al dweymeri con los ojos entrecerrados. Tric no les hizo ningún caso y caminó tras las manos que parecían escoltarlos. Después de un cansado ascenso hasta lo que bien podría haber sido la cima de la montaña, Mia y sus compañeros llegaron al Salón de las Canciones.

No tenía ni idea de por qué llamaban así a la estancia, aunque sospechaba que no tendría nada que ver con la acústica.<sup>[53]</sup> Había una ventana de cristal tintado en el techo que arrojaba un foco de brillante luz dorada al centro del

salón. Era un espacio enorme, de límites sumidos en la sombra, aunque Mia entrevió los mismos diseños espirales en las paredes. Olía a sangre vieja, sudor, aceite y acero. Había maniqués de entrenamiento, dianas de arquería y aparatos de ejercicio en ordenadas hileras. El suelo era de granito negro y tenía un círculo tallado en el mismo centro, lo bastante grande para albergar a cuarenta hombres uno al lado del otro. Los discípulos se situaron a su alrededor y, como les habían ordenado, casi todos se quedaron esperando en silencio su primera lección.

Ashlinn se puso a la izquierda de Mia y empezó a susurrar antes de que hubieran transcurrido diez segundos.

—Toque de queda a la novena campanada. ¿Te lo puedes creer?

Mia miró a su alrededor antes de responder.

—Tampoco es que vaya a haber mucho que hacer por aquí en las horas de oscuridad, de todos modos.

La chica sonrió de oreja a oreja.

—Oh, Corvere, qué poco sabes.

—Entonces, ¿por qué...?

—Se os ha ordenado esperar en silencio.

Una voz profunda retumbó por todo el Salón de las Canciones, rebotando en las paredes ocultas. Mia no oyó pasos, pero el shahiid Solis apareció de entre las sombras detrás de ella, con las manos cogidas a la espalda. El hombre la rozó al pasar y Mia pensó que de cerca impresionaba incluso más, con sus amplios hombros y sus ojos blancos de fantasma. Llevaba una suave túnica negra y la misma vaina vacía al cinto. Y aun así, se desplazaba con una elegancia silenciosa, como escuchando una melodía que nadie más que él oía.

—Una hoja de la Madre debe ser silenciosa como la luz de las estrellas en la mejilla de un bebé dormido —dijo entrando en el círculo—. Una vez estuve escondido en el Gran Athenaeum de Elai durante siete giros,

esperando a que se presentara mi ofrenda, y ni siquiera los libros supieron que estaba allí.[54] —Se volvió hacia Mia y Ashlinn—. Y vosotras dos no podéis quedaros calladas ni un puñado de latidos.

—Disculpas, shahiid —dijo Ashlinn con una inclinación.

—Tres vueltas de escalera para ti, chica. Abajo y arriba. Ya.

Ashlinn se quedó quieta, indecisa. El shahiid la miró y aquellos ojos ciegos que tenía parecieron taladrarle el cráneo.

—Seis vueltas, pues. La cantidad se duplicará cada vez que tenga que repetirme.

Ashlinn se inclinó y, con otra disculpa, salió del salón. Solis se volvió hacia Mia, clavando sus ojos incoloros por encima de su hombro. Mia se dio cuenta de que el hombre no parpadeaba nunca.

—¿Y tú, chica? ¿Tienes algo que decir?

Mia se quedó callada.

—¿Y bien? —El shahiid se acercó hasta casi tocarla—. ¡Respóndeme!

Mia mantuvo la mirada en el suelo y la voz firme.

—Disculpas, shahiid, pero con todo el respeto, creo que cualquier cosa que diga se tomará como una nueva infracción del silencio que exigís y me supondrá un castigo más grave.

Los labios del hombretón se torcieron en una leve sonrisa.

—Conque tenemos a una chica lista, ¿eh?

—Si fuese lista, no me habríais pillado hablando, shahiid.

—Qué pena, pues. Hay bien poco más en ti digno de mención. —Solis señaló la escalera—. Tres vueltas. Abajo y arriba. Ya.

Mia se inclinó y salió del salón sin decir nada más.

Estiró las piernas en el rellano e inició el descenso, contando mentalmente los escalones.[55] Se preguntó cómo sabría Solis si Mia tenía o no algo digno de mención, porque esos ojos suyos eran tan ciegos como un chico

enamorado, habría apostado la vida, pero el shahiid se comportaba como si viese igual de bien que ella. A mitad de la segunda vuelta ya había dejado de pensar en el shahiid y estaba concentrada del todo en subir la escalera. Al llegar por tercera vez al rellano, tenía las piernas hechas gelatina, y de nuevo agradeció en silencio a su viejo maestro todas las veces que la había castigado con la escalera en Tumba de Dioses. Casi deseó haberse portado peor.

Ashlinn, a quien Mia había rebasado en los últimos quince metros, llegó al rellano empapada en sudor y le guiñó el ojo cuando hizo un alto para recobrar el aliento.

—Lo siento, Corvere —dijo entre jadeos—. Mi padre me había advertido sobre Solis. Tendría que haberlo sabido.

—No es nada grave. —Mia sonrió.

—Espera a ver. A mí aún me quedan tres vueltas. —Ashlinn sonrió—. Nos vemos dentro.

Mia regresó al salón con las manos apoyadas en las caderas, a tiempo de ver al compinche de Jessamine, el discípulo itreyano alto de los puños como mazas, entrando en el círculo con el shahiid Solis. Vio a otros seis discípulos, entre ellos Jessamine, el chico pálido que se había llamado a sí mismo Chss y la chica de la marca de esclava, sentados en sus lugares del círculo, sudados y sin aliento. Todos sangraban por pequeños rasguños en la mejilla.

Solis estaba de pie en el centro del círculo. Mia vio que se había quitado la túnica negra e iba vestido de flexible cuero de color marrón dorado por debajo. Se fijó en que tenía una serie de pequeñas cicatrices en un antebrazo enorme, treinta y seis en total. Seguía llevando la vaina vacía a un lado, pero iba armado con un gladio de doble filo, un arma ideal para el combate próximo.

Habían sacado rodando de la oscuridad decenas de aparadores, rebosantes

de todos los tipos de armas que Mia pudiera imaginar. Espadas y cuchillos, martillos y mazas y, por los dientes de las Fauces, hasta putas alabardas. Todo liso, sin adornos y perfecta, hermosamente letal.

La mirada ciega de Solis estaba fija en el suelo.

—¿Cómo te llamas, chico?

El basto chico itreyano respondió después de hacer una inclinación.

—Diamo, shahiid.

—¿Estás versado en la canción de la hoja, pequeño Diamo?

—Me sé un par de melodías.

—Canta para mí, pues.

Mientras Mia ocupaba su lugar en el círculo, Diamo se dirigió a los aparadores con armas. Eligió una espada larga, de más de metro y medio, que zumbó al hendir el aire cuando dio un golpe de prueba. Mia asintió para sus adentros. El chico había elegido una buena arma para contrarrestar la hoja corta de Solis, por lo que al menos comprendía los conceptos básicos. Su mayor alcance le dejaría espacio para maniobrar.

Diamo se puso en guardia frente a Solis e hizo otra inclinación. El shahiid tenía su arma hacia abajo y la cabeza inclinada, en apariencia sin la guardia alzada.

—No oigo ninguna melodía, chico.

Diamo levantó su espada y embistió. Fue un buen golpe, un amplio arco que habría abierto el cuello del shahiid si este no hubiera reaccionado. Pero ante la mirada atónita de Mia, Solis dio un paso adelante y desvió el golpe. Lanzó una retahíla de tajos a Diamo que obligaron al chico a retomar su postura de guardia, parando a duras penas ataques a su cabeza, cuello, pecho, vientre. El acero cantó contra el acero y su melodía resonó por todo el salón mientras los besos de las hojas hacían saltar chispas. Solis tenía el rostro sereno como el de un niño dormido y la mirada ciega fija en el suelo. Pero su

ferocidad era aterradora, su velocidad formidable. El lance duró unos instantes más porque Solis permitió al chico que intentara unos pocos y meritorios ataques, aunque los rechazó todos. Y por fin, mientras Mia miraba embelesada, Diamo perdió el agarre de su espada y el filo de Solis cayó con suavidad en la muñeca sudada del chico.

Sucedió tan deprisa que Mia apenas entrevió el movimiento del hombre.

Diamo tensó el gesto cuando la hoja le hizo sangre, solo un minúsculo rasguño para que no olvidara la aplastante derrota. Y Solis se volvió de espaldas y bajó la punta de su arma hacia el suelo de nuevo.

—Un espectáculo lamentable.

—Disculpas, shahiid.

Solis suspiró mientras Diamo regresaba a su lugar al borde del círculo.

—¿Acaso no hay nadie aquí que se sepa la canción?

—Yo sé entonar una melodía.

Mia sonrió al oír hablar a Tric. Tenía el ojo morado de su pelea con Llamarriadas, pero parecía tener ánimo combativo pese a que Solis había estado a punto de tirarlo del Altar del Cielo en la tardera. Se quitó la túnica, revelando el cuero oscuro y el jubón de manga corta que llevaba debajo. Mia se descubrió admirando las líneas de los músculos en su brazo, la tersura morena de su piel. Recordó el combate que habían librado fuera de la montaña, las imágenes de lujuria y violencia entremezcladas. Se lamió los labios secos.

—Ah, nuestro joven mestizo. —Solis asintió con la cabeza—. Supe todo lo que necesitaba de tu destreza ayer, pero ven, cachorro, ven. —Hizo un gesto con la mano—. Quiero ver cómo gruñes.

Mia se alegró de ver que Tric parecía haber aprendido de la azotaina recibida, porque encajó el insulto sin inmutarse. Escogió una cimitarra de los aparadores y entró en la luz dorada. Solis de nuevo se quedó inmóvil, con su

arma hacia el suelo mientras Tric se aproximaba. Pero aunque el dweymeri tenía una técnica mortífera y sus golpes eran rápidos y certeros, el lance resultó una repetición del de Diamo. Tric terminó desarmado, sin aliento y sangrando de un corte reciente en la mejilla.

Solis le dio la espalda, meneando la cabeza a los lados.

—Penoso. Nunca había tenido una grey peor que esta. ¿Qué os hicieron estudiar vuestros maestros antes de enviaros aquí, costura y repostería? —Paseó su mirada ciega por el círculo—. Las mejores hojas no necesitan acero en absoluto. Pero aun así, se espera que todos y cada uno de vosotros seáis capaces de partir la luz en seis antes de abandonar estos muros. —Suspiró—. Y no creo que ninguno podáis cortar siquiera una rebanada de puto pan de centeno. —Señaló hacia los aparadores de armas—. Coged cada uno un puñal y formad delante de mí. Empezaremos por el principio.

—Shahiid —dijo Mia.

—Ah. Ha vuelto la parlanchina. Me preguntaba qué sería ese aroma.

—... *mia, no lo hagas...*

—Shahiid, a mí aún no me habéis oído cantar.

—Resérvate para las lecciones de la shahiid Aalea, chica. De ti ya sé todo lo que necesito.

Mia entró en el círculo.

—Me gustaría probar de todos modos.

Solis echó a un lado la cabeza hasta que su cuello dio un chasquido audible. Se sorbió la nariz.

—Que sea rápido, pues.

Mia fue hacia las armas y escogió un par de cuchillos largos, curvados al estilo liisiano. Aunque no parecían gran cosa, tenían un equilibrio y un filo perfectos. Eran las armas más rápidas del aparador, ligeras y finas. Pero eran

más cortas que la espada de Solis y útiles solo a distancia muy corta. Mientras Mia regresaba al círculo, el shahiid soltó una risita.

—Te enfrentas a un oponente con un gladio y eliges dagas para cantar. ¿Segura que te sabes la letra, chica?

Mia no respondió. Adelantó un pie, adoptó una postura zurda e hizo tablear los dedos en las empuñaduras de sus cuchillos. El cristal tintado de arriba arrojaba un charco oscuro a sus pies. Notó a Don Majo enroscado en su interior, bebiéndose el miedo de Mia a grandes tragos. Y sin esperar a que llegaran más insultos, alcanzó la sombra de Solis y tiró.

Aunque había manipulado mil veces la Oscuridad, no recordaba que hubiera sido así jamás. Quizá fuese porque en aquel lugar no había soles, pero allí su fuerza parecía incrementarse, la penumbra parecía más fácil de doblegar. En lugar de envolver los pies del shahiid con su propia sombra, Mia se limitó a usar la de él, incrustándola en las suelas de sus botas. Nadie del salón podría haber sabido lo que estaba haciendo. Ni la menor ondulación alteró el negro en torno a los pies del shahiid, y sin embargo, cuando intentó mover los pies, el ciego descubrió que sus botas estaban pegadas con fuerza al suelo.

Los ojos de Solis se ensancharon mientras Mia atacaba con un arco sibilante apuntado directo a su garganta. Lo bloqueó apartando la mano derecha de Mia de un golpe y enviando su cuchillo dando vueltas por el círculo. Pero con una rapidez que habría envidiado una polilla dragón, la chica hizo una pirueta que le revolvió el pelo, atacó con la mano izquierda e hizo un corte diminuto en la mejilla del shahiid.

Los discípulos reunidos dieron un respingo. Una gota de sangre se deslizó por la cara de Solis. Tric dio un grito triunfal. Durante un segundo, Mia sonrió de oreja a oreja, llena de la ufana satisfacción de haber hecho sangre a aquel cabrón condescendiente.



Pero solo durante un segundo.

Solis le agarró la muñeca izquierda como una tenaza de hierro y la retorció hacia atrás. Dio un espadazo a sus botas y envió dos hebillas cantando a la oscuridad. Y con las suelas aún pegadas al suelo, levantó los pies y rodó en el aire por encima de la cabeza de Mia. Se posó en la piedra detrás de ella y reforzó su presa en la muñeca de la chica.

Mia gritó mientras él giraba, doblándola por la cintura y extendiendo su brazo hasta el límite. Su codo chilló y su hombro amenazó con dislocarse del todo.

—Chica lista —dijo Solis, con un doloroso giro al brazo de Mia—. Pero esto es el Salón de las Canciones, pequeña, no el Salón de las Sombras. —La miró con aquellos ojos ciegos e implacables—. Y no he pedido oír cantar a mi sombra.

Solis alzó su hoja, aferrada con una fuerza que le emblanqueció los nudillos. Y haciéndola caer como el trueno de los cielos, entre los atroces chillidos de Mia, golpeó

una

dos

tres veces

y amputó el brazo de la chica por el codo.

# CAPÍTULO 11

## RECOMPUESTA

Sangre. Dolor. Negrura.

Era todo lo que Mia recordaba de los momentos que siguieron a que Solis se cobrara su brazo. El dolor había sido ardiente y cegador, burbujeando desde su estómago junto al vómito y los aullidos. Había caído sobre ella una penumbra, dulce y negra y llena de susurros, con la voz de Don Majo en algún lugar distante, mezclada con otras que no conocía.

—... *aguanta, mia...*

—Oh, Solis, pobre Solis. Con solo que tu madre te hubiera amado más...

—Qué estropicio. ¿Estás seguro de que la joven compensa el dolor?

—Drusilla así lo estima. Fuera de que su rostro me agrada.

—... *mia, quédate conmigo...*

—Tamaña dolencia puede hallar remiendo en las yemas de mis dedos. Sólido y certero.

—Compórtate, hermana amada, hermana mía.

—Oh, qué retrato podría pintar en tal lienzo. Qué horror podría regalar al mundo.

—... *no te dejes ir...*

Mia despertó chillando.

Luz arkímica en los ojos. Correas de cuero reteniéndola con firmeza. Se

retorció contra sus ataduras y sintió unas manos suaves, una voz dulce que le pedía «calma, calma, dulce niña», y elevó la mirada hacia un rostro que lograría colarse en sus ensoñaciones diurnas.

Un hombre. Alto y delgado y blanquecino como un cadáver recién desangrado. Tenía los ojos rosados y su piel parecía de mármol, con una sutil tracería azul de venas debajo. Pelo cepillado hacia atrás, blanco como la nieve invernal, y una túnica de seda abierta que dejaba ver un pecho liso y duro. Era la clase de belleza que difuminaba el mundo a su alrededor. Pero era una belleza fría. Exangüe. La suya era la hermosura de un recién suicidado, tendido en un ataúd de pino nuevo. La clase de hermosura que se sabe que se echará a perder después de un par de horas enterrada.

—No te muevas, mi dulce niña —dijo el hombre—. Estás libre de peligro, y sana, y completa de nuevo.

Mia recordó la espada de Solis, la agonía de que le separara el brazo del cuerpo. Pero mirando más allá de las correas de cuero y las hebillas que le ceñían el bíceps, vio su brazo izquierdo, negro y azul y palpitante de dolor, de algún modo unido otra vez a su codo. Tragó saliva, combatiendo una náusea repentina y notando el aire demasiado tenue para respirarlo.

—Mi brazo —resolló—. Él...

—Todo está bien, dulce niña, todo marcha como debe. —El hombre sonrió con sus labios de azul cardenal mientras le liberaba el brazo—. Tus quebrantos están amenguados, ya que no sanados por completo. El tiempo operará el resto.

Mia reprimió las arcadas y cerró el puño. Sintió un cosquilleo en todos los dedos y un leve dolor en el codo, donde habían caído los tajos de la espada de Solis.

—¿Cómo? —preguntó con la voz quebrada.

—Detener la sangría ha sido obra mía, pero tu carne la ha salvado mi

Marielle. Es a ella a quien debes la parte del león de tu gratitud. —El hombre levantó la voz—. Ven, hermana amada, hermana mía. Muestra tu tez. En verdad, me temo que ninguna sombra podría ocultarte de la visión de esta joven.

Mia oyó movimiento, giró la cabeza y ahogó un grito. Allí, en la semioscuridad, vio a una mujer jorobada y deforme. Era albina, igual que el hombre, y vestía una túnica negra, pero lo poco que Mia alcanzaba a ver de su carne era cuando menos grotesco. Agrietada e hinchada, sangrante y supurante, podrida hasta los huesos. Olía a perfume, pero por debajo Mia captaba un dulzor más sombrío. El dulzor de la decrepitud. De los imperios derrocados descomponiéndose en la tierra húmeda.

—Que las Fauces se me lleven —susurró Mia.

Media sonrisa burbujeó en unos labios arruinados.

—Ya lo han hecho, niña.

—¿Quiénes sois?

—Yo soy el orador Adonai —dijo el hombre—. Ella es mi hermana amada, la tejedora Marielle.

—¿Orador? —preguntó Mia—. ¿Tejedora?

—... *son teúrgos...*

Marielle giró la cabeza hacia Don Majo, que acababa de materializarse al pie de la cama de Mia. El no-gato observaba a la mujer moviendo la cola a los lados, con la cabeza a un lado.

—Ah, por fin se muestra. Buen giro tengáis, pequeño pasajero —dijo Marielle ceceando.

—... *son maestros de la ars magyca ashkahi, mia...*

La chica frunció el ceño. Recordó las estatuas con cabeza de gato que había visto allá fuera, en los Susurriales, desgastadas y picadas por el tiempo. Esos monumentos eran los últimos restos del pueblo que había levantado un

imperio en aquella tierra siglos antes. No quedaba nada más, salvo contaminantes mágycos y monstruosidades.

—Pero las artes ashkahi murieron.

Marielle estaba ya junto a su cama, y la piel de Mia se erizó un poco en su presencia. De debajo de su capucha asomaban mechones canosos y tenía los ojos rosados, como los de su hermano. Una mirada rápida a su alrededor reveló a Mia enrevesadas tracerías y cuatro puertas en arco. La huidiza impresión de caras en las paredes.

—No todo lo muerto muere de verdad —dijo Marielle.

—La Madre conserva solo lo que necesita —añadió Adonai.

—Naev dijo lo mismo.

Los ojos de Marielle ardieron.

—¿Acaso eres amiga suya?

—Calma, hermana amada, hermana mía —musitó Adonai—. Esta es la chica que trajo a Naev del desierto. Esta dulce niña salvó su vida.

Marielle apretó los cardenales del codo de Mia.

—Me pregunto, pues, por qué he salvado yo la de ella.

—Porque yo te lo he pedido, dulce Marielle.

Mia miró hacia una de las puertas y vio a la reverenda madre con las manos metidas en las mangas. La anciana entró en la sala, con el largo cabello entrecano suelto alrededor de los hombros. Dedicó a Mia una sonrisa amable.

—Y muy buen trabajo que has hecho, por cierto. Parece estar como una rosa.

—Algunas magulladuras —informó Adonai—. El hueso quebró tres veces y mi hermana no goza de dominio sobre ese reino. Pero en la carne, Marielle no tiene igual. Ah, contemplar cómo teje los tendones, cómo suelda el músculo...

—Lamento habérmelo perdido. —La reverenda madre puso una mano en el hombro de Mia—. ¿Cómo te encuentras, discípula?

—Como si hubiera enloquecido...

Marielle rio, y la carne de su labio inferior se partió al hacerlo. Hizo ademán de limpiarse el oscuro chorro de sangre, pero Adonai la detuvo con una mano gentil. Ante la mirada asqueada de Mia, el hombre se inclinó hacia ella y lamió la sangre de la barbilla de su hermana.

—Mi más profundo agradecimiento —dijo la madre Drusilla—. A los dos. Y ahora, si no os importa, querría hablar a solas con la discípula.

—En vuestro derecho estáis. No somos más que vuestros convidados. —El hombre hermoso se volvió hacia su deforme hermana—. Vamos, hermana amada, hermana mía. Tengo sed. Puedes mirar, si te place.

Marielle apretó los nudillos de su hermano contra sus labios malformados y sus ojos rosados brillaron. Con una inclinación a la reverenda madre, los hermanos salieron de la sala cogidos de la mano. Cuando se hubieron ido, Mia miró a Drusilla y boqueó como un pez varado.

Sonriendo, la mujer se sentó al lado de la losa. Sus rizos grises rodeaban unas mejillas rosadas y una cara exhausta, y a Mia de nuevo la abrumó la impresión de que Drusilla tendría que estar sentada junto a una chimenea encendida, con nietos en las rodillas. La sonrisa de aquella mujer le infundía seguridad. Cariño. Amor. Y sin embargo, a juzgar por su cuenta de finales y su autoridad en la iglesia, Mia era consciente de que Drusilla era la mujer más peligrosa que había entre aquellas paredes.

—Mis disculpas si Adonai y Marielle te han incomodado —dijo la madre—. Suelen tener ese efecto entre los que no son de los suyos.

—¿Los suyos?

—... *teúrgos*...

Drusilla se volvió hacia Don Majo.

—Ah. Estás aquí. Tendría que haberlo sabido.

—... *siempre estoy aquí...*

—Querría hablar a solas con la discípula.

—... *ella nunca estará a solas...*

—No me pongas a prueba, pequeño. Me aparté de la luz de los soles hace mucho tiempo, con los brazos abiertos y júbilo en el corazón. Conozco la Oscuridad tan bien como me conozco a mí misma. Cuando mi señor Casio está ausente, soy la superior a ojos de Niah en este lugar. Y cuando vuelva a pedirte que te marches, no seré tan amable.

—... *no tienes por qué temerme...*

Drusilla rio en voz baja.

—Una no se pasa la vida sumida en las sombras sin aprender un par de cosas sobre aquellos que las comparten. Aquí no tienes ningún poder sobre mí.

—Está bien, Don Majo —dijo Mia—. No te vayas muy lejos. Si te necesito, te llamaré.

El gato hecho de sombras se quedó mirando a Drusilla un largo y silencioso momento. La anciana le devolvió la mirada con la misma intensidad. Pero al cabo, Mia sintió que el no-gato la miraba a ella e inclinaba la cabeza.

—... *como desees...*

Y sin el menor sonido, desapareció.

Mia sintió la ausencia del gato-sombra casi al instante, con un temor que se infiltraba lento en su barriga. Estaba sola con la matrona de una grey de asesinos. Su mente ardía con el recuerdo de los ojos de Solis mientras le cortaba el brazo. ¿Recuperaría su pleno uso? ¿Y si el ora...?

—Tienes compañías interesantes, discípula —dijo Drusilla.

Mia miró la puerta por la que habían salido Marielle y Adonai.

—No más que vos, reverenda madre.

—Como he dicho, mis disculpas si los hermanos te han incomodado. Marielle y Adonai llevan un tiempo morando en el Monte Apacible. A cambio de sus servicios, les otorgamos asilo en un mundo que no es hospitalario del todo con quienes ostentan el título de teúrgo.

—Creía que las artes ashkahi habían muerto con su raza.

—La raza ashkahi está muerta y desaparecida, cierto. —Drusilla se encogió de hombros—. Pero la muerte no conoce la avaricia. La Madre conserva solo lo que necesita. Y las artes ashkahi sobreviven en aquellos lo bastante osados como para abrazar el sufrimiento que entrañan.

—Vi a Naev practicando la teúrgia de sangre en el desierto —dijo Mia—. El vial, la escritura. ¿Así es como pidió ayuda? ¿Se lo enseñó Adonai?

—Adonai no enseña nada. La sangre del vial era de él. Puede manipularla desde lejos. Su sangre, y a aquellos cuya sangre posee. Ese es el don del orador. Y su maldición.

—¿Y su hermana?

—Una tejedora de carne. A partir de ella, puede crear una belleza inigualable o una fealdad sin límite.

—Pero si Marielle puede dar forma a la carne a voluntad, ¿por qué la suya es tan...?

—El dominio de las artes ashkahi tiene su precio. Los tejedores usan la carne como un alfarero la arcilla. Pero con cada uso de su arte, su propia carne se vuelve más espantosa. —Drusilla negó con la cabeza—. Hay que concedérselo a los ashkahi. No se me ocurre mejor tortura que otorgar un poder absoluto sobre todo salvo sobre lo propio.

—¿Y Adonai?

—Los oradores de sangre anhelan lo que les es afín. No pueden sustentarse más que con lo que se encuentra en las venas ajenas.



Mia parpadeó.

—¿Beben...?

—Así es.

—Pero la sangre es emética —objetó Mia—. Si bebes demasiada, vomitas a chorro.

—Las lecciones de Mercurio fueron... eclécticas, por lo que veo.

—¿Conocéis a Mercurio?

La anciana sonrió.

—Bastante bien, niña.

Mia alzó los hombros.

—Bueno, una vez me hizo beber sangre de caballo. Para que si me perdía en algún lugar sin agua, supiera qué esperar.

Drusilla ensanchó la sonrisa al oírlo y meneó la cabeza.

—Es cierto que paladear más de un sorbo de sangre es garantía de paladearla por segunda vez. Y los oradores no son la excepción. De nuevo, una vida de tortura, ¿lo ves? Bebe un poco y sufre un hambre constante. Bebe demasiado y sufre una náusea constante.

—Suenan... horrible.

—Todo poder exige una ofrenda. Todos pagamos un precio. Los oradores, su hambre. Los tejedores, su impotencia. Y quienes llaman a la Oscuridad...

—Drusilla miró la sombra de Mia—. Bueno, en algún momento la Oscuridad los llama a ellos.

Los ojos de Mia descendieron al negro de sus pies. Una oleada de miedo.

—¿Sabes lo que soy?

—Mercurio me habló de tus talentos. Solis me ha contado tu pequeño espectáculo en el Salón de las Canciones. Sé que estás marcada por la mismísima Noche, aunque no sé por qué.

—Marcada por la Noche —repitió Mia—. Lo mismo me dijo Mercurio.

—No creas ni por un instante que te granjeará algún favoritismo aquí. Quizá estés marcada por la Madre, pero todavía no te has ganado tu puesto. Y la próxima vez que desperdicies tus dones en trucos baratos para insultar a tu shahiid, quizá pierdas algo más que una extremidad.

Mia bajó la mirada a su codo amoratado. La voz le salió en apenas un murmullo.

—No pretendía insultarlo, reverenda madre.

—Hacía años que un discípulo no hacía sangrar a Solis. Me sorprende que solo se cobrara tu brazo.

Mia arrugó la frente.

—¿Y os parece bien que los maestros mutilen a los novicios?

—No estás mutilada, discípula. Conservas el brazo, si no me equivoco. Esto no es una escuela de élite para jóvenes dones y donas. Nuestros shahiids son artesanos de la muerte, con la tarea de haceros dignos de servir a la diosa. Algunos de vosotros nunca saldréis de entre estos muros.

»Solis acostumbra a dar ejemplo con alguien en sus primeras lecciones. Pero bajo esa frialdad, su trabajo es enseñar, y se enorgullece de ello. Si le das motivos para hacerte daño otra vez, lo hará sin reparos. Herir está en la naturaleza de Solis, y es esa misma naturaleza la que lo convierte en la persona ideal para enseñaros a herir a otros.

Mia empezó a abarcar la enormidad de todo aquello. A comprender la realidad del lugar en el que estaba. De lo que estaba haciendo. Aquel lugar era una forja donde se pulían las hojas, donde se esculpía la muerte. Incluso después de pasar años con Mercurio, le quedaba muchísimo que aprender, y un paso en falso podía costarle todo. Lo cierto era que había querido lucirse. Y aunque Solis se había comportado como un capullo redomado, ella había dado un paso en falso al intentar derrotarlo delante de toda la grey. Se prometió que no permitiría al orgullo dominar su cabeza en el futuro. Estaba

allí por un motivo y solo uno: el cónsul Scaeva, el cardenal Duomo y el justicus Remo tenían que morir. Ella debía adquirir la destreza necesaria, el filo necesario, la dureza necesaria para acabar con cada uno de ellos, y no lo conseguiría si se dejaba enredar con juegucitos infantiles. Era el momento de tener la boca bien cerrada y la mente bien despierta.

—Lo entiendo, reverenda madre.

—No podrás estudiar en el Salón de las Canciones hasta que sanes del todo —dijo Drusilla—. He hablado con la shahiid Aaela y ha accedido a empezar tu adiestramiento antes de tiempo.

—Aaela. —Mia tragó saliva con dificultad—. La Shahiid de Máscaras.

La anciana sonrió.

—No tienes nada que temer, niña. Con el tiempo, esperarás sus lecciones con ganas. —Drusilla se levantó y metió las manos en las mangas—. Y ahora, si me disculpas, tengo otras tareas que atender. Si me necesitas, o si tienes preguntas que pueda responder, búscame. Como todos nosotros, estoy aquí para servir.

La mujer se marchó sin que sus pasos hacia la oscuridad hicieran ningún ruido. Mia estuvo mirándola hasta que desapareció, dando vueltas a sus palabras. ¿Qué era lo que había dicho?

«Quienes llaman a la Oscuridad... bueno, en algún momento la Oscuridad los llama a ellos.»

Mercurio nunca había estado del todo tranquilo en presencia de Don Majo, pero jamás lo mencionó en voz alta. Por su parte, el no-gato parecía satisfecho de no hacer el menor caso al maestro, y se quedaba fuera de su vista si Mercurio estaba presente. De niña nunca había tenido a nadie con quien hablar de sus talentos. No había ningún volumen en la tienda de Mercurio sobre el tema, y el folclore sobre los tenebros era contradictorio en el mejor de los casos, y gilipolleces supersticiosas en el peor.[56] Mia había

tenido que ingeniárselas con sus crecientes dones como mejor pudo. Cuando cayó la veroscuridad a sus once años, se fijó en que notaba más potente su conexión con las sombras. Y en la veroscuridad de sus catorce años...

*No.*

*No mires.*

*—... parece... amable...*

Don Majo apareció al pie de la losa y llevó una sonrisa a los labios de Mia.

*—Es una forma de decirlo.*

*—... tengo otras menos halagadoras, pero ya se ha derramado bastante sangre para un solo giro...*

Mia hizo una mueca al doblar el brazo, cuando una punzada de dolor le subió hasta el hombro. Su ansiedad estaba evaporándose con Don Majo de nuevo a su lado, e iba reemplazándola el enfado. Maldijo entre dientes, sabiendo que aquella herida la dejaría semanas enteras fuera de Canciones. Deseando no haber sido tan temeraria, o que el shahiid Solis no se hubiera merecido tanto que lo pusieran en su sitio, empezó a atarse un cabestrillo al cuello.

*—... deberías dormir. quizá mañana necesites estar descansada...*

Mia se lamió el labio. Asintió con la cabeza. Don Majo tenía razón. Mercurio había sido bastante hermético respecto a qué podía esperar en la iglesia. La había preparado tan bien como pudo, pero a Mia le daba la impresión de que no podía revelarle demasiado sin traicionar la confianza de la congregación. Con los Luminatii habiendo jurado exterminar la iglesia, el secretismo era crucial más allá de aquellas paredes. Mia no tenía ni idea de cómo los discípulos de la iglesia se trasladaban entre ciudades, de cómo funcionaban las capillas locales, o incluso de cuál era la jerarquía interna. Solis era el Maestro de Canciones, lo que significaba que enseñaba el arte de la espada. Supuso que el Shahiid de Bolsillos enseñaría... ¿a robar? ¿A

estafar? Pero en cuanto a la Shahiid de Verdades y la de Máscaras, Mia no sabía qué esperar de su tutela.

—Sí que estoy cansada, sí —dijo con un suspiro, frotándose las sienes.

—... *duerme, pues...*

—De acuerdo. ¿Vienes?

—... *siempre...*

La chica metió el brazo herido en el cabestrillo, el no-gato se deslizó a su sombra y juntos salieron de la sala.

**T**ric estaba esperándola fuera de su dormitorio cuando llegó, acuclillado con la espalda apoyada en la pared. Se levantó de un salto al ver acercarse a Mia, con alivio en los ojos.

—Gracias a Nuestra Señora —susurró—. Estás bien.

Mia movió el brazo y crispó el gesto.

—Un poco magullada, pero de una pieza.

—Ese cabrón de Solis... —siseó Tric—. Quería destriparlo por lo que ha hecho. Y lo he intentado, pero me ha tirado al suelo de culo y me ha dejado inconsciente de una patada.

Mia repasó los nuevos moratones de la cara de Tric y movió la cabeza a los lados.

—¿Mi bravo centurión, cabalgando a lomos de su corcel para salvar a su pobre damisela? Sostenedme, gallardo señor, pues temo desmayarme.

—Que te den. —Tric frunció el ceño—. Te ha hecho daño.

—Dice la reverenda madre que lo hace siempre. Marca el tono de sus clases con el primer listillo que comete la idiotez de destacar.

—Entra en escena Mia Corvere por la izquierda. —Tric sonrió enseñando los dientes.

Mia hizo una profunda inclinación.

—Supongo que Solis puede permitirse las brutalidades teniendo aquí a la tejedora Marielle.

—¿De verdad te ha curado la herida solo con sus manos?

Mia sacó el codo del cabestrillo y se arremangó con mucha aprensión. Tric le giró despacio el brazo a uno y otro lado, haciendo gala de una suavidad increíble en aquellas manos enormes y encallecidas. Mia volvió a bajarse la manga antes de que se le empezara a notar la piel de gallina.

—¿Lo ves? Solo un par de cardenales para señalar mi primer desmembramiento.

Tric se rascó las rastas con gesto avergonzado.

—Estaba... preocupado por ti.

Mia alzó la mirada hacia su cara, hacia aquellos tatuajes tan feos y aquellos ojos de color avellana. Se preguntó qué estaba pasando detrás de ellos.

—No hace falta que te preocupes por mí, Tric. Este sitio es lo bastante peligroso para matarnos a los dos. Si estás inquieto por mí, no verás el cuchillo que te apunte a ti.

—No estoy inquieto. —El chico frunció el ceño—. Es solo... que puedes contar conmigo, nada más.

Una sonrisa involuntaria. Un calorillo agradecido en la tripa. Lo que había dicho Mia era cierto: aquella montaña no era un grupo de lectura. Los peligros que acechaban en aquellos salones podían acabar con los dos. Pero, aun así, resultaba tranquilizador saber que alguien cuidaba de ella, que tenía algo con lo que cubrirse la espalda. Y por primera vez en su vida, no estaba hecho de sombras.

—Bueno... os lo agradezco, don Tric.

Hizo una sonriente reverencia y el silencio incómodo desapareció con la risa del chico.

—¿Tienes hambre?

—Muchísima. —Mia cayó en la cuenta al decirlo.

—Quizá la Hija Pálida querría acompañarme a las cocinas...

Tric dobló el codo y le ofreció el brazo. Mia le dio un puñetazo, lo bastante fuerte para sacarle un gañido. Y sonriendo, la pareja echó a andar por el pasillo en busca de comida.

# CAPÍTULO 12

## PREGUNTAS

—... viene alguien...

Mia se despertó a oscuras, parpadeando con ahínco. Se incorporó sobre un codo y dio un bufido cuando el dolor le recorrió el brazo izquierdo. Sus cardenales prácticamente brillaban en la oscuridad.

Alguien intentaba forzar la cerradura de la puerta de su dormitorio. No podía ser Naev, porque ella llamaría. ¿Quién, pues? ¿Otro discípulo? ¿El que había matado a Llamarriadas? Mia sacó su estilete y rodó fuera de la cama para arrastrarse sobre las losas hasta un rincón oscuro. Levantó el puñal con su mano mala mientras la puerta se abría y asomaba una cara pecosa envuelta en trenzas rubias.

—Corvere —susurró una voz—, ¿estás ahí?

—¿Ashlinn? —Mia se levantó y guardó la hoja de hueso de tumba tras la muñeca—. Por los dientes de las Fauces, no te acerques a escondidas a la gente.

—Te dije que los amigos me llaman Ash. —La joven rubia se coló en el dormitorio con una sonrisa pecosa y tardó un momento en localizar a Mia en la penumbra—. Y si hubiera querido ir a escondidas, no me habrías oído hasta tener mi hoja contra tu cuello, Corvere.

—¿Ah, sí? —Mia enarcó una ceja, sonriendo también.



—Puedes estar segura. ¿Cómo tienes el ala? —Ashlinn dio a Mia una palmada amistosa en el brazo y la chica soltó una llameante maldición entre dientes, agarrándose el codo—. Mierda, perdona —susurró Ashlinn—. Se me olvidaba que eres zurda.

—No pasa nada. —Mia se frotó el codo—. Tengo otro de reserva. ¿Qué hacías forzando mi cerradura? ¿No puedes practicar con la tuya?

—¿Practicar? ¿Para qué? Si hay alguna cerradura en este sitio que se resista a mis encantos, aún no la he encontrado. Venía para preguntarte si estás lo bastante bien para salir.

—¿Salir? —Mia parpadeó—. ¿Adónde? ¿Para qué?

—A husmear un poco por ahí. A buscar problemas. Ya sabes. Salir.

Mia frunció el ceño.

—La reverenda madre dijo que no podíamos salir de las habitaciones después de la novena campanada, ¿recuerdas?

Otra sonrisa pecosa iluminó la cara de la chica.

—¿Siempre haces lo que te dice mamaíta?

Mia recordó una celda en la oscuridad. El hedor de la podredumbre y la muerte, haciendo que le escocieran los ojos. Unas manos temblorosas. Un susurro, frío y afilado como el acero.

*No mires.*

—No —respondió.

—Así me gusta. A mi hermano no le van las travesuras, y las demás chicas de este sitio se las dan de duras, de crías o de las dos cosas. De modo que creo que quedamos tú y yo, Corvere.

—Ya oíste a Drusilla. Como nos pillen, nos patearán el culo hasta que sangremos por la nariz.

—Bueno, pues más motivo para que no nos pillen, ¿verdad?

La sonrisa de la chica era contagiosa. Había ido a recoger a Mia para

arrastrarla con ella. Y mientras Don Majo se comía lo poco que quedaba de su miedo, Mia se encontró poniéndose el ala herida en cabestrillo y devolviendo la sonrisa.

—Las damas primero —dijo Ash, inclinándose hacia la puerta.

—Por aquí no veo ninguna dama. ¿Y tú?

—Ah, tú y yo vamos a llevarnos de maravilla.

Sin dejar de sonreír, la chica salió con sigilo al pasillo, seguida de cerca por Mia.

**R**ecorrieron los pasillos y descendieron incontables tramos de escalera entre la retorcida oscuridad. A Mia le pareció identificar algunos corredores de su excursión al *athenaeum*, pero tampoco estaba segura. Habría jurado que algunas paredes... bueno... se habían movido. Los pasillos estaban poco decorados, con solo ventanas de cristal tintado o extrañas esculturas hechas con huesos de animales para romper la monotonía. Y aun así, Ashlinn abrió el paso con firmeza, sigilosa como un cadáver, sin detenerse ni un segundo. Solo hacía unas pocas pausas breves para marcar la pared con un trocito de tiza roja.

—¿Sabes adónde vas? —preguntó Mia.

—Pues... no del todo.

—¿Sabrás cómo volver?

—Si nadie borra la tiza, sí.

—¿Y si la borran?

—Supongo que nos perderemos y moriremos de hambre en las entrañas de esta mole.

—Que sepas que, si esto acaba en canibalismo, te toca hacer de comida.

—Me parece justo.

Don Majo hacía de avanzadilla, oculto en la perpetua oscuridad. Al pasar junto a una estatua de hueso particularmente grotesca, algo entre un ave de presa y una serpiente enroscada, Mia notó un estremecimiento en su sombra. Casi familiar. Notó cómo se erizaba Don Majo y cómo su propia sombra titilaba. Una fugaz esquirla de miedo le perforó el pecho, fría y afilada. Mia cogió el brazo de Ashlinn y la llevó detrás del pedestal de la estatua, con un dedo en los labios.

Algo se acercaba.

Un gruñido grave retumbó por todo el pasillo. Una silueta se movió en las tinieblas que tenían delante, negra del todo, recortada contra la apagada luminosidad de la ventana. Mia escrutó la oscuridad, deseando preguntar a Don Majo qué iba mal. Hijas, era casi inconcebible, pero por primera vez que Mia recordara el no-gato parecía... asustado.

—Mierda —susurró Ashlinn—. Es Eclipse.

Mia arrugó el ceño.

—¿Qué es...?

La pregunta murió en su garganta cuando una forma oscura salió merodeando de la penumbra. Metro y cuarto de altura, elegante y silenciosa del todo. Largos colmillos y garras afiladas y ningún ojo en absoluto. Era una forma lobuna.

«Una loba hecha de sombras.»

La criatura se detuvo en seco y miró pasillo abajo hacia las chicas. Las dos estaban apretadas contra el pedestal, conteniendo el aliento, con la frente de Ash perlada de sudor. Mia sentía a Don Majo a sus pies, ya tiritando del todo. Se le contagió su miedo, que le subió hasta el pecho e hizo que le temblaran las manos. Todo el tiempo que habían estado juntos, Don Majo había permitido que Mia dominara su miedo. La había vuelto más dura, más fuerte, más valiente de lo que jamás habría podido ser ella sola. ¡Las cosas que

habían visto! ¡Los sitios donde habían ido! Pero en aquel pasillo, Don Majo parecía más aterrorizado que ella.

La no-loba gruñó de nuevo y el sonido reverberó a través del suelo.

—Eclipse —dijo una voz profunda y musical—, guarda silencio.

Aunque no se atrevía ni a respirar, y mucho menos a aventurar un vistazo, Mia reconoció la voz al instante: era la de Casio. Oyó el más tenue frufú de ropa, el suave raspar del cuero contra la piedra. El Señor de las Hojas estaba allí, no tenía la menor duda. El líder de la Iglesia Roja, mirando pasillo abajo hacia ellas, con menos de un metro de piedra interponiéndose entre ellas y que las descubrieran.

Transcurrieron largos momentos.

El corazón de Mia le aporreaba en el pecho.

Don Majo temblaba mientras la loba-sombra profería un largo y grave gruñido.

«Por las Cuatro Hijas, Casio es tenebro.»

—Eclipse —dijo el hombre—. Adonai nos espera. Vamos.

Respondió una voz hueca y rasposa. De timbre femenino. Que parecía salir de algún lugar bajo el suelo.

—... *COMO DESEES*...

Un último y grave gruñido. Luego, pisadas. Leves como bisbiseos. Retirándose. Mia empezó a respirar de nuevo, se apretó la mano contra el pecho y notó que su corazón atronaba debajo. Don Majo dejó de temblar poco a poco, y el miedo empezó a desvanecerse. Ash sonrió de oreja a oreja, y la asaltó una risita casi frenética.

—Vaya, sí que ha sido emocionante.

—En nombre de la Madre, ¿qué era eso?

—Eclipse, la pasajera de mi señor Casio. —Ashlinn echó un vistazo a la

sombra de Mia y a la forma sin forma que contenía—. Casio es tenebro. Sabes lo que son, ¿verdad?

Mia asintió.

—Tengo una ligera idea.

—¿Quieres seguirlo?

—¿Seguirlo? ¿Te has vuelto loca?

Ashlinn ensanchó la sonrisa.

—Un poco.

La chica se internó en la oscuridad, apenas haciendo ruido con los pies contra la piedra. Mia bajó la mano hacia su sombra y notó gélida aquella negrura líquida.

—¿Estás bien? —preguntó con un susurro.

—... *¿es una pregunta con trampa?...*

—¿Qué ha pasado? No te había sentido asustado nunca.

—... *podía sentirlo. en mi mente. estaba... hambriento...*

—¿De qué tenía hambre?

—¡Mia! —siseó Ashlinn desde la penumbra—. ¡Vamos!

—... *este lugar no es seguro, mia...*

Mia suspiró. Frunció el ceño a la oscuridad de sus pies.

—Ya lo hablaremos.

Siguió a la chica, arrepintiéndose más y más de haber decidido salir de su habitación a cada paso que daba. Pero Casio era tenebro. Tantos años, tantos kilómetros y jamás había conocido a otro como ella. Diosa, cuántos secretos podría aprender de él...

Por desgracia, el Señor de las Hojas resultó ser tan escurridizo como la propia oscuridad, y en algún lugar cercano a los aposentos de la tejedora Marielle, Casio había desaparecido por completo. En un cruce de la

laberíntica oscuridad, Ashlinn se sorbió el labio, renegó en vaaniano y, por último, se encogió de hombros.

—Ese hombre es resbaladizo como un dulcechico untado en aceite —susurró Ash.

—Bueno, al fin y al cabo, es un maestro asesino —repuso Mia en voz baja. Ash suspiró.

—Supongo que se marcha de la iglesia. Mi padre decía que nunca se queda mucho tiempo en un sitio.

—No puedo decir que lo lamente.

Ash sonrió.

—¿Te da miedo?

—Negra Madre, ¿a ti no?

—Ah, claro. Pero más te vale superarlo. Si te gradúas, será él quien te unja en la ceremonia de iniciación. —Ashlinn miró a su alrededor, a los cuatro pasillos que se perdían en la oscuridad—. En fin, ya lo pillaremos. Venga, que tengo hambre.

Las dos se internaron en las sombras, dejando atrás al Señor de las Hojas y sus asuntos. Encontraron el Salón de las Canciones, de cuyo aire aún pendía el olor de la sangre. El codo de Mia empezó a dolerle como si se acordase, y sintió una oleada de ira. Recordó el semblante de Solis mientras alzaba su espada. La agonía de la amputación. Con una maldición susurrada, volvió a la escalera de caracol. Se internaron en el vientre de la montaña y encontraron las puertas del *athenaeum*, aunque ninguna de las dos consideró buena idea que el cronista Aelio las encontrara fuera después de la novena campanada. Después de lo que les parecieron siglos, un olor delicioso que descendía flotando por una escalera las guio hacia las cocinas.

Había pan caliente cociéndose en unos largos hornos de carbón. Las despensas frescas estaban llenas de quesos y fruta. Los restos de la cena del

giro anterior estaban en largas bandejas. No había manos a la vista, por lo que Ashlinn y ella robaron un buen plato cada una y se dirigieron al Altar del Cielo, que estaba desierto. De nuevo, a Mia la impresionó la enormidad de la negrura que había más allá de la plataforma. La larga caída a las tierras yermas de abajo. El desierto que era un reflejo perfecto de los Susurriales ashkahi que Tric y ella habían recorrido, de algún modo envueltos en una noche perfecta.

De nuevo la abrumó la sensación de santidad que transmitía el lugar. De misticismo. Casi podía sentir la mirada negra de aquella estatua del Salón de las Elegías. La diosa, a quien estaba consagrada aquella iglesia.

«Marcada por la Madre», había dicho Drusilla.

«Pero ¿para qué? ¿Con qué propósito? ¿Es posible que mi señor Casio lo sepa?»

Ash se sentó en la barandilla, con las piernas cruzadas al borde del precipicio, se apartó unos rubios mechones de los ojos y se zampó un trozo de pan con queso. Mia dio mordiscos a un muslo de pollo, preguntándose distraída de dónde sacaba la iglesia harina para cocer pan y dónde guardaban el ganado. La caravana de Última Esperanza solo había traído polvos arkímicos, herramientas y cosas por el estilo. Nada perecedero. Nada vivo.

—¿Cómo nos dan de comer? ¿Cómo llenan las despensas?

Ashlinn respondió con la boca llena.

—¿Tu shahiid no te enseñó nada sobre este sitio?

—Un poco. —Mia levantó los hombros—. Pero creo que guardaba el secreto de muchas de sus partes. Para merecerlo, no para revelarlo sin más.

Ashlinn volvió a llenarse la boca.

—Ajaeso me tiamí.

—¿Perdona?

La chica tragó y se lamió los labios.

—He dicho que bueno, para eso me tienes a mí. Mi padre nos contó a mi hermano y a mí todo sobre este sitio. O al menos, todo lo que sabía.

—¿Es una hoja?

—Era. Estuvo años empleado por el rey de Vaan.[57] Pero lo capturaron durante una ofrenda en Liis. Lo torturaron tres semanas en las Torres Espinadas de Elai. Escapó, pero no antes de perder el brazo de la espada, un ojo y los dos cojones. Así que la iglesia lo jubiló.

—Por los dientes de las Fauces —dijo Mia en voz baja—. ¿Marielle no pudo reparar el daño?

Ash negó con la cabeza.

—Los Sacerdotes Leprosos dieron de comer lo que iban cortándole a los perros costosos. No quedó nada que reimplantar. Así que mi padre nos envió a Osrik y a mí para reemplazarlo. —Se encogió de hombros—. No podía entregar su propia vida a la diosa, así que se conformó con las de los suyos.

Mia asintió con la cabeza, de algún modo poco sorprendida. Alguien menos íntegro podría haber jurado venganza contra el amo que lo envió a tal destino. Pero asomando la mirada al erial oscuro de debajo del altar, se hacía fácil entender que aquel lugar engendrara fanáticos. Mia recordó sin querer la mirada de la diosa en el Salón de las Elegías. Su poder. Su majestuosidad.

Bajó la mirada a la sombra que tenía a los pies.

«¿Marcada para qué?»

—¿Tu padre te dijo algo sobre mi señor Casio? —preguntó.

Ash asintió.

—El hombre más buscado de la república. Y el más peligroso. Tiene más muertes santificadas en su haber que la reverenda madre. Cuenta la leyenda que dio fin a su primer hombre a los diez años. Mató al pretor de la Tercera Legión delante de todo su ejército y salió sin un rasguño. Asesinó al tribuno



de Lanza del Alba y a todo su consejo en plena sesión, y nadie fuera de la cámara oyó ni un susurro.

»Lleva años dirigiendo la Iglesia Roja pero, como te decía, no pasa nunca mucho tiempo en un lugar. Los Luminatii llevan décadas intentando acabar con nosotros. Y ha empeorado desde la Masacre de la Veroscuridad. Creen que, si derrotan al pastor, el rebaño se dispersará. Así que mi señor Casio está el primero de su lista de cosas que hacer. —Ash dio otro mordisco y farfulló—: Encontrar este lugar es la número dos. Supongo que por eso tu maestro no te habló mucho de él.

—¿Y la loba-sombra?

—Mi padre me dijo que no me acercara a Eclipse. —Ashlinn levantó los hombros—. Dicen que los tenebros pueden robarte el aire de los pulmones. Colarse por tu sombra y matarte mientras duermes. Solo las Fauces saben de qué son capaces los daimones que los sirven.

—¡Puf! —rebufó Mia—. Daimones.

—Anda, ¿ahora somos expertas en el tema?

—No, experta no. Pero un par de cosillas sí que sé.

—No me digas.

—... *miau...*

Ashlinn se giró en el sitio y echó mano al cuchillo que llevaba en el cinturón a la espalda. Don Majo estaba sentado en la barandilla, mirándola con la cabeza inclinada a un lado.

—Di «hola, Don Majo».

—... *hola, don majo...*

—Por los dientes de las Fauces —dijo Ashlinn con un hilo de voz.

—Tranquila, no es un daimón. No haría daño ni a una mosca. Y yo tampoco puedo robar el aire de los pulmones de nadie. Bueno, a lo mejor si me tirara dos o tres semanas sin bañarme...[58]

Ashlinn levantó una ceja mirando a Mia y asintió despacio.

—Vaya, así que de verdad eres tenebra.

—¿Lo sabías?

—Algo sospechaba, después de aquel asunto con Solis. No vi moverse ninguna sombra, pero no acababa de oler bien. —Ash sonrió al ver que Mia entornaba la mirada—. No creerías que te he pedido que me acompañaras solo porque parecías una buena acompañante, ¿verdad?

Mia dio otra dentellada a su muslo de pollo sin decir nada. Ashlinn volvió a encararse hacia ella, despacio y con cuidado. Echó un vistazo al gato-sombra. Lo más probable sería que el ciudadano medio intentara clavar a Mia a una cruz si tan solo sospechara lo que era. Mia se preguntó si a la chica la cegaría la superstición o el miedo. La sonrisa que iba creciendo poco a poco en los labios de Ashlinn reunió todos esos pensamientos, se los llevó a un callejón oscuro y los estranguló sin hacer ruido.

—¿Y cómo es? —preguntó la joven rubia—. ¿Puedes caminar entre las sombras? He oído que os salen alas y respiráis oscuridad y...

Mia envió su sombra ondulándose sobre las baldosas, retorcida en mil formas, horrendas, hermosas, abstractas. La fijó en torno a los pies de Ashlinn y le dio un leve tirón en las botas.

—Negra Madre, es asombroso —susurró Ashlinn—. ¿Qué más puedes hacer?

—Eso viene a ser todo.

—¿De verdad?

—Puedo esconderme. Me envuelvo en la sombra como si fuera una capa. Así soy difícil de ver, pero yo también estoy casi ciega mientras lo hago. Solo veo unos pocos palmos por delante. —Mia levantó los hombros—. Me temo que no es muy impresionante.

—A mí me puedes considerar impresionada. —Ashlinn le guiñó un ojo.

—El shahiid Solis y la reverenda madre no parecen compartir tu entusiasmo.

Ashlinn hizo una mueca y escupió un trocito de corteza de queso.

—Solis es un hijo de puta. Un cabronazo mezquino y brutal. —La chica se inclinó hacia Mia y siguió hablando en tono conspirador—. Sabes lo que significa su nombre, ¿verdad?

Mia asintió con la cabeza.

—Es ashkahi. Significa «el último».

—Y has oído hablar de la Piedra Filosofal, ¿a que sí? ¿La cárcel de Tumba de Dioses?

Mia tragó saliva. Asintió despacio.

*No mires.*

—Yo me crie en Tumba de Dioses.

—Entonces sabrás el exceso de población que tenía la Piedra antes de que la destrozaran. Cada pocos años, diezmaban a los presos. La idea se le ocurrió al cónsul Scaeva, cuando solo era un cachorro en el Senado. Lo llamaron...

—El Descenso.

Ashlinn dijo que sí con la cabeza y siguió hablando mientras daba otro mordisco al queso.

—Sacaban de allí a todos los guardias. Ataban una escalera a la torre más alta y amarraban una barca al fondo. Decían a los presos que uno de ellos podría remar hasta la costa y regresar al mundo, hubiera cometido el delito que fuese. Pero solo cuando todos los demás presos del lugar estuvieran muertos. Resulta que, hace unos doce años, nuestro buen Shahiid de Canciones era solo otro desafortunado ladrón encerrado en la Piedra Filosofal.

—Solis —susurró Mia—. «El último...»

—Así fue como lo llamaron. Después.

—¿A cuántos...?

—A muchos. Y eso, estando ciego como un gusano.

—Por las Hijas —dijo Mia. Podía sentir su hoja atravesándole el brazo. El músculo al partirse. El dolor lacerante—. Y yo le clavé el cuchillo en la cara...

—A lo mejor te respeta por ello.

Mia bajó la mirada al cabestrillo de su brazo herido.

—Y a lo mejor no.

—Mira la parte positiva. Al menos no te harán ir a Canciones hasta que se te mejore el ala. Mientras tanto, puedes intentar ganártelo con flores o lo que sea.

—Drusilla me dijo que la shahiid Aalea me enseñará hasta que sane.

—Uuuh. —Ashlinn sonrió—. Mírala, qué suerte tiene.

—¿Suerte por qué? ¿Qué enseña?

—¿De verdad no lo sabes? —Ashlinn rio—. Por los dientes de las Fauces, te va a encantar.

—¿Vas a soltar prenda o seguirás parlotando toda la noche?

—Enseña las artes gentiles. Persuasión. Seducción. Sexo. Esas cosas.

Mia estuvo a punto de atragantarse.

—¿Enseña sexo?

—Bueno, lo básico no. Eso se supone que ya lo sabemos. Enseña su arte. Mi padre decía que en el mundo hay dos clases de hombres: los que están enamorados de Aalea y los que aún no la conocen. —Ash levantó una ceja—. Negra Madre, no serás doncella, ¿verdad?

—¡No! —Mia torció el gesto—. Es que...

—¿Qué?

Mia frunció el ceño, intentando apagar el sonrojo de sus mofletes.

—Es que no... lo he hecho con muchos.

—¿Qué pasa con Tric?

—¡No! —gruñó Mia—. Por las Hijas, no.

—¿Por qué no? ¿Un chico tan apuesto como él? De acuerdo, los tatuajes son espantosos, pero la cara de debajo está bastante bien. —Ashlinn dio un codazo a Mia—. Y en la oscuridad, todos tienen el mismo aspecto.

Mia lanzó un vistazo a Don Majo. Se miró los pies. Se llenó la boca con más pollo.

—¿Con cuántos lo has hecho, Corvere?

—¿Por qué? —murmuró Mia, masticando—. ¿Con cuántos lo has hecho tú?

—Con cuatro. —Ashlinn se dio unos golpecitos en el labio—. Bueno, con cuatro y medio, si nos ponemos estrictas. Pero ese era imbécil, así que para mí no cuenta. A todo el mundo se le permite un fallo.

—Uno —reconoció por fin Mia.

—Ah. ¿Lo amabas, entonces?

—Ni siquiera lo conocía.

—¿Cómo estuvo?

Mia hizo una mueca. Se encogió de hombros.

—Ah. Fue uno de esos. Y ahora no entiendes a qué viene tanta historia ni por qué ibas a querer hacerlo otra vez, ¿a que sí?

Mia se mordió el labio. Asintió.

—La shahiid Aalea te lo enseñará. Luego mejora, Corvere, ya lo verás.

—Umf. —Mia se dejó caer sobre una mesa, con la barbilla apoyada en los nudillos.

Ash se levantó. Se sacudió las migajas de queso del regazo.

—Venga, más vale que nos vayamos. Tenemos Bolsillos de buena mañana. Con un poco de suerte, a lo mejor hasta puedes ir un rato con Aalea.

Ashlinn se puso a hacer sonidos de besos.

—Para ya —gruñó Mia.

Los sonidos de besos se entremezclaron con gemidos suaves y guturales.

—Que pares ya.

Las chicas se internaron en la oscuridad, seguidas en silencio por un gato que no era gato.

Cuando se hubieron marchado, un chico salió de las sombras detrás de ellas. Piel pálida. Cuero negro. La mayoría lo habría llamado guapo, aunque «hermoso» seguro que era mejor descripción. Tenía los pómulos altos y los ojos azules más penetrantes que podáis haber visto en la vida.

Un chico llamado Chss.

Sostenía un puñal. Mientras miraba a Mia y Ashlinn desaparecer en las tinieblas, pasó la yema de un fino dedo por su filo.

Y sonrió.

# CAPÍTULO 13

## LECCIÓN

—Como repetía siempre mi exesposa —dijo el shahiid Ratonero con una sonrisa—, el secreto está en los dedos.

Los discípulos estaban reunidos en el Salón de los Bolsillos, formando un semicírculo alrededor del shahiid. El espacio era inmenso, iluminado por un brillo algo azulado que emanaba de los cristales tintados del techo. Había largas mesas que cruzaban el salón de lado a lado, llenas de curiosidades y rarezas, candados y ganzúas. En todas las paredes había puertas a decenas, cada una con un tipo distinto de cerradura. Y al borde de la zona iluminada, Mia entrevió estanterías repletas de ropa, de todos los cortes y estilos imaginables en cualquier rincón de la república.

El propio Ratonero iba vestido con las prendas habituales en Itreya, calzas de cuero y jubón de manga corta, no con su premonitoria túnica gris. Seguía llevando su hoja de negracero con las figuras doradas de cabeza de gato abrazadas en la empuñadura. Mia volvió a quedarse impresionada por los ojos del shahiid, por aquella profunda mirada castaña que revelaba la sabiduría de un hombre mucho mayor que los treinta y pocos años que aparentaba.

—Claro que mi primera esposa tampoco era precisamente una lumbrera. Se casó conmigo, a fin de cuentas.

El shahiid anduvo entre los discípulos con las manos a la espalda, saludando con la cabeza como un ricachón nacido de la médula dando un paseo. Se detuvo de pronto delante del hermano de Ashlinn, Osrik. Le tendió una mano.

—Hola, joven, ¿cómo te llamas?

El chico rubio estrechó la mano que le ofrecían y Ratonero le lanzó un puñal pequeño, con el puño por delante.

—Creo que se te ha caído esto.

Osrik comprobó la vaina vacía de su muñeca. Parpadeó, sorprendido. Ratonero se volvió hacia los discípulos y guiñó un ojo.

—El truco está en la finta —dijo.

El shahiid siguió paseando por la hilera y paró delante de Tric. Los cardenales que tenía el chico gracias a los nudillos de Llamarriadas y las botas de Solis seguían destacándose en un azul amoratado.

—¿Qué tal la mandíbula, joven?

—Está bien, shahiid, gracias.

—Tiene mala pinta. —Ratonero levantó una mano y la pasó con suavidad por el rostro de Tric. El chico retrocedió y alzó su propia mano para apartar la del shahiid. Al instante, Ratonero lanzó al chico un anillo que Mia reconoció a simple vista: los tres dracos marinos de plata, entrelazados—. Creo que se te ha caído esto.

Tric comprobó su dedo, desnudo. El anillo lo tenía en la palma de la mano. Ratonero volvió a mirar a los discípulos.

—El truco está en el tacto —dijo.

El shahiid siguió deambulando frente a los discípulos hasta detenerse junto a Jessamine. Ratonero dedicó a la pelirroja su fugaz sonrisa de ladrón de cuberterías y se acercó a ella. La chica le sostuvo la mirada con sus brillantes ojos de cazadora y una sonrisa traviesa, intentando superar al shahiid en



encanto. El duelo terminó cuando Ratonero sostuvo en alto un brazalete dorado y lo hizo girar entre sus dedos.

—Creo que se te ha caído esto —dijo, devolviéndoselo a la chica. Se volvió una vez más hacia los discípulos y guiñó un ojo—. El truco está en los ojos.

Sin mediar palabra, Jessamine dio un paso adelante y plantó un beso en la boca de Ratonero. La sorpresa y la diversión se extendieron entre los discípulos y al mismo tiempo el shahiid ponía los ojos como platos. Mientras retrocedía y levantaba los brazos para apartar a la chica, Jessamine asió la empuñadura de su hoja de negracero y la desenvainó con una floritura. Sin dejar de sonreír, apuntó con ella al corazón del shahiid.

—El truco está en los labios —dijo Jessamine.

Ratonero se quedó quieto, mirando su propia espada apoyada en su pecho. Mia contuvo el aliento, preguntándose si su disgusto adoptaría la misma forma que el de Solis. Pero entonces el shahiid se echó a reír, con una carcajada larga y sonora que concluyó con una inclinación breve y cortés dirigida a la pelirroja.

—Bravo, mi dona, bravo.

Jessamine le devolvió la espada e hizo una reverencia alzando unas faldas imaginarias.

Ashlinn lanzó una mirada a Mia, que respondió con un asentimiento reticente.

«Es buena.»

Aun así, Mia no pudo evitar que la injusticia la irritara. Ella había puesto en evidencia a un shahiid y le habían cortado el brazo. Jessamine, en cambio, se había llevado un puto aplauso.

Ratonero se volvió hacia el grupo.

—Como nuestra emprendedora discípula acaba de demostrar, el juego de

los bolsillos es un juego de manipulación. Es un teatro, un baile en el que vuestro objetivo debe estar siempre con el pie cambiado y vosotros un paso por delante de él. Seducir bolsillos, o el arte de permanecer oculto, puede parecer nimio en comparación con el «arte» de abrir el cráneo a alguien o matarlo con su propia copa de vino, pero a veces lo único que se interpone entre vosotros y un objetivo es una puerta, o una contraseña escrita en un papelito que tiene el jefe de la guardia en el bolsillo. El camino no siempre está adoquinado en sangre.

»Por desgracia, el antiguo amor de mi vida atinó bastante. En este juego, vuestros dedos son vuestra forma de ganáros la vida. Y la única manera de mejorar con ellos es con la práctica. De modo que eso es lo que haremos aquí, practicar. —El shahiid señaló un montón de finos pergaminos que había en una mesa—. Para motivar a los discípulos, todos los cursos cada shahiid organiza una competición. Deberéis coger una lista de esas cada uno. En ella encontraréis una serie de objetos que se hallan en el interior del Monte Apacible, con números al lado. Son los puntos que obtendréis si adquirís el objeto y me lo traéis, pero ojo, sin que su propietario os descubra. —Ratonero paseó la mirada por los ojos de cada discípulo—. Debo dejaros claro que no asumo ninguna responsabilidad por las consecuencias en caso de que os pillen obteniendo estos tesoros. Y si os sorprenden vagando por los pasillos después de la novena campanada incumpliendo el toque de queda de la reverenda madre, que la Negra Madre os ayude. Esto es un juego, pero un juego peligroso. —Meneó las cejas—. Del único tipo al que merece la pena jugar.

»A final de año, el discípulo que haya obtenido más puntos será el primero de este salón. Los demás shahiids, Canciones, Máscaras y Verdades, organizarán competiciones similares. De no darse sonoros fracasos en las demás áreas de estudio, los alumnos que terminen los primeros de cada salón

tienen prácticamente garantizada su graduación en la Iglesia Roja como hojas de pleno derecho.

Estallaron murmullos entre los discípulos. Mia cruzó la mirada con Tric, al otro lado de la estancia. Ashlinn sonreía como un gato que acaba de robar la crema, la vaca y, ya puestos, también a la joven lechera. ¿La garantía casi plena de convertirse en hoja? ¿De vengar a su padre? ¿De alzarse sobre la tumba de Scaeva? Por los dientes de las Fauces, ese premio bien merecía intentar afanar unas pocas baratijas...

Algunos discípulos ya habían empezado a coger los pergaminos. El chico de una sola oreja, que se llamaba Pedro, tuvo una breve rencilla con Diamo cuando los dos intentaron quedarse el mismo. Una sonriente Ash arrebató a Tric su pergamino de las manos. Mia se abrió paso entre la multitud para coger el suyo. Partió el sello de cera y leyó la lista manuscrita.

- Un cuchillo de las cocinas 1 punto*
- Una alabarda del Salón de las Canciones 1 punto*
- Un objeto personal de un compañero discípulo 2 puntos*
- Joyas pertenecientes a un compañero discípulo 3 puntos*
- Un libro del athenaeum (robado, no prestado, listillos) 6 puntos*
- Un espejo del Salón de las Máscaras 7 puntos*
- Los anteojos del cronista Aelio 8 puntos*
- Un rostro de los aposentos de la tejedora 9 puntos*
- Los cuchillos ceremoniales de la shahiid*

*Mataarañas 20 puntos*

*Un recuerdo del estudio de la madre Drusilla 35 puntos*

*La vaina vacía del shahiid Solis 50 puntos*

Y la lista seguía. Había decenas y decenas de objetos en el papiro, cada cual más estrambótico que el anterior. Parecía que aquella «competición» iba a propiciar una guerra abierta de hurtos entre los discípulos, que casi a ciencia cierta era lo que quería Ratonero. Estarían alerta a todas horas. Buscando siempre una oportunidad. Siempre vigilantes.

Siempre practicando.

«Muy hábil.»

Al final de la lista, Mia leyó el último objeto, el más difícil de todos.

*La llave de obsidiana de la reverenda madre 100 puntos*

Mia recordó la llave que pendía del cuello de la anciana. ¡Habría que estar muy loco para intentar robarla! Levantó la mirada hacia el shahiid Ratonero y lo encontró observándola con aquella sonrisa de robar cuberterías. El shahiid dio una palmada y miró a los discípulos.

—Muy bien, a practicar.

La primera lección del shahiid consistió en los principios básicos del carterismo. Cogió un monedero tintineante de una mesa, se lo ató al cinturón y procedió a educar a los discípulos en las diversas formas que tenían de afanarle el dinero, cada una con un nombre más pintoresco que la anterior. El Alzamuerto, el Impertinente, la Julieta, el Gigoló. Con un bastón en la mano,

Ratonero fue escogiendo discípulos al azar para que intentaran robarle el premio. Carlota, la chica con la marca de esclava que se contoneaba como una serpiente y se movía casi igual de rápido. El gran Diamo, cuyas manos como mazas demostraron ser más veloces de lo que aparentaban. Los discípulos demasiado lentos obtenían como recompensa un bastonazo en los nudillos. ¿Demasiado tosco? ¡Zas! ¿Demasiado evidente? ¡Zas! ¿Demasiado torpe?

Zas, zas, zas.

Ashlinn parecía tener habilidad en el juego, y Jessamine y Chss no le iban a la zaga. El chico pálido de ojos azules seguía negándose a hablar y usaba su tiza y su tablilla para responder a cualquier pregunta si no bastaba con asentir o negar con la cabeza. Pero era rápido como los gusanos en un cadáver y sigiloso como la muerte.

Ratonero se cambió varias veces de ropa, cogiendo prendas de los estantes y explicando cómo podía superarse cada una de ellas. Se disfrazó de don nacido de la médula, con una levita a medida y un monedero hinchado en su interior. Luego, de senador con su túnica de ribetes purpúreos y un bolsillo oculto para guardar las monedas.[59]

—Y ahora —anunció Ratonero, hurgando de nuevo en los estantes de ropa —, una especie que se aferra a sus cobres como los perros a sus huesos. —El shahiid se puso una pesada túnica blanca y se echó al cuello una cadena dorada—. El típico y devoto sacerdote de Aa. —Ratonero alzó sus tres dedos en un gesto de bendición e hizo que su voz descendiera una octava—. Que Aquel que Todo lo Ve os tenga siempre en su Luz, hijos míos. —Alzó la voz para imponerse a las risitas—. Reíd, reíd si queréis, discípulos, pero estos ropajes son auténticos. Pertenecieron a un clérigo de Tumba de Dioses a quien conocí brevemente en mis años mozos. Aunque debo señalar que él

disfrutó de mi presencia menos que yo de la suya. —Observó los rostros reunidos—. Veamos quién va a intentar...

Ratonero frunció el ceño.

—Discípula, ¿te encuentras bien?

Todos los ojos se volvieron hacia Mia. La chica estaba plantada como si hubiera echado raíces, con la mirada fija en el medallón que adornaba el cuello de Ratonero. Los soles estaban forjados en distintos metales, oro rosado para Saan, platino para Saai y oro amarillo para Shiih... y solo mirarlos hacía que a Mia le doliera el estómago. Que le sudara la cara. La luz de las ventanas de cristal tintado se reflejaba en aquellos tres círculos de metales preciosos y le ardía en los ojos. Don Majo estaba encogiéndose en su sombra, presa del pánico y tiritando, tan lleno de miedo que no podía beberse el de ella. Pero era algo más que el simple terror lo que embargó a Mia al ver la Trinidad. Fue auténtico dolor físico.

—Es...

—Venga, chica, es solo el traje de un sacerdote.

Ratonero dio un paso hacia ella. De repente, Mia trastabilló, cayó de rodillas y vomitó la mañanera que había tomado por todo el suelo. Los otros discípulos se apartaron, asqueados. Los tres soles la estaban cegando y, cuando Ratonero dio otro paso en su dirección, siseó como si se hubiera quemado y se arrastró detrás de una mesa, con una mano levantada para tapar la luz cegadora que solo ella parecía ver.

Tric fue hacia ella con ojos preocupados. Jessamine sonreía, divertida, y Ash escuchaba los perplejos y confusos murmullos de los demás discípulos.

—Fuera de aquí todos —ordenó Ratonero—. Se acabó la lección de este giro.

El grupo se quedó indeciso, mirando boquiabierto a la chica aterrorizada.

—¡Fuera! —rugió Ratonero—. ¡Ya!

La multitud desfiló fuera del salón, aunque Tric se quedó cerca de Mia como una niñera preocupada hasta que Ratonero le gritó que se marchara. Cuando el salón estuvo vacío, el shahiid se quitó las vestimentas y las arrojó a un lado. Se acercó a Mia como a un animal asustado, con la mano extendida.

—¿Estás bien, chica?

Sin la Trinidad a la vista, Mia encontró más fácil respirar. El corazón empezó a calmarse en su pecho y remitieron el dolor y la náusea. Don Majo se había recompuesto y estaba de nuevo enroscado en su sombra, bebiéndose su miedo. Pero las manos de Mia seguían temblando y su corazón seguía latiendo con fuerza...

—Lo... lo siento, shahiid.

Ratonero se arrodilló junto a ella.

—No, soy yo quien debe disculparse. La reverenda madre me contó el truco que hiciste a Solis en el Salón de las Canciones. Bravo, por cierto. —La sonrisa del shahiid se marchitó al no verse reflejada en Mia—. Pero me dijo lo que eres. He sido un descuidado. Perdóname.

Mia negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—Antes de que le abriera la garganta, el hombre que llevaba esa Trinidad era un primado del Sacerdocio de Aa. Ese medallón lo santificó un gran cardenal. Está bendecido por la Mano Derecha del propio Aa.

—¿Duomo?

Ratonero negó con la cabeza.

—Su antecesor. Pero lo importante no es el hombre, chica, ni sus ropas. Es su fe en Aquel que Todo lo Ve. El cardenal que bendijo esos soles era un auténtico creyente. Un verdadero seguidor del dios que expulsó a la misma Noche de nuestros cielos. Aa concede a sus siervos más devotos cierta parte

de su fuerza; los Luminatii y sus hojas de acero solar son el ejemplo más evidente de todos. Pero sus sacerdotes más píos pueden insuflar cierta medida de esa fuerza en otros objetos que tocan. Tendría que haber supuesto que algo así podría herirte.

—Pero ¿por qué?

El shahiid se encogió de hombros.

—Estás tocada por la Madre, discípula. Marcada, no sé si para bien o para mal. Pero sí sé que la Luz odia a su esposa. Y odia con la misma intensidad a quienes ella ama.

Mia parpadeó, con la náusea nadando todavía en sus entrañas. Lo había sentido, igual que podía sentir la piedra que tenía debajo. Al mirar aquellos tres círculos ardientes había sentido furia. Llama. Malevolencia. Había sentido lo mismo en otra ocasión. La luz ardiendo en sus ojos. La sangre en sus manos. Cegadora.

*No mires...*

Ratonero le dio una palmadita en la rodilla.

—No volveré a sacar la Trinidad en estas lecciones. De nuevo, mis disculpas.

El shahiid la ayudó a levantarse y se aseguró de que pudiera mantenerse en pie. A Mia le bailaban las piernas y estaba un poco mareada. Pero asintió con la cabeza y respiró hondo.

—¿Alguna vez habéis visto a mi señor Casio reaccionar así a la Trinidad?

—Nunca he sido tan necio como para llevarla puesta en su presencia. — Ratonero sonrió.

—Querría hablar con él, si es posible. Nunca he conocido a un...

La negativa de Ratonero moviendo la cabeza ahogó la petición que llegaba a los labios de Mia.

—Mi señor Casio ya no está en el monte, discípula —dijo el shahiid—.



Regresará para vuestra iniciación, pero dudo mucho que nos regale antes su presencia. Las respuestas que necesitas, tendrás que buscarlas sola. Ojalá pudiera decirte más, pero Casio es el único tenebro al que he conocido, y el Señor de las Hojas se reserva sus consejos.

Mia asintió a modo de agradecimiento y salió del Salón de los Bolsillos. Aún tenía el paso poco firme. Aún le temblaban las manos. Se detuvo fuera de la puerta doble, con los ojos cerrados, escuchando aquel coro fantasmagórico que cantaba en la penumbra. En la oscuridad de detrás de sus párpados todavía se marcaban tres círculos ardientes, y su mente seguía anegada por la comprensión de que, de algún modo, se había ganado el odio de un dios. No tenía ni idea de cómo. Ni de por qué. Pero fueran cuales fuesen los motivos, nadie de aquella iglesia parecía tener ninguna respuesta válida.

«Tal vez...»

Marchó hacia la oscuridad, todavía mareada, mientras los círculos ardientes de sus ojos iban desapareciendo poco a poco. Pensando que tal vez pudiera haber alguien en aquellos salones en posesión de las respuestas que necesitaba. Pero cuando llegó a los portones del *athenaeum*, los encontró cerrados a cal y canto. Llamó con los nudillos y gritó el nombre del cronista. Solo obtuvo el silencio por respuesta.

Con un suspiro, Mia apoyó la espalda en las puertas. Sacó una fina cajita de plata de su cabestrillo y encendió un cigarrillo. Exhaló gris.

Tres soles ardiendo tras sus ojos.

Preguntas ardiendo siempre en su mente.

Pero si quería conocer la verdad sobre sí misma, por lo visto tendría que encontrarla sola.

La sombra se revolvió a sus pies. Una voz suave susurró en la oscuridad.

—... *nunca sola*...

# CAPÍTULO 14

## MÁSCARAS

—No sé por qué no lo llaman el Salón de los Espejos —murmuró Mia.

Había pasado un giro desde el incidente en el salón de Ratonero. Mia había desviado la preocupación de Tric y Ashlinn con pobres excusas sobre un arenque en mal estado de la mañanera y, tras un par de miradas dubitativas, los dos habían renunciado a insistir. El resto de la grey tenía clase en el Salón de las Canciones pero, dado que el brazo de Mia aún estaba amoratado, Naev la había acompañado a su primera lección en el infame Salón de las Máscaras.

Escaleras y pasillos. Coros y ventanas y sombras.

El salón se extendía ante ella, envuelto en un tenue perfume. Había escarlata en todas las superficies. Telas largas y rojas que se cimbreaban como bailarines, mecidas por un viento invisible. Cristal tintado de brillante carmesí. Estatuas talladas en el excepcional mármol rojo dispuestas en ordenadas hileras; eran figuras desnudas y hermosas, pero lo raro era que estaban todas decapitadas. Lo más raro todavía era que no había ni una sola máscara a la vista. En lugar de ello, mirara donde mirara Mia, solo encontraba espejos. Cristal y plata pulida, baños de oro y madera y marcos de vidrio. Un centenar de reflejos que le devolvían la mirada. Flequillo torcido. Piel blanquecina. Ojeras.

Ineludible.

Naev se retiró del salón. La doble puerta se cerró en silencio a su espalda.

—Llegas temprano, amor.

Mia buscó la voz entre los reflejos. Tenía un tono ahumado. Musical. Entrevió un movimiento de curvas pálidas cubriéndose con una túnica roja como el vino. Y saliendo de entre unas sedosas cortinas de puro escarlata, vio a Aalea, Shahiid de Máscaras.

Casi le dolió el estómago al ver a la mujer a plena luz. Llamarla bonita sería como llamar vientecillo a un tifón, o llama de cirio a los tres soles. Aalea era hermosa, sin más. Dolorosa y estúpidamente hermosa. Gruesos rizos que fluían como ríos de medianoche hasta su cintura. Ojos adornados con *kohl* y rebosantes de misterio, labios turgentes pintados del rojo de la sangre del corazón. Silueta de reloj de arena. Era la clase de mujer sobre la que se leía en los antiguos mitos, una mujer por la que los hombres asediarían ciudades o separarían océanos o harían cualquier otra idiotez imposible con tal de poseerla. Mia se sintió como un insecto en su presencia.

—Disculpas, shahiid. Puedo volver más tarde si os place.

—No, amor. —La sonrisa de Aalea era como los soles apareciendo entre las nubes. Cruzó majestuosa la estancia y besó las mejillas de Mia—. Quédate y sé bienvenida.

—Os lo agradezco, shahiid.

—Ven, siéntate. ¿Quieres beber algo? Tengo dulceagua. ¿O quizá algo más fuerte?

—¿Whisky?

La sonrisa de Aalea daba la impresión de estar creada solo para Mia.

—Como deseas.

Mia terminó sentada en un diván de terciopelo, con un vaso de buen vino dorado en la mano. La shahiid se reclinó enfrente de ella, sosteniendo una

fina y larga copa de líquido oscuro entre los dedos estrechos y pintados. Parecía un retrato que hubiera cobrado vida. Una diosa hollando el mundo con pies terrenales, que por algún motivo se había rebajado a pasar unos momentos con...

—Tú eres Mia.

La chica parpadeó, algo mareada por el perfume.

—Así es, shahiid.

—Qué nombre tan bonito. ¿Es liisiano?

Mia asintió con la cabeza. Dio un sorbo a su vaso y torció el gesto cuando el líquido le quemó la garganta. Hijas, qué no daría por encenderse un cigarrillo...

—Háblame de él —pidió Aalea.

—¿Cómo?

—De tu chico. De tu primero. Solo has tenido a uno, si no me equivoco.

Mia procuró que no se le descolgara demasiado la mandíbula. Aalea volvió a sonreír, deslumbrante y viva, llenando el pecho de la chica con un calor que no tenía nada que ver con el vino dorado. En aquellos ojos oscuros había algo que hablaba de afinidad. De secretos compartidos, como hermanas que no habían llegado a conocerse. Una voz en la mente de Mia le susurró que la shahiid estaba poniendo en práctica su oficio, pero aun así, de algún modo, no parecía tener importancia.

«Ahí es donde está el truco», supuso Mia.

—No hay mucho que contar —repuso la chica.

—¿Qué tal si empezamos por su nombre?

—Nunca lo supe.

Aalea enarcó una cuidada ceja, dejando que el silencio se ocupara de formular su pregunta.

—Era un dulcechico —dijo Mia al poco—. Le pagué por hacerlo.

—¿Pagaste a un chico para tu primera vez?

Mia trabó la mirada con la mujer y se negó a apartarla.

—Justo antes de venir aquí.

—¿Me permites que adivine por qué?

Mia se encogió de hombros.

—Como deseáis.

Aalea se reclinó en el diván y se estiró como una gata.

—Tu madre... —dijo la shahiid— ¿era una belleza?

Mia parpadeó. No dijo nada.

—¿Sabes que no has mirado a un espejo ni una sola vez desde que te has sentado? Te gires hacia donde te gires en este salón, ves tu reflejo. Y sin embargo, estás ahí sentada mirando la bebida en tu mano, haciendo lo imposible para evitar tu propio rostro. ¿A qué se debe?

Mia miró a la shahiid. Seguro que siempre había estado rodeada de hombres que la adoraban. No sabía lo que era ser del montón. Poquita cosa. Ordinaria. Hubo un fogonazo de rabia en los ojos de Mia y su voz se volvió llana y dura.

—Algunas no nacemos con tanta suerte como otras.

—Tienes más suerte de la que crees. Naciste sin eso por lo que la mayoría aprecia a sus amantes, ese ridículo premio llamado «belleza». Sabes lo que es que te pasen por alto. Lo sabes tan bien que pagaste a un chico para que te amara. Ah, saborear esa dulzura, aunque solo fuese durante un latido de corazón...

—No fue tan dulce, creedme.

Aalea sonrió.

—Tú ya entiendes lo que es anhelar, amor. Y muy pronto comprenderás cuánto poder otorga saber infundir ese anhelo en los demás.

—¿Qué enseñáis aquí, exactamente?

—El toque suave. La mirada que permanece. Los susurros de nada que lo significan todo. Esas son las armas que voy a entregarte.

—Prefiero el acero, si no os importa. —Mia frunció el ceño—. Es más rápido y más sincero.

Aalea rio.

—¿Y si necesitas información para completar una ofrenda? ¿Y si tu objetivo está escondido y solo un siervo leal sabe dónde? ¿Y si necesitas una contraseña para entrar en una reunión donde sabes que estará presente tu objetivo? ¿O la confianza de una mujer que puede guiarte a la muerte que debes dar? ¿De qué te servirá el acero entonces?

—Dicen que las brasas al rojo vivo funcionan muy bien en esas situaciones.

—La piel cálida funciona incluso mejor. Y deja menos cicatrices.

La shahiid se levantó, flotó hasta el diván de Mia y se sentó a su lado. Mia olió el perfume de la mujer, penetrante y vertiginoso. Contempló los oscuros estanques de sus ojos. Aquella mujer tenía como una gravedad, un magnetismo hacia el que Mia no podía impedir que la arrastrara. ¿Habría algún tipo de arkimia en el perfume que llevaba?

—Te enseñaré a hacer que los demás te amen —ronroneó Aalea—. Hombres. Mujeres. Sin remedio y por completo, aunque solo sea por una nuncanoché. Aunque solo sea por un latido de sus corazones. —Extendió unos dedos suaves y dibujó un cosquilleante descenso en la mejilla de Mia—. Te enseñaré cómo hacer que otros anhelan. Que sientan lo que sientes tú ahora. Pero antes debes dominar el rostro que ves en el espejo.

El sortilegio de Aalea se hizo añicos y las mariposas de la tripa de Mia cayeron muertas una tras otra. Echó un vistazo al espejo más cercano. Al reflejo que contenía. A la chica escuálida y paliducha de la nariz rota y las mejillas hundidas, sentada junto a una mujer que bien podría haber sido una

estatua de aquel salón después de cobrar vida. Era una locura. Por dulce que fuese el perfume que llevaba, por deliciosas que fuesen las nadas que pudiera susurrar, Mia jamás sería una belleza. Se había resignado al hecho años atrás.

—Me he mirado en el espejo más que la mayoría, creedme —dijo la chica—. Y aunque os agradezco la intención, shahiid, si vais a decirme que debo amarme a mí misma para que otros puedan amarme, creo que podría vomitar este whisky tan bueno por toda vuestra preciosa alfombra roja.

Risa. Tan brillante y cálida como los tres soles juntos. Aalea cogió la mano de Mia y se la apretó contra unos labios rojo sangre. La chica no pudo impedir que asomara un rubor a sus mejillas.

—Querida, no. Jamás pondría en duda que te conoces a ti misma más que muchos. Las del montón solemos hacerlo. Y no me refiero a que debas aprender a amar el rostro que ves en el espejo ahora. —Aalea volvió a tocar la cara de Mia, provocando una embriagadora oleada de calor—. Me refiero a que deberás dominar el rostro que vas a ver en el espejo mañana.

—¿Por qué? —dijo Mia, confundida—. ¿Qué pasará esta tarde?

Aalea sonrió.

—Que te daremos uno nuevo, por supuesto.

—¿Un nuevo qué?

—Esa nariz, esos ojos... no. —Aalea dio un bufido desdeñoso—. Demasiado notables, ¿entiendes? Un pico tuerto podría despertar curiosidad por cómo se rompió. Unas ojeras profundas podrían hacer que un objetivo se preguntara qué haces de nuncanoches en vez de dormir, como debería una hija fiel de Aa. Y los sitios a los que te enviaremos pronto... —La shahiid sonrió—. De momento, te necesitamos bonita pero fácil de olvidar. Agradable pero sin destacar. Capaz de hacer que se gire una cabeza si quieres y de difuminarte en el entorno si lo necesitas.

—Yo...

—¿No te gustaría ser bonita, amor?

Mia se encogió de hombros.

—Me trae sin cuidado mi apariencia.

—¿Y aun así, pagas a un chico guapo para que te ame?

La shahiid se acercó hacia ella. Mia sintió la calidez que irradiaba de su piel. De pronto se le secó la boca. Se le aceleró un poco el aliento. ¿Ira? ¿Indignación? ¿O sería otra cosa?

—Tal vez no esté bien —dijo Aalea—. Tal vez no sea justo. Pero vivimos en un mundo de senadores y cónsules y Luminatii, de repúblicas y sectas e instituciones que levantaron y mantienen casi en exclusiva los hombres. Y en ese mundo, el amor es un arma. El sexo es un arma. ¿Tus ojos, tu cuerpo, tu sonrisa? —Levantó los hombros—. Armas. Y te confieren más poder que mil espadas. Te abren más puertas que mil andadores de guerra. El amor ha derribado a reyes, Mia. Ha arrasado imperios. Incluso ha partido nuestro pobre y chamuscado cielo. —La shahiid alzó una mano y apartó un pelo suelto del pómulo de Mia—. Nunca verán el puñal de tu mano si están perdidos en tus ojos. Nunca notarán el veneno de su vino si están borrachos con tu visión. —Un leve gesto de indiferencia—. Lo único que hace la belleza es facilitarlo, amor. Más de lo que te resultaría ahora. Tal vez sea triste. Tal vez esté mal. Pero también es cierto.

La voz de Mia llegó en un susurro tenso, con la ira esperando entre bambalinas.

—¿Y qué podéis saber vos de cómo me resulta ahora, shahiid?

—He vestido tantas apariencias que casi ya no recuerdo la primera. Pero no era ninguna beldad, Mia. —Aalea se reclinó y sonrió—. Era más bien como tú. Conocía el anhelo. Lo mucho que dolía. Su vacío. Lo conocía tanto como a mí misma. Y por eso, cuando Marielle me otorgó belleza y aprendí a provocar ese anhelo en otros, me volví imparable.



—Marielle... —susurró Mia.

«La tejedora de carne.»

Todo empezaba a encajar. La belleza ultramundana de Aalea. El rostro joven y los ojos viejos de Ratonero. Incluso la fachada de hogareña calidez de la reverenda madre. Por fin comprendió a qué se debía el nombre de aquella estancia. El Salón de las Máscaras. Por las Hijas, podría aplicarse al monte entero, ocupado por asesinos, asesinos todos, ocultos detrás de fachadas que no estaban hechas de arcilla ni madera, sino de carne. Belleza. Juventud. Suave maternidad. ¿Qué mejor modo de mantener a una recua de asesinos que cambiar la forma de sus caras siempre que se hacía necesario? ¿Qué mejor manera de seducir a un objetivo, confundirse en una multitud o ser conocida y olvidada al instante que modelar un rostro adecuado para la tarea?

«¿Qué mejor forma de hacernos olvidar quiénes somos y moldearnos para ser lo que ellos quieren?»

Por muchos defectos que pudiera tener a ojos ajenos, aquella era su cara. Mia no estaba segura de cómo le sentaría que aquella gente se la arrebatará...

«No poseas nada —le había dicho Mercurio—. No sepas nada. No seas nada.»

Mia respiró hondo. Tragó con fuerza.

«Porque entonces, puedes hacer cualquier cosa.»

—Ven —dijo Aalea—. La tejedora nos espera.

La shahiid se levantó y le ofreció una mano. Mia recordó los espantosos rasgos de Marielle: los labios partidos y babeantes, aquellos dedos deformes y gordezuelos. Don Majo suspiró a sus pies y la chica hizo acopio de valor. Cerró los puños. Aquel era el precio que había decidido pagar. Por su padre. Por su familia.

«Cuando todo es sangre, la sangre es todo.»

¿Qué otra cosa podía hacer?

Cogió la mano de Aalea.

No se había fijado la primera vez que estuvo allí, pero, al contrario que en el salón de Aalea, las paredes de los aposentos de Marielle sí que estaban cubiertas de máscaras. De cerámica y de pasta de papel, de cristal y de arcilla. Máscaras de carnaval y máscaras mortuorias, máscaras de niño y máscaras retorcidas de hueso y cuero y piel de animal. Una sala de rostros, hermosos y horribles y todo lo de en medio, ninguno tan repulsivo como el de la propia tejedora.

Y ni un solo espejo a la vista.

Marielle estaba encorvada bajo un blanquecino brillo arkímico. Junto a ella, en las tinieblas, estaba la estatua de una mujer esbelta con cabeza de león y un orbe en las manos. Marielle estaba leyendo un tomo polvoriento, agrietando las páginas al pasarlas. Cuando la shahiid Aalea dio unos golpecitos en la pared para anunciar su presencia, la tejedora no levantó la mirada.

—Buenas tardes tengáis, shahiid. —Una cinta de sangre se derramó de los labios de Marielle al hablar. La tejedora frunció el ceño y presionó con un pañuelo en la página manchada.

La boca de Mia se torció, asqueada.

—Y vos, gran tejedora. —Aalea hizo una profunda y sonriente reverencia —. Confío en que estéis bien.

—No estamos mal, os lo agradezco.

—¿Dónde está vuestro bello hermano?

Marielle alzó la mirada al oírlo. Compuso una sonrisa tan amplia que estuvo a punto de partirle el labio de nuevo.

—Comiendo.

—Ah. —Aalea puso una mano al final de la espalda de Mia y la hizo entrar en la estancia—. Lamento interrumpir, pero os traigo a vuestro primer lienzo. Ya os conocéis, según creo.

—Fue poco tiempo. Mas debéis agradecer al gentil Solis que nos presentara. —Marielle se limpió la saliva de la boca y dedicó a Mia una sonrisa torcida—. Buen giro tengas, pequeña tenebra.

Mia se irritó al captar la burla en los rasgos de la tejedora. Ya sin la impresión de su primer encuentro, identificaba la clase de mujer que era Marielle. Mia había tratado mil veces con personas como ella. La mujer sonreía para provocarla, comprendió. Marielle disfrutaba con el tormento. Adoraba contemplar el dolor e infligirlo, y también la compañía de quienes lo adoraban tanto como ella.

Era una sádica.

Y aun así, la shahiid Aalea hablaba a la mujer casi con reverencia, bajando la mirada en señal de respeto. Tenía sentido, supuso Mia. Si la tejedora era quien hacía que Aalea conservara aquel aspecto, era lógico que la Shahiid de Máscaras prefiriese que Marielle la mirara con buenos ojos. Aunque fuesen unos ojos rosados de cadáver.

—Acercaos y que se siente.

Marielle se levantó de su mesa con un gesto de dolor y señaló una losa de piedra negra que Mia ya conocía. Correas de cuero y hebillas centelleantes. La chica notó un sabor acre en la boca y recordó despertar en aquel lugar, el dolor y la duda y el vértigo.

—Deberás desarroparte, pequeña tenebra —ceceó Marielle.

—¿Para qué?

Aalea le posó una mano amable en la mejilla.

—Confía en mí, amor.

Mia clavó la mirada en la tejedora. Don Majo se aovilló en la sombra debajo de ella, bebiéndose su miedo tan deprisa como podía. Con una mueca y sin hablar, Mia sacó el brazo del cabestrillo, se levantó la camisa y la sacó por encima de la cabeza. Se quitó a patadas las botas y las calzas y se tendió desnuda en la losa. Notó la piedra helada contra su piel aún tibia, que se le puso de gallina con un cosquilleo.

A una palabra de Marielle, unos cuantos orbes arkímicos resplandecieron de repente encima de la cabeza de Mia, que entornó los ojos, deslumbrada por el fulgor. Sobre ella se alzaban dos siluetas difusas, emborronadas en la luz. La voz de Aalea era cálida y melosa como la dulceagua.

—Debemos atarte, amor.

Mia apretó los dientes. Asintió. Se recordó que era como hacían las cosas en aquel lugar. Que era donde ella misma se había enrolado. Notó que las correas se ceñían en torno a sus brazos y piernas y se le crispó el rostro cuando se le clavó el cuero en el codo herido. Le pusieron cuero acolchado a los dos lados del cuello. Mia se dio cuenta de que no podía girar la cabeza.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó Marielle ceceando—. Tiene buenos huesos. Podría transformarla en una belleza muy particular.

—De momento, un aperitivo, diría yo. Mejor no bucear demasiado profundo tan pronto.

—Parece haber extraviado su busto en alguna parte.

—Haced lo que podáis, gran tejedora. Estoy segura de que será una obra maestra, como de costumbre.

—Como deseáis.

Mia oyó unos nudillos estallando. Una respiración babosa. Parpadeó mirando la luz y las siluetas que nadaban en su interior. Tenía el pulso acelerado y Don Majo no podía absorber del todo su creciente pavor. Estaba

indefensa. Atada. Clavada como un pedazo de carne en el banco de un carnicero.

«Luchaste para llegar aquí —se dijo—. Cada nuncanoches y cada giro, durante seis años. Seis putos años. Piensa en Scaeva. En Duomo. En Remo. Muertos a tus pies. Cada paso que des aquí es un paso que te acerca a ellos. Cada gota de sudor. Cada gota de sa...»

Unas manos suaves le acariciaron la frente. Aalea le susurró al oído:

—Esto te dolerá, amor. Pero ten fe. La tejedora sabe lo que se hace.

—¿Dolerá? —farfulló Mia—. No habíais dicho nad...

Dolor. Exquisito, inmolador suplicio. Unas manos deformes se mecieron por encima de ella, con dedos que se movían como si la tejedora estuviera interpretando una sinfonía y las cuerdas fuesen su piel. Notó que le ondeaba la cara, que la carne se derramaba como cera ardiente. Le rechinaron los dientes y ahogó un chillido. Lágrimas cegadoras. Corazón martilleando. Don Majo hinchándose y rodando debajo de ella, las sombras de la estancia tiritando. Cayeron máscaras de las paredes mientras el dolor ardía más intenso, y en algún lugar de aquella negrura incandescente y garruda, sintió que alguien le cogía la mano y apretaba, prometiendo que no le pasaría nada.

—... *aférrate a mí, mia...*

Pero el dolor...

—... *no me sueltes, te tengo...*

Oh, Hijas, el dolor...

Duró una eternidad. Remitía solo el tiempo suficiente para que pudiera recobrar el aliento, sin dejar de temer que volviera a empezar. En todos esos inacabables minutos, Marielle no llegó a tocar su piel ni una sola vez y, aun con ello, Mia sintió las manos de la mujer por todas partes. Separándole la piel y retorciéndole la carne, mientras corrían las lágrimas por mejillas fundidas. Y cuando Marielle hizo descender sus manos hacia el pecho y la

tripa de Mia, lo dejó escapar. El chillido pasó entre sus dientes y ascendió, ascendió hacia la llameante oscuridad sobre su cabeza, mientras ella se hundía en una piadosa negrura donde no sentía nada. No sabía nada. No era nada.

—... *no te soltaré...*

Nada en absoluto.

No era hermosa.

Sentada más tarde en su dormitorio, Mia cayó en la cuenta de que la tejedora no le había concedido ese don. No era una estatua viva como Aalea. No era alguien por quien un general fuese a reclutar un ejército, ni por quien un héroe degollaría a un dios o a un daimón, ni por quien una nación querría ir a la guerra. Pero Mia estaba fascinada mirándose en el espejo de su cómoda. Se pasó las yemas de los dedos por los pómulos, la nariz y los labios, con manos todavía temblorosas.

Don Majo la observaba desde las almohadas, saciado por el banquete de su miedo. Había despertado en su cama con él a su lado, mirándola con sus no-ojos. La shahiid Aalea ya no estaba, aunque Mia aún percibía su perfume.

Al sentarse frente al espejo, había esperado encontrar a una desconocida. Pero cuanto más miraba la cara de la plata pulida, más reparaba en que seguía siendo ella misma. Los ojos oscuros, la forma de corazón, los labios curvos, todo suyo. Pero en cierto modo era... bonita. No bonita de las que bordean la hermosura, sino bonita cotidiana, como las que podría cruzarse cualquier giro en la calle. De esas que quizá se miren al pasar deprisa, pero se olvidan nada más se pierden de vista.

Era como si al puzle de su rostro le hubiera faltado una pieza que por fin estaba colocada en su sitio. Cambios sutiles que, de alguna manera, lo

cambiaban todo. Los labios, más turgentes. La nariz, enderezada. La piel, lisa como la crema. Sus ojeras habían desaparecido y los ojos en sí parecían un poco más grandes. Ah, y hablando de eso...

Se desató los lazos del cuello y bajó la mirada al lugar donde no habían estado sus pechos.

—Por las Hijas —murmuró—. Esas dos son nuevas.

—... *te habrás dado cuenta de que he evitado hacer comentarios...*

Mia lanzó una mirada al no-gato, que se había subido al marco del espejo.

—Tienes un autocontrol admirable.

—... *en realidad, es que no se me ocurría nada ingenioso...*

—Gracias a las Fauces por los pequeños regalos, pues.

—... *y por los considerablemente más grandes, como el caso que nos ocupa...*

Mia puso los ojos en blanco.

—... *los dos sabíamos que no podía durar...*

La chica devolvió la atención a su reflejo. Observó cómo la observaba aquella cara nueva. En realidad, había creído que se sentiría rara. Como si le hubieran robado algo: su identidad, su yo, su individualismo. ¿Casi como si la hubieran vulnerado? Pero aquella seguía siendo su cara. Su carne. Su cuerpo. Y mientras Mia se encogía de hombros hacia la chica del espejo, la chica le devolvió el encogimiento. Como había hecho siempre. Como siempre haría.

Tuvo que reconocerlo.

La tejedora sabía lo que se hacía.

# CAPÍTULO 15

## VERDAD

Naev la estaba esperando junto a su puerta cuando Mia se levantó por la mañana. Al ver el nuevo rostro de Mia, los ojos de la mujer se ensancharon tras su velo. Mia oyó un leve siseo escapar de unos labios arruinados y se quedó indecisa, sin saber del todo qué decir. Al final, se conformó con:

—Buenos giros tengas, Naev.

—Naev viene a decirle que Naev se marcha.

Mia parpadeó.

—¿Te marchas? ¿Adónde?

—A Última Esperanza. Y luego a la ciudad de Kassina, en la costa sur. Naev tardará en volver. Ella debe mirar por dónde anda hasta que Naev regrese. Mantenerse firme. Ser fuerte. Y tener cuidado.

Mia asintió con la cabeza.

—Lo haré. Te lo agradezco.

—Vamos. Naev la acompañará a la mañanera.

Mientras las dos recorrían los enrevesados pasillos hacia el Altar del Cielo, Mia cayó en la cuenta de que apenas sabía nada de la mujer que tenía al lado. Naev parecía sincera en su voto de sangre, pero Mia no estaba segura del todo de hasta dónde podía confiar en ella. Aunque la mujer no había dicho ni una palabra al respecto, entre ellas pendía como una mortaja el espectro del



nuevo rostro de Mia. Una pregunta embestía contra los dientes de la chica, exigiendo hacerse. Cuando llegaron a la enorme estatua de la diosa en el Salón de las Elegías, alzándose sobre ellas espada y balanza en mano, por fin la dejó escapar.

—¿Cómo lo soportas, Naev? —preguntó.

Naev se detuvo en seco. Miró a Mia con ojos fríos y negros.

—¿Cómo Naev soporta qué?

—He deducido a qué te referías en el desierto. Cuando te pregunté qué le había hecho eso a tu cara, dijiste: «El amor. Solo el amor». —Mia miró a Naev a los ojos—. Amabas a Adonai.

—No lo amaba —respondió la mano—. Naev lo ama.

—¿Y Adonai te ama a ti?

—Quizá una vez.

—¿Así que Marielle te deformó la cara porque tenía celos de que amaras a su hermano? —Mia no podía creérselo—. ¿Y qué dijo la reverenda madre?

—Nada. —Naev alzó los hombros y siguió andando—. Manos tiene en abundancia. Teúrgos, no tantos.

—¿Lo dejó estar sin más? —Mia igualó su paso al de la mano—. No está bien, Naev.

—Ella aprenderá que lo que está bien y lo que no tienen poco sentido aquí.

—No comprendo este sitio. Asesinaron a un discípulo bajo esta misma estatua y no parece que al Sacerdocio le preocupe mucho averiguar quién fue.

—La brutalidad engendra brutalidad. Pronto, a ella le importará tan poco como a ellos.

Entonces le correspondió a Mia parar de sopetón.

—¿Qué quieres decir?

La mujer contempló a Mia con aquellos ojos negros sin fondo. Lanzó un vistazo a la estatua de arriba.

—A Naev le gusta la cara nueva de ella. La tejedora sabe lo que se hace, ¿verdad?

Mia se llevó una mano pensativa a la mejilla.

—Sí que lo sabe.

—¿Ella echa de menos su antigua apariencia? ¿Siente ya el cambio en los huesos?

—Solo me han cambiado el aspecto. Sigo siendo la misma persona que ayer. Por dentro.

—Es así como empieza. El tejido es solo el principio. La mariposa recuerda haber sido la oruga. Pero ¿acaso ella cree que siente algo más que lástima por ese bicho que se arrastra en el fango? ¿Cuando ya ha extendido sus hermosas alas y aprendido a volar?

—Yo no soy ninguna mariposa, Naev.

La mujer puso una mano en el brazo de Mia.

—Este lugar entrega mucho. Pero se lleva mucho más. Quizá puedan volverla a ella hermosa por fuera, pero en el interior pretenden crear un horror. Si ella tiene alguna parte de sí misma que de verdad importe, aférrate a ella, Mia Corvere. Aférrate fuerte. Ella debería preguntarse a qué está dispuesta a renunciar por las cosas que quiere. Y cuáles desea conservar. Pues cuando alimentamos con otra vida a las Fauces, estamos entregándoles también una parte de nosotros mismos. Y tarda poco en no quedar nada.

—Yo sé quién soy. Qué soy. No lo olvidaré nunca. Jamás.

Naev señaló la estatua de piedra que se alzaba sobre ellas. Los inmisericordes ojos negros. La túnica tejida de noche. La espada asida en una delgada mano derecha.

—Ella es una diosa, Mia. Entre todo lo que existe y más allá, ahora ella le pertenece.

Mia se quedó mirando a Naev. Dio un fugaz vistazo a la estatua. A las

paredes negras, las inacabables escaleras, el canto coral que parecía salir de ninguna parte. Lo cierto era que parte de ella aún dudaba. Dioses y diosas. La guerra entre la Luz y la Oscuridad. Quizá pudiera hacer unos trucos de salón con las sombras, pero la idea de que Niah la hubiera escogido le resultaba un poco disparatada. Incluso en un sitio como aquel. Y por mucha divinidad que fuesen, mirando el rostro cubierto de Naev supo que las personas eran capaces de una brutalidad inconcebible incluso para la Señora del Bendito Asesinato. La había experimentado en sus propias carnes. ¿Qué le había pasado a su padre? ¿A su familia? Aquello no había sido obra de inmortales, sino de hombres. De cónsules y cardenales y de sus perritos falderos. Sus sonrisas ardieron tras los párpados de Mia. Sus nombres se le grabaron a fuego en los huesos.

«Scaeva.»

«Duomo.»

«Remo.»

Daba igual cuánto la cambiara aquel lugar, nunca iba a perdonarlos. Nunca iba a olvidar.

«Jamás.»

—Buena suerte en Última Esperanza —dijo por fin—. Me hace falta la mañanera. Tengo muchísima hambre.

La mujer hizo una inclinación y se volvió en un remolino de tela gris y rizos rubios. Y aunque habló entre dientes, Mia oyó el susurro de Naev al alejarse.

—Ella también.

**M**ia fue la primera en llegar al Altar del Cielo. Se sentó a las mesas vacías y se pasó los dedos por su cara nueva. Tenía la piel un poco irritada, como

quemada por los soles. El pecho y la tripa le dolían como si alguien se hubiera dedicado a darle puñetazos. Además, tenía un hambre atroz, y engulló la avena y el queso antes de llenarse un tazón de humeante caldo de pollo.

Fueron llegando otros discípulos. Una chica liisiana morena de ojos verdes claros, que Mia había averiguado que se llamaba Belle. Pedro, el de una sola oreja, y el chico con las manos tatuadas que no paraba de musitar para sí mismo.[60] Ratonero la saludó con la cabeza al pasar; Aalea, con una sonrisa cómplice. Solis pasó sin dignarse mirarla ni de reojo. Mia echó el ojo a la vaina vacía que llevaba al cinto, de desgastado cuero negro y labrada con un caleidoscopio de círculos engarzados. Valía cincuenta puntos en la competición de Ratonero. Cincuenta puntos más cerca de acabar la primera en Bolsillos. Quizá mereciera la pena arriesgarse a un desmembramiento si Solis la pillaba robándosela.

«O quizá debería empezar con algo un poco más fácil.»

Ashlinn se sentó enfrente de ella, con la boca llena ya de comida.

—Ibe, ¿ómo ha...?

La chica se atragantó y puso los ojos como platos al ver la cara de Mia. Tragó su bocado a medio masticar con una mueca y carraspeó antes de hablar de nuevo.

—¿La shahiid Aalea te ha llevado ya con Marielle?

Mia se encogió de hombros y torció los labios. Seguía notándolos raros al sonreír.

—Por los dientes de las Fauces, la tejedora ha dado en el blanco. Hasta te ha enderezado la nariz. Había oído que era buena, pero ¡por el abismo, qué labios! —Bajó la mirada—. Y esas peras...

—Ya vale. —Mia torció el gesto.

La chica alzó su vaso.

—Como que la noche es noche, Corvere, son de primera. Joder, qué celosa estoy ahora. Hasta ayer, estabas plana como un niño de doce añ...

—¡Que ya vale! —gruñó Mia.

Ash soltó una risita y dio un mordisco a su trozo de pan. Otra discípula pasó junto a ellas con un tazón de caldo caliente. Ojos azules. Pelo moreno, corto por los lados pero con un flequillo que le tapaba la marca de esclava en la mejilla. Aflojó el paso, contoneándose como una serpiente, y enarcó una ceja mirando a Mia.

—¿Te importa si me siento aquí, discípula?

La voz de la chica era inexpresiva, llana como una losa, pero en sus ojos brillaba una inteligencia feroz. Mia masticó despacio. Después se encogió de hombros y señaló con el mentón el taburete que tenía al lado. La chica morena le dedicó una leve sonrisa, se sentó con gestos rápidos y le tendió una mano.

—Carlota —dijo, con la misma voz de muerta—. Carlota Valdi.

—Mia Corvere.

—Ashlinn Järnheim.

Carlota inclinó un momento la cabeza y bajó la voz mientras iban llegando más discípulos al salón.

—¿La shahiid Aalea te ha llevado a ver a la tejedora?

Mia asintió. Miró a la chica de arriba abajo. Era esbelta y estaba bien musculada. Ojos brillantes, rodeados de gruesas franjas de *kohl*. Pintura negra en unos labios finos. Aunque intentaba ocultarlos con el peinado, tenía tres círculos entrelazados marcados arkímicamente en la mejilla que la identificaban como una esclava educada, quizá una artesana o una escriba.[61] Mia no podía saber de qué casa había huido, pero que aún llevara la marca demostraba que era una esclava fugada. La chica tenía valor, eso seguro. El destino que esperaba a los esclavos fugados en la república era tan bestial

como alcanzara la imaginación de los magistrados. Arriesgarlo todo para romper las ataduras y acudir a aquel lugar...

—¿Cómo fue el tejido? —preguntó Carlota.

Mia estudió a la chica con atención unos instantes más, sopesándola.

—No os creeríais lo mucho que duele —respondió al cabo.

—Pero ¿merece la pena?

Mia se encogió de hombros. Se miró el pecho y sintió que una sonrisa le asomaba a los labios.

—Dímelo tú.

Ashlinn también sonrió, rozando las puntas de los dedos de Mia con las propias. Carlota puso la sonrisita de alguien que solo había leído sobre el tema en libros y se alisó el flequillo para tapar la marca de esclava. Fueron llegando más discípulos al altar, y fueron reparando interesados en el rostro nuevo pero familiar que tenía Mia. El hermano de Ash, Osrik. El delgado y silencioso Chss. Ni siquiera Jessamine pudo resistirse a mirar. Por primera vez que recordara, Mia era toda una curiosidad.

Se fijó en que el compinche de Jessamine, Diamo, se la quedaba mirando hasta que la pelirroja le dio un codazo en las costillas. Mia vio que otro discípulo, un guapo itreyano con bonitos ojos oscuros llamado Marcelo, la miraba también. Se llevó una mano a la cara. Oyó las palabras de la shahiid Aalea resonando en su cráneo. Notó cómo algo ganaba cuerpo bajo su piel.

«Poder —comprendió—. Ahora tengo una especie de poder.»

—Gentiles damas —dijo una voz sonriente.

Tric se dejó caer sin ninguna ceremonia al lado de Ashlinn, con la bandeja cargada de pan de centeno recién hecho con mantequilla y un tazón de caldo. Sin levantar la mirada, partió el pan y levantó una cucharada, dispuesto a embutirse ambas cosas en la boca. Pero mientras los dos manjares se acercaban a sus labios, el chico dweymeri se detuvo.

Parpadeó.

Husmeó su tazón con gesto de sospecha.

—Hum.

Miró ceñudo el caldo como si le hubiera robado el monedero, o como si hubiera faltado al respeto a su madre. Se apartó las rastas de sal de los ojos y ofreció su cuchara a Mia.

—¿A ti no te huele raro? Juraría...

Por fin reparó en la cara nueva de la chica, y se le desencajó la mandíbula como una puerta oxidada un giro ventoso.

—Ojo, que no te entren polillas dragón —dijo Ashlinn con una risita.

La mirada de Tric no se apartaba de Mia.

—¿Qué te ha pasado?

—La tejedora —dijo Mia, restándole importancia con un gesto—. Marielle.

—¿Te ha quitado la cara?

Mia se sorprendió.

—No me la ha quitado. Solo la ha... cambiado, nada más.

La mirada de Tric se volvió más dura. Su semblante se ensombreció. Bajó la vista a su mañanera sin tocar y apartó el caldo a un lado. Y sin mediar palabra, se levantó y se marchó.

—¿Parece... molesto? —aventuró Carlota.

—¿Riña de enamorados? —dijo Ashlinn, sonriendo.

Mia levantó los nudillos mientras Ash estallaba en carcajadas.

—Oh, amado mío, vueeeelve —la pinchó la chica mientras Mia se levantaba de su taburete.

—Vete a la mierda —gruñó Mia.

—Eres demasiado blanda, Corvere. Se supone que tienes que hacer que te persigan ellos a ti.

Mia hizo caso omiso de las pullas, pero Ash la agarró por el brazo bueno cuando intentó alejarse.

—Tenemos Verdades esta mañana. A la shahiid Mataarañas no le gusta que la gente llegue tarde.

—Es verdad —asintió Carlota—. Dicen que una vez mató a un novicio por llegar tarde. Lo avisó una vez. Lo avisó dos veces. A la tercera, una tumba sin nombre en el gran salón.

—Menuda bobada —rebufó Mia—. ¿Quién haría algo así?

Carlota dirigió una mirada breve al codo de Mia.

—La misma clase de gente que te corta el brazo por hacerles un rasguño en la muñeca.

—Pero ¿matarlo?

Ash se encogió de hombros.

—Mi padre nos advirtió a Osrik y a mí antes de que viniéramos, Corvere. La última shahiid a la que te interesa contrariar es Mataarañas.

Mia suspiró y volvió a sentarse, muy a su pesar. Pero las palabras de Ash eran sabias, a fin de cuentas. Mia no había ido a aquel lugar para hacer de doncella complaciente: estaba allí para vengar a su familia. El cónsul Scaeva y sus aliados no iban a caer frente a una idiota sensiblera. Lo que fuese que carcomía a Tric podía esperar a después de las clases. Mia se terminó la mañanera en silencio —no olía nada raro en el caldo, por mucho que dijera Tric—, y luego siguió a Ash y Carlota para buscar el Salón de las Verdades.

De todas las salas que había en el interior del Monte Apacible, Mia descubrió pronto que era la más fácil de encontrar. Mientras bajaba una escalera de caracol, arrugó la nariz, asqueada.

—Por el abismo y la sangre, ¿qué es ese olor?

La reverencia impregnaba el rostro de Carlota, y un silencioso fervor iluminaba sus ojos.



—La verdad —murmuró.

El hedor creció a medida que andaban en la oscuridad. Era un perfume a podredumbre y flores frescas. A hierbas secas y ácidos. A césped cortado y óxido. Las discípulas llegaron a un portón doble y el olor las inundó cuando se abrieron de par en par.

Mia respiró hondo y entró en los dominios de la shahiid Mataarañas.

Si en el salón de Aalea predominaba el rojo, allí el color preponderante era el verde. El cristal tintado filtraba una apagada luz de color esmeralda a la estancia, en la que había objetos de cristal de todos los tonos, desde el verde lima hasta el jade oscuro. Un gran banco de jabí dominaba el salón. Había tinteros y papiros dispuestos sobre él. Los estantes de las paredes estaban repletos de miles de frascos distintos, que contenían una infinidad de sustancias. Por todo el banco había recipientes de cristal, tubos y pipetas, embudos y canales. Una melodía desafinada de burbujeos y siseos se alzaba de las distintas reacciones que tenían lugar en jarras y cuencos por toda la sala.

Había otra mesa más pequeña al fondo del salón, con una silla ornamentada de alto respaldo detrás. Además de otros aparatos, en la mesa había un terrario de cristal, con paja en la base. En su interior hociqueaban seis ratas, gordas, negras y brillantes.

Tric había bajado antes que Mia y, sentado al final del banco, no le hizo ningún caso cuando entró. Mia tomó asiento al lado de Ash y su mirada se centró en los aparatos: los matraces, los viales y las jarras hirviendo. Todas las herramientas del taller de un arkimista. Mientras empezaba a sospechar qué clase de «verdad» enseñarían allí, una voz melosa interrumpió sus pensamientos.

—Una vez maté a un hombre siete nuncanoches antes de que muriera.

Mia miró al frente y enderezó la espalda. De entre las cortinas al fondo del

salón salió una mujer alta y elegante, con la espalda más recta que una espada. Tenía unas rastas de sal intrincadas, inmaculadas. Su piel era del tono nuez, oscura y brillante, de los dweymeri, pero su cara no estaba adornada con tinta. Llevaba una túnica larga y vaporosa de un profundo tono esmeralda, tres dagas curvas en el cinturón y los labios pintados de negro.

La shahiid Mataarañas.

—Maté a un senador itreyano con un beso de su esposa —siguió diciendo—. Di fin a un terrateniente vaaniano con un vaso de su vino dorado preferido, aunque nunca llegué a tocar la botella. Asesiné a uno de los mejores espadachines Luminatii que ha vivido jamás con una esquirra de hueso no más grande que una uña mía. —La mujer se plantó delante del terrario, observada con ojillos oscuros por las ratas del interior—. El néctar de una sola flor puede arrancarnos de este frágil cascarón con más violencia que cualquier hoja. Y con más suavidad que cualquier beso.

Mataarañas sostuvo en alto una bolsa de gasa que contenía media docena de trozos de queso. Desenvolvió los bocados y los dejó caer en el terrario. Entre gemidos y chillidos, cada rata reclamó su alimento y lo devoró en cuestión de segundos.

—Esta es la verdad que os ofrezco —continuó Mataarañas, girándose hacia los discípulos—. Pero el veneno es una espada sin puño, niños. Solo está su hoja. De doble filo y siempre aguzada. Deberéis manejarla con extremo cuidado si no queréis que os desangre hasta vuestro fin.

Mientras Mataarañas tabaleaba con sus largas uñas en una pared del terrario, Mia cayó en la cuenta de que todas las ratas estaban muertas.

La shahiid inclinó la cabeza y musitó con fervor:

—Escúchame, Niah. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Estas vidas, estos finales, mis presentes para ti. Tenlos cerca.

Mataarañas abrió los ojos y contempló a los discípulos. Su voz quebró el

silencio mortal que había caído sobre el salón.

—Bien, ¿alguien tiene alguna idea de qué ha traído sus fines a estas ofrendas?

El silencio reinó de nuevo. La mujer miró a los discípulos con un mohín en los labios.

—Hablad. Tengo menos necesidad de ratoncillos incluso que de ratas.

—Paseo de viuda —sugirió por fin Diamo.

—El paseo de viuda provoca retortijones abdominales y vómitos sanguinolentos antes de llegar al *terminus*, discípulo. Estas ofrendas han muerto sin un solo chillido de protesta. ¿Alguien más?

Mia parpadeó bajo la luz esmeralda. Se frotó los ojos. A lo mejor eran imaginaciones suyas. A lo mejor el aire de allí abajo era de peor calidad. Pero estaba empezando a costarle respirar...

—Venga, venga —dijo Mataarañas—. La respuesta podría resultaros útil en el futuro.

—¿Aspira? —preguntó Marcelo, y se tapó la mano para toser.

—No —replicó Mataarañas—. La aspira se inhala, no se ingiere.

Empezaron a llegar respuestas.

—Matatodo.

—Siempresombra.

—Veneno de víbora marcanegra.

—Despecho.

—No —respondió Mataarañas—. No. No. No.

Mia se frotó el labio y lo encontró mojado de sangre. Parpadeó con fuerza. Miró a Ash y vio que la chica también tenía dificultades para respirar. Los ojos inyectados en sangre. El pecho subiendo y bajando muy deprisa. Miró por toda la sala y descubrió que a los demás discípulos les ocurría lo mismo. A Jessamine. A Chss. A Pedro.

«A todos excepto a...»

Había una sonrisa ensanchándose en los labios negros de Mataarañas.

—Mejor que penséis deprisa, niños.

«A todos excepto a Tric.»

—Mierda —susurró Mia.

«Se apartó las rastas de sal de los ojos y ofreció su cuchara a Mia. “¿A ti no te huele raro?”»

Tric miró confuso a su alrededor mientras los discípulos que lo rodeaban empezaban a hiperventilar. Belle cayó al suelo agarrándose el pecho. Los labios de Pipa se habían puesto casi púrpuras. Mia se puso de pie como pudo y su taburete cayó hacia atrás y se estrelló contra el suelo de piedra. Mataarañas la miró y enarcó una ceja depilada a la perfección de forma casi imperceptible.

—¿Ocurre algo, discípula?

—La mañanera... —Mia miró a los demás novicios, que ya estaban sudando y con la respiración entrecortada—. ¡Por los dientes de las Fauces, nos ha envenenado la mañanera!

Ojos ensanchándose. Reniegos y bisbiseos. El miedo extendiéndose entre los acólitos como un incendio en pleno verano. Mataarañas se cruzó de brazos y se apoyó en su mesa.

—Ya os he dicho que la respuesta podría resultaros útil en el futuro.

Mia recorrió la estancia con la mirada. Se le comprimía el pecho. Le atronaba el corazón. Intentó recordar todo lo que sabía sobre venenos, las páginas del *Verdades arkímicas* que había leído una y otra vez. Apartó de su mente el pánico que se estaba desatando a su alrededor. Con Don Majo a su lado, no conocía el miedo. ¿Qué era lo que sabía?

«El veneno se ingiere. Insípido. Casi inodoro.»

¿Síntomas?

«Falta de aliento, compresión en el pecho. Sudor. Sin dolor. Sin delirio.»

Miró a su alrededor y vio a Carlota de pie, buscando en las estanterías más cercanas mientras murmuraba para sus adentros. Los labios y las uñas de Ashlinn empezaban a ponerse azules.

«Hipoxia.»

—Los pulmones —susurró—. Vías aéreas. —Miró a Mataarañas sin dejar de pensar a toda velocidad. Tenía manchitas negras en la visión. Musitó—: Dalia roja...

Mia parpadeó. Otra voz había susurrado en reflejo de la suya, había pronunciado la respuesta en el instante exacto en que lo había hecho ella. Miró hacia Carlota y descubrió que la esclava estaba mirándola a ella, con los ojos como platos e inyectados en sangre. Pero la chica lo sabía. Lo comprendía.

—Tú trae la salazul y la calfita —dijo Mia—. Yo herviré la leche de pimienta.

Las chicas fueron renqueando a las rebosantes estanterías y buscaron a manotazos entre los ingredientes. Mia sacó el brazo del cabestrillo sin hacer caso al dolor, apartó una caja de raíz paralizadora y derribó un frasco de hierbaorgullosa fresca, que se hizo añicos contra el suelo. De puntillas e intentando alcanzar un frasco de leche de pimienta al fondo del estante, miró a Tric y señaló uno de los quemadores de aceite que había en la mesa.

—¡Tric, enciéndelo!

Chss cayó de rodillas, dando esforzadas bocanadas. Marcelo resbaló hacia atrás de su taburete, agarrándose el pecho. Sin hacer preguntas, Tric encendió el quemador y se apartó deprisa mientras una sudorosa y jadeante Mia soltaba un recipiente de cristal sobre la llama. Vertió dentro la leche de pimienta y el líquido grisáceo empezó a hervir casi al instante. El salón le bailaba ante los ojos. Jessamine estaba a cuatro patas, Diamo había caído como una piedra.

Mataarañas observaba el desarrollo de la situación en silencio, con la misma sonrisa negra en los labios. Sin mover un dedo. Sin decir una palabra.

Carlota por fin encontró la salazul, tropezó y estuvo a punto de caer de camino al banco de trabajo. Echó los gránulos púrpuras en el recipiente hirviendo con mano temblorosa, y luego soltó un puñado de calfita amarilla brillante. Hubo una sucesión de minúsculos estallidos dentro del cristal y un denso humo verdoso empezó a emanar del borde. Apestaba como el azúcar hirviendo en un retrete rebosante pero, al inhalarlo, Mia sintió que la presión de su pecho se evaporaba, que las manchas de sus ojos perdían intensidad. El humo siguió saliendo, pesado y denso, cayendo hacia el suelo.

Carlota acercó a rastras a un semiinconsciente Chss mientras Mia acercaba a Belle y Pedro para que respiraran. Ash y Pipa apenas se movían. Labios azules. Ojos amoratados. Pero al cabo de unos minutos en el hediondo humo, todos respiraban con normalidad. Manos tiritantes. Incredulidad en todos los rostros.

Un lento aplauso resonó por todo el salón. Los atónitos discípulos miraron boquiabiertos a Mataarañas, que seguía apoyada en su mesa y sonriendo.

—Excelente —dijo la shahiid, paseando la mirada entre Carlota y Mia—. Me alegro de que al menos dos de entre vosotros tengan algún conocimiento de la Verdad.

—¿Y así... es como nos ponéis a prueba? —dijo Carlota con un respingo.

—¿Lo desapruebas, discípula? —Mataarañas inclinó a un lado la cabeza—. Has venido a convertirte en un instrumento mortal de la Señora del Bendito Asesinato. ¿Crees que la vida a su servicio va a tratarte con más ternura?

A Mia aún le faltaba algo de aliento, pero logró sacar la voz.

—Pero shahiid, ¿y si ninguno hubiéramos sabido la respuesta?

Mataarañas miró a los acólitos, de pie o sentados en torno al recipiente

para hervir, que ya no hacía ningún ruido. Volvió a tabalear con los dedos contra el terrario de ratas muertas.

Miró a Mia. Y con toda la parsimonia del mundo, se encogió de hombros.

—Volved a vuestros asientos.

Ni por asomo tranquilizados del todo, los novicios regresaron como bien pudieron a sus sitios. Marcelo dio una palmada en la espalda a Mia y a Carlota al pasar. Chss y Pedro les hicieron gestos de agradecimiento. Belle aún parecía afectada y se había sentado con la cabeza entre las piernas. Ashlinn lanzó a Mia una mirada de «te lo dije» mientras las dos volvían a sus taburetes. La historia de que Mataarañas había matado a un discípulo por tardón ya no parecía tan descabellada...

—Ahí te has lucido, Corvere —susurró Ash.

—¿Lucirme? —susurró Mia—. Por los dientes de las Fauces, ¡si casi nos matan a todos, joder!

—A todos menos a Tric, claro. —Ash sonrió mirando al chico dweymeri. Tric estaba dando palmadas en la espalda a Belle, con cara de preocupación pero intacto—. Menuda nariz que tiene bajo esos tatuajes. Recuérdame que me salte la próxima comida que diga que huele raro, ¿quieres?

Mataarañas carraspeó, mirando fijamente a Ash. La chica se quedó callada como una muerta.

—Bien. —La shahiid se asió las manos por detrás de la espalda e inició un lento paseo—. Más que las hojas. Más que los arcos. Ya sea vuestra víctima un legendario guerrero de reluciente armadura o un rey en su trono dorado, una pizca de la toxina adecuada puede convertir una guarnición en cementerio, una república en ruina. Esta, mis niños, es la Verdad que os ofrezco aquí. —Mataarañas abarcó a Mia y a Carlota con un gesto de la mano—. Y ahora, quizá vuestras salvadoras quieran explicaros cómo funciona la toxina de la dalia roja.[62]

Carlota respiró hondo y lanzó una mirada a Mia. Levantó los hombros.

—Ataca los pulmones, shahiid —respondió sin entonación, recobrando la compostura.

—Se enlaza a la sangre para que no pueda hacerlo el aire —añadió Mia.

—Supongo que las dos habéis leído las *Verdades arkímicas*, ¿no es cierto?

—Cien veces —respondió Carlota, asintiendo con la cabeza.

—Yo me lo llevaba a la cama —dijo Mia.

—Me sorprende que sepas leer —murmuró alguien.

—¿Disculpa? —Mataarañas se volvió—. No te he oído bien, discípula Jessamine.

La pelirroja, aunque aún parecía algo descolocada por la «pruebecita» de la shahiid, bajó la mirada.

—No he dicho nada, shahiid.

—No, no. Sin duda estabas a punto de explicar cómo se extrae la toxina de la semilla de la dalia, ¿verdad? O quizá la dosis letal para un hombre de cien kilos.

Jessamine se ruborizó y apretó con fuerza los labios.

—¿Y bien? —insistió Mataarañas—. Espero tus respuestas, discípula.

—Filtración nítrica —declaró Carlota—, sobre un lecho de azúcar aspirado y estaño. Hervir y condensar. La dosis letal para un varón adulto es media pizca.

Jessamine miró a la chica con odio manifiesto.

—Excelente —asintió Mataarañas—. Quizá, discípula Jessamine, quieras imitar el ejemplo de la discípula Carlota y saberte la lección antes de volver a interrumpirla. Este conocimiento podría salvaros la vida un giro. Diría que esa verdad ya os la he transmitido.

La chica dejó caer la cabeza.

—Sí, shahiid.



Sin más ceremonia, Mataarañas se volvió hacia una pizarra y empezó a hablar de las propiedades básicas de las toxinas. Inoculación. Eficacia. Celeridad. Guardaba una compostura perfecta y tenía unos ademanes firmes. Costaba creer que hubiera estado a punto de matar a veintisiete chavales unos minutos antes. Recobrando del todo el aliento por fin, Mia miró a Carlota y asintió con la cabeza. «Bien hecho», vocalizó.

La chica se alisó el pelo sobre la marca de esclava y le devolvió el gesto. «Tú también.»

Mia puso de nuevo su atención en las explicaciones, pero vio por el rabillo del ojo que Jessamine escribía algo en un trozo de papiro y se lo pasaba a Diamo. La pelirroja entrecerró los ojos y fulminó con la mirada a Carlota. Pese a que la esclava acababa de salvarle la vida, todo indicaba que Jessamine había pasado a tener dos enemigas. Mia se preguntó si estaría dispuesta a lanzar algo más que miradas envenenadas...

En el transcurso de la lección, se hizo evidente que Mia y Carlota estaban mucho más avanzadas que los demás discípulos en sus conocimientos sobre venenos. Mia se enorgulleció. Que el shahiid Solis le cortara el brazo la había afectado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Su visita a la shahiid Aalea le había enseñado lo poco que sabía sobre algunos aspectos del mundo. Pero de aquello sí sabía. Y Carlota y ella respondieron a una pregunta tras otra, y poco a poco se ganaron una reticente sonrisa de respeto por parte de la adusta Shahiid de Verdades. Mia descubrió que, por primera vez desde su llegada, empezaba a sentir que encajaba allí. Empezaba a sentirse feliz de verdad.

Por supuesto, no duró.

Nada lo hace nunca.

# CAPÍTULO 16

## CAMINATA

Algo similar a la rutina se asentó en el interior del Monte Apacible. Los giros pasaron sin que Mia se diera cuenta, con solo las campanadas para señalar las horas en aquella oscuridad perpetua. Aunque habían interrogado a todos los discípulos después de la muerte de Llamarriadas y el toque de queda de la madre Drusilla seguía vigente, daba la sensación de que las investigaciones del Sacerdocio sobre la muerte del chico se habían detenido. Mia sentía curiosidad por la identidad del asesino, pero se dijo que tenía cosas más urgentes de las que preocuparse. Scaeva, Remo y Duomo no iban a matarse ellos solos, al fin y al cabo. De modo que se concentró en sus estudios. Demostró ser mejor que la mayoría en prestidigitación cuando se le curó lo suficiente el brazo para quitarse el cabestrillo, y era excelente en venenos.[63] Bajo la gentil tutela de la shahiid Aalea, Mia incluso logró comprender los conceptos básicos de la manipulación y el arte de la seducción.

Ashlinn se sometió al tejido, y después Marcelo, aunque a decir verdad ya era toda una belleza antes. Parecía que otorgar caras nuevas agotaba a Marielle, o quizá simplemente le gustaba tomarse las cosas con calma. En cualquier caso, la tejedora iba trabajando en los discípulos muy poco a poco. A aquel ritmo, pasarían meses antes de que todos hubieran saboreado el dolor de su toque.

El desafío de Ratonero a sus alumnos empezó despacio, con pocos puntos otorgados en las primeras semanas. El toque de queda de la novena campanada parecía retener a casi todos los discípulos en sus habitaciones, y Ashlinn y Mia no hicieron más excursiones fuera de horas. Pero al poco tiempo empezaron a aparecer marcas en la tabla del Salón de los Bolsillos. Números bajos al principio, dos o tres puntos por persona, resultado de afanar los objetos más fáciles de la lista a medida que los discípulos ganaban confianza. Ash empezó en cabeza, pero Jessamine le pisaba los talones y, al parecer poco afectado después de su envenenamiento casi letal a manos de Mataarañas, Chss iba tercero. Por su parte, Mia tardó poco en adquirir algunos de los objetos menos complicados de la lista, pero sabía que serían los difíciles los que terminarían decantando la competición, y aún no había ningún discípulo con el valor suficiente para robar la vaina de Solis o los cuchillos de Mataarañas.

Los demás shahiids anunciaron sus propias competiciones y, de nuevo, se informó a los discípulos de que los que acabaran en primer lugar de cada salón tenían prácticamente garantizada su iniciación como hojas. En el Salón de las Canciones se celebraría un torneo sin restricciones para evaluar la destreza marcial. El ganador obtendría la marca del favor de Solis.

Bajo la luz esmeralda del Salón de las Verdades, la shahiid Mataarañas escribió en la tabla la fórmula de una toxina arkímica de extrema complejidad e informó a los (aún algo aterrorizados) discípulos que quien le llevara el antídoto correcto sería el vencedor. Pero había una condición, cómo no. Los discípulos debían estar dispuestos a probar su antídoto consumiendo antes el veneno de Mataarañas. Si su antídoto funcionaba, ningún problema. Si no...

¿Y la competición de la shahiid Aalea?

Resultó ser la más interesante de todas.

Las discípulas mujeres fueron reunidas una tarde, justo antes de la novena

campanada, y acompañadas al Salón de las Máscaras. Era algo poco habitual, tan cerca de la hora del toque de queda, pero además la shahiid Aalea solía dar lecciones individuales. El suyo era un arte sutil que requería atención personal, y los grupos numerosos de jóvenes en una sala rara vez generaban un ambiente proclive al aprendizaje de las más delicadas técnicas de seducción. Pero por algún motivo, todas las chicas estaban presentes.

Aalea llevaba un vestido de seda bermellón oscuro, sin joyas. Saludó a las discípulas con un leve gesto de la cabeza y una hermosa sonrisa roja como la sangre.

—Mis damas, qué encantadoras estamos esta tarde.

Abrazó a las chicas una por una y las besó con cariño. Envuelta en los brazos de la shahiid, Mia de nuevo se vio abrumada por la certeza de que la sonrisa de Aalea estaba compuesta solo para ella. Mientras la mujer le daba besos en las mejillas, Mia descubrió que se había sonrojado.

—En esto tenemos que trabajar, amor —dijo Aalea, acariciando la piel de Mia—. Nunca permitas que tu cara revele un secreto que tus labios no deberían. —Se volvió hacia las discípulas congregadas, nueve en total—. Escuchad, mis damas. Tengo entendido que los demás shahiids han anunciado ya sus toscas competiciones de nada. Robar baratijas, moleros a palos unos a otros y esas cosas. Pero la Señora del Bendito Asesinato aprovecha talentos muy distintos. De modo que voy a proponeros la mía. — La mujer paseó la mirada por las discípulas, sonriendo a cada una de ellas—. Antes de que termine el año, cada una tendrá que traerme un secreto.

Carlota levantó una ceja y Mia se descubrió estudiando a la joven esclava. Nunca sonreía y su voz era fría como una tumba. Pero resultaba evidente que Loti podía hacer maravillas con una ceja enarcada. Expresar enojo. Curiosidad. Algo similar al entretenimiento. La única mujer a la que Mia había visto hacerlo mejor era su madre.

—¿Un secreto, shahiid? —preguntó la chica.

—Sí. —Aalea sonrió—. Un secreto.

Ashlinn pareció interesarse. La tejedora había hecho maravillas con su cara unos giros antes. Ya no estaban la redondez ni las pecas. Era hermosa como un prado de girasoles... si los girasoles se recogieran el pelo en trenzas de guerra y robaran cualquier cosa que no estuviera clavada al suelo, por supuesto.

—¿Qué tipo de secreto?

—Del tipo delicioso. Del tipo sórdido. Del tipo peligroso. Los secretos son como los amantes, querida. Solo después de haber poseído unos cuantos estás en condiciones de comparar como se debe. —Aalea miró a las chicas con una sonrisa oscura—. Traedme un secreto. Quien me entregue el mejor obtendrá mi favor y terminará la primera del Salón de las Máscaras. —La shahiid acarició el aire con sus dedos pintados—. Es pan comido.

—Shahiid, ¿dónde debemos buscar? —preguntó Jessamine—. ¿Dentro del monte?

—Negra Madre, no. A estas paredes ya les he exprimido todos los secretos. Quiero algo nuevo, algo que me abrigue por las noches.

—¿Y dónde vamos a encontrar esos secretos si no es aquí? —preguntó Mia.

—En el manantial de todos los secretos, amor, con su corazón podrido abierto al cielo...

El corazón de Mia le dio un vuelco en el pecho. Aalea solo podía referirse a un lugar. El manantial de todos los secretos. El origen de todas las intrigas de la república. El núcleo del poder del cónsul Scaeva, la sede de la iglesia de Aa y la catedral de Duomo, vigilada a todas horas con atención por Remo y sus legiones Luminatii.

«Tumba de Dioses.»

Pero había un océano entre ellas y la Ciudad de los Puentes y los Huesos. Llegar hasta el Monte Apacible desde Tumba había costado a Mia ocho semanas en un barco y otra esquivando a krakens de arena.

«Por el amor de la Madre, ¿cómo vamos a llegar allí?»

Alea se internó con las discípulas en las retorcidas vísceras de la montaña, más allá de la sala de los rostros de Marielle y por pasillos de granito que Mia nunca había cruzado. La piedra era lisa como el cristal y la temperatura, más cálida que arriba. El aire era denso y, a medida que descendían, con cada inhalación Mia estaba segura de oler...

¿Podía ser?

El pasillo daba a una estancia inmensa, iluminada por orbes arkímicos. Excavado en el suelo estaba lo que parecía un baño enorme, de diez metros de lado y forma triangular. En cada vértice había un símbolo arcano tallado. Y dentro del baño...

—Sangre —susurró Mia.

No había forma de conocer la profundidad, pero la superficie estaba picada como la de un mar en plena tormenta. Mia miró las paredes que la rodeaban y vio mapas tallados en el granito. Ciudades. Países. La república entera y todas sus capitales, Villa Corneja, Elai, Camada y Tumba de Dioses. Junto a ellos, entre ellos, había sellos que dolía mirar. El olor grasiento de la hechicería convivía en el aire con el hedor cobrizo del estanque.

—Discípulas —dijo una voz suave—, bienvenidas seáis.

La delgada silueta del orador Adonai salió a la luz. En contraste con su piel incolora, llevaba unas calzas de cuero oscuro tortuosamente bajas, casi por las caderas. Sus brazos y su torso, desnudos, estaban garabateados con

sangrientos pictogramas. Tenía el pelo blanco echado hacia atrás desde una frente escultural, y sus ojos rosas parecían un poco irritados.

Su belleza de cadáver reciente relucía en la penumbra.

—Gran orador. —Aalea le dio sendos besos en las mejillas, sin preocuparse por la sangre—. ¿Está todo preparado?

—La Ciudad de los Puentes y los Huesos aguarda. —Los ojos de Adonai recorrieron a las discípulas congregadas—. ¿Solo vuestras donas esta tarde?

—Los dones, mañana.

—Como gustéis.

Aalea se volvió hacia las chicas.

—Quitaos las joyas, amores míos. Nada de anillos ni adornos. Nada de fillos ni hebillas. Nada que no conociera una vez el rubor de la vida puede recorrer esta senda.

—Si acaso os avergüenza la desnudez de vuestra carne, entrevolvedla en seda. —El orador señaló con pereza un perchero con túnicas que había contra una pared—. Mas sabed que no estáis en posesión de nada que no haya visto antes. En cualquier caso, deberéis mudar la vestimenta cuando llegéis al otro lado.

¿El otro lado? Pero ¿de qué estaba hablando?

A pesar de sus mudos reparos, Mia se quitó las botas y el cinturón. Se sacó la camisa por la cabeza, con un gesto de dolor cuando el brazo le dio una punzada. Pero cuando sacó su estilete de la vaina de cuero que llevaba en la muñeca, se lo quedó mirando. Había tenido que esforzarse durante años para que Mercurio se lo devolviera. La idea de separarse de él...

Adonai reparó en Mia y le dedicó una sonrisa holgazana y bella.

—Tu hoja es de hueso de tumba, ¿no es así?[64]

—Sí.

—Entonces puede hacer la Caminata. —El orador inclinó la cabeza—. Es

de hueso. La vida fluyó una vez por ella, hace mucho. Mas si deseas dejarla a mi cuidado, no temas. Ningún ladrón vivo goza del coraje necesario para saquear la alacena de esta araña.

Viendo los sellos escarlatas dibujados en el rostro de Adonai y el estanque de sangre que ondeaba y se revolvía como un furioso mar rojo, a Mia no le costó nada creerlo. Sin embargo, dejó la hoja enfundada en su muñeca y guardó sus demás posesiones en unos huecos tallados en las paredes de granito a tal efecto. Se quedó solo con la combinación de seda que llevaba bajo sus cueros y notó que se le ponía la piel de gallina.

Adonai se arrodilló en el vértice del baño triangular, con las palmas de las manos hacia arriba. Hizo una señal con la cabeza a Aalea y la shahiid se quitó la túnica por los hombros, revelando la piel desnuda de debajo. Mia no pudo evitar quedarse mirándola, impresionada por la absoluta falta de pudor de la shahiid. Su largo cabello fluía espalda abajo como un oscuro río, destacado sobre curvas blancas como la leche. Se metió desnuda en el rojo y siguió hacia el centro. Parecía que el estanque solo tenía unos centímetros de profundidad al principio, pero la shahiid no tardó mucho en vadear con sangre hasta la cintura, en la que su pelo dejaba estela.

Adonai empezó a hablar entre dientes y puso los ojos en blanco. La sala se volvió más caliente; el olor a cobre y hierro, más intenso. Ante la mirada de Mia, la sangre empezó a arremolinarse. Salpicó por todo el borde del baño, rodando en sentido horario, formando un vórtice que giraba más y más deprisa mientras los susurros de Adonai se transformaban en una canción de gentil súplica. Sus ojos estaban rojos como la sangre. Sus labios estaban abiertos en una sonrisa de éxtasis. Mia lo miraba con los ojos como platos, notando el sabor de la magya en la lengua.

Aalea levantó las manos a los lados, con las palmas hacia arriba. Ojos



cerrados, rasgos serenos. Y entonces, sin previo aviso, la shahiid desapareció, arrastrada al fondo del remolino sin resistirse. Sin el menor ruido.

El vórtice menguó. La sangre perdió su dirección y volvió a mecerse en olas espumosas. El silencio pendió sobre la estancia como el cadáver de un traidor.

—Siguiente —dijo Adonai.

Mia miró a Ashlinn. Carlota. Jessamine. Belle. Titubeos evidentes en sus caras. Lo más probable era que ninguna hubiera visto nunca una teúrgia como aquella. Por las Hijas, seguro que nadie fuera de aquellas paredes la había presenciado en los últimos mil años. Pero como de costumbre, en el interior de Mia no había miedo, ni siquiera cuando debería haberlo habido. Su sombra dio un suspiro de satisfacción.

Se metió en el estanque sin pronunciar ni una palabra y notó la sangre densa y tibia entre los dedos de los pies.

El suelo era de azulejo liso y tuvo que caminar despacio para no resbalar, pero llegó al centro del rojo sumergida hasta la cintura. Adonai empezó a susurrar de nuevo y regresó la corriente, más y más rápida, con Mia en su centro. Mia se notó mareada y cerró los ojos al fulgor arkímico, con los brazos extendidos para guardar el equilibrio. Se le llenaron las fosas nasales de peste a sangre. El espacio a su alrededor perdió forma. Y justo cuando iba a hablar, se vio cayendo, absorbida hacia abajo, abajo, abajo por una resaca monumental.

Batieron olas rojas sobre su cabeza y el mundo entero giró, rodando, revolviéndose. Sin aire en los pulmones. Con sangre en la boca. Una oscuridad amniótica envolviéndola, el rotundo latir de un corazón inmenso y lejano, amortiguado por la negrura cálida como la sangre que la devoraba. Era un bebé diminuto en un útero oscuro. Nadando siempre hacia arriba, hacia una luz que no podía saber con certeza que existiera. Hasta que al fin...

«Al fin...»

La superficie.

Mia salió de golpe a la luz. Entre arcadas. Entre resuellos. Unas manos amables la sostuvieron y unas voces suaves le aseguraron que todo iba bien. Se quitó algo denso y pegajoso de los ojos y descubrió que estaba en un estanque de sangre que le llegaba a la cintura. Tenía al lado a dos hombres con marcas de esclavo, manteniéndola en pie. La ayudaron a salir del estanque, sosteniéndola pese a sus resbalones y balanceos. Estaba cubierta de la cabeza a los pies en sangre que goteaba sobre el azulejo, con el pelo y la combinación pegados a la piel. Las pestañas se le enganchaban al parpadear.

—Por los dientes de las Fauces —graznó.

La envolvieron en tela suave y uno de las manos la escoltó a una gran antecámara. Allí encontró a la shahiid Aalea, limpiándose en el segundo de tres baños triangulares. La mujer estaba enjuagándose el pelo con cucharones de agua tibia y perfumada. El aroma a flores impregnaba el aire vaporoso pero, por debajo, Mia olía la muerte. La sangre. Vísceras y excrementos.

—Lávate en el primero —indicó Aalea, señalando un baño lleno de agua ya rojiza—. Enjabónate en el segundo. Enjuágate en el tercero.

Mia asintió con la cabeza, se quitó la combinación empapada y se metió en el primer baño. Cuando Aalea ya estaba en el tercero y Mia pasando al segundo, Ashlinn entró trastabillando en la antecámara, ensangrentada de arriba abajo, parpadeando con sus brillantes ojos azules en una máscara de rojo pegajoso.

—Vaya, eso ha sido distinto —dijo.

Aalea rio, levantándose entre el vapor y poniéndose una túnica de seda. Señaló una puerta pintada de rojo.

—Cuando estéis preparadas, ahí encontraréis ropa, amores.

Sonriendo, la mujer se alejó sobre pies descalzos. Ashlinn se quitó su

combinación, entró de un salto al baño, se hundió bajo la superficie y volvió más rojas las aguas. Apareció al cabo de un rato, quitándose un agua carmesí de los ojos.

—Eso es la Caminata de Sangre —explicó.

—¿Así lo llaman? —preguntó Mia.

—Sí. —La chica ladeó la cabeza y se dio palmadas para desalojar el agua de las orejas—. Dice mi padre que así es como las hojas se desplazan por la república. Hay una capilla en cada ciudad importante, consagrada a la Madre. Si cuenta con un baño de sangre, Adonai puede hacernos la Caminata hasta cualquiera de ellas. Hasta todas ellas.

—¿Estás diciendo que mi maestro me hizo recorrer los Susurriales para nada?

Ash se encogió de hombros.

—No dejan hacer la Caminata al primero que pasa, Corvere. Adonai tiene que permitir que cruces el umbral. La Iglesia Roja no va a dejar que cualquier aspirante a novicio sepa que disponen de un orador de sangre ashkahi. Si se enterara el Senado, no escatimarían fuerzas para capturar a Adonai. ¿Te imaginas que la república pudiera trasladar sus ejércitos por todo el mundo a voluntad?

—Pero ¿confían en que lo sepamos nosotros? Solo llevamos un par de meses como discípulos.

Ash se limitó a levantar los hombros.

—Por los dientes de las Fauces, ¿de dónde sacan tanta? —preguntó Mia sin alzar la voz—. No puedo ni imaginarme cuánta hay.

Ashlinn movió las cejas.

—Lo verás bien pronto.

—Y no va a gustarme, ¿verdad?

Ashlinn solo soltó una carcajada y se hundió en el agua manchada de

sangre.

—La Porqueriza —dijo Mia—. Cómo no.

Contemplando un mar de guarridos, Mia sintió cómo encajaban las desagradables piezas.

Desde su infancia bajo las Caderas, sabía que cuatro mataderos bordeaban la bahía de los Carniceros de Tumba de Dioses, cuatro montañas de vísceras y hedor que escupían carne a los platos de los ricos y cagaban sus desperdicios en la bahía. Dos de ellos se ocupaban de las reses, el tercero de carnes exóticas y el cuarto solo de los cerdos. Lo llamaban «la Porqueriza», era más pequeño que los demás y estaba mejor equipado. Lo dirigían un hombre al que se conocía solo como Panceta y sus tres hijos, Jamón, Manitas y Lechón, y era famoso entre los nacidos de la médula de Tumba de Dioses por vender la mejor carne de toda Itreya, y entre personas más cuestionables como un lugar excelente donde deshacerse de un cuerpo, en caso de haber generado alguno que pudiera interesar a los Luminatii.[65]

Las discípulas se habían vestido con sencillas prendas de cuero y capas y se habían armado con hojas sin adornos pero de buena calidad en la gran armería que se alzaba junto a la casa de baños, antes de que se las llevaran por una escalera de caracol. La peste a entrañas y excrementos se hizo más fuerte hasta que por fin salieron a una entreplanta con suelo de madera. Era tarde y los carniceros se habían ido a casa a pasar la nuncanoché, pero una ingente masa de cerdos hociaba en un enorme redil por debajo de ellas. En la piedra ensangrentada del patio de matanza, Mia vio desagües tallados en la roca, que sin duda llevaban al estanque de abajo. Mia sumó dos más dos y descubrió que empezaba a odiar las matemáticas.

—Acabamos de bañarnos en sangre de cerdo —dijo Carlota sin

entonación.

—Y supongo que también de personas —repuso Mia.

—Dime que estás de broma.

Mia negó con la cabeza.

—Muchos braavi de Tumba de Dioses se deshacen de sus restos aquí abajo cuando no quieren que nadie haga preguntas.

Carlota la miró fijamente. Mia levantó los hombros.

—Los cerdos se comen todo lo que les echés.

—Encantador —murmuró la chica, alisando sus largos mechones.

—El maestro Panceta y sus hijos son manos de la iglesia —explicó Aalea—. Lo que sacan de los braavi de la zona va destinado a las operaciones en Tumba de Dioses. Y debo confesar que la ironía me resulta deliciosa. Me pregunto si a los nacidos de la médula de la ciudad les gustarían tanto las Carnes de Primera de Panceta si supieran qué comieron los cerdos de las que se obtienen.[66]

—Pero encantador del todo —dijo inexpresiva Carlota, tirándose con más brío del pelo.

—La sangre es sangre, amor. —La shahiid sonrió—. Cerdos. Pobres. Ganado. Reyes. No hay diferencia para Nuestra Señora. Toda mancha igual. Y toda se limpia igual.

Mia miró los ojos de la mujer. No el *kohl* ni la pintura, sino los ojos. No aquella belleza oscura, sino los ojos. Habría sido fácil pensar que era la frialdad lo que la llevaba a hablar así. Que sus docenas de asesinatos la habían desprovisto de empatía, como le había advertido Naev. Pero Mia comprendió que era otra cosa lo que impulsaba a la Shahiid de Máscaras en su servicio a la Señora del Bendito Asesinato. Algo mucho más aterrador, aunque fuese solo por el mero hecho de que Mia no lo compartía del todo.

La devoción.

Lo cierto era que ella no sabía si creía de verdad. ¿Dioses de la Luz en el cielo, vigilándola? ¿Madres de la Noche llevando la cuenta de sus pecados? Si las olas ahogaban a un marino, ¿era porque la Señora de los Océanos no había recibido un sacrificio adecuado o porque la Señora de las Tormentas estaba de mal humor? ¿O era solo el azar? ¿El destino? Y además, ¿era una necesidad pensar de otro modo?

Su fe no siempre había sido tan precaria. Mia había sido tan devota como un sacerdote. Rezaba al poderoso Aa, a las Cuatro Hijas, a cualquiera que la escuchase. Se pinchaba los dedos con agujas y quemaba mechones de su propio pelo a modo de sacrificio. Cerraba los ojos y suplicaba a Aa que trajera a casa a su madre. Que cuidara de su hermano. Que algún giro, algún giro maravilloso y brillante, pudieran reunirse de nuevo. Rezaba cada nuncanoches antes de meterse en la cama, en el piso de arriba de la tienda de Mercurio.

Cada nuncanoches hasta la veroscuridad de sus catorce años.

¿Y desde entonces?

*No mires.*

—Venga, amores —dijo Aalea—. Traedme secretos. Secretos encantadores. Volved aquí antes de que acabe la nuncanoches con los bolsillos llenos de susurros. Y mientras os aventuráis bajo la mirada de Aa, que nuestra Bendita Señora cuide de vosotras y os proteja de su maldita luz.

—Señora, cuida de nosotras —repitió Ash.

—Señora, cuida de nosotras —dijeron las demás discípulas.

Mia cerró los ojos. Inclino la cabeza. Fingió que volvía a ser aquella chica de catorce años, la que pensaba que sus plegarias podían cambiar algo, la que creía que a las divinidades podía importarles, la que tenía la certeza de que, de algún modo, todo terminaría bien al final.

—Señora —susurró—, cuida de nosotras.

Cada discípula sabía que se la juzgaría por la calidad de los secretos que trajera de vuelta, y la colaboración no tenía premio. De modo que, aunque Ash era una excelente compañera y Mia empezaba a disfrutar del humor negro y la mente rápida de Carlota, las discípulas se separaron tan pronto como pudieron. Mia se conocía el distrito portuario como un chico de trece años su propia mano derecha, de modo que recorrió callejones serpenteantes y estrechas callejuelas hasta estar segura de que no la seguía nadie.

Era raro estar bajo la luz de los soles después de meses de constante oscuridad. Su mirada dolía en la piel, y aunque la sombra de Mia era definida, negra y profunda, notó su afinidad con ella algo difuminada, muy inferior al relajado control del que había disfrutado dentro del Monte Apacible. Metió la mano dentro de su capa y sacó unos anteojos de montura metálica con lentes de azurita que había cogido de la armería.[67]

—... *¿adónde vamos?*... —preguntó un bisbiseo a sus pies.

—Si lo que quiere Aalea son secretos, secretos tendrá —dijo Mia con una sonrisa.

Mia recorrió grandes extensiones, cruzó puentes y pasó por debajo de escaleras mientras el mal olor de la bahía iba desapareciendo. La nuncanoché entonaba la melodía de los vientos aulladores y las calles estaban casi desiertas. Había patrullas de Luminatii con sus capas rojas subiendo y bajando por las ventosas avenidas, y serenos en las esquinas dando la hora a voces para hacerse oír, pero la mayoría de los ciudadanos se habían retirado ya a sus casas. Cuando estaba solo Saan en el cielo, el tiempo refrescaba y el viento que llegaba de la bahía era gélido. Mia cruzó los retorcidos canales, con los hombros encogidos, hasta llegar por fin a la miserable franja de polvo

en la que había florecido. A los callejones que rodeaban el mercado de la Pequeña Liis.

Saan pendía cerca del horizonte y las sombras eran alargadas. Mia se arrebujó en la oscuridad y pasó entre los mendigos y los granujas que regañaban por objetos robados o tiradas de dado. En una pared estaba incrustado un pequeño altar a la Señora del Fuego, con la estatua de Tsana rodeada de velas encendidas. Al ser la diosa de los guerreros y las guerras, tenía templos dedicados por toda Tumba de Dioses e, incluso en tiempos de paz, no había escasez de mezquinas rivalidades y conflictos en los que no se pidiera a Tsana tomar partido. Pero aquel altar en concreto estaba desierto.

Mia apartó su capa de sombras y miró a su alrededor para cerciorarse de que no hubiera nadie. Satisfecha, extendió un brazo y giró la estatua para encararla al noreste. Metió los dedos en las cenizas, se arrodilló frente a la base del altar y escribió el número tres y la palabra «reina» con carbón entre los pies de la estatua. Luego volvió a rodearse de sombras y se apartó del mercado.

Mia atravesó las Caderas, dejando atrás a trovadores callejeros y atestados burdeles, saludando con gestos educados de la cabeza a las patrullas de Luminatii con las que se cruzaba. Pasó al otro lado del puente de las Promesas Incumplidas[68] y vio a un hombre con una pértiga en el canal, a bordo de una bonita góndola, cantando el estribillo de *Mi aami* con una voz profunda y triste.

—... *¿adónde vamos ahora?...*

—Al Brazo del Escudo.

—... *no me gusta nada el brazo del escudo...*

—Tomo nota de tu objeción.

—... *¿esperas encontrar secretos allí?...*

—A un amigo.



El Brazo del Escudo se halla en la parte oriental del archipiélago de Tumba de Dioses y se compone de cinco islas. Al igual que muchas zonas de la metrópolis, como el Corazón, las Partes Bajas o el Espinazo, se llama así por un motivo muy sencillo: si gozais del don de las alas, gentiles amigos, o con solo que echéis un vistazo al mapa que hay al principio de este volumen, quizá os fijéis en que el contorno de la Ciudad de los Puentes y los Huesos guarda un notable parecido con una figura decapitada tendida bocarriba.

En el Brazo del Escudo se encontraban los edificios judiciales y una cantidad extraordinaria de catedrales, y era el punto de entrada del inmenso acueducto de Tumba de Dioses. Las islas también albergaban el cuartel general de los Luminatii, el Palazzo Blanco, y dos de los diez andadores de guerra que había en la ciudad. Los gigantes de hierro se alzaban orgullosos sobre los edificios de alrededor, con los titánicos puños cerrados.

Mia llegó a la gran plaza que ocupaba el centro del Brazo del Escudo, la *piazza* de Vitrio. Saludó con la cabeza a los guardias apostados frente al Palazzo Blanco, con sus acanaladas columnas de granito y sus grandiosas arcadas, con su enorme estatua de Aa delante de la fachada. Aquel que Todo lo Ve iba vestido para la batalla y alzaba su espada y su cuchillo. Recordando su incidente en el Salón de los Bolsillos, Mia apartó la mirada de la Trinidad que adornaba el peto de su coraza.

La chica se dirigió a una pulcra taberna que había al borde de la plaza. El letrero de encima de la puerta revelaba que se llamaba La Cama de la Reina. [69] Tras un cuidadoso reconocimiento de los callejones de alrededor, entró y localizó un reservado sombrío que había en una esquina. Pidió whisky cuando una cansada camarera fue a preguntarle. Y mientras se sentaba, las catedrales de alrededor empezaron a dar las doce.

—... *allá vamos...*

—Chis.

—... *te he dicho que no me gustaba nada este sitio...*

Lo cierto era que a Mia le gustaban las campanadas. Las notas entrelazándose y chocando entre ellas, las palomas somnolientas huyendo de los campanarios y saliendo al viento. Vio cambiar la guardia del Palazzo Blanco al dar la hora, las patrullas de Luminatii con armadura blanca y capa roja entrando y saliendo como olas del mar. Pensó en su padre, vestido con los mismos colores, guapo y alto como el cielo. Los hombres que sonrieron cuando murió. Se echó el whisky entre pecho y espalda y pidió otro.

Y se puso cómoda para esperar.

Transcurrieron las horas. Las campanas dieron la una y luego las dos. Mia hizo durar su copa, escuchando las conversaciones en voz baja de los pocos parroquianos que seguían despiertos. Se preguntó dónde estarían las demás discípulas y qué secretos estarían descubriendo. Y cuando los campanarios señalaron por fin las tres, las campanillas de encima de la puerta sonaron y una figura con tricornio y un pesado abrigo de cuero entró en el local. A Mia le dio un vuelco el estómago al verlo, y una sonrisa asomó a sus labios. El hombre miró a su alrededor y la vio en su rincón. Pidió un vino caliente con especias y renqueó hacia el reservado de Mia, haciendo sonar el bastón contra los tablones del suelo.

—Hola, cuervecilla —dijo Mercurio.

La doncella llegó con el vino y Mia se obligó a quedarse quieta mientras la chica trajinaba en su mesa. Cuando se quedaron solos, apretó la mano del anciano, encantada de volver a verlo.

—Shahiid —susurró.

—Tienes la cara... distinta. —Mercurio frunció el ceño—. Mejor.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti —replicó ella sonriendo.

—Pero sigues siendo la misma listilla bajo esa belleza, por lo que veo. —Mercurio dio un bufido—. No te insultaré preguntándote si te han seguido,

pero has elegido un establecimiento muy lujoso para un encuentro clandestino.

Mia señaló con el mentón el Palazzo Blanco, al otro lado de la plaza.

—Hay menos posibilidades de encontrarme con otras discípulas en esta zona de la ciudad.

—Veo que todavía no te han matado.

—No por no intentarlo.

El anciano sonrió.

—Mataarañas, ¿eh?

Mia parpadeó.

—¿Sabías que iba a hacernos eso? ¿Por qué no me avisaste?

—No lo sabía seguro. Cambian las pruebas cada año. Pero los iniciados juran guardar el secreto, de todos modos, y si se te hubiera notado que esperabas el golpe, empezarían a preguntarse por qué. —El anciano levantó los hombros—. Además, salta a la vista que te enseñé lo que necesitabas saber, por eso de que sigues con vida y tal.

Mia movió los labios un momento, pero no encontró réplica. Lo que decía Mercurio era cierto. Le había entregado el ejemplar de *Verdades arkímicas*, a fin de cuentas. Gracias a las Fauces que había dedicado más tiempo a leerlo que casi todos sus compañeros...

—Es cierto —murmuró al final.

—Dime, ¿qué te trae de vuelta a la Tumba? ¿Aalea?

—Sí.

Mercurio asintió con la cabeza.

—Tienes suerte. Cambian de ciudad cada año. En Tumba de Dioses es imposible tirar una piedra y no acertar a algún rumor. En mi año, el viejo shahiid Telonio nos envió a la puta Camada. Imagínate lo que fue buscar migajas entre una recua de pescaderas dweymeri.

—Nunca se me ha dado muy bien enterarme de secretos.

—Entonces, ¿no deberías salir a practicar?

—Esperaba que pudieras prestarme alguno y así dedicar el tiempo a beber contigo.

Mercurio dio un bufido y se le arrugaron las comisuras de los ojos azules al sonreír. Mia se alegraba mucho de estar de nuevo con él; aunque apenas llevaba tres meses fuera de Tumba de Dioses, tenía que reconocer que había echado de menos al viejo cabrón cascarrabias. Empezó a hablarle de la iglesia en voz baja. Del monte. De su encontronazo con Solis.

—Sí, es un capullo de mucho cuidado —murmuró Mercurio—. Pero un espadachín excelente. Aprende bien de él.

—Es un poco difícil aprender nada cuando no puedo ir a sus clases. —Le enseñó el brazo, que tenía un tono encantador de amarillo grisáceo en el codo—. Está tardando siglos en curarse.

—Anda ya —le espetó Mercurio—. Si no está casi ni magullado. Volverás a ese salón mañana mismo. —El anciano levantó la voz para ahogar la protesta de Mia—. De acuerdo, Solis te dio una paliza. Aprende de ella. A veces la debilidad es un arma, si eres lo bastante lista como para usarla.

Mia se mordió el labio. Asintió despacio con la cabeza. Sabía que Mercurio decía la verdad, que debería estar aprendiendo cuanto pudiera de Solis. De vuelta en Tumba de Dioses, su motivo para estudiar en la iglesia ardía en su mente con más llama que nunca. Mirara donde mirase, encontraba recordatorios. Las Costillas en las que había vivido de niña. Los Luminatii en sus brillantes armaduras blancas, que tanto le recordaban a su padre.

Los hijos de puta que se lo habían arrebatado...

—¿Hay alguna noticia sobre Scaeva desde que me fui? —preguntó.

Mercurio suspiró antes de responder.

—Bueno, se está postulando para un cuarto período como cónsul en

solitario, pero eso ya no sorprende a nadie. Tiene a medio Senado metido en el bolsillo, y el otro medio es demasiado cobarde o avaricioso para montar jaleo. Parece que la segunda silla de cónsul seguirá vacía en el futuro previsible.

Mia negó con la cabeza, impresionada en silencio. Cuando se fundó la república, cuando los itreyanos asesinaron a su último rey, levantaron un sistema sobre las ruinas de la monarquía con objeto de imposibilitar una nueva. Los itreyanos elegían a cónsules que los gobernarán cada veroscuridad, pero en el Senado había dos asientos de cónsul y no tenían permitido ostentar el cargo más de dos períodos seguidos. Ese precisamente era el objetivo de la república. Se ostentaba solo un poder compartido y durante un intervalo breve de tiempo.

Cuando el general Antonio alzó su ejército en rebelión contra el Senado, Scaeva había hurgado entre las anacrónicas enmiendas a la constitución itreyana hasta encontrar la que le permitía ostentar en solitario el consulado en tiempos adversos a la república, pero...

—¿Aún pone como excusa los poderes de emergencia? —Mia suspiró—. La Rebelión del Coronador se aplastó hace seis años. Menudos cojones tiene ese cabronazo...

—Bueno, a lo mejor le habría costado convencer al Senado de que duraban los tiempos de crisis, pero cuando un asesino intenta eliminar al líder de la república en una catedral llena de testigos, el argumento se vuelve un poco más fácil de hacer. La Masacre de la Veroscuridad enseñó al Senado lo peligrosa que sigue siendo esta ciudad. Ahora necesitarías un puto ejército para acercarte a Scaeva. Ni siquiera mea sin que le sostenga el orinal un pelotón de Luminatii.

Mia dio un sorbo a su whisky, con la mirada en la mesa.

—El cardenal Duomo sigue chupando de Scaeva como un bebé de la teta

de su madre, claro —musitó Mercurio—. Hace que sus sacerdotes den sermones desde sus púlpitos alabando al «glorioso cónsul» y su «era dorada de paz». —El anciano soltó un bufido—. Una era dorada de tiranía, diría yo. Estamos más cerca ahora de sentar un culo nuevo en el trono que cuando los Coronadores reunieron sus ejércitos. Pero la plebe traga y punto. Paz significa estabilidad. Y estabilidad significa dinero. Ahora Scaeva es casi intocable.

—Tú dame tiempo —dijo Mia—. Yo lo tocaré. Y con bien poquita suavidad.

—Ah, claro, ¿qué podría salir mal en eso?

—Scaeva tiene que morir, Mercurio.

—Tú preocúpate de tus lecciones —gruñó Mercurio—. Aún te falta mucho para la iniciación. Las pruebas a las que te someterá la iglesia solo van a endurecerse, y habrá demasiadas formas de que te entierren de aquí a que termines. Ya pensarás en Scaeva cuando seas una hoja, pero ni un minuto antes. Porque ahora va a hacer falta una hoja de pleno derecho para llegar hasta él.

Mia bajó la mirada. Asintió.

—Lo haré. Lo prometo.

Mercurio la miró y aquellos ojos nacidos para refunfuñar se suavizaron en las comisuras.

—¿Cómo estás aguantando ahí dentro?

—Bastante bien. —Mia levantó los hombros—. Aparte del desmembramiento.

—Pronto te pedirán que hagas cosas. Actos oscuros. Para demostrar tu devoción.

—Ya tengo sangre en las manos.

—No me refiero a matar a quienes lo tienen merecido, cuervecilla.

Eliminaste al verdugo, sí, pero era el hombre que había ahorcado a tu padre. Hasta al más blando de nosotros le resultaría fácil. —El anciano suspiró—. A veces dudo que hiciera lo correcto al adoptarte. Al enseñarte todo esto.

—Lo has dicho tú mismo —susurró Mia—. Scaeva es un puto tirano y tiene que morir. No solo por mí. Por la república. Por el pueblo.

—El pueblo, ¿eh? ¿Por él haces todo esto?

Mia extendió el brazo sobre la mesa y apretó la mano del anciano.

—Puedo conseguirlo, Mercurio.

—Sí. —El shahiid asintió con la cabeza, y de pronto le enronqueció la voz—. Lo sé, chica.

Parecía más cansado que nunca. Más hundido por el peso de todo, acumulado giro a giro. Tenía la piel como el papel. Los ojos inyectados en sangre.

«Qué viejo parece.»

Mercurio carraspeó y se terminó el vino.

—Me iré yo antes. Dame diez minutos.

—Sí.

El viejo asesino sonrió y se quedó sentado un momento, dubitativo. Mia tuvo que impedirse a sí misma levantarse para abrazarlo. Pero mantuvo la compostura, y el anciano recogió su bastón y la saludó con un breve gesto de cabeza. Dio media vuelta, emprendió el paso hacia la puerta y se detuvo de golpe.

—Por el abismo y la sangre, casi se me olvida.

Metió la mano en su gran abrigo y sacó una cajita de madera, sellada con sebo. Mia reconoció el símbolo grabado a fuego en la madera. Recordó la tiendecita donde el anciano compraba siempre sus cigarrillos. Recordó la primera noche en que le dejó fumarse uno, sentados en las almenas que

dominaban el foro. Oscuridad a su alrededor. Manos temblorosas. Dedos manchados de sangre. Catorce años.

*No mires.*

—De Dorian el Negro —dijo con una sonrisa.

—Papel, tabaco y madera. Todo puede hacer la Caminata. Aún me acuerdo de la vez que intentaste dejarlo. He pensado que más vale que no se terminen allí dentro.

—Mejor que no. —Mia le cogió la cajita de la mano, con picor en los ojos—. Te lo agradezco.

—Cuídate las espaldas. Y los frentes. —Hizo un gesto vago—. Y todo lo demás también.

—Siempre.

El anciano se caló el tricornio y se subió las solapas del abrigo. Sin decir nada más, salió cojeando de la taberna a la calle. Mia vio cómo se marchaba, contando los minutos de cabeza. Sin apartar los ojos de la espalda del anciano, que renqueaba en la lejanía.

«Pronto te pedirán que hagas cosas. Actos oscuros. Para demostrar tu devoción.»

Mia apoyó la barbilla en las manos, pensativa.

Entró desde la calle un alborotado grupo de hombres, vestidos con la armadura blanca y la capa roja de los Luminatii. La chica levantó la mirada al oír sus risas y vio caras jóvenes y atractivas sonrisas. Destinados tan cerca del *palazzo*, lo más probable era que todos fueran hijos de nacidos de la médula, echando unos años en la legión para colaborar en los objetivos políticos de sus familias. Si las cosas hubieran sido distintas, seguramente ella estaría comprometida con un chico de aquellos. Viviría una vida de privilegios y no se detendría ni un momento a...

—Disculpadme —dijo una voz.



Mia alzó la mirada, parpadeando. Había un Luminatii a su lado. Sonrisa de desarmar damas y dientes de niño rico.

—Disculpadme, mi dona —dijo el chico con una inclinación—. No he podido evitar fijarme en que os sentabais sola, y lo he considerado un crimen contra la mismísima Luz. ¿Me permitís acompañaros?

Mia se erizó y se le encogieron los dedos. Pero comprendió que no tenía aspecto de nada más que una chica nacida de la médula bebiendo en solitario y, recordando las muchas y difíciles lecciones de Aalea sobre el encanto, Mia se atusó las plumas y dedicó al chico su mejor sonrisa.

—Oh, suena encantador —dijo—. Me honráis, señor, pero me temo que mi madre espera que vaya a acostarme. ¿Quizá en otro momento?

—Confío en que vuestra madre pueda esperar a que toméis una copa más. —El chico enarcó una ceja esperanzada—. Nunca os había visto por aquí.

—Mis disculpas, señor. —Mia se levantó de la mesa—. Pero de verdad tengo que irme.

—Eh, espera. —El chico le impidió salir del reservado. Su mirada se oscureció.

Mia trató de aplastar su creciente ira. Mantuvo la voz firme. La mirada baja.

—Disculpadme, señor, pero no me dejáis pasar.

—Solo estoy siendo amistoso, chica.

—¿Así lo llamáis, señor? —Un fogonazo en los ojos de Mia cuando su mal genio por fin salió a jugar—. Otros dirían que estáis haciendo el imbécil.

La furia manchó la cara del chico. Era la rauda rabieta de un chaval demasiado acostumbrado a salirse con la suya. Extendió un guante de metal y aferró con fuerza la muñeca de Mia.

En ese instante, podría haberle roto la mandíbula. Enterrar la rodilla en sus pelotas. Sentarse en su pecho y aporrearle la cara hasta que aprendiera que no

todas las chicas eran su coto de caza. Pero hacerlo la señalaría como una conocedora de la canción, y estaba en una taberna con media docena de compañeros suyos, al fin y al cabo. De modo que se conformó con retorcer el brazo del chico como Mercurio le había enseñado, para desequilibrarlo y liberarse de su férrea presa.

Saltaron los botones de su manga. Se rasgó el tejido. La vaina de su muñeca rodó y, con el sonido del cuero al partirse, el estilete de hueso de tumba de Mia rebotó contra el suelo.

Una mano pesada cayó sobre la nuca del chico, y una voz de fumador gruñó:

—Deja en paz a la chica, Andio. Hemos venido a beber, no a cazar palomitas.

El chico y Mia miraron detrás de él y vieron a un hombre más mayor con armadura de centurión, que se alzaba detrás del joven soldado. Era un hombre voluminoso, con cicatrices en el rostro adusto.

—Disculpadme, centu...

Con un sonoro golpetazo, el centurión dio una patada en el trasero al joven para apartarlo, y se quedó cruzado de brazos y malcarado hasta que el chico volvió con sus camaradas. Estaba claro que aquel hombre del parche de cuero oscuro sobre un ojo era un veterano. Satisfecho, el centurión saludó a Mia tocando el ala de su yelmo emplumado e inclinó la cabeza.

—Disculpad la impertinencia de mi hombre, dona. Confío en que no os haya ofendido.

—No, señor. —Mia sonrió y su corazón empezó a calmarse—. Os lo agradezco, centurión.

El hombre asintió, se agachó y recogió del suelo el estilete de Mia. Con una breve inclinación, se lo ofreció con el filo sobre el antebrazo. La chica ensanchó la sonrisa, hizo una reverencia alzando faldas invisibles y le cogió

la daga de la mano. Pero cuando la metió de vuelta en su vaina, la mirada del hombre siguió la hoja y llegó al cuervo tallado en el puño. Un lento fruncimiento echó raíces en su ceño.

Mia perdió el color en la cara.

«Oh, Hijas...»

Acababa de reconocerlo. Habían pasado seis años, pero Mia no lo había olvidado. Inclinado sobre el tonel en el que la habían metido, con sus bonitos ojos azules y la sonrisa de alguien que estrangulaba cachorritos para divertirse.

*—Por los dientes de las Fauces —susurró el primero—. No tendrá más de diez años.*

*—Y no cumplirá los once. —Un encogimiento de hombros—. No te muevas, chica. Esto dolerá poco tiempo.*

El centurión ya no sonreía.

Mia rodeó la mesa, derribando su copa vacía. Intentó otra reverencia rápida y salir ligera hacia la puerta, pero, al igual que había hecho el soldado, el centurión estaba impidiéndole la salida del reservado. Sus dedos ascendieron hacia el parche de cuero, que cubría un ojo que ella había atravesado con su estilete de hueso de tumba muchos años antes. El asombro se le quedó tallado en el semblante.

—No puede ser...

—Disculpadme, señor.

Mia trató de apartarlo, pero el centurión la agarró con fuerza del brazo. Mia contuvo el mal genio a duras penas, pensando que quizá pudiera salir de aquella hablando. Correr como una cervatilla asustada llamaría la atención. Pero el hombre estaba retorciéndole el brazo y mirando el estilete que Mia había vuelto a envainar en su muñeca. El cuervo de la empuñadura, con sus diminutos ojos de ámbar.

—En nombre de la Luz... —farfulló el centurión.

—¿Centurión Alberio? —llamó el soldado al que había regañado—. ¿Va todo bien?

El centurión clavó la mirada en Mia. La sonrisa de matar cachorritos por fin asomó a sus rasgos.

—Oh, todo va de maravilla, créeme —dijo.

La rodilla de Mia impactó contra el vientre del hombre y su codo contra la mandíbula. El centurión gritó mientras el yelmo salía despedido de su cabeza y caía para atrás, pero Mia ya estaba saltando por encima de él de camino hacia la puerta. Los legionarios tardaron un momento en reaccionar al ver que su comandante caía como un gimoteante saco de patatas, pero después salieron en tromba a la calle detrás de la chica que huía. Mia oyó silbatos a sus espaldas, gritos furiosos, pies a la carrera.

—De todas las tabernas de Tumba de Dioses... —dijo entre jadeos—. ¿Qué probabilidad había, joder?

—... *has escogido justo la de al lado del palazzo...*

Mia se echó la capucha, salió de un salto de la plaza por un callejón en curva, saltó sobre los despojos y los borrachos, las golosinas y los dulcechicos. Más pasos a su espalda, más silbidos, más hombres. Adoquines agrietados bajo sus pies, estrechas paredes cerrándose sobre ella. Salió a una *piazza* minúscula, de apenas tres metros de lado, con una burbujeante y antigua fuente en el centro. La diosa Trelene se alzaba sobre ella, con un vestido hecho de olas espumosas, rodeada de velas y ofrendas de sangre. Mia se metió en un portal pequeño y se echó la capa de sombras sobre los hombros, sumiendo el mundo en la penumbra y la oscuridad.

Pisadas aproximándose. Botas pesadas. A través de su capa le llegó la borrosa visión de una docena de Luminatii, con sus hojas de acero solar desenfundadas y llameando, que llegaban corriendo a la *piazza*. Al no ver ni

rastros de Mia, se dispersaron a zancadas en todas las direcciones. Mia se quedó quieta, con Don Majo a sus pies, convertidos ambos en una mera mancha del portal. Mia esperó mientras pasaba corriendo un grupo de soldados, entre gritos y empujones.

Por fin, el silencio.

Se alejó muy despacio, tanteando en la pared bajo su capa. En momentos como aquel, costaba reprocharle a la Madre que la hubiera marcado, si es que, en efecto, era lo que había hecho. Pero puestos a comparar magyas, la capacidad de andar a trompicones casi ciega y casi invisible parecía muy poca cosa respecto a la rama de la teúrgia que dominaban Adonai o Marielle. Todo el mundo pagaba un precio, supuso. Adonai anhelaba lo que controlaba. Marielle tejía la carne de otros y corrompía la propia. Y Mia podía evitar que la vieran, pero apenas veía ella al hacerlo.

Siguió recorriendo a tientas el laberinto de callejones, pero no se conocía el Brazo del Escudo tan bien como la Pequeña Liis. Incluso con Don Majo como avanzadilla, le costaría horas regresar a la Porqueriza, al ritmo que llevaba. Así que terminó apartando sus sombras y dirigiéndose a la avenida más cercana. Saldría al gentío, cruzaría tres puentes hasta el Corazón y luego enfilaría hacia las Partes Bajas, esquivando a cualquier Luminatii que viese a una manzana de distancia. Tropezarse con el estrangulador de cachorritos la había puesto nerviosa. Le había llenado la mente de recuerdos. Su madre encadenada. Su hermanito llorando. El giro en que su mundo entero se deshizo. Tenía que volver al Monte Apacible, lejos de todos aquellos follasoles.

Un momento para pensar.

Un momento para respirar.

De no haber estado tan concentrada en localizar grupos numerosos de hombres en brillante blanca armadura que blandían espadas ardientes, quizá

hubiera reparado en una silueta delgada, vestida en gris mortero, que le empezó a seguir la pista cuando entró en el distrito portuario. Quizá se hubiera fijado en la pandilla de chicos que bajaba por el entablado hacia ella, haciendo gestos con la cabeza a la silueta que la seguía por detrás. Quizá hubiera caído en que llevaban botas de soldado. En que tenían unos sospechosos bultos con forma de porra bajo las capas.

Quizá hubiera podido darse cuenta de todo ello antes de que fuese demasiado tarde.

Pero entonces fue demasiado tarde.

# CAPÍTULO 17

## ACERO

Un bofetón.

Una chorretada de agua en la cara.

Una bocanada húmeda y entrecortada.

—Despierta, adorable amorcito.

Mia abrió los ojos y se arrepintió al instante. Un dolor cegador en la frente, que se le extendió hasta la base del cráneo. Recuerdos fragmentados. Un grupo de hombres. Porras. Golpes y más golpes. Maldiciones. Un centelleo en su cuchillo. Sangre en su boca.

Luego, la negrura.

Con un gesto de dolor, Mia miró en torno a ella. Paredes de piedra. Puerta de metal con barrotes en una ranura. Estaba sentada en una pesada silla de hierro. Con grilletes en las manos a su espalda. Don Majo encogido en su sombra, bebiéndose su miedo. No estaba sola.

«Nunca sola.»

—Despierta.

Cayó en su cara otro bofetón, que le echó la cabeza a un lado. El cabello lacio y mojado se le pegó a la piel. Intentó barrer con los pies y descubrió que también estaban retenidos con grilletes.

—¡Estoy despierta, cabrón hijo de puta!

Mia miró al hombre que le había dado dos bofetadas. Era una mole de puro músculo, metro ochenta de altura y casi lo mismo de anchura. Su cara era más cicatrices que cara. A su lado había otro tipo, pulcro y de buena hechura, con los ojos muertos y vacíos. Los dos llevaban túnicas blancas y ejemplares de los evangelios de Aa colgados de pesadas cadenas de hierro en su cuello. Diminutas salpicaduras de sangre en las mangas.

—Ay, mierda —susurró Mia.

«Confesores.»<sup>[70]</sup>

—En efecto —dijo el de los ojos muertos—. Y estás obligada por libro y cadena a responder con la verdad a nuestras preguntas.

El hombre de las cicatrices rodeó despacio la celda hasta quedar detrás de Mia. La chica estiró el cuello y vio una larga mesa con herramientas. Tenazas. Tijeras. Destornilladores. Un brasero lleno de carbón al rojo vivo. Al menos cinco tipos de martillo distintos.

Sin miedo en el vientre, sin temblor en la voz, Mia miró al segundo hombre a sus ojos muertos.

—¿Qué queréis saber, buen hermano?

—Eres Mia Corvere.

«¿Cómo saben mi nombre?»

—Sí.

—Hija de Darío Corvere, ahorcado por orden del Senado hace seis años.

«Ese centurión, Alberio... seguro que no puede haber avisado ya a Scaeva, ¿verdad?»

—Sí.

Dos manos pesadas cayeron sobre sus hombros y los apretaron con fuerza.

—La chiquilla del Coronador —dijo la voz del de las cicatrices, detrás de ella—. ¡Es para darse con los huevos contra el tablón! Menudo hallazgo, ¿eh, hermano Micheletto?



El hombre de ojos muertos sonrió, sin apartar la mirada de Mia.

—Una auténtica delicia, hermano Santino. Tengo mariposas en el estómago y todo.

—No he cometido ningún delito —afirmó Mia—. Soy una devota hija de Aa, hermano.

El tal Micheletto dejó de sonreír. El bofetón que le atizó hizo salir las estrellas de la oscuridad del cráneo de Mia y le dejó la cabeza colgando de los hombros. El gruñido de Micheletto se impuso al pitido de sus oídos.

—Vuelve a pronunciar Su nombre, chica, y te cortaré esa lengua impía con una puta paleta de mantequilla para echármela en el té.

Mia respiró hondo. Esperó a que remitiera el dolor. Pensó con ahínco. Estaba atada. Superada en número. Sin la menor idea de dónde estaba. No llegaría ayuda. Era cierto que había estado en peores apuros, pero, por las Hijas, aquello estaba haciendo méritos para el segundo puesto.

Sacudió la cabeza para apartarse el pelo de los ojos y la levantó hacia el confesor.

—Dinos dónde estabas esta tarde —ordenó él—, antes de llegar a Tumba de Dioses.

—¿Llegar? —La chica negó con la cabeza—. Hermano, llevo viviendo aquí desde...

Mia siseó de dolor cuando Santino la aferró por el pescuezo y apretó. Notó los labios del hombretón rozándole la oreja al hablar, su aliento a vino rancio y tabaco.

—El hermano Micheletto te ha hecho una pregunta, adorable amorcito. Y antes de que dediques esa lengua a otra mentira, será mejor que sepas que aún te huele el pelo a sangre.

El corazón de Mia saltó al oírlo. Notó que su sombra tiritaba, que Don Majo deglutía su miedo a marchas forzadas. ¿Podían saber de algún modo

que era de la Iglesia Roja? ¿Tenían la menor idea de cómo se trasladaban los discípulos desde y hasta la montaña? El justicus Remo había jurado mucho tiempo atrás que aniquilaría a los asesinos, incluso antes de la Masacre de la Veroscuridad. Tenía sentido que reclutara al Confesionato para erradicarlos. Pero ¿ellos podían...?

—Dinos dónde estabas esta tarde. Antes de llegar a Tumba de Dioses.

—No he salido de Tumba de Dioses desde que tenía ocho añ...

Zas. La huella roja de una mano grabada en su cara.

—Dinos dónde estabas esta tarde. Antes de llegar a Tumba de Dioses.

—En ninguna parte, hermano, yo...

Arrastraron su silla hacia atrás, haciendo que le rechinaran los oídos con el repulsivo sonido del hierro raspando contra la piedra. Mia vio un tonel lleno de agua oscura y turbia en un rincón. Unas manos burdas la agarraron del pelo, le hundieron la cabeza y la mantuvieron bajo el agua. Mia se revolvió y pateó, pero estaba retenida por grilletes y la mano la sostenía con fuerza. Rugió, expulsando burbujas por la boca a la salobre oscuridad. Agua del puerto, dedujo. Seguro que recogida de la bahía de los Carniceros. Sangre, pis y mierda.

«Y me están ahogando en ella.»

Puntos negros nadando en su visión. Pulmones ardiendo. La mano la sacó del agua y Mia inhaló una desesperada y espumosa bocanada de aire.

—Dinos dónde estabas esta tarde. Antes de llegar a Tumba de Dioses.

—Por favor, par...

Bajo el agua otra vez. El dolor y la oscuridad. Su sombra se revolvía inquieta a sus pies, impotente y desesperada. Pero no había capa de oscuridad que pudiera ocultarla en aquel lugar. No tenía sentido pegar los pies de sus captores al suelo. ¿Elegida de la Madre? Pues sí que le estaba sirviendo de mucho. ¿No podría la diosa haber hecho que pudiera respirar bajo el agua?

Con los pulmones a punto de estallar, volvieron a sacarla a la luz. Profundos jadeos. Piernas temblorosas. Toses. Atragantamientos. El miedo empezaba a desbocarse; Don Majo no podía bebérselo todo. Pero aun así, Mia lo pisoteó. Le dio una patada en los dientes y le escupió.

—Dinos dónde estabas esta tarde. Antes de llegar a Tumba de Dioses.

—¡No estaba en ninguna parte! —rugió Mia.

Abajo de nuevo. Y arriba. La pregunta se repitió una y otra vez. Mia chilló. Renegó. Probó a llorar. Suplicó. Nada funcionaba. Cada ruego, cada lágrima, cada palabrota recibía la misma respuesta.

—Dinos dónde estabas esta tarde. Antes de llegar a Tumba de Dioses.

Pero por debajo de las lágrimas y los chillidos, la mente de Mia seguía maquinando. Si la quisieran muerta, estaría muerta. Si supieran de dónde venía, ya estaría en la Porqueriza. Y si el Confesionato se había aliado con los Luminatii, significaba que aquellos dos cabronazos eran perritos falderos de Scaeva y Remo. Los hombres que habían ahorcado a su padre. Los hombres que la habían lanzado a aquel camino hacía años. La Iglesia Roja era su mejor opción para vengarse de ellos. ¿Y aquellos necios esperaban que la delatara por miedo a ahogarse un poco?

Se retiró. Volvió a la oscuridad del interior de su cabeza. Contempló su propia tortura con una especie de fascinación casi desapegada. Estuvieron trabajando en ella durante horas, hasta que se le quebró la voz y le chillaron los pulmones y cada aliento era de fuego. Ahogamientos y golpes. Escupitajos y bofetones. Horas.

Y horas.

Y entonces pararon. La dejaron tirada en su silla, con las manos atadas a la espalda. Con el pelo apestando a agua de la bahía, caído en su cara como una mortaja funeraria. Magullada. Sangrando. Casi asfixiada.

Casi muerta.

—Tenemos todo el giro, adorable amorcito —aseguró Santino—. Y toda la nuncanoché también.

—Y si el agua no te suelta la lengua —añadió Micheletto—, disponemos de otros remedios.

El hombretón levantó un atizador de hierro de la mesa de herramientas. Lo metió en el brasero en llamas y lo dejó para que se calentara. Escupió en las brasas y un chisporroteo llenó la celda.

—Cuando ese hierro se ponga al rojo, volveremos. Piénsate muy bien dónde recaen tus lealtades. Quizá creas que merece la pena morir por tu apreciada grey de herejes, pero créeme, hay destinos mucho peores que la muerte. Y nosotros los conocemos todos.

Los confesores salieron de la celda y cerraron de golpe la pesada puerta de hierro. Mia oyó el traqueteo de una llave y un pestillo pasando. Pasos en retirada. Gritos lejanos.

—... *mia*...

La chica movió la cabeza para quitarse el pelo de los ojos. Aún intentaba recuperar el aliento. Temblaba. Tosía. Por fin miró a la sombra que tomaba forma a sus pies.

—Estoy bien, Don Majo.

—... *para ser confesores, esos dos parecen unas personas encantadoras...*

—¿Cómo es posible que me hayan descubierto?

—... *¿mercurio?*...

—Y una mierda.

—... *¿el centurión? ¿alberio?* ...

—No tenía ni idea de que yo estuviera con la iglesia. Esto parece más serio. Más profundo.

Don Majo ladeó la cabeza. Callado y pensativo.

—... *los puzzles, para después. primero tienes que salir de aquí...* —dijo

por fin.

—Menos mal que estás aquí para decirme esas cosas.

Mia recorrió la celda con la mirada. El atizador calentándose en el brasero. Las herramientas en la mesa. Le habían quitado sus botas y sus armas. La cajita de cigarrillos que le había dado Mercurio. Tenía los grilletes bien apretados. Los pies encadenados a la silla. Palpó sus ataduras y descubrió que las esposas estaban cerradas con pesados tornillos de hierro y no con cerraduras propiamente dichas.

—Joder —susurró.

—... *tienes que soltarte...*

—No puedo —siseó ella, intentando en vano llegar a los tornillos—. Menuda porquería de grilletes serían si pudieras abrirlos solo con tus manos.

—... *pues no uses las manos...*

El no-gato miró las sombras que los rodeaban.

—Sabes que no funciona así.

—... *pero puede...*

—No soy lo bastante fuerte, Don Majo.

—... *lo fuiste...*

Mia tragó saliva. Imágenes en su visión mental. Pasillos tenebrosos. Piedra sin luz.

*No mires.*

—... *¿recuerdas?...*

—No.

—... *te matarán, mia, a menos que te hagan hablar. y entonces te matarán de todos modos...*

Mia apretó los dientes. Miró al no-gato, que le devolvió la mirada con sus no-ojos.

—... *inténtalo...*

—Don Majo, yo...

—... *inténtalo...*

Mia cerró los ojos.

Negrura y calor tras los párpados. Sintió las sombras de aquella celda pequeña y húmeda. Fría. Vieja. Allí nunca llegaban los soles. La oscuridad era profunda. Gélida y hambrienta. Podía sentir las a su alrededor, como seres vivos. Desapareciendo y reapareciendo, juguetonas, a la tenue luz del brasero. Topando unas con otras y riendo sin hacer ruido. La conocían. Era una minucia paliducha de nada, que las tocaba igual que el viento toca las montañas. Pero Mia las convocó, apretó los puños, y ellas se quedaron quietas.

Esperando.

—Muy bien —susurró.

Las retorció. Las envió reptando por el suelo para acumularse a su espalda. Las hizo serpentear a su alrededor hacia el hierro de sus muñecas. A una orden suya, envolvieron con fuerza los tornillos que mantenían cerradas sus ataduras. Las obligó a tirar.

Y los tornillos no se movieron ni un centímetro.

Eran solo sombras, al fin y al cabo.

Reales como sueños.

Duras como el humo.

—No funciona. —Mia suspiró—. No puedo hacerlo.

—... *debes...*

—¡Que no puedo!

—... *lo hiciste. y si no lo haces de nuevo, morirás aquí, mia...*

Le temblaron las manos. Unas odiosas lágrimas intentaron inundarle los ojos.

—... *no controles la oscuridad que te rodea...*

El no-gato se acercó a ella, mirándola con la intensidad con que miran los sin-ojos.

—... *controla la oscuridad que hay dentro de ti misma...*

Pasos lejanos.

Chillidos amortiguados.

—De acuerdo.

Cerró los ojos de nuevo. En esa ocasión, no llamó hacia el exterior. Se estiró hacia dentro de ella. Hacia lugares que los soles nunca habían tocado. La negrura sin forma bajo su piel. Le rechinaron los dientes. Le brilló el sudor en la frente. Las sombras tiritaron, titilaron, suspiraron. Se volvieron más negras. Más duras. Más afiladas. Asieron los tornillos mientras Mia tensaba el gesto, mientras su corazón le aporreaba el pecho, mientras se le aceleraba la respiración como en plena carrera. Pero muy despacio, muy muy despacio, los clavos empezaron a moverse. A girar. Instante a instante. Centímetro a centímetro. Se le marcaron las venas en el cuello. Saliva en los labios. Maldiciones. Súplicas. Hasta que por fin oyó un golpe suave. Y luego otro. El hierro de sus muñecas cayendo contra la piedra.

Y quedó libre.

Mia miró a Don Majo. Y aunque no tenía boca, notó que sonreía.

—... *eso es...*

Trasteó con los hierros de sus tobillos hasta soltarlos. Se levantó con el pelo y la ropa todavía empapados y fue sin hacer ruido hasta la puerta. La ranura estaba cerrada, pero escuchó con la oreja pegada al hierro. Oyó unos tenues gritos resonando en la piedra. El pasillo era largo, por el sonido. Metal y pisadas.

Que se acercaban.

Agarró un martillo de la mesa, tiró hacia ella de las sombras, se envolvió de oscuridad y se agachó en un rincón. Con un traqueteo del pasador, la

cerradura se abrió. El hermano Santino entró en la celda y al ver la silla vacía, los grilletes vacíos, se le ensancharon los ojos. Mia le estampó el martillo en la cara y le asestó un rodillazo en la entrepierna. Con un gimoteo burbujeante, el hombre se derrumbó. El hermano Micheletto estaba detrás de Santino con expresión patidifusa. Mia le lanzó un golpe, pero estaba casi cegada en su oscuridad y le salió demasiado ancho, de modo que el confesor retrocedió un paso y lo bloqueó con el brazal que llevaba. Entrecerró los ojos, vio solo un borrón en movimiento y embistió hacia él de todos modos. La atrapó en un abrazo de oso. Mia gritó mientras su martillo le rozaba el ceño. El confesor cayó a plomo y la arrastró con ella.

Rodaron los dos por la piedra, dándose puñetazos y manotazos. Micheletto intentaba asir a la chica que no terminaba de ver mientras Mia trataba de acertar con un golpe decente sin distinguir del todo hacia qué los lanzaba. Al final, echó a un lado su capa de sombras y optó por la ferocidad sin freno sobre el inútil sigilo. Le destrozó la nariz de un codazo y su puño bailó contra la mandíbula del hombre.

Recibió un potente gancho en la cara que la dejó aturdida. Encajó otro golpe que la envió rebotando por el suelo. Se dio cuenta de que Santino se había puesto de pie detrás de ella, con la cara hecha una desgracia ensangrentada y goteante. Mia intentó levantarse, pero el hermano le rodeó la cabeza con un brazo que estuvo a punto de abrirla el cráneo. Las sombras saltaron y se retorcieron, pero los golpes a la cabeza la habían mareado y no podía asirlas con fuerza. Lanzó una patada salvaje hacia atrás y notó que impactaba en algo blando mientras oía un gruñido de dolor. Pero entonces volvieron a empotrarla en su silla, escupiendo y maldiciendo, con el pelo enredado frente a los ojos. Santino la sostuvo mientras Micheletto le ataba las muñecas con cuerda. Las herramientas de la mesa temblaron y las sombras de



la habitación latiguearon como serpientes. Algo pesado se estrelló contra la sien de Mia y la derribó, sangrando y boqueando, con el cuello laxo.

—Putá zorrilla —siseó Micheletto.

Fue cojeando al brasero, meando sangre por la nariz, y sacó el atizador de las brasas. La punta refulgía en un iracundo y luminoso tono naranja. Mia se revolvió en la silla, pero Santino la retuvo mientras el otro confesor le acercaba el atizador a la cara. Se quedó petrificada. Sintió el calor abrasador, a solo unos centímetros de su piel. Un mechón suelto de pelo tocó el hierro al rojo vivo y humeó al calcinarse.

—Adorable amorcito —canturreó Santino—. Me temo que serás menos adorable dentro de un momento.

Manos en los lados de la cabeza, sosteniéndola quieta. Aliento escapando entre sus dientes. Nada en su interior salvo la ira. Si aquel iba a ser su fin, no se marcharía suplicando.

*Nunca te encojas. Nunca temas. Y nunca, jamás, olvides.*

—Dinos dónde estabas esta tarde —dijo Micheletto con voz rasposa—. Antes de llegar a Tumba de Dioses.

—Que os jodan.

—¿Dónde estabas antes de llegar a Tumba de Dioses? —gritó Micheletto.

Tenía el hierro casi pegado a la piel. Ya empezaba a quemar. Notó que se le revolvía el estómago y le picaba el sudor en los ojos. Mia miró al confesor. Retrajo los labios de los dientes. Susurró con ferocidad.

—Que. Os. Jodan.

El hermano negó con la cabeza.

Y con una sonrisa vacía, llevó el atizador hacia su ojo.

—Basta.

La sonrisa se evaporó del rostro del hermano. Las manos que asían la cabeza de Mia aflojaron. Los dos confesores irguieron la espalda, como

poniéndose en posición de firmes. El hermano Micheletto se hizo a un lado para revelar una silueta con capa en la puerta abierta.

Mia entrevió un cabello largo y oscuro. Ojos negros sin fondo. Hojas gemelas al cinto.

Del todo a la vista.

Del todo mortíferas.

Una náusea mantecosa se alzó en su estómago y Don Majo se echó a temblar mientras crecía la oscuridad a su alrededor. Y de las sombras oyó que salía un gruñido grave y atronador.

Un gruñido de loba.

—Dejadnos —ordenó Casio.

—Sí, mi señor —respondieron Micheletto y Santino.

Con sendas inclinaciones y silenciosos saludos con la cabeza a Mia, los dos hombres se apresuraron a abandonar la celda. El estómago de Mia cosquilleó con un repentino miedo cuando Casio entró en la celda, y Don Majo se encogió al interior de la negrura a sus pies. El Señor de las Hojas se alzaba delante de Mia con las manos entrelazadas y los rizos largos y negros moviéndose como empujados por una brisa invisible. Su piel era el más puro alabastro. Su voz, miel y sangre.

—Bravo, discípula. Mi enhorabuena.

—¿Mi señor Casio?

Mia miró a su alrededor. A pesar de las arcadas en las entrañas, a pesar de la oleada de miedo y emoción que sentía en presencia del hombre, la estaba inundando la comprensión.

Alivio. Furia. Disgusto.

—Una prueba —dijo con un hilo de voz.

—Una necesidad —repuso Casio—, ahora que conocéis la existencia de la Caminata de Sangre. Aparte de vuestra destreza con el acero, el veneno o la

carne, hay una virtud de la que debemos asegurarnos que poseen en abundancia todos los discípulos de la Iglesia Roja.

Mia miró a los ojos al Príncipe Negro. Le tiritaban las manos.

—Lealtad —dijo en voz baja.

Casio inclinó la cabeza.

—La Iglesia Roja se enorgullece de su reputación. Ningún contrato que haya aceptado esta congregación ha quedado sin cumplir. Ningún acólito suyo ha revelado jamás un secreto a quienes nos dan caza. Cada año, traemos caras nuevas al rebaño y os sacamos tanto filo como es posible. Pero por muy aguzadas que parezcan, algunas hojas sencillamente están hechas de cristal.

—¿Cristal?

—Una esquirla de cristal puede rajar la garganta a un hombre. Perforarle el corazón. Abrirle las muñecas hasta los huesos. Pero si se hace presión en el lugar equivocado, el cristal se quiebra. El hierro no.

Una tenue sonrisa curvó sus pálidos labios, y la mano de Casio descendió hasta una hoja de su cintura.

—Desde el intento fallido de asesinato del cónsul Scaeva, el cardenal Duomo ha decretado que la destrucción de la Iglesia Roja es mandato divino. El justicus Remo y sus Luminatii nos persiguen por todos los rincones de la república. Nosotros ostentamos el poder de la teúrgia ashkahi. Tenemos capillas en todas las metrópolis. Si un discípulo nuestro cayera en manos de nuestros enemigos, tenemos que estar seguros de que no se quebrarán. Y en consecuencia...

Casio hizo un gesto hacia las celdas de alrededor y su capa murmuró al moverse. El miedo de Don Majo estaba carcomiendo la tripa de Mia y las sombras serpenteaban por el suelo. Alzó la mirada cuando llegó el eco de otro chillido por el pasillo. Tragó con fuerza y trató de hablar.

—Entonces, ¿la prueba de la shahiid Aalea era solo un engaño?

—Oh, no. El discípulo que le regale el mejor secreto terminará el primero en Máscaras. Y se os enviará a todos varias veces a esta ciudad para buscarlos, eso no lo dudes. Simplemente aprovechamos esta oportunidad para tantear el terreno, por así decirlo.

—¿Y los demás discípulos que han venido a Tumba de Dioses? ¿También los estáis poniendo a prueba?

—Os ponemos a prueba a todos.

—¿Alguno se ha quebrado?

—Siempre se quiebra alguien.

El hombre escrutó los ojos de Mia. Esperando, quizá, alguna clase de réplica cortante.

Mia se quedó callada, afrontando aquella mirada sin fondo, combatiendo la náusea en su interior. El sabor grasiento de la bilis no se le iba del fondo de la garganta y le temblaban tanto las manos que tuvo que agarrarse a la silla para pararlas. ¿Qué tenía aquel hombre que tanto la afectaba? ¿Era porque era de los suyos? ¿Sería la oscuridad de él, que llamaba a la oscuridad de ella?

Oyó unas pisadas suaves y acolchadas a su espalda. Y luego ese grave gruñido lobuno.

«Eclipse.»

—Sois el primer tenebro que he conocido nunca —dijo por fin—. O incluso con el que haya hablado.

—Quizá seré el último —repuso él—. Te quedan muchas nuncanoches hasta la iniciación. Y si crees que nuestro rasgo común te valdrá algún favoritismo en los salones de la Madre, estás muy equivocada.

Los ojos del Príncipe Negro eran fríos y letales. Su belleza, aún más fría. Mia sintió a la loba-sombra detrás de ella, acercándose. Don Majo se erizó en su sombra y siseó, provocando como respuesta una ronca risotada que resonó en las losas del suelo. La pregunta se lio a zarpazos con su lengua hasta que

Mia le prestó voz, un tenue bisbiseo que se quedó flotando en el aire como el humo.

—¿Qué somos?

—¿Qué crees tú que somos?

—Mercurio y Drusilla... —Mia tragó saliva—. Los dos dicen que somos los elegidos de la Madre.

A Mia se le puso de punta el vello de la nuca cuando el Señor de las Hojas se echó a reír.

—¿Eso es lo que crees que eres, pequeña tenebra? ¿Una elegida?

—No sé lo que creo —replicó Mia—. Esperaba que vos pudierais enseñarme.

—¿Qué creer?

—Qué soy.

—No importa lo que seas —dijo Casio—. Solo que lo seas. Y si buscas la respuesta a alguna gran adivinanza sobre ti misma, no la busques en mí hasta que te la ganes. En un aspecto, y solo en un aspecto, deberías estar satisfecha. Pues en ello, y no en nada más, somos iguales.

A Mia se le revolvió el estómago cuando el Señor de las Hojas se inclinó hacia ella y desenvainó una daga de su manga. Extendiendo el brazo, cortó la cuerda que le rodeaba las muñecas.

—Somos asesinos, tú y yo —siguió diciendo—. Asesinos, uno y todos. Y cada muerte que traemos es una plegaria. Una ofrenda a Nuestra Señora del Bendito Asesinato. La muerte como piedad. La muerte como advertencia. La muerte como un fin en sí mismo. Todas ellas, nuestras para conocer y regalar al mundo. El lobo no se compadece del cordero. La tormenta no suplica su perdón a los ahogados.

Casio volvió a escrutar en la mirada de Mia, y su voz le resonó en el pecho al hablar.

—Pero antes que nada, somos siervos. Discípulos. Rodeados de enemigos. Leales hasta la muerte. No nos doblegamos y no nos quebramos. Nunca. Esa es la verdad que aprendéis en estas celdas. Esa es la primera respuesta a cualquier pregunta sobre ti misma que puedas formular. Y si no te acaba de gustar, discípula, si crees que quizá cometiste un error al acudir a nosotros, es el momento de decirlo.

Así que nada de respuestas, solo más adivinanzas. Si Casio estaba en posesión de alguna gran verdad sobre los tenebros, no iba a compartirla con ella allí. Tal vez nunca. O tal vez, como había dicho, no hasta que se lo ganara.

De modo que, con una mueca, Mia se levantó poco a poco de la silla. Le flaqueaban las piernas. Estaba mareada hasta los huesos. Tenía frío. Estaba empapada. Apestaba a agua de la bahía y a sangre. Mejilla hinchada, ojo magullado, labio partido. Se apartó el pelo mojado de la mejilla y sostuvo la mirada de Casio.

Extendió el brazo.

—¿Puedo recuperar mis cigarrillos?

**N**ecesitó todas sus fuerzas, pero lo contuvo todo en su interior.

La acompañaron fuera de las celdas subterráneas, por la luminosa avenida y de vuelta a los túneles ocultos que había bajo la Porqueriza. Con una caja de madera sellada con sebo en las manos. Una daga de hueso de tumba en la manga. Ni el menor susurro en sus labios.

La Caminata de Sangre de vuelta al Monte Apacible no le resultó más fácil la segunda vez. Mia se quitó la ropa y entró desnuda en el estanque escarlata que había debajo del matadero. Se sumergió en la corriente y, durante un momento, la asaltó la tentación de quedarse allí para siempre con sus dudas y

sus miedos. Pero hizo fuerza contra ella, aferrada a la caja que le había regalado Mercurio y con la hoja de hueso de tumba en el puño cerrado.

Tres baños más tarde, una mano silenciosa la acompañó por las retorcidas escaleras hasta el Altar del Cielo, para tomar la mañanera como si no hubiera pasado nada. No había ni un solo discípulo varón; Mia supuso que ya estarían en Tumba de Dioses, siendo recogidos para su propia ronda de palizas y torturas. Vio a Ashlinn sentada a la mesa, con el labio hinchado y una mejilla partida. Mia no la quiso mirar a los ojos. Recogió su comida, tomó asiento y comió sin mediar palabra. Miró a las otras discípulas que iban llegando poco a poco por la escalera, las sonrisas y las bromas de comidas anteriores reducidas solo a un recuerdo.

Al final de la mañanera, solo Ashlinn, Jessamine, Carlota y Mia estaban sentadas frente a aquella mesa larga y solitaria. Todas ellas apaleadas. Llenas de cardenales. Ensangrentadas. Pero vivas, al menos. De las nueve chicas que se habían reunido en el salón de Aalea el giro anterior, solo cuatro habían regresado.

Cuatro de hierro.

Las demás, de cristal.

Se miraron entre ellas. Carlota, siempre estoica. Jessamine, triunfal. Una fina línea de preocupación en el entrecejo de Ash, posiblemente pensando en lo que podía estar ocurriéndole a su hermano. Pero ninguna de las cuatro habló. Mia fijó la vista en su plato y masticó su comida, un ceniciento bocado tras otro. Se obligó a comerse hasta la última migaja. A recoger la salsa como sangre de la basta piedra. Y al terminar, se levantó en silencio, volvió a su dormitorio y cerró la puerta tras ella.

Se miró la cara en el espejo. Ojos oscuros y magullados. Labios finos y temblorosos.

—... *lo siento, mia...*

Mia miró al no-gato, hecho un ovillo al borde de la cama. Casio y Eclipse habían afectado a Don Majo más que a ella. Pero las preguntas que tenía Mia sobre los tenebros, sobre el Señor de las Hojas y su pasajera, todas ellas se limitaron a morir en sus labios.

—Está bien, Don Majo —dijo con un suspiro.

—... *nunca te encojas...* —repuso él—... *nunca temas...*

Mia asintió con la cabeza.

—Y nunca, jamás, olvides.

Se sentó frente al espejo y contempló a la chica que la contemplaba a ella. A la asesina que había descrito Casio. Al monstruo. Se preguntó, durante un momento fugaz, cómo podría haber sido su vida antes de que Scaeva la hiciera trizas. Intentó recordar el rostro de su padre. Intentó olvidar el de su madre. Notó que le ardían lágrimas en los ojos. Las obligó a marcharse hasta que no quedó nada. Solo Mia y la chica de ojos secos que la contemplaba a ella.

Mercurio tenía que haber sabido que se avecinaba la prueba de lealtad. Tenía que saber lo que planeaban Casio y el Sacerdocio. Y aunque otros podrían sentirse traicionados porque su maestro no los hubiera advertido, Mia sintió solo orgullo. El anciano sabía lo que la esperaba y, aun así, no había dicho ni una palabra. No porque le diera igual.

Sino porque él lo sabía.

Casio y el Sacerdocio no tenían ni idea. Ni la más remota idea de lo que ella estaba hecha. Pero él sí que lo sabía.

«¿Hierro o cristal?», habían preguntado.

Mia tensó la mandíbula. Meneó la cabeza.

Ella no era ninguna de las dos cosas.

Ella era acero.



# CAPÍTULO 18

## FLAGELO

La cuenta final de supervivientes a la prueba de Casio ascendió a diecisiete, cuatro mujeres y trece hombres. Todos ellos ensangrentados, apaleados y magullados en diversos grados. Chss tenía los ojos tan morados que pasó tres giros casi sin poder ver nada. Marcelo estuvo cojeando semanas. Habían estado a punto de partirle la mandíbula a Pipa, y pasó casi un mes alimentándose solo a base de sopa.<sup>[71]</sup>

Mia sabía que debería darle igual que Tric sobreviviera o no. Pero cuando subió la escalera y se sentó en silencio para tomar la tardera, Mia se descubrió sonriéndole. Cuando el chico levantó la mirada y la sorprendió, decidió no intentar ocultarlo.

Y Tric le había devuelto la sonrisa.

Mia aún no tenía curado del todo el brazo de la espada, pero la riña de Mercurio había calado hondo. Cuando se consideró que la grey se había recobrado lo suficiente para reanudar las lecciones, Mia decidió acudir al Salón de las Canciones. Ya se había perdido decenas de clases y, si seguía haciéndolo, se arriesgaba a quedarse demasiado atrás para tener la menor oportunidad en la prueba de Solis. Tampoco es que se otorgara demasiadas; su mejor opción para terminar la primera de algún salón era crear el antídoto de Mataarañas. Pero un error en la competición de Mataarañas suponía la

muerte y, además, si se graduaba como hoja de pleno derecho, necesitaría toda la esgrima que pudiera aprender. Quedándose sentada leyendo todo el giro no iba a dar la talla.

Cuando entró en el Salón de las Canciones, Jessamine apartó la mirada del maniquí al que estaba dando una soberana paliza y le dedicó una sonrisa de «jódete». Al ver que Mia ocupaba su lugar en el círculo, Solis levantó una ceja y fijó en ella aquellos horribles ojos ciegos. La tejedora Marielle aún no le había curado el corte que le había hecho Mia, y una nueva y pequeña cicatriz, que el Último sin duda había optado por conservar, adornaba una tez curtida.

El shahiid no se dignó darle la bienvenida, como tampoco mencionó a los discípulos que no habían regresado de Tumba de Dioses.

—Empezaremos con un recordatorio de las formas a dos manos de Montoya —dijo Solis—. Espero que hayáis practicado. Discípula Jessamine, ¿serías tan amable de enseñar a la discípula Mia al menos parte de lo que se ha explicado en su ausencia?

Otra sonrisa.

—Será un placer, shahiid.

Los discípulos formaron parejas y se pusieron a practicar. Jessamine fue a zancadas hasta los aparadores de armas, cogió un par de dagas curvas y arrojó otro par a Mia. La chica asió las armas con un mudo quejido de su codo.

—¿Practicamos con acero real, shahiid? —preguntó Mia.

El rostro del Último se mantuvo pétreo mientras respondía:

—Considéralo un incentivo.

Jessamine blandió sus dagas sin mediar palabra y atacó el cuello de Mia. La chica retrocedió y a duras penas logró alzar la guardia ante los golpes de la pelirroja. Parecía que la clase había avanzado mucho en su ausencia y,

entre la falta de entrenamiento y el brazo aún débil, Mia se vio claramente superada. Jessamine era feroz y hábil, y Mia a duras penas se las pudo ingeniar para conservar sus adentros donde debían estar. Se ganó unos cortes en el antebrazo y otro de lado a lado del pecho, y escupió sangre a la piedra con una maldición.

Jessamine sonrió.

—¿Quieres descansar, Corvere?

—Muchas gracias, amor. Sentada en tu cara estaría bien.

Jessamine rio, moviendo sus dagas adelante y atrás. Sabiendo que sería inútil recurrir a Solis, Mia se vendó las heridas y volvió al combate de práctica. Estudió las formas de los demás como pudo mientras esquivaba las hojas de Jessamine. Al cabo de una hora con cuchillos, cambiaron a espadas cortas y Jessamine no le mostró más piedad. Mia pasó el resto de la mañana recibiendo palizas de un lado a otro del salón, y terminó la clase tendida en el suelo, sangrando y magullada. Tenía el arma de Jessamine apretada contra el cuello, justo en la yugular. Y aunque la pelirroja se estaba conteniendo, Mia le notó que habría dado casi cualquier cosa por girar la muñeca y volver roja la piedra.

Jessamine hizo una inclinación a Solis, lanzó una mirada a Mia y devolvió sus armas al aparador. Mia se levantó, cogiéndose el codo dolorido y frustrada a más no poder. El tiempo que había perdido por su herida le había costado caro, y estaba más retrasada de lo que había temido. Tendría que esforzarse el doble para recuperar terreno, y era muy posible que Jessamine la abriera en canal «por accidente» mientras tanto.

Lo triste era que, en realidad, Jess y ella eran muy parecidas. Ambas huérfanas de la Rebelión del Coronador. Ambas desprovistas de su familia, movidas por la misma sed. Si Jess no estuviera tan cegada por su rabia, quizá habrían podido ser buenas amigas. Unidas por la clase de lazo que solo puede

forjar el odio. Y aunque Julio Scaeva, y no Darío Corvere, era el culpable de la muerte del padre de Jessamine, Mia alcanzaba a entender que ver su sangre provocara una sonrisa en la otra chica.

«Si no puedes hacer daño a quienes te lo hicieron, a veces basta con hacérselo a cualquiera.»

Lo cual no la consolaba en absoluto de la paliza que acababa de recibir, por supuesto. ¿Y si Jess acababa decidiéndose a ceder al ansia de sangre fuera de la vista de los shahiids? ¿Y si de verdad intentaba matarla? Lo más probable era que Mia acabara siendo solo una mancha en el suelo.

«No, así no puede ser.»

Mia negó con la cabeza y salió cojeando del salón.

«No puede ser en absoluto.»

—¿Qué tal, don Tric?

Lo había encontrado en el Salón de las Elegías después de las clases, mirando fijamente la estatua de Niah. El chico le dedicó una sonrisa con hoyuelos al oír su voz. La miró de arriba abajo.

—Por los dientes de las Fauces, menuda tunda te ha dado Jessamine.

—Mejor que una puñalada.

—Parece que también te has llevado unas pocas.

—Supongo que tendría que ir a ver a la tejedora. A que me atienda.

Tric frunció el ceño al oír referirse a Marielle y devolvió la mirada hacia la estatua. Se pasó una mano distraída por la cara, siguiendo aquellos tatuajes espantosos con la yema de los dedos. No por primera vez, Mia se descubrió contemplando su perfil y riñéndose por tonta casi en el mismo latido de corazón. Sería todo un seductor sin toda aquella tinta, eso seguro. Y Mia se alegraba de que hubiera regresado de la prueba de Drusilla, pero aun así...

«La mirada en el objetivo, Corvere.»

—Tengo una idea —le dijo.

—Ay, madre —murmuró Tric.

Mia le enseñó los nudillos. La sombra de Marielle cayó del rostro del chico, que le regaló una sonrisa. Se volvió de la estatua de Niah y cruzó los brazos mirando a Mia.

—Venga, escupe.

—Voy un poco atrasada en Canciones, como has sido tan amable de señalar.

—¿Un poco? —Tric bufó—. Hay maniqués de entrenamiento ahí arriba que podrían barrer el suelo con vos, Hija Pálida.

—Vaya, muchísimas gracias. —Mia torció el gesto—. Si sois tan amable de iros a tomar por culo un rato sin montar escándalo, os espero aquí hasta vuestro regreso.

Tric enarcó una ceja. Mia suspiró y ordenó a su mal genio que fuese a sentarse al rincón.

—Perdona —murmuró.

—No hace falta —repuso él, sonriendo—. Creo que ser educada no te sienta del todo bien.

—Tengo una propuesta.

—Considérame halagado.

—No esa clase de propuesta, capullo.

Dio un puñetazo al chico en el brazo y él sonrió. Pero en algún lugar de aquellos centelleantes ojos avellanos, Mia vio un ápice de decepción. Era algo en su postura, en la inclinación de su cabeza. Algo que, después de meses aprendiendo de Aalea, empezaba a identificar.

El anhelo.

—A mí me están destrozando en Canciones —dijo—, y tú en clase de

Mataarañas vienes a valer lo que la bragueta de un eunuco. —Mia siguió hablando para ahogar la protesta farfullada de Tric—. Así que tú podrías ponerme al día en las formas de Solis para que Jessamine no me decapite y yo me aseguraré de que sepas lo suficiente para no envenenarte a ti mismo antes de la iniciación. ¿Hace?

Tric frunció el ceño. Mia vio cómo Anheló forcejeaba contra Sentido Común.

—No hay puestos de hoja suficientes para todos, Mia. Se supone que tenemos que competir entre nosotros. ¿Por qué querría ayudarte?

—¿Porque te lo he pedido por favor?

—No has dicho «por favor».

Mia meneó una mano.

—Meros tecnicismos.

Tric sonrió y Mia reflejó su sonrisa, con la mano en la cadera. Aalea le había dicho que a veces el silencio era la mejor réplica a una pregunta, si quien la formulaba conocía ya la respuesta. De modo que se quedó callada, mirando aquellos ojos grandes y bonitos y dejando que Anheló hablara por ella. Una parte de Mia lamentó estar probando el arte de Aalea en su amigo pero, como el propio Tric había señalado, se suponía que era un competidor. Y como repetía siempre la Shahiid de Máscaras, nunca lleves un arma si no estás dispuesta a mancharte de sangre.

—Muy bien —dijo Tric por fin—. Una hora cada tarde, después de las clases. Ven mañana al Salón de las Canciones.

Mia hizo una reverencia.

—Muy agradecida, don Tric.

Tric le tendió la mano y ella la estrechó para sellar el pacto. Se quedaron así un momento, con las manos entrelazadas. La piel de Mia cosquilleó cuando el pulgar de él trazó con suavidad la curva de su muñeca. Tric recobró

el sentido y la soltó, murmurando lo que pudo ser una disculpa mientras huía. Mia se volvió para marcharse en sentido opuesto, ocultando la sonrisita de sus labios mientras su sombra empezaba a hablar.

—... *aunque no tengo cara, créeme si te digo que se te caerían las calzas de lo mucho que estoy frunciéndote el ceño...*

Mia puso los ojos en blanco.

—Sí, padre.

—... *aunque alcanzar esa ausencia de calzas parece ser tu objetivo, así que quizá debería parar...*

—Sí, padre.

—... *a mí no me hables en ese tono, jovencita...*

Mia sonrió y lanzó una patada juguetona que atravesó la cabeza de Don Majo. La chica y su sombra deambularon en dirección a los dormitorios, en busca de cama y sueños.

Un chico hermoso salió de la oscuridad, siguiendo sus andares con brillantes ojos azules.

Como siempre, no dijo ni una palabra.

**L**argas horas más tarde, un fuerte golpeteo sacó a Mia de brazos de sus libros. Sacó su estilete de la muñeca y se echó una túnica sobre los hombros. Fue despacio a la puerta y susurró a quienquiera que esperase al otro lado.

—¿Ash?

—Por favor, abre la puerta, discípula.

Mia aferró con más fuerza su puñal, hizo girar la llave y miró el oscurecido pasillo. Había una mano junto a su puerta, con larga túnica negra y la capucha ocultando sus rasgos. Mia pensó en Naev un momento, se preguntó dónde podría estar.

—Reclama tu presencia la reverenda madre Drusilla —dijo la mano.

—Por supuesto. —Mia hizo una inclinación—. Como ella desee.

Miró pasillo abajo y vio a otras manos llamando a las puertas de los discípulos. Ashlinn salió tropezando a la luz, sus trenzas de guerra revueltas por la presión de la almohada. Al otro lado de la chica, vio a su hermano Osrik, con su pelo saliendo del cráneo en puntas de ángulos imposibles. Parecía que estaban despertando a todo el mundo, con lo cual la propia Mia no estaba en algún apuro particular.

«Vivan los pequeños milagros.»

—¿Qué está pasando? —susurró Mia mientras el grupo echaba a andar tras las manos.

—Tengo la misma idea que tú. —Ash bostezó—. Nada bueno, ya verás.

—No me digas.

Los discípulos subieron la escalera de caracol y empezaron a oír el coro fantasmagórico que cantaba desde la oscuridad. Llegaron al Salón de las Elegías y Mia bajó la cabeza y se tocó la frente, los ojos y los labios ante la estatua como los demás. Vio que se había reunido el Sacerdocio al completo: Aalea, perfecta como un cuadro en un fino traje bermellón; Mataarañas, con el semblante más adusto de lo normal, vestida de verde jade; Ratonero y Solis, sonriendo y mirando con furia respectivamente en su cuero oscuro. Drusilla estaba en la sombra de Niah con los labios apretados. Y a su lado, encadenado a las argollas de hierro de la propia estatua, Mia vio a...

—Chss...

El chico estaba desnudo de cintura para arriba, tenía los ojos vendados con tela negra y daba la espalda al salón. Los discípulos se congregaron formando un semicírculo en torno a la base de la estatua, silenciosos y precavidos. Ashlinn asintió para sí misma y dijo a Mia en un susurro:

—Flagelación de sangre.



—¿Qué?

—Chis. Mira.

—Gracias por acudir, discípulos —dijo Drusilla—. Existen pocas normas que gobiernen la vida de una hoja. Si sobrevivís para servir a la Madre, viviréis fuera de los márgenes de la ley y, en consecuencia, dentro de estos muros os concedemos tanta libertad como nos es posible. Pero aun así, las pocas normas que imponemos no pueden pasarse por alto.

»Tras el asesinato del discípulo Llamarriadas, se os advirtió a todos de no abandonar vuestras habitaciones tras las nueve campanadas. Prometí que si se encontraba a alguien culpable de violar este toque de queda, recibiría un castigo severo. Y aun así, uno de vosotros ha decidido poner a prueba mi resolución. —Señaló a Chss—. Ahora seréis testigos del precio de la necesidad. —La reverenda madre bajó del estrado y se volvió hacia las sombras—. ¿Orador, tejedora?

Mia vio entrar a dos personas en la luz del cristal tintado. El orador Adonai llevaba calzas de cuero, iba descalzo y tenía una túnica de seda roja echada de cualquier manera sobre el torso desnudo. Su hermana Marielle iba cubierta de la cabeza a los pies en negro suelto. Los hermanos ocuparon sus puestos detrás del chico. Chss giró la cabeza cuando Marielle empezó a hacer estallar los nudillos, con húmedos y enfermizos chasquidos que resonaron en las tinieblas. Incluso con los ojos vendados, Chss debió de reconocer el sonido. Mia vio que respiraba hondo y se volvía de nuevo hacia la piedra.

La madre Drusilla habló con voz férrea.

—Empezad.

Marielle alzó la mano con los dedos extendidos. Desde donde estaba, Mia alcanzaba a ver el rostro de la mujer, aquellos horribles labios partidos en una sonrisa sangrienta. Marielle murmuró entre dientes, entornó los ojos y cerró el puño.

Un sonido de desgarró hendió el aire y la carne de la espalda de Chss se partió como fruta podrida. El chico echó atrás la cabeza mientras se abrían cuatro espantosas grietas en su piel, como si un flagelo invisible hubiera caído sobre su columna vertebral. Salpicó sangre y Mia crispó el gesto a ver hueso rosado y reluciente a través de las heridas.

Pero el chico no hizo ni un ruido.

Marielle volvió a mecer su mano, como distraída, como si espantara una mosca molesta. Cuatro nuevos desgarró se abrieron en la carne de Chss, destrozándole la parte baja de la espalda. Se le tensaron todos los músculos del cuerpo, las venas se marcaron en sus brazos y cuello y retorció sus hermosos rasgos en agonía. Mia no estaba segura de que pudiera verlo algún otro discípulo pero, desde su ángulo, se quedó horrorizada cuando los labios del chico se retiraron en un rugido silencioso y revelaron unas encías rosadas y vacías.

«Negra Madre, no tiene dientes.»

De nuevo Marielle movió la mano. De nuevo la piel del chico se hizo trizas. Se abrieron largas e irregulares grietas en sus piernas, y ya tenía la espada troceada como carne para chorizo. Se acumuló la sangre en la piedra a sus pies. Salpicaduras arteriales, formas dementes brillando en el aire. Y aunque debía de estar pasando por un suplicio, el chico siguió sin emitir ni un sonido. Los discípulos miraron horrorizados mientras Marielle movía las manos y apartaba más y más de la espalda de Chss. Y durante todo el tiempo el chico permaneció callado como si ya hubiera muerto.

Transcurrieron los minutos. Sonidos húmedos de desgarró. Gotas de lluvia. Chss era una piltrafa ensangrentada. Le colgaba la cabeza de los hombros. La sangre corría junto a sus pies en una oscura marea roja. Seguro que no podrían seguir mucho más. Mia se volvió hacia Ash y siseó:

—¡Lo están matando!

Ash negó con la cabeza.

—Mira.

Marielle siguió con su espeluznante trabajo, ensanchando cada vez más aquella sonrisa sangrienta. Chss se revolvía con debilidad contra sus cadenas, pero ya apenas estaba consciente. Y cuando Mia alcanzó a contarle las costillas bajo la piel, cuando parecía que otro tajo invisible acabaría con él, la reverenda madre alzó la mano.

—Basta.

Marielle lanzó una mirada a Drusilla y su sonrisa murió en el acto. Pero poco a poco, la tejedora inclinó la cabeza y bajó la mano, con evidente mala gana.

—Hermano amado, hermano mío —dijo con labios deformes.

Adonai dio un paso adelante y se apartó el pelo blanco y lacio de la cara. El albino susurró en tonos suaves y musicales, como si cantara para sí mismo. Las palabras resonaron por todo el salón como el himno de un coro en la Basílica Grande y, ante la mirada fascinada de Mia, la sangre acumulada a los pies de Chss empezó a moverse.

Temblando al principio, ondulándose con alguna vibración oculta. Pero al cabo de poco, reticente, el flujo escarlata se retiró por la piedra hacia los pies del chico, que tiritaba y se revolvía, y empezó a ascender por sus piernas y su espalda para regresar a las heridas que había abierto Marielle. Mia miró la cara del orador, pálida como la de un cadáver. En vez de su habitual rosa, los ojos del hombre estaban de color rojo sangre. Su sonrisa era de éxtasis.

Marielle alzó las manos junto a las de su hermano. Las movió por el aire como una costurera en un telar sangriento. Y mientras Chss daba coces y se sacudía, boquiabierto, con la cara brillante de sudor, las heridas se cerraron una tras otra. Los espantosos tajos y desgarrones. La carne triturada y

empapada. Todo ello se cerró en oleada mientras Chss hacía silenciosos aspavientos, hasta que no quedó ni un rasguño en su piel.

El chico flaqueó en sus cadenas, babeando. Había permanecido consciente durante todo el proceso. Cada instante. Los discípulos lo miraron con una combinación de horror y admiración.

Las manos le retiraron los grilletes y le pusieron una túnica sobre los hombros intactos.

—Llévalo a su dormitorio —ordenó Drusilla—. Puede faltar a las lecciones de mañana.

Las manos obedecieron, levantando a Chss por los hombros y llevándoselo a rastras del salón. La reverenda madre miró a los discípulos y clavó en cada uno su mirada azul. Había desaparecido la fachada de matrona, se había evaporado por el momento el amor maternal. Aquella era la asesina desvelada. La misma mujer que se había quedado quieta mientras mi señor Casio y sus hombres torturaban a sus discípulos en aquel calabozo oscuro de Tumba de Dioses. La misma mujer que había enviado a ocho alumnos a sus muertes con una sonrisa.

—Confío en que no sean necesarias más demostraciones —dijo—. Si se sorprende a algún otro discípulo fuera de su dormitorio tras la novena campanada, le sucederá lo mismo. Aunque la próxima vez, quizá permita que la tejedora Marielle trabaje cuanto desee. —La madre metió las manos en sus mangas. Hizo una inclinación—. Y ahora, id a dormir, niños.

**M**ia tardó en conciliar el sueño, despertó antes de las campanadas matutinas y se quedó mirando las paredes un momento. Decidida a recuperar la fuerza en el brazo de la espada, hizo ejercicio: flexiones al pie de su cama, extensiones contra la puerta. Al cabo de unos minutos su codo estaba

protestando, pero siguió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. Terminó derrumbada en el suelo y se quedó un momento tumbada, recobrando el aliento y maldiciendo al hijo de puta de Solis entre jadeos.

Salió de su habitación y se dirigió hacia los baños. Pasó frente a la puerta de un discípulo y oyó un estrépito, los tintineos del cristal rompiéndose en el interior. Se detuvo junto a la puerta y oyó varios golpes y topetazos resonando dentro.

—... *quienes meten las narices en los asuntos de los demás suelen perderlas...*

—Llámalo curiosidad.

—... *ya sabes lo que le hizo al gato...*

Mia se acercó más y apoyó la oreja en la madera.

La puerta se abrió de sopetón y Mia saltó hacia atrás, sorprendida. Allí, en la penumbra, vio a Chss. Ojos rojos. Piel pálida. Aquel hermoso rostro, surcado de lágrimas. Estaba sin camisa, sudando de esfuerzo. La habitación era un caos de cajones vaciados y arrojados contra la pared, la cama hecha picadillo. Mia lo miró de arriba abajo. Flexible y bien musculado. Ni un pelo en el pecho. Aparte de unas magulladuras en las muñecas, en su cuerpo no había ni rastro de la tortura infligida por Marielle y Adonai.

El chico la miró. Labios apretados. Ira en los ojos.

—Mis disculpas, Chss —dijo Mia—. He oído ruidos.

Chss se quedó callado. Inmóvil.

—¿Te encuentras bien?

No hubo respuesta. Solo una mirada fría y lacrimosa. Recordó verlo la tarde anterior, con la cabeza echada hacia atrás y los labios retirados de unas encías sin dientes. ¿Por eso no hablaba nunca? ¿Cómo había podido perder todos los dientes? ¿Era posible que se los hubiera arrancado él mismo como ofrenda para entrar en la iglesia?

Se quedaron allí los dos, ninguno dispuesto a moverse. El silencio se hizo más clamoroso que las campanadas de la nuncanoché por toda Tumba de Dioses.

—Lo siento —probó a decir Mia—. Lo que te hicieron. Fue una crueldad.

El chico inclinó la cabeza un ápice. Levantó los hombros un milímetro.

—Si alguna vez quieres hablar de ello...

Chss le lanzó una sonrisa en la que no había ningún humor.

—O sea... —Mia hizo unos ademanes vagos—. Escribir sobre ello. Si quisieras. Aquí estoy.

El chico miró a Mia a los ojos. Y con un paso atrás y un gesto de su muñeca magullada, le cerró la puerta en toda la cara. Mia se apartó de golpe, evitando por los pelos otra nariz rota. Se metió los pulgares en el cinturón y se encogió de hombros.

—... *vaya, eso ha salido a pedir de boca...*

—Bueno, había que intentarlo —repuso ella, caminando pasillo abajo.

—... *¿esto es alguna estratagema?...*

—¿Por qué, tan impensable es que me importe un poco?

—... *impensable no, solo inútil...*

—Mira, solo porque no me sirva de nada, no significa que no deba importarme. Lo han torturado, Don Majo. Aunque no tenga ninguna cicatriz, tiene que haberle dejado marca. Y es lo que dijo Naev: aquí debería preocuparme de las cosas que son importantes.

—... *¿importantes? ese chico no significa nada para ti...*

—Sé que debería considerarlo un adversario. Sé que no hay puestos para todos nosotros entre las hojas. Pero esta iglesia está diseñada para volverme fría. Así que aferrarme a la parte de mí que aún puede sentir piedad se vuelve más importante con cada giro que pasa.

—... *la piedad es una debilidad que puede usarse en tu contra. scaeva,*

*duomo y remo no van a compartirla...*

—Más motivo para aferrarme a ella, ¿no?

—... *puf...*

—Pft.

—... *grrr...*

—Cállate.

—... *y tú crece de una vez...*

Resonó la risa y las sombras sonrieron.

—Nunca.

La chica y el no-gato se perdieron en la oscuridad.

# CAPÍTULO 19

## MASCARADA

Las semanas fueron pasando en la oscuridad, con solo las campanadas y las comidas y las horas y más horas de conocimientos impartidos para marcar su paso.[72] Mia y Tric entrenaron cada giro después de las clases, ya fuese en el Salón de las Canciones o en el Salón de las Verdades. En cada sesión de Canciones, Mia terminaba emparejada con Jessamine o Diamo, y su sangre pintando el suelo. Y aunque en realidad disfrutaba cada vez más de la compañía de Tric, empezó a preguntarse si sería el tutor que necesitaba...

El invierno se asentaba e iba aproximándose la Gran Ofrenda, mientras la nieve comenzaba a cubrir Tumba de Dioses con un vestido blanco sucio. Nuncanoches tras nuncanoches, unas hermosas sombras hacían la Caminata de Sangre desde los aposentos de Adonai y se dispersaban por la ciudad a la caza de secretos, para regresar y depositarlos a los pies de Aalea. La Shahiid de Máscaras no daba ninguna indicación de quién iba encabezando su competición.

La tejedora siguió con su trabajo, alterando los rostros uno tras otro. Llevó la belleza salvaje de Jessamine a su máximo apogeo, pulió el atractivo natural de Osrik para darle filo y hasta Pedro recuperó la oreja que le faltaba. Los recién tejidos discípulos empezaron a aprovechar las muchas armas de Aalea en forma de pequeños juegos de flirteo y contacto puestos en práctica durante



las clases o después. En las horas de las comidas, Mia sintió una nueva corriente en el aire. Miradas furtivas y sonrisas secretas. Después del sudor y la sangre que estaba costando todo aquello a los discípulos, Mia supuso que se lo habían ganado. Las lecciones se iban volviendo más agotadoras y la mitad de ellos habían muerto ya. Un poco de diversión inofensiva no iba a hacer daño a nadie.

Y entonces llegó la mascarada.

Convocaron a los discípulos después de la tardera, a todos ellos, en los dominios de Adonai. Sin más preámbulos, los enviaron a la Caminata de Sangre uno por uno. Mia notó miradas hambrientas en su cuerpo cuando se quedó en combinación, y ella a su vez contempló a los demás. Al salir de la cálida y roja sangre bajo la Porqueriza, los discípulos recibieron la orden de lavarse a conciencia y vestirse deprisa. Luego llevaron a los diecisiete —en góndola cubierta, nada menos— al distrito de los nacidos de la médula en Tumba de Dioses. Mia se embarcó junto a Carlota, Ashlenn y Osrik y miró desde el toldo cómo iban pasando las cuidadas fincas de los más acaudalados y poderosos de Tumba de Dioses. Las manos que hacían de gondoleros iban vestidos con ricos ropajes de sirviente: levitas ribeteadas en oro y calzas de seda. El brillo sangriento de Saan estaba reducido a un lúgubre mohín tras un denso velo de gris, pero aun así Mia tuvo que entrecerrar los párpados y se puso unos anteojos de azurita sobre la nariz.

Miró a Carlota por encima del cristal tintado, y admiró el poema que había compuesto Marielle en la cara de la chica. Su tejido había tenido lugar solo unos giros antes, y aún costaba no fijarse en las diferencias, o en la forma en que los otros discípulos se quedaban embobados mirándola. Carlota tenía los labios más turgentes, el cuerpo mejor formado. Y donde la marca arkímica había mancillado la mejilla de la joven, solo quedaba piel lisa y clara.

—La tejedora sabe lo que se hace. —Mia sonrió.

Carlota miró un momento a Mia y luego de nuevo al exterior.

—Supongo que sí.

—Venga ya, si estás hecha un retrato, Loti —protestó Ash—. Marielle es una maestra.

Un codazo de su hermana hizo prestar atención a Osrik.

—Ah, sí. Un retrato, desde luego.

—Es raro —murmuró Carlota—. Las cosas que echamos de menos.

La chica se tocó la mejilla en la que había estado su marca de esclava. Recorrió con los dedos una piel que estaba inmaculada. No dijo nada más y Mia prefirió no insistir. Pero veía recuerdos flotando en los ojos de la chica, que no apartaba la mirada de la ciudad que pasaba a los lados. Sombras que manchaban los iris de Carlota de un azul más profundo.

¿Dónde había aprendido sobre venenos una esclava?

¿Qué la había llevado a entrar en la iglesia?

¿Por qué estaba allí?

Mia sabía que Carlota era su principal competidora por el premio de Mataarañas. Que Don Majo decía la verdad y la piedad sería una debilidad que podía usarse en su contra. Que no debería importarle.

Pero aun así, de algún modo le importaba.

La góndola por fin amarró en un pequeño muelle frente a un inmenso *palazzo* de cinco plantas, la clase de hogar que solo los nacidos de la médula podían poseer.

—En nombre del abismo, ¿qué es todo esto? —susurró Mia.

Ashlinn y Osrik levantaron los hombros a la vez; por lo visto, su padre no les había dicho nada al respecto. Mia comprobó su hoja de hueso de tumba por cuarta vez antes de bajar al embarcadero. El aire que salía del canal era gélido y el muelle resbalaba bajo sus pies.

Acompañaron a los discípulos al recibidor del *palazzo*. Las paredes eran

rojas, adornadas con preciosos retratos al recargado estilo liisiano.[73] Los jarrones de flores especiaban al aire con un leve perfume, y ardía un fuego vivo en el hogar tallado.

En la cima de una larga y curva escalera estaba la shahiid Aalea. Aunque a Mia siempre le había parecido una frase hecha y muy pretenciosa que solo venía en los libros, lo cierto es que ver a la mujer la dejó sin respiración. La shahiid llevaba un vestido largo y vaporoso, rojo como la sangre cardíaca, bordado con encaje negro y perlas. Un corsé de hueso de draco le ceñía la cintura hasta lo indecible, y el corte por debajo del hombro dejaba a la vista una piel suave y blanca como la leche. Sostenía en la mano una máscara de dominó con una fina varilla de marfil.

Loti tenía los ojos como platos y había olvidado por el momento cualquier duda sobre su cara.

—Mataría a mi propia madre para meterme en un vestido como ese...

—Yo os mataría a ti y a tu madre para meterme en un vestido como ese —susurró Ash.

—¿Quieres bailar, Järnheim? —preguntó Loti, inexpresiva—. ¿Brocado de seda liisiana con corsé de corte melfi y guantes a juego? Te enterraría sin dudar.

Las risas de Mia y Ash cesaron cuando habló Aalea, con voz suave como el humo.

—Discípulos. —Sonrió—. Bienvenidos y gracias por venir. Han pasado tres meses desde vuestra iniciación en la Iglesia Roja. Sabemos que las lecciones se hacen largas y las horas pesadas, por lo que de vez en cuando convenzo al Sacerdocio para que os permita... soltaros el pelo, por así decirlo. —Aalea sonrió a los discípulos como los soles sonreían al cielo—. Se avecina la Gran Ofrenda y, por tanto, es costumbre hacer regalos a los seres queridos. Al otro lado del canal está el *palazzo* del pretor Giuseppe

Marconi, un joven y rico don nacido de la médula cuyas fiestas se cuentan entre las más deliciosas a las que he asistido jamás. Esta tarde, el pretor celebra su tradicional gala de la Gran Ofrenda, un baile al que solo está invitada la flor y nata de la sociedad de Tumba de Dioses. Y hemos conseguido invitaciones... para vosotros.

Aalea sacó un puñado de trocitos de papiro, en apariencia de la nada, y los usó para abanicarse el cuello con parsimonia.

—Por supuesto, cada uno tendréis que elaborar vuestro propio y convincente subterfugio que explique por qué se os ha invitado a tan exclusiva velada. Pero estoy segura de haberos preparado bien para ello. El baile es una mascarada, al fin y al cabo, así que podéis llevar la cara que elijáis. —La shahiid señaló una puerta doble con un movimiento de la mano—. Dentro encontraréis ropa adecuada. Disfrutad, queridos míos. Reíd. Amad. Recordad lo que es vivir y olvidad, aunque sea solo por un momento, lo que es servir.

Aalea repartió las invitaciones ribeteadas de oropel e hizo pasar a los discípulos por la puerta doble. Al otro lado, Mia encontró hileras y más hileras de los vestidos y abrigos más maravillosos que había visto en la vida. Los mejores cortes. La tela más rica. A Ashlinn le faltó lanzarse de cabeza a un perchero de corsetería de seda, y hasta Jessamine perdió su acostumbrado aire ceñudo.

Mia paseó boquiabierta por un bosque de piel y terciopelo, bordados y encajes. Llevaba años sin ver ropa como aquella de cerca. Más tiempo incluso sin ponerse nada parecido. De niña, había asistido a los más lujosos bailes y galas con los mejores vestidos. Recordaba bailar con su padre en el salón de algún senador, equilibrando sus pies sobre los de él mientras rodaban por toda la pista. Durante un momento, se sintió abrumada.

Recuerdos de la vida que había perdido. Pensamientos de la persona que pudo haber sido pero nunca fue.

Pasó las yemas de los dedos por la fila de máscaras que les había preparado Aalea. Todas ellas eran *voltos*, máscaras ovaladas que cubrían toda la cara. Cerámica blanca como la perla, con borde de oro y tres lágrimas rojas como la sangre bajo el ojo derecho. Eran de factura exquisita, suaves como el terciopelo al tacto.

—Esto es un poco demasiado, ¿no?

Mia se volvió y encontró a Tric junto a ella, mirando con mala cara a los demás discípulos. Osrik y Marcelo estaban probándose chalecos y pañuelos y haciéndose inclinaciones mutuas mientras decían: «Después de usted, caballero» y «No, no, después de usted, caballero, insisto». Carlota se había puesto un traje ceñido hecho de algún tejido extraordinario que cambiaba de color cuando la chica giraba sobre sí misma. Chss se había vestido de la cabeza a los pies en blanco immaculado, con el jubón bordado en brillante plata.

—¿Un poco demasiado? —repitió Mia.

—Se supone que somos acólitos de la Madre y se están comportando como críos.

Mia también tenía sus reparos, a decir verdad. La primera vez que Aalea los había enviado a Tumba de Dioses, había terminado encerrada en una celda y medio muerta a palos por orden del Señor de las Hojas. Desde entonces, todos habían viajado decenas de veces a la Ciudad de los Puentes y los Huesos, pero no lograba quitarse la sensación de que aquel «regalo» era demasiado bueno para ser verdad. Aun así, se encogió de hombros.

—Tampoco hace daño que nos divirtamos de vez en cuando. Prueba. A lo mejor te gusta.

—Gilipolleces —refunfuñó él—. No estoy aquí para divertirme.

—Descuidad, mi arisco centurión. —Mia cogió uno de los *voltos* y lo apretó contra la cara de Tric—. Si se os escapa una sonrisa, nadie podrá verla.

Tric suspiró y miró los percheros de ropa de caballero. Chaquetas y jubones, botas con relucientes hebillas y chalecos con brillantes botones.

—No se me dan demasiado bien estos asuntos —confesó—. Aalea lo ha intentado, pero la verdad es que no sé ni por dónde empezar.

Mia sonrió casi sin querer. Le ofreció su brazo.

—En ese caso, menos mal que me tenéis a mí, don Tric.

**A**l final Tric quedó bastante elegante. Aunque era todo un desafío encontrar ropa que sentara bien a unos hombros tan anchos como los suyos, Mia terminó vistiéndolo con una larga levita en gris carbón —por lo visto, los tonos oscuros estaban de moda aquella temporada en la alta sociedad— con ribetes de oro. Lo obligó a sentarse y, entre protestas, le dispuso las rastas de sal en algo parecido a un orden y le ciñó un pañuelo de seda al cuello. Al inspeccionar el resultado frente a un espejo, el chico hizo un asentimiento reticente. Ashlinn dio un potente silbido apreciativo desde un rincón.

Mia eligió para ella un atrevido vestido de terciopelo arrugado en un profundo tono rojo vino, coronado por un tricornio de la misma tela. *Kohl* en los ojos. Labios pintados de bermellón. Aalea se decantaba por los tonos rojizos y Mia tenía la tez parecida, por lo que decidió que merecía la pena probar. Se puso unos guantes largos y una estola de pelo de lobo, se miró en el espejo y sonrió.

Ash volvió a silbar desde su rincón.

Los discípulos salieron de nuevo a la hiriente luz de los soles y cruzaron el canal. Llegaron a un amplio muelle y, al cruzar las puertas del Palazzo Marconi, Mia vio que algunos invitados llegaban en góndola y otros en

carruajes tirados por caballos que rebufaban y piafaban, inquietos por el frío. Llegaba un viento gélido desde el agua y su aliento pendía blanco en el aire. Se arrebujo en la piel de lobo, miró el tenue sol rojo tras su velo de nubes y deseó no haberse puesto un vestido por debajo del hombro. Tric, que caminaba cogido del brazo con Ashlinn, reparó en que Mia tiritaba y la rodeó con su brazo libre para calentarla.

Mia lamentó su elección de vestido un poco menos.

Todos los discípulos llevaban puestos sus *voltos*, que les ocultaban el rostro tras delicada cerámica. Mientras se congregaban cerca de la entrada, Mia vio que los demás invitados vestían de forma similar, y miró con ojos como platos algunas de sus máscaras. Un caballero llevaba una cabeza de la muerte tallada en marfil negro, con orbes arkímicos ardiendo en las cuencas de los ojos. Vio a una mujer con un dominó hecho de plumas de ave de fuego, que parecía titilar en llamas según incidiera la luz de los soles. El aspecto más impresionante era el de una chica que no pasaría de los quince años, cuya máscara era una larga tira de seda negra, cortada a medida para su rostro. La seda ondeaba como una vela suelta al viento, aunque cuando entraron la máscara siguió moviéndose incluso sin aire.

Los recibieron sirvientes con marcas de esclavo en las mejillas y ropa que debía de costar más de lo que ganaba en un año un ciudadano medio. Revisaron sus invitaciones antes de hacerlos pasar a un gran recibidor. El *palazzo* del pretor Marconi supuraba riqueza: mármol en las paredes y oro en los pomos. Por encima giraban tintineantes candelabros de cristal dweymeri y una suave música impregnaba el aire junto al parloteo de centenares de voces, risas, susurros, canciones.

—Conque así es como vive la otra mitad —comentó Tric.

—No me importaría quedarme aquí una temporadita —respondió Ash—. Tú antes eras de esta gente, ¿verdad, Corvere? ¿Siempre es tan espectacular?

Mia contempló la opulencia que se extendía ante ellos. El mundo al que una vez perteneció.

—Recuerdo que todos eran mucho más altos —dijo.

Aparecieron sirvientes con bandejas doradas, rebosantes de copas de cristal dweymeri llenas de vino, con finas pajitas para que los invitados pudieran beber sin quitarse las máscaras. Delicias dulces y frutas escarchadas. Cigarrillos y pipas ya llenas de hierbasueño, agujas cargadas de tinta. Copa en mano, Mia vagó por el recibidor, admirando las vistas, los sonidos, los olores y olvidando a Aalea, sus sospechas, su preocupación. Llegó con Tric a unos enormes portones que daban a la sala de baile y un sirviente cuya máscara tenía forma de cabeza de bufón se inclinó ante ellos.

—Mi don, mi dona, ¿vuestros nombres?

Tric sacó la invitación como si su bolsillo estuviera en llamas.

—Sí, perfecto —dijo el sirviente—, pero necesito vuestro nombre, mi don.

—¿Para qué?

Mia se inmiscuyó en el incómodo silencio, fluida y tranquila como el caramelo.

—Este es Haccarrumacos, bara del clan Lanzademar de isla Camada.

Tric lanzó a Mia una mirada de alarma. El sirviente hizo una inclinación.

—Gracias, mi dona. ¿Y vos?

—Su... acompañante.

—Muy bien. —El sirviente remontó la escalera de la sala de baile y anunció en voz alta—: El bara Haccarrumacos del clan Lanzademar, y acompañante.

Algunos de los trescientos y pico invitados miraron un momento hacia la pareja, pero la mayoría siguió con sus conversaciones. Mia cogió a Tric del brazo y lo llevó escalera abajo, saludando con la cabeza a quienes los habían mirado. Hizo una seña a un sirviente que pasaba y el hombre encendió un



cigarrillo negro con una fina boquilla de marfil y se lo tendió. Mia pasó la boquilla por los labios de su máscara y exhaló un satisfecho y gris suspiro.

—¿Hacearrumacos? —siseó Tric.

—Es mejor que Molestacerdos.

—Por el abismo y la sangre, Mia...

—¿Qué? —dijo ella con una sonrisa—. Seguro que haces unos arrumacos maravillosos.

—Que la Negra Madre me ayude. —Tric suspiró—. Necesito una puta copa.

Catorce sirvientes se materializaron junto al chico, cargados con bandejas de casi todas las bebidas que existían bajo los soles. Tric pareció sorprenderse, pero luego se encogió de hombros y cogió dos vinos dorados.

—Muy considerado —dijo Mia, acercando la mano a un vaso.

—Vete a la mierda, estos son para mí. Coge tú lo que quieras.

Mia contempló el océano de máscaras, seda, piel. Un cuarteto de cuerda tocaba sobre un estrado y el perfume de hermosas notas llenaba el aire. Las parejas bailaban en el centro del salón y había grupitos de hombres adinerados y mujeres elegantes charlando y riendo y flirteando. La música de los anillos de oro contra las copas de cristal resonaba entre las caras ocultas. Aalea estaba en lo cierto: era fácil olvidar quién era en medio de todo aquello.

Mia suspiró. Sacudió la cabeza.

—Impresiona —convino Tric.

—Antes este era mi mundo —dijo ella en voz baja—. Nunca creí que lo echaría de menos.

El sonoro tintineo de metal contra cristal le llamó la atención, y Mia se volvió hacia el estrado. La música se detuvo y todos los ojos se volvieron hacia un caballero sonriente que tenía media cara oculta por un dominó de

oro cincelado. Llevaba una chaqueta de seda bordada con hilo de oro, un pañuelo al cuello tachonado de gemas y anillos en todos los dedos.

«Nuestro anfitrión, el pretor Marconi, sin duda.»

—Damas y gentiles amigos —dijo el hombre, con una voz rica y profunda—, sed bienvenidos a mi humilde hogar todos vosotros. No soy de los que dan largos discursos y os apartan de vuestro deleite, pero es la época de la Gran Ofrenda e incurriría en falta si no os diera las gracias a todos vosotros y, sobre todo, a nuestro glorioso cónsul, Julio Scaeva.

Mia tensó la mandíbula. Sus ojos buscaron entre la multitud.

—Por desgracia, nuestro noble cónsul no ha podido acudir a nuestra gala, pero aun así os conmino a alzar vuestra copa conmigo en su honor. Seis años han pasado desde que los Coronadores intentaron esclavizarnos de nuevo bajo el yugo de la monarquía. Seis años desde que el cónsul Scaeva salvó la república y nos trajo una era dorada de paz y prosperidad. Sin él, nada de esto sería posible.

El joven pretor alzó una copa. Todos los presentes lo imitaron, salvo Mia. Tric la miró con ojos muy abiertos. No brindar por el cónsul podría provocar un escándalo. Con los dientes rechinándole tanto que temió que se partieran, Mia agarró una copa de una bandeja cercana y la alzó como los demás borregos.

—¡Por el cónsul Julio Scaeva! —gritó Marconi—. ¡Que Aquel que Todo lo Ve lo bendiga!

—¡Por el cónsul Scaeva! —rugió la multitud en respuesta.

Las copas entrechocaron, las bebidas se tragaron y un cortés aplauso llenó el salón. El pretor Marconi descendió del estrado tras hacer una inclinación y la música regresó. Mia estaba furibunda tras su máscara. De pronto, echaba de menos aquel mundo, aquella vida, mucho menos que un momento ant...

—¿Bailas? —preguntó Tric.

Mia parpadeó. Miró la máscara de Tric y los ojos castaños que dejaba entrever.

—¿Cómo?

—Que. Si. Bailas —repitió él.

Mia rio a su pesar.

—¿Por qué, tú sabes?

—La shahiid Aalea me ha estado enseñando. Por si alguna vez tengo que seducir a alguna hija de nacidos de la médula o a una dona de alcurnia.

—Las donas de alcurnia suelen poner el listón bastante alto, bara Haccarrumacos.

—Dice que soy excelente, para que lo sepas.

El chico le ofreció el codo. Mia miró a un lado y otro del salón. Caras vacías y sonrientes, ocultando los auténticos rostros en su interior. Esos hijos de puta nacidos de la médula estaban rebozados en oro y mentiras. ¿De verdad alguna vez había sentido que era como ellos? ¿De verdad alguna vez ese había sido su mundo?

Se levantó la máscara y se echó entre pecho y espalda el vino dorado de un trago. Cogió otro de una bandeja que pasaba y se lo bebió igual de rápido.

—A la mierda, pues.

Soltó su cigarrillo encendido en una copa de vino que pasó cerca y metió el brazo por debajo del de Tric.

Cuando salieron a la pista de baile, Tric la cogió de la mano y entrelazó sus grandes y encallecidos dedos con los de ella. Las mariposas se instalaron en su tripa cuando Tric le puso la mano libre en la parte baja de la espalda. Mia habría jurado que la música ganó volumen y las conversaciones de alrededor dieron la impresión de amortiguarse. Y allí, en el centro de aquel mar de caras vacías y sonrientes, empezaron a bailar.

Era raro pero, con la cara del chico cubierta, Mia solo le veía los ojos. Y al

mirar aquellos enormes estanques de reluciente avellana, comprendió que estaban fijos por completo en ella. Había a la vista perlas y joyas, seda y oropel, opulencia por todas partes. Todos aquellos hermosos dones y donas cubiertos de oro. Pero aun así, Tric la miraba solo a ella.

Sabía que Tric era grácil porque lo había visto en el Salón de las Canciones, pero por las Hijas, aunque fuese retrasado en todas las demás lecciones de Aalea, el chico sabía bailar. Por un tiempo, Mia se encontró alzada por el aire, acunada en sus brazos, hecha girar, soltada y mecida mientras la música parecía sonar más fuerte incluso y el mundo de más allá se transformaba en nada. Por un tiempo, dejó de ser Mia Corvere, hija de una casa asesinada, sedienta de venganza. No era una asesina incipiente ni una sierva de la diosa. Solo era una chica. Y él, un chico. Los ojos de ambos cegados a todo salvo al otro. La voz de Aalea resonando en sus oídos: «Disfrutad, queridos míos. Reíd. Amad. Recordad lo que es vivir y olvidad, aunque sea solo por un momento, lo que es servir».

—Invitaciones, por favor.

Mia se dio cuenta de que la música había parado. El salón estaba en silencio. Dio media vuelta y encontró a tres legionarios Luminatii, engalanados con petos de hueso de tumba pulido. Su líder tenía la constitución de un muro de ladrillos. Miraba a Tric con unos ojos fríos y azules.

—Invitaciones —repitió.

Tric miró a Mia. Metió la mano en el bolsillo de su levita.

—Cómo no.

El centurión hizo chascar los dedos y señaló a Ashlinn y Osrik, que merodeaban al borde del gentío.

—Y ellos también. Todos los que lleven las lágrimas de sangre.

Ya había soldados dispersándose entre los sorprendidos invitados,

señalando a los discípulos que llevaban las máscaras de Aalea. Chss. Pipa. Jessamine. Pedro. Carlota.

Tric hurgó en su bolsillo y sacó solo polvo.

—La tenía hace solo un momento...

Mia metió la mano en el bolsillo oculto de su corsé. Pero donde había estado su invitación, guardada a buen recaudo, también quedaba solo un puñado de polvo. Como si...

«Como si...»

—Lo que pensaba —afirmó el centurión—. Tendréis que acompañarnos, bara Hacearrumacos.

Se cerró una mano sobre el codo de Tric. Otra sobre la muñeca de Mia. Miró de soslayo hacia Osrik mientras alguien agarraba a Ashlinn del hombro y vio un destello de grilletes, el brillo del acero. Los invitados estaban indignados por aquella interrupción y el pretor Marconi exigió saber quién osaba perturbar la paz de su hogar. Pero en un abrir y cerrar de ojos, aquella ilusión de paz se vino abajo.

Tric asió la mano que lo estaba agarrando, dobló hacia atrás el brazo de su propietario y se lo rompió por el codo. Mia sacó un estilete de su corsé y apuñaló al Luminatii que la tenía retenida por la muñeca. Oyó un estrépito de cristal y un chillido ahogado cuando Jessamine estampó su copa de vino en la cara de un legionario. Osrik empezó a gritar a viva voz:

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

Mia descargó el estilete y dejó sangrando a otro legionario que intentaba agarrarla. Tric ya estaba cruzando a toda velocidad el salón de baile, apartando con violencia a hombres y mujeres en su embestida. Atrapó una bandeja de bebidas al pasar y la arrojó contra una ventana. El cristal estalló y Tric se lanzó de cabeza por la ventana tras la bandeja. Mia le pisaba los talones, siseando de dolor cuando el cristal roto del marco le hizo un tajo en

el brazo, cayendo a la estrecha franja de césped que bordeaba la fachada lateral del *palazzo*. Aterrizó encima de Tric y le sacó todo el aire de los pulmones con un sonoro bufido.

—¡Alto! —rugió alguien—. ¡Alto, en nombre de la Luz!

Mia tiró de Tric para levantarlo, con una mueca de dolor y el brazo empapado en sangre. Los dos se lanzaron a la carrera siguiendo la fachada, dejando atrás más cristales rotos y gritos de alarma. Mia oyó romperse una ventana superior y vio a Chss saltando por ella hacia el *palazzo* contiguo e izándose a su tejado, con el jubón blanco manchado de rojo. Botas pesadas tras ellos. Viento gélido en su piel. Llegaron a la alta verja de hierro forjado que rodeaba los terrenos del *palazzo* y Tric la saltó con un movimiento fluido.

—¡Vamos! —susurró.

Mia miró hacia atrás y vio a cuatro Luminatii corriendo hacia ella, con las hojas de acero solar desenvainadas y ardiendo. Pero los trajes de noche, por lo visto, no eran la mejor ropa para una huida desesperada a pie, y mucho menos para superar verjas de tres metros hechas de hierro forjado. Mia dio un tajo al vestido con su estilete para soltarlo a la altura del muslo. Se arrojó verja arriba y pasó al otro lado al mismo tiempo que una espada larga en llamas hendía el aire y cortaba el hierro en glóbulos fundidos. El brazo armado de Tric pasó junto a la verja en ese momento. Mia oyó que el chico gritaba de dolor. Se dejó caer a los adoquines a su lado y salieron por piernas al gélido viento.

—¿Hacia dónde? —preguntó Tric, jadeando.

—Aalea —logró decir ella.

Tric asintió con la cabeza, echó a correr muelle abajo y tiró a un pobre sirviente al agua de una patada para requisarle la góndola. Mia saltó a la embarcación mientras él la sacaba al canal, hundiendo la pértiga con ahínco

al tiempo que media docena de Luminatii subían a otra barca tras ellos para darles caza. Tric dirigió su góndola hacia el *palazzo* donde habían encontrado a la shahiid. No había manos delante ni luces en las ventanas. Entraron corriendo por las puertas delanteras y encontraron vacíos el recibidor y la habitación en la que se habían cambiado de ropa. El aire, polvoriento. Frío. Como si nadie hubiera puesto un pie en aquella casa durante años.

Botas pesadas. La puerta delantera abierta de golpe. Mia soltó un reniego, cogió la mano de Tric y corrió hacia la puerta de atrás. Salieron a un estrecho espacio a la espalda del edificio. Oyeron gritos detrás de ellos y el tintineo del acero. Silbatos en el siguiente canal, llamadas a más tropas, pasos firmes. Tric abrió de un puntapié la entrada de la cocina de otro *palazzo* y él y Mia dejaron atrás los gritos de los sirvientes, salieron atropelladamente al recibidor, cruzaron la puerta principal y salieron a una avenida adoquinada.

La sangre caía a chorro del brazo de Mia. Tric jadeaba y se agarraba el costado. Mia vio que su levita estaba chamuscada y olió a carne quemada. Había probado el acero solar en algún momento, junto a la verja, y tenía el chaleco ensangrentado.

—¿Estás bien? —resolló.

—¡Sigue corriendo!

—Y una mierda correr —restalló Mia—. ¡Llevo un puto corsé!

La chica saltó al pescante de un carruaje que pasaba y se dejó caer en el asiento junto a un asombrado cochero que llevaba el uniforme de alguna casa de poca importancia.

—Hola —dijo.

—Ho...

Su codo impactó en la barriga del hombre y un gancho lo derribó del pescante contra los adoquines. Tiró de las riendas y los caballos se detuvieron

con un relincho. Se arrancó el *volto* de la cara y se volvió para mirar a Tric con una ceja alzada.

—Vuestro carruaje aguarda, mi don.

Tric subió de un salto al estribo trasero y Mia azotó los lomos de los caballos con las riendas mientras un cuarteto de jadeantes Luminatii salían corriendo a la avenida tras ellos. El carruaje rodó calle abajo, rebotando y sacudiéndose sobre puentes y adoquines, entre maldiciones de Mia cada vez que estaba a punto de salir despedida del pescante. El legado nacido de la médula a quien pertenecía el vehículo sacó la cabeza por la ventanilla para ver a qué venía tanto alboroto y descubrió a una chica con un vestido de noche destrozado donde debería estar su cochero. Mientras abría la boca para protestar, Mia se volvió y lo miró, piel ensangrentada y ojos entornados, con un gato hecho de lo que quizá fuesen sombras sobre el hombro.

El hombre volvió a meter la cabeza en el carruaje sin decir ni mu.

—... *vaya, qué tonificante, ¿verdad?...*

—Es una manera de llamarlo.

—... *pareces haber perdido medio vestido...*

—Gracias por fijarte.

—... *aunque, después de cómo bailabas con ese chico, supongo que perder solo medio es un poco decepcionante...*

Mia puso los ojos en blanco y azuzó más a los caballos.

Abandonaron el carruaje al sur de las Caderas. Mia bajó a los adoquines de un brinco y saludó levantándose el tricornio al desconcertado propietario. Arriba en el pescante la había azotado el frío viento y se le estaban poniendo azules los labios. Estaba a punto de volver a lamentar su elección de vestuario cuando Tric se quitó la levita y, sin mediar palabra, se la echó a Mia sobre los hombros. Todavía caliente de ceñirle la piel a él.

Corrieron por callejuelas y sobre puentes secundarios, en dirección sur



hacia la bahía de los Carniceros. Llegaron a la Porqueriza, se colaron dentro y subieron la escalera hacia el entresuelo que dominaba el ya silencioso patio de matanza.

Mia estaba mareada por la pérdida de sangre, que seguía goteando de su brazo después de empapar la manga de la levita de Tric. El chico tenía también ensangrentados el chaleco y las calzas, y la mano apretada contra un tajo muy feo en el costado. Estaban pálidos y doloridos; la música, el baile, el whisky y las sonrisas se habían difuminado ya en el recuerdo. Apenas habían logrado salir con vida. Bajaron despacio la retorcida escalera, notando crecer el hedor a cobre y sal en las fosas nasales, abajo, más abajo hacia la sala inundada de sangre.

La shahiid Aalea los estaba esperando.

Ya no llevaba su traje elegante, ni su corsé de hueso de draco ni su precioso dominó. Iba vestida de negro, y los ríos de pelo oscuro enmarcaban aquel rostro blanquecino y con forma de corazón. El único color estaba en su sonrisa, roja como la sangre que goteaba del brazo de Mia.

—¿Os habéis divertido jugando a ser personas, amores? —les preguntó.

—Tú... —Tric tensó el gesto, aún sin aliento—. Tú...

La shahiid cruzó los azulejos hacia ellos. Apartó el brazo de Tric de su herida e hizo un chasquido con la lengua. Besó los dedos sangrientos de Mia.

—Nuestro regalo para vosotros —dijo—. Un recordatorio. Caminad entre ellos. Jugad entre ellos. Vivid y reíd y amad entre ellos. Pero nunca olvidéis, ni por un solo instante, lo que sois. —Aalea soltó la mano de Mia—. Y jamás olvidéis lo que es servir. —Señaló el estanque—. Feliz Gran Ofrenda, niños.

# CAPÍTULO 20

## ROSTROS

Solo uno de ellos murió en Tumba de Dioses, un chico con el pelo oscuro y hoyuelos llamado Tovo. Se celebró una breve misa por él en el Salón de las Elegías.

Una lápida sin marcar.

Una tumba vacía.

Mientras el coro cantaba y la reverenda madre entonaba súplicas a la diosa de piedra en las alturas, Mia se esforzó por lamentarlo. Por preguntarse quién era aquel chico y por qué había muerto en aquel lugar. Pero viendo los ojos fríos y los labios apretados de los demás discípulos, supo lo que estaban pensando todos ellos.

«Mejor él que yo.»

Mia nunca volvió a oír mencionar el nombre de Tovo.

Las semanas fueron pasando; no se celebró la Gran Ofrenda ni hubo más agradecimientos. La mascarada pareció haber acabado a palos con el último rastro de frivolidad entre las paredes del Monte Apacible. La tejedora siguió trabajando, esculpiendo a los demás como obras de arte, pero habían desaparecido las sonrisas y los guiños, los flirteos y los roces. Si antes no, ya todos sabían que aquello no era un juego.

El giro después de que Diamo pasara por su tejido, Mia se dio cuenta de

que Tric no había ido a clase de Bolsillos. Tras una concienzuda lección de Ratonero sobre el arte de las trampas de polvo y las formas de evitarlas, había subido una escalera en curva y encontrado al chico dweymeri en el Salón de las Canciones. Sin la camisa. Brillando de sudor. Con un par de espadas de madera en la mano, aporreando a un maniquí de entrenamiento con tanta fuerza que al barniz solo le faltaba chillar.

—Tric, te has saltado la lección de Ratonero.

El chico no le hizo caso. Amplios tajos que se estrellaban contra la figura de madera y crujidos que resonaban en el salón vacío. Su torso desnudo relucía y las rastas de sal le caían húmedas por toda la cara. Había media docena de espadas rotas tiradas en el suelo a su lado. Debía de llevar allí todo el giro...

—¿Tric?

Mia le tocó el brazo para detenerlo. Tric se volvió hacia ella, casi rugiendo, y apartó el brazo.

—No me toques.

La chica parpadeó, sorprendida por la ira de sus ojos. Recordó esos mismos ojos mirándola mientras bailaban, los dedos de Tric entrelazados con los suyos...

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Tric se secó los ojos y respiró hondo—. Perdona. Vamos a ello.

Formaron los dos en el círculo de entrenamiento bajo la luz dorada del salón. Con espadas de madera en las manos, empezaron a trabajar en las formas Caravaggio de Mia.<sup>[74]</sup> Pero al cabo de pocos minutos, se hizo evidente que Tric no estaba de humor para enseñar. Gruñía como un lobo resacoso cada vez que Mia cometía un error, gritaba cuando daba un paso en falso y acabó dándole un espadazo en el antebrazo tan fuerte que le hizo sangre.

—¡Negra Madre! —Mia se agarró la muñeca—. ¡Eso ha dolido, joder!

—Se supone que no hace cosquillas —replicó Tric—. Como vuelvas a bajar la guardia así contra Jessamine, te rajará el cuello.

—Mira, si quieres decirme qué te tiene tan cabreado, te escucho. Pero si buscas a alguien con quien desfogar la rabia, te dejo con los maniqués.

—No estoy cabreado por nada, Mia.

—Vaya, no me digas. —Sostuvo en alto la muñeca ensangrentada.

—Me pediste que te enseñe y te estoy enseñando.

Mia suspiró.

—La gilipollez esa de la fachada estoica empieza a hacerse molesta, don Tric.

—¡Que te follen, Mia! —bramó él, tirando sus espadas al suelo—. ¡Te he dicho que no me pasa nada!

Mia optó por callar mientras las espadas rebotaban por el círculo de entrenamiento. Escrutó los ojos de Tric. La espantosa tinta garabateada por su piel. Las cicatrices de debajo. Cayó en la cuenta de que era el único discípulo que aún tenía que sufrir el toque de la tejedora.

—Escucha —dijo, y suspiró—. Puede que no sea la mejor para resolver los problemas de los demás, y no quiero figonear, pero si quieres hablar de lo que sea, aquí me tienes.

Tric torció el gesto, mirando la nada. Mia volvió a hacer la jugada de esperar, dejando que el silencio preguntara por ella. Después de un siglo de taciturno silencio, Tric por fin habló.

—Van a quitármelo —dijo.

—No entiendo.

—Ni falta que hace.

—Puede que no haga falta. —Mia dejó su espada—. Pero aun así, me gustaría.

Tric suspiró. Mia se sentó con las piernas cruzadas y dio una palmada en la piedra a su lado. Huraño y casi haciendo un mohín, el chico se arrodilló donde estaba y aposentó el trasero. Mia se le acercó, lo suficiente para que Tric supiera que la tenía allí. Pasaron largos minutos sentados en silencio. Un silencio absoluto en un salón que recibía su nombre de las canciones.

A Mia le pareció una estupidez. Allí, más que en ningún otro sitio. Estaban en una academia para aprendices de asesino. Los discípulos estaban cayendo como moscas. El giro siguiente Tric podría estar muerto. Y allí estaba ella, intentando que le revelara sus sentimientos.

«Negra Madre, es peor que estúpido: es ridículo.»

Pero quizá ese era el sentido que tenía. Quizá sí que era como había dicho Naev. Quizá frente a tanta brutalidad, tenía que aferrarse a las cosas que importaban. Y mirando a aquel chico extraño, a su maraña de pelo caída sobre ojos que sufrían, Mia comprendió que de verdad le importaba.

Tric le importaba.

—Yo no maté a Lllamarriadas —dijo Tric por fin.

Mia parpadeó. Lo cierto era que, con tanta muerte desde entonces, casi se había olvidado del asesinato del chico dweymeri la misma tarde de su llegada.

—Te creo.

—Quería hacerlo. Pero se me adelantó alguien. —La miró de soslayo y su voz se llenó de rabia—. Me llamó *koffi*, Mia. ¿Sabes lo que significa?

A Mia le costó un momento encontrar la voz.

—Hijo de...

—Una violación —espetó Tric—. Hijo de una violación.

Mia suspiró para sus adentros.

«Era cierto, pues.»

—¿Tu padre era un pirata dweymeri? ¿Tu madre...?

—Mi madre era la hija de un bara.

—¿Qué?

—Una princesa, lo creas o no. —Tric soltó una risita—. Tengo sangre real, para que veas.

—¿Un bara? —Mia frunció el ceño—. ¿Tu madre era dweymeri?

Mia no lo comprendía. Por lo que había leído, eran los señores piratas dweymeri y sus tripulaciones las que se encargaban de las violaciones y los saqueos. Pero si la madre de Tric era de Dweym...

—Se llamaba Caminatierras, tercera hija de nuestro bara, Rompeespadas. —Tric escupió el nombre como si le supiera a podrido—. No era mucho mayor que tú ahora. Navegaba hacia Camada para el Festival de los Cielos que se celebra cada año. Hubo una tormenta. Acabó de náufraga en alguna roca junto a una doncella y un contramaestre. Tres supervivientes de cien.

»Un arrastrero itreyano la encontró. El capitán los subió a bordo a los tres. Echó al chico a los dracos de mar y violó a mi madre y a su doncella. Y cuando se enteraron de quién era, mandaron decir a mi abuelo que podría recuperarla a cambio de su peso en oro.

—Por los dientes de las Fauces. —Mia apretó la mano del chico—. Lo siento mucho, Tric.

Tric sonrió con amargura.

—Una cosa diré a favor de mi abuelo. Quería a sus hijas.

—¿Pagó?

Tric negó con la cabeza.

—Averiguó dónde estaban escondidos y quemó el campamento. Asesinó hasta al último hombre, mujer y niño. Pero recuperó a su hija. Nueve meses más tarde, tuvo un nieto. Y cada vez que me miraba la cara, veía a mi padre.

Mia miró a los ojos del chico con dolor en el pecho.

«Color avellana, no castaños.»

—Eso no define quién eres, Tric.

El chico le devolvió la mirada y el relato murió en sus labios. Algo cambió en el aire, algo en sus ojos encendió una llama en la tripa de Mia. Esos ojos sin fondo. Esos garabatos de odio en la piel. El corazón le martilleó. Las palmas de sus manos sudaron en las de él. Temblaron.

—... *mia*...

Temblaron igual que la sombra a sus pies.

—... *mia, alerta*...

—Vaya, vaya.

El sortilegio de silencio se quebró. Jessamine estaba en el rellano de la escalera, acompañada de Diamo. La pelirroja iba vestida para entrenar, con cuero negro y una túnica sin mangas. El corpulento cómplice de la chica se quedó a su lado, con algo muy feo en la mirada.<sup>[75]</sup>

Jessamine se metió los pulgares en el cinturón y entró como si nada en el salón.

—Me preguntaba a qué te dedicabas por la nuncanoché, Corvere.

Mia se puso de pie y sostuvo la mirada de la chica.

—No sabía que te importara, Jess.

La pelirroja miró alrededor, hacia las espadas rotas y los maniqués.

—¿Practicabas? —dijo, burlona—. Más te valdría rezar.

—Mis disculpas. —Mia puso cara de preocupación y miró el suelo como si buscara algo—. Parece que he perdido la puta mierda que me importa lo que opines.

Jessamine se agarró las costillas y profirió una estruendosa carcajada que duró medio segundo. Luego la sonrisa cayó de sus labios y se hizo añicos como el cristal contra la piedra.

—¿Te crees muy graciosa, puta? —preguntó Diamo.

—Vaya, puta. —Mia asintió con la cabeza—. Muy creativo. ¿Qué viene

después? ¿Guarra? No, zorra, ¿a que sí?

Diamo parpadeó. Mia casi podía verlo tachando las palabras de su lista mental de insultos y encontrándola vacía. Tric se había puesto de pie junto a ella, encarado hacia el imponente itreyano, pero Mia le puso una mano en el brazo. Era poco probable que Jessamine intentara algo allí, y Mia podía pasarse todo el giro intercambiando pullas. Enviaría a los dos a la cama bien calentitos.

—¿Qué quieres, pelirroja?

—Tu cráneo en los escalones del Senado, al lado del de mi padre — respondió Jess.

Mia suspiró.

—Julio Scaeva ejecutó a mi padre igual que al tuyo. Eso nos convierte en aliadas, no en enemigas. Las dos odiamos al mismo ho...

—No me hables de odio —la interrumpió la chica, casi gritando—. Tú nunca lo has saboreado, Corvere. Mi familia entera está muerta por culpa del puto traidor de tu padre.

—Como llames traidor a mi padre otra vez —gruñó Mia—, volverás a ver a tu familia un poco antes de lo que querrías.

—Es bastante curioso. —Jessamine sonrió—. Tu amiguita Ashlinn va ganando con mucha ventaja en la competición de robos de Ratonero. Está claro que podría colarse en cualquier habitación de esta montaña. Lo normal habría sido que le pidieras que se encargara del asunto por ti. Pero me metí en el salón de Ratonero hace una semana y, para mi sorpresa, seguía allí.

Mia puso los ojos en blanco.

—Por las Cuatro Hijas, ¿se puede saber de qué parloteas?

La sonrisa de Jessamine era afilada como el acero recién forjado. Metió la mano en el cuello de su túnica sin mangas. Sacó algo que rodó y resplandeció en la tenue luz.



—Ah, de nada importante.

Mia sintió náuseas en su estómago revuelto. Un espasmo de dolor. Un fognazo cegador. Y mientras retrocedía trastabillando, con una mano alzada para cubrirse los ojos, distinguió la forma de tres círculos, oro rosado, platino y oro amarillo, brillando al final de una fina cadena.

«Oh, diosa...»

La Trinidad de Ratonero. El medallón sagrado, bendecido por la Mano Derecha de Aa.

Mia retrocedió dando trompicones mientras Jessamine avanzaba, con una sonrisa cada vez más amplia. El terror la inundó en frías oleadas y notó que Don Majo se encogía en su sombra. Y aunque los soles solo brillaban un poco a la luz del cristal tintado del techo, para Mia era una luminosidad cegadora. Ardiente. Abrasadora. Jessamine siguió acercándose y Mia cayó de rodillas, con la boca llena de bilis. Tric recogió su espada de entrenamiento y rugió:

—Guarda ese puto trasto, Jess.

La chica hizo un mohín.

—Pero si solo nos estamos divirtiendo, Tric.

—¡He dicho que lo guardes!

La chica dio otro paso hacia Mia, con los soles brillando. Tric alzó su espada de práctica y Diamo acudió a su encuentro, moviendo los dedos de aquellas manos grandes como mazas. Los chicos se pusieron a ello, Tric descargando la hoja de madera sobre el antebrazo de Diamo con un sonoro crujido y el itreyano dando un respingo de dolor y lanzando el puño. Cayeron en una refriega de nudillos y codos y maldiciones. Pero mientras tanto, Jessamine seguía avanzando. Mia se apartaba a gatas sobre la piedra, con el vómito burbujeando en su garganta.

Estaba indefensa. El miedo de Don Majo pasó a ella y duplicó, triplicó el

que ya sentía. Topó con algo duro a su espalda y comprendió que estaba contra la pared. Ojos cerrados de nuevo contra aquella espantosa y ardiente luz. La oscuridad a su alrededor serpenteó, marchitándose como una flor que pasa demasiado tiempo a los soles. Y mientras Jessamine se acercaba más y Mia sentía la luz cayendo sobre ella como un peso físico, mientras su corazón atronaba tan fuerte que amenazaba con saltarle del pecho, Don Majo se disgregó de su sombra.

Se disgregó y huyó.

—¡Don Majo!

La sombra salió disparada por el suelo, siseando en su huida. Piedra a través. Escalera abajo. Perdiéndose de vista mientras Mia chillaba y el terror la anegaba en oleadas demoledoras. Intentó lanzar una débil patada a las piernas de Jessamine, que rio mientras se apartaba a un lado. Mia oyó gritar a Tric. Su propio pulso en sus oídos. Dolor. Un pavor tan intenso que pensó que moriría. Y justo cuando empezaba a superarla, justo cuando aquella horrible luz amenazaba con dejarla ciega...

—En el nombre de la Madre, ¿qué está pasando aquí?

Jessamine se volvió y eclipsó la luz con su cuerpo. Entre náuseas y lágrimas ardientes, Mia vio al shahiid Solis de pie en el círculo de entrenamiento, sus enormes brazos cruzados, sus ojos blancos fijos en nada en absoluto. Tric y Diamo se levantaron del suelo y Jessamine volvió a meterse el collar en la túnica. Con los soles ocultos, el dolor que laceraba el cuerpo de Mia remitió casi de inmediato. Pero sin Don Majo, el miedo permaneció, arrastrándose como una marea grasienta por sus entrañas. Se puso de pie tambaleándose, con el corazón acelerado, buscando a su alrededor en la oscuridad. No vio ni rastro de su amigo.

—Os he hecho una pregunta, discípulos —ladró Solis.

Sin hacer caso al Shahiid de Canciones, Mia rodeó la pared, alejándose de

Jessamine. Unos ojos ciegos se volvieron hacia sus pasos, pero ella llegó al arco y bajó la escalera a toda prisa con piernas temblorosas. Oyó el rugido de Solis pidiendo explicaciones. Tric la llamó, pero Mia tampoco le hizo caso y siguió descendiendo con paso inestable a la oscuridad.

—¿Don Majo?

No hubo respuesta. No sentía a su amigo. Solo el miedo, aquel peso aplastante y olvidado hacía tanto del terror. Le temblaban las manos. Le tiritaban los labios. Comprendió que la había abandonado.

«Me ha abandonado...»

—¡Don Majo!

—¡Mia, para! —la llamó Tric, bajando de dos en dos los escalones tras ella.

La chica siguió adelante, corriendo por los pasillos curvos hacia la penumbra de cristal tintado, gritando el nombre del gato-sombra.

—¡Para! —Tric la agarró del brazo.

—¡Suéltame!

—Este sitio es un puto laberinto. Podría estar en cualquier parte.

—¡Por eso tengo que encontrarlo! —Se giró y gritó a la oscuridad—. ¡Don Majo!

—Se ha asustado, nada más. Volverá cuando esté preparado.

—¡Eso no lo sabes! ¡Esos soles, esa zorra, le han hecho daño!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vagar por la oscuridad buscando algo que está hecho de oscuridad? ¡Párate a pensar un minuto!

Mia cerró los párpados con fuerza. Intentó recobrar el aliento. Forcejeó con su miedo. Con el peso. Con el frío. Era tanto, diosa, que llevaba eones sin sentirse así. Desde que él la había encontrado acurrucada en aquel tonel, desde que le había regalado el cuchillo que le salvó la vida. Pero lo que Tric había dicho fuera de la montaña era cierto: al apoyarse en el gato-sombra

tanto tiempo, había olvidado cómo lidiar sola con aquello. Le flojeaban las piernas. Notaba el estómago lleno de hielo aceitoso. Cerró los ojos y se obligó a tranquilizarse. El miedo se resistió, riendo. Demasiado intenso. Demasiado.

Don Majo la había abandonado. Por primera vez desde que podía recordar.  
«Estoy sola.»

—Oh, diosa —susurró—. Oh, diosa, ayúdame.

Se quedó dubitativa en la oscuridad. Incapaz de avanzar aunque fuese a trompicones. Demasiado asustada para quedarse quieta. Con la imagen de aquellos condenados soles tras los párpados cada vez que los cerraba. Todavía podía sentirlo. Ese odio imposible. Los tres ojos de Aquel que Todo lo Ve, quemándola hasta cegarla. ¿Qué había hecho ella para merecerlo? ¿Qué pasaba con ella? ¿Y qué iba a hacer si Don Majo no regresaba?

Y entonces lo sintió. Brazos fuertes rodeándola. Abrazándola. Tric la apretó contra su pecho y la envolvió. Le acarició el pelo. La mantuvo cerca de él.

—Está bien —murmuró—. Todo se arreglará.

Mia se concentró en la calidez de su piel desnuda. En el latido de su corazón. Ojos cerrados. Solo respirar. Calentita y a salvo y no tan sola. Logró contenerlo. El miedo. Despacio. Cada ápice, un suplicio. Pero consiguió apartarlo, enviarlo al fondo de sus pies y pisarlo con todas sus fuerzas. Intentó discernir qué significaba todo aquello. Por qué la quemaban esos soles. Qué había hecho para provocar el odio de un dios. Qué había asustado tanto a una criatura que se alimentaba del propio miedo.

—Demasiadas preguntas —susurró—. Muy pocas respuestas.

—¿Y qué vas a hacer?

Mia se sorbió la nariz y tragó saliva con esfuerzo. Puso las manos sobre el pecho de Tric y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, se apartó. Alzó la

mirada a sus ojos, con el corazón aún aporreándole en el pecho. Labios a solo unos centímetros de los suyos.

—¿Mia?

La chica respiró hondo. Miró su sombra en la piedra y la encontró solo tan oscura como la del chico que tenía al lado. Ya no era lo bastante oscura para dos.

Y allí, en la negrura, al fin entrevió la solución de su puzle.

—Creo que es hora de reclutar al hombre más peligroso de estos salones —dijo.

Tric miró atrás, hacia el Salón de las Canciones y el shahiid del que habían escapado.

—Creía que acabábamos de salir huyendo del hombre más peligroso de estos salones.

Mia intentó sonreír.

Se conformó con menear la cabeza a los lados.

—Se nota que no habéis frecuentado lo suficiente la compañía de bibliotecarios, don Tric.

# CAPÍTULO 21

## PALABRAS

Se detuvieron solo el tiempo suficiente para que Tric cogiera otra camisa y Mia buscara algún rastro del gato-sombra en su dormitorio. Registró la negrura de debajo de la cama, las esquinas y los armarios pero, al no encontrar nada, se internaron a toda prisa en la espiral de oscuridad. Estaban sonando las campanas de la tardera, pero Mia y Tric se alejaron del Altar del Cielo y descendieron a la oscuridad hasta llegar al *athenaeum*. Las puertas que se alzaban frente a ellos, de casi cuatro metros de altura y treinta centímetros de grosor, se abrieron sin el menor sonido al toque del meñique de Mia.

Un aroma familiar la recogió y se la llevó de vuelta a giros más felices, cuando estaba acurrucada en su cuarto encima de la tienda de Mercurio, rodeada de montañas de sus mejores amigos. Los que la apartaban del dolor, de la brillante luz de los soles y de pensar en su madre y su hermano encerrados en alguna celda oscura.

Los libros.

Mia se miró los pies, la sombra que la precedía al entrar en la biblioteca. Seguía sin ser más profunda que la de Tric. Sin ser diferente. El vacío de su interior se encabritó enseñándole los dientes y, por un instante, se vio demasiado asustada para dar ni un paso más. Pero al momento, cerró los

puños, entró en el *athenaeum* y aspiró el aroma de la tinta y el polvo y el cuero y el pergamino. Tric se mantuvo a su lado, contemplando el mar de estanterías. Mia inhaló las palabras. Centeneras, miles, millones de palabras.

—¿Cronista Aelio? —llamó.

No hubo respuesta. El silencio gobernó en aquel reino de tinta y polvo.

—¿Cronista? —llamó otra vez—. ¿Hola?

Bajó la escalera, llegó al piso principal y se internó en el bosque de estanterías. La estancia estaba bañada por la misma luminosidad sin fuente pero, entre los libros, la luz parecía más apagada, las sombras más profundas. Los dos pasearon entre los estantes y no tardaron en verse rodeados por todas partes. Estanterías negras que llegaban hasta el techo, cargadas de pergaminos ornamentados y tomos polvorientos, volúmenes grandes y gruesos y códices con grabados. Las voces de los escribas y las reinas, los guerreros y los santos, los herejes y los dioses, todos ellos ya inmortales.

Se internaron más, llamando al cronista, perdiéndose entre las sombras. Las estanterías eran un laberinto cuyos senderos giraban en todas las direcciones. Tric carraspeó y, al habar, su voz resonó en la penumbra.

—¿Deberíamos estar husmeando por aquí nosotros solos?

Los ojos de Mia recorrieron los estantes y notó que el corazón le latía fuerte en el pecho.

—¿Asustado, mi valiente centurión?

—Soy consciente de que esa pose de princesa listilla con lengua afilada es solo que han entrado en acción tus técnicas naturales de autodefensa, pero debo señalar que estoy aquí contigo para ayudarte.

Mia lo miró de reojo.

—Sí. Mis disculpas.

—¿Qué estamos buscando?

Mia respiró hondo. Negó con la cabeza.

—Cuando Jessamine ha alzado esos soles... ha sido como si alguien me pegara fuego. Como si la luz me estuviera chamuscando. No entiendo nada de todo eso, y ya estoy harta. Esta es la biblioteca más grande que he visto jamás. Si en alguna parte del mundo existe un volumen sobre los tenebros, estará aquí dentro. Necesito saber lo que soy, Tric.

—¿Tu shahiid no te enseñó nada sobre ti misma?

—Supongo que Mercurio sabe tan poco sobre los tenebros como todo el mundo aquí. El Sacerdocio habla de que estoy tocada por la Madre, pero ninguno parece saber lo que significa de verdad. Y mi señor Casio fue tan comunicativo como un montón de ladrillos cuando le pregunté sobre ello en Tumba de Dioses.

—¿Casio es tenebro?

—Casio es un hijo de puta. —Mia se chupó el labio e hizo un gesto reticente—. Pero tiene buenos pómulos.

La chica siguió andando, llamando al cronista sin obtener respuesta. Leyendo los lomos al pasar, vio que muchos libros del *athenaeum* estaban escritos en idiomas que no conocía. En alfabetos que nunca había visto. Frunciendo el ceño, se detuvo ante un estante lleno de tomos particularmente polvorientos y se esforzó en leer sus títulos. Se fijó en uno en concreto, un códice enorme encuadernado en cuero negro, con letras de plata en el lomo.

—Pero eso es imposible —susurró.

Sacó el pesado libro del estante. Lo llevó con esfuerzo a un pequeño atril de caoba y lo abrió con cuidado.

—No puede ser...

Tric miró por encima de su hombro.

—Sí, es un libro, en efecto.

—Esto es de Éfeso. *El libro de las maravillas*.

—¿Es bueno?



—Imposible saberlo. Todos sus ejemplares se incineraron en la Luz Brillante. Este libro... no debería existir. —Mia recorrió los estantes con la mirada—. Mira, y ahí están las *Herejías* de Bosconi. Y el tratado *De la Oscuridad y la Luz* de Lantimo el Viejo.

—Mia, empieza a darme la sensación de que no deberíamos estar aquí.

El miedo de Tric era un reflejo del suyo, pero Mia lo resistió con todas sus fuerzas.

—La verdad de lo que soy tiene que estar aquí, en alguna parte. No me marcharé hasta que lo encontremos.

—¿No deberíamos empezar por la letra O?

—¿La letra O?

—O de obstinada. O de obcecada. O de «Oh, qué lista soy».

—O de «O te callas o verás».

—Ese es el espíritu.

Reír sentó bien. Ayudó a que Mia se quitara la gelidez de la tripa. Pero luego Tric se quedó callado y la sonrisa murió en sus labios, reemplazada por una mirada preocupada a la oscuridad.

—¿Has notado eso?

—¿El qué?

Mia echó la cabeza a un lado. Y mientras escuchaba en las tinieblas, el suelo tembló con la más tenue de las vibraciones, que le subió por las botas y se asentó en la base de su columna vertebral.

—Eso sí lo he notado —susurró.

Empezó con sutileza, con una leve sacudida de los tomos en sus estantes. Pero al poco, las mismas estanterías empezaron a vibrar, los libros a murmurar, el polvo a caer en lentas nubes. Mia escrutó las sombras mientras los temblores se incrementaban y el suelo bajo sus pies empezaba a vibrar. El corazón le daba martillazos. No sabía cuánto se habían internado en el

laberinto pero, de pronto, aquel no parecía el mejor lugar en el que estar. Sin Don Majo en su sombra, el miedo llegó veloz. Se le secó la boca. Le palpitaron las venas.

—En nombre de la Madre, ¿qué es eso? —preguntó Tric.

Mia oyó un sonido correoso. Como si un fardo inmenso se arrastrara por la piedra. Y luego un rugido atronador que resonó desde algún lugar de la oscuridad del *athenaeum*.

—Vámonos de aquí, Mia.

—Sí —convino ella—. Vámonos.

El sonido rasposo ganó intensidad mientras los dos se apresuraban a regresar hacia lo que Mia esperaba que fuese la dirección de la que provenían. Pero aquella arboleda de estanterías parecía toda igual, elevándose sobre ellos en hileras indistinguibles. Los dos se encogieron cuando sonó otro rugido en la oscuridad, y Tric cogió a Mia de la mano y apretó el paso.

—¿Qué es eso?

—No quiero ni saberlo. ¡Corre!

Los libros estaban ya a punto de caer de sus estantes. Mia y Tric doblaron una esquina y comprendieron que habían llegado a un callejón sin salida. Maldiciendo, retrocedieron mientras sonaba otro rugido... bastante más próximo. Demasiado cerca para su gusto. Mia no quería participar en nada que pudiera ocurrir, por lo que amasó puñados de sombras, los arrancó y se envolvió con ellos. Y aunque no lo había hecho nunca, rodeada por una oscuridad que nunca había conocido a ningún sol, agarró a Tric por los hombros y lo atrajo al interior con ella, arrojándolos a los dos.

Mia se abrazó con fuerza a Tric, fundidos contra la estantería a su espalda. Estaban tan apretados que notó el corazón del chico latiendo contra sus costillas, y comprendió que él estaba tan asustado como ella. Casi ciego bajo la mortaja, Tric olisqueó el aire y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —susurró ella.

—No puedo olerlo.

—¿En absoluto?

Tric negó con la cabeza.

—Solo capto los libros. Y a ti.

—¿Se impone un baño?

—¿Eso es una invitación?

—Anda, vete a la mierda.

Otro rugido. Más cercano. Fuera lo que fuese, bajo la capa de Mia no veían lo suficiente para salir corriendo; seguro que se estamparían contra una estantería si lo intentaban. De modo que Mia rodeó a Tric con los brazos y tiró de él hacia abajo, para hacerse tan pequeños como pudieran. El miedo creció en su interior, llenando el lugar que una vez había llenado Don Majo. Hizo fuerza contra la espalda del chico e intentó no tiritar.

El sonido rasposo creció, húmedo y chirriante. El suelo bajo sus pies se sacudió. Más allá de su velo de sombras, Mia vio que algo inmenso pasaba, arrastrándose sobre la piedra. Se llevó la impresión de una forma larga y serpentina, de docenas de cabezas toscas y brutales, repletas de dientes. Moviéndose entre las estanterías como una oruga colosal, arqueando el lomo para reptar y husmear el aire. Mia asió su daga, temblando de miedo. Se maldijo por debilucha. Por cría.

Tric bajó una mano sin hablar, le cogió la mano y apretó.

Los minutos se hicieron infinitos en la oscuridad sudada. Pero fuera lo que fuese aquella cosa, pasó sin reparar en su presencia, arrastrándose despacio entre los estantes. Mia y Tric se quedaron abrazados, escuchando hasta que dejaron de oírla, silenciosos como ratoncillos.

—Y ahora, ¿podemos irnos de aquí? —siseó Tric por fin.

—Yo diría que... sí.

Mia apartó la capa de sombras y ayudó a Tric a levantarse. Trepó a una estantería y escrutó el mar de tomos, buscando la salida del laberinto. Vio las puertas del *athenaeum* en la lejanía y apretó los párpados para anular el efecto óptico. Parecían estar a kilómetros de distancia.

—¿Andáis buscando algo?

Mia soltó un reniego y casi saltó al oír la voz que llegaba de las sombras. Tric se volvió raudo, rastas volando, hoja en mano.

Mia oyó el chasquido de un yesquero y vio la llama reflejada en unos anteojos de grosor imposible y dos mechones de cabello blanco. Una voluta de humo con aroma a canela ascendió en el aire y el cronista Aelio salió a la luz, empujando un carrito de madera cargado con precarias columnas de libros. Una plaquita en la parte delantera rezaba DEVOLUCIONES.

—Por los dientes de las Fauces, ¿es que aquí todo el puto mundo camina de puntillas? —preguntó Tric.

El anciano sonrió blanco, exhaló gris.

—Sí que estamos irritables, ¿eh?

—¿Y qué esperabas, joder? ¿No has visto esa cosa?

Aelio parpadeó.

—¿Eh?

—El monstruo. ¡Esa cosa! ¿Qué abismos era?

El anciano se encogió de hombros.

—Gusano de biblioteca.

—Gusano...

—... de biblioteca. —Aelio asintió con la cabeza—. Yo los llamo así, al menos.

—¿«Los»? —Mia no podía creérselo.

—Ah, sí. Hay unos pocos viviendo aquí. Ese era uno pequeñín.

—¿Pequeñín? —gritó Tric.

El anciano lo miró entre una nube de humo.

—Ya lo creo, estamos pero que muy irritables.

—¿Y dejas que esas cosas se paseen por tu biblioteca?

Aelio levantó los hombros de nuevo.

—Para empezar, no es mi biblioteca. Pertenece a Nuestra Señora del Bendito Asesinato. Yo soy solo quien narra la crónica de lo que hay dentro. Y tampoco dejo que los gusanos de biblioteca se paseen por ahí. Lo hacen y ya está. —El anciano hizo un gesto de indiferencia—. Tiene su gracia, este sitio.

—Su gracia... —susurró Mia.

—Bueno, no gracia en plan risas, claro. —Aelio se sacó otro cigarrillo de detrás de la oreja. Lo encendió con el suyo y se lo ofreció a la chica con dedos manchados de tinta—. ¿Fumas?

El miedo seguía atenazando las tripas de Mia, destrozándole los nervios. Quizá un cigarrillo la tranquilizara. De modo que, mientras el anciano sonreía, se acercó por el pasillo y lo cogió con dedos temblorosos. Se quedaron plantados durante unos momentos largos y silenciosos, Mia saboreaba el papel azucarado en los labios y su pulso por fin se ralentizaba a algo parecido a la normalidad. Exhaló en la dirección de Tric y sonrió cuando el chico arrugó la nariz y tosió.

—Buenos cigarrillos —comentó después.

—Sí.

—Pero no me suena la marca del artesano.

—Está muerto. —Aelio se encogió de hombros—. Ahora ya no los hacen así.

—¿Igual que estos libros?

—¿Eh?

Mia señaló los estantes.

—He reconocido algunos títulos. No deberían existir. Pero tiene sentido, ahora que lo pienso. Esto es una iglesia consagrada a la diosa del asesinato.

Tric puso cara de repentina comprensión.

—Entonces, ¿la biblioteca de Niah está llena de libros que han muerto?

Aelio los miró a los dos a través del humo y asintió despacio.

—Algunos —dijo—. Hay libros que ardieron. O que se olvidaron en épocas pasadas. Otros ni siquiera tuvieron la oportunidad de vivir. Abandonados, o a medio imaginar, o demasiado pavorosos para empezar a escribirlos. Memorias de tiranos asesinados. Teoremas de herejes crucificados. Obras maestras de genios que cayeron antes de tiempo.

Mia miró las estanterías. Meneó la cabeza. ¿Qué maravillas había ocultas en aquellas páginas olvidadas y nonatas? ¿Qué horrores?

—¿Y los... gusanos? —dijo exhalando gris.

—No sé muy bien de dónde vienen, la verdad —respondió Aelio—. Quizá salieran de algún libro. Las cosas que hay en esas páginas no siempre se quedan bajo la cubierta, ya me entendéis. Solo salen si creen que las palabras corren peligro. O, en fin, si les entra... hambre.

—¿Qué comen? —preguntó Tric.

El anciano fijó la mirada en el chico.

—¿Tú qué crees?

—Llevamos aquí casi cuatro meses. —Mia dio una calada profunda a su cigarrillo—. ¿No os parece que esto tendría que haberlo mencionado el Sacerdocio en el primer giro? «Ah, y por cierto, discípulos, hay unos putos bichos enormes con forma de gusano que viven en la biblioteca, así que, por amor de las Fauces, devolved los libros dentro de plazo.»

—¿Y si se meten aquí más discípulos solos? —preguntó Tric—. En la competición de Ratonero ganamos seis puntos por cada libro que robemos del *athenaeum*.

—Bueno, Ratonero es un poco hijo de puta, ¿no? —dijo Aelio.

—¿Qué pasaría si alguien se colara de verdad aquí dentro e intentara manganar uno?

El anciano sonrió.

—¿Tú qué crees?

Tric se quedó boquiabierto.

—Esto es de locos.

—Mira, los gusanos solo molestan a quienes perturban las palabras. Y si eres lo bastante tonto como para hacer el idiota con libros como estos, te mereces lo que te pase. Y aparte de eso, a ti ya te lo había advertido. —Aelio lanzó un anillo de humo a la cara de Mia—. Te dije el giro en que nos conocimos que, según qué pasillo eligieras, era muy posible que jamás se te volviera a ver.

—De acuerdo, pues. Para futura referencia, ¿qué pasillos deberíamos evitar? —preguntó la chica.

—Va cambiando. —El anciano se encogió de hombros—. Todo este sitio cambia de vez en cuando. Aparecen libros nuevos giro sí, giro no. Otros se trasladan a sitios donde no los puse yo. A veces encuentro secciones enteras que ni sabía que existían.

—¿Y se supone que debéis narrar la crónica de todo?

Aelio asintió.

—Es un trabajo de mierda, en realidad.

—¿No podéis buscar ayudantes? —sugirió Tric.

—Una vez tuve cuatro. La cosa no terminó muy bien.

—¿Por qué? ¿Qué les pasó?

El anciano miró de soslayo al chico. Tres voces simultáneas resonaron en la penumbra.

—¿Tú qué crees?

Mia soltó una bocanada de gris pálido al silencio.

—Supongo que aquí no habrá libros sobre tenebros, ¿verdad?

El cronista bajó la mirada a su sombra. La devolvió a sus ojos.

—¿Por qué?

—¿Eso es un no?

—Es un «por qué». Lo maravilloso que tiene una biblioteca como esta es que cualquier libro, se escribiera o no, acabará apareciendo aquí en algún momento. El problema es encontrar los dichos tomos. Cuesta mucho buscar algo concreto. Y además estos libros tienen sus traumas, sus resentimientos. Sobre todo los quemados. A veces no quieren que se los encuentre.

Mia sintió que se le caía la esperanza del pecho. Miró a Tric, que hizo un gesto de impotencia.

—Pero —añadió el anciano, mirándola de arriba abajo— tú tienes pinta de no ser ajena a la letra escrita. Se te nota. Tienes palabras en el alma.

—¿Palabras en el alma? —Mia dio un bufido—. ¿«Quémese después de leer»?

—Escucha, chica. —Aelio se sorbió la nariz—. Los libros que amamos nos aman a nosotros. Igual que nosotros dejamos nuestra señal en sus páginas, esas páginas dejan su señal en nosotros. Lo veo en ti, igual que lo veo en mí mismo. Eres hija de las palabras. Una chica con una historia que contar.

—No se cuentan historias sobre los discípulos de la Iglesia Roja, cronista —replicó Mia—. No se cantan canciones sobre nosotros. No hay baladas ni poemas. Aquí la gente vive y muere en la sombra.

—Bueno, quizá no sea aquí donde se supone que debes estar.

Mia le clavó la mirada al oírlo. Ojos entornados en el humo.

—En fin. —El anciano se apartó del estante y suspiró—. Tendré los ojos



abiertos y, si encuentro un libro sobre tenebros que merezca la pena leer, te avisaré. ¿Bien?

—Bien. —Mia hizo una inclinación—. Os lo agradezco, cronista.

—Será mejor que os vayáis los dos. Y yo también. Tantos libros y tan pocos siglos...

El anciano acompañó a Mia y Tric por el laberinto de estanterías, empujando su carrito de DEVOLUCIONES y arrastrando una fina estela de humo azucarado, hasta las puertas. Y aunque a Mia le había parecido que estaban a kilómetros de distancia, llegaron a la salida en unos minutos, dejando muy atrás el bosque de papel y palabras.

—Hala, adiós.

Aelio los saludó con la cabeza, sonrió y cerró las puertas sin hacer el menor ruido.

Tric se volvió hacia ella con media sonrisa.

—Conque «palabras en el alma», ¿eh?

—Anda y que te den.

El chico abrió los brazos y exclamó:

—¡Una chica con una historia que contar!

Mia le dio un fuerte puñetazo en el bíceps. El chico se encogió; Mia soltó un improperio y se acunó el codo herido. Tric levantó los puños y lanzó unos cuantos golpes hacia la cabeza de Mia, que los bloqueó para luego apuntar una bota hacia sus cuartos traseros mientras él se giraba. Y juntos se perdieron en la oscuridad.

Mia resistió el impulso de volver a coger la mano de Tric.

Por los pelos.

# CAPÍTULO 22

## PODER

*Tenía catorce años la última vez que los soles cayeron del cielo.*

*Ni siquiera los mejores escritores de la república han logrado jamás capturar de verdad la belleza de una puesta de soles itreyana completa. El hedor a sangre rezumando por las calles de Tumba de Dioses cuando los sacerdotes de Aa sacrifican animales a millares, implorando al Dios de la Luz su pronto regreso. El resplandor sangriento de Saan en el horizonte, chocando con el azul claro de Saai y sumergiéndose en un hosco añil. La luz tarda tres giros en morir del todo. Tres giros de oraciones, matanzas e histeria en ciernes hasta que la Madre de la Noche reclama su breve dominio de los cielos.*

*Y entonces, empieza el Carnaval de la Veroscuridad.*

*Mia despertó con el sonido de las celebraciones. El constante popopopop de los fuegos artificiales del Monasterio del Hierro, lanzados para ahuyentar a las Fauces bajo el horizonte. Extendió la mano y vio el juego de sombras. Sintió que maduraba el poder que había estado creciendo en ella los últimos giros. A un gesto suyo, un zarcillo de sombra lanzó por los aires una pila entera de libros, que acabaron desparramados por toda la habitación. Obedeciendo sus órdenes, más sombras recogieron los libros y los*

*devolvieron a su sitio. Abrió la puerta de su dormitorio con una mirada. Se vistió sin mover un dedo.*

*—... bravo... —había dicho Don Majo—... ojalá tuviera manos para aplaudir...*

*Mia se dio una palmada en el culo.*

*—Me conformaría con labios para que besaras mi dulce trasero.*

*—... antes tendría que encontrarlo...*

*—Los culos son como el vino, Don Majo. Mejor quedarse corto que pasarse.*

*—... una belleza y además, filósofa. oh, aplácate, corazón ardiente... —El no-gato bajó la mirada a su pecho traslúcido— ... ah, no, espera...*

*La chica comprobó los cuchillos de su cinto, de sus botas y sus mangas. Era una cosita menuda, flequillo torcido y mejillas hundidas, pero estaba llena de la confianza que dan catorce años en el mundo. Escuchó y oyó el habitual murmullo del viejo Mercurio en el piso de abajo, intercambiando rumores con uno de sus frecuentes no-clientes. El anciano no era una persona muy festiva. Al contrario que los demás habitantes de Tumba de Dioses, su maestro no saldría a las calles esas noches. Ya tenía ojos suficientes allí fuera.*

*—... ¿insistes en hacerlo, entonces?...*

*Mia miró a su amigo. Todo asomo de broma se escurrió de su cara, dejándola tensa y pálida.*

*—Es mi mejor oportunidad. Nunca me he sentido tan fuerte como en la veroscuridad. Si alguna vez voy a entrar allí, es en estas noches.*

*—... deberías decírselo al viejo...*

*—Intentaría disuadirme.*

*—... ¿y no te preguntas por qué?...*

*—Allí no hay guardias durante la veroscuridad, Don Majo.*

—... porque el descenso empezará pronto. centenares de presos masacrándose entre sí por el derecho a abandonar la Piedra Filosofal. ¿de verdad quieres estar allí metida con ellos?...

—Cuatro años, Don Majo. Cuatro años llevan encerrados en ese agujero. Mi hermano ha aprendido a andar en una celda. No sé cuándo mi madre vio los soles por última vez. ¿Para qué he entrenado estos años, si no es para esto? Tengo que sacarlos de allí.

—... eres una chica de catorce años, mia...

—¿Y lo que te preocupa es la parte de los catorce años o la parte de chica?

—... mia...

—No —espetó ella—. Esto terminará esta noche. ¿De mi parte o contra mí?

*El no-gato suspiró.*

—... ya sabes dónde estoy. siempre...

—Pues dejemos ya el tema, ¿quieres?

*Salió por la ventana. Cruzó las calles. Las multitudes y las celebraciones. Todo el mundo llevaba puestas sus máscaras de carnaval, hermosos dominós y temibles voltos y risueñas polichinelas. La chica se escurrió entre la muchedumbre, con una cara de arlequín sobre la suya y la capucha de su capa sobre la cabeza. Dejó atrás los suspiros de los amantes en el puente de los Votos, los charlatanes del puente de la Moneda y bajó a la costa quebrada. Retiró la lona de su góndola robada, extendió los brazos y cerró los párpados. La oscuridad se escurrió de los rincones y las grietas para envolver a la chica y la barca en una mortaja de noche.*

*Oculto en la oscuridad, se impulsó a pértiga por la bahía de los Carniceros, bajo la pasarela del puente de las Necedades, cabeceando y escorando con la marea creciente.[76] Se quitó la capa al salir a mar abierto*

*y fueron pasando las horas, en dirección a la tétrica aguja de piedra que asomaba del rostro del océano. Hacia el agujero en el que su madre y su hermano habían languidecido durante cuatro largos años por orden de Julio Scaeva, desesperados e indefensos.*

*«Pero eso se acabó.»*

*Amarró en las escarpadas rocas después de que las sombras la llevaran a tierra sin contratiempos. La oscuridad tiró de la góndola hacia la costa y le evitó el afilado beso de las rocas que rodeaban la Piedra. Mia se lamió los labios y dio una bocanada de aire salado. Don Majo se bebió su miedo y le permitió mantenerse feroz e intrépida.*

*Extendió los brazos. Se visualizó ascendiendo. El poder vibró en sus venas, como nunca lo había sentido antes. Era una afinidad negra que fluía como la creciente oscuridad. Unos largos y negros zarcillos la envolvieron y, saliendo de sus dedos, se hundieron en los ladrillos de la base de la Piedra. Como traslúcidas patas de una gigantesca araña, tiraron de ella hacia arriba. Y con un negro agarre tras otro, la chica empezó a escalar.*

*Remontó la imponente muralla, con el pelo revuelto por el viento creciente. Superó las almenas y las retorcidas marañas de hierbaespino que coronaban los muros. Las sombras la envolvieron como la mantilla de un bebé y la bajaron a la cobriza y densa peste de la muerte.*

*Mia cruzó pasillos de piedra ensangrentada, envuelta en una oscuridad tan profunda que apenas veía nada. Cadáveres. Por todas partes. Hombres estrangulados y apuñalados. Azotados hasta la muerte con sus propias cadenas y apaleados hasta la muerte con sus propios miembros. El ruido del asesinato sonando por todas partes, el hedor a entrañas anegando el aire. Siluetas imprecisas corriendo junto a ella, enredándose y chillando en el suelo. Gritos llegando desde algún lugar lejano, algún lugar que la oscuridad no le permitía oír.*

*Se hundió en la Piedra Filosofal como un cuchillo entre costillas. En aquella cárcel. En aquel degolladero. Descendió entre celdas abiertas hasta los lugares más silenciosos, donde las puertas seguían cerradas a cal y canto, donde los presos que no deseaban probar suerte en el Descenso seguían retenidos, flacos y famélicos. Echó a un lado su capa de sombras para poder ver mejor y miró entre los barrotes a los espantapájaros flacos como palos, a los fantasmas de ojos vacíos. Comprendió por qué la gente estaba dispuesta a participar en la horrible apuesta que les proponía el Senado. Mejor morir luchando que quedarse allí, en la oscuridad, pasando hambre. Mejor alzarse y caer que arrodillarse y vivir.*

*A no ser, por supuesto, que una tuviera a un hijo de cuatro años encerrado allí con ella...*

*Los espantapájaros le gritaron, confundiéndola con algún espectro deshogado que acudía a atormentarlos. Recorrió de punta a punta el bloque de celdas, con los ojos muy abiertos. Empezando a desesperarse. A temer, pese al gato que había en su sombra. Tenían que estar allí, en alguna parte. Seguro que la dona Corvere no habría arrastrado a su hijo a la carnicería de arriba a cambio de una oportunidad de escapar de aquella pesadilla, ¿verdad?*

*¿Verdad?*

*—¡Madre! —llamó Mia, con lágrimas en los ojos—. ¡Madre, soy Mia!*

*Pasillos interminables. Negrura sin luz. Más y más hacia el fondo de la sombra.*

*—¿Madre?*

*—¡Madre!*

*Mia se incorporó con los brazos por delante, con greñas pegadas al sudor*

de su piel. El corazón azotándole las costillas, los ojos desorbitados, el pecho jadeante. Parpadeó en la oscuridad, empapada de pánico, reconociendo por fin su dormitorio en el Monte Apacible, la luminosidad sin origen que lo amortajaba todo en su suave brillo.

—Era solo un sueño —dijo en voz baja.

No un sueño. Una pesadilla. De las que no había tenido en años. Siempre que los terrores de la nuncanoché reptaban hacia su cama encima de la tienda de Mercurio, siempre que los fantasmas de su pasado se filtraban en su cerebro al dormir, Don Majo había estado allí. Haciéndolos trizas. Pero ya no estaba. La había dejado a merced de sus sueños.

De sus recuerdos.

Por las Hijas, ¿dónde podía estar?

Mia se levantó temblando. Con la cabeza inclinada y abrazándose a sí misma. El miedo palpitó en su pecho al ritmo de su pulso. Las sombras se inclinaron en la pared cuando apretó el puño. Recordó la forma en que se habían plegado a sus órdenes la última vez que los soles cayeron del cielo. La última vez que...

*No mires.*

Había pensado que podría estar bien. Tric la había acompañado a su habitación después de la visita a la biblioteca y le había asegurado que Don Majo volvería. Mientras sonaban las nueve campanadas, se había metido en la cama y había intentado convencerse de que no pasaría nada. Pero sin su amigo para protegerla, nada impedía que llegaran los sueños. Los recuerdos de aquel pozo ensangrentado y oscuro. De lo que había encontrado en su interior.

*No mires.*

Apretó los párpados con toda la fuerza que pudo.

*No mires.*

La habitación vacía. La cama vacía. Soledad. Miedo. Inundándola en oleadas. No había estado sola del todo desde hacía años. Nunca había afrontado los terrores nocturnos sin alguien a su lado. Se apretó los nudillos contra los ojos y suspiró.

Había sonado la novena campanada. Romper el toque de queda de la reverenda madre sería de idiotas, sobre todo después de lo que habían hecho a Chss. Pero ella había salido con Ashlinn y no las habían pillado. Y el lugar al que quería ir estaba solo a unas puertas de distancia, a fin de cuentas.

«¿El lugar al que quiero ir?»

La perspectiva de largas e insomnes horas se extendía ante ella.

El creciente miedo a que Don Majo jamás regresara.

La certeza enraizando en su pecho.

«El lugar al que quiero ir.»

Un pasillo oscuro. Manos temblorosas. Mia embutió sombras en la cerradura para amortiguar el sonido, pero le temblaban tanto los dedos que temió partir la ganzúa. Si llamaba a la puerta, podría oírla alguien más. Ashlinn. Diamo. Jessamine.

La cerradura por fin dio un chasquido. La puerta se abrió una rendija sobre goznes amortiguados con sombras. Escrutó el dormitorio oscurecido y entró con sigilo. Dio un respingo de terror cuando alguien le agarró el brazo y la estampó contra la pared con un cuchillo en la garganta. Ese alguien se detuvo al reconocerla, bajó la hoja y habló entre dientes apretados.

—Por los dientes de las Fauces, ¿qué estás haciendo aquí? —siseó Tric.

—Eh... ¿Sorpresa?

—¡Casi te rajo el puto cuello!

Mia se esforzó en calmar su pulso galopante, en reprimir el miedo lo



suficiente para hablar.

—No podía dormir —susurró.

—¿Y has decidido colarte en mi habitación? Ya pasa de la novena campanada. ¿Y si te hubieran pillado?

—Lo siento. —Mia se lamió unos labios secos. Tragó.

Tric seguía apretado contra ella, tan cerca que podía olerlo. Cayó en la cuenta de que debía de dormir desnudo, porque su piel relucía en la tenue luz sin fuente. La mirada de Mia recorrió su cuerpo, el músculo duro en su pecho sin pelo, los tensos tendones de su cuello y sus brazos. Se le aceleró un poco la respiración. El terror que la había despertado seguía agitado en ella, pero también estaba despertando otra cosa. Algo más antiguo. Más fuerte.

«¿Quiero esto?»

Alzó la mirada hacia unos ojos de profundo color avellana, suavizados por la comprensión. Él no podía saber cómo se sentía. No podía comprender lo que significaba Don Majo para ella. Pero aun así, vio que su ira se derretía, que un tenue entendimiento empezaba a ocupar su lugar.

—Yo también lo siento. Es que me has asustado, nada más.

Tric suspiró y empezó a apartarse. Una protesta sin palabras escapó de labios de Mia, que extendió la mano e hizo subir las yemas de los dedos por su brazo. A Tric se le puso la piel de gallina. Mia posó la mano en la dura protuberancia de su hombro. Le impidió alejarse.

—Mia...

—¿Puedo dormir aquí esta noche?

Tric frunció el ceño. Aquellos grandes ojos de avellana estudiaron los de ella.

—¿Dormir?

Al estar Tric desnudo, Mia notó la presión en la pierna. Bajó el mentón y lo miró a través de la oscura neblina de sus pestañas. Una leve y cómplice

sonrisa asomó a sus labios al notar que Tric se revolvía un poco. Con deliberada parsimonia, llevó hacia abajo su mano libre. Rozó toda su longitud con los dedos y notó cómo se hinchaba. Tric ahogó un grito cuando Mia lo tomó del todo en la mano y pasó los dedos por la sedosa lisura de debajo. La inundó la oscura satisfacción de saber que hasta el más ligero de sus toques era capaz de inflamarlo.

Por las Hijas, lo notaba ardiendo. Casi quemándole la palma de la mano. Y el pegote de gélido temor que ocupaba su abdomen empezó a fundirse, reemplazado por un fuego que se avivaba poco a poco.

Se lanzó hacia él y le mordió el labio. Con la fuerza suficiente para hacerle sangre. Sal en su lengua. La llama se alzó dentro de ella, ahogando el miedo. Tric intentó apartarse, pero el puño de Mia se cerró sobre él, apretando. Él se quedó paralizado, dio un gemido, cerró los ojos. Una sonrisa curvó los labios de Mia y la llenó de embriagadora calidez. Aquella inmensa mole de músculo, aquel asesino, se dejaba dominar por ella con una sola mano, como si fuese un cervatillo asustado.

Mia tenía miedo. Tanto que se notaba mareada. Torpe. Pero por debajo de todo ello, comprendió que lo deseaba. Quería bebérselo. Poseerlo. Y el miedo a hacerlo, la expectativa, solo conseguía acrecentar ese deseo. Nada importaba en aquel momento, ni los sitios donde hubiera estado ni las cosas que hubiera hecho. Ni los kilómetros y kilómetros repletos de muerte que la esperasen o que ya hubiera recorrido. Solo importaba el olor del chico, a almizcle y virilidad y lujuria, que le llenaba los pulmones. Solo su calor en la mano de Mia, el latido que daba mazazos bajo su piel, los suspiros que se tragaba al encontrar su boca, la lengua que encontraba al buscar con la suya. Tric gimió mientras ella le daba un beso intenso y largo y cálido, metió las manos en el pelo de Mia mientras ella lo empujaba con fuerza contra la pared y el músculo chasqueaba contra la piedra.

Los labios de Mia pasaron al cuello de Tric, su lengua recorrió la ardiente línea de su pulso. Una mano exploró la lisa protuberancia de su pecho mientras la otra no dejaba de acariciarlo arriba y abajo, provocándole temblores y suspiros. Todavía temerosa, con la respiración entrecortada, se hundió hacia el suelo, pasando los labios sobre su clavícula hacia el pecho. Con una mano amable, Tric la detuvo y escrutó en sus ojos, con la boca aún manchada de sangre.

—Mia, no tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

Con estudiada lentitud, Mia clavó la mirada en sus ojos y bajó las rodillas al suelo. Dos manos masajeando su longitud temblorosa, una sonrisa cuando Tric echó atrás la cabeza y gimió. Mia no había hecho aquello nunca y le quedaban dudas pese a todas las lecciones de Aalea sobre la materia. Pero quería poseerlo con una ferocidad que asfixiaba cualquier miedo que pudiera quedar en su interior.

Tocó su piel ardiente con la lengua y notó que Tric casi saltaba. Diosa, qué duro estaba. Abrió la boca y lo lamió de la raíz a la punta, sonriendo al provocarle un nuevo gemido. Saboreó una dulzura salada al llegar a la cima, cálida en su lengua. Lo besó arriba y abajo y notó que las rodillas de Tric flaqueaban. Y después de mojarse los labios con la punta de la lengua, se lo hundió en la boca.

Entonces se permitió perder el control y dejar que la guiara el instinto. Le costaba creer el agradable calor que irradiaba el chico. Se movió con torpeza al principio, insegura por debajo del deseo hasta que él le rodeó la cabeza con las manos y la guio con ternura, arriba y abajo, mejillas ahuecadas, ayudándose con la mano cerrada sobre la base.

Y Tric fue suyo. Sin medida. Sin paliativos. Sin remedio. Por las Hijas, era casi demasiado. La sensación de control absoluto, el deleite de discernir los

variados gemidos y temblores que provocaba con la lengua, gimiendo ella también cuando la dominó el anhelo. Solo había una cosa que Mia deseara en ese momento. Ya no era una virgen temblorosa sobre sábanas manchadas de sangre. Ya no era una chica prisionera de sus pesadillas. Ya no era una doncella temerosa.

Las manos le agarraron el pelo con más fuerza y el pulso del chico se aceleró. Le tembló el pecho al no entrar bastante aire en sus pulmones.

—Mia —jadeó—, me...

Notó que se crispaba, palpitando en su boca. La atrajo hacia él, más y más y más. Se le arqueó la espalda y le temblaron las piernas. Y entonces gimió su nombre, con todos los músculos en tensión, y le llenó la boca con chorros de dulce, salado calor. Mia dio un gemido, embriagada de poder. Siguió masajeándolo en toda su longitud con el puño cerrado, ordeñando hasta la última gota y provocándole un gañido de dolor y placer tras el que el chico tuvo que apartarla para poder llevar intermitentes bocanadas de aire a su pecho.

Mia levantó las rodillas del suelo, con una sonrisa traviesa en sus labios brillantes. Soltó una risita al mirarle a los ojos, al ver en ellos la incredulidad y el deseo y la relajación. El chico parecía incapaz de mantenerse en pie, de respirar, de hablar. Y todo eso se lo había hecho ella en solo un puñado de latidos del corazón.

A aquello se refería Aalea, comprendió.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Tric parpadeó. Negó con la cabeza.

—Creo que necesito un minuto.

Riendo, Mia dio media vuelta y se arrojó a la cama. Las sábanas seguían templadas y el aroma de Tric aún impregnaba las pieles. El chico se dejó caer

a su lado, desnudo junto a la chica que seguía completamente vestida. Se apartó las rastas de sal de los ojos y la miró sobre las almohadas.

—Que conste que no me estoy quejando, pero ¿a qué ha venido eso?

—¿Es que tiene que haber un motivo?

—Suele haberlo.

—Me gustas. —Mia se encogió de hombros—. Y quería ver si era capaz. Antes de que la shahiid Aalea nos traiga a algún joven y viril esclavo liisiano para que practiquemos.

Tric soltó una breve carcajada.

—No sé por qué, pero me parece que no es toda la verdad.

—Es que... no me gusta estar sola. Las cosas que veo cuando cierro los ojos...

Mia frunció el ceño y meneó la cabeza al quedarse sin palabras. Tric le pasó la yema del dedo por la mejilla y sobre los labios.

—Yo también tengo mis daimones. Y tú me gustas, de verdad. Es solo que me pregunto si esto será inteligente.

—¿Qué quieres decir con «esto»?

—Bueno, pues esto. Nosotros. —Gesticuló hacia la oscuridad que los rodeaba—. No estaremos mucho tiempo aquí. Incluso suponiendo que nos inicien a los dos como hojas, acabarán enviándonos a distintas capillas. Seremos asesinos, Mia. La vida que llevamos... no es de las que terminan en un «y fueron felices para siempre».

—¿Eso es lo que crees que quiero? ¿Un «y fueron felices para siempre»?

—Ahí está la intriga, ¿verdad? —Tric suspiró—. No sé lo que quieres.

Mia rodó por la cama y se apoyó en un codo por encima de él. Su pelo largo y negro cayó sobre la piel de Tric, y Mia se quedó contemplando aquellos dulces ojos de color avellana.

—Eres idiota.

—Cierto. —Tric sonrió.

Entonces ella lo besó, abriendo su boca a la de él. Le bajó una mano por el pecho, la pasó por las colinas y los valles de su abdomen y sintió que los músculos se endurecían en contraste con la suavidad de sus labios. Ojos cerrados. Sola en la oscuridad, pero no sola en absoluto.

Mia rompió el beso y le estudió el rostro. Aquellos horribles garabatos de odio en su piel. Las cicatrices. Aquellos hermosos ojos sin fondo más allá.

—Mantén apartados los sueños. Es todo lo que pido. ¿Harías eso por mí?

Tric buscó en sus ojos. Asintió despacio.

—Eso puedo hacerlo.

Mia le cogió la mano y la atrajo hacia ella. La apretó contra su pecho, la guió hacia la tersura de su vientre y la metió en sus calzas. Los dedos de Tric recorrieron su vello y buscaron más abajo, cortándole la respiración.

Sintió que le separaba los labios, gimió cuando los dedos del chico se encogieron suavemente contra ella. Mia extendió el brazo hacia abajo, buscando su polla de nuevo, pero Tric la hizo tumbarse bocarriba mientras los diestros movimientos de su mano enviaban deliciosos escalofríos que le subían por la columna vertebral.

—Me toca a mí —susurró él.

Mia se reclinó, y gimió cuando él le besó el cuello, siseó ánimos cuando la mordió fuerte, más fuerte. Enredó los dedos en el pelo del chico mientras él le subía la camisa y le provocaba un placentero quejido al rodear con la lengua su pezón cada vez más duro y turgente. Tric se lo metió en la boca y chupó al tiempo que seguía haciendo alguna clase de magia con los dedos entre las piernas de Mia, que notó que irradiaba calor desde su centro y le temblaban los muslos, empapados de ansia. Tric deshizo los nudos de sus calzas y se las bajó hasta los tobillos, hasta que se engancharon con las botas. Mia se las quitó de dos patadas y se quedó con las calzas aún en un tobillo,

retorciéndose en la cama mientras él seguía tocándola, trazando firmes círculos en su lugar más suave.

—Oh, Hijas —susurró ella—. Oh, sí.

Tric se arrodilló entre sus piernas, acariciándole con una mano el pecho mientras la otra seguía provocando incendios en sus labios. Y tras un último beso en la boca, descendió por su cuerpo tembloroso. Dejó un rastro de besos encendidos en sus pechos y vientre abajo. Mia era muy consciente de hacia dónde iba y de pronto volvió a asaltarla el miedo y abrió los ojos de sopetón. Le agarró el pelo y lo hizo volver arriba con una mueca.

Tric la miró, con una pregunta ardiéndole en los ojos por detrás del hambre cegadora.

—No tienes por qué hacerlo —susurró Mia.

—Pero quiero hacerlo —dijo él.

Le levantó una pierna, le besó la tierna piel de detrás de la rodilla e hizo que Mia se estremeciera. Pasó las yemas de los dedos, despacio, por su abdomen cada vez más tenso. Pasó los labios por el interior del muslo, haciéndole cosquillas con la barba de unos días, humedeciéndole la piel con su aliento. El deseo por fin se impuso al miedo y Mia cerró los dedos sobre sus rastas para meterle prisa. Con una lentitud intencionada y agónica, el chico trazó espirales cada vez más cerradas, lamiendo el sudor recién sudado y provocándole gemidos, acelerándole más y más la respiración. Se detuvo al llegar a sus labios y la inspiró como si ella fuese aire y él un hombre ahogándose. Mia gimoteó, suplicando en silencio. Y mientras separaba sus pliegues con suaves dedos, notó el primer contacto de su lengua.

—Oh, diosa —gimió.

La lengua aleteó contra ella, suave al principio, trazando minúsculos círculos en torno a su brote hinchado. Mia arqueó la espalda y levantó un poco las piernas, con los dedos de punta. Tric jugó con ella, escondiendo y

sacando la lengua, soplando un fresco aliento sobre ella entre los dulces asaltos de su boca. Mia se notó abrumada por la sensación, expuesta y completamente a merced de él. Pero por las Hijas, cómo lo deseaba. Cómo lo disfrutaba. Agarró sendos puñados del cabello de Tric y tiró hacia ella, obligándolo a apretar más fuerte, a tomarla, a saborearla, a prenderle fuego.

El chico lamió con ritmo firme y Mia se revolvió en la cama, con los ojos en blanco. El calor creció en su interior, tortuoso y envolvente, mientras unas inarticuladas súplicas llenaban el aire. Y justo cuando pensaba que no aguantaría más, notó otra presión, insistente y cálida. Tric le separó los labios húmedos con la mano y, muy despacio, metió un dedo dentro de ella.

Chispazos en su mente. Luz cegadora en los ojos. Mia gimió mientras Tric se afanaba, encogiendo y acariciando, su ritmo dentro acompasado con los lametones cada vez más rápidos de su lengua. Mia empezó a sacudirse más con cada respingo, a retorcerse al tiempo que se acumulaba una inundación en su interior que presionaba contra algún dique invisible, cada vez más profunda y más cálida. Tric siguió con los dedos y la boca, la lengua y el aliento. Las estrellas colisionaron tras los ojos de Mia, las obscenidades escaparon entre sus dientes «ay, joder, ay, joder, ay, joder» hasta que la presa estalló y la inundación manó con un grito sin palabras de sus labios, su columna vertebral arqueada, su cabeza lanzada hacia atrás mientras gritaba en silencio el nombre de él.

Tric redujo el ritmo y retiró la mano, sin dejar de trazar suaves círculos con la lengua en los labios empapados de Mia. Y entonces la besó, con ternura, como si su coño fuese su boca y estuviera despidiéndose por última vez.

Tric levantó la cabeza mientras Mia le sacaba los dedos del pelo. Le lanzó una sonrisa torva.

—Y tú, ¿estás bien?

—¿Dónde... abismos... has aprendido a hacer eso?



Sonriendo de oreja a oreja, el chico subió por la cama y se dejó caer junto a ella.

—En el mismo sitio donde aprendí a bailar. La shahiid Aalea me dio unas cuantas indicaciones, por si alguna vez tenía que seducir a alguna hija de nacidos de la médula o similares.

Mia suspiró, con el corazón todavía aporreándole el pecho.

—Le daré las gracias la próxima vez que la vea.

Tric sonrió, se inclinó hacia ella y la besó. Mia notó su propio sabor en los labios de Tric y entrelazó su lengua con la suya. Bajó una mano y lo encontró todavía duro como la piedra, caliente como el hierro. Quería más. Pero en el fondo de su mente ardía un frío temor, que ganaba poder incluso mientras Mia se soltaba las calzas del tobillo en el que se habían quedado, trepaba sobre él y se ponía a horcajadas. Se arrancó la camisa y Tric se abalanzó sobre sus pechos, los besó y los mordisqueó. Mia echó mano hacia atrás y aferró la ardiente lanza de su polla para apretarla contra sus deseosos labios. Se movió atrás y adelante, tentada de hundirla sin más, centímetro a centímetro, hasta el fondo.

—Te deseo —susurró él—. Madre de la puta Noche, cómo te deseo.

Los labios de Mia encontraron los de él, su aliento rozó la piel del chico.

—Y yo a ti. Pero...

—Pero ¿qué?

—No sé si es seguro.

Tric la agarró por las caderas, boca en sus pechos, y tiró de ella hacia abajo mientras ella lo frotaba contra sus húmedos labios. La punta se coló dentro de ella —oh, sagradas Hijas, qué gusto— y Mia estuvo a punto de dejarse llevar. Deseosa. Necesitada. Más de lo que había deseado o necesitado nada en toda su vida. Pero le enredó los dedos en el pelo y lo apartó de sus anhelantes pezones. Se echó hacia atrás y le permitió otro par de centímetros, gimiendo

desde lo más profundo de su interior. Pero entonces se detuvo. Lo aferró con más fuerza y se levantó de él, quedando vacía. Tric suspiró, pero ella le dedicó una sonrisa, le dio una juguetona bofetada y le empujó el pecho contra la cama antes de dejarse caer resbalando hacia la sudada piel de lobo junto a él.

—Esta noche no, don Tric —susurró.

Tric se quedó tumbado en el revoltijo de almohadas y pieles. Intentando en vano recobrar el aliento.

—Oh, qué fría sois, Hija Pálida —logró decir.

Mia le cogió la mano y se la puso entre las piernas.

—Perdón, ¿cómo decís?

—Por los dientes de las Fauces, ahora estás siendo sádica.

Mia se echó a reír, apoyó la cabeza en la almohada y miró el techo. Entrecerró los ojos, retorció las sombras y observó cómo serpenteaban. El miedo había desaparecido, consumido sin remedio por el conocimiento que ardía en su mente.

«Ahora mismo, haría cualquier cosa por tenerme. Todo lo que le pidiera. Mataría por mí. Moriría por mí. Se bañaría en la sangre de centenares solo para poder exhalar su último aliento dentro de mí.»

Mia arqueó la espalda y se metió una mano entre las piernas. Presionó el dulce dolor que halló allí, cerró los ojos y suspiró.

«Esta es la fuerza que derriba reyes. Que arrasa imperios. Que incluso parte el cielo.»

Pasó unos dedos húmedos por unos labios sonrientes.

«Esto es poder.»

**D**espertó horas más tarde de un sueño feliz y sin pesadillas. Se desperezó

como una gata, apretó los muslos y se recreó en los recuerdos de la forma en que Tric la había tocado. Miró al chico que tenía al lado, cuyo rostro estaba relajado por el sueño bajo la tinta. Se dijo que solo había sido para apartar los sueños.

Suponiendo que no tardarían en sonar las campanas de la mañana y recordando la flagelación de Chss, decidió que lo mejor para todos los implicados sería que los demás discípulos no la vieran saliendo a hurtadillas de la habitación de Tric. Así que se vistió en silencio y salió del dormitorio sin despertarlo. Llevaba la capa de sombra echada, por lo que tuvo que palpar casi a ciegas la pared hasta llegar a su dormitorio. Abrió la puerta con un giro veloz de la llave y se metió dentro sin que nadie de fuera se hubiese enterado. Soltó un leve suspiro de alivio.

—... *el crimen perfecto...*

—¡Don Majo!

Allí estaba, al pie de su cama, solo una esquirla de oscuridad más profunda en la tiniebla. Corrió hacia la cama y saltó sobre las pieles para intentar tocarlo, levantarlo y abrazarlo. Y cuando él saltó a sus brazos, Mia se sorprendió al descubrir que sí que sentía un vago contacto, suave como el terciopelo, cuando sus manos lo atravesaron, frío como el hielo, delicado como el aliento de un bebé. El gato-sombra se lanzó a sus hombros, se le metió en el cabello y los largos mechones se movieron como si les diera un viento suave. Las lágrimas de alivio se acumularon en los ojos de Mia.

—¡Me tenías preocupada, pequeño cabronazo!

—... *lo siento...*

Se reclinó en las almohadas y el no-gato saltó a su pecho y la miró a los ojos. Llevaba desaparecido sin rastro toda la tarde. Lo que, pese al alivio que la inundaba por el regreso de su amigo, seguía obligando a la pregunta:

—¿Dónde estabas?

—... *ah, he hecho una excursioncilla al teatro y luego una ronda rápida de cerveza y putas, ya sabes...*

—Eh, eh, ahora no vayas de listo. Llevabas horas desaparecido.

—... *confío en que hallaras la forma de entretenerte mientras no estaba...*

—Ah, he hecho una excursioncilla al *athenaeum* y luego un poco de lectura ligera, ya sabes.

El no-gato giró la cabeza en la dirección del cuarto de Tric.

—... *creo que será mejor si no te...*

Mia sonrió de oreja a oreja y pasó los dedos a través de él, sintiendo de nuevo aquella difusa gelidez haciéndole cosquillear la piel. Las preguntas sobre dónde había dormido podían esperar.

—Pues...

—... *pues...*

—Jessamine ha robado la Trinidad de Ratonero.

—... *¿ah, sí? caramba, no me había fijado...*

—¿Qué te he dicho sobre ir de listo?

—... *es como un sol advirtiéndote a otro de que brilla demasiado...*

—Me odia con toda el alma, Don Majo. Y ahora lleva un arma de la que no podemos defendernos colgada al cuello.

—... *pues díselo a ratonero. al sacerdocio. haz que le confisquen la trinidad...*

—Chivarse al Sacerdocio carece de un cierto... estilo, ¿no te parece?

—... *entonces, ¿tienes algún otro plan?...*

—Seguro que podría urdir alguno con la ayuda del suficiente vino dorado.

—... *no tienes tiempo para chorradas mezquinas. recuerda para qué viniste aquí...*

—Que sí, que muy bien, pero ¿y si Jess decide vengar a su padre de una

vez por todas? Sacará esa Trinidad y yo caeré de rodillas rezando para no vomitar los intestinos.

—... *por si no te habías fijado, jessamine odia a casi todos los que la rodean. deja que te considere derrotada y se aburrirá. aborrece a carlota tanto como a ti...*

—Entonces, ¿quieres que me quede en el suelo y deje que me pisotee?

—... *¿has oído hablar de los perros costrosos de liis?...*[77]

—Claro.

—... *nunca es malo que te subestimen, mia. tu objetivo debería ser la iniciación...*

Mia se mordió el labio. Estaba conteniendo una pregunta tras los dientes. Una que nunca antes había tenido que formular. Pero Don Majo tampoco la había abandonado nunca. A lo largo de todos sus años juntos, el gato-sombra había sido su confidente. La estrella que guiaba su rumbo. Fue él quien la salvó de los hombres de Scaeva. Él quien estuvo junto a ella cuando su madre...

No. No lo hagas.

*No mires.*

Pero la Trinidad lo había afectado incluso más que a ella. Los soles la habían aterrorizado, sí, pero Don Majo se había vuelto casi loco de pánico. ¿Qué tenía para que la mirada de Aquel que Todo lo Ve le hiciera tanto daño? ¿Era solo porque estaba hecho de sombra? ¿O había en él algo más que mera oscuridad?

—¿Qué eres, Don Majo?

El no-gato ladeó la cabeza.

—... *tu amigo...*

—Pero ¿qué más? ¿Un daimón, como dice el folclore?

Una risita parecida al viento ululando contra lápidas pendió en el aire.

—... *daimón, sí. llevaba tiempo queriendo pedirte que firmes este pergamino. con sangre y por triplicado, si no te importa...*

—No estoy de humor para chistes. ¿Por qué no quieres decírmelo?

—... *porque no lo sé. antes de encontrarte, yo era solo una forma esperando en las sombras...*

—¿Esperando qué?

—... *a alguien como tú...*

—Así de sencillo, ¿eh?

—... *¿qué tiene de malo lo sencillo?...*

—Que nada lo es nunca.

—... *eres demasiado joven para ser tan cínica...*

Mia se incorporó, pasó a través de Don Majo y salió de la cama. El no-gato se lamió una zarpa y se limpió los bigotes como si no pasara nada.

—Que te follen, pues. Guárdate tus secretos. Ya hablaré con mi señor Casio cuando vuelva para la iniciación. Le preguntaré otra vez sobre los tenebros y sobre lo que es ser uno de ellos. Y si decide ponerse críptico de nuevo, a lo mejor lo estrangulo para sacarle las respuestas. Me da igual lo bonitos que tenga los condenados pómulos.

—... *eso sería poco recomendable, mia...*

—¿Por qué, porque podría decirme la verdad?

—... *porque es un hombre peligroso. seguro que lo has notado...*

—Lo único que noto cuando me acerco a él es que tú tienes miedo.

—... *¿y crees que lo tengo por mí?...*

Mia se mordió la lengua y miró al no-gato, sentado entre las pieles. Lo único que había hecho siempre Don Majo era protegerla. Espantarle las pesadillas cuando era una niña. Los fantasmas nuncanocurnos del estrangulador de cachorritos que venía a estrangularla a ella. Los espantapájaros y las sombras que había visto dentro de la Piedra Filosofal.

—Pues entonces esperaré al cronista. Tiene que haber algún libro en el *athenaeum* donde esté escrita la verdad. Es cuestión de tiempo que lo encuentre.

—... *¿de verdad crees que aprenderás a dominar las sombras leyendo un libro?...*

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —gritó.

—... *te lo he dicho mil veces, mia...*

Miró a su amigo, acurrucado en la cama. Uñas heladas bajándole por la espalda. El sonido de chillidos lejanos resonándole en la cabeza. La imagen de una cara surcada de lágrimas. Ojos hundidos y asustados. Sangre.

—... *para dominar la oscuridad de fuera, antes debes afrontar la oscuridad de tu interior...*

Empezó a respirar más deprisa. Sudor en su piel. Buscó en sus calzas y encontró su cajita de cigarrillos. Se llevó uno a los labios con manos tiritantes.

—... *no fue culpa tuya, mia...*

—Cállate —susurró.

—... *no fue c...*

—¡CÁLLATE!

La chica arrojó la pitillera de plata contra la pared. Un rictus en la cara. El no-gato apretó las orejas contra la cabeza. Se encogió sobre sí mismo y susurró:

—... *como desees...*

Mia suspiró. Cerró los ojos y suspiró. Al cabo de largos y silenciosos minutos, se encendió el cigarrillo con el yesquero, dio una calada profunda y se sentó en la cama. Contempló las espirales rotas de humo en la penumbra. Luego suspiró de nuevo.

—Me estoy volviendo un poco puta, ¿verdad?

—... *¿volviendo?...*

Lanzó una mirada al no-gato, que soltó una risita, y lanzó la ceniza de la punta del cigarrillo en su dirección.

—... *todo esto es nuevo para ti. no puede ser fácil...*

Dio una intensa calada y exhaló por las fosas nasales.

—Se supone que no es fácil. Pero puedo hacerlo, Don Majo.

—... *no lo dudo. y yo estoy contigo hasta el final...*

—¿De verdad?

—... *de verdad...*

Mia se quedó despierta, viendo cómo se consumía el cigarrillo poco a poco. Sentada en la oscuridad con sus pensamientos. Don Majo tenía razón: su objetivo debía ser la iniciación. Todo lo demás eran bobadas y gilipolleces. No era la maestra en bolsillo que eran Ash o Jessamine. Y entrenar con Tric no estaba mejorando su esgrima como ella necesitaba. Pero su única rival en venenos era Carlota, y su actual debilidad en el Salón de las Canciones era algo a lo que podía sacar provecho. Como le habían dicho Don Majo y Mercurio, que la subestimarán era un arma que podía transformar en ventaja.

«Es hora de empezar a jugar sobre seguro.»

Cuando se apagó el cigarrillo, Mia se tumbó en su cama. Agradeció que el humo hubiera matado lo que quedaba de Tric en su piel. «Ha sido solo una vez —se dijo—. Solo para mantener apartados los sueños.» Sus pensamientos se ralentizaron cuando por fin la fatiga la alcanzó y el sueño la envolvió en sus suaves brazos y las pestañas aletearon contra sus mejillas. Y por fin durmió.

El no-gato se quedó sentado a su lado, esperando a las pesadillas que llamarían a la puerta.

Siempre vigilante.



Siempre hambriento.

No tuvo que esperar mucho.

**A**ntes de la mañanera, Mia se levantó de la cama y salió sin hacer ruido de su habitación. Pasó frente a los dormitorios de los discípulos y se dirigió a las profundidades del monte. Se lo pidió con educación a una figura embozada en negro que se cruzó y esta la acompañó por escaleras y más escaleras hasta un lugar que no había visto nunca. Olía a polvo y heno, a camello y mierda. Y al salir a una gran caverna tallada en las entrañas de la montaña, comprendió dónde estaba.

—La cuadra.

La caverna tenía al menos quince metros de altura, y en unos grandes rediles de madera había dos docenas de máquinas de escupitajos, bufidos y ronquidos. Vio a manos descargando una caravana recién llegada, aguando las bestias que venían de hollar la arena. Los carros estaban cargados hasta arriba de mercancías de Última Esperanza y más allá. Y allí, entre las manos cubiertas de polvo y vestidas de rojo desértico, Mia distinguió una cara velada en seda. Unos rizos rubios rojizos. Unos ojos oscuros y brillantes.

—¡Naev!

La mano se volvió y sus ojos sonrieron.

—Mia, amiga.

Mia le dio un abrazo, que la mano le devolvió con cariño. Olió el sudor en la piel de la mujer, la suciedad y el polvo de un largo camino.

—Mis disculpas por molestarte —dijo Mia—. Sé que debes de estar cansada. Cuando he preguntado por ti, ni siquiera estaba segura de que hubieras vuelto ya de Última Esperanza.

—Naev acaba de llegar. —La mujer asintió con la cabeza—. ¿Va todo

bien?

—Bastante bien —respondió Mia—. ¿Estás ocupada?

—Un poco. Pero Naev puede dedicarle a ella un momento.

La mujer fue a una alcoba cubierta, seguida de Mia. Naev esperó expectante, rodeada de los gritos y los bramidos de los camellos que llegaban desde los rediles. Mia comprendió que su amiga tenía prisa y que, pese a la primera regla dorada de la shahiid Aalea, quizá saltarse los preliminares fuese lo mejor en aquella situación.

—Cuando cruzamos hojas en los Susurriales —empezó a decir Mia—, antes de que llamara a la Oscuridad, al menos... me tenías dominada. Si hubiera peleado limpio, me habrías derrotado.

Naev asintió. No hubo arrogancia en su voz, sino puro pragmatismo.

—Ella lucha al estilo Orlani. Algo de Caravaggio. Tiene bastante destreza. Pero el arte de la hoja tiene muchas caras, y da la sensación de que ella solo conoce bien una.

—Y tú conoces muchas.

Los ojos de la mujer titilaron.

—Naev las conoce todas.

—Tal vez puedas ayudarme, entonces.

—¿Qué necesita ella?

—Depende.

—¿De qué?

Mia sonrió.

—De si sabes o no guardar un secreto.

# CAPÍTULO 23

## INTERCAMBIO

Pasaron las semanas en el Monte Apacible, y no muchas de ellas fueron apacibles en absoluto.

El Salón de las Canciones se llenó de la melodía del acero contra el acero. Del agudo silbido de las cuerdas de arco y los golpes secos de los cuchillos arrojados. Aunque Mia demostró una excelente puntería con la ballesta, siguió llevándose palizas en casi cada lección. Después de su último enfrentamiento, reparó en que Jessamine siempre llevaba la Trinidad bajo su túnica, y su amenaza pendía entre ellas como un cuchillo. Pero aunque Jess nunca dejaba de restregarle el hocico en el fango, Mia siguió el consejo de Don Majo y mantuvo su furia cerrada bajo llave. Se concentró en el entrenamiento. Dejó la mezquindad a los mezquinos. Al parecer aburrida por la falta de agallas de Mia, la pelirroja concentró más su atención en Carlota, que respondió con su habitual humor seco y su mirada inexpresiva.

Jessamine, sin embargo, no fue la única que se fijó en la nueva determinación de Mia.

La lección de la mañana era Verdades pero, cuando Mia llegó paseando al salón acompañada de Ash y Loti, vio que los grandes bancos de jabí estaban apartados contra las paredes del fondo y que apenas había equipamiento

arkímico a la vista. Mataarañas estaba de pie en el centro del salón, con bolsas de distintos colores en las manos.

—Discípulos —dijo la shahiid tras saludarlos con la cabeza—, por favor, colocaos detrás de mí.

El grupo obedeció formando un semicírculo tras la espalda de la shahiid.

—Hemos dedicado los últimos meses a estudiar la creación de toxinas arkímicas y su aplicación. Pero la arkimia no es útil solo para fabricar venenos, y puede servir a vuestros intereses en más formas que como simple herramienta de muerte.

Mataarañas metió la mano en una bolsa negra de cuero y sacó un pequeño orbe, no más grande que la uña de su pulgar. Era perfectamente liso y estaba pulido hasta sacarle brillo.

—Se llama «vydriaro» —explicó—. Vapores arkímicos, mantenidos en estado sólido por un proceso de mi propia creación. Un impacto físico fuerte deshace el proceso y devuelve el compuesto a su estado gaseoso pero, al contrario que otras armas más toscas basadas en el vapor, el vydriaro no deja rastro. No quedan esquirlas ni tapones que puedan revelar vuestra presencia. El propio cristal es el compuesto.

La shahiid pasó el orbe para que lo vieran los discípulos. Pesaba más de lo que Mia esperaba y estaba frío al tacto.

—He desarrollado distintas variedades —prosiguió la shahiid—. La primera es el ónice.

La shahiid tiró un puñado de orbes negros con fuerza contra el suelo. Se produjo una docena de pequeñas explosiones y, al momento, se alzó de la piedra una densa nube de humo arremolinado. Era aceitoso, pesado como la niebla y negro como la noche que coronaba el Altar del Cielo.

—Sirve como distracción y para realizar maniobras defensivas.

Mataarañas abrió otro saquito, sacó tres orbes de vydriaro blanco y los

arrojó contra la pared. De nuevo, los orbes estallaron y liberaron un humo denso, que en esta ocasión se precipitó despacio hacia el suelo. A Mia le costó creer que pudiera comprimirse tanto vapor en algo tan pequeño.

—La perla es para las toxinas. Normalmente, sedantes comunes como el desmayo, aunque he preparado algunas variedades más letales a partir de la aspira. Y por último... —La shahiid sacó un orbe de vydriaro rojo y compuso una sonrisa muy poco propia de ella—. El rubí. Mi favorito.

Mataarañas lanzó el orbe contra otra pared y, con un potente estruendo, explotó una bola de fuego al rojo blanco al dar en la piedra. Los discípulos se encogieron y miraron con los ojos como platos el trozo del tamaño de un puño que faltaba en el granito.

—Es capaz de perforar la armadura de placas y pulverizar la carne de su interior. —Mataarañas pasó unos cuantos orbes de vydriaro de ónice a los discípulos y señaló la lejana pared—. Muy bien, probad.

Sonriéndose unos a otros, los discípulos dieron un paso adelante y empezaron a lanzar el vydriaro contra la piedra. Sonaron decenas de pequeños estallidos en el salón y el humo negro se alzó al fondo de la estancia. Mataarañas dio a Chss y Tric sendos orbes de rubí y sus labios negros se curvaron cuando unas deslumbrantes explosiones sacudieron el aire. Cuando se despejó el humo, los discípulos se sentaron en sus bancos y Mataarañas volvió a la tabla para explicar las propiedades básicas del vydriaro.

Mia estaba tomando apuntes a toda prisa cuando Ash le susurró al oído:

—A ver, una pregunta.

—No será de dónde vienen los bebés, ¿verdad? —murmuró Mia—. Porque no creo que nuestra amistad pueda soportarla aún.

—¿Por qué estás comiendo mierda de la pelirroja?

Mia dejó de escribir y levantó la mirada de sus apuntes.

—Yo no estoy comiendo mierda de nadie —susurró.

—Te está apaleando como a un maniquí de prácticas en Canciones. Ayer casi te tiró al suelo en el Altar del Cielo y, cuando encima te soltó una pulla, te diste media vuelta y punto.

Mia miró a Jessamine, al otro lado del salón, escribiendo sentada con Diamo. La pelirroja lanzó a Mia una sonrisa tan tóxica como cualquier mezcla que hubiera preparado Mataarañas hasta el momento.

—No es propio de ti, Corvere.

—No es nada.

—Embustera.

Mia levantó la mirada un instante hacia Mataarañas, que seguía escribiendo en la tabla.

—Es que...

Mia se mordió el labio. Miró a Ashlinn. No le hacía ninguna gracia pedir ayuda. No necesitaba a nadie. Pero Ash era una persona decente, a pesar de su costumbre de afanar cualquier cosa que no estuviera clavada al suelo. Y tampoco es que la chica fuese a ir al Sacerdocio con el cuento...

—Robó la Trinidad.

Ash puso cara de incompreensión.

—Del salón de Ratonero —susurró Mia—. Aquel medallón que me hizo echar la pota el giro en que se disfrazó de sacerdote.

Ash enarcó una ceja.

—Me dijiste que había sido un arenque en mal estado, Corvere.

—Ya, bueno, y te agradezco que fingieras creerme.

La rubia miró a Jessamine con mala cara.

—Entonces, ¿fue la Trinidad lo que te puso así?

Mia bajó más la voz.

—No sé muy bien por qué. Tiene que ver con ser tenebra, me parece.

Jessamine la sacó delante de mí en el Salón de las Canciones. Me sentí como si fuera a palmarla.

Ash se fijó en la cadena de oro que llevaba Jessamine al cuello, casi oculta del todo por su camisa.

—Será ladina, la muy z...

Un orbe de vydriaro de ónice explotó en la mesa delante de ellas y envolvió a las dos chicas en una nube densa y arremolinada de humo negro que hizo caer a Ash de su taburete. Los demás discípulos estallaron en risotadas mientras las chicas tosían y escupían, entre aspavientos para despejar el aire. Cuando el humo terminó de disiparse, Mia se vio frente a frente con la mirada furiosa de Mataarañas.

—Discípula Ashlinn, discípula Mia, ¿tenéis algo que aportar a la lección?

—No, shahiid —musitó Mia.

—En ese caso, ¿creéis que cotorrear como verduleras me ayudará a impartirla?

—No, shahiid —dijo Ash, con su mejor expresión de perro apaleado.[78]

—Pues os agradecería que escucharais en silencio. El próximo orbe que arroje será de otro color.

Mataarañas alzó la bolsa de vydriaro de rubí y miró a los demás discípulos. Todos volvieron a sus apuntes con un ahínco que avergonzaría a un escriba del hierro. El silencio reinó durante el resto de la mañana. Pero al final de la lección, Ash se quedó mirando fijamente a Jessamine.

Hizo chasquear los nudillos.

Y entonces guiñó el ojo a Mia.

**D**os giros más tarde, poco después de la tardera, Mia estaba trabajando en la fórmula de Mataarañas. Todas las tardes se encorbaba sobre sus notas e

intentaba completar el puzle. Parecía imposible: cada antídoto válido para un componente parecía incrementar la eficacia de otro. Pero resolver el acertijo era su mejor opción de terminar en cabeza de algún salón, y quedarse en su habitación evitaba que tropezara con Jessamine. Estaba cagándose en todo lo que se meneaba y planteándose en serio prender fuego a sus apuntes cuando oyó unas ganzúas en su puerta.

—Por los dientes de las Fauces, ¿es que no puede llamar, joder?

La chica se apartó de su enrevesado montón de notas sobre venenos y fue hacia la puerta. La abrió de sopetón y encontró a Ashlinn agachada fuera de su habitación.

—¿No te funcionan los nudillos o qué? —preguntó Mia.

Ash le hizo a Mia los nudillos con las dos manos y se los movió delante de la cara.

—Me meo de la risa. —Mia sonrió—. ¿Qué quieres?

—No es lo que yo quiero. —Ash enderezó la espalda y le guiñó el ojo—. Es lo que puedo ofrecerte.

—¿Y qué es?

—La Trinidad de Jessamine.

Ash gritó cuando Mia la agarró por el cuello de la camisa, la metió en el dormitorio y cerró la puerta.

—Por los dientes de las Fauces, respira, Corvere.

—¿La has robado? —preguntó Mia en voz baja.

—Aún no. —Ash miró las notas que recubrían la cama de Mia—. Pero estoy a punto de hacerlo, si prefieres dedicar tu tiempo a alguna otra cosa.

—No se la quita nunca, Ash. La he visto con ella puesta en el puto baño.

—Ya que sacas el tema, no pude evitar fijarme en los mordiscos que tenías dentro de los muslos el otro giro...

Mia levantó una ceja.



—¿Te dedicas a mirarme los muslos en el baño?

Ash se encogió de hombros.

—No pasa nada por mirar.

—¿Veredicto?

—Eh... Los he visto mejores.

Mia levantó los nudillos frente a la cara de su amiga.

—Anda, mira, los míos también funcionan.

—Sí, sí, muy bueno. —Ash puso los ojos en blanco—. El caso es que sí que se la quita. No le queda más remedio cuando hace la Caminata de Sangre, porque está hecha de... ¿de qué era?

—Metal —susurró Mia.

—¡Hurra! ¡La chica es capaz de aprender!

—Te voy a joder viva.

—Como quieras, pero te advierto que no soy muy de morder...

—Ash, te juro por la Madre...

—El caso —la interrumpió Ash— es que resulta que sé que Jessamine y unos cuantos más acaban de salir para otra ronda de exprimir secretos en Tumba de Dioses. Así que en estos mismos momentos, todas sus pertenencias están bien guardadas en los nichos del estanque de Adonai.

—¿Quieres robar en los dominios del orador?

Ashlinn le dedicó una amplia sonrisa por respuesta.

—Jessamine se enterará en el momento en que vuelva —señaló Mia—. Y tendría que ser pero que muy lerda para no deducir que he sido yo quien se lo ha quitado.

Ashlinn sacó de sus calzas tres círculos de oro en una cadena brillante.

—Jessamine no se enterará de nada, Corvere.

Mia miró el medallón, que giraba y relucía en la luz tenue. Otra Trinidad. Aparte del metal precioso del que estaba hecha, con el que se podría adquirir

una casa pequeña en los barrios más lujosos de la Tumba, parecía ordinario del todo. Mia no notó que enfermara en su presencia, por lo que estaba claro que no la había bendecido un creyente de Aa. Pero aun así, solo mirarla...

—¿De dónde la has sacado?

—De los disfraces de Ratonero. A ese hombre le encantan los trajes de cura, créeme. También he encontrado ropa interior de mujer en su colección.

—Ash levantó los hombros y volvió a guardarse la Trinidad en las calzas—. ¿Qué, te vienes a hacer una travesura o has quedado con Tric para ver si te llevas algún mordisco más?

Mia abrió la boca para empezar a negarlo. La ceja enarcada de Ashlinn le dijo que no se molestara. Y con un suspiro, Mia abrió la puerta e hizo un gesto pasillo abajo.

—Así me gusta —dijo Ash, sonriendo.

**E**l tufo de la sangre se volvió pesado y el aire aún más a medida que las chicas se adentraban en las profundidades de la montaña. Don Majó se tragaba el miedo de Mia, como siempre, pero la parte razonable de su cerebro seguía chillando a voz en grito que aquello era una pésima idea.

—Esto es una pésima idea, Ash.

—Ya me lo has dicho. Como unas veinte veces.

—¿Recuerdas lo que le hizo Marielle a Chss?

—Por los dientes de las Fauces, Corvere. Cuando a mi padre lo torturaron en las Torres Espinadas de Elai, le cortaron las pelotas y se las echaron de comer a los perros costosos. ¿Qué excusa tienes tú?

—¿Para qué?

—Esto... ¿para tu absoluta falta de pelotas?

Mia se señaló los pechos.

—Te has fijado en estas dos, ¿verdad?

—Vale, vale —rezongó Ash—. Analogía equivocada.

Llegaron al nivel de los dominios de Adonai. Mia cogió a Ash de la mano e, igual que había hecho con Tric en el *athenaeum*, invocó a la oscuridad que la rodeaba. Una oscuridad que nunca había conocido el toque de los soles. Notaba el poder que contenía. El poder que albergaba ella misma. Movi6 los dedos en la penumbra, extendió su capa de sombras sobre las dos y se perdieron de vista como el humo al viento.

—No veo una puta mierda aquí debajo —susurró Ash.

—Ya te lo dije, ser tenebra no es tan impresionante. Tú no te apartes.

Cruzaron poco a poco el pasillo, con solo unos tenues puntos de iluminación arkímica como guía. Pero al fin, siguiendo el pesado y cobrizo hedor, encontraron la sala de Adonai. Se quedaron acurrucadas junto al umbral y echaron un rápido vistazo al interior. Adonai estaba arrodillado al borde del estanque, mirando la sangre, con la piel garabateada de glifos escarlatas. Como siempre, el orador velaría hasta que todos los discípulos hubieran regresado de la Tumba.

Aalea les había explicado que en los baños de la Porqueriza y otras capillas de la Iglesia Roja había unas gotas de sangre de Adonai mezcladas con el resto. Por medio de esa sangre, el orador podía sentirlo cuando alguien entraba en los estanques y, si lo veía conveniente, permitirle hacer la Caminata de vuelta. Era como una araña en el centro de una extensa red escarlata, valiéndose de su propia esencia para crear sus hilos. Mia seguía impresionada: al lado de Adonai, sus pequeños trucos baratos con las sombras parecían un tipo de magya ciertamente débil. Si el c6nsul Scaeva y sus Luminatii descubrían alguna vez que la Iglesia Roja ostentaba esa clase de poder...

—Muy bien —susurró Ash—. Este es el plan. Tú entras y lo distraes. Y

mientras lo tienes deslumbrado, yo voy a los nichos y mango la Trinidad.

—¿Crees que puedo deslumbrarlo? —repuso Mia—. ¿Cómo quieres que lo haga?

—Yo qué sé, la pícara eres tú. Usa tus encantos, mujer.

Mia se quedó patidifusa y perdió por un instante el poder de la palabra.

—Por los dientes de las Fauces, Ash. ¿Que use mis encantos? ¿Ese es tu plan?

—Bueno, no sé. Llevas más tiempo estudiando con Aalea que cualquiera de los demás. Haz el contoneo ese que tanto te gusta. Sácate las tetas o lo que sea.

—¿Que me saque...?

Mia estuvo un rato moviendo los labios, atónita.

—Usa las palabras. —Ash suspiró.

—Allá van unas palabras —logró decir Mia al cabo de un momento—. ¿Por qué no distraes tú a Adonai y yo, la chica que, debo señalar, nos está volviendo casi invisibles en este puto momento, voy a coger la Trinidad?

—¿Y cómo piensas tocarla sin vomitar a chorro, oh, poderosa invisible?

Mia abrió la boca para replicar. La volvió a cerrar. Suspiró.

—Bien pensado.

Ash asintió. Esperó.

—Venga, que ya tardas.

Mia puso los ojos en blanco. Retiró la capa de sombras.

—Bien.

Se levantó, llamó con los nudillos en la pared y entró en la cámara de Adonai.

—¿Orador?

Adonai no abrió los ojos. Habló como en sueños.

—Buenas tardes, discípula. ¿Debes desplazarte a la ciudad? La shahiid

Aalea no me ha avisado.

—No. Mis disculpas. —Mia fue hacia él, buscando a la desesperada algún tipo de distracción—. Yo... quería hablar con vos.

—¿Y de qué deseas hablar, si me permites la pregunta?

Los ojos de Mia recorrieron los mapas tallados en las paredes. Las islas quebradas de Tumba de Dioses, la fortaleza de obsidiana de Villa Corneja, el puerto de Camada. Había glifos garabateados en sangre entre las tallas, que cambiaban y se emborronaban al mirarlos demasiado tiempo. Desde aquella sala, la Iglesia Roja podía llegar a cualquier ciudad de la república.

Su mirada se posó en un plano que no reconoció, casi oculto entre las sombras. Una gran y extensa metrópolis, más enorme que Tumba de Dioses, con unos contornos y calles distintos a todo lo que Mia hubiera conocido.

—¿Dónde está eso? —preguntó—. No lo había visto en la vida.

—Ni lo verás.

Mia miró a Adonai, haciendo evidente la pregunta en sus ojos. Dejando que hablara el silencio, como le había enseñado Aalea. Pero Adonai seguía sin abrir los ojos y tenía los labios retorcidos en aquella bonita y perezosa sonrisa. El orador, por lo visto, también conocía las artes de Aalea.

—¿Podéis decirme por qué no? —preguntó Mia por fin.

—Ya no existe —respondió Adonai.

—¿Cómo se llamaba?

—Ur Shuum.

—Eso es ashkahi —dijo Mia—. Significa «primera ciudad».

Adonai suspiró, irradiando tedio.

—No te hallas en este lugar para una lección de geografía, pequeña tenebra. Nombra tu asunto y márchate, antes de que mi hambre se imponga a mi paciencia.

Mia se tragó la repugnancia y se preguntó de dónde procedería la sangre

que bebía Adonai. No se atrevió a mirar hacia atrás para confirmar que Ashlinn hubiera entrado en el salón. Dio un paso hacia el orador y se situó para impedirle la visión de los nichos, si es que en algún momento se dignaba abrir los ojos. Desde aquella distancia, distinguía las venas bajo su piel pálida, resaltadas en azul cielo. Sus pómulos angulosos, sus largas pestañas y aquellos dedos tan hábiles acariciando el aire. Mia se preguntó si había nacido tan hermoso o si lo habría tejido así su hermana. Y al pensarlo, dio con un tema que quizá lo distrajera.

—Quiero hablar con vos de Naev.

Los ojos de Adonai se abrieron. Tenía las escleróticas cubiertas de una fina película escarlata y los iris de un rosa brillante. Con toda la parsimonia del mundo, el orador giró la cabeza y posó su mirada en Mia, que sintió la atención del orador como un peso físico. Se notó atrapada como una mosca en su roja telaraña.

—Naev —repitió Adonai.

El aire se condensó y las olas del estanque de sangre batieron con un poco más de fuerza. Por primera vez, Mia reparó en que Adonai no parecía parpadear.

—Le salvé la vida en los Susurriales.

—De eso era consciente, discípula.

—Le vi la cara. Lo que le hizo Marielle no está bien, Adonai.

—Buena eres tú para hablar de lo que está bien y lo que no, pequeña asesina.

—¿Disculpad?

—No son mis disculpas las que debes suplicar. —Adonai sonrió—. No era mi cadáver el que mutilaste para comprar tu asiento frente a este altar, ¿verdad?

Mia tensó la mandíbula.

—El hombre al que maté para venir aquí era también un asesino. Mató a centenares, puede que a miles. Ahorcó a mi padre. Se lo merecía. Se merecía eso y mucho más.

—¿Y qué hay de los otros?

Mia puso cara de sorpresa.

—¿Los otros?

Adonai se levantó, relajado, lánguido. Se acercó a Mia hasta hacerle notar el calor de su piel. Se inclinó hacia ella y le acarició la frente con su flequillo blanco como el hueso. Le acercó unos labios que pedían besos a gritos, a solo un milímetro de los suyos, húmedos de sangre. Durante un instante embriagador, Mia pensó que estaba a punto de hacer justo eso y descubrió que se le aceleraba el pulso, que su vientre se regocijaba al pensarlo. Pero en lugar de besarla, Adonai inhaló, respiró hondo y cerró los párpados poco a poco. Y mientras hablaba, sonrió.

—Puedo oler su sangre en ti, pequeña tenebra.

Mia se obligó a no crispase. A no apartarse.

—Vuestra hermana os escucha —dijo—. Os ama, Adonai.

—Y yo a ella. Como la Luz amaba a la Oscuridad.

—Pero Naev también os ama. No merece sufrir por ello.

El orador le apoyó el pulgar en la barbilla. Le inclinó un ápice la cabeza hacia atrás. Mia se imaginó aquellos labios de rubí acariciándole la piel, aquellos dientes mordisqueándole el cuello. Reprimió un escalofrío. Cada vez le costaba más y más respirar.

—Nunca he saboreado a una de tu especie —susurró él.

Los labios de Adonai se curvaron en otra sonrisa de melaza. Pero al mirarle los ojos, Mia comprendió que no había nada tras ellos. Todo era un juego para él, y ella una distracción pasajera. Su belleza no profundizaba más allá de la piel, pero la vanidad le calaba hasta los huesos, pudriéndolo y

retorciéndolo por dentro tanto como su hermana lo estaba por fuera. Y aunque Naev pudiera haberlo amado —y a Mia no le extrañaba que cualquier mujer pudiera—, sabía que aparte de Marielle, Adonai no tenía amor para nadie que no fuese él mismo.

Con estudiada gentileza, Mia le apartó la mano.

—Os agradecería que no me tocarais, orador.

Adonai ensanchó la sonrisa.

—Pero ¿acaso me lo agradecerías también si lo hiciera?

«¿Lo haría?»

Las sombras a los pies de Mia se estremecieron cuando la sangre del baño se agitó. Mia entrecerró los ojos y apretó los dientes. Y justo cuando el calor de la sala se volvía inaguantable, mientras el estanque empezaba a salpicar y chapotear, Mia oyó la voz de Ashlinn.

—Por los dientes de las Fauces, ahí estás.

Mia se apartó del orador y vio a Ashlinn en el umbral.

—Te he buscado por todas partes, Corvere. ¿No teníamos que estar repasando la lección de Mataarañas? —Ash entró en los baños con una profunda inclinación—. Mis disculpas, orador. ¿Me permitís recuperar a mi docta colega? Se olvidaría de su propia sombra si no la llevara clavada a los pies.

La sonrisa de Adonai cayó como las hojas en invierno.

—Puede ir donde le plazca. —Un suspiro—. Poco me importa.

Adonai se arrodilló de nuevo y devolvió sus ojos al estanque. Despidió a Mia sin siquiera una palabra. Ash la cogió de la mano y tiró de ella hacia el pasillo. Cuando hubieron recorrido un trecho y el orador ya no podía verlas ni oírlas, se detuvo.

—Por el abismo y la sangre —susurró Ash—. De verdad que pensaba que iba a besuquearte.



—Bueno, me has dicho que lo distraiga —repuso Mia—. Ahora dime que ha funcionado.

Ashlinn se metió la mano en las calzas y sacó unos eslabones de cadena dorada. Mia vio un fogonazo, hizo una mueca como si se quemara y se llevó la mano a los ojos.

—Por los dientes de las Fauces, guárdatela otra vez en las calzas.

—Sabes que me las pones a huevo, ¿verdad?

Ash se guardó el medallón y dio una palmadita en el hombro de Mia, que abrió los ojos sin tenerlas todas consigo y se relajó al comprobar que la Trinidad no estaba a la vista.

—¿La has intercambiado por la otra?

Ash asintió con la cabeza.

—Jess no sabrá nada. Hasta la próxima vez que te la saque, claro. Esa será la señal para que le des una buena patada en los ricitos. —Ash le palmeó la ropa de cuero—. De esto me ocupo yo. Lo guardaré donde nadie pueda echarle mano nunca más.

—El crimen perfecto —dijo Mia.

—Si fuese perfecto, terminaría con una tarta para mí.

—Aún no ha sonado la novena campanada. —Mia le ofreció el brazo—. ¿La cocina estará abierta aún?

—¿Lo ves? Sabía que por algo me gustabas, Corvere.

Cogidas del brazo, las chicas echaron a andar en la oscuridad.

# CAPÍTULO 24

## FRICCIÓN

Pasaron los giros.

No sorprendió a nadie que Ashlinn siguiera encabezando la clasificación en el desafío de Ratonero, aunque Chss ganaba terreno desde la segunda posición. A la vista de la mayor competencia, Mia agradeció que su amiga hubiera dedicado tiempo a ayudarla a robar algo que no contaría para la puntuación oficial. Los discípulos se estaban envalentonando y robaban objetos más complicados de la lista, ya no solo las baratijas fáciles. Aun así, si a Mia le gustara apostar, habría arriesgado toda su fortuna a que Ash terminaría el curso la primera en Bolsillos.

Claro que, si Mia de verdad tuviera una fortuna, seguramente Ash ya se la habría robado, fuesen amigas o no...

Las lecciones de Ratonero se volvieron tan eclécticas y excéntricas como el propio shahiid. Una semana dedicó varias horas a enseñarles lo que él llamaba «deslenguado»,<sup>[79]</sup> e insistió en que todas las conversaciones del salón debían mantenerse en ese idioma a partir de entonces. En otra lección, Ratonero hizo entrar un tanque de madera sobre ruedas en el Salón de los Bolsillos. Estaba lleno de agua sucia y había un puñado de ganzúas dispersas por el fondo. Procedió a esposar las manos y los pies de los discípulos con grilletes lastrados y a tirarlos dentro uno por uno.

Hubo que reconocer al shahiid que pareció alegrarse cuando nadie se ahogó.

Las lecciones en el Salón de las Máscaras eran más sutiles y, a decir verdad, mucho más placenteras. Los discípulos aún salían cada cierto tiempo a Tumba de Dioses, y Mia pasó una docena de nuncanoches acechando en distintas tabernas, trabajando su dominio de las palabras y sonsacando a gente con bebidas y sonrisas bonitas. Tenía a dos miembros jóvenes y bastante atractivos de los Administratii comiendo de su mano, y se enteró de un rumor jugoso en un burdel del puerto sobre una violenta guerra interna entre los braavi de la ciudad. Aalea aceptó los nuevos secretos de Mia con una sonrisa y un beso en cada mejilla. Y si había observado algún cambio en Mia después de que durmiera en la cama de Tric, la shahiid tuvo la discreción de no comentarlo.

En los giros que siguieron a aquella nuncanoches, Mia había resistido el impulso de sonreír al chico durante la mañanera o mirarlo demasiado tiempo en las clases. Para guardar las distancias, le había dicho que no necesitaba más lecciones de esgrima. Mia sabía que dejar florecer algo más entre ellos sería una estupidez, y Tric, por su parte, al menos fingía entenderlo. Aun así, a veces Mia lo pillaba mirándola con el rabillo del ojo. De noche, sola en su habitación, se metía la mano entre las piernas e intentaba no imaginar su rostro. A veces lo conseguía.

A medida que transcurría el tiempo y se aproximaba la iniciación, las pruebas se intensificaron. Mia tenía su venganza contra Scaeva y sus perros falderos para mantenerla centrada en las lecciones, pero todos los discípulos sabían lo que se jugaban. Había muerto otro de ellos desde la mascarada de la Gran Ofrenda, un chico llamado Leonis que se había llevado un tajo perdido en la garganta en el Salón de las Canciones y se había asfixiado antes de que pudiera acudir Marielle.

De los veintinueve discípulos que habían iniciado su entrenamiento, solo quedaban quince. Y entonces llegó el incidente que se recordaría por siempre como «la Mañana Azul».

Empezó como solían hacerlo las crisis, con el ya acostumbrado susurro de Don Majo:

—... *alerta...*

Mia abrió los ojos y desenvainó su estilete, despierta al instante. Oyó un tenue siseo. Miró hacia arriba y reparó en que una piedra del techo sobre su cama se había deslizado y un fino vapor emanaba al interior de su dormitorio. Bailó en el aire como humo de cigarrillo, lento y un poco azulado.

Mia se acuclilló, gateó hasta la puerta y giró la llave, para descubrir que la cerradura no se abría. Preocupada por las trampas de aguja después de las últimas lecciones de Ratonero y Mataarañas, se puso un grueso guante de cuero antes de girar el pomo. También se negó a moverse.

—Pues menuda mierda.

—... *mia...*

Miró hacia atrás y vio que entraba más vapor azulado. El flujo aumentaba y el aire empezaba a volverse nebuloso. Notó un sabor acre en el fondo de la lengua y le empezaron a picar los ojos. Los síntomas, al menos, se los sabía de memoria.

—Aspira —susurró.

—... *otra prueba...*

—Y yo pensando en dormir hasta tarde.

Cogió una camisa del suelo, la empapó con agua de su mesita de noche y se envolvió la cara con ella. La aspira provocaba parálisis y la muerte por lenta asfixia. Pesaba más que el aire y no era inflamable en estado gaseoso. Mia conocía el antídoto, pero no tenía el material necesario para elaborarlo.

Sin embargo, una tela mojada sobre la boca mantendría el vapor a raya al menos durante unos minutos, el tiempo que necesitaba para planear su huida.

Barrió la habitación con la mirada y se concentró en pensar.

La llave no giraba y embestir contra la puerta solo resultó en un cardenal en el hombro. Las bisagras estaban fijadas con clavos de hierro; podía sacarlos, pero le llevaría tiempo, y más de unos pocos minutos expuesta a la aspira significarían una misa íntima en el Salón de las Elegías y una tumba sin lápida.

Apretó la mejilla contra el suelo y miró bajo la puerta. Oyó toses. Los ruidos de objetos pesados arrojados contra la madera. Débiles gritos. Por la rendija entraba aire fresco junto con los sonidos del pánico creciente. Si los discípulos no lograban salir de sus dormitorios, hasta el último de ellos moriría.

—Por los dientes de las Fauces, ya no se andan con chiquitas —susurró.

—... *la presión no hará más que crecer desde ahora hasta la iniciación...*

Mia interrumpió una inhalación.

Miró la rendija bajo su puerta. El agujero del techo.

—Presión —susurró.

Cogió una botella de whisky de su mesita de noche y la vertió en la esponjosa piel gris que cubría su cama. Cogió sus cigarrillos, encendió el yesquero, tocó con él la cama y se apartó. Con un estallido apagado, el vino dorado se inflamó. Mia se agachó cerca de la puerta y vio cómo prendía el fuego, cómo al poco tiempo su cama ardía alegre.

—... *en esto podría haber alguna metáfora...*

Subió la temperatura y el aire, el humo y el vapor de aspira se calentaron al fuego y escaparon por el agujero del techo. Mia asió uno de entre la docena de cuchillos que tenía por toda la habitación y lo hundió en el primer clavo que fijaba las bisagras a su puerta.

La cama se había transformado en una crepitante bola de llamas. El humo salía hacia el techo junto con la aspira, pero aun así a Mia le lloraban los ojos y le ardía la garganta. Uno tras otro, soltó los clavos y los dejó caer al suelo con apagados golpes metálicos. Cuando tuvo sueltos los suficientes para que la puerta apenas se sostuviera en el marco, unas cuantas patadas con carrerilla hicieron saltar los agarres que quedaban y la enviaron volando al pasillo.

Mia salió a trompicones, tosiendo y parpadeando para quitarse las lágrimas. Mataarañas y Ratonero estaban de pie el fondo del corredor. El Shahiid de Bolsillos estaba marcando nombres en un libro de cuentas encuadernado en cuero. La adusta Shahiid de Verdades dedicó a Mia una sonrisa.

—La mañanera se servirá en el Altar del Cielo dentro de quince minutos, discípula —le dijo.

Mia recuperó el aliento mientras se apartaba para dejar que dos manos entraran en su cuarto a apagar la cama. Vio que la puerta de Carlota estaba abierta, con la cerradura hecha añicos como si fuera de cristal. La puerta de Osrik era una ruina chamuscada. De debajo de la de Chss asomaban un largo tubo de pergamino enrollado y el sonido de una respiración tranquila. Mientras Mia miraba, la puerta de Ashlinn, en teoría bloqueada, se abrió de todos modos con un chasquido, y la chica salió con paso calmo al pasillo, guardándose las ganzúas y guiñándole el ojo.

—Buenos giros, Corvere —dijo, y sonrió.

Los ojos de Mia encontraron la puerta de Tric y comprobaron con alivio que ya estaba entreabierta. Dejando atrás el hedor a aspira y humo, Ash y ella se dirigieron al Altar del Cielo y encontraron a Tric y Osrik sentados ya a una mesa con Carlota. Tric estaba mirando hacia la escalera y se le iluminó el semblante a ojos vistas cuando entró Mia. Loti estaba encorvada sobre una libreta encuadernada en cuero, tomando notas y haciendo preguntas a Osrik

en voz baja. El chico estaba inclinado hacia ella, irradiando un cómodo encanto con los labios curvados en una atractiva sonrisa.

Ash y Mia se sirvieron el desayuno y se sentaron con el trío. Una mirada bastó a Mia para saber que Carlota trabajaba en algún tipo de veneno, pero lo raro era que no parecía relacionado con la fórmula de Mataarañas. Sus notas estaban en código, que parecía alguna variante de la secuencia Elberti con modificaciones caseras.

«Muy lista, para ser exesclava.»

—No me sorprende nada que Loti haya llegado aquí antes que yo. Si se trata de venenos, sabe del tema. —Ash miró a Tric—. Pero ¿cómo abismos has venido tú tan rápido, Tric?

—Ah, mujer de poca fe.

—Déjame adivinar. ¿Has echado la puerta abajo a cabezazos?

—No ha hecho falta. —Tric meneó las cejas—. He olido la aspira antes de que pudieran atascar las cerraduras. He sacado la cabeza al pasillo para ver qué pasaba. Ratonero me ha insultado en deslenguado y me ha enviado aquí arriba.

Ashlinn le sonrió.

—Menudo hocico gastas, Tric.

Tric levantó los hombros y miró a Mia.

—¿Cómo has salido tú?

Mia estaba mirando hacia la escalera. Estaban llegando más discípulos al Altar del Cielo. Jessamine, Chss, Diamo, Marcelo... pero todavía faltaba media docena. Ash ya estaba bromeando, pero abajo era muy posible que compañeros suyos estuvieran muriendo. Gente a la que conocían. Gente que...

Cayó en la cuenta de que todos la miraban, esperando los detalles de su huida.

—Diferencial de presión —explicó—. El vapor caliente asciende por el agujero del techo. La corriente bajo la puerta hace entrar aire fresco. Simple convección, como la describió Micades en mil cuatrocientos...

La voz de Mia murió, acuchillada por tres miradas inexpresivas.

—Ha pegado fuego a su cama —aportó Carlota por fin, sin levantar la mirada de sus notas.

Ash miró entre Mia y Tric. Abrió la boca para hablar, pero Mia la interrumpió.

—Ni. Una. Puta. Palabra.

Con una sonrisa pícaro, Ash devolvió su atención a la comida.

Tres giros después, Mia estaba sentada en su cama nueva, aunque el olor a socarrina de la antigua aún se distinguía en el aire. En la Mañana Azul había muerto otro de ellos, un chico muy callado llamado Tanith que, la verdad, nunca había sido ningún maestro en Verdades. Otra tumba sin lápida en el Salón de las Elegías.

Otro discípulo que nunca volvería a ver los soles.

Mia estaba rodeada de notas, trabajando de nuevo en la fórmula de Mataarañas. Con un cigarrillo en los labios, repasaba las *Verdades arkímicas* y otra docena de volúmenes que la shahiid había recomendado a sus discípulos. Mia no pudo más que admirar la belleza del dilema de Mataarañas: intentar resolverlo era como buscar una brizna de paja en un montón de agujas envenenadas. Pero aun así, el acertijo la entusiasmaba. Como a aquella niña su caja puzle. La voz de su madre resonó en su cabeza.

«Con la belleza se nace, pero el cerebro hay que ganárselo.»

*No mires.*

—... vas a perderte la tardera, mia...



—Sí, padre.

—... *tu estómago parece estar gruñendo en algún dialecto perdido del ashkahi...*

Levantó la mirada de sus notas, con las fórmulas bailando aún en su mente. Se puso una mano en la rugiente barriga. La respuesta estaba allí, lo sabía. Pero seguía tentándola desde fuera de su alcance.

—Muy bien. Esto seguirá aquí a la vuelta.

El Altar del Cielo estaba lleno de discípulos y de los deliciosos olores que flotaban desde las atareadas cocinas. No había shahiids presentes —seguro que tendrían reunión para tratar el progreso de los discípulos—, pero sí manos con túnicas negras ajetrechos por todas partes, sirviendo vino y retirando vajilla.

Mia se llenó hasta arriba un plato de cordero asado y verduras con miel, se dejó caer con Ash y Carlota y empezó a engullir sin tregua. Loti estaba ocupada escribiendo en su cuaderno. Ash hablaba de una pelea de bar que había visto cuando las chicas fueron a Tumba de Dioses a buscar secretos. Unos pocos ciudadanos insatisfechos habían alzado la voz contra el cónsul Scaeva y sus «poderes de emergencia», y al oírlo se les habían echado encima seis matones braavi que, por lo visto, encontraban más que satisfactorio el gobierno del cónsul.<sup>[80]</sup>

—La ciudad parece furiosa —declaró Ash con un bocado de cordero en la boca.

Mia asintió.

—Nunca había visto a tantos Luminatii por la calle.

—Y más guapos que los soldados que veía yo siempre en Villa Corneja, por cierto.

—Siempre pensando en lo mismo, Järnheim.

La chica puso una amplia sonrisa e hizo subir y bajar las cejas mientras su

hermano se afanaba en no hacerle caso. Mia miró a Carlota, que seguía tomando notas.

—¿Cómo vas? —le preguntó Mia.

—Despacio —murmuró la chica, releyendo la página—. Justo cuando creo que tengo al tigre agarrado por la cola, se gira y me muerte. Pero estoy cerca. Muy cerca, me parece.

A Mia se le cayó el alma a los pies. Si Loti completaba antes que ella el desafío de Mataarañas...

—¿Crees que es buena idea traerte las notas al comedor? —preguntó Osrik.

—¿Qué quieres, que me las deje en la habitación para que la dona Dedoságiles, aquí presente, pueda mangármelas?

Carlota enarcó una ceja mirando a Ash. La chica se había anotado decenas de puntos en el juego de Ratonero afanando objetos variados y joyas de otros discípulos. Mia sabía que no era nada personal, pero aun así se cercioraba de quedar fuera del alcance de Ash siempre que podía. Incluso Osrik se sentaba a una distancia prudencial para las comidas.

Ash intentó protestar con la boca llena, estuvo a punto de atragantarse y se conformó con enseñar los nudillos.

—Como decía... —Carlota se volvió de nuevo hacia Mia—. Mejor tenerlas a ma...

—¡Cuidado!

Con una maldición y un estrépito, una mano que pasaba tropezó y cayó encima de Carlota y Mia, soltando su bandeja cargada. Su contenido, una jarra medio llena y platos sucios, rebotó en la mesa y salpicó a los discípulos de sobras y vino. Carlota asió sus notas mientras el líquido las empapaba del todo, y vio cómo se corría y se emborrataba la tinta. Se zafó del horrorizado sirviente con sus páginas manchadas en el puño cerrado. Y mientras la mano

pedía perdón, se levantó y miró al chico alto itreyano que había hecho caer al sirviente.

Diamo.

—Lo lamento muchísimo —dijo él, ayudando a la mano a levantarse—. Es del todo culpa mía.

Carlota dedicó al chico su mirada de muerta, sin parpadear siquiera.

—Lo has hecho a propósito —dijo en voz baja.

—Ha sido un accidente, mi dona, os lo aseguro.

Mia oyó una suave risita. Se volvió y encontró a Jessamine observando los acontecimientos con una sonrisa envenenada. Carlota también la había oído y se la quedó mirando mientras Jess alzaba su copa en un brindis. Con los papeles empapados en la mano, Loti anduvo con calma y se plantó delante de la pelirroja.

—Mis notas se han echado a perder —informó.

—Espero que no fuesen importantes —replicó Jessamine con una sonrisita—. No serías tan tonta como para traerte el trabajo en venenos a la mesa, ¿verdad, pequeña esclava?

La mano de Carlota fue a su mejilla, donde había estado su marca arkímica.

—Ningún hombre es mi dueño —dijo sin alzar la voz.

—Ya me haré yo tu dueña como no te apartes, rata de biblioteca. Ahora no tienes a Mataarañas para salvarte. —Jess volvió a su comida con un gesto burlón—. Coge tus queridas notas y vete a lloriquear a un rincón antes de que te regale un agujero nuevo.

En la cara de Diamo apareció una sonrisa fanfarrona. Mia y Ashlinn cruzaron una mirada de dolor. No era un secreto que Jessamine se contaba entre las preferidas de Solis y era una de las discípulas más habilidosas en el Salón de las Canciones. Carlota era inteligente y leída, pero no era rival para

Jess en una lucha a palos. La pelirroja se lo estaba restregando por las narices, sabía que la otra chica era demasiado lista y serena para empezar una pelea que no podría ganar.

Carlota miró a los discípulos que tenía alrededor.

Arrugó las notas en la mano.

—Se me ocurre algo mejor que hacer con ellas —musitó.

Y echó atrás el puño y lo descargó sobre la mandíbula de Jessamine.

La pelirroja salió volando de su silla, con una expresión de sorpresa casi cómica. Loti se lanzó sobre ella, dando manotazos y escupiendo, haciendo pedazos su habitual fachada estoica. Agarró el cuello de Jessamine, le golpeó el codo contra la piedra y pasó a intentar dar de comer a la chica sus notas empapadas. Las dos rodaron en un batiburrillo de maldiciones y páginas que goteaban. Jessamine dio un gancho a Carlota en la mandíbula y Loti estampó sus notas en la nariz de la pelirroja, con un crujido húmedo que provocó a Mia una mueca de dolor.

No había ningún shahiid presente, nadie que parara la pelea. Diamo pareció llegar a la misma conclusión que Mia y Ash, y los tres se metieron en la refriega para separar a Carlota y a Jessamine. Loti se revolvió y coceó, mientras soltaba unos improperios que habrían hecho al marino más curtido renunciar al oficio y hacerse sacerdote del hierro. Pero Jessamine estaba enloquecida de furia, con un rictus por cara y la nariz sangrando a chorro, manchándole los labios y el mentón. Dio zarpazos al aire, revolviéndose en brazos de Diamo, con la mirada fija en Carlota.

—Estás muerta, zorra —le escupió—. ¿Me has oído? ¡Muerta!

—¡Suéltala! —rugió Carlota a Diamo—. ¡Que la sueltes!

—¡Voy a darte de comer tu puto corazón! ¡Voy a...!

—¡YA BASTA!

El bramido llevó la calma a la hirviente masa de discípulos, y todos los

ojos se volvieron hacia él. Mia vio que el hermano de Ash, Osrik, se había subido a la mesa y tenía puntitos rojos de rabia en las mejillas.

—En nombre de las Fauces, ¿se puede saber qué os pasa a las dos? Somos discípulos de Niah, no putos braavi. Estamos en la casa de una diosa. ¡Mostrad un poco de condenado respeto!

La diatriba de Osrik pareció apaciguar la mayor parte de la furia de Carlota. Mia y Ash, que la tenían agarrada de un brazo cada una, empezaron a hacer menos fuerza. Diamo liberó a Jessamine y, con una última mirada venenosa, la chica se limpió la sangre de la barbilla, volvió a sentarse a la mesa y se puso a comer como si no hubiera pasado nada. Fría y dura como un barril de hielo.

Mia y Ash ayudaron a Carlota a recoger sus notas desperdigadas. Se agacharon sobre el estropicio y Carlota intentó poner las páginas en algún tipo de orden. Su trabajo estaba hecho trizas, con partes perdidas del todo. La chica tenía los hombros caídos, su habitual máscara de estoicismo machacada. Semanas de duro trabajo, deshechas en un instante. Mia se descubrió sintiéndolo por la chica. Loti era lista como un daimón, y encima buena compañía. Después de Ash, era lo más parecido a una amiga que tenía entre aquellas paredes.

—Que no te afecte lo que ha dicho esa puta —susurró Ash, con una mirada fugaz a la mejilla inmaculada de Carlota—. Esa ya no eres tú.

—Nunca fui yo. —Las manos de Carlota se detuvieron y cayeron. Su mirada se ensombreció—. Fui lo que me hicieron ser.

Mia lanzó a Ash una mirada de advertencia, considerando que sería mejor no hurgar en la llaga. Recogió más páginas y se las ofreció a Loti junto con un cambio de tema.

—Mis notas están en mi dormitorio —dijo—. Puede que no vaya tan avanzada como tú, pero te las presto si quieres.

Carlota parpadeó. Pareció regresar del recuerdo en el que estuviera perdida y su máscara volvió a su lugar. Dedicó a Mia una leve sonrisa.

—Me las ingeniaré. Tenía buena parte memorizada. Pediré permiso a Mataarañas para quedarme hasta tarde trabajando en el salón. Lo demás, debería poder recuperarlo si me salto unas horas de sueño. De modo que te agradezco la oferta, pero de todos modos voy a darte una paliza, Corvere.

—Ten cuidado —le advirtió Ash—. Hay alguien que quiere darte a ti una peor.

Carlota echó una mirada a Jessamine. La chica estaba comiendo con toda la tranquilidad del mundo, comportándose como si le dejaran la nariz ensangrentada a puñetazos cada dos por tres. No mostraba ningún dolor. Jess era una idiota insufrible, pero Mia tuvo que reconocerlo: la chica tenía redaños.

—Que lo intente —dijo Carlota.

Loti giró la cabeza y miró a Osrik de arriba abajo. El chico había vuelto a su sitio después de dar el discurso y miraba ceñudo el desastre que había dejado la pelea.

—¿Sabes? Tu hermano no está nada mal cuando se pone en plan gritón, Ashlinn.

—Oh, Negra Madre, cierra la boca antes de que vomite.

Carlota se levantó, fue hacia Osrik y se puso a hablarle bajito, con el cuaderno mojado en la mano. Osrik le dedicó su sonrisa bonita y rozó los dedos de Loti con los suyos.

Mia meneó las cejas mirando a Ash.

—Esos dos llevan una temporada intimando. Los vi trabajando juntos en un compuesto hace unos giros. Y en Verdades acaban de pareja un montón de veces.

Ash hinchó los mofletes y fingió vomitar bajo la mesa.

Mia soltó una risita pero, por dentro, estaba más que un poco inquieta. La iniciación empezaba a estar cerca. La fricción iba creciendo. Los cuchillos estaban desenvainados. Saber que no todos podrían ser hojas pesaba en cada aliento, y la idea de que los compañeros eran la competencia impregnaba cada instante. Se volvería fácil pensar de ese modo. Ver cómo los discípulos iban cayendo a la cuneta, uno por uno. Ganando un poco de frialdad con cada muerte. Las pruebas de la iglesia estaban haciéndose más peligrosas, el cuidado del Sacerdocio con las vidas de los alumnos, más displicente que nunca. Mia sabía que era de necios preocuparse de alguien que no fuese ella misma.

Esa era la idea, supuso. Pero ¿qué le había dicho Naev?

«Este lugar entrega mucho. Pero se lleva mucho más.»

Arrancaba la empatía. La piedad. Trozo a trozo. Muerte a muerte.

«¿Y qué quedará al final?»

Mia miró a su alrededor en el Altar del Cielo. Las caras. Las manchas de sangre. Las sombras.

«Hojas —se dijo—. Quedarán hojas.»

# CAPÍTULO 25

## PIEL

Dos semanas después, todo empezó a cambiar.

La grey se reunió para la mañanera como de costumbre. Mia tenía la cabeza embotada después de pasar horas tratando de descifrar la fórmula de Mataarañas. Carlota dedicó la comida entera a trabajar con lo que quedaba de su cuaderno en el acertijo de la shahiid, casi sin decir ni una palabra. Se había quedado fuera de horas en el Salón de las Verdades para compensar la destrucción de su trabajo, y tenía los ojos inyectados en sangre y ojerosos. Y aunque Loti no lo mencionaba, su enemistad con Jessamine pendía en el aire como veneno. Ashlinn llenó los silencios con detalles sobre un nuevo pretendiente que había encontrado en su última excursión a Tumba de Dioses, el hijo de un senador que, por lo visto, hablaba de los asuntos de su padre en sueños.

Mientras los discípulos salían del Altar del Cielo, Mia vio que la shahiid Aalea se llevaba aparte a Tric y le hablaba bisbiseando. Bajo la tinta, Mia vio que el chico palidecía. Parecía a punto de discutir, pero Aalea cercenó sus protestas por las rodillas con una sonrisa tan afilada como el hueso de tumba.

Aquel giro tocaba lección en el Salón de las Canciones, y Solis llevaba unas cuantas sesiones centrándose en el arte del armamento a distancia. Había varios hombres de paja colgados del techo con cadenas de hierro aceitado.



Solis colocaba a un discípulo en el círculo de prácticas, equipado con ballestas o puñales arrojadizos, y ordenaba a los demás que balancearan los maniqués de paja hacia su cabeza o su espalda. Los hombres de paja pesaban lo suficiente para enviar a alguien por los aires si acertaban, y no terminar en el suelo después de llevarse un buen trastazo demostró ser una gran motivación. Mia ya agradecía no estar haciendo combates de práctica, porque significaba no ser el maniquí de Jessamine, pero además descubrió que en aquel juego concreto tenía una ventaja sobre los demás discípulos.

Se dio cuenta al poco de ocupar su lugar en el círculo, sosteniendo puñales arrojadizos con los dientes. Mientras Mia se trenzaba su largo pelo negro, Diamo aprovechó la oportunidad de pillarla desprevenida y envió su hombre de paja volando en silencio hacia la espalda expuesta de Mia. Pero aunque no vio el maniquí que se acercaba a su columna vertebral, de algún modo pudo sentir que llegaba. Se apartó a un lado, perforó al hombre de paja con tres puñales y se volvió hacia Diamo para fulminarlo con la mirada.

El chico le lanzó un beso.

Llegaron más maniqués hacia ella de otros discípulos y Mia logró esquivarlos todos. Quizá fuese porque la oscuridad de aquel lugar no había conocido nunca la luz de los soles, pero en todo caso Mia se dio cuenta de que, aun sin verlos, podía sentirlos.

Podía sentir sus sombras.

Mia logró evitar todos los maniqués durante su tiempo en el círculo. Se movió como el viento entre los hombres de paja, haciendo cantar los puñales, agradecida de haber encontrado por fin algo en el salón de Solis que se le daba bien. No había oído ni una palabra del cronista Aelio sobre su búsqueda de un volumen que revelara los misterios de los tenebros. No había habido ni rastro de Casio desde la sesión de tortura en Tumba de Dioses. Pero sin prisa, sin pausa, iba aprendiendo más sobre su don. Le asomó una sonrisa a los

labios y permaneció allí hasta más o menos la mitad de la lección, cuando Tric entró en el círculo y Marcelo le dio un topetazo en la espalda con un hombre de paja volador.

Marcelo le dedicó una sonrisa fugaz (muy mejorada por la tejedora, en opinión de Mia) e hizo una inclinación.

—Vas a tener que ser más rápido, Tric.

Tric se levantó del suelo y gruñó.

—¿Y si la próxima vez esperas a que esté preparado?

—Iría un poco en contra del espíritu del ejercicio, ¿no crees?

—Malditos itreyanos —rezongó Tric—. Puedes contar con que te peguen la puñalada nada más les das la espalda, ¿verdad?

La bonita sonrisa de Marcelo murió poco a poco.

—Pero si tú mismo eres medio itreyano, idiota.

El corazón de Mia dio un vuelco. Los ojos de Tric se ensancharon. Y entonces empezó. Puños y maldiciones, codos y rugidos, los chicos rodando en el suelo de piedra. Tric partió la ceja a Marcelo de un puñetazo y le ensangrentó el labio de otro. Solis no tardó en separarlos, azotando a los dos chicos con su cinturón como a niños hasta que dejaron de pelear. Ayudó a levantarse a Marcelo y le dijo que fuese a ver a Marielle para que le curara las heridas.

—Y tú —gruñó el shahiid a Tric—, diez vueltas de escalera. Abajo y arriba. Ya.

Tric miró furioso los ojos del ciego, y Mia llegó a temer que estuviera a punto de lanzarse contra él. Pero con un ceño iracundo, el chico obedeció. Solis bramó a los otros discípulos que volvieran al trabajo y Chss entró en el círculo para empezar su ronda. Mia se fijó en que Tric ya no regresó al salón después de la décima vuelta.

Al salir de Canciones fue a buscarlo. Miró en su habitación, el Altar del

Cielo y el *athenaeum*. Por fin lo encontró en el Salón de las Elegías, con los pulgares metidos en el cinturón y el cuello extendido, mirando la estatua de Niah. Mil nombres de cadáveres tallados en la piedra a sus pies. Tumbas sin nombre en las paredes de alrededor.

—¿Cómo va, don Tric?

Él la miró un momento. Asintió una vez con la cabeza.

Mia se acercó despacio a él, con las manos entrelazadas a la espalda. El dweymeri se había vuelto de nuevo hacia la estatua y contemplaba el rostro de Niah. Los ojos de la estatua tenían la desconcertante cualidad de parecer que devolvían la mirada, se estuviera donde se estuviese. La expresión de la diosa era feroz. Oscura. Mia se preguntó a quién o qué había imaginado el escultor que estaba mirando Niah cuando talló su semblante. Reparó por primera vez en que Niah sostenía su balanza con la mano derecha. La otra ceñía con fuerza el puño de la espada.

—Es zurda —dijo Mia—, como yo.

—No se parece en nada a ti —murmuró Tric—. Es una zorra avariciosa.

—¿Estás muy seguro de que es sabio llamarla zorra en su propia casa?

Tric la miró de soslayo.

—Pensaba que no creías en las divinidades.

Mia se encogió de hombros.

—Cuesta no creer cuando el Dios de la Luz parece odiarte a muerte.

—Que le den por culo. Y a ella, que le den por culo también. ¿De qué nos sirven? Solo nos dan una cosa, la vida. Desgraciada y llena de mierda. ¿Y luego? Luego quitan. Se quedan tus oraciones. Tus años. —Hizo un gesto hacia las tumbas sin lápida que los rodeaban—. Hasta la vida que te dieron en un principio. —Tric negó con la cabeza—. Es lo único que hacen.

—¿Estás bien?

Tric suspiró. Dejó caer los hombros.

—La shahiid Aalea me ha dado el aviso.

Mia esperó con paciencia. El chico se señaló la tinta de las mejillas.

—Lo he pospuesto tanto como he podido —dijo—. Después de comer tengo cita con la tejedora.

—Ah.

Le puso una mano incómoda en el brazo, sin saber muy bien qué decir.

—¿Por qué lo estabas evitando? ¿Por el dolor?

Tric negó con la cabeza. Mia no dijo nada más, dejó que el silencio hablara por ella. Vio que el chico se estaba debatiendo. Sintió a Don Majo en su sombra, gravitando hacia el miedo de Tric como las moscas hacia la carne agonizante. Tric quería hablar, Mia lo sabía. Lo único que tenía que hacer era dejarle espacio para...

—Ya te hablé de mi madre —dijo—. Y de mi... padre.

Mia asintió, casi mareada de tristeza al pensarlo. Volvió a tocarle la mano. Suspirando, Tric bajó la mirada a sus pies. Las palabras presionaron contra sus dientes. Mia se limitó a quedarse junto a él, cogiéndole la mano. Esperando a que se llenara el silencio.

—Me preguntaste por mi nombre cuando nos conocimos —dijo él por fin—. Me dijiste que los dweymeri tenemos nombres como Comelobos o Aplastaespinazos. —Una sonrisa momentánea—. O Hacearrumacos.

Mia le devolvió la sonrisa, aún callada.

—Y me dijiste que mi nombre no podía ser Tric.

—Sí.

El chico volvió a alzar la mirada hacia la estatua. Sus ojos de color avellana estaban oscuros y confusos.

—Cuando nace un dweymeri, lo llevan a la suma suffi, en la isla de Camada. Al templo de Trelene. Y la suffi sostiene al bebé en alto sobre el océano, lo mira a los ojos y vislumbra el camino que yace ante él. Y las

primeras palabras que pronuncia son el nombre del bebé. Caminatieras para un vagabundo. Matadracos para un guerrero. Bebeolas para alguien condenado a ahogarse.

»Así que, como buena hija de un bara, mi madre me llevó a Camada cuando tenía tres giros de edad. —Una sonrisa amarga—. Era un canijo. Los dweymeri somos un pueblo de gente grande. Dicen que nuestros antepasados descendieron de gigantes. Pero yo era solo un mestizo. Muy poca cosa. Debí de salir a mi padre. La matrona decía en broma que era tan pequeño que mi madre ni me notaría de camino al mundo. —Tric movió la cabeza. La sonrisa murió en sus labios—. ¿Sabes lo que dijo la suffi cuando me sostuvo a mí en alto?

Mia negó con la cabeza. Muda y sufriendo.

—Dijo: «*tu rai ish'ha chè*».

Mia unió la primera letra de cada palabra y halló el nombre del chico. Pero...

—No hablo dweymeri —musitó.

Tric miró a Mia. Ira y dolor en sus ojos.

—Ahógalo y ya está. —Su voz se redujo a un trémulo susurro—. Esas fueron sus primeras palabras. Ese fue el puto nombre que me puso. «Ahógalo y ya está.»

Mia cerró los ojos.

—Oh, Tric...

—La suffi me devolvió a mi madre y le dijo que me entregara a las olas. Dijo que la Señora de los Océanos me aceptaría, ya que mi pueblo no iba a hacerlo jamás. —Una risa agria—. Mi pueblo.

Se sentó en el pedestal a los pies de la Madre, con la mirada perdida en la oscuridad.

Mia se sentó a su lado, con la mirada solo para él.

—Tu madre envió a la sacerdotisa al abismo, supongo.

—Eso hizo. —Tric sonrió—. Era fiera, mi madre. Mi abuelo también opinaba que debería ahogarme, así que se me llevó lejos de Camada. Lejos de él. Renunció a su linaje por mí. Renunció a todo. Murió de sangruela cuando yo tenía diez años. Pero en su lecho de muerte me dio esto. —Levantó los tres dracos de plata que rodeaban siempre su dedo—. Y me explicó la forma de demostrarme a mí mismo que era tan digno como ella me consideraba.

Tric se inclinó y apoyó los codos en las rodillas.

—Los guerreros dweymeri cumplen un ritual cuando llegan a la edad adulta. Al terminar, se nos tatúa la cara para que todos los que nos vean sepan que fuimos probados. Los guerreros del clan Tresdracos tienen la prueba más dura de todas: enfrentarse a las aguas profundas y matar uno de los grandes dracos marinos. El de tormenta, el de sable o el blanco.

»Desde el momento en que me lo contó mi madre, soñé con ello. Vivíamos al este de Camada, en un pueblo portuario llamado Solaz. Después de su muerte, un viejo perro de mar me enseñó a construir barcos. Velas. Arpones. Talé yo mismo los árboles de jabí para hacerme el esquife. Me costó un año entero. Y cuando tenía catorce, di la espada a Solaz y zarpé hacia lo profundo.

»Verás, los dracos de tormenta son grandes pero tontos. Los de sable son más listos, aunque también más pequeños. Pero el draco blanco... es el rey de las profundidades. Grande, cruel e inteligente. Así que puse rumbo al norte, hacia el agua fría, donde las focas estaban criando. Lo único que quería era llegar a Camada con el cuerpo de uno de cinco metros. Plantarme delante de mi abuelo y oírlo decir que se había equivocado conmigo. Recé a la Señora de los Océanos para que me trajera una bestia digna de un hombre. Y ella respondió.

Tric sopló entre dientes apretados, con los ojos encendidos.

—Madre de la Noche, lo grande que era, joder. Tendrías que haberlo visto, Mia. Cuando embistió, estuvo a punto de partir el esquife en dos. Pero mi gancho se clavó hondo y mi barco aguantó. Intentó embestirme más veces, pero después de probar mis arpones aprendió a no acercarse mucho. Las olas caían sobre nosotros y yo no comí ni dormí. Solo luché. Cinco giros enteros mano a mano, y las mías me sangraban. Pero imaginaba la cara que pondría mi abuelo cuando arrastrara aquel monstruo a la bahía de Camada.

»Se cansó. No podía mantenerse bajo el agua y cada vez nadaba más despacio. Así que remé para ponerme a su lado y escogí mi mejor arpón, el más afilado. El que me había guardado para el final. —Tric miró a Mia a través de la cortina de sus rastas de sal—. ¿Alguna vez has mirado a los ojos a un draco?

La chica negó con la cabeza. No se atrevía a decir nada. No quería interrumpir aquel bisbiseo mortífero. Cuando Tric volvió a hablar, hasta la estatua de la Madre pareció escucharlo.

—Tienen los ojos negros. Como de cadáver. Miras esa negrura y lo único que ves es a ti mismo. Y yo lo vi. Me vi a mí. A ese pequeño bastardo aterrorizado, con su lanza que parecía una cerilla y los ojos de su padre. Y lo atravesé con el arpón. Lo clavé derecho en el corazón de ese niño. Lo maté bien muerto, y de paso también a la bestia. Y me consideré un hombre.

»Entré en la bahía de Camada con su cabeza atada a la regala. Tenía los dientes grandes como mi puño. Debía de haber unas cien personas a mi alrededor cuando los arranqué de las encías. Me los colgué al cuello y fui hacia la casa de mi abuelo.

»Todos se preguntaban quién era aquel mestizo enclenque. Demasiado blanquecino y pequeño para ser de los suyos, pero aun así conocedor de sus costumbres. Entré en la casa de mi abuelo, me arrodillé ante su asiento y le dije quién era. El hijo de su hija. Le enseñé los dientes que llevaba al cuello y

el anillo de mi dedo. Y le señalé la cabeza que había en la playa y le pedí que me declarara hombre.

Tric cerró los puños. Las venas tensas bajo su piel, señaladas sobre el músculo. Mia se dio cuenta de que estaba temblando, pero no supo si de dolor o de rabia.

Le puso una mano en el brazo. Habló con tanta suavidad como pudo.

—No tienes que contármelo, Tric.

Tartamudeó al decir el nombre, preguntándose si sería un insulto. No sabía qué hacer ni qué decir. Se sentía impotente. Estúpida. Después de las lecciones de Aalea, de todo lo que había aprendido...

No tenía ningún poder.

Tric meneó la cabeza. Su voz salió cargada de furia.

—Se ri... —Le falló la voz un momento. Siseó. Carraspeó—. Se rio, Mia. Me llamó bastardo. Hijo de puta. *Koffi*. Me dijo que cuando su hija lo había desafiado, había dejado de ser su hija. Me dijo que yo no era nieto suyo.

»Me dijo: “Pero sí que eres un hombre, pequeño *koffi*. Así que ven y toma tu tinta, para que los demás te conozcan por lo que eres”. Sus hombres me agarraron y él me arrancó los dientes de draco del cuello. Los usó en mi cara mientras yo chillaba. Echó tinta en las heridas y me pegó hasta que se me llevó la negrura.

Mia sintió que le caían lágrimas por las mejillas. Le dolía el pecho y se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos. Rodeó al chico con los brazos, lo abrazó tan fuerte como pudo, enterró la cara en su pelo.

—Tric, lo siento muchísimo.

Él siguió hablando, ajeno al contacto de Mia. Fue como si se hubiera abierto una herida con lanceta y el veneno saliera a chorro. ¿Cuántos años lo había tenido dentro?

—Me ataron a un mástil delante de casa de mi abuelo —prosiguió—. Los



niños venían a tirarme piedras. Las mujeres me escupían. Los hombres me maldecían. Se me infectaron las heridas. Se me hincharon los ojos y no podía ver. —Negó con la cabeza—. Eso fue lo peor de todo, esperar en la oscuridad a que me llegara la siguiente pedrada. El siguiente bofetón. El siguiente gargajo. Bastardo. Hijo de puta. *Koffi*.

—Por las Hijas —susurró Mia—. Por eso no querías ponerte la venda para entrar en la montaña.

Tric asintió. Se mordió el labio.

—Recé a la Señora de los Océanos para que me liberara. Para que castigara a quienes me torturaban. A mi abuelo el primero. Y en la tercera nuncanoches, cuando se alzó el viento y tenía la muerte tan cerca que ya notaba su gelidez, oí un susurro en el oído. Una mujer. Palabras como el hielo.

»“La Dama de los Océanos no puede ayudarte, chico.”

»“No merezco morir así”, dije yo. Y oí cómo reía.

»“Lo que merezcas no tiene nada que ver con la muerte. Se nos lleva a todos, a los malvados igual que a los justos.”

»“Entonces, rezo para que al bara se lo lleve despacio”, escupí yo. “Rezo para que muera chillando.”

»“¿Qué estarías dispuesto a entregar para que así fuese?”

»“Cualquier cosa”, le dije. “Todo.”

»Y me soltó. Se llamaba Adiira, la que luego sería mi shahiid. Me cuidó la infección y me ofreció un camino. Me dijo que la Madre de la Noche me había elegido. Que ella me convertiría en un arma. En su herramienta en esta tierra. Y que un giro, lo vería morir. A mi abuelo. —Tric hizo rechinar la mandíbula y siseó entre dientes—. Morir chillando.

—Yo juré lo mismo —dijo Mia—. Remo. Duomo. Scaeva.

—Uno de los motivos por los que me gustáis, Hija Pálida. —Tric sonrió—. Tú y yo somos lo mismo.

El chico se tocó la cara. La tinta garabateada que narraba el relato de su tortura.

—Cada giro, me levantaba y las veía en el espejo. Recordaba lo que me había hecho mi abuelo. Incluso cuando Adiira me forzaba hasta el límite, miraba el cristal y lo recordaba riendo. No me acuerdo del aspecto que tenía antes. Esta tinta... es quien soy. —Miró a Mia, a sus ahora inmaculadas mejillas y a sus labios turgentes—. Marielle me las quitará. Adiira me advirtió. Me hacen fácil de recordar. Pero ¿qué seré cuando ya no estén? Son lo que hace que yo sea... yo.

—Y una mierda —dijo Mia.

Tric se quedó anonadado.

—¿Cómo?

—Esto es lo que te hace ser quien eres. —Le dio un puñetazo en el bloque de músculo que tenía sobre el corazón—. Y esto. —Le dio una bofetada en el codo—. Y estas. —La chica le cogió las manos, se arrodilló delante de él y miró a los ojos al chico—. Marcas de esclavo, tatuajes, cicatrices... Tu aspecto no cambia lo que eres por dentro. Pueden darte una cara nueva, pero no pueden darte un corazón nuevo. Por mucho que te quiten, eso no te lo pueden quitar si no les dejas. Esa es la verdadera fuerza, Tric. Ahí está es el verdadero poder. —Le apretó tanto las manos que le dolieron los dedos—. Así que consévalo, ¿me oyes? Imagínate a ti mismo sobre la tumba de ese puto cabronazo de mierda. Escupiendo en la tierra que lo acuna. La tendrás, Tric. Un giro, tendrás tu venganza, te lo prometo. Que la Madre me ayude, te lo juro.

El chico miró las manos que asían las suyas.

—Es un sendero oscuro el que recorreremos, Mia.

—Pues lo recorreremos juntos. Yo te cuido las espaldas. Tú me las cuidas

a mí. Y si caigo antes del final, te ocupas de Scaeva en mi nombre. Haz que chille. Y yo haré lo mismo por ti.

El chico la miró con aquellos ojos sin fondo de color avellana. Con aquel garabato de odio en la piel. El corazón de Mia atronaba. Fervor en su mirada, manos sudando en las de él.

—¿Dolerá? —preguntó Tric.

—Depende.

—¿De qué?

—De si quieres que te mienta o no.

Tric rio, rompiendo el negro sortilegio que mantenía el salón en silencio. La sonrisa de Mia se marchitó al mirarlo a los ojos. Se acercó un poco más a él. No lo suficiente.

—Después —se escuchó decir a sí misma—, si no quieres estar solo...

—¿Es buena idea?

—¿Después de la novena campanada? Supongo que no.

Tric se acercó a ella. Alto y fuerte y, oh, tan guapo. Las rastas de sal rebotaron en las mejillas de Mia cuando Tric se inclinó hacia ella.

—Entonces supongo que no deberíamos.

Los labios de Mia rozaron los de él mientras susurraba:

—Supongo que no.

Se quedaron así un momento más, con el estómago de Mia cosquilleando y la piel de gallina cuando le pasó un dedo suave brazo arriba. Sabiendo exactamente lo que quería él. Queriendo ella exactamente lo mismo. Pero pendía sobre ellos la perspectiva de las manos de la tejedora retorciéndose. Esas manos estrangulaban el momento. Así que Tric se levantó. Miró la oscuridad y respiró hondo.

—Os estoy agradecido, Hija Pálida. —Sonrió.

—A vuestro servicio, don Tric.

Mia lo vio marcharse y su ausencia le dolió. Cuando hubo salido del salón, Mia se quedó sentada a los pies de la diosa y su sombra empezó a susurrar.

—... *creo que tendrías que ir tú a ver a la tejedora después del chico...*

—¿Por qué?

—... *tu cerebro y tus ovarios parecen haber cambiado de sitio...*

—Para, por favor, antes de que me mee de la risa.

Se retiró a su habitación y anidó entre las notas y las fórmulas, perdida de nuevo en el puzle. Una mano trazó círculos distraídos en el aire, haciendo que las sombras del dormitorio se retorcieran. Don Majo saltó entre ellas como un gato de verdad persiguiendo ratones.

Cuando sonaron las campanas de la tardera, se quedó con el acertijo, aunque su mente no dejaba de derivar hacia Tric. Se preguntó cómo le iría en la sala de máscaras de la tejedora. Las emociones estaban cobrando fuerza en los discípulos, lo notaba. A medida que la competición se hacía más intensa, también lo hacían los sentimientos. Notó como si el mundo estuviera volviéndose más ruidoso, como si todo importara más. No tenía ni idea de qué le depararía el siguiente giro. No amaba a Tric. El amor era una estupidez. Una insensatez. No tenía lugar entre aquellas paredes ni en su mundo, y Mia lo sabía.

Pero una parte de ella esperaba no quedarse sola aquella tarde...

Horas esperando en la oscuridad. Mariposas batiendo las alas en su interior. Preguntándose si Tric estaría bien. Qué aspecto tendría cuando le arrancaran aquel garabato de odio de la cara. Quién podría ser al final.

Esperando la llamada a la puerta. Hora tras hora.

—... *¿estás segura de esto?...*

—Estoy segura.

—... *yo diría que...*

—Sé lo que hago.

Pero el sueño llegó antes que el chico.

**M**ia despertó en algún momento de la oscuridad de la nuncanoché, con los párpados algo pegados tras un descanso sin sueños. ¿Cuánto tiempo había caído? ¿Qué hora podía ser...?

Allí estaba otra vez. Un leve sonido que le despertó las mariposas.

Toc, toc.

Rodó fuera de la cama y se puso una túnica de seda encima de la combinación. Sintió el corazón latiendo contra las costillas. La piedra fría bajo sus pies descalzos. Llegó a la puerta, giró la llave con manos vacilantes y abrió una rendija. Y allí lo vio, solo una silueta en la oscuridad, las rastas de sal alrededor de los ocultos contornos de su cara.

Con los labios secos, se apartó sin mediar palabra. Tric miró pasillo arriba y pasillo abajo, sin rebasar el umbral. Si lo descubrían fuera de su habitación después de la novena campanada, significaría la tortura a manos de la tejedora. Pero Tric sabía lo que iba a ocurrir si entraba. Los dos lo sabían. Mia inhaló una bocanada que pareció durar una eternidad, mirándolo a través de las pestañas. Y por fin, como un suspiro, cruzó la puerta.

Mia tocó la lámpara arkímica de su mesa y esperó a que el calor de su mano encendiera la luz de dentro. Intermitente al principio, un resplandor de tono sepia brotó en el cristal. Tric estaba detrás de ella, podía sentirlo. Sentir su sombra. Su miedo a estar allí. Su deseo. Y conteniendo el aliento, se volvió y lo miró a la cara.

Una obra de arte, como sabía que encontraría. La tinta ya no estaba, las cicatrices de diente de draco habían desaparecido y solo quedaba una tez morena, lisa y perfecta. Pómulos más marcados, ojeras rellenas. La clase

de belleza por la que una chica podría reclutar un ejército, podría degollar a un dios o a un daimón. Esa chica, al menos.

—La tejedora sabe lo que se hace —dijo Mia.

Tric se miró los pies, evitando los ojos de Mia, que sonrió al verlo avergonzado.

—¿Cómo lo notas?

—No está mal. —Se encogió de hombros—. O sea, ha dolido como el fuego y el hierro, pero después, no está tan mal.

—¿Las echas de menos? ¿Las marcas?

—Me ha dejado conservarlas.

El chico señaló un pequeño vial de cristal que llevaba colgado de una tira de cuero al cuello. Mia vio que estaba lleno de un líquido oscuro y reluciente.

—¿Eso es...?

Tric asintió.

—Lo que queda de la obra de mi abuelo.

Tras extender la mano para tocarlo, Mia dejó bajar un dedo del colgante a la piel de debajo. Vio cómo se le aceleraba el pulso en el cuello. Se giró para ocultar su sonrisa.

—¿Una copa?

Tric asintió sin palabras. Mia se afanó con los vasos de arcilla y la botella que había robado en una de sus primeras excursiones para buscar baratijas de la lista de Ratonero. Aunque el whisky no daba puntos en la competición del shahiid, Mercurio le había enseñado a mangar siempre un buen caldo si lo veía.

Puso dos copas y le tendió una a Tric, que la hizo entrechocar contra la de ella y se la echó al gatzate de inmediato. Mia le sirvió otro whisky y se puso otro también.

—¿Quieres sentarte?

El chico miró por la habitación y vio el taburete guardado bajo su tocador.  
—Solo hay un asiento —dijo.

Mia se volvió y se quitó la túnica despacio por encima de la cabeza. Dejó que cayera arrugada al suelo mientras subía a la cama, gozando de la sensación de los ojos de Tric en su cuerpo. Dejó la botella en la mesita de noche y se reclinó entre las almohadas, con las piernas extendidas por delante y el whisky en la mano. Esperando.

Tric caminó hacia la cama con pies silenciosos sobre la piedra. Se movía como un lobo, con la cabeza bajada e inhalando su olor. Mia supo que era capaz de oler su anhelo. Le atronaba el corazón contra las costillas. Tenía la boca seca como el desierto que había más allá de aquellas paredes. Dio otro sorbo al vino dorado y saboreó el fuego ahumado que le hacía arder la garganta. Tric se sentó al borde del colchón, incapaz de apartar los ojos de ella. La tensión chisporroteó entre ellos y Mia amagó una sonrisa. Podía sentirlo vibrando en las puntas de sus dedos. Latiendo bajo su piel. El deseo. El de ella por él. El de él por ella. Sin nada ni nadie en medio.

Tric engulló su copa e hizo una mueca. Mia contempló el juego de la luz en sus labios mientras tragaba, los profundos surcos de su garganta, la fuerte y perfecta línea de su mandíbula.

—¿Otra?

Tric asintió con la cabeza. Mudo. Mia se incorporó despacio y sintió la tira de su combinación caerle de un hombro. Se sentó con las piernas cruzadas, la seda amontonada alrededor de sus caderas. La inundó un oscuro gozo al ver sus ojos recorriéndole el cuerpo hasta llegar a la sombra entre sus piernas. Se puso a gatas y recorrió las pieles de lobo, con la mirada fija en sus ojos. Fue a por el vaso que tenía Tric en la mano y sus dedos recorrieron el borde y pasaron a su muñeca. Subieron por los fluidos bultos de su brazo desnudo,

poniéndole la piel de gallina y trabándole el aliento. La cara de Mia a escasos centímetros de la de él.

No estaba seguro de quién se movió primero, ella o él. Solo sabía que se estrellaron contra el otro, ella con los ojos cerrados, encontrando la boca de Tric con la propia como si siempre hubiera conocido el camino. Piel cálida y labios más cálidos. Manos fuertes y músculo duro. Los dedos de él enredados en su cabello. Las uñas de ella arañándole la piel. La boca de Tric apretada contra la suya, el sabor del whisky en su lengua. Mia le quitó la camisa y le abrió el cinturón. Él agarró un puñado de combinación y se la arrancó del cuerpo como si Mia no fuese a necesitarla nunca más.

Lo empujó para tumbarlo bocarriba, se alzó a cuatro patas y se puso a horcajadas sobre su cara. Quería saborearlo mientras él la saboreaba a ella. Tric dejó un rastro ardiente con la boca en el interior de sus muslos mientras recorría con las manos su piel desnuda, dándole escalofríos. Con un respingo, consiguió bajarle las calzas hasta las rodillas, sintió los dedos de él separando sus pliegues mientras ella lo tomaba en la boca. Gimiendo en torno a su longitud, sintió la lengua de Tric lamiéndola, súplicas susurradas que se perdieron en las sombras del techo. Sus dedos, oh, Hijas, y aquel suave y ardiente calor en la lengua de Mia. La boca de él contra su brote hinchado, un gemido cuando ella meneó el puño, cuando hizo rodar la lengua en torno a su corona, cuando bajó del todo hasta la empuñadura. Necesitando más. Necesitándolo todo.

Mia se alzó y giró, volvió a empujarlo hacia abajo cuando él se abalanzó hacia ella con los ojos brillantes de lascivia. Subió de nuevo encima de él y lo tomó en la mano, casi ebria de necesidad. Lo masturbó con fuerza entre sonidos roncós, apretándolo contra ella. Tric se lanzó hacia arriba, tomó su pecho en la boca, cerró las manos sobre sus caderas urgiéndola a descender.



Pero ella se resistió durante un instante interminable, quieta sobre él. Engarzó la mirada con la suya. Apenas a dos centímetros y una eternidad de la caída.

Pero por fin, con extrema lentitud, se hundió más y más abajo, mirando al fondo de sus ojos mientras el dolor y el placer se entrelazaban sin remedio, la respiración olvidada en sus pulmones, incapaz siquiera de gemir. Diosas, qué duro estaba. Mia echó la cabeza atrás y le aletearon las pestañas, largos mechones en el puño de Tric mientras su lengua pasaba de un pecho al otro y ella mecía las caderas, arqueaba la espalda y le clavaba las uñas en la espalda. Se movieron como un solo ser, los dientes de él en el cuello de ella, siseando, suplicando.

Tric metió la mano entre los dos, abajo entre las piernas de Mia. Movié con delicadeza los dedos, haciéndolos rodar en círculos y aumentando el calor de su interior, más fuerte, más brillante, más intenso hasta que solo quedó la llama, cegadora tras sus ojos mientras todos sus músculos se tensaban y profería un grito silencioso al pelo de él. Tric se estrelló y ardió dentro de ella, ensanchando los ojos y sacudiendo todo el cuerpo mientras ella se mecía atrás y adelante encima de él. Lo miró a los ojos, sabiendo que estaba justo al límite, rogándole que le permitiera caer. Y en la última fracción de segundo antes de que terminara, Mia se levantó de él y lo acabó con la mano, ahogando un grito cuando le salpicó el vientre y los pechos, susurrando su nombre.

Laxos y sin aliento, se derrumbaron en un montón sudoroso sobre la cama.

El silencio reinó en la temblorosa oscuridad. Las sombras del dormitorio se mecieron y rodaron en las postrimerías. Había libros caídos de sus estantes, despatarrados y doblados por todo el suelo. Las puertas de la cómoda estaban abiertas, el taburete derribado, la habitación hecha un desastre. Pero Tric la atrajo hacia sus brazos y le besó la frente y, por un solo y fugaz instante, Mia se permitió soltarse. Cerró los ojos y olvidó. Escuchó el corazón de Tric

contra sus costillas y sintió remitir el cálido fulgor con una sonrisa en los labios.

Se quedó allí tumbada una eternidad. Apretada contra la piel de Tric, la mejilla sobre su pecho, el pelo extendido en él como una sábana, una gasa igual de negra que las sombras que los rodeaban. Y allí, en la oscuridad ahora calmada, susurró:

—Pagué demasiado a aquel dulcechico.

Esperó la respuesta de Tric. Los momentos se convirtieron en minutos. Al cabo, levantó la cabeza y comprobó que estaba dormido como un tronco, respirando plácido por la boca entreabierta.

Mia sonrió y negó con la cabeza. Se inclinó sobre él y le dio un beso largo y suave. Lo envolvió con los brazos, cerró los ojos con un suspiro satisfecho y cayó, por fin, al reino del sueño.

Y mientras su consciencia se difuminaba, las sombras empezaron a moverse de nuevo.

Lentas al principio.

Titilando.

Retorciéndose.

Condensándose por último en una silueta delgada, aposentada al pie de la cama.

Un no-gato, que miró a la chica con sus no-ojos. Que esperó paciente, como siempre hacía. A que llegaran los sueños. A su ocasión de desgarrar y destripar los terrores que venían para acosarla cada nuncanoches desde que había sentido la llamada de la chica. Todas las nuncanoches que siguieron, sentado junto a ella mientras dormía. Volviéndose fuerte y cada vez más fuerte con cada trago.

La cosa llamada Don Majo esperó, con una paciencia aprendida a lo largo de eones. En un silencio de tumba. Ya no tardaría. En cualquier momento, la

chica empezaría a gemir. A llamarlo con susurros. ¿Qué soñaría aquella nuncanoches? ¿Sería ese en el que venían a ahogarla? ¿El de su padre dando patadas, el rostro amoratándose, guj-guj-guj? ¿La Piedra Filosofal y los horrores que había hallado en su interior, con catorce años y perdida en la oscuridad?

Daba igual.

Todos tenían el mismo sabor.

Las pesadillas llegarían en cualquier momento.

En.

Cualquier.

Momento.

Pero por primera vez desde hacía muchísimo tiempo, las pesadillas no llegaron.

La chica no estaba asustada.

Y allí, en la vacía oscuridad, el no-gato ladeó la cabeza.

Entrecerró sus no-ojos.

Y no le gustó nada.

**M**ia abrió los ojos. Se incorporó en la cama. Sonrió al darse cuenta de que Tric seguía a su lado, glorioso en la penumbra arkímica, con las rastas de sal extendidas por la almohada.

Ahí estaba otra vez. El sonido que la había despertado.

Toc, toc.

Tric se movió y frunció el ceño en sueños. Mia le tocó la mejilla y el chico abrió los ojos, comprendió al fin dónde estaba y se incorporó de golpe con un leve siseo.

—Negra Madre, ¿me he quedado dormido?

—Chis. Hay alguien en la puerta.

Mia salió de la cama. Buscó entre el desastre su túnica y sonrió al sentir los ojos de Tric en su cuerpo. Se puso la seda negra por los hombros y fue hacia el umbral mientras sonaba otra llamada.

—Corvere —susurró una voz.

—¿Ash? —Mia hizo girar la llave, abrió la puerta un ápice y miró fuera. Se preguntó por qué Ash no había forzado la cerradura como solía hacer. Vio a la chica esperando al otro lado, con los ojos azules muy abiertos en la oscuridad—. ¿Qué hora es?

—Casi las campanas de la mañana. —La chica pasó junto a Mia y se metió en su dormitorio con el semblante descompuesto—. Me lo acaba de decir una mano. Puta Jessamine, la muy hija de...

Al entrar en la habitación, Ashlinn reparó en el desorden. En las ropas y los libros tirados por el suelo. Ah, sí, y también en el dweymeri desnudo sentado en la cama de Mia.

—Ah —dijo.

Tric la saludó con la mano.

Ash miró a Mia, un poco avergonzada.

—Perdona, Corvere.

Mia cerró la puerta para que nadie que pasara pudiera ver a Tric en su cama. Si alguien contaba a la reverenda madre que había salido después del toque de queda...

—¿Te importa decirme a qué viene esto?

Ashlinn no dijo nada. Abrió los labios, pero no encontró las palabras.

—¿Qué? —Mia indagó en sus ojos—. ¿Qué ha pasado?

—Mia...

—Joder, Ash, ¿qué pasa?

La chica sacudió la cabeza.

Dio un leve suspiro.

—Loti ha muerto.

# CAPÍTULO 26

CIEN

El Salón de las Verdades olía distinto aquella mañana. Entre la podredumbre y las flores frescas, entre las hierbas secas y los ácidos, un nuevo aroma parecido al óxido ahogaba el acostumbrado perfume.

Sangre.

Mia se abrió paso entre las manos congregadas, seguida de cerca por Ash y Tric. Los sirvientes intentaron detenerla, pero ella dio gritos y empujones y codazos hasta que, por fin, una voz dijo desde dentro:

—Dejadlos pasar.

Mia llegó a la luz verde del salón con los ojos llenos de ira.

Carlota estaba caída sobre el banco de trabajo, con una pluma agarrada en una fría mano. Había una mancha de escarlata coagulado en la mesa delante de ella y otro charco bajo su taburete. La canción del coro fantasmagórico acompañaba en el aire al ferroso hedor de la sangre.

La reverenda madre y Mataarañas estaban de pie junto al cadáver, hablando en voz baja con Solis. La habitual sonrisa de la madre Drusilla estaba desaparecida del todo, y Mataarañas parecía incluso más seria de lo normal. Solis miró el aire por encima del hombro derecho de Mia cuando se acercó, con el rostro lúgubre como un patio de matanza.

—Todavía faltan horas para que empiecen las lecciones, discípulos —dijo

Mataarañas—. No deberíais estar aquí.

—Es amiga nuestra —dijo Mia, señalando el cuerpo de Carlota.

Mataarañas negó con la cabeza.

—Ya no.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Tric.

—No ha muerto —espetó Ash—. La han matado.

—Garganta cortada —respondió Mataarañas—. Muy rápido. Casi indoloro.

—¿Por detrás?

La shahiid lo confirmó con un gesto.

—Jessamine —siseó Mia—. O Diamo. Puede que los dos.

—Putos cobardes —susurró Ash.

La madre Drusilla enarcó una ceja.

—¿Sabéis algo sobre este asunto, discípulos?

Mia miró a Ashlinn y a Tric y asintió despacio con la cabeza.

—Carlota y Jessamine riñeron en la tardera hace unos giros, reverenda madre. Loti estaba cerca de resolver la fórmula de Mataarañas, pero Diamo destruyó sus notas. Loti casi le rompió la nariz a Jessamine y Jess prometió matarla en venganza. Preguntad a cualquiera. Todos lo oímos.

—Ya veo.

—Loti dijo que iba a pedir permiso a la shahiid Mataarañas para trabajar hasta tarde y así recuperar el terreno perdido. Jessamine y Diamo sabían que iba a estar aquí.

—Por cómo lo cuentas, todos los presentes en la tardera sabían que estaría aquí.

—Pero Jessamine prometió matarla. Delante de todos nosotros.

—¿Y qué demuestra eso, exactamente? —dijo Solis con brusquedad—. Recuerdo que el discípulo Tric, aquí presente, amenazó con asesinar a otro

compañero no hace tanto tiempo, también durante la tardera. Y ese mismo discípulo apareció muerto al giro siguiente. —Solis se volvió hacia Tric—. ¿Tienes algo que confesar, discípulo?

—No tuve nada que ver con la muerte de Llamarriadas, shahiid, lo juro.

El hombretón devolvió su atención a Mia y bufó.

—Las amenazas vanas no convierten a nadie en asesino.

—Ni siquiera os importa que haya muerto, ¿verdad? —preguntó.

—Al contrario, discípula, nos importa muchísimo —dijo la madre Drusilla—. Que es por lo que lo estamos investigando a conciencia en lugar de precipitarnos guiados por lo obvio. Jessamine tiene sangre fría, cierto. Pero ¿la consideras tan necia como para asesinar a una chica a la que había amenazado sin ambages, ante una sala llena de gente, unos pocos giros antes?

—Quizá pensaba que a ninguno de vosotros le importaría un comino. Tampoco es que lo pusierais todo patas arriba buscando pistas cuando a Llamarriadas le abrieron la garganta. Desde entonces ha muerto más de la mitad de nosotros y no se ha derramado ni una sola lágrima por ninguno de ellos.

Solis echó chispas por los ojos ciegos.

—Te aconsejo que vigiles el tono cuando te dirijas a tus superiores, chica. Tu aversión por Jessamine es notoria. Las palizas que te ha dado en el Salón de las Canciones serían motivo suficiente para que ahora difundas mentiras sobre ella. Y si hay alguien en esta congregación que se beneficiaría de la muerte de Carlota, esa eres tú.

Mia parpadeó, anonadada.

—¿Cómo?

—Has dicho tú misma que estaba cerca de resolver el acertijo de la shahiid Mataarañas. Si Carlota hubiera elaborado el antídoto, tu mejor oportunidad de acabar la primera de algún salón se perdería, ¿no es así? Desde luego, en



el Salón de las Canciones tienes menos posibilidades de triunfar que un rayo de los soles en el abismo.

—Miserable...

—Mia —la advirtió Tric, poniéndole una mano en el brazo.

—... ruin...

—Corvere —murmuró Ash.

—... y puto...

—... *mia*...

—¡CAPULLO! —rugió Mia—. ¡Era mi amiga! ¿Quién coño te crees que eres?

Solis descargó el puño sobre el banco de trabajo y bramó:

—¡Soy un shahiid de la Iglesia Roja! ¡La hoja de la Madre en esta tierra, con treinta y seis muertes santificadas en mi cuenta y en su nombre! ¡Y te juro que serás la trigésimo séptima como te atrevas a volver a hablarme así!

Mia dio un paso adelante, con la ira ardiendo en el pecho. Sabía mejor que nadie lo que era enfadar a Solis. Pero seguía imprudente, siempre temeraria, con Don Majo tragándose su precaución a chorro. Tric y Ash le agarraron los brazos y la contuvieron. Pero fue la voz de la reverenda madre lo que finalmente trajo la calma al salón.

—¿Dónde estabas ayer por la nuncanoché, discípula? —Drusilla inclinó la cabeza a un lado y miró el cuerpo de Carlota—. Alrededor de la tercera campanada.

Saliva en los labios de Mia. Ojos entornados. Mandíbula tensa.

—Acostada, por supuesto.

—Sin nadie que pueda confirmar tu paradero, pues.

—No.

La reverenda madre clavó en ella una serena mirada azul.

—Interesante.

—¿Por qué es interesante?

—He ventilado varias gargantas en mis tiempos. —Drusilla señaló el cadáver de Carlota—. Por el aspecto de la herida, diría que el asesino es zurdo.

El silencio cayó sobre ellos. Ashlinn y Tric cruzaron miradas incómodas y el sudor de la piel de Mia empezó a enfriarse. La madre estaba mirándola directamente.

—Jessamine es ambidiestra —dijo Mia—. Lucha igual de bien con las dos manos.

—¿Y cuál es la tuya buena, discípula?

—La izquierda, madre Drusilla.

La anciana hizo un gesto hacia la mesa. Mia se fijó en una tenue silueta dentro de la salpicadura de sangre, como si hubiera habido un objeto rectangular delante de Loti cuando le rajaron el cuello que escudó al banco de parte del chorro.

—Salta a la vista que Carlota estaba trabajando en algo cuando la asesinaron. Parece tener la forma aproximada de un libro. Un diario, tal vez. Por casualidad no sabrás nada al respecto, ¿verdad, discípula?

—Carlota apuntaba sus notas sobre el antídoto de Mataarañas en un cuaderno. Lo sabía todo el mundo.

La madre reverenda ladeó la cabeza.

—Interesante.

Mia sostuvo la mirada de la madre sin parpadear. La voz de Mataarañas rompió el silencio.

—Tenemos trabajo que hacer, discípulos. Deberíais ir a tomar la mañanera. Nos veremos aquí para Verdades a la hora de clase.

Ash cogió la mano de Mia y se la llevó fuera del salón. Los tres comieron sin ganas en el Altar del Cielo; Mia sin dejar de fulminar con la mirada a

Diamo. El gran itreyano la observó con ojos fríos y muertos, retándola a actuar. Jessamine no estaba por ninguna parte.

Mia apretó los dientes. La comida le sabía a polvo y muerte en la boca. No oyó los susurros de Ash. La sangre le palpitaba en las orejas. Tric insistió en confesar, testificar que había pasado la nuncanoché en la cama de Mia. Que ella no podía haber matado a Carlota. Pero la sesión de Tric con la tejedora había terminado bien pasada la novena campanada y el chico había recibido una dispensa solo para regresar a su habitación, desde luego no para meterse en la de Mia. Así que ella le rogó que no dijera nada. No tenía sentido que Tric se arriesgara a la tortura hasta saber cómo de caliente era el agua en la que estaba nadando.

Durante la lección en el Salón de las Verdades, a Mia le costó apartar la mirada del taburete vacío de Carlota y de la tenue mancha que ni siquiera la arkimia de Mataarañas podía sacar por completo del banco de jabí. Imaginó los últimos instantes de la chica, encorvada sobre su cuaderno. La cabeza echada hacia atrás por una mano rápida. Los breves segundos de terror entre el momento en que sintió la hoja y que se la llevara la oscuridad.

Mia miró a Jessamine, que había llegado al salón unos segundos antes de que empezara la clase. En su mente resonó un voto silencioso.

«Este será tu final, zorra.»

—Mia Corvere.

Mia levantó la cabeza. Apartó la mirada del rostro de Jessamine para encontrar a la reverenda madre Drusilla ante los discípulos, rodeada de seis manos.

—¿Sí, madre Drusilla?

—Debes acompañarnos inmediatamente.

Dos manos con túnicas negras asieron los brazos de Mia. La chica hizo un sonido de protesta mientras la levantaban del taburete y, sin demasiada

delicadeza, la llevaban hacia la puerta. Oyó la queja de Tric, un forcejeo, la orden que gritó la reverenda madre. Estirando el cuello, vio que la anciana caminaba detrás de ellos, rodeada de figuras negras y ominosas. Su mirada era un frío, gélido azul.

—Madre Drusilla, ¿adónde me lleváis?

—A mis aposentos.

—¿Para qué?

—Para interrogarte.

—¿Sobre qué?

—Sobre el asesinato de Carlota Valdi.

**D**rusilla dejó un arrugado pedazo de sábana en el regazo de Mia y se cruzó de brazos.

—Explica esto.

Los aposentos de la madre estaban en la parte alta de la montaña, después de coronar un tramo de escalera interminable en apariencia. Estaban iluminados con suavidad por una escultura de cristal arkímico colgada del techo. Dominaba la habitación un ornamentado escritorio con altos montones de papiros encima; había pieles blancas en el suelo y pintura blanca en las paredes. Estantes atestados de libros a izquierda y derecha pero, detrás de la mesa, la pared tenía tallados centenares de hornacinas. Dentro de esos nichos, Mia vio todo tipo de rarezas. Una daga de centurión, una rosa de oro cincelado, un ejemplar ensangrentado del *Evangelio de Aa*, un anillo de zafiro.

Mezclados entre los trofeos, Mia vio cientos y cientos de viales de plata, sellados con tapones de cera oscura. Eran como el que Naev había llevado al

cuello en los Susurriales. Y en el centro de todo ello, había una puerta de obsidiana incrustada en la roca, marcada con glifos extraños y cambiantes.

Sentada en una butaca de respaldo alto, Mia miró el trozo de sábana que le había entregado Drusilla.

—¿Que explique qué, reverenda madre?

—Esto.

Drusilla recogió la sábana y la sostuvo ante la cara de Mia. Allí, empapando el tejido, la chica vio una diminuta mancha de escarlata seco.

—Parece sangre.

—La sangre de Carlota, discípula. Lo confirma el orador Adonai.

Mia miró al albino, que estaba admirando la colección de curiosidades de la reverenda madre. Iba descalzo como siempre, y su pecho liso y blanquecino se veía por el cuello abierto de su túnica de seda. Como era habitual, el orador parecía aburrido hasta el extremo.

—Se trata del *vitus* de la asesinada. —Adonai asintió mientras pasaba las yemas de los dedos por uno de los muchos viales de plata—. Sin duda alguna.

—No lo entiendo —dijo Mia—. Es la sangre de Carlota, muy bien. ¿Qué tiene que ver conmigo?

Drusilla plegó el trozo de sábana con esmero y lo devolvió al regazo de Mia.

—Esta tela se ha cortado de tu cama esta mañana.

Mia frunció el ceño. Pensó a marchas forzadas. Se le aceleró el pulso.

—No tiene sentido.

—¿Puedes explicar cómo ha llegado la sangre de Carlota a tu cama, discípula?

La mandíbula de Mia se abrió y se cerró mientras sus ojos registraban la habitación. Tomó una bocanada de aire a través de los dientes apretados.

Recordó a Diamo sentado solo en la mañanera. La imagen de Jessamine llegando justo a tiempo para la lección de Mataarañas.

—Jessamine —escupió Mia—. No estaba en la mañanera. Debe de haberla puesto ella.

—Esta mañana Jessamine estaba aquí, en mis aposentos, discípula. —Drusilla suspiró y añadió—: Yo misma la he interrogado sobre este asunto.

—Reverenda madre, yo no tuve nada que ver con la muerte de Loti. ¡Era mi amiga!

—Aquí no hay amigos, discípula. El lobo no se compadece del cordero. La tormenta no suplica su perdón a los ahogados. Somos asesinos, uno y todos. —Mia levantó la mirada al oír a la anciana repitiendo la advertencia de Casio—. Y aunque os hemos dejado bien claro que el asesinato de otro discípulo es un crimen, si reconoces ahora tu implicación en el fin de Carlota, el Sacerdocio te juzgará con menor severidad.

—¡No voy a admitir algo que no he hecho!

—Todas las pruebas apuntan a lo contrario. —Drusilla se apoyó en el borde del escritorio y se inclinó hacia Mia. La llave de obsidiana que llevaba al cuello relució en la turbia claridad—. Eres la única zurda de la grey actual. Eres quien más tiene que ganar si Carlota no participa en la competición de Mataarañas. No puedes demostrar dónde estuviste ayer, y se ha hallado sangre de la víctima en tus sábanas, hecho que tú misma eres incapaz de explicar. ¿Carlota visitó alguna vez tu dormitorio?

—No, pero...

—¿Se hizo algún corte en su altercado con Jessamine en el Altar del Cielo, quizá? ¿Es posible que su sangre llegara de algún modo a tu ropa?

Mia se planteó mentir durante un momento, pero sabía que Drusilla iba a hacer las mismas preguntas a todos los testigos de la pelea. Y si ahora la pillaban mintiendo...

—No, Loti no se hizo ningún corte. —Mia frunció el ceño—. ¿Por qué habéis entrado en mi habitación, de todos modos?

—Para buscar el cuaderno desaparecido de Carlota, por supuesto.

—¿De verdad creíais que ibais a encontrarlo? Tendría que ser muy idiota para guardarlo en mi habitación después de rajarle la garganta, ¿no?

—Pero si te estuvieran incriminando de su asesinato como afirmas, ¿acaso al asesino no le convendría más colocar el cuaderno que una sola gota de sangre?

—Entonces, si hubierais encontrado sus notas, ¿demostraría mi inocencia o mi culpabilidad?

Drusilla torció el gesto y se cruzó de brazos.

—¿No hay nadie que pueda confirmar dónde estabas?

Las uñas de Mia se hundieron en sus palmas. Pues claro que alguien podía dar fe de su paradero. Pero si Tric reconocía haber ido a su habitación, estaría admitiendo que había incumplido el toque de queda. Lo flagelarían por ello. Probablemente más que a Chss.

—... *hay alguien que puede confirmar dónde estaba...*

El corazón de Mia dio un vuelco. Don Majo se había materializado en el escritorio de la reverenda madre y miraba a la anciana con la cabeza ladeada. Drusilla se volvió para contemplar a la criatura con una mirada llena de escepticismo. Pero Mia sabía que Don Majo no tenía ningún afecto a Tric. Ninguna lealtad con el chico. Lo echaría a los lobos sin pensárselo, si con ello evitaba a Mia un segundo más de aquella humillación.

—¿Ah, sí? —repuso Drusilla—. ¿Me atrevo a preguntar?

—... *no lo sé. ¿te atreves?...*

—Don Majo, no —le advirtió Mia.

—... *¿por qué no?...*

—Porque yo te lo pido.

Drusilla dio una repentina media vuelta al oírlo y contempló a Mia con los ojos entornados.

—Discípula, no debería hacer falta explicarte lo grave que es este delito. Si se te halla culpable de asesinar a la discípula Carlota, como mínimo se te condenará a flagelación. Quizá incluso a muerte. Si hay alguien que pueda proporcionarte una coartada para la nuncanoches de ayer...

La mirada de Mia estaba fija en el no-gato. Suplicante.

—... *antes confiabas más en mí...*

—Por favor, no.

—... *¿qué ha cambiado, mia?...*

—Basta —restalló Drusilla—. Soy la señora de estos salones. No hables con ella, sino conmigo. En nombre de Nuestra Bendita Señora, te lo ordeno.

Don Majó giró la cabeza al oírlo y clavó su mirada sin fondo en Drusilla.

—... *es evidente, en realidad...*

—Don Majó, no.

El no-gato movió la cola. Miró a la anciana de arriba abajo.

—... *soy yo...*

En el silencio que siguió a sus palabras, Mia habría jurado que oyó una risita de Adonai. El no-gato la miró y pareció menear la cabeza, como diciendo que Mia tendría que haberlo sabido.

—... *nunca me aparto de su lado. velo por ella mientras duerme. sé a ciencia cierta lo que hizo ayer por la nuncanoches...*

—¿Me tomas por tonta, pequeño pasajero?

—... *hay muchos tontos en estos salones, reverenda madre, pero ni tú ni ella os contáis entre ellos...*

Don Majó señaló a Mia con la cabeza.

—... *ella nunca lo habría hecho, ni tampoco pudo hacerlo...*

Drusilla hizo un ademán exasperado y se levantó del escritorio para



sentarse tras él. Adonai siguió paseando por las hornacinas, tocando un vial aquí y otro allá, con una leve sonrisa. La anciana hizo un triángulo con las manos.

—Discípula Mia Corvere, quedas confinada en tu dormitorio. Se te llevarán las comidas y cualquier material que necesites para continuar con tus estudios. No se te permitirá ningún contacto con el exterior, y habrá una mano apostada fuera de tu puerta hasta que se resuelva este asunto. El Sacerdocio se reunirá esta tarde para decidir tu destino.

Parecieron materializarse dos manos junto a la butaca de Mia. Al comprender que no tenía sentido encolerizar más a la reverenda madre, Mia se levantó despacio, hizo una profunda inclinación y salió de los aposentos de Drusilla. Las manos la escoltaron hasta su habitación, la metieron dentro y cerraron la puerta al salir. Una mirada rápida por la cerradura confirmó que los encapuchados se habían quedado en el pasillo.

Su dormitorio estaba patas arriba, los cajones fuera de su sitio, la ropa de cama hecha trizas. Mia se dejó caer en el colchón desnudo, encendió un cigarrillo y se quedó mirando al techo.

—Menuda mierda.

Don Majo apareció en el cabezal de la cama y la miró a los ojos.

—... *preferiría tu disculpa por escrito, aunque podría bastar con la palabra hablada si es lo bastante elocuente...*

—Sí —dijo Mia, y carraspeó—. Es verdad, perdona.

—... *esto debe de ser algún tipo nuevo de elocuencia que no conocía...*

—Por el abismo y la sangre, te escribiré una disculpa bien bonita en pergamino ribeteado de oropel y la proclamaré desde la cima de la montaña más tarde. Pero tenemos asuntos más urgentes, ¿verdad?

—... *aunque te declaren culpable, no van a matarte...*

—¿Por qué estás tan seguro? A lo mejor quieren dar ejemplo conmigo.

—... *no tiene mucho sentido que lo hagan. el asesino fue lo bastante hábil para salir de su dormitorio tras la novena campanada, escabullirse hasta el salón de las verdades, abrir la garganta a la chica de oreja a oreja, limpiarse los chorretones de sangre y volver a la cama, todo sin que lo viera nadie...*

Mia tiró humo a la cara del no-gato.

—Se llamaba Carlota, Don Majo.

—... *de todos modos, el asesino ha demostrado una habilidad considerable precisamente en las artes que se imparten aquí...*

—Sí, claro, seguro que me clavan una cinta conmemorativa en las tetas.

—... *lo dudo. pero también dudo que los maestros de una escuela de asesinos letales se molesten demasiado porque un alumno suyo resulte ser un asesino letal...*

La chica dio una profunda calada al cigarrillo y exhaló una maldición gris.

—... *jessamine es la discípula obvia a quien culpar. pero no tiene por qué ser la correcta...*

—¿Quién si no?

—... *¿quién es el tercer discípulo más versado en venenos?...*

—Supongo que Chss. Pero Osrik y Marcelo también son bastante buenos.

—... *¿alguno de ellos posee el sigilo necesario para haber hecho esto?...*

Mia siguió fumando, con la mente en llamas. Jessamine tenía que caer. Pero si ella o Diamo aparecían muertos sin más, el Sacerdocio sospecharía de ella al momento. Y todo eso era irrelevante, en todo caso. No tenía sentido pensar en Jessamine o Diamo hasta saber cuál sería el veredicto sobre Carlota. Su acumulación de problemas se reduciría bastante si el Sacerdocio le rajaba el cuello y punto...

En vez de dar vueltas y más vueltas al tema, Mia volvió al trabajo con la fórmula de Mataarañas. Encogida en los restos de su cama, siguió apuntando

ideas en su libreta encuadernada en cuero. Pasaron las horas en la penumbra, con Don Majo ofreciéndole la poca ayuda que podía. El puzle apartó sus pensamientos del Sacerdocio, de la posibilidad de que sus meticulosos planes pudieran venirse abajo al cabo de unas pocas horas. ¿Qué diría Mercurio si todo aquello estuviera desmoronándose?

«Concéntrate en lo que puedes cambiar —le aconsejaría—. Lo demás se resolverá solo.»

Mia suspiró.

«De un modo u otro.»

Una llamada a su puerta, horas después, sacó a Mia de la danza arkímica que tenía en la cabeza y la devolvió a la luz mortecina. Sin darse cuenta, había empalmado un cigarrillo con otro hasta consumir la mitad de los que le quedaban, y el vaso que tenía junto a la cama casi rebosaba de ceniza. Notaba la garganta irritada, la cabeza mareada. Apagó lo que quedaba del último, con una mueca.

—Por los dientes de las Fauces, tengo que reducirlo.

—... *hay cosas más peligrosas por aquí que meterte en la boca...* —Don Majo la miró a través de la neblina gris— ... *los chicos dweymeri, por ejemplo...*

—Oh, bravo. Esa llevabas un rato preparándola, ¿verdad?

—... *casi todo el tiempo desde ayer...*

—Tiempo bien invertido, pues.

—... *hay formas más peligrosas en las que podría...*

—Vale, vale. Ya basta. Lo último que necesito oír antes de mi ejecución son tus críticas hacia mi elección de penes.

—... *qué cosas más ridículas son. si alguna vez hizo falta alguna prueba*

*de la maldad de vuestro creador, solo hay que mirar entre las piernas del adolescente medio...*

Toc, toc, toc.

—Discípula, se te convoca al Salón de las Elegías.

Mia se levantó de la cama. Sin miedo en su estómago. Con el pulso firme. Ocultó una docena de hojas en su ropa, decidida a caer luchando si llegaba su fin. Preguntándose qué la aguardaría bajo la mirada de la estatua.

Había seis manos esperando fuera de su dormitorio, con las capuchas echadas. El shahiid Ratonero estaba con ellos, su hoja de negracerero al cinto. La acostumbrada sonrisa de robar cubertería se había esfumado de su rostro.

—Shahiid —dijo Mia, inclinando la cabeza.

—Acompáñanos, discípula.

Llevaron a Mia pasillo abajo hacia el Salón de las Elegías. Notó a Don Majo en su sombra, bebiéndose su miedo tan deprisa como podía. Aun así, empezaba a permear. Sudor en sus palmas. Levedad en su tripa. No iba a morir de rodillas como una niña llorica. Pero cuánto había trabajado. Qué lejos había llegado. Tropezar y caer en la undécima hora por algo como aquello sería...

La oscuridad se infló a su alrededor, presionando desde todas partes. Respondiendo a su ira creciente. A su incipiente ansiedad. Era suya para dirigir, si lo deseaba. Con solo que tuviera la voluntad de llamarla y asirla. Lo había hecho antes, no hacía tanto tiempo. A los catorce años. Paredes de piedra. Chillidos en el aire. Sangre en sus manos.

*No mires.*

El Sacerdocio estaba reunido bajo la granítica mirada de Niah. También los discípulos, uno menos de los que había habido la última vez que se congregaron allí. Tric la estaba mirando con agonía en los rasgos. Mia negó

con la cabeza y cerró los labios con fuerza, advirtiéndole en silencio que hiciera lo mismo.

La luz de los cristales tintados se derramaba por el suelo, roja sangre y blanca fantasma, mientras el coro cantaba de fondo. Llevaron a Mia a un espacio despejado ante el Sacerdocio. Los semblantes de los shahiids eran adustos, el de la reverenda madre el más sombrío de todos.

—Discípula Mia, el Sacerdocio ha debatido largo y tendido sobre la muerte de la discípula Carlota. Aunque carecemos de pruebas concluyentes de tu culpabilidad, la sangre hallada en tu habitación y la mano empleada por el asesino no pueden pasarse por alto. Es más, tu móvil es irrefutable. Con la muerte de la discípula Carlota, eres la mejor situada para terminar primera en el salón de Mataarañas. Además de las palabras pronunciadas esta mañana, ¿tienes algo que añadir en tu defensa?

Mia observó las caras de los shahiids. La mirada ciega de Solis. La hermosa máscara de Aalea. Tenían la decisión tomada. Y además, suplicar no era su estilo.

—No, reverenda madre —respondió.

—Muy bien. A la luz de las pruebas y sin ningún testimonio convincente de lo contrario, confirmamos tu culpabilidad. Dada la naturaleza de tus estudios aquí y la pericia con que se llevó a cabo el asesinato, no se te condenará a muerte. Sin embargo, fuiste advertida específicamente de que dar fin a otro discípulo está prohibido y, en consecuencia, debe impartirse un castigo. Sufrirás la flagelación de sangre. Cincuenta azotes.

Mia apretó los dientes frente a la repentina oleada de miedo y Don Majo se hinchó en su sombra. «Por los dientes de las Fauces, cincuenta azotes.» Chss había recibido la mitad y casi había muerto. Echó un vistazo al chico de ojos azules, al borde del semicírculo de discípulos. Juraría que el chico le hizo un minúsculo asentimiento con la cabeza. Oyó el eco de la voz de su madre.

*Nunca te encojas. Nunca temas. Y nunca, jamás, olvides.*

Cruzó la mirada con Tric y volvió a negar con la cabeza. No tenía el menor sentido que se ofreciera ya a recibir el castigo. Por mucho que los shahiids hablaran de normas, aquello era una escuela de asesinos, y por lo menos el delito del que se suponía culpable a Mia le confería algún tipo de credibilidad. Pero ¿incumplir a sabiendas el toque de queda de la madre para aliviar su angustia con un ratito de boca a boca?

«Lo desollarían vivo. Literalmente.»

—Además —siguió diciendo Drusilla—, dado que este crimen estaba motivado por el deseo de obtener ventaja en Verdades, por la presente quedas excluida de la competición de Mataarañas y no podrás aspirar a quedar primera de su salón.

Mia se combó como si la reverenda madre le hubiera dado un puñetazo en la barriga. Terminar primera en Verdades era su mejor posibilidad de iniciarse, y todos lo sabían. Sin la competición de Mataarañas, tal vez Mia nunca llegara a ser hoja. ¿Qué le pasaría entonces? ¿Quedaría relegada a hacer viajes a Última Esperanza con Naev, o a cuidar de algún estanque de sangre en un miserable cuchitril como Villa Corneja o Elai? ¿Cómo iba a esperar vengarse de Scaeva y los demás si era solo una sirvienta venida a más?

Mia observó los rostros que la rodeaban. Solis sonreía. Jessamine ponía cara de haber recibido todos sus regalos de la Gran Ofrenda a la vez. Diamo prácticamente salivaba con la anticipación. La madre Drusilla hizo un gesto con el mentón a las manos que flanqueaban a Mia y la cogieron de un brazo cada uno. Le costó horrores contenerse. La negrura tembló cuando, a regañadientes, se dejó llevar a las argollas de hierro que había en la base de la estatua y vio a Marielle y Adonai entre las sombras. La cara del orador no

revelaba ninguna expresión, pero los labios sangrantes de la tejedora sonreían.

Estaba haciendo chasquear los nudillos.

Las manos asieron su camisa y Mia se tensó mientras se disponían a apartarla de su espalda. Miró a la diosa sobre ella, a aquellos ojos vacíos que la seguían allá donde fuera.

«Dame fuerza.»

—¡Parad!

Mia suspiró. De alivio y rabia en la misma medida.

«Puto idiota.»

Mia se volvió. Todas las miradas estaban posadas en Tric. El chico había dado un paso adelante y miraba a los shahiids congregados.

—Madre Drusilla, detened esto.

—Vuelve a tu lugar, discípulo. La sentencia se ha pronunciado y se cumplirá.

—Tric, no —siseó Mia.

—La sentencia es errónea. Mia no pudo haber matado a Carlota.

—No estamos interesados en tu juicio sobre su carácter, discípulo.

—No estoy hablando de su condenado carácter —espetó Tric—. Mia no pudo haber matado a Carlota ayer sin que yo lo supiera.

—Y eso, ¿por qué?

—¡Tric, para!

Tric hizo caso omiso a la súplica de Mia y desvió la mirada a la tejedora. Tenía los labios secos. Pero aunque sabía el castigo que podían imponerle, habló.

—Porque yo estaba con ella en su habitación.

Los miembros del Sacerdocio cruzaron las miradas, salvo Solis, que tenía

la suya fija e iracunda en el techo. Drusilla miró a Marielle y a su hermano y luego otra vez a Tric.

—¿Reconoces haber estado fuera de tu dormitorio después de la novena campanada?

—Estuve fuera toda la nuncanoché. Ash puede confirmarlo. Me ha visto en la cama de Mia esta mañana.

Drusilla se volvió hacia Ashlinn.

—¿Eso es cierto, discípula?

Ashlinn se mordió el labio. Asintió con la cabeza de mala gana.

—Sí, reverenda madre.

—Por tanto, Mia no pudo matar a Loti —siguió diciendo Tric—. Por muchas «pruebas» que tengáis. No podéis descalificarla de la competición de Mataarañas. Yo estaba con ella en la cama todo el tiempo.

—¿Y por qué no nos has informado antes de ello?

—Porque yo le he pedido que no lo haga —dijo Mia.

—No podéis apartar a Mia de la prueba de Mataarañas —insistió Tric—. Convertirse en hoja lo es todo para ella. No es la culpable de esto.

Drusilla miró a Mia. El Sacerdocio miró a la reverenda madre.

La chica contuvo el aliento y los minutos pasaron con el peso de años. El coro fantasmagórico siguió entonando su himno en la oscuridad y el pulso atronó en las venas de Mia. El Sacerdocio conferenció en tonos quedos, sobre todo aquello por lo que Mia había trabajado y estaba en juego. Podría haber dado un beso a Tric. Podría haberle dado un puñetazo. Pero aquello era una competición. En primer lugar, y en último, y en todos. Mia no lo amaba. Él no la amaba a ella. No había lugar para el amor en aquella oscuridad, y los dos lo sabían. ¿Por qué arriesgaba tanto por ella, si Mia nunca habría hecho lo mismo por él?

La madre Drusilla habló por fin, calmando el remolino en la mente de Mia.



—Muy bien —dijo la anciana—. A la luz de este nuevo hecho, parece que la culpabilidad de la discípula Mia se pone en duda, y quizá su castigo quede sin impartir. Y aunque haya sido tarde, el Sacerdocio debe aplaudir al discípulo Tric por su sinceridad. Tal valentía debe elogiarse, sobre todo considerada junto a su precio. —Drusilla se volvió hacia las manos que estaban a los lados de Mia—. Encadenadlo.

Las figuras con túnica rodearon a Tric y lo llevaron hacia la base de la estatua, mientras Drusilla seguía hablando.

—Por desgracia, discípulo Tric, y sinceridad al margen, parece que la pena infligida al discípulo Chss no fue incentivo suficiente para disuadir a los discípulos de incumplir el toque de queda. Quizá tu propio castigo impedirá más desobediencias. —Miró a Marielle—. Cien azotes.

Se alzó un murmullo en la hilera de discípulos y Tric palideció. Aunque Adonai evitase que se desangrara, aunque Marielle impidiese que muriera, el suplicio de cien azotes terminaría con su vida sin lugar a dudas. Después de todo lo que había superado, de todo lo que ya había sufrido, Tric hallaría su fin en las entrañas de aquella montaña negra, chillando enloquecido y suplicando la muerte.

Lo había arriesgado todo por ella. Había dicho la verdad, aun sabiendo lo que le costaría.

Aun sabiendo que ella nunca haría lo mismo por él.

—Reverenda madre —dijo Mia—, esperad.

Una fría mirada azul cayó sobre la chica.

—¿Discípula?

Mia respiró hondo. La sombra rodó bajo sus pies.

¿Sería capaz?

—Yo pedí a Tric que viniera a mi habitación. Me corresponde como

mínimo la mitad de la culpa. —Mia hizo acopio de valor—. Debería sufrir la mitad del castigo.

El salón quedó silencioso como una tumba. La reverenda madre miró a todos los shahiids, preguntándoles sin palabras uno por uno. Ratonero se encogió de hombros. Solis negó con la cabeza, al parecer apostando a que presenciar la flagelación de Tric haría más daño a Mia que sufrir ella misma el castigo. Pero Aalea asintió y Mataarañas también se mostró de acuerdo, fijando en Mia sus ojos oscuros. Drusilla se apretó los dedos contra los labios y arrugó la frente, pensativa.

—Encadenadlos a los dos —dijo por fin.

Las manos escoltaron a Tric a la estatua y le ataron las muñecas. Mia no dejó de mirar furiosa a Tric, negando con la cabeza. El chico le sostuvo la mirada, desde un rostro demacrado y blanquecino.

—¡Serás imbécil! —susurraron al mismo tiempo.

Mia notó que le arrancaban la camisa. La apretaron contra la piedra y notó la roca fresca bajo su carne, poniéndole la piel desnuda de gallina. Miró atrás y vio que Adonai y Marielle estaban a su espalda. Su miedo empezaba a rebasar el apetito de Don Majo. Su pulso era cada vez más rápido.

«¿Cómo tiene que ser esto para Tric?»

El chico no parecía poder respirar más rápido, arrastrando enormes y sonoras bocanadas de aire a través de dientes apretados. Los ojos desorbitados fijos en la piedra negra a la que estaba encadenado. Mia luchó contra los grilletes y las puntas de sus dedos lograron encontrar las de él y apretarlas con fuerza.

—Agárrate a mí —susurró.

Tric parpadeó para quitarse el sudor de los ojos. Asintió. Y entonces dos manos llegaron tras sus espaldas y les vendaron los ojos, bloqueándoles la luz.

Mia notó que la mano de Tric se crispaba, aplastándole los dedos. Sabía exactamente dónde estaba el chico. En sus catorce años, atado a un árbol fuera del hogar de su abuelo. Esperando en la oscuridad a que llegara la siguiente pedrada. El siguiente bofetón. El siguiente gargajo.

Bastardo. Hijo de puta. *Koffi*.

—Don Majo —susurró.

—... *no, mia...*

—Ayúdalo.

—... *y si lo ayudo a él, ¿quién te ayuda a ti?...*

Sintió que las manos comprobaban los grilletos de sus muñecas. Oyó pisadas cuando se apartaron. Tric le apretaba tanto los dedos que dolían.

—Me dijiste que para dominar la oscuridad de fuera, antes tenía que afrontar la interior.

—... *no aquí. no así...*

—Si no aquí, ¿dónde?

Sintió su sombra tiritar. Sintió crecer el miedo.

—Puedo hacerlo —siseó.

Los nudillos de la tejedora Marielle chasqueando.

La voz de la madre Drusilla resonando en la oscuridad de la venda.

—Empezad.

Un momento silencioso y vacío.

—... *como deseas...*

La oscuridad titiló a sus pies con un último adiós. Y entonces Don Majo se marchó, resbalando por la piedra negra y entrando en la sombra de Tric. Oyó que la respiración del chico se calmaba un ápice, notó que la férrea presa sobre sus dedos se relajaba cuando el no-gato se abalanzó sobre su miedo. Allí, apretada contra la fría piedra, a pesar del suplicio que vendría, Mia se

descubrió sonriendo. El silencio se hizo clamoroso en el salón, profundo como el paso de los siglos. El mundo contuvo el aliento.

Y entonces la tejedora cerró los puños.

El golpe fue una llamarada al rojo vivo y una cuchilla oxidada. Limón y sal frotados en una herida fresca y sangrante, que le abrió cuatro brechas irregulares en la espalda y le apartó los labios de los dientes en un mudo chillido.

Todos los músculos tensados. Su espalda se rasgó como el papel. Mia se retorció contra la piedra y reforzó su presa en los dedos de Tric mientras el miedo inundaba el hueco vacío dejado por el latigazo al remitir. Llegó en inmensas y frías oleadas, rompiendo sobre su cabeza y tirando de ella hacia abajo. Cada segundo se fundió en un infinito. Cada momento pasado esperando el siguiente golpe convertido en su propia agonía. Mia reparó en que estaba rezando para que llegara, para que terminara aquella pausa. Y entonces cayó, desgarrándole la espalda en cuatro líneas de perfecto dolor.

Echó atrás la cabeza. Abrió la boca pero se negó a chillar. No iba a darles esa satisfacción. A Jessamine y a Diamo. A Solis. Notaba sus miradas. Saboreaba sus sonrisas. La sangre fluyó cálida y densa por su espalda, se acumuló en la sombra vacía a sus pies. La tejedora golpeó de nuevo y el restallido de látigos invisibles cruzó el aire trayendo un dolor incandescente. Siguió aferrada a la mano de Tric, aferrada a aquel único y ardiente pensamiento: que daba igual cuánto le doliera

(crac)

daba igual cuánto lo deseara

(crac)

nunca iba

(crac)

a dejar

(crac)

que la oyeran

(crac)

gritar.

Pero al décimo golpe, perdió la mano de Tric. Al duodécimo, perdió el control sobre el terror y escapó un grito de sus labios, largo y tenue y tembloroso. Notó que la mano de Tric buscaba la suya, pero cerró los dedos en un puño. Bajó el mentón y apretó la frente contra la piedra. Sin muletas. Sin pasajeros. Sin nadie a su lado. Sin nadie en su interior. Solo ella (crac) y el dolor (crac) y el miedo (crac). Todos uno solo.

Mareada ya. Ensoñada pero aún despierta. Sostenida en algún lugar entre la consciencia y el olvido por los teúrgos y su magya. Llegó un breve respiro después del vigésimo azote y la calidez fluyó de vuelta hacia arriba por sus piernas, reingresó en sus venas partidas y sus arterias desgarradas y puso fin al invierno que amenazaba con llevársela. Oyó el susurro de Tric desde algún lugar lejano

—Mía, recupéralo...

frotó la frente contra la piedra, con sangre en los ojos

—Mía, por favor...

La oscuridad se cernía sobre ella. Las pesadillas acechaban al otro lado de la muralla del sueño. Y cuando la tejedora atacó otra vez, cuando un nuevo fagonazo de agonía le arrancó un aullido inarticulado de la garganta, la muralla empezó a derrumbarse. No había vigilia que las mantuviera a raya, al borde del olvido. No había gato-sombra posado sobre la cama, vigilando con sus no-ojos la llegada de las pesadillas. Solo estaba ella, la pequeña Mia Corvere. Sola en la oscuridad que se inflaba y se volvía más profunda, en el miedo que la inundaba más deprisa, en la locura que se acercaba poco a poco. Y allí, en la negrura fina como el papel, ya con tan poco entre ellas y ella y

entre ella y ellas, por fin vio con ojos despiertos lo que había acechado su sueño todos aquellos años.

(crac)

No eran fantasmas.

(crac)

No eran pesadillas.

(crac)

(crac)

(crac)

Eran recuerdos.

# CAPÍTULO 27

## VEROSCURIDAD

No mires.

*Mia cruzó pasillos de piedra ensangrentada, envuelta en una oscuridad tan profunda que apenas veía nada. Cadáveres. Por todas partes. Hombres estrangulados y apuñalados. Azotados hasta la muerte con sus propias cadenas y apaleados hasta la muerte con sus propios miembros. El ruido del asesinato sonando por todas partes, la peste a entrañas anegando el aire. Siluetas imprecisas corriendo junto a ella, enredándose y chillando en el suelo. Gritos llegando desde algún lugar lejano, algún lugar que la oscuridad no le permitía oír.*

*Se hundió en la Piedra Filosofal como un cuchillo entre costillas. En aquella cárcel. En aquel degolladero. Descendió entre celdas abiertas hasta los lugares más silenciosos, donde las puertas seguían cerradas a cal y canto, donde los presos que no deseaban probar suerte en el Descenso seguían retenidos, flacos y famélicos. Echó a un lado su capa de sombras para poder ver mejor y miró entre los barrotes a los espantapájaros flacos como palos, a los fantasmas de ojos vacíos. Comprendió por qué la gente estaba dispuesta a participar en la horrible apuesta que les proponía el Senado. Mejor morir luchando que quedarse allí, en la oscuridad, pasando hambre. Mejor alzarse y caer que arrodillarse y vivir.*

*A no ser, por supuesto, que una tuviera a un hijo de cuatro años encerrado allí con ella...*

*Los espantapájaros le gritaron, confundiéndola con algún espectro deshogado que acudía a atormentarlos. Recorrió de punta a punta el bloque de celdas, con los ojos muy abiertos. Empezando a desesperarse. A temer, pese al gato que había en su sombra. Tenían que estar allí, en alguna parte. Seguro que la dona Corvere no habría arrastrado a su hijo a la carnicería de arriba a cambio de una oportunidad de escapar de aquella pesadilla, ¿verdad?*

*¿Verdad?*

*—¡Madre! —llamó Mia, con lágrimas en los ojos—. ¡Madre, soy Mia!*

*Pasillos interminables. Negrura sin luz. Más y más hacia el fondo de la sombra.*

*—¿Madre?*

*—... yo buscaré en los otros pasillos. así iremos más rápido...*

*—No te alejes.*

*—... nunca temas...*

*Mia tuvo un escalofrío mientras Don Majo saltaba pasillo abajo. La penumbra se estrechó y Mia cogió una antorcha goteante de la pared, haciendo bailar las sombras. Se le coló un miedo frío en la tripa, pero apretó los dientes y lo contuvo. Se le aceleró el aliento. Le martilleó el corazón mientras recorría un pasillo tras otro, llamando tan alto como se atrevía.*

*—¿Madre?*

*Más y más hacia el fondo de la Piedra.*

*—¡Madre!*

*Y por fin, encontró el hueco más profundo. El agujero más oscuro.*

*Un lugar que la luz jamás había tocado.*

*No mires.*



—Florecita bonita.

La chica entrecerró los ojos en la oscuridad. Notó que el corazón se le encogía al oír su voz.

—¿Madre?

—Florecita bonita —llegó el susurro—. Bonita, bonita.

Mia avanzó en la cambiante luz de la antorcha, miró entre barrotes al interior de una celda inmunda. Piedra húmeda. Paja podrida. La peste de las moscas y la mierda y la decadencia. Y allí, acurrucada en el rincón, flaca como un palo y envuelta en harapos y mechones sucios de su propio pelo enredado, la vio.

—¡Madre!

Aunque alzó la mano hacia la luz y se encogió, la sonrisa de la dona Corvere era amarilla y frágil y demasiado... demasiado amplia.

—Bonita —susurró—, cosita bonita. Pero aquí no hay flores, no. No crece nada. ¿Qué es ella? —Sus ojos escudaron la tiniebla, posándose en todas partes menos en el rostro de Mia—. ¿Qué es ella?

—¿Madre? —Mia se acercó a los barrotes con pasos reticentes.

—No hay flores, no.—La dona Corvere se meció adelante y atrás, con los ojos cerrados para protegerlos de la luz—. No hay ninguna.

La chica dejó la antorcha y se arrodilló frente a los barrotes. Miró al esqueleto tembloroso que había al otro lado y el corazón se le partió en un millón de esquirlas relucientes. Demasiado tiempo.

Había esperado demasiado tiempo.

—Madre, ¿no me reconoces?

—No hay yo —susurró la mujer—. No hay ella. No. No.

La dona Corvere arañó las paredes con dedos sangrientos. Mia vio decenas y decenas de marcas en la piedra, hechas de seco escarlata y uñas

rotas. Un patrón de locura, tallado con las manos desnudas de la mujer. Una cuenta del inacabable tiempo que había pasado allí pudriéndose.

Habían transcurrido cuatro largos años desde la última vez que la había visto Mia, pero no tanto como para no recordar la belleza que había sido su madre. El ingenio que había tenido, más aguzado que la hoja de un duelista. Un pronto que hacía temblar el suelo cuando andaba. ¿Dónde había ido aquella mujer, la que había sostenido a Mia contra sus faldas para que no pudiera apartar la mirada, la que la había obligado a mirar mientras su padre se retorció y pateaba al final de su cuerda, mientras el mismo cielo lloraba?

Mia oyó en su mente la voz de Scaeva, un eco del giro en el que había muerto su padre.

«Y mientras te quedas ciega en la negrura, la dulce madre Tiempo se llevará tu belleza, tu fuerza de voluntad y esa fútil convicción tuya de que una vez fuiste algo más que escoria liisiana envuelta en seda itreyana.»

La dona Corvere meneó la cabeza y se mordió los enmarañados mechones de pelo. Una vez habían brillado joyas y oro en aquel cabello negro como un cuervo, ahora plagado de piojos y salpicado de paja podrida. Mia extendió el brazo entre los barrotes. Lo extendió tanto como pudo.

—Madre, soy Mia. —Ojos anegándose en lágrimas. Labio inferior temblando—. Por favor, madre, te quiero.

La dona Corvere se encogió al oírlo. Miró a través de dedos ensangrentados. El reconocimiento chispeó en las destrozadas profundidades de sus pupilas. Los restos de la mujer que había sido, saliendo con uñas y dientes a la superficie. La mujer a la que una vez temió hasta el último senador. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estás muerta —susurró—. ¿Estoy muerta yo contigo?

—Madre, no, soy yo.

—Te ahogaron. A mi preciosa niña. A mi bebé.

—Madre, por favor —suplicó Mia—, he venido a salvarte.

—Oh, sí —repuso ella con un hilo de voz—. Llévame al Hogar. Siéntame y déjame dormir. Me he ganado el descanso, las Hijas lo saben.

Mia suspiró. Se le partió el corazón. Le lloraron los ojos. Pero no, no había tiempo que perder. Ya cuidaría de las heridas de su madre cuando estuvieran lejos de allí. Ya habría tiempo cuando todos estuvieran...

... todos...

Mia parpadeó en la penumbra. Sus ojos buscaron dentro de la celda.

—Madre, ¿dónde está Jonnen?

—No —susurró ella—. No hay flores. Aquí no crece nada. Nada.

—¿Dónde está mi hermano?

La mujer vocalizó palabras sin forma. Movi6 los labios. Se arañó la piel, hundió las manos en su pelo enmarañado. Apretó los dientes y cerró los ojos mientras caían lágrimas por sus mejillas.

—Se fue —dijo en voz baja—. Con su padre. Se fue.

—No. —Mia negó con la cabeza, se dio manotazos en el pecho dolorido—. Oh, no.

—Oh, Hijas, perdonadme.

Tuvo que darlo todo de sí, hasta la última brizna de fuerza. Pero Mia apartó la pena a un lado. La aplastó con el talón. Contuvo las ardientes lágrimas. Intentó no recordar las nuncanoches en las que había sostenido a su hermano en brazos, cantando para que no llorara. Haciendo caso omiso a los febriles gemidos de su madre, estudió la pesada cerradura de la celda. Sacó una ganzúa del cinturón y se puso a trabajar como le había enseñado Mercurio. Centrada en la tarea. La calma de la repetición. La oscuridad tiritando a su alrededor. Los gritos de asesinatos lejanos ganando volumen. ¿Acercándose?

No mires.

*La mano de su madre salió serpenteando de las sombras. Envolvió la muñeca de Mia. La chica dio un salto, pero la dona Corvere la tenía bien aferrada. Siseó con un aliento podrido.*

*—¿Cómo puedo tocarte si estás muerta?*

*—Madre, no estoy muerta. —Mia cogió la otra mano de la mujer y se la llevó a la cara—. ¿Lo ves? Vivo. Igual que tú. Estoy viva.*

*La dona Corvere estaba apretándole tanto la muñeca que dolía.*

*—Oh, dios —dijo en voz baja—. Oh, nunca. No hay flores...*

*—No hables. Vamos a sacarte de aquí.*

*—Mi bebé —sollozó—. Mi dulce y pequeño Jonnen. No está. No está. — Lágrimas surcando mejillas inmundas. Susurros suaves como la nieve—. Y mi Mia murió también.*

*—No, estoy aquí. —Mia besó aquellos dedos sangrantes y retorcidos—. Soy yo, madre.*

*—... mia, tenemos vía libre. tenemos que darnos prisa...*

*Don Majo cobró forma en el suelo a su lado mientras su susurro hendía la penumbra. La dona Corvere miró al gato-sombra y siseó como si le hubiera caído encima agua hirviendo. Se apartó de los barrotes y se encogió en el rincón del fondo, con los dientes desnudos en un gruñido.*

*—¡Madre, no pasa nada! Es amigo mío.*

*—Ojos negros. Manos blancas, oh, dios, no...*

*—... mia, tenemos que irnos ya...*

*—Está en ti —susurró la dona—. Oh, Hijas, está en ti.*

*A Mia le temblaban las manos. La cerradura se le estaba resistiendo, oxidada y llena de mugre. La dona Corvere estaba en el rincón, con tres dedos levantados hacia Don Majo, el símbolo de protección de Aa contra el mal. Mia oyó el caos que reinaba arriba, los gritos de los moribundos, y olió*

*la sangre espesa en el aire. Entonces la inundó la rabia al ver el sufrimiento al que habían sometido a su madre, el despojo en que la habían convertido. Los soles ya estaban muy por debajo del horizonte y el poder de la veroscuridad palpitaba en sus huesos. Sin pensar, alzó las dos manos y crispó el rostro mientras temblaban las sombras. Una oscuridad líquida rodeó los barrotes y tiró. El hierro chirrió al separarse de sus anclajes, los barrotes al partirse como ramitas secas, dejando entreabierta la celda. Mia entró por el agujero que había hecho y extendió el brazo.*

*—Le perteneces —siseó su madre—. Le perteneces.*

*—... mia, tenemos que irnos...*

*—Madre, ven conmigo.*

*La dona Corvere meneó la cabeza a los lados, con los ojos horrorizados.*

*—Tú no eres mi niña.*

*Mia agarró la mano de su madre. La mujer chilló e intentó soltarse, pero Mia la tenía bien sujeta. La ató con cintas de oscuridad, la puso de pie y la sacó de la celda. Alinne Corvere ya no parecía reconocer a su hija y se retorció para librarse de Mia. Pero ella siguió adelante, arrastrando a su madre por los pasillos y las escaleras hacia las almenas de la Piedra Filosofal. El olor de la masacre se hizo más denso, la canción de los asesinatos sonó más alta. Y cuando empezaron a tener que saltar cadáveres, los gemidos de la dona se convirtieron en chillidos. Ojos inyectados en sangre que se cerraban para protegerse de la luz ardiente. Boca abierta.*

*Chillidos.*

*—... ¡que se calle!...*

*—¡Madre, para, van a oírnos!*

*—¡Suéltame! ¡SUÉLTAME!*

*—... ¡mia!...*

*Un hombre enorme salió de la oscuridad por delante de ellas, con unos*

*grilletes sangrientos agarrados con una mano cerrada. Al verlas, rugió y cargó pasillo abajo. Mia se volvió hacia él y giró la muñeca. Las sombras se desplegaron, alzaron al hombre en vilo y lo lanzaron contra la pared. Cayó de rodillas, sangrando y aturdido mientras otros dos presos doblaban la esquina: dos chicos, poco más que adolescentes, con las caras manchadas de sangre. La oscuridad se agitó a una orden de Mia y los zarandó como si estuvieran hechos de paja. Pero mientras se ocupaba de los chicos, había aflojado su presa sobre su madre, y la dona Corvere se soltó y salió corriendo por el pasillo.*

*—¡Madre!*

*El hombre al que había estampado contra la pared se levantó sobre piernas flácidas y se abalanzó contra ella. Mia volvió a arrojarlo a los ladrillos, con más fuerza que antes, y con un suspiro húmedo el hombre se derrumbó y ya no se levantó más. Mia corrió detrás de su madre pidiéndole a gritos que parara.*

*Todas las sombras del pasillo se lanzaron hacia delante como fluidas cintas de oscuridad para atrapar a su madre. Pero estaban llegando más presos, atraídos por los chillidos de Alinne como dracos al agua ensangrentada. Mia los aplastó con tanta fuerza hacia un lado que el impacto resquebrajó la mampostería.*

*—¡Madre, para, por favor!*

*Alinne siguió corriendo y subió una escalera en dirección al patio. Se protegió los ojos con una mano de las antorchas de las paredes, cegadoras después de años de oscuridad absoluta. Miró hacia atrás y gimió al ver a su hija siguiéndola, rodeada de sombras que se agitaban como si estuvieran vivas. Al ver un daimón a su lado. Dentro de ella.*

*—¡Madre, para!*

*—¡No te acerques!*

*El chico apareció de la oscuridad de delante. Era un chaval esquelético y medio muerto de hambre con un trozo de acero serrado en la mano, casi sin duda más asustado que Alinne. Pero aun así, atacó movido por ese miedo, ese pánico, y su arma improvisada brilló roja. La dona tropezó. Se agarró el pecho. Y detrás de ella, su hija chilló:*

*—¡NO!*

*Las sombras se extendieron como por iniciativa propia, levantaron al chico y su hoja ensangrentada y lo hicieron pulpa golpeándolo una y otra vez contra la pared. Mia detuvo su carrera al lado de su madre, que estaba desplomada en la piedra, con el pecho mojado y rojo.*

*—¡Madre, no, no, no!*

*La chica apretó la herida con la mano, intentando parar la sangre. Latidos escarlatas entre sus dedos, casi tan oscuros como las sombras a su alrededor. La dona Corvere levantó la mirada hacia los ojos de su hija, mientras la luz moría en los suyos.*

*—No eres mi... hija...*

*Asió la mano de Mia en una presa pegajosa y roja.*

*La apartó a un lado.*

*—Solo... su sombra...*

*El pecho de Alinne tembló y la luz de sus ojos se desvaneció poco a poco. La chica se quedó allí, arrodillada en la piedra, mientras las sombras a su alrededor se combaban y rodaban. La misma estructura del pasillo se sacudió. La mampostería se agrietó. El techo retumbó. Sangre en sus manos. Los asesinatos que tenían lugar en torno a ella resonando en su mente, la sangre derramándose en la oscuridad que anidaba entre todas y cada una de las losas.*

**NO MIRES.**

*La chica se levantó y su cabello onduló a su alrededor como si lo moviera*

*un viento invisible. Puños cerrados. Un centenar de sombras serpenteando en el aire que la rodeaba. Las paredes se agrietaron y se partieron. El techo empezó a ceder, a derrumbarse. Y justo en el instante en que la mampostería se separaba para siempre, en que cientos de toneladas de piedra se venían abajo y destruían la escalera y todo lo que había en ella, la chica dio un paso al interior de uno de esos zarcillos retorcidos de oscuridad y salió de una sombra*

*cinco*

*pisos*

*por encima.*

*Había aparecido en los niveles superiores. El Descenso estaba en pleno apogeo: asesinos y asesinados, caos y sangre. Hombres manchados con los restos de su matanza, toscas armas o miembros amputados en las manos. Uno la vio y fue hacia ella con una sonrisa de esqueleto en la cara. Mia miró en su dirección y, sin más, la oscuridad lo hizo pedazos y los arrojó por los aires como un niño enfadado con un juguete roto. Las paredes se partieron y cayeron. Los ladrillos se deshicieron en polvo. Llegó más gente, hombres y mujeres empapados de muerte, que terminaron destrozados como trapos podridos. La chica llegó a las almenas de la Piedra dejando atrás un rastro de ladrillos caídos, trastabilló entre una lluvia de mortero pulverizado y mampostería quebrada que se precipitaba hacia abajo, muy abajo, hacia el mar.*

*La Piedra Filosofal empezó a escorarse y secciones enteras del fuerte siguieron desmoronándose mientras las sombras que había entre todos los*



*ladrillos y piedras se soltaban para incorporarse a la tormenta de oscuridad que estaba arremolinándose en torno a la chica sollozante. Cayeron lágrimas por sus mejillas. Su rostro era un rictus de dolor. Sus ojos, negros como la noche. Demasiado para contenerlo dentro. Demasiado para soportarlo.*

*—... ¡mia!...*

*Un gato hecho de sombras apareció a su lado, gritando para hacerse oír sobre el estrépito de la piedra torturada, los hombres moribundos, la aullante oscuridad. El fuerte se partió a lo largo de su muralla exterior y los baluartes cayeron derrumbados al océano. Los ladrones y los matones abandonaron sus sangrientas rencillas y se encogieron en los rincones o salieron corriendo hacia las celdas de las que habían huido. Las piedras bajo los pies de Mia cayeron, dejándola suspendida en una telaraña de cimbreada oscuridad.*

*—... ¡mia, esto tiene que terminar!...*

*El cuerpo entero de la chica estaba amortajado en sombras. De su espalda salieron unas alas hechas de zarcillos negros como la tinta, y en las puntas de sus dedos se formaron cuchillas de afilada oscuridad. Clavó unos ojos negros al otro lado de la bahía, en las Costillas que se alzaban sobre la Ciudad de los Puentes y los Huesos. Donde estaban el Senado de Itreya y toda su nobleza nacida de la médula, a las órdenes del arrogante cónsul que había destrozado su familia. Matado a su padre. A su hermano pequeño. Y aquel mismo giro, también a su madre.*

*La chica sacudió la cabeza. Rugió.*

*—Terminará cuando termine con él.*

*Y cerrando los dedos en temblorosos puños, desapareció.*

*P*aso.

*Estaba al pie de la Piedra, entre las sombras de las rocas escarpadas.*

*Paso.*

*Estaba al otro lado de la bahía, en la cambiante negrura de la costa.*

*Paso.*

*Estaba en el bulevar, contemplando la multitud que celebraba el Carnaval con sus máscaras sonrientes. Don Majo ya no la acompañaba, pero la furia caminaba a su lado, bullendo en el lugar donde intentaba enraizar el miedo. Pasó de una sombra a la siguiente, como un niño saltando de piedra en piedra para cruzar un desagüe atascado. La gente tiritaba a su paso. La ciudad se veía borrosa, confusa, solo siluetas poco definidas sobre una oscuridad más intensa. Pero el cielo nocturno brillaba como iluminado por los soles. Las estrellas se extendían como diamantes en una mortaja funeraria. Las sombras le cantaban. La sostenían, la arrullaban y le limpiaban las lágrimas. Con un dolor en sus tripas. Un anhelo en sus lenguas.*

*Tenían hambre, comprendió.*

*La Oscuridad tenía hambre.*

*Mia buscó entre los edificios y encontró las Costillas que asomaban sobre tejados lejanos. Paso. Y paso. Y paso. Hasta que se halló en el exterior de la Basílica Grande. Sabía que estarían todos allí para la misa de la veroscuridad. Todos en fila. El cónsul Scaeva. El cardenal Duomo. El justicus Remo. Falsa piedad y hermosas túnicas. Manos manchadas de*

*sangre entrelazando los dedos con recato, ojos vueltos hacia el cielo rezando por los soles que jamás volverían a ver.*

*Salió de las sombras de un arco de triunfo y contempló la basílica que se alzaba ante ella. Había un gran patio circular, rodeado por columnas de mármol. En su centro se alzaba una estatua de quince metros de altura del todopoderoso Aa, con la espada desenfundada y tres gigantescos orbes arkímicos en una palma vuelta hacia arriba. Tras el patio, la inmensa estructura de cristal tintado y enormes cúpulas. Arcos y agujas iluminados por un millar de globos que intentaban en vano desterrar a la hambrienta Oscuridad.*

*El patio estaba lleno de gente sin la suficiente riqueza o alcurnia para que se le permitiera entrar en noches tan negras. Pero junto a cada columna había hombres con brillantes y blancas corazas, capas carmesíes y plumas en los yelmos. Legionarios Luminatii, congregados en horda para proteger a los senadores, los pretores, los procónsules y los cardenales que llenaban el sagrado espacio de la basílica. Verlos le recordó a su padre en los giros anteriores a su muerte. Llevándola a hombros por las calles de la ciudad. Su barba de unos días haciéndole cosquillas en la mejilla al besarla.*

*Rostro amoratado.*

*Patadas.*

*Guj. Guj. Guj.*

*Miró la estatua de Aa. Escupió odio.*

*—Te recé. Te supliqué que los trajeras a casa. ¿No eras lo bastante omnisciente para darte cuenta de que sufrían? ¿O es que te daba igual?*

*Aquel que Todo lo Ve no respondió. Mia extendió las sombras hacia el Dios de la Luz y sus orbes y los envolvió en cintas de oscuridad. Y mientras la multitud de alrededor gritaba aterrorizada, cerró los puños. Tensó los músculos. Se le marcaron las venas en el cuello. Con el chirrido de la piedra*

torturada, la estatua se tambaleó en su pedestal. Los fieles dieron gritos de pavor y se dispersaron en turbas presas del pánico mientras el dios por fin caía hacia delante y se hacía pedazos contra los adoquines con un estrépito ensordecedor.

Las sombras reptaron hacia el Luminatii más cercano, se le enroscaron en la cabeza y las caderas y lo partieron en dos. La sangre salpicó el mármol pulido. La gente chilló. Los legionarios dieron voces de alarma y desenvainaron sus hojas. Incluso allí, en la noche cada vez más profunda, sus espadas brillaron como si la veroluz danzara en sus filos. Mia se metió en las sombras a sus pies y salió de la sombra que había detrás del legionario más grande y fuerte que vio. La oscuridad le rodeó el cuello, al parecer por iniciativa propia, y su columna vertebral se partió con sonido de húmedos fuegos artificiales. Se derrumbó ya muerto en la piedra.

—¡Daimón! —llegó el grito—. ¡Tenebra! ¡Asesina!

La alarma se extendió por el extenso patio. La gente huía de las ruinas de su dios demolido en beata estampida. Los soldados cargaban hacia ella desde todas las direcciones. La oscuridad le cantaba, le llenaba la cabeza, apartaba el pensamiento consciente a los lugares fríos y vacíos, dejando solo la rabia. El hambre. Zarcillos negros latigueando en la oscuridad. Hueso y sangre. Luz escaldándole los ojos. Muchas espadas. Muchos hombres. Se movió entre ellos, pasando de sombra a sombra. Arrojándolos por los aires como si fuesen juguetes. Una negrura afilada como una cuchilla partiendo el reluciente acero blanco y exponiendo las partes rojas de debajo.

Pasó de columna a columna. A las ruinas de la estatua de Aa y los tres soles partidos en su mano extendida. Esquivó un tajo que le habría separado la cabeza de los hombros. Otro legionario cayó en pedazos. Pasó a la escalera. A los inmensos portones, ornamentados con oro sagrado, que

reflejaban el fuego de las cien espadas que tenía detrás. Mia alzó las manos, abrió los portones de par en par y rugió su apellido.

—¡SCAEVA!

Había hombres esperándola al otro lado de las puertas y su rugido se tornó chillido cuando levantaron sus báculos. Eran el cardenal Duomo y sus sacerdotes, vestidos con sus mejores galas. Los años transcurridos desde la ejecución de su padre habían cambiado poco al cardenal: aún parecía más un bandido que hubiera robado la ropa de un hombre santo que alguien digno de llevarla. Pero Duomo dio un paso adelante, rodeado de sus sacerdotes, con la barba negra erizada y la boca abierta en un grito.

—¡En el nombre de la Luz, abominación, desaparece!

La Trinidad de la punta de su báculo brilló con más fuerza que los tres soles juntos. Mia chilló y retrocedió trastabillando. La luz era intensa, caliente. Con las manos en los ojos, escrutó entre el intenso fulgor. Y allí, al final de la nave, rodeado por dos docenas de legionarios en blanco pulido y rojo sangriento, lo vio. Vio al hermoso cónsul con sus ojos negros y su túnica púrpura y laureles de oro en la frente. El que había sonreído mientras moría su padre. El que había condenado a su madre a la locura. El que había matado a su hermano.

—¡SCAEVA!

—¡Esta es la casa sagrada de Aa! —bramó Duomo—. ¡Aquí no tienes ningún poder, daimón!

Mia apretó los puños, cegada por la luz. El viento aulló en sus oídos. La azotó un calor como el de los tres soles. Náuseas en la barriga, vómito en la boca. Sin sombras delante de ella de las que valerse. Era demasiado. Demasiado brillante. Vio a un hombre enorme en armadura blanca, una cara lobuna llena de ira, una cicatriz en la mejilla hecha por las zarpas de un gato.

Remo.

—¡Matadla! —vociferó el justicus—. ¡Luminus Invicta!

Mia dio media vuelta mientras los Luminatii cargaban escalera arriba hacia ella. La luz a su espalda era flagrante, la sombra que arrojaba en la piedra larga como una puesta de soles. Algo afilado y ardiente se estrelló contra su nuca y la hizo tropezar. Se estaban acercando decenas de legionarios. El justicus Remo embestía hacia ella con su espada en llamas. La ira ardiendo fulgurante. La Oscuridad dentro de ella agitándose. Lo único que ansiaba era consumir, extenderse y sumergirse en la sangre que derramaba. Mia podía sentirlo. Por todas partes. Filtrándose entre las grietas de Tumba de Dioses. La agonía. La furia. El odio puro y cegador incrustado en los mismos huesos de la ciudad.

«Nos odia.»

Pero en los lugares fríos y vacíos permanecía una diminuta parte de ella. Una parte minúscula que no era rabia ni odio ni hambre. Que era solo una chica de catorce años que no quería morir.

El justicus emergió entre las hileras de sus hombres sagrados y blandió su acero solar con todas sus fuerzas. La Trinidad del pomo de su espada ardía más brillante que la hoja en sí. Mia trastabilló hacia atrás y la espada le hizo un corte en el brazo. La sangre hirvió al manar. Remo dio otro tajo, y otro, y los Luminatii ya la estaban rodeando, refulgentes. Y con un grito quebrado cayó, entró en la sombra de sus pies y salió de la misma sombra a treinta metros de distancia.

Cantaron las ballestas. La llama titiló en el acero pulido. Remo rugió. La gente chilló. Pero Mia siguió alejándose. Pasó entre las sombras como si volviera a ser una niña pequeña saltando de piedra en piedra. Sangre en la nuca, ojos quemados hasta casi cegarlos por la luz del cardenal. Y allá en el

fondo, por debajo del dolor y la rabia, enroscado en los lugares fríos y vacíos, el sentimiento más vacío de todos.

*Fracaso.*

*Terminó en las almenas que dominaban el foro. Sobre el lugar en el que murió su padre. La plaza estaba iluminada por una rojiza luz arkímica. En las losas bailaban los juerguistas y los borrachos. Mia entreoyó los gritos que resonaban por toda la ciudad. ¡Asesina! ¡Daimón! ¡Abominación!*

*Se dejó caer contra el fresco hueso de tumba. Le temblaron las manos ensangrentadas. La oscuridad que la rodeaba susurró, suplicó, rogó. Igual que la oscuridad de su interior. Y ella era solo una niña en el centro de todo. Una niña en un mundo frío y vacío, sin que las sombras de su alrededor pudieran reconfortarla en absoluto.*

*No sabía cuánto tiempo estuvo allí sentada. La sangre le hizo costra en las manos. La ciudad siguió sumida en el caos. Había multitudes congregadas en la costa oriental, mirando la ruina torcida de la Piedra Filosofal, los baluartes que se soltaban y caían al mar. Había patrullas de Luminatii recorriendo las calles, intentando imponer el orden entre los brotes de pánico, entre la creciente y ebria confusión. Había refriegas a puñetazos y cristales rotos.*

*Había un temblor en su sombra.*

*—... mia...*

*Unos leves pasos en la piedra a su lado.*

*—Me ha dicho que te encontraría aquí.*

*El viejo Mercurio se arrodilló a su lado entre crujidos de sus huesos. Mia no lo miró, no apartó los ojos de los tejados de la ciudad. Las Costillas se alzaban sobre ellos. Los andadores de guerra montaban su silenciosa guardia. Y por detrás, el ardiente fulgor de la Basílica Grande.*

*—¿Una noche dura, cuervercilla? —preguntó el anciano.*

*Las mejillas de Mia se surcaron de lágrimas. El sollozo trepó por su garganta, exigiendo ser liberado. Se mordió el labio para impedir que saliera y se sumara a su fracaso. Notó el sabor de la sangre.*

*Mercurio sacó una cajita fina de plata de su pesado abrigo. La chica hizo una mueca cuando encendió el yesquero con un momentáneo fognazo que le recordó la luz en manos de Duomo, ardiendo en la espada de Remo. Un olor a clavo ardiendo manchó la noche.*

*—Toma —dijo Mercurio.*

*Mia miró al anciano. Estaba ofreciéndole el cigarrillo.*

*—Calma los nervios —explicó.*

*Mia parpadeó en la oscuridad. Extendió una mano ensangrentada. Se llevó el cigarrillo a los labios y saboreó azúcar. Calidez para apartar el frío. El humo inhalado sofocó los sollozos, le calmó los temblores. Tosió. Escupió gris. Torció el gesto.*

*—Sabe fatal.*

*—Mañana sabrá mejor.*

*Mia volvió la mirada hacia las titilantes luces de la ciudad. El ardiente corazón de Tumba de Dioses se extendía ante ella. Se le crispó el rostro al recordar los hombres a los que había asesinado, con los que había luchado. Eran muchísimos, y ella solo una. Los soles que ardían en sus manos. En su acero. En sus ojos.*

*—Qué brillante era —susurró—. Demasiado brillante.*

*—No temas, cuervecilla. —El anciano sonrió. Le dio unas palmaditas en la mano—. Cuanto más brillante es la luz, más profundas son las sombras.*



# Libro 3

EL NEGRO ENROJECE

# CAPÍTULO 28

## VENENO

Mia despertó en la oscuridad horas más tarde, con una sensación de dolor por toda la espalda, donde habían caído los azotes de la tejedora. En sus huesos quedaba un eco del suplicio. De elevar la mirada hacia donde debería haber habido un par de ojos. Don Majó la había visto dormir desde el cabezal de la cama.

—... *¿estás bien?*...

—Lo bastante.

—... *me pediste que cuidara del chico. no pude apartarte la pesadilla...*

—Siempre ha estado ahí. —Mia suspiró—. Siempre.

Mia se incorporó y el pelo le cayó alrededor de la cara al inclinar la cabeza. Le dolían los músculos por el toque de la tejedora y tenía la boca seca por los recuerdos que había mantenido bajo llave. Que se había negado a contemplar. Su madre. El poder de las noches, fluyendo por sus venas. Era ella quien había destrozado la Piedra Filosofal. Ella quien había perpetrado la Masacre de la Veroscuridad. Ella quien había matado a decenas de hombres en los peldaños de la Basílica Grande. A decenas más en la misma Piedra. Padres. Hermanos. Hijos.

Había intentado asesinar a Scaeva.

Intentado y fracasado.

Cuánta sangre en sus manos, cuánto poder en sus dedos.

Y ni siquiera había podido acercarse a él.

—Tenemos trabajo que hacer.

Y así empezó.

El tiempo pasó bajo el cielo de la siemprenoche, llevándola inexorable hacia la iniciación. Rutina y ritual. Comidas y duro entrenamiento y sueño.

Haber soportado cincuenta azotes de la tejedora no era moco de pavo, y la mayoría de los discípulos habían pasado a tratar a Mia con nuevo respeto después de la flagelación. Pero Tric había logrado superar el suplicio sin un solo gemido, y él despertaba una especie de reverencia entre los discípulos. Incluso el shahiid Solis alabó sus formas, que no dejaban de mejorar, en el Salón de las Canciones. En los momentos privados que lograban darse antes de la novena campanada (porque ya ningún discípulo se atrevía a poner un pie fuera de su dormitorio), Tric susurraba a Mia que era absurdo, que la valiente había sido ella y no él. Pero a Mia le parecía bien dejar que Tric le robara toda la gloria. Era mejor que la subestimaran.

Era más fácil esconderse en la oscuridad que bajo los focos.

Respecto a Mia, Solis seguía mostrando escasa piedad. La chica seguía pegando flojo con su brazo de la espada, y se le rompía la guardia bajo presión. Aunque había sido él quien le hizo la herida responsable, el shahiid enviaba a Mia a dar vueltas de escalera por el más mínimo fallo. Mia soportó el maltrato en silencio y logró evitar que le perforaran el pecho cuando acababa emparejada con Jessamine o Diamo, cosa que parecía suceder con mucha más frecuencia que la dictada por las leyes de la probabilidad.

A menudo tenía que acudir a la tejedora para que sanara sus heridas después de la clase de Canciones. Marielle no comentó nada sobre la

flagelación de sangre, ni trató a Mia de modo distinto. Pero Mia no olvidaba. No perdonaba.[81]

Adonai mostraba incluso menos reparos con Mia que su hermana. Siempre distante, presidía las periódicas Caminatas de Sangre que enviaban a los discípulos a buscar secretos en Tumba de Dioses para Aalea. Mia frecuentó tabernas, engatusó a soldados jóvenes, nadó en rumores. Había habido un pequeño escándalo cuando el cónsul Scaeva hizo que su hijo de siete años, Lucio, ingresara en la legión Luminatii.[82] Oyó susurrar que el justicus Remo había engendrado un bastardo en la hija de un senador. Se hablaba de que Scaeva estaba maniobrando con discreción para que lo nombraran imperator, título que le otorgaría el liderazgo del Senado hasta su muerte. Todos esos secretos y más se los llevaba Mia a la shahiid Aalea, esperando ganarse su favor. La mujer se limitaba a sonreír y besar la mejilla de Mia, sin darle la menor pista de cómo iba en su competición.

Era enloquecedor.

Pero más enloquecedor era el acertijo de la shahiid Mataarañas. Mia pasaba todos sus ratos libres trabajando en él y el antídoto seguía fuera de su alcance. Escribía y maldecía. Imaginaba los símbolos arkímicos chocando en su mente hasta el punto de verlos cuando dormía.

Ella y Tric orbitaban despacio en torno al otro, aproximándose poco a poco a una nueva colisión. Pero el suplicio que habían sufrido a manos de la tejedora seguía gritando más fuerte que el dolor de no estar juntos. No había tiempo entre lecciones, ni lugar después de la novena campanada, ni satisfacción en algún rincón oscuro follando como ladrones. Considerando que tal satisfacción quizá no mereciera la pena, cada uno esperaba el momento en que el otro se rindiera. Mia soñaba con ello sola en la cama, bajando cada vez más las manos, chillando el nombre del chico en silencio.

Y en los minutos desocupados, en las sombras, se reunía con Naev.

Sudaba exactamente lo mismo.

Chillaba absolutamente nada.

—**N**egra Madre, esto va a acabar conmigo.

Mia estaba encorvada sobre sus notas en la mesa de la mañanera, mirando con el rabillo del ojo por si pasaba alguna bandeja con bebidas. Osrik y Ashlinn estaban sentados enfrente y Tric a su lado. Los discípulos charlaban entre el tintineo y el raspar de la cubertería, y Pipa murmuraba a su cuchillo como siempre, callando entre preguntas como si la hoja le respondiera.[83]

Un tenedor sonó contra una copa para llamar la atención y todos los ojos se volvieron hacia la mesa principal. La reverenda madre Drusilla se había puesto de pie, con su acostumbrada sonrisa en los labios. Recorrió con la mirada los rostros de los discípulos y asintió para sí misma, como satisfecha.

—Discípulos, este es el último giro de lecciones oficiales a las que asistiréis como novicios de la Iglesia Roja. Desde mañana y hasta la iniciación dentro de dos semanas, dispondréis de vuestro tiempo como mejor veáis. El shahiid Ratonero y la shahiid Aalea aceptarán objetos hurtados y secretos hasta el final de la semana. La shahiid Mataarañas también aceptará soluciones a su dilema. Debo señalar que no ha habido participantes hasta la fecha, y también insistir en que ningún discípulo tiene la menor obligación de resolver el acertijo de la shahiid. Confío en que Mataarañas os haya dejado bien claro el castigo que implica fallar.

La mujer adusta inclinó la cabeza y sus labios negros se curvaron en una leve sonrisa.

—La competición del shahiid Solis en el Salón de las Canciones dará comienzo mañana. Los lances preliminares tendrán lugar antes de la centrera

y los finales después. El orador Adonai y la tejedora Marielle estarán presentes para atender vuestras heridas.

»Cuando haya vencedores en todos los salones, el Sacerdocio llevará a cabo una serie de pruebas finales. Aquellos de entre los cuatro que las superen con éxito serán iniciados por la Mano Derecha de Niah y ungidos con la sangre de mi señor Casio en persona.

Mia tragó saliva. Era todo por lo que se había esforzado. Todo lo que ansiaba.

—Os sugiero que descanséis bien hoy después de las lecciones —concluyó Drusilla—. Mañana empiezan las pruebas finales.

La anciana volvió a sentarse a la mesa. La charla se reanudó entre los discípulos despacio, con la gravedad de lo que estaba por venir pendiendo sobre sus cabezas. Pero al cabo de poco, la preocupación quedó enterrada bajo montones de comida. La cocina parecía estar desmadrándose en esos últimos giros y había bandejas llenas hasta arriba de deliciosos pasteles dulces y salados, huevos frescos, jamón crepitante.

Mia no tenía estómago para nada de ello. Volvió a sus notas y frunció el ceño. Las fórmulas giraban y danzaban ante sus ojos, y un incipiente dolor de cabeza estaba deslizándose hasta la base de su cráneo y pellizcándolo. Soltó una retahíla de improperios en todos los idiomas que conocía, mientras Ashlinn la observaba entre bocados y sonreía al escuchar las maldiciones más vistosas.

—*¿Y di arad ul ato?* —dijo.

Mia levantó la mirada de su cuaderno.

—¿Qué?

Ash intentó vocalizar mejor, con lo que parte de su bocado terminó en un ojo de Mia.

—*Y. Di. Arad. Ul. Ato.*

—Negra Madre, ¿quieres no hablar con la boca llena, Ash? —murmuró Osrik.

Ash dio un trago de agua y miró de soslayo a su hermano.

—Qué cosas. Le dije lo mismo a un soldado muy guapo la última vez que estuve en Tumba de Dioses.

Su hermano se tapó las orejas.

—Lalalalalaaaaa.

—Cantó como un niño de coral. Durante y después. Los chicos Luminatii se enteran de todo lo que pasa.

—Creo que acabo de decir: «La. La. LA» —gruñó Osrik.

Ashlinn tiró un panecillo a la cabeza de su hermano. Osrik levantó una cuchara llena de gachas.

—Vas a morir...

Mia intervino antes de que se declarara la guerra abierta.

—¿Qué me decías, Ash?

La chica bajó su segundo panecillo y enseñó un dedo admonitorio a su hermano.

—Decía que por qué no paras un rato. Tanto trabajo y tan poca fiesta no te hacen ningún bien. Date un paseo conmigo la próxima vez que vayamos a la Tumba y te llevo a algunas tabernas donde van los Luminatii. Así te sueltas el pelo un poco.

—Llevo el pelo suelto.

—Hombres de uniforme, Corvere.

—Siempre pensando en lo mismo, Järnheim.

—Por lo menos ellos saben el aspecto que tiene un puto cepillo para el pelo.

Ash sonrió a Tric, esperando una reacción. Hubo que reconocer al

dweymeri que mantuvo el rostro pétreo mientras alcanzaba un panecillo y lo hacía rebotar en la cabeza de Ashlinn.

—Para algunas es muy fácil decirlo —musitó Mia—. Vas delante en la competición de Ratonero por casi setenta puntos. Terminarás la primera de Bolsillos seguro.

Ash se puso las manos en la nuca, se reclinó y suspiró.

—¿Qué voy a hacerle si tengo un talento natural? Robaría una chuleta de entre los dientes de un perro guardián. Tendrías que haberme visto manganle los cuchillos a Mataarañas. Fue pura teúrgia.

—Yo le vi la cara después de que se los afanaras —dijo Tric—. Eres más valiente que yo, Ash.

La chica se encogió de hombros.

—En el amor y en el hurto, todo vale.

—Dos semanas para la iniciación —dijo Mia entre dientes—. Y la competición de Solis en el Salón de las Canciones empieza mañana. Si no resuelvo esto pronto, ya no lo haré. Nadie tiene ni idea de quién va ganando en la competición de Aalea y no tengo la menor oportunidad de terminar primera en otro salón, como no me las ingenie para robarle a la reverenda madre su llave del cuello.

—Por los dientes de las Fauces, para eso no tengo valor ni yo. —Ash se estremeció, mirando a la anciana—. Que les den a esos cien puntos. Te mataría dos veces solo por planteártelo.

—Pues así estamos. —Mia empezó a tomar notas de nuevo.

—¿No te preocupa estar apuntándolo todo? —Ashlinn enarcó una ceja.

—¿Por qué, también piensas robarme esto?

—¡Oye, que te den por ese culo plano que tienes! Te robé una triste daga de puño. Y te pedí perdón luego. Cualquiera diría que te he levantado a tu pretendiente.



—No tengo el culo plano.

—Solo digo que mires bien dónde dejas esas notas —la advirtió la chica—. No es que estemos muy a buenas con la pelirroja y su chico. Recuerda lo que le hicieron a Loti.

Mia miró mesa abajo hacia Jessamine y Diamo. Aunque había urdido una veintena de planes para vengar el asesinato de Carlota, Mia sabía que sería una idiotez absoluta poner alguno en práctica. Si le pasaba algo a alguno de los dos, el Sacerdocio estaría llamando a la puerta de Mia diez segundos más tarde.

Diamo la miraba entre bocados y Jess le susurraba al oído. Mia se preguntó si aquellos dos estarían follando. Nunca mostraban afecto en público, pero exhibir debilidades no era el estilo de Jessamine. Y aunque ahora tenían la muerte de Loti entre ellas, aunque nunca serían amigas, Mia pensaba a veces en el padre de Jessamine. En los Luminatii que había asesinado en el patio de la Basílica Grande. ¿Cuántos huérfanos más había creado en aquella veroscuridad? ¿Cuántas Jessamines más?

¿Los hijos e hijas de los hombres que había asesinado la mirarían igual que ella miraba a Scaeva?

¿En qué se estaba transformando?

«La mirada en el objetivo, Corvere.»

Aplastando sus desagradables pensamientos, Mia se volvió hacia Ash y murmuró:

—Bueno, esperemos a que encuentre la solución antes de preocuparnos demasiado, ¿te parece?

—¿Cómo de cerca estás?

Mia se encogió de hombros.

—Cerca. Y no lo bastante cerca.

Ash señaló a Jessamine con el mentón.

—Pues si lo resuelves, que no se sepa. Si es tu única oportunidad de acabar primera de salón, ya te digo yo que esa roja de ahí lo tendrá bien marcado.

Mia levantó la mirada hacia Ashlinn.

—¿Qué has dicho?

—¿Qué he dicho cuándo?

—«Esa roja lo tendrá marcado.»

—¿Qué?

—Dalia roja —susurró Mia, poniendo los ojos como platos—. Veneno de marcanegra.

—¿Eh?

Mia pasó páginas hasta encontrar una cubierta de anotaciones y bajó un dedo por ellas. Ash abrió la boca para hablar, pero Mia levantó una mano para pedirle silencio. Apuntó un puñado de fórmulas rápidas. Pasó páginas adelante y atrás entre las nuevas y las viejas. Por último, miró a la chica y sonrió de oreja a oreja.

—Ashlinn, podría besarte.

—Creía que no me lo pedirías nunca.

—¡Eres una puta lumbrera! —gritó Mia.

La chica se volvió hacia su hermano y sonrió.

—¿Lo ves? Ya te lo había dicho.

Mia se levantó, agarró a Ash por las orejas, se la acercó y le plantó un sonoro beso en los labios. Tric inició una espontánea ronda de aplausos, pero ella ya estaba recogiendo sus notas para salir disparada del Altar del Cielo. Jessamine y Diamo se fijaron en su partida y hablaron entre ellos en voz baja. Tric y Ashlinn vieron desaparecer a Mia por la escalera. Osrik volvió a su comida y negó con la cabeza.

—Si no monta el numerito, no se queda tranquila.

—Pero besa bien, ojo. —Ash sonrió—. Ahora entiendo cómo es que te

tiene tan coladito, Tric.

El chico dweymeri mantuvo pétreo el semblante.

Sin alterarse, alcanzó otro panecillo.

**M**ia pasó el resto del giro en su dormitorio, inclinada sobre pergaminos con un palito de carbón entre los dedos. Extendió sus notas por toda la cama y repasó el preparado una y otra vez. Sonaron las campanadas de la tardera y no se movió ni un centímetro. Fumó un cigarrillo para matar el hambre. Los no-ojos de Don Majo recorrieron la solución de Mia, página tras página, sin dejar de ronronear.

—... *ingeniosa...*

Mia dio una profunda calada.

—Si funciona.

—... *¿y si no?...*

—A lo mejor te toca buscar un nuevo mejor amigo.

—... *¿ahora tengo una mejor amiga?...*

La chica tiró ceniza a la cara del no-gato. Oyó sonar la novena campanada y los suaves pasos de los discípulos que volvían a sus habitaciones. Circularon sombras por la esquirla de luz que entraba desde el pasillo. Y junto a ellas, un trozo de papiro doblado que pasó bajo su puerta.

Mia se levantó de la cama y echó un vistazo al pasillo. No había nadie a la vista. Recogió el papiro, lo desdobló y lo leyó.

Te deseo.

T.

El corazón de Mia latió más deprisa, y aquellas condenadas mariposas volvieron a agitar las alas en su barriga. Miró a Don Majo con el cigarrillo en los labios. El no-gato estaba sentado en su cama, rodeado de su mar de notas. Callado como una tumba.

—Tendría que ser una imbécil absoluta para volver a salir después de la novena campanada.

—... *y más la víspera de la competición de solis...*

—Debería dormir mis horas.

—... *el amor nos vuelve necios a todos...*

—No estoy enamorada de él, Don Majo.

—... *pues es curioso que así se lo parezca a todos a vuestro alrededor...*

Mia recogió las páginas sueltas dispersas por su cama, las metió en el cuaderno y lo cerró con firmeza antes de esconderlo tras el cajón de abajo de su escritorio.

—¿Me cuidas las espaldas?

—... *siempre...*

Don Majo se escabulló por debajo de la puerta y comprobó que el pasillo estuviera despejado. Mia tiró de las sombras hacia ella y se perdió en la tiniebla. Salió con sigilo tras el no-gato y avanzó a tientas por el largo pasillo, sin desatar ni un solo susurro con las botas en la piedra. La borrosa silueta de una mano pasó por una intersección más adelante y Mia se quedó muy quieta, apretada contra la pared. Esperó a que no pudiera verla antes de volver a moverse, y al fin se detuvo fuera de la puerta de Tric.

Probó el pomo, pero estaba cerrada con llave. Se agachó, miró por la cerradura y vio a Tric en su cama leyendo a la luz de una lámpara arkímica. El orbe proyectaba largas sombras en el suelo, y Mia las invocó. Recordó lo que era ser otra vez aquella chica de catorce años. Tener el poder de la noche en las puntas de los dedos. No temerlo ya. No temer quién era. Qué era.

Y cerrando, los ojos, Mia

pasó

a la sombra

a sus pies

y salió de la sombra

en la habitación.

Tric se sobresaltó al verla salir de la oscuridad, con el pelo moviéndose como bajo un viento oculto. Había salido un puñal de su manga, pero contuvo la mano al reconocerla. El chico miró hacia la puerta cerrada con preguntas en la mirada.

Mia se quitó las botas con el otro pie.

—¿Mia?

Se sacó la camisa por encima de la cabeza.

—Chis —susurró.

Y las preguntas en la mirada de Tric murieron.

# CAPÍTULO 29

## RUPTURA

Mia despertó en brazos de Tric.

Olvidó por un instante dónde estaba y qué tenía por delante. Tric seguía durmiendo y su pecho se alzaba y caía despacio. Mia se lo quedó mirando en silencio un momento, con la mente nublada. E inclinándose hacia él, lo besó como si fuese la última vez.

Se escabulló de la habitación, todavía con la ropa que llevaba la nuncanoché anterior. Saltó de sombra a sombra escuchando el coro fantasmagórico y los sonidos de la iglesia a su alrededor despertando. Por fin llegó al Salón de las Elegías y se quedó bajo la estatua de Niah, mirando el rostro de la propia Noche.

—... *el chico...*

Mia lanzó una mirada a la sombra a sus pies. A los no-ojos dentro de ella.

—¿Qué pasa con él?

—... *no puede volver a pasar, mia...*

Devolvió la mirada a la diosa y asintió despacio.

—Lo sé.

—... *no tiene futuro...*

—Lo sé.

Sus ojos recorrieron las tumbas sin nombre de las paredes. Los sepulcros

sin marcar de los caídos de la iglesia. Miró la piedra del suelo. Había miles de víctimas de la iglesia bajo las suelas de sus botas. Le siguió pareciendo extraño que los siervos de Niah no recibieran marca para que se recordara su nombre al morir y que aquellos a quienes sacaban del mundo quedaran inmortalizados en granito para toda la eternidad. Pensó en la Masacre de la Veroscuridad. En las docenas de muertos por su mano. En la luz cegadora. En Remo. En Duomo. En Scaeva.

En su madre.

En su padre.

«Cuando todo es sangre, la sangre es todo.»

Las campanas de la mañana empezaron a sonar, pero ella no se movió.

Pasaron los minutos y siguió con la mirada fija.

La diosa se la devolvió. Muda como siempre.

—... *¿va todo bien?*...

Mia suspiró. Asintió despacio.

—Todo va perfecto.

Los demás discípulos ya estaban congregados en el Salón de las Canciones, descansados y alimentados. Cuatro manos con túnicas negras habían ocupado el centro del círculo, uno de ellos sosteniendo lo que parecía un cráneo humano con la corona serrada. El shahiid Solis se alzaba junto a ellos, con los ojos ciegos vueltos hacia arriba. Mia fue de las últimas en llegar, superada en retraso solo por Ashlinn, que llegó corriendo al salón solo unos segundos antes de que empezaran. El Shahiid de Canciones volvió su mirada pálida hacia la chica e hizo un mohín.

—Nos honráis con vuestra presencia, discípula —dijo.

—Me honra... estar aquí... —jadeó Ash.

—No por mucho tiempo, me temo. —Solis se dirigió a los demás discípulos—. Empieza la Prueba de Canciones. Solo voy a explicar las normas una vez, de modo que escuchad bien.

»La prueba empieza con eliminatorias. Cada uno de vosotros combatirá en cinco lances, contra cinco adversarios aleatorios. Todos los lances se lucharán a rendición o golpe mortal. El orador Adonai y la tejedora Marielle han tenido la amabilidad de estar presentes para las festividades. —Solis señaló a dos figuras que esperaban junto a los aparadores de armas—. Sanarán cualquier herida que os incapacite tan deprisa como puedan. Podéis solicitar su ayuda en cualquier momento durante un lance, pero hacerlo será equivalente a rendirse. También perderéis si salís, o si se os obliga a salir, del círculo durante un lance.

»Al final de las eliminatorias, los cuatro discípulos que hayan acumulado más victorias pasarán a la ronda final. Perder en la ronda final supone la eliminación. Quien gane el último lance se graduará primero de este salón. —La mirada inexpresiva de Solis pasó por los discípulos reunidos—. ¿Alguna pregunta?

—Somos trece, shahiid —dijo Marcelo—. ¿Cómo vais a resolver la cifra impar?

—Solo competiréis doce de vosotros. El discípulo Diamo ha renunciado a la prueba.

Mia miró hacia el otro lado del círculo, donde Diamo estaba cruzado de brazos y sonriéndole. Ashlinn, que parecía haber dormido más o menos lo que Mia, susurró a su hermano:

—Yo voy en cabeza de Bolsillos, y aun así compito en Canciones. Diamo no es el genio con la hoja que es Jessamine, pero ¿para qué desaprovechar cualquier oportunidad, no crees?

Osrik negó con la cabeza.



—A lo mejor, si no estuvieras en Tumba de Dioses a todas horas, te enterarías de algo de lo que pasa entre estas paredes.

—Por los dientes de las Fauces, Osrik, ¿me lo vas a contar o quieres que lo adivine?

—Dicen que Diamo ha resuelto la fórmula de Mataarañas esta mañana.

Mia sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Diamo? —siseó Ash—. ¡Pero si es tan bueno en venenos como un bloque de madera!

Osrik se encogió de hombros.

—Yo te digo lo que he oído. Ha ido a ver a Mataarañas antes de la mañanera, con un cuaderno en la mano. La shahiid ha cerrado el salón, pero al cabo del rato ha salido Diamo, sano y salvo. Ha venido derecho a Solis y ha renunciado a competir.

Ash miró a Mia.

—¿Podrían ser las notas de Loti?

Mia negó con la cabeza.

—No creo que Carlota llegara a resolver el problema.

—¿Y dónde tenías tú escondidas tus notas, Corvere?

Mia tragó con fuerza. Miró a Tric. Luego a Mataarañas, sentada al lado de la reverenda madre. Las dos mantenían una conversación intensa, mirando de vez en cuando a Diamo. Y a Mia.

—En mi habitación.

—Ah. Imposible que les pasara nada, entonces.

Tric lanzó una mirada a Mia.

—A no ser que salieras de tu habitación anoche.

Ashlinn miró alternativamente a uno y a otra.

—Por favor, dime que no lo hiciste.

Mia se quedó callada, mirando a Diamo. Vio la sonrisa de «jódete» en

labios de Jessamine con el rabillo del ojo. El brillo en sus ojos verde culebra. La mirada reluciente de Mataarañas.

—Por los dientes de las Fauces, Corvere —susurró Ash—. ¿Te dejaste las notas para dar una vueltecita? Nuestro pequeño Tric no puede ser tan bueno.

Tric pareció ofendido y abrió la boca para...

—Por el abismo y la sangre, prestad atención —susurró Osrik—. Están a punto de empezar.

Mia se volvió hacia Solis y sus ayudantes y cerró la boca. La mano que sostenía el cráneo humano se lo había ofrecido a otra que tenía al lado. Habían sacado una piedra negra y lisa con un nombre inscrito del agujero en la corona, y la alzaron ante los discípulos.

—Marcelo Domitiano.

El guapo chico itreyano levantó la cabeza al oír su nombre.

—Sí.

—Acércate, discípulo —ordenó Solis.

Marcelo asintió y fue al centro del círculo. El chico ladeó la cabeza e hizo crujir el cuello, estiró los brazos y se tocó las puntas de los pies. La mano buscó otra piedra, la sacó y leyó el nombre.

—Mia Corvere.

Mia vio que Marcelo sonreía para sus adentros y que Diamo y Jessamine cruzaban sonrisas satisfechas. Marcelo era buen espadachín y tenía una posibilidad decente de acabar entre los cuatro primeros. El chico había vencido a Mia a las claras siempre que habían hecho combates de prácticas, y todos en el salón lo sabían.

Mia se quedó al borde del círculo. La ceja de Solis se alzó poco a poco.

—¿Discípula?

Mia respiró hondo y entró en el círculo, silenciosa como un gato. Paso firme. Respiración contenida. Ocupó su lugar en el centro, con Solis entre

ella y su adversario. Los discípulos se miraron fijamente, Marcelo con los labios torcidos hacia arriba.

—No temáis, mi dona —dijo—. Os trataré con dulzura.

Mia le concedió una mirada torva. Marcelo ensanchó la sonrisa. Una mano mostró un sacerdote de plata en su palma abierta y luego enseñó las dos caras de la moneda para garantizar que no había trampa ni cartón. En un lado, la Trinidad de los tres soles entrelazados; en el otro, la imagen grabada del Senado de Tumba de Dioses, con las Costillas alzándose al cielo detrás.

—Acólita Mia, escoge.

—Trinidad.

La mano hizo rodar la moneda en el aire. Rauda como una mosca, la mano de Solis la atrapó en el aire. La mirada ciega como un gusano del shahiid perforó la de Mia.

—Estoy seguro de que no has olvidado la primera lección que te impartí, discípula —dijo—, pero te recuerdo de nuevo que esto es el Salón de las Canciones, no de las sombras. Si sospecho que luchas con algo más que hojas durante estos lances, no será solo tu brazo de la espada lo que amputaré de tu cuerpo. ¿Comprendido?

Mia miró aquellos ojos vacíos. Respondió con un susurro.

—Comprendido.

El hombretón dejó caer la moneda de su mano. Brilló a la luz del cristal tintado mientras caía, y tintineó al dar contra la piedra.

—Senado —informó la mano.

—Elige tus armas, discípula Mia —dijo Solis.

Mia fue a los aparadores y caminó frente a hileras y más hileras de acero afilado. Con una mirada a Jessamine, escogió florete y estilete. La pelirroja dio un bufido. Tric parecía bastante preocupado y se extendió un murmullo de curiosidad por todo el círculo. Mia nunca había mostrado mucha habilidad

con los estilos tradicionales a dos manos de Caravaggio o Delfini. En las lecciones de Solis, la habían regañado una y otra vez por la debilidad de su brazo, y no le había ido mucho mejor cuando Tric intentó enseñarle los detalles. Prácticamente leyó la pregunta en los ojos del chico.

«¿A qué estás jugando?»

Aun así, pese a sus dudas, Tric cerró el puño y asintió con la cabeza para infundirle confianza. Pero detrás de él, semioculta en las sombras al fondo del salón con las otras manos, Mia vio a Naev. La mano estaba envuelta en su capa y los rizos rubios rojizos enmarcaban su rostro velado. Y fue a la mujer, no al chico, a la que Mia devolvió el gesto.

Marcelo eligió una pesada espada larga y un broquel para contrarrestar las armas de Mia, confiando en su fuerza superior para ganar el lance deprisa. Mia miró al chico a través del flequillo mientras adoptaban sus posturas. Había desaparecido todo rastro de la sonrisa en los bonitos rasgos de Marcelo. Todo el mundo sabía lo que había en juego. Quedar primero de salón. Un paso más cerca de transformarse en hoja de pleno derecho. Marcelo inclinó la cabeza hacia Mia, tranquilo y confiado. Como todos los demás presentes, sabía que iba a apalearlo a su rival.

Sonó un gong en la oscuridad. Marcelo avanzó, segando el aire con tajos amplios y brutales, esperando que Mia retrocediera y esquivara. No se esperaba que la chica tuviera otros planes, planes formulados con Naev en las horas anteriores a cada mañana. Las hojas de las dos silbando en la oscuridad mientras practicaban, una y otra vez. Los cardenales y el dolor. Las semanas y meses fingiendo debilidad en las clases de Solis, dejando que le hicieran cortes, que la apuñalaran, que le dieran una paliza tras otra Jessamine, Diamo, Pipa, Pedro y los demás. Todo ello para construir una ilusión de flaqueza. Una víbora haciéndose la muerta. Una perra costrosa sangrando en la arena.

Era tal y como había dicho Mercurio.

«A veces la debilidad es un arma.

Si eres lo bastante lista como para usarla.»

Mia bloqueó el tercer tajo de Marcelo con su estilete, echándolo a un lado y desequilibrando al chico, más corpulento. Marcelo levantó el broquel para cubrirse, confiando en desviar el débil contraataque de Mia como había hecho un centenar de veces en lances previos. Pero con una velocidad desarrollada en esas horas incontables con Naev, con una fuerza que había mantenido oculta en esas incontables palizas bajo los crueles ojos de Solis, su florete surcó el aire y dejó un profundo tajo en el hombro de Marcelo.

El chico trastabilló, confundido y desequilibrado. Mia retrocedió, saltando sobre los dedos de los pies y cortando el aire con su hoja ensangrentada.

—¿Aún quieres tratarme con dulzura, Marcelo? —preguntó con una sonrisa.

El chico frunció el ceño y lanzó un segundo ataque, soltando tajos a la cabeza de Mia, que los esquivó agachándose y resbalando. La chica desaparecía, giraba, se plegaba como una bailarina, y el asalto terminó con otro corte profundo, esta vez en el brazo de la espada de Marcelo. La sangre salpicó en la piedra. Y mientras Marcelo empezaba a comprender por fin la profundidad de las aguas en las que nadaba, Mia se lanzó hacia él, golpe, golpe, finta, golpe, le quitó la espada larga de la mano y dejó su hoja reposando sobre el palpitante corazón del chico.

—Ríndete —le exigió.

El chico la miró a la cara. Luego miró su hoja. Estaba jadeando. Tenía la piel empapada.

—Me rindo —escupió por fin.

—¡Punto! —gritó Solis, mientras alguien hacía sonar el gong.

Mia hizo una reverencia sin faldas y volvió a su lugar en el círculo.

Los otros discípulos murmuraron entre ellos, atónitos.

El velo de Naev ocultó su sonrisa.

Jessamine no sonrió en absoluto.

**L**os lances siguieron durante toda la mañana, sobre una piedra reluciente de sudor y sangre. Aunque Pipa estuvo a punto de morir degollado por Osrik y Jessamine abrió la garganta de Marcelo de oreja a oreja con un ataque rápido como el rayo, el orador Adonai y la tejedora Marielle se apresuraron a sanar toda herida grave. Ningún discípulo perdió más que unas gotas de su líquido más preciado en el círculo.

Desafiando las expectativas y ante el gesto torcido sin disimulo de Solis, Mia ganó los siguientes tres de los cuatro lances que le quedaban. En realidad, gracias a Mercurio, nunca había sido manca con la hoja, pero la tutela secreta de Naev le había aportado filo, y saber que todo el mundo esperaba que fracasara la impulsó aún más a restregarles su hocico colectivo en el fango. Dio una soberana paliza a Ashlinn cuando tuvieron que combatir —al encabezar la competición de Ratonero, Ash no pareció muy preocupada, aunque sí que le hizo los nudillos al terminar— y se impuso a Pedro sin problemas, desarmándolo con una contra perfecta y hundiendo su estilete en el pecho del chico más grande.

Terminados los lances preliminares, los cuatro discípulos mejor clasificados se quedaron al borde del círculo y los demás se retiraron a los bancos de alrededor. Jessamine y Osrik no habían conocido la derrota y estaban en primera y segunda posición, respectivamente. Tric había quedado tercero, después de perder solo contra Jess. Y en cuarto puesto, a pesar de las nubes de tormenta que se amontonaban casi visibles sobre la cabeza del Shahiid de Canciones, estaba nuestra Mia Corvere.

—A continuación, los combates de la eliminatoria final —anunció Solis—. Estableced los emparejamientos.

Las manos que había al lado de Solis se inclinaron. Una tendió el cráneo humano y el segundo metió la mano para sacar una de las cuatro piedras de su interior. Mia observó con atención y los ojos entrecerrados. Sintió las sombras que albergaba aquella calavera vacía. Las lisas piedras negras con los nombres de cada aspirante tallados. Movi6 los dedos detr6s de la espalda.

—Discípulo Osrik... —La mano sacó una segunda piedra—. Contra discípulo Tric.

Mia miró al otro lado del círculo y encontró la sonrisa fría de Jessamine.

—La discipula Mia se enfrentará a la discipula Jessamine.

Solis asintió con la cabeza y miró a los dos chicos.

—Discípulos, ocupad vuestros puestos.

Mia lanzó una mirada a Tric y le dedicó una sonrisa. Osrik, que no había perdido ningún lance, entró con energía en el círculo. Sus brazos musculosos brillaban de sudor. Los chicos se encararon en el círculo, Tric volviéndose a atar las rastas de sal mientras Osrik elegía cara de la moneda y ganaba.

Tric eligió sus habituales cimitarra y broquel; Osrik, espadas cortas gemelas. El gong sonó desde la oscuridad y sus aceros chocaron. Los dos se estrellaron uno contra el otro como las olas y las piedras en una playa tormentosa. Mia miró en silencio, mordiéndose el labio. Rezando.

Al parecer, la diosa escuchó sus plegarias.

Tras una contienda larga y sangrienta que Mia y los demás discípulos presenciaron anonadados, Tric consiguió lo imposible. Osrik había luchado con vigor y sus formas eran casi perfectas, pero tal vez Tric tenía más que ganar y mucho más que perder. El lance terminó con la barriga de Osrik abierta desde la entrepierna a las costillas y el hedor de las entrañas y la sangre llenando el aire junto a la canción de Adonai. Solis gritó: «¡Punto!», y

los demás shahiids y los discípulos aplaudieron, Mia la que más fuerte de todos.

Adonai y Marielle se pusieron a trabajar en las heridas de Osrik. Tric se retiró a los bancos, empapado en sudor y jadeando. Pero al cruzar la mirada con Mia, sonrió.

—Discípula Mia —llamó Solis—. Discípula Jessamine. Ocupad vuestros puestos.

Mia miró por la estancia. Encontró a Diamo sentado en los bancos con los demás discípulos. Él también le sonrió, aunque la suya fue una sonrisa torva y engreída.

—Tengo hambre, shahiid —dijo Mia—. ¿Qué hora es?

—Están a punto de tocar a centrera —respondió Solis—. Pero no comeremos antes de que hayan concluido las semifinales. Ocupa tu lugar en el círculo.

Mia se levantó despacio, estiró los brazos y se tocó las puntas de los pies. Tenía los músculos tirantes y, a pesar de todo el ejercicio que había hecho para reforzarlo, le dolía el brazo de la espada. Se pasó los dedos por el pelo y se ajustó la trenza mientras Jessamine caminaba adelante y atrás alrededor de su puesto. Sus ojos verdes no abandonaban a su adversaria, llenos de astucia de cazadora y rabia animal.

—Por los dientes de las Fauces, date prisa, Corvere, joder.

Mia miró a Tric. El chico le dio ánimos con un gesto de la cabeza y le lanzó un guiño rápido. Y por fin, con las sombras titilando a su alrededor, Mia ocupó su posición.

Solis, irritado, se volvió hacia la mano que tenía al lado.

—Discípula Jessamine, elige cara.

—Trinidad.

La moneda brilló en el aire, dando vueltas y más vueltas.



—Ha salido Senado —anunció la mano.

—Discípula Jessamine —dijo Solis—, escoge tus armas.

La pelirroja fue a zancadas a los aparadores. Miró por encima del hombro a Mia, con su acostumbrada sonrisa burlona en la cara. Se paseó arriba y abajo por las hojas como si no se decidiera, con un dedo en los labios igual que una doncella buscando un vestido nuevo en el mercado. Pero al final se decidió por lo que Mia había sabido desde el principio que elegiría, la combinación de florete y estilete preferida por todos los luchadores al estilo Caravaggio. Las armas estaban afiladas como agujas y entonaron una alegre melodía cuando Jessamine las hizo girar en el aire. La chica regresó al círculo y ladeó la cabeza mirando a Mia.

—Lástima que no haya ballestas en los aparadores, ¿eh? Con quince metros de distancia y una buena saeta entre nosotras, podrías haber tenido una oportunidad, niña.

Mia hizo caso omiso a la exasperante sonrisita y fue hacia las armas. Sacó dos gladios gemelos de los aparadores y dio al aire unos cuantos tajos experimentales. El gladio era más corto pero más pesado que el florete. Casi igual de rápido y capaz de soportar más castigo. Un golpe firme podía partir un florete con facilidad, y Naev había enseñado a Mia que dos gladios empuñados con destreza podían levantar un muro de hojas que cualquier luchador al estilo Caravaggio tendría problemas para superar. La cuestión era si Mia tendría la oportunidad de devolver algún ataque a Jessamine.

La pelirroja miró a Diamo, sentado en los bancos. Él la observaba atento, todavía sonriendo y con los ojos brillantes y abiertos. Se secó el labio superior, que le sudaba.

Y lanzó un beso a Mia.

—Deja de perder el tiempo, Corvere —dijo Jessamine con un suspiro—, y acabemos con esto.

—Sí —convino Mia—. Parece que ya va siendo hora.

El shahiid Solis y sus ayudantes se retiraron del círculo, dejando solas a las chicas. Desde arriba emanaba una luz sin fuente, que cubría el círculo de un brillo apagado. Mia miró a la tejedora Marielle, sonriendo con aquellos labios espantosos. El orador Adonai estaba apoyado en la pared a su lado, mirándose las uñas. Vio que la reverenda madre, Aalea, Ratonero y Mataarañas habían acudido para ver los lances finales, y estaban sentados todos juntos en un banco, entre los discípulos. Parecía haber una corriente arkímica en el aire. La piel de Mia le cosquilleó mientras su sombra susurraba:

—... *sin miedo*...

Ashlinn se hizo bocina con las manos y gritó desde su banco:

—¡Patéale bien ese culo flaco, Corvere!

—¡Basta! —bramó Solis.

Mia tomó aliento.

Jessamine adoptó su postura.

Un gong sonó en la oscuridad.

La pelirroja embistió con pasos rápidos sobre la piedra, apuntando al cuello de Mia, que retrocedió mientras rechazaba la andanada con la mano derecha y enviaba un contraataque que pasó silbando junto a la mandíbula de Jessamine. Las hojas cantaron y la débil luz se reflejó en el acero pulido. Los dos contendientes empezaron con cautela, Mia en deferencia a la habilidad de Jessamine y esta por respeto al acero que empuñaba Mia. Pero al cabo de poco, la pelirroja recuperó su confianza y forzó a Mia hasta el borde del círculo con un juego de pies impresionante y ataques que caían como el granizo.

Golpe, finta, embestida, decía la estrofa. Parada, contraataque, llegaba el estribillo. Las chicas bailaron esa canción en el círculo, con sudor ardiendo en

sus ojos estrechados. Mia estaba casi del todo a la defensiva, esquivando a un lado y otro en el límite del recinto. Pero después de tres o cuatro minutos, sus gladios empezaban a pesarle. Aunque había descargado varios golpes loables, empezó a jadear. Empezaba a manifestarse la falta de sueño. No haber tomado la mañanera tampoco ayudaba. Lo sabía igual de bien que todo el mundo en el salón: la andanada constante de Jessamine con sus hojas más ligeras y rápidas señalaría su fin dado el tiempo suficiente.

Mia tenía la guardia lenta y Jessamine le hizo sangre una vez y luego otra. Se abrió una fina línea roja en el antebrazo izquierdo de Mia y un corte profundo en la parte trasera del hombro. Empezó a respirar más rápido y a salivar. La sangre le complicaba el agarre. Sus pulmones ardían. Jessamine se limitó a sonreír, manteniendo su ritmo de finta-golpe, golpe-finta. Se esmeró en mantener ocupada a Mia, a dejar que pasara el tiempo. ¿Para qué arriesgarse a un tajo serio de aquellos gladios si la hemorragia y el cansancio podían hacerle el trabajo?

—¿Te doy miedo, Jess? —Mia se lanzó contra ella para intentar encerrarla.

—Me aterrorizas —repuso la pelirroja, apartándose y abriendo otra brecha en el brazo de Mia—. ¿No ves cómo tiemblo?

Las luchadoras trazaron círculos con las armas levantadas. El flequillo de Mia le caía sobre los ojos.

Tenía los dedos pegajosos en la empuñadura.

Jadeaba.

—Conque Diamo ha resuelto el antídoto, ¿eh?

Jessamine sonrió, roja y venenosa.

—Eso tengo entendido.

—Ese idiota no reconocería un veneno ni aunque le bailara en los huevos con tacones liisianos.

—La shahiid Mataarañas no parece estar de acuerdo.

Finta, parada, acometida.

Mia se limpió el sudor de la frente con la manga.

—Y supongo que cuando vuelva esta tarde a mi habitación, lo encontraré todo como lo había dejado, ¿verdad?

—Supones demasiado si crees que podrás volver a tu habitación, niña.

Jessamine se adelantó y atacó la cara, el pecho, la tripa de Mia, que trastabilló y lanzó una contra temeraria para apartar a la pelirroja. Jessamine retrocedió, haciendo girar las hojas, con pasos fluidos y seguros. Sin dejar de sonreír.

—¿Qué, van pesando esos cuchillos de carnicero? —preguntó.

—Crees que el tiempo está de tu parte, ¿a que sí?

Jessamine se limitó a sonreír por respuesta. Pero la sonrisa de Mia fue más ancha cuando las campanadas de la centrera empezaron a interpretar una canción de metal y ecos que llenó el salón.

—¿Y qué crees que pasa con Diamo? —preguntó Mia—. ¿Te parece que el tiempo está de su parte también?

Jessamine lanzó una mirada fugaz al chico, que se estaba secando el sudor de la frente.

—¿De qué abismos estás hablando, Corvere?

Mia ensanchó aún más la sonrisa.

—No sabía si alguno de los dos iba a ser tan tonto. De verdad me parecía que sobreactué un poco ayer en la mañanera. Pero nunca habéis sido las hojas más afiladas del grupo. La nota firmada por Tric que me enviaste fue un buen detalle, eso sí. No hay nada como la promesa de un fornido chico dweymeri para sacar a una chica de su habitación, ¿verdad?

Jessamine detuvo su danza y miró a Mia con los ojos cada vez más abiertos.

—Aun así —siguió diciendo Mia—, no sabía si Diamo te acabaría

ofreciendo a ti las notas. Tienes suerte de ser mejor que él con la hoja. Y de que la caballerosidad esté tan muerta como él.

—Mientes más que hablas —bufó la pelirroja.

Mia echó la cabeza a un lado.

—No me digas.

—Je... Jess...

La pelirroja miró a Diamo y palideció aún más. El chico se puso de pie con muchas dificultades. Estaba empapado en sudor y se sostenía la barriga, con un fino hilo de sangre cayéndole de los labios. Se crispó, enseñando los dientes teñidos de rojo, y gimió. Y mientras los discípulos de su alrededor se apartaban asqueados, el chico vomitó escarlata por todo el suelo.

—Oh, diosa. ¿Di?

La cara de Jessamine terminó de perder el color cuando el chico cayó de rodillas. Sin perder comba, Mia se lanzó hacia ella y le arrancó el florete de sus dedos laxos. La chica intentó componer una especie de guardia, pero Mia tiró también el estilete al suelo y, con un berrido informe de rabia, enterró su espada en la tripa de Jessamine.

La pelirroja se agarró la herida, con los ojos desorbitados. Mia sacó su gladio entre un manantial de rojo, dio una patada salvaje a Jessamine en el pecho y la envió resbalando por la piedra pulida. Solis gritó: «¡Punto!». Sonó un gong en la oscuridad. Pero en torno al círculo todo era confusión. Adonai y Marielle se arrodillaron junto a Jessamine. El orador emprendió su canción y la sangre empezó a regresar al cuerpo de la chica. Los dedos de la tejedora bailaron sobre la espantosa herida en el abdomen y la carne se cerró. Pero los ojos de Jessamine seguían fijos en Diamo.

El chico estaba a cuatro patas entre los bancos. Vomitó otra arcada de sangre en el suelo. Los discípulos se apartaron más, temiendo contagiarse y

por el hedor de los intestinos y la vejiga vaciados, pero Tric corrió hacia él y se arrodilló a su lado, sin saber muy bien qué hacer.

—¡Que alguien traiga agua! —vociferó Tric—. ¡Ayudadnos!

—No haréis tal cosa —dijo Mataarañas.

Reinó el silencio en el Salón de las Canciones, interrumpido solo por los largos y penosos gemidos de Diamo. Mataarañas se levantó de su asiento junto a la reverenda madre. Sus trenzas de sal se combaron al andar, como un nido de serpientes en su cuero cabelludo. Tenía los ojos oscuros fijos en Diamo, que extendió una mano hacia ella. Estaba tumbado bocarriba e intentaba hablar, pero la sangre le burbujeaba densa en los labios.

—Shahiid, por favor —suplicó Jessamine—. Por favor, salvadlo.

Mataarañas parpadeó.

—Todos conocíais las normas de mi desafío. Quienes lo intentan y fracasan, mueren. Sin piedad. Sin excepción.

—Lo... —Diamo gorjeó a los pies de la shahiid, agarrando el dobladillo de su túnica—. Sien... to...

—Ah, sí. —Mataarañas asintió con la cabeza—. No dudo de que lo sientes.

El chico tosió y burbujeó en sus labios una espuma rosada. Tuvo un espasmo y escupió saliva sanguinolenta en todas las direcciones. Tric se apartó cuando se intensificaron los temblores. Diamo se agarró el vientre y chilló, mientras manaba sangre oscura de su garganta. Se revolvió en la piedra mojada. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se arañó su propia piel. Y por fin, después de minutos de sonora agonía y de un último grito borboteante, se quedó quieto.

Mia se había quedado en el centro del círculo.

Con su gladio ensangrentado en la mano.

—Esa va por Loti, hija de puta —susurró.

—Serás zorra. —Jessamine ya estaba de pie y la sangre se secaba en su

túnica y en sus labios. Se agarraba el lugar donde la había perforado Mia—. Lo has matado.

—¿Yo? ¿Cómo? ¿Qué culpa tengo yo de que se haya envenenado a sí mismo? A no ser... —Mia inclinó la cabeza a un lado—. A no ser que hubiera algo mal en las notas que empleó.

Jessamine recogió su florete caído, con la cara retorcida en un rugido.

—¡Basta! —bramó Solis—. Discípula Jessamine, el lance ha concluido. Armas hacia el suelo. Punto para la discípula Mia. ¡Volved a vuestros sitios, todos vosotros!

Jessamine hizo tablear los dedos en el puño de su hoja. Echó un vistazo rápido a Solis para juzgar su ánimo. Al no encontrar piedad en su mirada, la chica tiró su arma al suelo. Las manos se afanaron en retirar el cadáver de Diamo y limpiar la sangre que dejaba atrás. El orador Adonai se lamió los dedos y los miró trabajar con ojos relucientes.

Jessamine se sentó en los bancos. Con la cara de piedra. Mia volvió a sentarse al borde del círculo, en el lado opuesto a los discípulos. Ash cruzó la mirada con ella y asintió con aprobación.

«Bien hecho —le dijo por señas en deslenguado—. Fría como el hielo.»

Mía se encogió de hombros como si no supiera a qué se refería la chica. Pasó la mirada a Jessamine, que a su vez la miraba a ella con odio. Tocó por encima de la túnica la cadena dorada que llevaba al cuello y asintió con la cabeza. Era una promesa.

Mia le devolvió la sonrisa.

Y lanzó un beso a Jessamine.

**S**olis envió a los discípulos al Altar del Cielo para tomar la centrera, después de recordarles que volvieran antes de una hora. La final se celebraría

ante todos los reunidos y el ganador tendría derecho a llevar el símbolo del favor de Solis. Antes de que acabara el giro conocerían el nombre del primer discípulo en terminar primero de un salón.

Mia y Tric se sentaron uno frente a la otra en la centrera, con los platos a punto de desbordarse. Mia devoró su comida con toda el hambre que podían dar una tardera y una mañanera perdidas, intentando no hacer caso a los ojos de Tric. El chico no parecía tener hambre. Removió la comida y dio sorbos al vino, mirando a la nada cuando no la miraba a ella.

La muerte de Diamo implicaba que el acertijo de Mataarañas seguía sin resolver y Mia podía terminar primera en Verdades si se atrevía a aceptar el desafío. Pero si triunfaba en la prueba de Solis, no tendría que preocuparse por si se envenenaba y, por los dientes de las Fauces, después de todo lo que la había hecho sufrir, sería toda una gozada ver a aquel cabrón condescendiente reconocerla como ganadora.

Por otra parte, Mia dudaba que Tric tuviera alguna oportunidad de terminar primero en nada más. No era ningún maestro de los venenos ni de los robos, aunque Mia supuso que podría haber descubierto algún secreto que otro en la Tumba. De todos modos, si lo eliminaba del desafío de Solis, estaría reduciendo mucho sus probabilidades de convertirse en hoja.

Mia sentía la mirada del chico sobre ella entre bocado y bocado. Frente arrugada. Labios apretados.

¿Estaría pensando lo mismo que ella? ¿Estaría preguntándose adónde exactamente los llevaba aquello? Tarde o temprano, uno de los dos tenía que perder. Tarde o temprano, uno de los dos saldría herido. La tensión era tan espesa que se notaba su sabor en la lengua.

—¿Lo hiciste? —preguntó el chico por fin.

—¿Si hice qué? —dijo Mia, con cara de sorpresa.

Tric bajó la voz para intentar impedir que los oyeran los demás.



—Tus notas. ¿Las dejaste a propósito para que las robara Diamo? ¿Con un falso antídoto apuntado?

Mia miró aquellos enormes ojos de color avellana. Vio un atisbo de ternura, de la misma ternura que le había mostrado en su cama. Abrazado a ella y apartándole el cabello de la cara. El problema era que la ternura no tenía lugar allí fuera. Y a pesar de todo lo que había dicho a Don Majo sobre aferrarse a su piedad, sabía que para eso tampoco había apenas ningún lugar.

O al menos, no hacia los asesinos de Loti.

Mia dejó los cubiertos. Entrecerró los ojos.

—¿Y qué si lo hice, don Tric?

—Cuando viniste ayer... ¿era porque querías estar conmigo o solo por salir de tu habitación?

—¿Por qué no pueden ser las dos cosas?

—No me gusta que me utilicen, Mia.

Mia miró de reojo a los discípulos de alrededor. Aunque todos fingían estar concentrados en la comida, los notaba escuchando. Sentía sus ojos mirando aquella vertiente de Mia Corvere que en realidad nunca habían visto. La mentirosa. La serpiente. La raposa.

—Escucha, si Diamo me robó las notas y se llenó la panza de veneno, el muy idiota merecía cualquier cosa que le pasara. Alguien tan tonto no duraría ni un mes en una capilla de verdad. Le he hecho un puto favor.

—¿Favor? —Tric frunció el ceño—. Ha muerto ahogado en su propia sangre, Mia.

Mia lanzó una mirada iracunda mesa abajo hacia Jessamine, y luego la devolvió a Tric.

—¿Como Loti, dices?

Jessamine dio un puñetazo en la mesa y agarró con fuerza su cuchillo de

carne. Miró a los shahiids, cuidando de no llamar su atención. Miró a Mia y habló en voz baja y medida.

—Ni siquiera tocamos a Carlota.

—Y una mierda —murmuró Ash—. Te oímos todos amenazando con matarla, zorra.

—Negra Madre, y lo habría hecho de haber tenido ocasión —siseó Jessamine—. Pero luego lo habría reconocido, Corvere. Al menos ante ti. Habría querido ver la cara que ponías. —La pelirroja negó con la cabeza y sus labios se torcieron en una mueca burlona—. Pero también habría querido ver la cara que ponía Carlota, así que lo habría hecho de frente. Para que también ella pudiera verme la cara mientras le daba fin.

Mia se quedó mirando a Jessamine, con unos ojos brillantes como pedernal pulido.

—Entonces tú también eres idiota —dijo.

—Mia... —intentó avisarla Tric.

—¿Qué? —le espetó ella—. Escucha, solo porque esté dispuesta a mojar las pieles contigo no significa que puedas juzgar quién soy y lo que hago. Esto no es una guardería. Por los dientes de las Fauces, somos proyectos de asesinos, Tric. A lo mejor deberías empezar a comportarte como tal. Recuerda para qué viniste aquí. —Bajó la mirada al vial de tinta bajo su cuello, lo único que quedaba del odio de su abuelo—. Recuerda quién eras, aunque el espejo lo haya olvidado.

Tric se llevó la mano al collar y ensanchó los ojos, llenos de dolor y rabia en igual medida.

Mia no hizo caso a uno ni a la otra. Apartó su plato.

—Nos vemos en el círculo.

Y sin decir más, se levantó y se marchó.

Mia miró al chico dweymeri a los ojos. No captó ni un atisbo de ternura. Nada parecido a lo que le había mostrado en su cama, abrazado a ella y apartándole el cabello de la cara. Tampoco había ni rastro del dolor que Mia le había infligido. Eso se lo había dejado en el Altar del Cielo.

No, lo que vio fue ira.

Los discípulos y el Sacerdocio estaban reunidos en torno al círculo. Solis esperaba junto a sus manos, con la moneda de plata en la palma. Mia y Tric estaban encarados sobre tres metros de granito pulido, y ya no quedaba ningún rastro visible del final de Diamo.

—Discípula Mia, elige cara.

—Senado.

Sonó un vivo tintineo cuando la moneda cayó a la piedra.

—Ha salido Senado.

Tric fue a los aparadores, cogió una cimitarra imponente y segó el aire. Se ajustó un pequeño broquel en la otra mano y regresó al círculo. Ojos fríos. Mandíbula tensa.

«Está furioso. Lo he malherido.»

Mia se acercó a los aparadores y eligió estilete y florete.

«Bien.»

Sonó el gong. Los luchadores se reunieron, acero contra acero, velocidad y destreza contra fuerza y ferocidad. A aquellas alturas, todos los discípulos sabían ya que Tric y Mia habían compartido cama. Ella supuso que estarían esperando que alguno de los dos luchara por debajo de sus posibilidades. Que dejara ganar al otro.

Sería de lo más romántico, ¿verdad?

Antes de que pasaran diez segundos desde el gong, esa idea ya estaba muerta en el suelo del círculo. Tric buscaba sangre. Tenía el rostro tenso. Los

dientes apretados. Las rastas de sal restallaban con sus golpes al pecho y la cabeza de Mia. La chica se movía rápido, pero el juego de pies del dweymeri era excelente y tenía acorralada a Mia en el borde del círculo, donde su velocidad servía de menos. El factor sorpresa ya no estaba de su parte: todos sabían que su brazo de la espada no estaba tan débil como había fingido ni ella era la novata que había aparentado. De modo que Tric se mantenía cauteloso, con la guardia alta, midiendo los ataques para no excederse y abrirse al florete de Mia.

La cimitarra del dweymeri silbó en el aire y las animadas notas resonaron por el salón al cruzar sus golpes. Mia le trabó la espada entrelazando las hojas y se inclinó hacia él, que presionaba hacia abajo con todas sus fuerzas. Sudando. Ruborizado. Dentado.

—Parecéis furioso, don Tric.

—Que te follen, Mia.

—Después, cariño.

La chica proyectó la rodilla y varios discípulos vitorearon cuando impactó en la entrepierna de Tric. El chico se dobló mientras Mia se apartaba a un lado, giraba y regresaba al centro del círculo. Tric recobró el equilibrio y se volvió para encararse a ella, con las rastas volando. Aún tenía una mano apretada contra sus joyas doloridas.

—Puedo darles un besito para que se mejoren, si quieres —dijo Mia.

Tric bramó de rabia y cargó a través del círculo. Ya era pura furia. Había olvidado la sensación de tenerla en sus brazos. Mia bailó hacia atrás e hizo un corte al chico en el antebrazo. Otro golpe le rasgó la túnica y le abrió un tajo sangrante en la tripa. Mia no dejó de sonreír en todo el tiempo, viendo cómo Tric se enfadaba cada vez más. Los discípulos estaban disfrutando del espectáculo. La reverenda madre Drusilla observaba con atención, y tanto la tejedora como incluso el orador estaban sentados al borde del asiento. Solis

tenía la cabeza a un lado, escuchando. La mandíbula firme. Los puños apretados.

Mia hizo saltar la cimitarra de Tric con un rápido revés y la envió rodando por el suelo. Se agachó cuando Tric atacó con su broquel y esquivó a un lado su segundo intento. Y hundiéndose a los pies del chico en una fracción de segundo, Mia le hundió el florete en el abdomen.

Los discípulos ahogaron un grito. Ash vitoreó, encantada.

Mia alzó los ojos hacia la expresión de dolor de Tric.

Trabó la mirada con la suya.

Sonrió.

—*Koffi*—susurró.

Tric perdió todo el color en el rostro. Le rechinaron los dientes y estrechó aquella bonita mirada de avellana. Cogió la mano de Mia y la apretó con fuerza, aplastándole los dedos contra el puño del florete. Y con los nudillos, un rictus por cara y sangre cayéndole de la boca, el dweymeri se ensartó más con la hoja. Arrastró a Mia por el suelo hacia él y la obligó a levantarse hasta que la guarda de su florete quedó contra sus tripas sangrantes.

Echó atrás su broquel. Lo estrelló contra la cara de Mia. La chica retrocedió a trompicones, sangrando por los labios partidos. Afirmó los pies, atacó y enterró el estilete en el pecho de Tric. Pero el chico ni se inmutó. Volvió a aporrear la cara de Mia y le hizo ver las estrellas con un golpe de escudo en la mejilla que le dejó el cuello laxo y la visión cada vez más oscurecida. Otro golpe en el pecho la envió al suelo, donde arañó la piedra con las uñas para intentar levantarse. Un puntapié en las costillas. Otro. Otro. Mia vio a través de una neblina roja que Tric se sacaba el florete del abdomen, alzaba la hoja empuñada a dos manos y se preparaba para hundírsela en el pecho.

—Me rindo—susurró Mia.

Todo el mundo quedó en silencio.

—Me rindo —repitió, dejándose caer sobre la piedra.

Tric estaba resollando. Se le empezó a resbalar el florete. No apartaba la mirada de Mia.

La chica sonrió con labios ensangrentados.

Y le guiñó un ojo.

—¡Punto! —exclamó Solis—. ¡El vencedor es el discípulo Tric!

El chico se quedó quieto un momento más. La rabia seguía ardiendo en su suave mirada de avellana. Mia se preguntó cuánta parte de él quería verla muerta en aquel preciso instante. Pero al final, bajó el acero. Lo tiró a un lado y cayó de rodillas, tosiendo sangre, con las manos apretadas contra los agujeros nuevos que le había regalado ella. Los discípulos se habían puesto en pie, jaleando con el ansia de sangre reluciendo en sus ojos.

La tejedora y el orador entraron en el círculo y empezaron a curar las heridas que se habían hecho Tric y Mia con sus aceros.

Pero ¿y con sus palabras?

Mirando a los ojos de Tric, la chica comprendió que no tenía la respuesta.

Concedieron a los discípulos el resto del giro libre. Con las heridas sanadas por la tejedora pero la mandíbula aún dolorida, Mia había vuelto a su habitación y tenía las manos apoyadas en las caderas.

Diamo y Jessamine habían hecho un buen trabajo borrando sus huellas; había pocas señales de que alguien hubiera entrado en su dormitorio. Pero como sospechaba, sus notas habían desaparecido de su sitio dentro del escritorio, sin duda robadas de madrugada mientras ella estaba en la cama de Tric. Había calculado unas cinco horas, más o menos, desde que Diamo ingiriera el veneno de Mataarañas hasta el momento de su fin. Lo que lo

había delatado al final había sido el sudor, pero aun así había medido el tiempo casi a la perfección.

—... *¿nos sentimos un poquito orgullosos?...*

Don Majo la miró desde encima del armario.

—Pues sí, la verdad.

—... *ahora sin duda jessamine intentará matarte...*

—La palabra clave ahí es «intentará».

—... *y a pesar de tu teatrillo en el altar del cielo, aún no has resuelto el acertijo de mataarañas...*

—Lo tengo ya casi.

—... *diamo robó tus notas...*

—Me acuerdo de casi todo. Estoy cerca, Don Majo.

—... *la competición de mataarañas termina en seis giros, mia...*

—Menos mal que estás tú para decirme estas cosas.

—... *tendrías que haberte llevado el favor de solis y punto...*

—Entonces Tric no habría llegado a hoja.

—... *¿y mejor él que tú?...*

Mia se tiró a la cama y clavó la mirada en el techo. No dijo nada. Los pensamientos bullían en su cabeza. Todo lo que había dicho Don Majo era verdad. Había más en juego allí que Tric y ella. Scaeva. Duomo. Remo. Todo por lo que había trabajado. Solo un asesino formado en la Iglesia Roja podría acabar con esos hijos de puta, como confirmaba a las claras su último ataque durante la veroscuridad. Si no terminaba primera de algún salón, ¿quién sabía si llegaría a convertirse en hoja? En nombre de las Hijas, ¿por qué no se había limitado a...?

—... *estás dejando que tus sentimientos por el chico nublen tu juicio...*

—No tengo ningún sentimiento por el chico.

—... *anda, ¿de verdad?...*

—Sí, de verdad.

—... entonces, ¿para qué pasar meses entrenando con naev y luego...?

Alguien llamó a la puerta. Mia se levantó de la cama y cruzó el dormitorio. Tric esperaba al otro lado, con las rastas de sal caídas sobre la cara. El corazón de Mia latió un poco más deprisa al verlo. Aquellas condenadas mariposas volvieron a su estómago. Apretó los dientes, las atrapó con los dedos y les arrancó las alas. Las mató una por una.

—Buen giro tengáis, don Tric.

—Y vos, Hija Pálida.

Bajó los ojos a la camisa del chico. Llevaba una sencilla insignia al pecho, una clave musical tallada en jabí pulido. El propio Solis le había hecho entrega del broche al final del torneo, como prueba de que había terminado primero de su salón.

—Enhorabuena —dijo Mia.

El chico asintió con la cabeza. Se mordió el labio.

—¿Puedo pasar?

Mia miró a ambos lados del pasillo y, al no ver a más discípulos, se apartó. Para no tener alas, esas mariposas seguían pareciendo capaces de armar un buen revuelo.

—¿Una copa? —le ofreció, yendo hacia el vino dorado robado.

—No. Me quedará poco tiempo.

Mia notó la disonancia en su voz. Se volvió para mirarlo y encontró aquellos ojos avellana duros como la piedra. Tenía los hombros cuadrados, como si se preparara para lanzarse a la carga.

—Me has dejado ganar —dijo.

—No. —Mia meneó la cabeza—. He luchado tanto como he podido.

—Pero me has hecho luchar más a mí.

Mia se encogió de hombros.



—Sabía que, si no, aflojarías.

—Me conoces así de bien, ¿eh?

—Sé lo que sientes por mí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

Mia bajó la mirada y se pasó una mano por el pelo. Estudió las sombras a sus pies. La verdad estaba allí, evidente para ella. Alzó los ojos hacia Tric, incapaz de pronunciarla. Esperando que él la oyera de todos modos.

El chico negó con la cabeza. Su mirada aún era dura. Su voz salió más dura.

—Sabías lo que me harías pronunciando esa palabra. Sabes lo que significa.

—Lo siento. —Suspiró—. Me conoces lo suficiente para saber que no era en serio. Pero tenía que enfadarte. Sabía que, de otro modo, me dejarías ganar. Yo aún puedo terminar primera en Verdades. No me hacía falta ganar en Canciones.

—No necesito tu puta lástima, Mia.

—¡Por los dientes de las Fauces, no es lástima! Hay sitio para los dos en el podio. Has acabado primero de salón y tienes casi garantizado convertirte en hoja. Estás un paso más cerca de pisar la tumba de tu abuelo. Nos prometimos uno al otro ayudarnos a cobrarnos venganza, ¿te acuerdas? ¿No te das cuenta de que quiero lo mejor para ti?

—Así que juegas conmigo como si fuera un pelele, ¿verdad? Me retuerces por dentro y me dejas a ciegas. —Tric sacudió la cabeza—. ¿Eso te lo ha enseñado Aalea? La pequeña Mia Corvere, loba con plumas de cuervo. Nos tenías a todos engañados. A mí, a Diamo, a Jessamine. ¿A cuántos más tienes bailando a tu son sin saberlo siquiera? ¿A cuántos más vas a matar para salirte con la tuya?

—Por las Cuatro Hijas, Tric, esto no es una puta...

—¡Una puta guardería, ya lo sé! Ya me lo has dicho mil veces, Mia, joder.

—¿Y cuántas más tengo que decírtelo para que lo entiendas?

—Nunca más.

Las palabras la golpearon como un broquel en la mandíbula. Aunque después se lo negaría a sí misma, hasta se encogió al oírlas.

—Fue una estupidez dejar que esto llegara tan lejos. ¿Me oyes, Mia? — Tric la señaló, y luego a sí mismo—. ¿Tú y yo? Nunca. Más.

—Tric, no...

El chico dio un portazo al salir.

Mia se miró las manos vacías, con las acusaciones de Tric resonándole en el cráneo.

Visualizó la cara de Diamo. La agonía en sus ojos mientras suplicaba por su vida. Pero se lo había merecido, ¿verdad? ¿Por Loti?

Sus gritos despertaban ecos en la cabeza de Mia, entremezclados con los de los hombres a los que había masacrado en los escalones de la Basílica Grande. Los que había ido dejando como trapos rotos y empapados por todas las vísceras de la Piedra Filosofal. Una orquesta de chillidos, y ella, la directora escarlata. Meciendo en el aire sus manos ensangrentadas.

Las pisadas de Tric se desvanecieron en el pasillo.

Mia se quedó de pie en la oscuridad.

Se le hundieron los hombros.

Dejó caer la cabeza.

Sola.

—... *es para bien, mia...*

Y nunca sola.

—... *es para bien...*

# CAPÍTULO 30

## FAVORES

Cinco giros para que fuese demasiado tarde para resolver el acertijo de Mataarañas.

Para que su mejor oportunidad de llegar a la iniciación se deshiciera como el humo.

Para que todo por lo que se había esforzado se derrumbara, convertido en polvo.

Solo.

Cinco.

Giros.

Mia apenas había dormido ni comido desde la prueba de Canciones. Pasaba el tiempo con la nariz metida en un volumen tras otro, sintiendo que tenía la respuesta al alcance de la mano y al instante viendo cómo se le escurría igual que arena al cerrar la mano sobre ella.

Había estallado una guerra total de hurtos entre los discípulos para intentar arrebatarse a Ash el liderazgo en la clasificación de Ratonero. La cuenta de puntos había pasado del Salón de los Bolsillos al Altar del Cielo para que todos pudieran consultarla en cualquier momento.

Chss iba segundo, pero aún más de ochenta puntos por detrás. Jessamine los seguía otros veinte puntos por debajo. La victoria de Ash parecía casi

irrevocable, hecho que la joven recordaba en voz alta a todo el mundo durante las comidas, por si acaso les entraban delirios de grandeza. Había incursiones en los dormitorios, bolsillos saqueados y cada choque de apariencia inocente en los pasillos resultaba en cuatro o cinco objetos distintos cambiando de propietario. El cronista Aelio presentó una queja formal a la reverenda madre después de que Ashlenn le robara los anteojos de la cabeza mientras echaba una cabezadita,[84] y aprovechó para recuperar el objeto número 5 de la lista del shahiid Ratonero,

*Un libro del athenaeum*

*(robado, no prestado, listillos) 6 puntos*

pese a las protestas del propio shahiid. Al parecer, Pipa había organizado una incursión matutina al *athenaeum* para afanar unos cuantos tomos del carrito de DEVOLUCIONES y había terminado devorado por uno de los gusanos de biblioteca más ariscos.[85]

—¡Y ahora los demás se han cabreado por no haberles dado también de comer! —había gritado Aelio—. ¡Quién va a recoger todo el desastre, eso es lo que quiero saber yo!

Dado que las lecciones oficiales habían terminado, los discípulos tenían permitido viajar a Tumba de Dioses siempre que querían. El orador Adonai pasaba el día sentado junto a su estanque, enviando a futuros asesinos a la Ciudad de los Puentes y los Huesos mañana y nuncanoches. La shahiid Aalea no revelaba quién iba en cabeza de su competición, pero con la cantidad de secretos que fluían de vuelta desde la Tumba, Mia supuso que la mujer debía saber más a aquellas alturas que el príncipe de los condenados Obfuscatii.

[86]

Sola en su habitación, o encorvada sobre una mesa en el Salón de las

Verdades (siempre encarada a la puerta), Mia trabajó en la fórmula de Mataarañas. Había renunciado a volver a la Tumba a buscar susurros. La competición de Aalea suponía dar demasiados palos de ciego para su gusto. Mejor trabajar en algo que pudiera ver. Tocar. Saborear.

Había montado varios laboratorios con utillaje de cristal: matraces y cuencos, cilindros y frascos, interminables espirales de tubos y canales. Siempre tenía disoluciones burbujeando, diluyendo o precipitándose en sus elaboradas estructuras, y más de un centenar de ratas negras abandonaron sus envolturas mortales mientras Mia seguía buscando. Mataarañas aparecía por allí a menudo para trabajar en sus propios experimentos en su mesa, pero Mia sabía que no podía esperar que le diera ninguna pista. Si quería acabar primera en Verdades, tendría que ganárselo. De hecho, la shahiid no hablaba en absoluto; solo lo hizo en una ocasión, el giro siguiente a la competición de Solis.

—Qué pena lo de Diamo.

Mia había levantado la cabeza de su trabajo. Mataarañas estaba recorriendo con paso lento la última escultura de Mia, pasando una larga uña por el cristal. Tenía las manos manchadas de negro por las toxinas, los labios manchados de negro por la pintura. Su mirada era lo más negro de todo.

—¿Qué pena que no probara su antídoto antes de usarlo, queréis decir? —preguntó la chica.

—Ah, pero es que ahí está el asunto, ¿sabes? —había dicho Mataarañas—. La solución de Diamo, aunque no contrarrestaba por completo mi toxina, sí que retrasaba sus efectos. Así que si lo probó en alguna rata la nuncanoché anterior, seguiría viva cuando me trajo la solución a la mañana siguiente.

—Hum —dijo Mia, volviendo a su trabajo—. Pues sí que es una pena.

La shahiid había dado una palmadita en el hombro a Mia y se había marchado sin decir más. A Diamo lo habían enterrado en una tumba sin

nombre del Salón de las Elegías por la tarde. Mataarañas nunca volvió a mencionarlo.

Las interminables horas trabajando en el dilema de la shahiid facilitaban a Mia evitar a Tric, al menos. Se concentró en la tarea y procuró pensar en él lo mínimo posible. Comía a deshoras para no encontrárselo. Y si el chico visitaba sus sueños en las pocas horas que dormía, Don Majo se encargaba de devorarlos antes de que pudieran afectarla.

Quedaban dos giros para el final de la prueba y Mia estaba inclinada sobre un matraz hirviendo en el Salón de las Verdades. Había sonado la novena campanada, pero Mataarañas le había dado una dispensa especial para salir después del toque de queda. El perfume a dulzor quemado y rata muerta impregnaba el aire. Se le enredaba en el pelo. Le emborronaba los ojos.

Mia oyó que se abrían las puertas.

Miró hacia ellas, esperando ver a Mataarañas, pero lo que vio fueron unos brillantes ojos azules. Una piel pálida y unos pómulos marcados. Un chico más hermoso que guapo.

Las enormes puertas se cerraron en silencio a su espalda.

Mia llevó la mano al estilete de su manga.

—Hola, Chss —saludó.

El chico, por supuesto, no dijo nada. Cruzó sigiloso el salón hasta llegar delante de Mia, que lo observó a través de sus instrumentos con los labios apretados.

Chss llevaba las manos a la espalda.

Mia estaba tensa como un muelle de mekkenismo. Al fin y al cabo, aquella era la estancia en la que habían asesinado a Loti. Don Majo la había advertido de que quizá los culpables no fuesen Jessamine y Diamo. A Chss lo habían sorprendido paseando por ahí después de la novena campanada, pero nadie había explicado nunca a qué se dedicaba cuando lo descubrieron. Y allí

estaba, fuera de su dormitorio después de la novena campanada otra vez. Y nadie había averiguado tampoco qué le había pasado a Llamarriadas...

El silencio del chico era absoluto. No eran solo sus labios, sino toda su persona. No hacía ruido al andar. Ni al respirar. Cuando se movía, hasta el tejido de su ropa se quedaba sin voz. Y sus condenadas manos seguían detrás de su espalda.

—No tendrías que estar fuera después del toque de queda —dijo Mia.

Chss se limitó a sonreír.

—¿Puedo ayudarte en algo?

El chico negó despacio con la cabeza.

Don Majó cobró forma detrás de Chss y lo observó. Mia tenía tensos todos los músculos del cuerpo. Las sombras de su alrededor titilaban al ritmo al que movía los dedos. Su propia sombra empezó a doblarse y a serpentear por el suelo, más larga y oscura de lo que debería ser. Y Chss se sacó las manos de detrás de la espalda y las mostró vacías.

Mia suspiró. Soltó su daga. Chss empezó a hablar en deslenguado, moviendo los dedos tan deprisa que a Mia le costó seguirlo.

*te ayudo yo a ti*

Mia le respondió por signos, algo más torpes que los del chico.

*¿con qué me ayudas?*

Chss señaló las mezclas burbujeantes, los viales y los vasos de precipitados y los frascos. Mia recordaba su aspecto en la flagelación. Aquellas encías desdentadas expuestas mientras chillaba en silencio. Movié las manos deprisa, sin apartar sus ojos de los de él.

*¿por qué?*

Chss se quedó quieto un momento. Unas tenues arrugas mancillaron su frente perfecta.

*he estado observando*

*tu sitio no es este*

Fue el turno de Mia para fruncir el ceño. Confusa. Insultada.

*¿qué significa eso?*

Las manos del chico se balancearon y sus dedos diestros crearon palabras del silencio.

*después de la flagelación*

*fuiste la única*

*que me preguntó si estaba bien*

*a los demás les daba igual*

Chss negó con la cabeza.

*tu sitio no es este*

Mia lo miró con hostilidad.

*¿y el tuyo sí?*

El chico asintió con la cabeza.

*horrible como todos los demás*

Mia estaba confundida. Rodeó las montañas de cristal y burbujas, el dulce olor de la muerte. Se plantó delante del chico y le cogió las manos. Susurró:

—Chss, ¿de qué estás hablando? Tú no eres horrible ni de lejos.

El chico se rio de verdad al oírlo. Tenía las cuerdas vocales atrofiadas por la falta de uso, y la carcajada salió más como un gorjeo. Se tapó la boca con las manos y tosió, pero aun así Mia captó un atisbo de las encías sin dientes detrás de aquellos labios curvados. De las grietas que había tras sus ojos.

—¿Qué te pasó? —preguntó con un hilo de voz.

La mirada del chico fue intensa. Sus ojos parecían el cielo quemado por los soles.

*esclavo*

—Pero no llevas la marca.

El chico negó con la cabeza.



*allí nos querían guapos*

—¿Allí?

*casa de placer*

El estómago de Mia se heló al ver cómo hacía los signos. Supo al instante a qué se refería el chico. De dónde provenía. Quién había sido su dueño antes de aquello y por qué le habían arrancado todos los dientes.

—Oh, diosa —susurró—. Lo siento mucho, Chss.

*¿lo ves?*

Los labios del chico se torcieron en lo que quizá fuese una sonrisa.

*tu sitio no es este*

Miró por el salón, hacia el líquido hirviendo y las ratas muertas, a la podredumbre y el óxido en el aire.

*pero la amabilidad debería engendrar amabilidad*

*incluso en un territorio como este*

El chico metió una mano en sus calzas y, por un instante, la mano de Mia se acercó de nuevo a su manga. La oscuridad que tenían alrededor tembló. Pero en lugar de un pincho oculto, el chico sacó una libreta, encuadernada en cuero negro. La abrió por una página al azar y Mia vio anotaciones en código, una variante de la secuencia Elberti con modificaciones caseras. Reconoció la letra y también la cifra empleada.

—Es el cuaderno de Carlota —musitó.

El chico asintió.

—¿De dónde lo has sacado?

Chssladeó la cabeza.

*te lo he dicho*

*he estado observando*

El corazón de Mia latió más deprisa. Pasó las páginas y vio que había bastantes con salpicaduras de sangre seca. Casi al final había una página

arrancada del todo. Una lenta ira bulló bajo su piel, pero decidió controlarla. No tenía sentido estallar sin motivo. Chss le estaba ofreciendo ayuda. Era posible que se hubiera hecho con las notas de Carlota sin matarla; llevaba merodeando por toda la iglesia desde que había llegado. Pero aun así, la respuesta más sencilla solía ser la correcta...

—Chss —susurró, despacio y con cautela—. ¿Asesinaste tú a Loti?

El chico bajó la mirada a la sombra de Mia. La alzó a sus ojos.

*¿qué importa?*

Manos a puños. Rojo en sus ojos.

—¡Importa porque era mi amiga!

El chico meneó la cabeza a los lados. Parecía casi triste.

*tienes un solo amigo entre estas paredes*

*no era carlota*

*no son tric ni ashlinn*

*y no soy yo*

Chss la miró sin parpadear. Mia comprendió que no era su aliado. Aquello no era muestra de respeto ni de reticente amistad de aquel chico tan tan extraño. Era una deuda saldada, nada más. Amabilidad por amabilidad. Incluso en un territorio como aquel. Y aunque los dedos de Chss no se movieron en absoluto, sus palabras se escribieron con toda claridad en su mirada.

«Lo tomas o lo dejas.»

Mia cogió el cuaderno de las manos del chico. Chss inclinó un ápice la cabeza, seguida de otro ápice el cuerpo, y su flequillo cayó sobre unos torturados ojos azules. Entonces dio media vuelta y se dirigió a la salida, silencioso como un rayo de los soles. Llegó a la doble puerta y la abrió con una mano, pero la voz de Mia lo hizo detenerse.

—Chss.

El chico se volvió. Esperó.

—¿Por qué no usas tú estas notas? ¿No quieres terminar primero de salón?

Chss inclinó a un lado la cabeza. Le dedicó una sonrisa astuta.

Y sin el menor sonido, se marchó.

Tardó horas en descifrar el código de Carlota. Más horas en recomponer fragmentos a partir del galimatías, con el coro fantasmagórico por única compañía. La página que faltaba era un misterio, pero al final no importó. A Mia se le ocurrió que Chss pudiera estar intentando hacerle la misma jugarreta que ella había hecho a Diamo. Pero lo cierto era que antes ya tenía la solución tan cerca que casi podía saborearla, que quizá le faltaran solo unas horas para resolver el acertijo ella sola. Dudó que Chss fuese tan tonto como para desafiarla a su propio juego. Y allí, entre las pulcras notas manuscritas de Carlota, encontró la última pieza que le faltaba, la última clave para abrir la cerradura que había estado esquivándola hasta entonces.

Estaba segura.

Mia destiló su solución y la vertió en tres viales. Utilizó dos en ratas y guardó el tercero para sí misma. Sus peludas compañeras estaban dormitando en sus jaulas dos horas después, cuando Mataarañas abrió las puertas y encontró a Mia sentada entre palacios de reluciente cristal.

—Llegas temprano, discípula —dijo la shahiid—. ¿O quizá sales tarde?

La chica alzó un vial a modo de respuesta, lleno de un líquido turbio. Mataarañas cruzó el suelo con un frufrú de su túnica verde jade. Se apartó las rastas de sal del hombro y miró el cristal en la mano de Mia. Sus labios pintados de negro se abrieron en una sonrisa de curiosidad.

—¿Y qué tienes ahí?

—Una respuesta a lo imposible.

—¿Estás segura?

Mia se miró los pies. Supo sin lugar a dudas que, aunque Don Majo no estuviera con ella, en ese momento tampoco habría tenido miedo.

Miró a Mataarañas y sonrió.

—Solo hay una forma de estar segura, shahiid.

**E**l anuncio se hizo durante la mañanera. Muy al estilo de Mataarañas, no hubo gran pompa ni elogios desmedidos. La shahiid se limitó a esperar a que llegaran el Sacerdocio y los discípulos, fue con pasos suaves al sitio de Mia y le puso una insignia en el pecho. Era pequeña, tallada en madera de jabí y pulida hasta darle un brillo oscuro.

Una araña lobo.

Se extendieron murmullos entre los discípulos. Mataarañas se inclinó y depositó un negro beso en la frente de Mia.

—Mis bendiciones —dijo.

Y eso fue todo.

Ash sonrió de oreja a oreja y ofreció los dedos extendidos a Mia, que los rozó con una sonrisa. Al comprender que había cometido la estupidez de dejar que la chica la tocara, Mia se comprobó todos los bolsillos con teatrales aspavientos y se aseguró de llevar todavía el broche de Mataarañas en el pecho. Ashlinn puso los ojos en blanco, soltó una risita y volvió a su comida sin decir más. Al mirar por la mesa, Mia vio que Jessamine le devolvía la mirada con patente odio.

—Bueno —dijo Ratonero, levantándose y pasando delante de la mesa del Sacerdocio—. Si Mataarañas considera adecuado conceder ya sus dones, quizá los demás deberíamos hacer lo mismo. —El shahiid giró la cabeza

hacia Aalea con su acostumbrada sonrisa de rufián—. ¿Las damas primero, shahiid?

Aalea objetó con un leve gesto de la cabeza.

—Todavía queda una nuncanochec para que los discípulos saqueen la Tumba. Yo otorgaré mi favor mañana.

—Como desees. —Ratonero hizo una inclinación—. Para mi propia competición, estoy bastante seguro de que nadie puede derrocar a la líder en el arte de los Bolsillos. De modo que, si no hay objeciones entre los participantes...

Ashlinn se reclinó en su silla y sonrió como una reina en su trono robado. Los demás discípulos torcieron el gesto, pero Ratonero decía la verdad. Mirando la clasificación, Ash seguía noventa puntos por delante de Chss, y no había nadie más ni siquiera cerca. La competición podía darse por resuelta.

—Discípula Ashlinn —empezó a decir Ratonero—, permíteme darte la enhorabuena por lo que ha sido la muestra más audaz de latrocinio desde que fui aprendiz de...

El shahiid dejó la frase en el aire al ver que Chss se levantaba de su asiento.

—¿Discípulo? —Ratonero frunció el ceño.

Chss cruzó el Altar del Cielo sin pronunciar ni una palabra. Llegó frente a Ratonero, se metió la mano en el bolsillo y, con una leve inclinación, tendió la mano abierta al shahiid. Los discípulos se levantaron y estiraron los cuellos para ver qué entregaba el chico. Mia entrevió algo negro y reluciente. Una cadena de plata.

—Por los dientes de las Fauces —susurró, identificando el objeto que había en la palma del chico.

—No puede ser —siseó Ashlinn.

Chss sostenía la llave de obsidiana de la reverenda madre.

¿Cómo, en nombre de las Fauces, había podido robarla sin que ella supiera que le faltaba?

Mia miró hacia la mesa del Sacerdocio. Drusilla había puesto cara de sorpresa al ver su llave en la palma de Chss, y su propia mano fue a su pecho para buscar entre los pliegues de su túnica. Al cabo de unos momentos, sus labios se arrugaron con una sonrisa.

—Mi querido Ratonero —llamó—, me temo que te están engañando. Tenemos aquí un zorro con orejas de chico, me parece a mí.

La reverenda madre levantó la mano. Sostenía con el índice y el pulgar una brillante llave de obsidiana, que giraba en una cadena de plata.

—Lo sabía. —Ash suspiró—. No había forma de que pudiera mangar eso.

—Ajá. —Ratonero sonrió e hizo una inclinación a Chss—. Buena treta, discípulo, pero la charlatanería no da puntos en esto, me temo. Ratonero acepta solo objetos auténticos o nada en absoluto.

Chss sonrió. Dejó su llave en la mano de Ratonero y caminó sigiloso hasta la mesa del Sacerdocio. Aalea tenía los labios curvados en una sonrisa taimada, e incluso Solis y Mataarañas parecían entretenidos. El chico pálido se detuvo ante la madre Drusilla, extendió un brazo e hizo signos con la otra mano en deslenguado.

*¿me permitís?*

Drusilla arrugó un poco la frente, pero accedió y le entregó su llave. Sin más ceremonia, Chss la soltó a sus pies y la pisó con la bota. Levantó el talón e hizo un gesto teatral en dirección al suelo, como un trilero de callejón. Mia vio que la llave había quedado pulverizada bajo la bota de Chss.

—Hijo de puta —susurró Ash.

—Arcilla —dijo Mia.

Asombro en el rostro de la reverenda madre. En el de Ratonero. En el de

todos los discípulos. El chico no solo había robado la llave de Drusilla de su mismo cuello, sino que la había reemplazado por una falsificación lo bastante perfecta para engañar a la mujer.

El silencio llenó la estancia como una niebla. Chss se volvió hacia Ash, se puso una mano en el pecho e hizo una inclinación. Mia miró a su amiga, casi esperando que se lanzara furiosa hacia el cuello de Chss. Pero Ash tenía todo el aspecto de alguien a quien hubieran sacado los intestinos con ganchos de carnicero. Flaqueó en su asiento y miró a su hermano con ojos desesperados. Osrik, que había vagado como un fantasma desde su derrota ante Tric, solo pudo mirar, tan destripado como ella.

Los demás discípulos quedaron impresionados por la gesta de Chss. Ratonero empezó a aplaudir, seguido de las shahiids Aalea y Mataarañas, y luego de Solis y la propia reverenda madre. Ratonero fue al tablón de clasificación y añadió cien puntos a la cuenta del chico, lo que lo situó en primer lugar. Y con una mirada de disculpa a Ash, tan pálida que Mia temió que fuera a desmayarse, el shahiid puso la marca de su favor en la camisa de Chss. Era un pequeño broche de jabí, enroscado sobre sí mismo y mirando con negros ojos pulidos.

Un ratón.

—Primero de Bolsillos, discípulo —dijo Ratonero—. Enhorabuena.

«Por eso no necesitaba las notas de Loti. Ya tenía la llave de Drusilla.»

Mia levantó las manos y empezó a aplaudir también. Pero entonces miró a Ashlinn y sus manos se detuvieron y cayeron. La iniciación entre las hojas había significado tanto para Ash como significaba para Mia. Ashlinn y su hermano habían recibido años de entrenamiento de su padre, una hoja retirada de la iglesia cuya única voluntad era que sus hijos lo reemplazaran después de ser mutilado en nombre de la Madre. Costaba imaginar la presión que tenían que haber sufrido. Costaba imaginar su deseo de que los

sacrificios de su padre, su brazo de la espada, un ojo y, diosa, hasta su hombría, tuvieran algún significado.

Y ahora, ninguno de los dos tenía apenas posibilidades de llegar a la iniciación.

—¡Ese hijo de puta amacabras, chupamulos y follacerdos! —gruñó Ash.

La chica andaba arriba y abajo por el dormitorio de Mia, que estaba echada entre sus almohadas con uno de sus últimos cigarrillos en los labios. Lo que quedaba de su vino dorado robado estaba sin tocar en dos vasos sobre la mesita de noche de Mia.

—¿Cómo abismos lo ha hecho? —exigió saber Ash.

—Es listo. —Mia se encogió de hombros—. Más listo de lo que creía nadie. Vete a saber si se dejó encontrar después de la novena campanada a propósito.

—¿Crees que sufrió el flagelo porque quería?

—Puede. Para que lo tomáramos por un patán.

—Joder, pues le funcionó.

Mia suspiró una bocanada de gris.

—Ya lo creo.

—Y ahora estoy vendida. —Ash hizo una mueca de disgusto y echó a andar otra vez—. La prueba de Ratonero ya solo podía perderla yo. Y voy y la pierdo, joder. Casio volverá dentro de dos giros para la iniciación. Tú estarás bebiendo la leche de la Madre en el banquete con las otras hojas y a mí me tocará quedarme con los demás pringados, reclutada como mano. Eso suponiendo que no me suspendan directamente y me entreguen a la Madre.

Mia dio una calada al cigarrillo y cerró los ojos por el humo.



—Entonces, lo mejor es que pases la noche lloriqueando.

Ash se volvió hacia Mia con una mirada venenosa.

—Te agradezco de verdad la comprensión, Corvere. Muchas gracias.

—A la mierda la comprensión. —Mia sonrió—. Si acudes a mí, lo que sacas son soluciones.

Ash meneó las manos en el aire.

—Soluciona, pues.

—Aalea todavía no ha declarado ganador, Ash.

—¿Y qué posibilidades crees que tengo?

—Si te quedas desgastando un agujero en mi suelo con las botas, ninguna. Pero si vas a la Tumba y encuentras algo jugoso de verdad...

—Es una aguja en un puto pajar.

—Bueno, buscar agujas es mejor que quedarte aquí echando culo y rezando, ¿no?

Ash se metió la punta de una trenza de guerra en la boca. La mordisqueó, pensativa.

—Te acompaño —se ofreció Mia.

Ashlinn levantó la mirada al oírlo.

—Conque intentando evitar a Tric, ¿eh?

—Esto no tiene nada que ver con Tric.

—Seguro que no.

Mia le hizo los nudillos. Se echó el whisky al gaznate de un solo trago.

—Venga, andando.

Ash puso una cara rara y negó con la cabeza.

—Creo que es mejor que vaya sola.

—¿Dos pares de oídos no son mejores que uno?

—Sí. —Ash se encogió de hombros—. Y te agradezco la intención y tal.

Es solo... que no estaría bien. Si no puedo conseguirlo yo sola, a lo mejor es que no merezco estar aquí.

Mia hizo un asentimiento. Aunque lo ocultara con bromas y sonrisas, Ash era una persona orgullosa. Orgullosa de sus habilidades, de su padre y su legado. Mia entendía que no quisiera llegar a la iniciación a hombros de nadie. De modo que se levantó de la cama, rodeó a su amiga con los brazos y apretó.

—Que la diosa te acompañe. Ten cuidado.

Ash devolvió el apretón a Mia, tan fuerte que le provocó una mueca.

—¿Sabes? Por aquí se te considera una zorra despiadada después de la artimaña con Diamo. Pero yo sé que no. Si hacen daño a alguien a quien quieres, no perdonas. Pero por debajo de todo eso, eres buena persona, Corvere.

Mia dio un beso a Ash en la mejilla, sonriendo.

—No se lo cuentes a nadie. Tengo una reputación que mantener.

—Lo digo de corazón. A veces me pregunto qué haces en un sitio como este, Mia.

—¿Desde cuándo me llamas Mia?

—Hablo en serio —dijo Ash—. Deberías estar segura.

—¿De qué?

Ash buscó en la mirada de Mia. De su sonrisa ya no quedaba ni rastro.

—De si de verdad quieres estar aquí o no mañana por la tarde.

—¿Y dónde iba a estar?

Ash pareció a punto de decir más, pero se le endureció la mirada y se controló antes de hablar. Se quedó quieta un momento más, con los brazos aún en torno a la cintura de Mia. Los labios separados. Las pupilas dilatadas. Y entonces la soltó, salió por la puerta y desapareció pasillo abajo en busca

del orador. Mia cerró la puerta y volvió a su cama. Miró cómo se le consumía el cigarrillo en la mano.

¿De qué hablaba Ash? Aquello era por lo que había trabajado tanto. Lo único que quería. Tantos años, tantos kilómetros, tantos esfuerzos... y las cosas que había hecho para llegar allí, las vidas que había segado en aquel camino sangriento. Las manos manchadas de rojo. Y ya estaba a solo un paso de la iniciación.

Un paso más cerca de la garganta de Remo.

Del corazón de Duomo.

De la cabeza de Scaeva.

Entonces todo habría merecido la pena, ¿verdad?

«¿Verdad?»

Una forma negra se materializó a sus pies. Susurró como el viento entre los árboles invernales.

—... *mañana*... —dijo.

Mia asintió.

—Mañana.

# CAPÍTULO 31

## CONVERSIÓN

Mia durmió como una muerta esa nuncanoches. Unos suaves golpes en la puerta la despertaron algo antes de la centenera, y oyó la voz grave de una mano desde el otro lado de la puerta.

—Preséntate en el Salón de las Elegías dentro de una hora, discípula.

Mia se vistió despacio y fue al Altar del Cielo. Las mesas y los bancos estaban desiertos, el Monte Apacible más apacible que nunca en su recuerdo. Los pensamientos sobre la iniciación le llenaban la mente. Había terminado primera en Verdades, pero la reverenda madre había insinuado que quedaban más pruebas. No tenía ni idea de lo que afrontaría en el Salón de las Elegías, qué últimos desafíos tendría que superar.

Hizo una parada en el *athenaeum* de camino al salón. El cronista Aelio estaba cerca de la entrada como siempre, revisando el carrito de DEVOLUCIONES. Sin abrir la boca, salió su eterno cigarrillo de reserva de detrás de la oreja y se lo entregó a Mia. Los dos se apoyaron en la pared y miraron la nada sobre el mar de estanterías. ¿Cuántas vidas podría pasar Mia allí abajo, si se lo permitiera a sí misma? ¿Cuánto más fácil sería perderse en aquellas páginas inacabables y dejar atrás aquella senda de sombras y sangre?

—Se acerca la iniciación, ¿eh? —dijo Aelio.

Mia asintió con la cabeza y sopló un anillo de humo perfecto en gris sabor

fresa.

—En fin. —Aelio se encogió de hombros—. Todo lo bueno...

Mia lamió el azúcar de sus labios.

—¿No habéis encontrado el libro que os pedí?

El cronista negó con la cabeza.

—Pero ayer descubrí toda un ala nueva ahí fuera. Miles de libros. Millones de palabras. A lo mejor entre ellas hay algo sobre los tenebros.

Mia miró por encima de las palabras que había abajo. Suspiró.

—Este es un sitio bonito. Una parte de mí desea quedarse aquí para siempre.

—Cuidado con lo que desees, chica.

—Lo sé —convino Mia—. Y siempre gusta más lo ajeno. Pero aun así, os envidio, Aelio.

—Los vivos no envidian a los muertos.

Mia miró al anciano. Empezó a fruncírsele el ceño despacio. Cayó en la cuenta de que nunca lo había visto fuera del *athenaeum*. Ni comiendo en el Salón del Cielo ni cruzando sus puertas hacia el resto de la iglesia, ni una sola vez. La chica se quedó mirando su cigarrillo. La marca del artesano que nunca había visto antes.

*Ahora ya no los hacen así.*

La biblioteca de Nuestra Señora del Bendito Asesinato.

«Una biblioteca de muertos.»

—Vos...

—La Madre conserva solo lo que necesita —dijo el anciano.

Mia se quedó mirándolo, con las entrañas heladas. Con el corazón lleno de horror y pena.

—¿Recuerdas lo que te dije aquel giro, cuando encontrasteis al gusano de biblioteca? —preguntó Aelio.

—Dijisteis que quizá no sea aquí donde se supone que debo estar.

Aelio aspiró fuerte su cigarrillo. Soltó una sucesión de anillos de humo que se persiguieron en la queda oscuridad.

—Echaré un vistazo en esa ala nueva. Si encuentro algo sobre tenebros, haré que te lo lleven a tu dormitorio. O a algún otro sitio. Si es donde quieres estar.

Mia lo miró ceñuda a través de una cambiante nube gris.

—Buena suerte en el Salón de las Elegías, chica —dijo Aelio—. Estoy seguro de que lo harás bien.

—Os lo agradezco, cronista.

Aelio apagó su cigarrillo contra la pared y se guardó la colilla.

—Mejor que vaya tirando. Tantos libros...

—Y tan pocos siglos.

Entonces el cronista la miró. Había algo vacío y espantoso en aquella mirada azul lechosa. Pero se fue renqueando escalera abajo, hacia las interminables estanterías.

La oscuridad se lo tragó entero.

**T**res discípulos estaban de pie en la sombra de la diosa.

La Madre de la Noche se alzaba sobre ellos, mirándolos con ojos pétreos.

Tric y Chss ya estaban esperando cuando llegó Mia, junto con varias manos que rondaban en el límite de la luz de cristal tintado. Mientras el coro fantasmagórico cantaba en la oscuridad, una figura con túnica la acompañó al estrado. Al mirar de soslayo, Mia vio rizos rubios rojizos.

—Amiga Naev —susurró.

La mujer le apretó la mano.

—Buena suerte. Aguanta.

Mia se colocó en su lugar al lado de Tric. Reparó en que el chico se esforzaba en no hacerle caso. Oyó el eco de una voz de una sombra en su cabeza:

«... *es para bien, mia...*»

Tres discípulos congregados, los ganadores de Verdades, Canciones y Bolsillos. Mia se preguntó quién habría quedado primero en el salón de Aalea y qué clase de secreto robaría para ganar el favor de la shahiid. Oyó unas pisadas suaves tras ella. Se descubrió rezando para no encontrar a Jessamine al volverse. Mia respiró hondo y miró hacia atrás. Y allí, al borde de la luz, vio a Ashlinn. Tenía el pelo recogido en trenzas de guerra recién hechas y sus ojos centelleaban. Llevaba una pequeña insignia de jabí enganchada a la camisa, la máscara sonriente de un arlequín.

—Perdonad que llegue tarde —dijo con una sonrisa.

Ash guiñó el ojo a Mia y subió al estrado para ocupar su lugar al lado de Chss. Mia estaba admirada. ¿Qué clase de secreto había desenterrado la chica? ¿Y qué le habría...?

—Discípulos.

Mia enderezó la espalda y miró al frente. Las puertas que daban a la antecámara se habían abierto en silencio. Una mano envuelta en una larga túnica negra esperaba en el umbral, con un pergamino desenrollado ante ella. A su lado estaba la reverenda madre Drusilla.

—Os doy mi enhorabuena a todos —dijo la anciana—. Cada uno de vosotros ha demostrado su maestría en uno de los cuatro salones de esta iglesia y una competencia considerable en otras áreas de estudio. De todos los discípulos de la grey de este año, sois los que más cerca estáis de iniciaros como hojas. Pero antes de que mi señor Casio os inicie por completo en los secretos de este círculo, os aguarda una última prueba.

La mujer se volvió y desapareció por la puerta doble con un remolino de tela negra. La mano que llevaba el pergamino dio un paso adelante y leyó.

—¿Discípulo Tric?

Tric respiró hondo y dio un paso adelante.

—Sí.

—Acompáñame.

Mia vio al chico marcharse, con Naev a su lado. Se preguntó qué le esperaba. Intentó apartar el recuerdo de su última despedida. El remordimiento por haberle hecho daño, la ira en sus ojos... Si tras la puerta acechaba su muerte, quería arreglar las cosas entre ellos. Pero ya se había ido, ya había cruzado el umbral sin una sola mirada atrás, y las puertas se cerraron en silencio tras él. Mia sintió a Don Majo en su sombra, gravitando hacia el miedo creciente que la rodeaba. Echó un vistazo a Chss. A Ashlinn. Se preguntó si el padre de la chica le había dicho qué podía pasarle al otro lado.

Los tres esperaron callados a la sombra de la estatua. Pasaron los minutos, largos como años, sin más sonido que aquel perpetuo coro fantasmagórico. Por fin las puertas se abrieron y salió Tric. Mandíbula apretada. Un poco pálido. En apariencia ileso. Encontró los ojos de Mia y ella vio que cruzaba su rostro una expresión torturada. Por un instante, creyó que tal vez hablara. Pero sin decir nada a los demás, Tric se dejó escoltar por la escalera de caracol y se perdió de vista.

Ash tenía la mirada fija al frente. Habló con un susurro, casi sin mover los labios.

—Tienes que estar segura, Corvere.

—Discípula Mia.

La mano la estaba mirando expectante desde la puerta doble. Don Majo ronroneó en su sombra. Mia dio un paso adelante, con los puños cerrados.

—Sí.



—Acompáñame.

Mia bajó del estrado. Naev caminó con ella, acompañándola como había hecho con Tric. Cuando llegaron al umbral, la mujer le tocó la mano. Asintió con la cabeza.

—Aférrate a ella, Mia Corvere. Aférrate fuerte.

Mia miró a los ojos de la mujer, pero no tuvo ocasión de preguntarle a qué se refería. Miró al frente y siguió a la mano por un largo pasillo de piedra oscura. El único sonido eran sus leves pasos, y el coro se amortiguó cuando la doble puerta se cerró tras ellas. Al final del pasillo había una gran sala con el techo en cúpula y todas las paredes cubiertas por enormes ventanas en arco de hermoso cristal tintado. Había motivos abstractos forjados en los paneles, espirales retorcidas y rojas como la sangre, que proyectaban doce dedos de luz superpuestos en el suelo.

En el centro de la luz, Mia vio a la reverenda madre Drusilla. Tenía las manos en las mangas de su túnica y llevaba puesta aquella sonrisa paciente y maternal. La llave de obsidiana que pendía de su cuello relucía al ritmo de su pausada respiración. Mia se acercó con cautela, observando las sombras, agradecida de los no-ojos que tenía en la nuca.

No pudo evitar fijarse en que el suelo delante de Drusilla estaba húmedo. Recién fregado.

—Saludos, discípula.

Mia tragó saliva.

—Reverenda madre.

—Esta es tu prueba final antes de la iniciación. ¿Estás preparada?

—Supongo que depende de cuál sea.

—Una muy sencilla. Solo te costará un momento. Aquí te hemos sacado tanto filo que podrías cortar la luz de los soles en seis. Pero antes de

introducirte en nuestros misterios más profundos, debemos comprobar qué late en ese corazón tuyo.

Mia recordó la celda donde la habían torturado en Tumba de Dioses. Los «confesores» que la habían apaleado, quemado y casi ahogado en la prueba de lealtad de Casio. Allí no se había venido abajo. Tampoco se vendría abajo ahora.

—Hierro o cristal —dijo Mia.

—Exacto.

—¿Esa pregunta no ha sido respondida ya?

—Demostraste tu lealtad, cierto. Pero te enfrentarás a la muerte en todos sus tonos si has de servir como hoja de la Madre. Tu propia muerte es solo uno de ellos. Este es otro.

Mia oyó unas pisadas rasposas en la oscuridad. Vio a dos manos embozadas de negro que arrastraban a una figura por la fuerza. Un chico. Muy joven. Ojos muy abiertos. Mejillas surcadas de lágrimas. Atado y amordazado. Las manos lo llevaron al centro de la luz y lo obligaron a arrodillarse delante de Mia.

La chica miró a la reverenda madre. Vio aquella dulce sonrisa maternal. Aquellos ojos viejos y amables, con patas de gallo.

—Mata a este chico —dijo la anciana.

Cuatro palabras. De una tonelada cada una.

El mundo quedó en silencio. La oscuridad avanzó hacia ella desde todas las direcciones. El peso se asentó en sus hombros y la empujó hacia abajo. Empezó a costarle respirar. Empezó a costarle ver.

—¿Qué? —logró decir.

—Puede llegar el momento en que se te pida dar fin a un inocente para servir a esta congregación —dijo Drusilla—. A un niño, a una esposa, a un

hombre que ha hecho el bien a otros y a sí mismo. No te corresponde cuestionar por qué. Ni quién. Ni qué. Te corresponde solo servir.

Mia miró al chico a los ojos. Estaban desorbitados de terror.

—Cada muerte que traemos es una plegaria —dijo Drusilla—. Cada muerte es una ofrenda a Aquella que lo es Todo y Nada. A Nuestra Señora del Bendito Asesinato. Madre, Doncella y Matriarca. Ella puso su marca en ti, Mia Corvere. Eres su sierva. Su acólita. Quizá incluso su elegida. —La mujer le tendió una daga sobre su mano abierta. Miró a los ojos a Mia—. Y si cortas la garganta de este chico, serás su hoja.

Duró una eternidad. Duró un instante. La chica estaba bajo aquella luz manchada y roja como la sangre con la mente en llamas, el corazón atronando, la cabeza llena de preguntas que no pronunciaría.

Porque ya conocía las respuestas.

«¿Quién es él?»

«Nadie.»

«¿Qué ha hecho?»

«Nada.»

«¿Por qué debería matarlo?»

«Porque te lo decimos nosotros.»

«Pero...»

«¿Hierro o cristal, Mia Corvere?»

Tomó la daga de la mano de Drusilla y probó su filo, creyendo que quizá tuviera un resorte, que aquello podía ser solo otro engaño y solo tenía que demostrar su disposición a hacerlo para que todo terminara bien. Pero la daga estaba tan afilada que le hizo sangre en la yema del dedo. La hoja era tan sólida como cualquiera que hubiese empuñado.

Si la descargaba contra el pecho del chico, no cabía duda de que estaría enviándolo a la tumba.

—El lobo no se compecece del cordero —dijo Drusilla—. La tormenta no suplica su perdón a los ahogados.

La chica miró la piedra húmeda a sus pies. Supo exactamente qué habían limpiado momentos antes de que entrara ella. Supo que Tric no había titubeado. No se había derrumbado.

—Somos asesinos —susurró Mia—, uno y todos.

Allí lo tenía. Todos los años, todos los kilómetros, todas las nuncanoches en vela y los giros interminables. Aquel era el camino en el que había puesto los pies. Habían ahorcado a su padre. La habían arrancado de los brazos de su madre, habían matado a su hermano. Su casa, su familia, su mundo destruido.

Pero ¿era motivo suficiente para asesinar a aquel chico sin nombre?

Si le daba fin, aseguraba su puesto en la iglesia. Se convertiría en la hoja que perforaría el corazón de Duomo, que destrozaría las tripas de Remo, que rajaría el cuello de Scaeva de una oreja a la otra. Merecían morir, las Hijas lo sabían. Merecían morir una y mil veces. Chillando. Suplicando. Llorando.

Pero el chico también lloraba. Le caían cordeles de moco al labio. Mia lo miró y el chico gimió tras la mordaza. Negó con la cabeza. Mia le vio las palabras en los ojos.

*Por favor.*

*Por favor, no.*

Miró un instante a la madre Drusilla. Sonrisa amable. Mirada suave. Piedra húmeda a sus pies. Y Mia buscó en su interior un motivo para matar al chico. Al hermano de alguien. Al hijo de alguien. Apenas era mayor que ella. Hurgó en lo más profundo, entre el fango y la sangre. Los harapos de moralidad que había apartado cuando puso los pies en aquel camino, adoquinado con las mejores intenciones. Los chillidos de Diamo al morir resonaron en su cabeza. Los incontables hombres y mujeres que había masacrado dentro de la Piedra

Filosofal. Los Luminatii que había descuartizado en los peldaños de la Basílica Grande.

«Soy acero», se dijo.

Pensar todo eso le había costado un segundo, un instante bajo la mirada fría de la reverenda madre. Y al segundo siguiente, Mia se arrodilló frente al chico. Le puso la hoja en la garganta. El corazón le tabaleó en las costillas. Pronunció las palabras que quizá pronunciara un creyente.

«Soy acero.»

—Escúchame, Niah —susurró—. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Esta vida, este final, mi presente para ti. Tenlo cerca.

La anciana sonrió.

El chico gimió.

Mia inhaló una bocanada profunda y temblorosa. La advertencia de Naev regresó a su mente. Y para su horror, por fin la comprendió. Por fin la oyó, igual que la había oído en las almenas sobre el foro después de que ahorcaran a su padre.

Música.

La música fúnebre del coro fantasmagórico. El trueno de su propio pulso. Los débiles sollozos de aquel pobre chico intercalados con el recuerdo de los aplausos de un santo bandido y un hermoso cónsul y con un mundo perdido y podrido. Y entonces lo supo. Como lo había sabido siempre. Durante todos los kilómetros, todos los volúmenes polvorientos y las manos sangrantes y las humaredas tóxicas. Hierro, cristal o acero, de qué estuviera hecha no importaba en absoluto. Lo importante de verdad era en qué se convertiría después de matar a ese chico.

Scaeva merecía morir. Y Duomo. Y Remo. Y Diamo. Aquellos Luminatii de la Basílica Grande eran peones de la máquina bélica del Senado. Incluso los hombres y mujeres de la Piedra eran criminales encallecidos. En la

oscuridad de su dormitorio, podría convencerse a sí misma de que sus muertes estaban justificadas si se esforzaba lo suficiente. Quizá hasta podría convencerse de que todo aquel a quien había matado hasta entonces, los incontables finales que había concedido, la orquesta de chillidos, y ella, la directora escarlata... todos lo merecían.

Pero ¿aquel chico?

¿Aquel chico sin nombre ni culpa?

Si lo mataba, lo cierto era que ella también merecería morir. Y pese a todos los kilómetros y todos los años, la venganza no era motivo suficiente para convertirse en el monstruo al que estaba dando caza.

Mia apartó la daga del cuello del chico.

Despacio, volvió a ponerse de pie.

—No por esto —dijo.

Drusilla escrutó los rasgos de Mia y su mirada se volvió dura como el hierro.

—Te lo habíamos advertido, Mia Corvere, marcada por la Madre o no. Si fracasas en esto, fracasas por completo. Todo el trabajo de Mercurio, todos los giros que pasaste estudiando con él y luego entre estas paredes, la sangre, la muerte, todo habrá sido en vano.

Bajó la mirada a los ojos del chico. El hermano de alguien. El hijo de alguien.

Le temblaron las manos. Se le inundaron los ojos. La ceniza cubrió su lengua.

Pero aun así...

—Ni por nada.

Y devolvió la hoja.

**E**staba tumbada en su cama a oscuras. Tenía una sombra al lado, pero no decía ni una palabra.

Su último cigarrillo en la mano. Una larga y quebrada columna de ceniza colgando de la punta encendida. Flequillo en los ojos. Negro en la cabeza.

¿Qué iban a hacer con ella? ¿Relegarla al papel de una mano?

¿Flagelarla?

¿Matarla?

En realidad, daba lo mismo. Ya nunca se convertiría en hoja. Nunca aprendería los misterios más profundos de la iglesia, ni los misterios de quién y qué era ella misma. Nunca llegaría a estar tan afilada como necesitaba para tener la oportunidad de acabar con Scaeva. Ahora el cónsul era intocable para ella, como había dicho Mercurio...

«Mercurio.»

¿Qué haría?

¿Qué diría?

Llaves en su puerta. Ni se molestó en echar mano a su estilete. Le daba igual quién fuera. Se devolvió el cigarrillo a la boca y miró al techo, donde se retorcían las sombras.

Pasos suaves. Los chasquidos de un bastón contra la fría piedra.

Una silueta encorvada y cansada al pie de su cama.

—Vámonos a casa, cuervecilla.

Miró al anciano con lágrimas en los ojos.

Oh, Hijas, cuánto se odió a sí misma en aquel momento.

—Sí, shahiid —dijo.

**S**olo pudo conservar un puñado de sus posesiones. Su daga de hueso de

tumba. El broche de jabí que tanto le había costado ganar. Un paquete envuelto en cuero aceitado y bien atado con sus libros y las notas ensangrentadas de Loti. Nada más podría hacer la Caminata de Sangre. Nada más podía llevarse.

Naev acompañó a Mia y al anciano por el camino espiral que llevaba a los dominios del orador. Pero la mujer se negó a entrar en ellos.

—Piénsatelo un giro o dos —dijo Naev desde el umbral—. El tiempo cura las heridas. Naev estará encantada de recibirla de vuelta. Naev puede hablar en su favor a la madre Drusilla hasta entonces. Ella puede acompañar a Naev en sus viajes a Última Esperanza. Es buen terreno. Una buena vida. Quizá no la que ella quería... —Naev miró hacia la sala y el orador que esperaban a Mia—. Pero la vida pocas veces lo es.

Mia asintió con la cabeza. Apretó la mano de la mujer.

—Gracias, Naev.

Entraron en la cámara de Adonai. El olor a sangre impregnaba el aire. El orador estaba arrodillado en el vértice del baño, manchado de sangre. Sorprendió a Mia al hacer una inclinación hacia Mercurio, con los ojos en el suelo.

El anciano parecía más cansado de lo que Mia lo había visto jamás. Bajar la escalera había sido un proceso lento y doloroso, y su bastón caía con fuerza en cada paso. Mia supuso que no había esperado tener que hacer nunca más aquella caminata. No había esperado tener que volver a recogerla, a ella, su mejor alumna y su fracaso, para devolverla a Tumba de Dioses con deshonra. Pero al parecer, la reverenda madre había aconsejado a Mercurio que sería mejor si Mia no estaba presente para la iniciación. Mataarañas estaba furiosa por haber desperdiciado su favor. Casio no tenía tiempo para la debilidad, ni para los débiles, y pronto llegaría al monte para ungir a los demás con su sangre. Mia debía regresar a la Tumba con su shahiid y meditar sobre su



futuro. Podía volver a la montaña y servir el resto de su vida como mano. O podía decidir que una vida fracasada era inaceptable y resolver ella misma el asunto.

Drusilla había dejado muy claro qué opción prefería que escogiera Mia.

Y no había podido despedirse de Tric.

—Vamos, cuervecilla. —Mercurio suspiró—. Nunca he soportado estos putos baños. Cuando antes entremos, antes saldremos.

—¡Espera! —llamó alguien.

Mia se volvió con el corazón en un puño, pensando que quizá él había ido a despedirse. Pero vio llegar a Ashlinn corriendo por el pasillo hacia ella. En el pecho de Mia se mezclaron la decepción y la alegría mientras Ash la abrazaba con fuerza y ella le devolvía el apretón con toda su energía.

—¿Pensabas marcharte sin decir adiós? —preguntó Ash.

—Volveré —dijo Mia—, dentro de unos giros.

Ash miró el morral de Mia, lleno de sus posesiones. No dijo nada.

—Tienes algo que me suena —dijo Mercurio—. ¿Cómo te llamas, chica?

—Ashlinn —respondió ella—. Ashlinn Järnheim.

—¿Eres hija de Torvar? ¿Cómo está ese viejo cabrón?

—Igual que desde hace años. Medio ciego. Tullido. Mutilado.

—Y estará orgulloso de ti, Ash —dijo Mia—. Has triunfado donde otros han fallado.

—Tú no has fallado, Corvere —replicó Ash—. Eso ni se te ocurra pensarlo.

Mia sonrió con tristeza.

—Seguro.

—En serio. —Ash le apretó la mano—. Este nunca fue tu sitio, Mia. Mereces algo mejor que esto.

La sonrisa de Mia se desvaneció. Sus ojos se llenaron de confusión.

Mercurio rezongó, impaciente.

—Venga, vale ya de tanta mierda con los abracitos. Marchémonos.

Ash frunció el ceño al anciano. Miró a Mia, insegura. Respiró hondo, como si estuviera a punto de arrojarse a un estanque oscuro. Y entonces se inclinó hacia ella poco a poco, le cogió la cara entre las manos y le dio un suave beso en los labios.

Duró un momento de más. ¿O quizá no lo suficiente? Fue cálido y tierno y dulce como la miel. Antes de que Mia pudiera decidirse, ya había terminado. Ash separó los labios y apretó la mano de Mia. Con un millón de palabras sin pronunciar brillándole en los ojos. Y con otro millón en la lengua de Mia.

—¿Te despedirás de Tric por mí? —preguntó por fin.

El rostro de Ash se derrumbó. Suspiró. Asintió despacio.

—Lo haré. Lo prometo.

Mia soltó la mano de su amiga. Miró las paredes. Los glifos y la sangre. Pensó que quizá sería la última vez que viera algo de todo aquello. Echó sendos vistazos a Adonai, a Mercurio, a Ash. Y después de respirar hondo, se metió en el estanque.

El rojo ascendió en oleadas.

Mia cerró los ojos.

Y cayó.

Ashlinn se quedó una eternidad allí, en la oscuridad. Se pasó los dedos por los labios, ensoñada con todo lo que podría haber sido. Mirando a Adonai mirar la sangre. Aquella belleza suicida, acurrucada en la penumbra. Una araña en el centro de su red escarlata, notando las más tenues vibraciones en cada filamento.

—¿Cuándo llegará el Señor de las Hojas, gran orador? —le preguntó.

Adonai parpadeó. Apartó la mirada del rojo como sorprendido de que Ashlinn siguiera allí.

—Cuando llegue, pequeña discípula —respondió.

Ash sonrió, hizo una gran reverencia y salió de la cámara. Subió la escalera de caracol con los pulgares metidos en el cinturón, mascando la punta de una trenza de guerra. Las campanas dieron las dos y, con una maldición, aceleró el paso. Ascendió veloz por el corazón de la montaña, hasta la enorme plataforma del Altar del Cielo.

Habían limpiado la sala y preparado los servicios para el banquete de iniciación. Las cocinas estaban atestadas y ruidosas, pero el altar en sí permanecía desierto. Desierto salvo por una figura solitaria, apartada en la sombra, apoyada contra la barandilla y contemplando la oscuridad de fuera.

—¿Qué tal, Tric?

El chico la miró y la saludó con la cabeza. Luego devolvió su atención a los extensos eriales de abajo. A la interminable y hermosa noche.

—Nunca me canso de mirar esto —dijo.

—Es toda una vista —convino Ash, apoyándose en la barandilla a su lado.

—Osrik dice que querías hablar conmigo —musitó él—. Sobre Mia.

—Ha vuelto a Tumba de Dioses un par de giros. A aclararse las ideas.

—Aún no lo entiendo. —Tric suspiró—. De todos nosotros, era la que mejor motivo tenía para estar aquí.

—Casi.

—Nunca pensé que tropezaría con el último obstáculo.

—A lo mejor no ha tropezado. —Ash se encogió de hombros—. A lo mejor es que no ha querido saltar. Yo me alegro de que no vaya a estar para la iniciación. Decidir no asesinar a un inocente la vuelve mejor que este sitio.

Tric la miró de reojo.

—Tú has superado la prueba. Tú has asesinado a un inocente.

—Porque yo tengo mejor motivo para estar aquí del que tenía Mia, Tric.

—¿Y cuál es?

—Familia —dijo ella.

—Mia también estaba aquí por su familia.

—Sí —aceptó Ash—. La diferencia es que mi padre sigue vivo. Te sorprendería lo mucho que puede motivar un exasesino cascarrabias sin testículos.

Tric sonrió y devolvió la mirada a la oscuridad. Ash habló sin levantar la voz.

—Mia me ha pedido que te diga adiós.

—Regresará —repuso Tric—. Volveré a verla.

—Yo no estoy tan segura.

—La túnica de mano podría sentarle bien. ¿Y qué va a hacer si no, rendirse? ¿Ella? Ni hablar.

—Ah, es posible que decida unirse a las manos. Pero aun así, no creo que vuelvas a verla.

—¿Por qué no?

El suspiro de Ash salió de los mismísimos dedos de sus pies.

—Como te he dicho más de una vez, menudo hocico te gastas, Tric. No puedo permitir que husmees en los entrantes esta nuncanoche.

—¿Qué estás...? Uj.

Tric miró boquiabierto la daga en la mano de Ash. La hoja brillando roja y goteando. La mancha que se le extendía por la camisa mientras ella le hundía el cuchillo en el pecho otra vez. Y otra. Y otra. Tric boqueó e intentó agarrarle el cuello, con los ojos muy abiertos. Pero rápida como las mentiras, Ashlinn le dio un buen empujón y lo envió de espaldas por encima del pasamanos. Y Tric cayó y cayó hacia las tierras baldías siempre negras.

Sin un solo sonido.

Sin un solo gemido.

Desapareció.

Ash miró hacia abajo en la oscuridad. Susurró:

—Lo siento, Tric.

La chica se arrodilló con un pañuelo en la mano y limpió la sangre que había caído en la piedra. Luego limpió su hoja y la devolvió a la vaina de su manga. Miró hacia atrás. El altar seguía desierto y las manos seguían atareadas en la cocina preparando el inminente festín. Nueve platos puestos en la mesa. Uno para cada uno de los tres discípulos que se iniciarían al final del banquete. Cinco para el Sacerdocio: Drusilla, Ratonero, Solis, Aalea y Mataarañas. Y el último, en la cabecera de la mesa, para el Señor de las Hojas. El Príncipe Negro. El líder de la congregación de la Iglesia Roja en persona.

—Casio —susurró.

—¿Está hecho?

Ashlinn se volvió hacia una silueta vestida con una túnica de mano robada.

—Está hecho. —Ash enderezó la espalda y miró hacia los eriales—. Nuestro pequeño Tric no estará presente para oler nada. Suponiendo que haya algo que oler, claro.

—Me ocuparé de mi parte —replicó su hermano.

—No la jodas, Osrik —le advirtió Ash—. Ya echaste a perder nuestra anterior oportunidad. Podríamos habernos cargado a Casio hace meses. Estaba allí mismo, expuesto.

—Ya te dije que el imbécil de Llamarriadas me vio acechando. ¿Qué querías que hiciera?

—A ver, déjame pensar. ¿Qué tal asesinarlo y dejar su cuerpo a la vista y, de paso, hacer diez veces más difícil que podamos volver a intentarlo?

—Saltar sobre Casio como dos matones de callejón era un plan estúpido,

ya te lo dije en su momento. Que Llamarriadas se metiera en medio fue una bendición. Hemos tenido meses para preparar esto. Envenenar el festín nos embolsará a todas las víboras de un solo golpe. La discípula que creó la toxina para mí está muerta. Y el único discípulo que podría haberse oído lo que nos proponemos está muerto. Así que deja ya de lloriquear, joder, y estate preparada.

—Estoy preparada —siseó Ash.

Osrik miró de nuevo a su espalda y bajó más la voz.

—Te reuniste con ellos ayer, ¿verdad?

—Sí —respondió Ash—. Después de que me dieran el rumor que sirvió de sobra para quedar primera en Máscaras. Como te dije una vez, los chicos Luminatii se enteran de todo lo que pasa.

—¿Están preparados?

—No lo dudes. Nuestro noble justicus tiene a la Primera y Segunda Centurias esperando. Doscientos hombres atacarán la Porqueriza en la séptima campanada. Tú asegúrate de que Adonai esté motivado.

—Ese bicho raro quiere a su hermana más que a la vida. Con mi cuchillo en la garganta de ella, hasta bailará la puta *balinna* si se lo pido.

—Ten cuidado cuando te apoderes de Marielle. Ya viste lo que le hizo a...

—No soy un crío, Ashlinn —escupió Osrik—. Me encargaré de la tejedora y el orador. Tú ocúpate de tu parte. Que Casio y el resto del Sacerdocio estén atados y amordazados cuando lleguen Remo y sus matones. Los confesores querrán hablar con todos, así que tendrán que hacer la Caminata todos. Nada de grilletes.

—Tranquilo. —La chica puso una sonrisa lúgubre—. La shahiid Aalea me enseñó unos cuantos trucos con cuerdas.

—En unas pocas horas —dijo Osrik, asintiendo con la cabeza—, estas paredes caerán.

Los dos contemplaron las tierras baldías. La interminable negrura de encima, con sus miles de millones de puntitos de luz. El rostro de la diosa que los habían criado para adorar, y a la que estaban traicionando.

—Por papá —dijo Ashlinn.

—Por papá —repitió Osrik.

La chica besó a su hermano en la mejilla y se internó en la oscuridad.

# CAPÍTULO 32

## SANGRE

Se habían limpiado la sangre en los baños de la Porqueriza, pero Mia aún podía olerla en su piel.

Había caminado cansada por las calles de Tumba de Dioses, con Mercurio cojeando a su lado, los dos en silencio. La consoló un poco que el anciano hubiera ido a recogerla, que hubiera hablado con Drusilla a favor de ella. Unos giros lejos de la iglesia le aclararían las ideas, había dicho Mercurio. Le sentarían bien. Le permitirían pensar en la elección que tenía delante.

La vida de una mano. La vida de una sirvienta.

Dio vueltas a la idea, con el rostro sombrío. No era nada de lo que avergonzarse. Naev era una mano e iba por la vida con la cabeza bien alta. A lo mejor no estaba tan mal. Recorrer los Susurriales y bajar por el sur de Ashkah. Encontrar belleza en partes del mundo que nunca había visto.[87]

Pero ¿qué pasaba con Scaeva? ¿Con Duomo? ¿Con Remo?

¿Podía seguir con su vida sabiendo que su familia quedaría sin venganza?

Rugía un viento atroz desde la bahía, gélido y ululante. El invierno había llegado a la Tumba con fuerza y las tormentas asediaban siempre desde el horizonte, amortajando la luz de Saan y aguando el resplandor azul de Saai mientras se alzaba de nuevo por el borde del mundo. Pero aun así... allí fuera todo brillaba mucho. Era casi cegador, después de meses de oscuridad casi



constante. La canción del coro estaba sustituida por el ajetreo y el gentío de las calles de la ciudad, los gritos de los pregoneros, el tañido de las campanas de catedral. A Mia no le daba una buena sensación.

«Ya no me da sensación de hogar.»

La chica y el anciano regresaron a la tienda de curiosidades e hicieron sonar la campanilla de encima de la puerta. Mia recordó la primera vez que había entrado allí. El giro siguiente a que su padre muriera meciéndose. Mercurio se hizo cargo de ella. Seguramente, sería la última aprendiz que entrenara en su vida. Había entregado seis años a Mia. ¿Y qué le había entregado ella a cambio?

«Fracaso.»

El anciano iba hacia la cocina renqueando y haciendo repicar el bastón sobre los tablones.

—Lo siento, Mercurio.

Él se volvió hacia ella. Vio las lágrimas que casi escapaban de sus ojos.

—Te he decepcionado —dijo—. Nos he decepcionado a los dos. Lo siento muchísimo.

El anciano meneó la cabeza a los lados. Pero no le dijo que se equivocaba.

—¿Quieres una infusión? —le ofreció por fin—. Te la llevo a tu habitación.

—No. Te lo agradezco.

Mercurio se quitó su pesado abrigo. Encendió un cigarrillo y fue a la cocina.

Incluso desde su habitación del piso de arriba, Mia oyó sus pisotones. Su rabia armonizada en la melodía de cacerolas cayendo y sartenes entrechocando. Lanzó su paquete envuelto en cuero aceitado a su vieja cama y se echó tras él. Nunca antes se había dado cuenta, pero ya le quedaba un poco pequeña. Como aquella habitación.

Como aquella vida.

—... ¿qué hacemos ahora?...

Mia miró la franja de oscuridad, posada sobre un montón torcido de historias.

«Si le viera los ojos, ¿encontraría también decepción en ellos?»

—Dormir —dijo, y suspiró—. Dormir cien años.

Desanudó los cordeles del paquete y sacó su viejo y maltrecho ejemplar de *Teorías sobre las Fauces*. Pasó una mano cariñosa por la cubierta de *Verdades arkímicas*. Y luego se reclinó con el cuaderno de Loti en las manos. Pensó en Chss y se preguntó cómo le iría. En Ash. En Tric. Estarían preparándose para la ceremonia de iniciación, supuso. Tomarían la tardera en el Altar del Cielo y luego bajarían al Salón de las Elegías, para ser ungidos allí con la sangre de Casio e incorporarse a las filas de las hojas.

Ese era un motivo para hacerse mano, pensó. Al menos, dentro de la montaña tendría acceso al *athenaeum*. Quizá de vez en cuando también a Casio. Mia seguía sin tener respuestas concretas sobre los tenebros, ni ninguna idea sólida sobre lo que era.

Pasó las páginas escritas por Loti. Sonrió al recordar el ingenio seco de su amiga y su mirada inexpresiva. Pero la sonrisa se marchitó al llegar a las páginas en las que había estado trabajando Carlota cuando la asesinaron. Había una salpicadura de sangre seca sobre las notas, que había traspasado a las páginas de debajo.

Sangre.

Traspasada.

«¿Que explique qué, reverenda madre?»

«Esto.»

*Drusilla recogió la sábana y la sostuvo ante la cara de Mia. Allí, empapando el tejido, la chica vio una diminuta mancha de escarlata seca.*

Mia se quedó mirando las gotas de sangre en las páginas.

*«No puedes demostrar dónde estuviste ayer, y se ha hallado sangre de la víctima en tus sábanas, hecho que tú misma eres incapaz de explicar. ¿Carlota visitó alguna vez tu dormitorio?»*

*«No, pero...»*

No, pero otra persona sí que había visitado su dormitorio esa mañana.

—No puede ser —susurró.

—... ¿no puede ser qué?...

Mia miró al no-gato. Le costó encontrar las palabras. Le costó pensar la idea que llevaban detrás. Se levantó de la cama y pasó las páginas del cuaderno de Loti hasta el final. Volvió a la página que faltaba. Buscó en su mesa, encontró un carboncillo y lo frotó con suavidad por la página siguiente a la que no estaba. Y allí, entre el polvo negro, vio la más tenue de las impresiones. La letra de Loti, su cifra casera, símbolos arkímicos.

—... ¿qué estás...?

—Calla. Déjame un momento.

Miró ceñuda las páginas, entornando los ojos para distinguir la vaga escritura. Las marcas apenas eran legibles. No podía estar segura, pero...

—Esto parece una formulación modificada del desmayo.

—... ¿el sedante?...

Mia asintió con la cabeza.

—Pero estas medidas son más que suficientes para al menos doce adultos. ¿Por qué querría Loti...?

*Carlota se levantó, fue hacia Osrik y se puso a hablarle bajito, con el cuaderno mojado en la mano. Osrik le dedicó su sonrisa bonita y rozó los dedos de Loti con los suyos.*

*Mia meneó las cejas mirando a Ash.*

*«Esos dos llevan una temporada intimando. Los vi trabajando juntos en un*

*compuesto hace unos giros. Y en Verdades acaban de pareja un montón de veces.»*

—Esto no tiene sentido —susurró.

—... *sensación a la que empiezo a acostumbrarme a marchas forzadas...*

Mia se levantó de su taburete, con el cuaderno de Loti en la mano. Cuando iba a bajar la escalera para hablar con Mercurio, oyó más estrépito en la cocina. La maldición más negra que había oído pronunciar al anciano jamás. No parecía muy buen momento para molestarlo con teorías demenciales. Seguro que le arrancaba la cabeza de un mordisco.

Envolvió de nuevo el cuaderno con el cuero aceitado. Tenía el ceño tan fruncido que le dolía la cabeza.

Pero si tenía razón...

«No puedo tener razón.»

—Tengo que volver a la iglesia.

—... *¿tan pronto?...*

—Tengo que hablar con la reverenda madre.

—... *seguro que estará muy ocupada con la ceremonia de iniciación...*

Mia ya estaba subida al alféizar y el viento aullaba por el cristal abierto.

—¿De mi parte o contra mí?

El no-gato suspiró.

—... *como deseas...*

Mia regresó a toda prisa cruzando el mercado de la Pequeña Liis y las atestadas calles de las Partes Bajas, abriéndose paso a empujones hasta la bahía de los Carniceros. La tormenta ya casi había llegado a Tumba de Dioses, y el trueno y el relámpago se sucedían por el cielo. El olor a vísceras y aguas negras llegaba junto a la sal del océano y Mia avanzó con los hombros encogidos, notando los latigazos del flequillo en la cara y poniéndose la capucha para protegerse del frío.

El puerto estaba concurrido.

Más concurrido de lo que debería estar, con tan mal tiempo.

A medida que Mia se acercaba a la Porqueriza, fue reparando en grupos de hombres notablemente corpulentos cerca de la entrada. No bromeaban ni charlaban por los codos como podrían hacer los marineros o mercaderes. Le lanzaron miradas torvas, pero ella les sonrió con dulzura y pasó delante de ellos. Estudiándolos con el rabillo del ojo.

Eran grandes, todos ellos. Iban vestidos de plebeyos, pero se les veía muy fornidos. Y con la mirada gacha, vio que todos llevaban botas de soldado.

«¿Qué abismos está pasando aquí?»

Dobló la esquina, pensando a toda velocidad. Se echó la capa de sombras sobre los hombros, agarró una bajante y trepó por la fachada lateral de la Porqueriza con la destreza de un mono. En el tejado, se puso a trabajar en las tejas, metiendo su estilete de hueso de tumba entre cada dos y soltándolas. Se dejó caer por el hueco y se arrastró sobre las vigas, apartando su capa de sombras para poder ver el matadero de debajo.

No había ni rastro de Panceta y sus hijos. Ni rastro de los carniceros normales que se dedicaban al cerdo. Pero sí había más de aquellos caballeros corpulentos en cada acceso, además de en la entreplanta que llevaba al estanque de sangre de abajo.

Y con el corazón encogido, con la respiración paralizada, lo vio entre ellos.

Habían pasado dos años desde que se enfrentó a él en los peldaños de la Basílica Grande. Seis desde la última vez que lo vio de cerca de verdad, el día en que se quedó el título de su padre y robó los terrenos de su familia. Pero aun así, lo reconocería en cualquier parte. Era el hombre más grande que había visto nunca. Una barba recortada rodeaba unos rasgos lobunos y una mirada en la que centelleaba la astucia animal. Una cicatriz de lo solo podían ser zarpas de gato le bajaba por la mejilla. Llevaba ropa de plebeyo,

como todos los demás. No había a la vista ninguna armadura blanca, ninguna capa roja y ninguna hoja de acero solar. Pero lo conocía. El odio goteó de su lengua mientras susurraba:

—Justicus Marco Remo.

Observó el resto de la Porqueriza. Los hombres con sus manos encallecidas de usar espadas y sus botas de soldado. Y supo a ciencia cierta lo que eran.

—... *luminatii...*

—Vienen por el estanque de sangre. —Mia respiró hondo, apenas dando crédito a lo que veía—. Se preparan para invadir la iglesia.

—... *adonai no les permitiría hacer la caminata...*

—A no ser que esté compinchado con ellos —susurró Mia—. O que le obligue alguien.

—... *¿entrar con toda la tranquilidad del mundo en la madriguera de los asesinos más mortíferos de la república? ¿y justo hoy? estará allí casio en persona...*

—Puede que esa sea la idea.

El justicus Remo habló a uno de sus centuriones, revisando las tropas con ojos entrecerrados.

—¿Está todo preparado?

—Sí, justicus. —El hombre, alto y duro como el hierro, saludó golpeándose el pecho con el puño—. Hemos tomado el matadero sin incidentes. Los herejes que moraban abajo están reducidos o muertos.

El justicus asintió con la cabeza y se dirigió a otro hombre que tenía al lado, un veterano de pelo canoso al que Mia reconoció, con un parche de cuero en un ojo.

—Centurión Alberio, la Segunda Centuria cruzará el portal en primer lugar

y asegurará la zona de despliegue. Preparad a vuestros hombres. El asalto dará inicio en cinco minutos.

El estrangulador de cachorritos se aporreó el pecho.

—*Luminus Invicta*, justicus. —Se volvió hacia sus hombres y vociferó—: ¡Segunda Centuria, en formación!

Cien Luminatii ocuparon sus puestos con precisión militar, adustos y silenciosos. Llevaban porras y escudos de madera, además de unas pocas hojas de hueso de tumba. Mia agradeció que al menos ninguno pudiera llevar consigo su acero solar: el metal no podía hacer la Caminata de Sangre, y enfrentarse a unos centenares de Luminatii armados con hojas en llamas era un poco más desmoralizador que enfrentarse a unos centenares de hombres armados con palos grandes.

«Pero solo un poco.»

Remo se volvió hacia su segundo y le habló en tono comedido.

—Centurión Maxxis, la Tercera Centuria permanecerá aquí hasta que hayamos regresado con los herejes y su amo encadenados. La Primera Centuria marchará conmigo sobre el Altar del Cielo.

El estómago de Mia se revolvió al oír que mencionaba el altar. Remo conocía bien el Monte Apacible. Por tanto, conocía su disposición y su funcionamiento. ¿Cómo podían saber todo aquello los Luminatii, a menos que hubiera un traidor en las filas de la Iglesia Roja?

¡Pero Drusilla los había puesto a todos a prueba! Todos los discípulos de la grey habían elegido morir antes que revelar la posición de la Porqueriza. ¿Quién estaría dispuesto a sufrir la tortura a manos de los confesores de Casio, solo para entregar después la iglesia a los Luminatii?

«Alguien que supiera que la confesión de Casio se trataba solo de una prueba.»

La comprensión emprendió una danza enfermiza en la tripa de Mia.

*Ashlinn volvió a llenarse la boca.*

*«Ajaeso me tiamí.»*

*«¿Perdona?»*

*La chica tragó y se lamió los labios.*

*«He dicho que bueno, para eso me tienes a mí. Mi padre nos contó a mi hermano y a mí todo sobre este sitio. O al menos, todo lo que sabía.»*

*—El padre de Ash y Osrik...*

*—... ¿qué pasa con él?...*

*—Ash me dijo que había criado a sus hijos para que lo reemplazaran. — Miró a la sombra que acechaba junto a ella—. ¿Y si en realidad los crío para que lo vengaran?*

*—... ¿atacar al señor tenebro de los asesinos más hábiles del mundo en un lugar de perpetua oscuridad? ¿con unos pocos centenares de hombres? os deseo mucha suerte, mi apreciado justicus...*

*—No le hará falta la suerte —susurró Mia—. El desmayo, ¿comprendes? Las medidas de las notas de Carlota bastaban para poner a dormir a docenas. Si Osrik o Ashlinn lo vierten en el banquete de iniciación, Casio caerá igual que todo el mundo, tenebro o no.*

*—... pero tric estará en el banquete. olerá el veneno, ¿verdad?...*

*El corazón de Mia le saltó a la garganta. El estómago se le congeló.*

*—Por el abismo y la sangre...*

*Había bajado de las vigas antes de que Don Majo pudiera proferir otro susurro. Se dejó caer al entrepiso, amortajada de nuevo en su capa de sombras para ser solo un borrón oscuro sobre las paredes de la Porqueriza. La Segunda Centuria marchaba ya hacia el entrepiso, seguida de Remo y su primado. Los hombres bajaron la escalera con paso pesado hacia el estanque de sangre, en fila de a dos.*

*Mia los siguió escalera abajo, oculta bajo su capa de sombras, que volvía el*



mundo apagado y negro. Había lámparas arkímicas en las paredes, y Mia siguió su luz hasta el fondo de la Porqueriza, cuyo aire estaba cargado del olor pungente de la sangre. Oyó salpicaduras, agitación, burbujeo. Se movió sigilosa, de puntillas a lo largo de la pared hasta más allá de la hilera de soldados que esperaban para entrar en el baño de sangre. Los glifos de la piedra emitían un leve zumbido y la energía vibraba en el aire mientras el centurión Alberio ladraba sus órdenes. Seguro que ninguno de ellos había visto nunca los nismos de sangre ashkahi, pero Mia tuvo que reconocerles que todos se sumergieran en el estanque de Adonai como les ordenaban. Cerraban los ojos, musitaban sus oraciones y, con una oleada de magya ashkahi, desaparecían uno tras otro.

Todos los ojos estaban puestos en el vórtice arremolinado o en los glifos garabateados en sangre por las paredes. Mia se planteó esperar a que hubiera cruzado toda la Segunda Centuria: así era probable que pudiera aprovechar para cargarse a Remo. Pero pensó en Tric. En el veneno. En el banquete. Si Ashlinn y Osrik habían traicionado a la iglesia, tenían buenos motivos para matarlo, y ese pensamiento la llenó de un miedo que ni Don Majo pudo devorar del todo.

«Negra Madre, qué ciega he estado.»

La sangre rodaba y oleaba. Tiraba de los soldados hacia la corriente. A pesar de su arrogancia, Mia no podía imaginarse a Adonai traicionando a la iglesia. Tenían que estar forzándolo. En cualquier caso, Mia necesitaba saber qué estaba pasando. La venganza podía esperar.

Las personas a las que quería eran más importantes.

No pudo evitar un sentimiento de admiración por la ironía. Si se hubiera convertido en el monstruo que quería la iglesia, si hubiera matado a ese chico sin nombre y la hubieran aceptado para la iniciación, no se habría enterado de

lo que tramaban Ashlinn y Osrik. Estaría sentada en el banquete en ese mismo instante, envenenándose con los otros discípulos y el Sacerdocio.

En vez de eso, era la única que podía salvarlos.

Mia recorrió poco a poco la pared de la cámara de sangre y se metió en el estanque hasta que el enfermizo calor le llegó a la cintura. No sabía si la Caminata podían hacerla dos personas a la vez. Pero sabía que la sangre de Adonai estaba mezclada con la de aquel baño, que el orador podría sentirla junto al soldado que vadeaba a su lado.

¿Sabría el orador que era una aliada? ¿Sería capaz siquiera de...?

El rojo se alzó. El suelo desapareció bajo los pies de Mia. Se vio absorbida, incorporada a la corriente, rodando y retorciéndose, con sangre en la boca. Arrastrada por aquella espantosa resaca que amenazaba con dejarla hundida para siempre. Nadó hacia la luz de arriba. Le ardía el pecho. Le martilleaba el corazón. Hasta que por fin...

Notó la piedra bajo los pies. Se levantó despacio hasta que su cabeza asomó a la superficie y la sangre le goteó en los ojos. Un legionario Luminatii salió con violencia de la corriente a su lado, escupiendo y tosiendo mientras sus compañeros lo ayudaban a levantarse y recobraba el equilibrio. Los hombres que había en la cámara estaban pintados de la cabeza a los pies en escarlata, y en todos sus rostros se leía un silencioso horror. Los dominios ensangrentados de Adonai solo podían estar confirmando todas las horripilantes historias que hubieran podido escuchar sobre los adoradores de Niah. Era comprensible que consideraran la iglesia una herejía. Comprensible que Scaeva y Duomo pudieran pintarlos como enemigos.

«Desde fuera, yo pensaría lo mismo de nosotros.»

Mia parpadeó y se limpió la sangre de los ojos.

«Nosotros.»

Con la capa de sombras aún ocultándola, se mantuvo sumergida,

levantando la cabeza solo lo justo para respirar. Como siempre, Adonai estaba arrodillado ante el estanque. A su lado había una docena de Luminatii ensangrentados, con porras de jabí en las manos. A Mia se le aceleró el pulso al sentir una sombra conocida detrás del orador.

«Osrik.»

El chico estaba agachado en la piedra, con una hoja larga y serrada en la mano. A sus pies, Mia distinguió otra figura, a la que habían privado de su habitual túnica negra. Deforme y lastimera, con la piel quebrada y podrida, atada como una cerda lista para la matanza. Tenía las manos sujetas por las muñecas, todos los dedos rotos y los ojos rosáceos cerrados. Pero los movimientos regulares del pecho de su sombra informaron a Mia de que la tejedora no estaba muerta... y de que era la amenaza de la hoja de Osrik en el cuello de Marielle lo que empujaba a Adonai a aquella locura.

«El orador está con nosotros. Algo es algo.»

La mente de la chica estaba revolucionada con el puzle que se le planteaba.

Aunque el sentimiento de culpa la destrozaba, no tenía sentido correr escalera arriba, porque lo que tuviera que pasar en el Altar del Cielo ya había ocurrido. Por lo menos, el veneno que estarían usando Ash y Osrik era solo desmayo y nadie moriría al instante. Estaba claro que los Luminatii querían prisioneros. Tortura. Interrogatorios. Crucifixiones públicas. Eso era lo que esperaba a la jerarquía de la Iglesia Roja más adelante. Pero de momento, a Casio y el Sacerdocio les quedaba mucho tiempo de vida. Y en consecuencia, quizá a Tric también.

Miró a Adonai, que cantaba sobre el estanque arremolinado. Comprendió que podría matarlo. Con solo rajarle la garganta allí mismo, dejaría aisladas a las tropas que ya estaban en la montaña y cortaría el paso a las de fuera. Pero hacerlo acabaría con el recurso más valioso que la Iglesia Roja tenía en su

arsenal. Sin la Caminata de Sangre, la iglesia quedaría mutilada, sus capillas aisladas.

Sin embargo, ¿debería importarle?

¿Salvar a Tric y Naev no merecía esa pérdida?

Bajo la sangre, metió la mano en la manga y desenvainó su daga de hueso de tumba. Vio que Adonai se tensaba y hurtaba una mirada en su dirección.

«Sabe que estoy aquí.»

Adonai devolvió su atención a la piscina y siguió salmodiando y haciendo cruzar a más y más horrorizados y empapados Luminatii, pero Mia habría jurado que lo vio menear la cabeza. Y con un gesto casi imperceptible de la mano que identificó como deslenguado, el orador le dejó claros sus pensamientos.

*ni lo intentes*, señaló.

Una posibilidad menos, pues. No podría matarlo con sigilo y por sorpresa y, si Adonai decidía oponerse a ella, podría revelar su presencia en el instante en que actuara contra él. Fiel a su carácter, el orador valoraba su propia piel por encima de cualquier otra entre aquellos muros.

«Vale, pues. Qué le vamos a hacer.»

Mia se agazapó en la sangre y observó a decenas de legionarios más hacer la Caminata. Cuando se reunió todo el grupo, cien hombres en total, el centurión Alberio les ordenó que se desplegaran por todo el nivel y aseguraran escaleras, puertas y pasillos. Con sus hombres ya obedeciendo, el centurión se dirigió a uno de sus reclutas más jóvenes.

—Informa al justicus de que la posición es segura.

Por debajo del escarlata que ya se secaba, Mia vio que el chico perdía todo el color del rostro ante la perspectiva de volver a meterse en aquel horrible estanque. Pero vadeó por el rojo y desapareció con la corriente. Mia lo vio

partir y devolvió la mirada a Adonai. Era su última oportunidad de aislar las tropas. Si el orador moría antes de que la Primera Centuria pudiera cruzar...

La sangre se alzó a su alrededor y la resaca le tiró de los talones. Trastabilló y se agarró al borde del estanque, manchando el mármol de rojo. Adonai volvió a hacer una levísima negación de cabeza y movió los dedos.

*ni se te ocurra*

Mia hizo rechinar los dientes. Vio cómo la Primera Centuria empezaba a hacer la Caminata. Hombre tras hombre, minuto tras minuto, sacados a rastras de la sangre por sus compañeros. Y en último lugar, alzándose del rojo, Mia vio al hombre a quien llevaba soñando con matar seis largos años. Apartó a los soldados que intentaban ayudarlo y salió del estanque, derramando grandes chorros de sangre en la piedra. Sangre de color rojo oscuro, enmarañada en su barba, cayéndole por la espalda. Unos hombros tan anchos como el mismísimo Monte Apacible.

El justicus de las legiones Luminatii se acercó al orador Adonai con una mueca de repugnancia.

—Paganismo —gruñó—, paganismo y herejía.

Adonai no dijo nada y sostuvo la mirada del justicus sin inmutarse. Con una sonrisa en sus bonitos labios. Remo se limpió la sangre de la cara y habló a su segundo mientras un ayudante empezaba a ceñirle una bella armadura de hueso de tumba.

—Centurión, informad.

—El nivel es nuestro, justicus. Primera y Segunda Centurias en posición.

—Excelente. —Señaló a Adonai—. Atad bien fuerte a este cabrón apóstata.

Unos soldados marcharon hacia él, con cuerdas ensangrentadas en las manos. Tiraron a Adonai al suelo y le ataron las manos y los pies tras la espalda, como un ternero esperando la matanza. Le metieron un trapo en la

boca y le vendaron los ojos con otro. Un soldado le dio una patada, ya que estaba, pero Remo lo detuvo con una mano levantada.

El justicus miró a Osrik y le habló con brusquedad.

—¿Qué hay del Sacerdocio?

—Ashlinn sabía lo que se hacía —respondió Osrik—. Estarán todos bien atados como cerdos para la Gran Ofrenda cuando lleguéis al Altar del Cielo, no temáis.

—Espera aquí hasta que volvamos con ese elogiado Señor de las Hojas y su rebaño impío. —Señaló a Adonai—. Si este hereje tiembla siquiera de alguna forma que no te guste, empieza a cortar cachos de su hermana hasta que aprenda educación.

Osrik asintió con la cabeza. Adonai se tensó al oír la amenaza, pero por lo demás se quedó quieto.

Ya equipado con armadura completa, Remo miró a sus hombres, adustos y empapados de sangre. Se llevó la mano al cinto y desenvainó una espada larga de hueso de tumba, con una hermosa talla de cuervos volando en el pomo y la guarda. Mia entornó los ojos al reconocerla: era la que estaba colgada en el estudio de su padre junto a su colección de mapas.

«¿Cuánto más puede quitarme este hombre ya?»

—Mis rectos hermanos —empezó a decir Remo—. Hoy descargaremos un golpe sobre una blasfemia que lleva décadas ennegreciendo nuestra gloriosa república. Debemos llevar vivos a los sacerdotes de esta iglesia impía a Tumba de Dioses para interrogarlos, pero no mostréis la menor piedad con ningún otro cabronazo adorador de la noche que encontréis entre estas paredes. Somos la Mano Derecha de Aa y hoy pondremos de rodillas este nido de herejía.

El justicus sostuvo su hoja robada contra la frente e inclinó la cabeza. Los

legionarios de toda la cámara hicieron lo mismo y sus labios se movieron al unísono.

—Escúchame, Aa. Escúchame, Padre. Tu fuego, mi corazón. Tu luz, mi alma. Por tu nombre, y tu gloria, y tu justicia, marchó. Brilla sobre mí.

Remo levantó la cabeza. Asintió a sus hombres.

—*Luminus Invicta.*

# CAPÍTULO 33

## PASOS

Esperó.

Aunque su mente rebosaba de imágenes de lo que podría estar sucediendo arriba, aunque su sangre hervía al pensar en la traición de Ashlinn, aunque tenía su venganza de Remo al alcance de la mano y no estaba saboreándola, esperó. Si los Luminatii apresaban a Casio y a la reverenda madre, todos los acólitos de la Iglesia Roja correrían peligro. Sus amigos. Mercurio también. Su primer paso tenía que ser por fuerza impedir que Remo escapara. Casio y Drusilla no podían caer en manos del Confesionato.

De modo que se quedó oculta en la sangre. Maldiciéndose por tonta. Ya estaba segura: Ash había matado a Loti y luego había intentado inculparla a ella del asesinato. Todos los momentos juntas, todas las palabras que había pronunciado, eran mentiras. Hasta Chss se lo había advertido, aquella nuncanoché en el Salón de las Verdades.

*tienes un solo amigo entre estas paredes*

*no era carlota*

*no son tric ni ashlinn*

*y no soy yo*

Ese amigo acechaba en las sombras de la cámara, observando con sus ojos. Remo y sus tropas se habían marchado. Pero seguían quedando una



docena de Luminatii en la cámara del orador, que se habían puesto ornamentadas armaduras de cuero, con el símbolo de Aa labrado. Eran armaduras gruesas, con hebillas de madera y sin remaches ni clavos por ninguna parte, sin duda confeccionadas a propósito para el asalto. La mitad vigilaban a Adonai y Marielle, y los otros seis estaban en el umbral, de guardia mirando hacia el pasillo. La tejedora seguía inconsciente, con Osrik agachado a su lado y su hoja cerca del cuello.

«Empieza por el principio.»

Mia no veía muy bien bajo su capa de todos modos, así que cerró los ojos. Llamó a las sombras de la cámara. Al igual que había ocurrido con los maniquíes de paja en el Salón de las Canciones, sentía esas sombras como se sentía a sí misma. Recordó lo que era ser de nuevo esa chica de catorce años. Hacer añicos la estatua de Aa fuera de la Basílica Grande. Pasar entre las sombras como un espectro. Pero sobre todo, recordó al hombre que había ayudado a que todo empezara, el que había hecho ahorcar a su padre, encadenar a su madre, el que había matado a su hermano antes de que pudiera andar siquiera.

Separó los brazos bajo la sangre. Extendió los dedos. En la penumbra titilante, se hizo con las sombras que había a los pies de los legionarios. Las torció en ganchos y las clavó en las botas de los soldados. Y con todo el sigilo que pudo, se alzó del estanque de Adonai.

Comprendió su error al instante. Aunque ella seguía oculta bajo su capa de sombras, la sangre que la recubría no. Y al izarse al borde, el escarlata salpicó la piedra y unas huellas sanguinolentas aparecieron bajo sus manos. Los legionarios se volvieron hacia el sonido y Osrik arrugó la frente.

Confusión. Titubeos.

Fue suficiente.

Mia pasó a la sombra que tenía debajo y

salió de

la sombra

en la pared

detrás de Osrik

Un legionario vio movimiento con el rabillo del ojo y dio la alarma, pero para entonces el puñal de Mia estaba enterrado ya hasta la punta entre el cuello del chico y su brazo de la espada y había seccionado los tendones. Osrik chilló, su hoja cayó de entre dedos laxos y Mia le dio un rodillazo en la mandíbula que lo estrelló contra el suelo. Mia recogió la daga del chico y al instante

ya estaba

pasando a

la oscuridad a sus

pies y saliendo de las sombras detrás de otro legionario, al que cortó los tendones de las corvas con su hoja y dejó tendido en el suelo. El hombre que había al lado intentó darle un porrazo y ella se inclinó hacia atrás. El golpe pasó silbando junto a su mentón y Mia entró en su guardia y le hundió la rodilla en la entrepierna con la fuerza suficiente para que todos los hombres presentes hicieran una compasiva mueca de dolor. Los soldados gritaron, pero al intentar embestir contra aquel horror cubierto de sangre del baño del teúrgo, descubrieron que sus botas no querían levantarse de la piedra.

Mia podía sentirlo. El poder de la noche palpitaba bajo su piel. La hambrienta Oscuridad. La mismísima Madre, la diosa que la había marcado, mirando con ojos negros a aquellos hombres que invadían su territorio sagrado.

Y estaba furiosa.

Derribó a uno, luego a otro, recogió una porra y la descargó contra mandíbulas y nuca, saltando entre manchas de oscuridad y dejando solo huellas ensangrentadas a su paso. Eran hombres de la mejor cohorte de la legión, porque Remo no había sido tan estúpido como para llevar chavales nacidos de la médula o hijos de senadores con él al Monte Apacible. Pero enfrentados a aquel horror ensangrentado, a sus ojos negros, su sonrisa salvaje y sus manos muy muy rojas no tardaron en caer presas del pánico.

—¡Las botas! —gritó uno—. ¡Quitaos las botas!

Las sombras agarraron sus porras y ahogaron sus gritos mientras Mia los iba tumbando uno por uno. Los camaradas próximos que oían sus gritos y acudían a investigar sufrían el mismo destino: morían por los feroces tajos de Mia o cuando les abría los cuellos. Hasta que solo quedó uno, un hombre con rizados oscuros y pringados de sangre, que tropezó y cayó de costado al quitarse las botas y se arrastró contra la pared, con los ojos desorbitados de terror mientras aquel daimón del abismo salía de las sombras ante él. Cuchillo ensangrentado en una mano. Porra ensangrentada en la otra. El cabello enganchado como hierba negra a la carnicería que cubría su rostro.

Y entonces el monstruo abrió la boca. Y habló con voz de chica.

—Lo siento.

La hoja cayó.

Alzándose entre la carnicería que había desatado, Mia oyó un gemido y miró hacia Osrik, que intentaba levantarse del suelo. Fue hacia el chico vaaniano, le dio un fuerte puntapié en la cabeza y lo hizo caer de nuevo a las

losas. Mia se arrodilló junto a Marielle, comprobó que aún respiraba y le cubrió la piel torturada con los andrajosos restos de su túnica. Luego se acuclilló al lado de Adonai y midió las palabras al hablar.

—Orador, soy Mia. Ahora voy a desataros. Vuestra hermana está sana y salva. Veáis lo que veáis, necesito que no asesinéis a nadie durante un par de minutos, ¿de acuerdo?

Adonai gruñó por respuesta y asintió con la cabeza. Mia le cortó las ataduras y le quitó la mordaza y la venda de los ojos. Al instante el orador ya estaba de pie, con el rostro crispado y las manos levantadas. Se alzaron tentáculos de sangre del estanque, retorciéndose como serpientes, puntiagudos como lanzas. Los ojos del albino cayeron en su hermana, en el chico de al lado que había amenazado su vida.

Osrik intentaba levantarse otra vez, gimiendo y agarrándose la mandíbula. Adonai levantó las manos por encima de la cabeza, con los dedos curvados como un titiritero sobre una marioneta. Emergieron bucles sangrientos latigueando desde el estanque, que asieron las muñecas y los pies de Osrik, los arrastraron por las losas y lo hundieron en el rojo.

—¡He dicho que no lo matéis!

Mia agarró el brazo del orador y lo volvió para encararlo a ella. Con un movimiento de sus dedos, Adonai enrolló otro látigo de sangre en el cuello de Mia y la levantó del suelo. La chica dio un respingo, ahogándose y dando patadas en el aire. Una docena de sombras asieron los miembros de Adonai y otras dos, con los extremos en forma de puntas afiladas, se quedaron flotando a escasos centímetros de sus ojos.

—Suéltame —graznó Mia—. Acabo de salvarte la vida. A ti y a tu hermana. Estamos en el mismo condenado bando. Y necesitamos vivo a Osrik para averiguar qué está pasando arriba.

—¿Acaso no es evidente? —ladró Adonai—. Los Luminatii han venido

para aprehender a mi señor Casio. ¿Qué más necesitamos saber?

—Déjame. En. El. Suelo. Cabrón.

Adonai hizo una mueca de desdén. Pero la presión en el cuello de Mia remitió y el tentáculo la posó con suavidad en la piedra antes de retirarse al estanque. El orador hizo un ademán y Osrik emergió, jadeando, con sangre burbujeando en los labios al susurrar...

—Mia, por favor.

... antes de volver a hundirse de golpe en la sangre.

—Adonai, Marielle y tú tenéis que salir de aquí.

—¿Y adónde vamos a ir? —espetó él—. Ha surgido una traición en nuestro seno. A buen seguro, los Luminatii conocen la posición de todas las capillas desde aquí hasta Tumba de Dioses a estas alturas.

—Pero no significa que las hayan atacado todas. Lo más seguro es que no lo hayan hecho para no revelar su jugada. Mi señor Casio es el premio, y hay que impedir que lo lleven a Tumba de Dioses. Si tú no estás, solo les queda una ruta para volver a la civilización.

—Los Susurriales —dijo Adonai.

—Exacto. Así que deja de dar por culo y lárgate de aquí.

—¿Y qué harás tú, pequeña tenebra? ¿Destruir un ejército tú sola?

—Eso es problema mío, ¿o no?

—... *problema nuestro...*

Los ojos de Adonai no abandonaron los de Mia. Su voz llegó fría y dura como la piedra.

—Esta rata ha amenazado a mi hermana amada, hermana mía, pequeña tenebra. De estar yo en tu lugar, y necesitado de su conocimiento, créeme que formularía raudas mis preguntas.

Adonai hizo un gesto perezoso con la mano. Osrik volvió a emerger del baño de sangre, tosiendo y borbotando, apenas consciente.

—Osrik, ¿me oyes?

—Mia, por f...

—Cierra el puto pico, asqueroso de mierda —rugió ella—. Tienes una sola oportunidad de salir vivo y es decirme lo que quiero saber, ¿entendido?

—Yo... —El chico escupió y tosió entre náuseas—. Sí.

—Habéis envenenado el banquete de iniciación. ¿A todos, Casio, el Sacerdocio y los iniciados?

El chico asintió con la cabeza y le cayó el pelo empapado en sangre sobre los ojos.

—Sí.

—¿Ninguno de ellos está muerto?

—Eh... no. Hemos usado una especie de desmayo. Hicimos que Carlota nos preparara una dosis especializada que actuaría más deprisa de lo normal. Remo quería vivo al Sacerdocio para in... interrogarlos.

—¿Y qué hay de Tric? Habría olido el desmayo en la comida a un kilómetro de distancia. ¿Cómo habéis evitado que se dé cuenta?

Osrik no dijo nada. Meneó un poco los labios mientras pensaba.

—¿Osrik?

—Ashlinn, hum...

Entonces Mia lo supo. Lo oyó en su voz. Se le cayó el corazón a los pies. Recordó cómo se había sentido en sus brazos. Cómo la había besado.

Mia no lo había amado, pero...

No.

No lo había amado.

Abrió los ojos. Miró a Adonai. Respiró hondo.

—Es todo lo que necesitaba saber.

—Mia, n...

El gimoteo de Osrik se lo tragó el estanque cuando el chico se hundió

hacia su muerte.

—... *mia*, *debemos movernos*...

Mia asintió con la cabeza al no-gato y se tomó un momento para pensar.

—Adonai, tenéis que salir de aquí. Ya.

El orador la miró durante un prolongado momento, en el que no hubo más sonido que el tenue chapoteo de su estanque. Pero entonces llevó la mano a su cuello, agarró un vial de plata que colgaba de una cinta de cuero y lo arrancó. Mia lo reconoció: era del mismo tipo que el que llevaba Naev en el desierto. Del mismo tipo que había en las hornacinas de los aposentos de la reverenda madre.

—Mi *vitus* —dijo Adonai—. Si tuvieres la bienandanza de triunfar, derrámala en el suelo y escribe como si el rojo fuese una tabilla y tu dedo el pincel. Lo sabré.

—Vete.

Adonai levantó a su hermana del suelo, bajó los peldaños de mármol y se introdujo en el flujo arremolinado. La sangre pareció adherirse a él al andar, y unos minúsculos zarcillos se alzaron de la superficie y lo acariciaron mientras pasaba. Se volvió hacia Mia y asintió con la cabeza una vez.

—Buena fortuna tengas, pequeña tenebra. Precisarás de ella.

—Cuando se despierte, cuenta a Marielle lo que ha pasado aquí. Dile que está en deuda conmigo.

Adonai negó con la cabeza y sonrió.

—A los muertos no se les debe nada.

Empezó a salmodiar deprisa, canturreando notas discordantes al estanque como un padre a su bebé dormido. La sangre cantó en respuesta y, con una inundación de rojo y hierro, los dos desaparecieron bajo el oleaje. La superficie quedó lisa como la de una represa. Ni una sola ondulación señaló su marcha.

Mia se escurrió el pelo. Vació las botas de sangre tan bien como pudo y se guardó la hoja serrada de Osrik en la espinilla. Don Majo no dejó de mirarla, quieto y callado. Pero finalmente, susurró:

—... *lamento lo de tric...*

—No tienes nada que lamentar.

—... *sentiste lo que sentiste, mia. no hay necesidad de negarlo...*

—No estoy negando nada.

Una pausa, seguida de un quedo susurro.

—... *tampoco hay necesidad de mentir...*

**E**l coro no se oía.

Fue lo primero en lo que reparó Mia al abandonar los dominios del orador e internarse en la oscuridad de la montaña. La melodía fantasmal que la había acompañado en todo momento entre aquellas paredes había desaparecido. Sus pisadas dieron la impresión de sonar más fuerte y su respiración le raspaba en los oídos. No estaba bien. Era como una astilla bajo su piel. Un silencio tan alto que ensordecía.

En el extremo opuesto del nivel había dos Luminatii de guardia frente a la escalera ascendente. Pero sus miradas estaban puestas hacia arriba, por supuesto, esperando a que volvieran el justicus y sus hombres. Mia se acercó a hurtadillas, tan silenciosa que habría llenado de orgullo a Mercurio y a Ratonero. Fue menos que un susurro cuando se alzó a sus espaldas. Más que un borrón cuando su hoja de hueso de tumba abrió a un hombre de oreja a oreja y se clavó en el corazón del otro cuando se volvía para ver caer a su compañero.

El soldado trastabilló y se derrumbó hacia atrás contra la escalera, con una mano en el pecho. Buscó en la oscuridad lo que lo había matado. Y entonces



Mia echó a un lado su capa, solo para que pudiera verla. Para que viera a la flaca y pálida chica empapada de negro y rojo, su máscara de sangre secándose, los ojos de debajo. Para que viese la sombra de un chico muerto en sus pupilas cuando Mia le tapara la boca con la mano, le rajara el cuello y susurrara:

—Escúchame, Niah. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Esta vida, este final, mi presente para ti. Tenlo cerca.

El no-gato que la acompañaba se hinchó y ondeó, bebiendo a grandes sorbos el último terror del soldado. Y Mia pudo sentirla por todo su alrededor. La Oscuridad. Susurrando. Animándola.

Estaba satisfecha.

Mia separó los brazos e hizo levantarse las sombras, que envolvieron los cadáveres y se los llevaron a la oscuridad. Casi deseó poder quedarse para ver cómo volvían sus camaradas y encontraban solo manchas de sangre para señalar su muerte. Para ver cómo enraizaban las primeras simientes del miedo, cómo aquellos hombres comprendían lo lejos que estaban de casa. Que la Oscuridad de aquel lugar no solo estaba furiosa. Estaba hambrienta.

Corrió escalera arriba, encontró otros dos soldados al final y les regaló el mismo fin que a los de abajo. Qué pequeños parecían en la panza de la montaña. Sin sus hojas solares, su malla blanca y sus capas como ríos carmesíes. No eran más que hombres diminutos, cuya fe en Aquel que Todo lo Ve no bastaba para protegerlos de su esposa. De aquella a quien su esposa había marcado. Aquella a quien había elegido, en aquella su casa. En su altar. En su templo.

Mia casi había llegado al Salón de las Elegías cuando la descubrieron. Había acabado con dos legionarios sin hacer ruido, pero no reparó en otros dos que bajaban desde un nivel superior. Oyó bramidos de alarma y se volvió a tiempo para ver a los Luminatii que cargaban contra ella. Adoptó una

postura baja y rajó a uno desde la rodilla a sus partes, abriéndole la arteria femoral para dejarlo desangrándose en el suelo. El segundo le atizó en la sien con su porra y Mia se tambaleó. Le atrapó los pies en oscuridad, pasó tras él y le clavó su hoja doce veces en la espalda. Pero empezó a oír más gritos, más pies corriendo.

Bajaba media docena de Luminatii por la escalera en su dirección, entre ellos Alberio, el comandante de la centuria en persona. Podría haberse embozado en su capa de sombras y tal vez cruzarse con ellos sin que se dieran cuenta, pero pensó en la traición de Ashlinn, en lo que le había hecho a Tric, en aquellos hijos de puta invadiendo el lugar que había pasado a considerar su casa... y le ardió el pecho con una intensidad que casi la asustó.

Se acabó huir. Se acabó esconderse.

—Muy bien, cabronazos —susurró—, seguidme.

Los legionarios la vieron y dieron voces de advertencia. Mia desenfundó su daga de hueso de tumba y empuñó la hoja de Osrik con la otra mano. La sangre seca de sus labios se resquebrajó al enseñar los dientes y las sombras que la rodeaban se retorcieron cuando arremetió escalera arriba para enfrentarse a ellos. Alberio y el legionario que tenía al lado eran anchos como casas, y alzaban las porras y los escudos. El centurión la miró con los ojos entrecerrados y, pese a la penumbra, reparó en la hoja que llevaba en la mano, la misma que se había cobrado su ojo. Por fin el reconocimiento se reflejó en su rostro.

—Eres... —susurró. El centurión se tocó la frente con tres dedos y los sostuvo en alto frente a Mia. Vociferó—: *¡Luminus Invicta!*

Mia dio un grito inarticulado y notó cantar su corazón cuando alzó sus hojas. Los Luminatii rugieron en respuesta y se lanzaron escalera abajo hacia el daimón ensangrentado, levantando sus porras y abriendo mucho los ojos cuando la chica pasó

de la sombra que

tenía a

los pies

a

la sombra a sus espaldas

siguió corriendo.

Los Luminatii se detuvieron de sopetón y el soldado más rezagado la vio desaparecer escalera arriba. A una voz de Alberio, se reemprendió la cacería, por los pasillos más anchos y hacia el interior de la montaña en sí. Mia vio más Luminatii por delante, corriendo hacia ella. Apretó el paso y sus hojas relucieron. Y cuando la alcanzaron, con las porras alzadas y los dientes desnudos, de nuevo se les escurrió

a través de las sombras

y salió

de la oscuridad a sus espaldas.

Dieron media vuelta y la vieron, anonadados, doblada sobre sí misma, permitiéndose recobrar el aliento. Los furiosos gritos de Alberio llegaron desde la lejanía. Y después de enderezarse, Mia alzó los nudillos, les lanzó un beso y siguió corriendo.

Había treinta hombres persiguiéndola cuando llegó. Sonaban más gritos a lo largo y ancho de la montaña, y se oían más zancadas en su dirección. Mia echó un vistazo rápido hacia atrás y vio la ira y el asesinato en sus miradas antes de plantar las suelas para detenerse junto a una puerta doble inmensa, colarse dentro, cerrar las puertas a su espalda, volverse y correr.

Hacia la oscuridad del *athenaeum*.

Los Luminatii irrumpieron en la biblioteca, abriendo de golpe los portones y topando con el carrito de madera de DEVOLUCIONES que, con más bien poco cuidado, al parecer, alguien había dejado justo detrás de la puerta.

El carrito se volcó, se rompió contra la piedra y decenas de tomos salieron abiertos por cualquier página, resbalando, rebotando. Alberio, con el rostro enrojecido, entró a zancadas en la biblioteca y apartó el carrito de una patada, enviando más libros por el estrado mientras sus soldados se desplegaban a derecha e izquierda. Escrutó la oscuridad, con un negro ceño en el semblante.

Y de algún lugar en el bosque de páginas y estanterías,

llegó un estruendoso

e inquietante

rugido.

—Por Aquel que Todo lo Ve, ¿qué ha sido eso? —preguntó un soldado.

—¡Dispersaos! —ordenó el centurión—. ¡Encontrad a esa zorra hereje y destripadla!

Veintinueve saludos golpearon contra veintinueve pechos. Los Luminatii marcharon escalera abajo y se metieron entre los estantes con las armas levantadas. En silencio, se dividieron en pequeñas columnas de seis hombres, se separaron y registraron un pasillo tras otro. Alberio lideraba un grupo de sus mejores hombres, que buscaban con los ojos entrecerrados en cada hueco y cada rincón. Debía de haber mantenido la mentira durante seis años. Nuncanoches en vela preocupándose por si el giro siguiente Scaeva

descubriría que la hija de Corvere seguía con vida. Y tenía delante no solo la ocasión de vengar la pérdida de su ojo, sino también de acabar con el temor de que su fracaso saliera a la luz.

Me pregunto si se sintió afortunado en ese momento.

Allá en la negrura, sonó otro rugido.

Ya más próximo.

—¿Centurión? —dijo uno de sus hombres—. ¿Qué es eso?

Alberio se detuvo y buscó en la oscuridad. Levantó la voz para que sobrepasara las estanterías.

—¿Graco? ¿Belcino? ¡Informad!

—¡Ni rastro, señor!

—¡Nada, señor!

Otro rugido. El sonido de algo pesado acercándose.

Acercándose más.

El buen centurión pareció preocuparse. Quizá la duda se impusiera a su fervor inicial. Y justo cuando abría la boca para hablar, oyó unas suaves pisadas, notó una ondulante brisa y oyó un rugido de dolor. Al volverse, vio que uno de sus legionarios intentaba tapar con la mano una cuchillada en su espalda y que una chica menuda y morena lo miraba desde una máscara de sangre a medio secar.

—Buen giro tengáis, centurión —dijo la chica.

—¡Está aquí! —bramó Alberio.

La chica sonrió y le lanzó con suavidad algo al pecho.

—Un regalo para vos.

El centurión alzó el escudo y desvió el objeto con un golpe. Se dio cuenta de que era un libro antiguo, encuadernado en cuero y polvoriento. La encuadernación cedió y se soltó una veintena de páginas. El tomo resbaló por el suelo, dejando atrás una estela de sus entrañas.

—... *nada recomendable*... —dijo una voz susurrando.

—¡Matad a esa put...!

Algo se encabritó por encima de las estanterías. Algo enorme, de muchas cabezas y monstruoso, todo hocicos romos y piel correosa y mandíbulas llenas de, oh, demasiados dientes. Los Luminatii gritaron —hubo que reconocerles que no de alarma, sino a modo de advertencia— y alzaron sus escuditos y sus mondadientes sin dejar de rugir a sus compañeros de otros pasillos. Y entonces ese algo cayó sobre ellos y envolvió al centurión Alberio con sus, oh, tantísimos dientes y lo sacudió como haría un perro con un huesecito particularmente triste y ensangrentado.

Llegaron soldados corriendo. Marcharon soldados chillando. Más algos se alzaron sobre los estantes, enormes y ciegos, y empezaron a dar dentelladas y rugir y desmembrar a los hombrecillos, pero sin perturbar ni una sola página de un solo estante.

Mia salió de las sombras de la balaustrada, de vuelta en la antesala. Se quedó de pie junto a un anciano, encorvado como un signo de interrogación, que estaba mirando el espectáculo apoyado en el pasamanos.

—Una chica con una historia que contar. —Aelio sonrió.

—Eso dicen.

—¿Cigarrillo?

—Puede que luego.

Y desapareció.

# CAPÍTULO 34

## PERSECUCIÓN

Se coló en el Salón de las Verdades y lo encontró desierto, lleno solo de la tenue luz que brillaba en las paredes de cristal verde. Pero después de forzar con cautela la cerradura y hurgar en el escritorio de Mataarañas, encontró las tres bolsas de vydriaro. Habían usado casi todos los orbes de ónice, pero los saquitos que contenían el vydriaro de perla y de rubí estaban casi llenos. Dos bolsas llenas de desmayo y del fuego arkímico de Mataarañas.

«Bastarán.»

Después fue al Salón de las Canciones, con una sola parada para asesinar con sigilo a otros dos Luminatii que encontró apostados en el Salón de las Elegías. Corrió frente a las tumbas sin lápida, intentando no imaginarse a Tric tendido en una de ellas. Convirtiendo la pena de su pecho en rabia. A media escalera, encontró los cuerpos apaleados de manos asesinadas. En la cima, halló otra docena de cadáveres, Marcelo y Pedro entre ellos, con los ojos muy abiertos sin ver nada en absoluto.

No había tiempo de rezar.

No había tiempo de que le importara.

Corrió al interior del salón de Solis y se puso un pesado jubón de cuero para prácticas encima de su camisa ensangrentada. Buscó en los aparadores y se llenó las botas de dagas, además de ceñirse un buen gladio afilado al cinto,

echarse una bandolera de cuchillos arrojadizos cruzada al pecho y colgarse una ballesta y un carcaj en la espalda.

—Por los dientes de las Fauces...

Se giró hacia el susurro con la ballesta alzada y las sombras a su alrededor extendidas. Vio figuras con túnicas negras en el rellano de la escalera, apenas media docena en total. Entre ellas, entrevió una media melena de cabello rojizo, una cara hermosa, ojos verdes de cazadora.

—¿Jessamine?

—Corvere —siseó la chica—. En nombre de la Madre, ¿qué haces tú aquí?

Una silueta con el rostro velado salió de entre el grupo con una sonrisa en los ojos.

—Naev se alegra de verla —dijo.

—¡Diosa, estás bien!

Mia cruzó el salón a la carrera y rodeó con sus brazos a la mujer. Pero Naev se encogió en el abrazo de Mia y la apartó con un gemido. Mirando alrededor, Mia se dio cuenta de que casi todo el grupo tenía heridas. Jessamine sangraba mucho por un corte encima del ojo y llevaba el brazo en un improvisado cabestrillo, y algunos otros tenían muñecas o costillas rotas. Naev resollaba, agarrándose el costado.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Los hijos de puta nos han atacado en horda. —Jessamine hizo un gesto de dolor y se quitó la sangre de los ojos—. Sin previo aviso. Han asesinado a todas las manos y discípulos que han encontrado. ¿Cómo abismos han podido entrar? ¿Dónde está el Sacerdocio?

—Supongo que presos ya —dijo Mia—. Ashlinn y Osrik nos han traicionado. Han envenenado el banquete de iniciación. Han matado a Tr...

Mia mordió el nombre. Negó con la cabeza.

—¿Ashlinn? —susurró Jessamine—. ¿Osrik? Pero si son acólitos ungidos.



—Venganza por su padre. —Mia sacudió la cabeza—. Da lo mismo. El justicus Remo está aquí con dos centurias. Han apresado a mi señor Casio y al Sacerdocio. Pretenden llevárselos de vuelta a Tumba de Dioses para torturarlos y ejecutarlos.

—Pues son unos necios, si se atreven a desafiar a los acólitos de Niah en su hogar. —Naev se volvió hacia las otras manos—. Armaos. Hojas y ballestas.

—¿Pretendes que luche junto a ella? —Jessamine fulminó a Mia con la mirada—. ¿Después de que matara a Diamo? Me parece a mí que no, joder.

—Debemos mantenernos unidos.

—No pienso mantenerme nada cerca de esta zorra.

—No hay tiempo para nuestras gilipolleces, Jess —dijo Mia—. Estamos hablando del justicus Marco Remo. Ayudó a sofocar la Rebelión del Coronador. Seguro que ha pisado el cráneo de tu padre a diario desde hace seis años, entrando en el Senado. ¿Sabes toda esa mierda que me has echado encima? ¿Todo ese odio? Ahí tienes a un hombre que de verdad merece saborearlo.

La chica evaluó los ojos de Mia, con el recuerdo de Diamo evidente en los suyos. Unos segundos que no tenían se escurrieron por el reloj de arena. El odio a Mia combatió contra el odio por quienes habían destruido a su familia. Pero lo cierto era que, en el fondo, Jess y ella estaban cortadas por el mismo patrón. Las dos eran huérfanas de la Rebelión del Coronador. A las dos les habían arrebatado sus familias. Las unía la clase de vínculo que solo el odio puede forjar.

Al final, en realidad solo había una opción.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Adonai no está. —Mia vio que Naev se tensaba al oírlo y puso una mano tranquilizadora en el brazo de su amiga—. Se ha llevado a Marielle. Están a

salvo. Pero sin acceso a la Caminata de Sangre, Remo está aislado. Solo tiene una forma de volver a Tumba de Dioses.

—Los Susurriales —dijo Naev.

Mia asintió.

—A estas alturas, ya sabrán que no pueden recurrir a la Caminata de Sangre. Pero Ashlinn está con ellos. Puede llevarlos a la cuadra. Estarán yendo hacia allí, para partir en nuestros carros hacia Nueva Esperanza.

—Pues ataquemos en la cuadra —propuso Jessamine—. Impidámoslo.

—Espacio reducido —convino Naev—. Su superioridad numérica servirá de menos.

—Estás herida —dijo Mia—. Todos lo estáis. Allí va a haber una carnicería y no quiero que...

—¿Me recuerdas cuando empezó a importarme una puta mierda lo que tú quieras, Corvere? —restalló Jessamine—. Te creerás el mayor regalo de la Madre al mundo, pero no eres ni la mitad de buena con las hojas de lo que crees. Si quieres tener la oportunidad de acabar con esos cabrones, necesitarás que te ayudemos.

Mia miró a Naev y encontró unos ojos fríos y duros.

—Ella dice la verdad.

—Muy bien —dijo Mia, y suspiró—. Tienes razón.

Las manos se armaron hasta los dientes, se cubrieron las túnicas con jubones de cuero y cogieron ballestas y espadas y puñales. Mia distribuyó el vydriaro entre ellos, aunque se quedó un buen puñado de rubí y otro de perla. No tenía ni idea de cómo iban a hacer aquello. Ni idea de si alguno de ellos viviría hasta el giro siguiente.

Sin tiempo.

Sin posibilidades.

Sin miedo.

Miró a los acólitos que la rodeaban. Asintió una vez.

—Vamos.

**P**or lo visto, el justicus Remo no era de los que se dejaban engañar dos veces.

Había dejado la espalda descubierta al asaltar el Monte Apacible, y ese exceso de confianza había tenido como recompensa la muerte de su retaguardia y la pérdida del orador. Al no disponer ya de la ruta de escape que había previsto, el justicus se había dirigido a la cuadra, como había predicho Mia. Pero había que concederle que también aprendía de sus errores.

Por desgracia, el justicus no había contado con Don Majo.

El no-gato bajó sigiloso la escalera por delante de Mia y los demás, se coló en el Salón de las Elegías e inmediatamente sintió la vibración del miedo en el aire. Encontró a los soldados ocultos, que esperaban tumbados en recovecos o merodeaban por las antecámaras, bisbiseando plegarias a Aquel que Todo lo Ve.

Regresó veloz escalera arriba, se materializó en el hombro de Mia y le susurró al oído.

—Hay legionarios en el Salón de las Elegías —repitió Mia—. Casi cuarenta.

—Cuarenta —dijo Naev con un hilo de voz, mirando su penosa media docena.

Mia sacó un puñado de orbes de vydriaro blanco del saquito que llevaba en el cinturón y sonrió.

—Creo que puedo compensar la balanza. Cuando oigáis el escándalo, venid corriendo.

La chica se envolvió en su capa de sombras y oyó que Jessamine y las demás manos ahogaban un grito cuando desapareció de su vista. El mundo se volvió casi negro bajo su velo y tuvo que bajar la escalera a tientas. Pero al poco llegó a un arco y sintió el inmenso espacio del salón al que daba paso. Los nombres muertos del suelo. Las tumbas sin nombre de las paredes. Vislumbró el difuso perfil de la gran estatua de Niah, destacado sobre la nebulosa luz de cristal tintado.

Avanzó despacio, casi cegada, y se agachó tras una columna cercana. Apartó la capa el tiempo justo para echar un vistazo decente a lo que la rodeaba, pasó a la sombra de sus pies y reapareció quince metros por encima del suelo, envuelta en las profundas sombras de los pliegues de la capucha de Niah.

Un Luminatii vio movimiento arriba y gritó un aviso. Pero para entonces, Mia ya estaba arrojando vydriaro desde su posición elevada y haciendo estallar densas nubes de desmayo por todo el salón. Por lo menos una docena de hombres cayeron al inhalarlo, y otros salieron por piernas de sus escondrijos para buscar mejor cobertura.

Mientras los Luminatii abandonaban sus posiciones, Naev, Jessamine y las demás manos cargaron al interior de la estancia, negros y veloces y mortalmente silenciosos. Los soldados ni siquiera comprendieron que tenían más de un atacante hasta que cinco más de los suyos hubieron muerto. Los acólitos cayeron sobre los invasores con una furia que los hizo tambalearse, atónitos. Las hojas de Jessamine apenas se distinguían, y Naev luchaba como un daimón pese a sus costillas rotas. Quizá fuese la rabia ante aquella invasión de su hogar. Quizá fuese la presencia de la diosa, la espada y la balanza que pendían sobre ellos, los fríos ojos de piedra contemplando la masacre. En cualquier caso, a los pocos momentos, la emboscada Luminatii

se había transformado en una carnicería y el negro enrojeció con la sangre de los fieles de Aa.

Mia se levantó en las alturas, ballesta en mano, para impedir la huida y matar a cualquiera que intentaba atacar a un acólito por la espalda. Diez flechas más tarde, desenfundó sus hojas, salió de la sombra de la estatua quince metros más abajo y enterró una daga en la espalda de algún pobre imbécil, para acto seguido dar fin a otro con un puñado de cuchillos arrojados. Luchó espalda contra espalda junto a Naev, alzando entre las dos una muralla de sangriento acero y llenando el hueco que había dejado el coro de la Madre con el canto de sus hojas, con los gritos de los masacrados que resonaron en la oscuridad cuando cayó el último hombre.

Naev trastabilló, agarrándose las costillas y jadeando. Jessamine estaba empapada en sangre y sin aliento. Otras dos manos, un chico llamado Pietro que no era mucho mayor que Mia y un hombre llamado Neraio, habían caído bajo los golpes de los Luminatii.

—... *mia*...

La chica estaba de pie junto al cuerpo de Pietro, con la cabeza inclinada. Mirando unos ojos sin vida.

—... *mia, están en la cuadra*...

Se quedó en la silenciosa oscuridad. Intentando no recordar.

Intentándolo y fracasando.

—Solo era un chico, Don Majo. —Negó con la cabeza—. Solo un chico.

—... *no es el momento de guardar duelo, mia. ni por este chico ni por ninguno*...

La chica lo miró al oírlo, con ojos brillantes de dolor.

—... *lo que hay que hacer es vengarlos*...

Mia asintió despacio.

Limpió la sangre de sus hojas.

Y siguió corriendo.

La cuadra era un revoltijo de hombres, animales y polvo. La peste a sudor y sangre y mierda, los ladridos de los centuriones, los gorgoteos y murmullos de los camellos inquietos y, por encima de todo ello, el justicus Remo. Rugiendo.

Mia había ocultado a una única persona bajo su capa hasta entonces, pero Tric había sido un gigante y Naev y Jessamine tenían la mitad de su tamaño cada una. De modo que, dejando atrás a las otras manos heridas, las tres habían bajado con sigilo por la escalera y salido a la cuadra. Jessamine contempló la aglomeración y suspiró.

—Por el abismo y la sangre, llegamos demasiado tarde.

Los Luminatii habían conseguido abrir los muros de la montaña, y entraban una luz cegadora y chorros de arena desde los ventosos Susurriales. Los soldados habían enganchado sendos tiros de camellos a dos caravanas y estaban sacándolas a las faldas montañosas del exterior, mientras otros Luminatii ensillaban a animales sueltos y se los llevaban cogidos de las riendas. Casi ningún soldado había visto un camello en la vida y el proceso estaba siendo más lento de lo esperado, de ahí los mencionados rugidos del mencionado justicus. Pero aun así, los Luminatii estaban a punto de escapar.

Mia vio que hacían subir al primer carro a siete personas atadas y con sacos en las cabezas. Incluso con las caras tapadas, los reconoció al instante. El Sacerdocio, un chico delgado que tenía que ser Chss y, por último, una figura envuelta en un capullo de cuerda y grilletes, alzado en vilo por uno de los Luminatii más grandes que Mia había visto jamás.

—Casio —susurró.

—Negra Madre —dijo Jessamine en voz baja—, han matado a los demás

camellos.

Mia miró los rediles y lo confirmó: habían degollado a todos los animales que no estaban amarrados a un carro o enjaezados por un soldado. Maldijo entre dientes, mirando el rocoso paisaje al pie de la montaña.

—Naev, cuando tú y yo llegamos, había una especie de magya en la montaña. Una confusión, y así como...

—La Discordia —dijo Naev.

—Sí, eso es. ¿Afectará a...?

—No. —La mujer suspiró—. Solo actúa sobre quienes pretenden entrar en el Monte Apacible sin invitación. Estos hombres quieren abandonarlo, así que la Discordia no se lo impedirá.

—Mierda —dijo Mia—. ¿Cómo los perseguimos?

—Súbenos a escondidas a los carros con tu nismo de sombras —propuso Jessamine.

—Ya están fuera. Mi poder fluye profundo en la montaña porque la luz de los soles nunca ha tocado estos salones, pero ahí fuera... no creo que sea lo bastante fuerte para escondernos a las tres. Si nos ven, estamos igual de muertas que esos camellos descartados. Y además, los carros van llenos. Tampoco iba a haber sitio para ocultarnos, de todos modos.

Mia tenía razón. Incluso después de reducir su número en la biblioteca y en el Salón de las Elegías, seguían quedando más de cien Luminatii y solo seis carros. Entre los prisioneros y los recursos necesarios para sobrevivir a una travesía de semanas hasta Última Esperanza, los hombres de Remo iban apretados como tiras de cerdo salado en un tonel.

—Joder —susurró Jessamine.

—Sí —convino Mia—, joder.

Los Luminatii estaban sacando a los últimos camellos vivos a las faldas de las montañas y subiendo a sus lomos. Remo ya estaba a bordo de la primera

caravana y, entre el polvo que levantaban, Mia vio a Ashlinn, con los ojos enrojecidos y furiosa, de pie sobre el carro y vigilando la entrada de la montaña. La media docena de soldados que Mia había dejado incapacitados en la cámara de Adonai tenían que haber contado a la chica qué había pasado con su hermano. Ashlinn era consciente de que Osrik estaba muerto. Y también era consciente de que la responsable era Mia.

La chica espetó algo a Remo y recibió un bramido por respuesta. Por mucho que hubiera ayudado a derrocar a la iglesia, parecía que el justicus de los Luminatii no pensaba dejarse mangonear por una hereje de diecisiete años.

«Me alegro de ser tu espina clavada, zorra.»

Los últimos camellos terminaron de salir. Echaron los toldos sobre los carros y comprobaron los arreos. Naev musitó una plegaria, preparándose para lanzarse a la carga, pero Mia la agarró del brazo.

—No puedes salir ahí fuera.

—No podemos dejar que escapen —siseó la mujer.

—Son demasiados, Naev. Nos masacrarán antes de que recorramos tres metros.

—¡No podemos quedarnos aquí sentadas! —escupió Jessamine.

Mia se mordió el labio. Contempló la carrera de cien metros hasta el carro de cola.

—Puedo hacerlo —dijo—. A mí no me verán. Puedo subir a la caravana.

—¿Y hacer qué? ¿Cargarte a más de cien Luminatii tú sola?

La sombra de Mia titiló. Un helor dio escalofríos al aire.

—... *ella nunca está sola...*

Mia bajó la mirada hacia el no-gato, que meneaba la cola a un lado y al otro. Y allí, en las sombras, encogido entre el polvo y la oscuridad, el puzle



se resolvió en la mente de Mia. La última pieza, el último pensamiento, la última respuesta encajó en su sitio.

Clic.

—Sé cómo detenerlos —murmuró—. ¿Estás conmigo?

Don Majo ladeó la cabeza, socarrón.

—... *siempre*...

Antes de que Naev o Jessamine pudieran hablar, Mia había salido disparada, rasgando las sombras y rodeándose los hombros con ellas, a la carrera por la cuadra hacia el aire abierto. Las caravanas ya estaban avanzando y le entraron mugre y arena en la boca y los ojos, haciéndola correr casi a ciegas, hacia lo que solo era una neblina cambiante en el polvo levantado. Corrió a trompicones entre la arena y rebasó a los borrosos jinetes Luminatii que acompañaban el carro de cola, atestado de soldados quejosos y cubiertos de sangre. Moviéndose a tientas, se metió debajo del tablado, trepó hacia la cabeza del carro y se izó sobre el eje delantero para esperar.

El carro descendió entre crujidos y saltos por la agrietada cuesta, azuzado por los latigazos de los cocheros sobre los camellos. Era evidente que Remo quería alejarse de la montaña todo lo posible con su botín: el justicus sería muy valiente a la hora de asesinar gatitos o tirar niñas a canales, pero parecía que, si se le torcían los planes, lo mismo hacía su ánimo de enfrentamiento.

O quizá solo fuese que Scaeva quisiera tener en su poder a Casio con más ganas de las que Mia era capaz de imaginar.

La chica se aferró a la panza del carro como una sanguijuela. De momento no podía verla nadie, por lo que echó a un lado su capa de sombras y se concentró en no soltarse. Sufrió baches y zarandeos, golpes y embestidas, y su culo y su espalda no dejaron de chillar en protesta. El polvo le rebozó la lengua, le pegó los párpados, se incrustó en la sangre seca de su pelo.

Después de casi resbalar media docena de veces, cerró los ojos y suplicó fuerzas. Parecía que aquello no terminaría nunca.

Cinco o seis horas después de abandonar el Monte Apacible, el terreno empezó a igualarse y la travesía dejó de parecerse tanto a una tortura. La arena se ablandó y los cocheros hicieron restallar sus látigos. Los camellos se lanzaron al galope y los carros los siguieron, a toda la velocidad de que eran capaces.

«Eso ya lo veremos...»

Aunque del cielo solo pendía Saan, la luz resultaba casi cegadora en comparación con las tripas de la montaña, y Mia notó su poder escaso y débil. Pero aun así, llamó a la tiniebla de debajo del carro, se la volvió a echar a los hombros y se aferró a ella. Invocó tan fuerte como pudo a las sombras y confió en que respondiera alguna otra cosa.

—... *¿no me pediste que te recordara que nunca volvieras a llamar a la oscuridad en este desierto?...*

—Creo que es privilegio de las mujeres cambiar de opinión.

Don Majó intentó ronronear y su voz sonó divertida.

—... *creo que estás en lo cierto...*

Pasaron unos minutos más antes de que Mia oyera el grito de alarma desde el carro de delante. Pasos arrastrados en los tablones de encima, Luminatii dando voces.

—Claudio, ¿has visto eso?

—¿Qué es?

—¡Ahí veo otro! ¡Son dos!

—¡No, tres!

Por debajo del tembloroso crujido de la madera, del traqueteo de las ruedas y de los gritos de arriba, a Mia le pareció entreoír un lejano retumbar. Llegó un grito desde la caravana que iba en cabeza.

—¡Krakens de arena!

La chica flacucha y embadurnada de sangre se agarró con fuerza y sonrió. No se molestó en mirar, porque incluso si no estuviera casi ciega bajo su capa, el polvo que levantaban las ruedas y los jinetes no le dejarían verlos todavía. Pero al escuchar con atención, alcanzaba a oírlo, igual que lo había oído el giro en que luchó con Naev sobre aquellas mismas arenas. El raspar de cuerpos gigantescos cruzando las profundidades del desierto. Los tenues ecos de lejanos y atronadores rugidos.

«Son de los grandes.»

Venían directos hacia ellos.

Avanzando a tientas, Mia trepó por la panza del carro hasta los maderos en forma de Y que lo enganchaban al carro de enfrente. Los cocheros estaban azuzando a los animales con brío, desesperados por escapar de los mastodontes que les pisaban los talones. Mia sabía que Ashlinn conocería los horrores de los Susurriales y la forma de evitarlos, y en efecto, ahí llegaba el espantoso ritmo de la canción férrea. Los Luminatii empezaron a golpear aquellos putos tubos con todas sus fuerzas y Mia se crispó con el estruendo que sonaba justo encima de su cabeza. No tenía ni idea de si el ruido afectaría de verdad en algo a los krakens más grandes, pero el perpetrador de la música no parecía dispuesto a arriesgarse. La cacofonía era ensordecedora, y Mia ya estaba de mal humor. Como en reflejo de su estado de ánimo, oyó otro bramido horrible y estrepitoso.

Más cerca ya.

—... *los estás cabreando mucho...*

Mia escupió, pero tenía tanta arena en la boca que apenas podía hablar.

—Se lo compensaré.

—... *¿cómo, si no es mucho preguntar?...*

Una sonrisa blanca relució en una cara sucia y ensangrentada.

—Invitándolos a comer.

A pesar de las sacudidas y los bandazos de los carros rebotando sobre la arena, Mia salió del eje y subió a la barra de enganche. A través de la oscuridad que le cubría los ojos, distinguió formas apagadas en el polvo arremolinado. Serían unos quince Luminatii cabalgando alrededor de las caravanas. Quizá veinte soldados en cada carro, todos de pie y mirando a popa. Oyó un retumbar en la tierra, cada vez más cercano.

—¡Ahí hay otro! —gritó alguien.

—¡Al oeste, al oeste!

—¡Por la Luz de Aa, mira lo grande que es!

Mia sonrió para sus adentros mientras se quitaba arena de los ojos. Había esperado que, tan al interior del desierto, llamar a la Oscuridad sacara a unos cuantos krakens de los más gordos a jugar. Pero por cómo sonaba, había reclutado a unos auténticos monstruos.

Al ver a su cuarto huésped inesperado, los Luminatii al cargo de la canción férrea empezaron a aporrear sus tubos como la puerta de un retrete al viento. Mia renegó de nuevo y se tapó las orejas. El escándalo era más que molesto, era doloroso, joder.

«Mejor que repique a centrera en vez de esto.»

Dio un salto para situarse sobre el enganche de los carros e intentó hacerse una idea precisa de cómo estaban conectados. Agachada y entrecerrando los párpados, distinguió una barra de metal terminada en gancho que pasaba por una argolla horizontal, atada a ella con cuerda gruesa. Sin pensárselo, Mia sacó un cuchillo de su bota y empezó a serrar, levantando la mirada de vez en cuando hacia los Luminatii de los carros.

Como cabría esperar, los hombres solo tenían ojos para las monstruosidades tentaculares que pretendían devorar sus rostros favoritos, y ninguno de ellos vio el borrón en movimiento posado en la barra de

enganche, por debajo de ellos. Las cuerdas eran duras, pero a tuestas y echando codo, Mia las serró y dejó solo el gancho y la argolla para unir los carros.

«Una buena sacudida y...»

Pasó bajo la barra y reptó por la tripa del carro del centro. La caravana topó con una roca en la arena y dio un salto brusco, y Mia contuvo el aliento, esperando a que se soltara el acoplamiento. Pero tanto la suerte de los Luminatii como el gancho aguantaron, de modo que Mia escupió polvo rojo y siguió hacia delante. Apenas veía nada, pero el estruendo sonaba más cerca. Por encima de la tempestad de ruedas, cascos y la canción férrea, oyó un fuerte tañido y comprendió que los Luminatii estaban disparando al kraken más cercano con las ballestas de los laterales del carro. Apretó los dientes, arañó la madera y trepó al enganche entre el primer carro y el intermedio. Descargó su hoja hasta cortar las ataduras. Lo único que mantenía unida ya la caravana eran la suerte y unos cachos de metal desgastado.

Y la suerte siempre se agota.

La caravana viró al oeste, hacia terreno más rocoso por el que a los krakens les costaría más seguirlos. Mia se aferró desesperada al enganche del carro de cabeza cuando el terreno se hizo más abrupto, las ruedas traquetearon desbocadas y los ejes rechinaron con los baches y los hoyos y las acumulaciones de piedra. Coronaron una colina baja, con los camellos echando espuma bajo los látigos de los cocheros. La caravana se precipitó pendiente abajo y cruzó una zanja profunda. Los enganches protestaron. Los soldados maldijeron. Y con una ráfaga de arena y gravilla y hierro aullante, el carro de cola se separó.

La madera se partió, la barra de hierro abrió surco en el terreno y el carro se alzó, quedó equilibrado sobre el morro durante unos pocos y tortuosos segundos y por último volcó del todo, bocabajo. Zarandeó a los veintipocos

hombres que transportaba como peles en todas las direcciones, chillando y gritando y cayendo unos sobre otros, arrojando a algunos a través de la lona rasgada o aplastándolos bajo cajones de equipo. El carro resbaló hasta detenerse sobre su techo, convertido en una ruina rota y astillada.

Se alzaron gritos de alarma en el carro intermedio. Chillidos de horror cuando algo inmenso surgió de la arena cerca del accidente y se puso manos a la obra, con la mandíbula abierta de par en par y azotando a diestra y siniestra con sus tentáculos. Hombres y camellos corriendo o muriendo, roja arena empapada de más rojo, sus compañeros de la caravana en fuga incapaces de hacer más que mirar y rezar. Pero por pura mala suerte, un Luminatii tuvo el sentido común de preguntarse cómo se había soltado el último carro, se inclinó al borde del tablado y vio que los enganches entre carros estaban serrados. Frunció el ceño, convencido de que tenía que haberlo visto mal, y se fijó en la extraña... neblina que parecía posada sobre el listón. Dudó qué sería lo que miraba durante los breves segundos que a esa neblina le costó levantarse, inclinarse hacia él y meterle un estilete de hueso de tumba en un ojo.

El hombre se tensó y cayó cuan largo era del tablado. Los Luminatii dieron gritos de aviso mientras el cuerpo se precipitaba bajo el vientre del carro y las ruedas lo hacían picadillo. El carro intermedio dio un buen salto y los hombres de su interior gritaron. Cayeron unos sobre otros, perturbando el centro de gravedad, y el carro se escoró a un lado con el nítido chasquido de la madera rompiéndose y se separó de su compañero.

Arena y hombres volando. Ejes y huesos partiéndose. Mia metió la mano en el saquito que llevaba al cinto y sacó un puñado de brillantes orbes rojos. Y mientras media docena de siluetas borrosas miraba desde la parte de atrás para ver, en nombre de las Hijas, qué pasaba con el enganche, los arrojó por encima del travesaño al suelo del carro.

Sonaron explosiones crepitantes por los Susurriales, estallidos que, contenidos en los confines del carro, hicieron trizas el toldo y a los hombres de su interior. Y echando a un lado su capa de sombras, Mia se izó a la carnicería.

Hojas desenvainadas. Dientes desnudos. Se movió entre los hombres cegados y desequilibrados como una serpiente por el agua. Relució el acero y cayeron soldados, gritando y dando porrazos al borrón que había entre ellos, a la mancha ensangrentada que avanzaba entre el humo, blandiendo sus hojas afiladas. Algunos pensaron que había salido del abismo, que era una sirvienta daimónica de Niah enviada a perseguirlos. Otros la confundieron con un horror de los Susurriales, una monstruosidad escupida a la existencia por retorcidas magyas. Pero mientras bailaba y se combaba entre ellos, haciendo silbar sus hojas y sisear su aliento, los más listos comprendieron que no era un daimón. Ni tampoco un horror. Era una chica. Solo una chica. Y el pensamiento los aterrorizó más que cualquier daimón u horror que pudieran nombrar.

Mia podía sentirlos. Incluso a los que no alcanzaba a ver. «Cuanto más brillante es la luz, más profundas son las sombras.» Y los sintió, igual que había sentido las sombras de los maniqués de paja en el Salón de las Canciones. Atacó valiéndose de toda la pericia que le había otorgado Naev, de toda la furia de aquella chica de catorce años en los escalones de la Basílica Grande. Sus enemigos no tenían cardenales ni fulgurantes Trinidades que los ayudaran. No tenían acero solar ardiendo en sus manos ni armaduras blancas y pulidas en sus pechos. Solo cuero en la piel y polvo en los ojos, los ennegrecidos cadáveres de sus camaradas en el tablado a su alrededor, el eco de las explosiones pitando en sus oídos. Y a ella, armada con el odio de todos sus años, hija de padres asesinados, hermana de hermano asesinado, marcada por la Madre más oscura de todas.

Y uno tras otro, uno y todos, los dio de comer a las Fauces.

Los camellos que tiraban del carro siguieron galopando, aún lo bastante aterrorizados por los krakens para correr sin un cochero que les diera latigazos. Con sus enemigos del carro muertos, Mia sacó la ballesta de su espalda. Hincó una rodilla y apuntó al jinete de camello más cercano. Le atravesó el corazón con una flecha, cargó otra y cruzó con ella la garganta de un segundo. Algunos Luminatii viraron para salir de su alcance pero, en un gesto que los honraba, la mayoría rugieron desafiantes y azotaron con más ímpetu a sus bestias hacia el carro y la chica. Eran hombres de la Primera y la Segunda Centuria, al fin y al cabo, las mejores tropas que podía ofrecer Tumba de Dioses. No iba a derrotarlos la primera niña hereje que pasara por allí.

Pero la ballesta de Mia cantó y el vydriaro voló, y los hombres cayeron de sus sillas de montar o salieron despedidos por las explosiones. Un gigante canoso logró llegar al travesaño del carro, pero un cuchillo arrojado en la laringe lo silenció para siempre. Otro saltó desde su camello a la parte trasera del carro pero, mientras se afanaba en levantarse, Mia le metió un orbe de vydriaro de rubí en la boca y lo tiró de un puntapié, y la explosión resultante se cobró las patas de otro camello e hizo volar a su jinete, pese a la ausencia de alas.

Mia escrutó los eriales y vio que los krakens habían abandonado la caza. Entre que había silenciado sus llamadas a la Oscuridad y el festín que había dejado atrás, los mastodontes parecían satisfechos, rodando y abalanzándose sobre los Luminatii que chillaban en la arena. Mia enfundó sus hojas y saltó al pescante, concentrada ya en los carros de la primera caravana.

Entre tanta carnicería, la caravana de Remo le había sacado una buena ventaja. Pero ya sin el lastre de sus innecesarios acompañantes, los camellos de Mia arreciaron el galope, escupiendo y bufando y haciendo los sonidos



que sea que hacen los camellos al correr.[88] Su carro saltó sobre dunas rocosas, serpenteó entre jardines de quebrados monolitos ashkahi y recuperó terreno poco a poco. Distinguía a Remo en el carro que iba en cabeza, pero solo porque era un hombre enorme y todos los demás se veían borrosos entre el polvo y la arena. Y sin embargo, era muy consciente de que la esperaban por delante al menos sesenta matones fanáticos y bien entrenados, si alguna vez lograba alcanzarlos. Sopesando las posibilidades poco favorables, se preguntó qué iba a hacer exactamente cuando llegara.

Por suerte, no tuvo que averiguar la respuesta.

Los Luminatii de la caravana de Remo acababan de verla asesinar a más de sesenta compañeros suyos, a fin de cuentas, y aunque debe mencionarse que ninguno de ellos se detuvo a ayudar, las mejores tropas de Itreya sabían guardar rencor. Cuando el carro de Mia se les aproximó, los soldados al cargo de las ballestas abrieron fuego. Mia no podía esconderse bajo su capa de sombras, en primer lugar porque entonces no podría ver ni, en consecuencia, conducir, y en segundo y más importante, porque no hacía falta ser el mayor erudito de la Gran Universidad para saber dónde iba sentado un cochero, invisible o no. Pero el justicus Remo, bastante impresionado de que aquella cría de nada se las hubiera ingeniado para asesinar a media centuria de sus mejores hombres, parecía más preocupado por escapar que por vengarse. Y así, en vez de ordenar a sus hombres que dispararan a la lunática que estaba destrozando a sus pobres camellos con el látigo, les ordenó que dispararan a los pobres camellos.

Y eso hicieron.

El primer pivote alcanzó al camello de cabeza en el pecho y lo derribó como a un árbol. El animal cayó de rodillas, mugió en sus arreos e hizo tropezar al que venía detrás. Salió otro pivote del polvo, seguido de un tercero, y entre el enfermizo crujido de los huesos y los bramidos de los

camellos agonizando, el carro de Mia se estrelló entre las carcasas revueltas que habían tirado de él, dio una vuelta de campana y se arrastró hasta detenerse sobre la sangre y los chillidos.

Mia salió despedida y voló más de seis metros por los aires antes de caer de cara a la arena. Logró hundir el hombro y se le vaciaron los pulmones con el impacto, que levantó arena y le hizo perder una bota, y la chica rodó dejando una estela de maldiciones hasta detenerse sin aliento a unos doce metros de los restos de su vehículo.

Intentó levantarse, con los oídos pitando y la cabeza embotada. Logró ponerse de rodillas mientras salían volando más flechas de entre el polvo y se quedó mirando cómo la caravana en la que iban Remo y Casio y el Sacerdocio y su venganza se alejaba al galope cada vez más.

Cayó a cuatro patas. Vomitó. Notó que tenía costillas rotas, la boca llena de polvo y bilis. Se hundió bocabajo y dio zarpazos a la arena.

Incapaz, al final, hasta de arrastrarse.

Qué cerca había estado.

«Qué cerca.»

Pero de nuevo, ante el último obstáculo, había tropezado. Y había caído.

—Así es mi vida —murmuró.

Los ojos se le cerraron.

Suspiró.

Y la oscuridad cayó sobre ella.

# CAPÍTULO 35

## KARMA

*Empujón.*

Mia gimió, sin atreverse a abrir los ojos.

Le zumbaba la cabeza, le dolían las costillas y cada bocanada de aire era una batalla.

No sabía cuánto tiempo había estado tendida allí.

¿Minutos?

¿Horas?

Sintió los soles sobre ella, ardiendo al otro lado de sus párpados.

Supo lo que la aguardaba si se atrevía a abrirlos.

El fracaso.

Su carro estaba destruido. Sus camellos masacrados. El Monte Apacible estaba a un giro de distancia de vuelta hacia el este pero, con lo malherida que estaba, suerte tendría si lograba llegar en dos, y eso suponiendo que antes no la devoraran los krakens o los espectros del polvo. Llegar a Última Esperanza a pie desde allí era imposible, pero au...

*Empujón.*

Algo blando y húmedo y con bigotes. Manchándole los labios de algo denso y cálido. Una diminuta parte de su cerebro chilló a viva voz que ese

algo era bastante grande y que sin duda estaba vivo y que estaba husmeándola, quizá como preludio al acto de devorarla.

Abrió los ojos con esfuerzo al dolor que esperaba al otro lado. Siseó y miró con ojos bizcos un par de anchas fosas nasales, que le dieron otro empujón y le mancharon los labios con —oh, deleite entre deleites— más moco. Una enorme lengua rosada chasqueó contra inmensos dientes amarillos y Mia despertó del todo y se apartó a rastras, levantando una nube de fino polvo, para descubrir qué intentaba comérsela en concreto.

Era un caballo.

Negro y brillante y de veinte manos de altura.

Un caballo del que se había despedido de mil amores hacía meses, a decir verdad.

Pero aun así, Mia se descubrió sonriendo. Se puso de pie a duras penas y fue tambaleándose junto al animal. Le pasó la mano por el costado mientras el caballo hacía un ruido que sonaba sospechosamente parecido a una carcajada.

Le rodeó el cuello con los brazos.

Le dio un beso en la mejilla.

—Hola, Cabronazo —le dijo.

# CAPÍTULO 36

## OCASOS

Daniio el Gordo empezaba a pensar que Aquel que Todo lo Ve lo odiaba.

Cuando Lem había entrado en el Viejo Imperial para informar de que acababa de llegar una caravana cargada a Última Esperanza, Daniio supuso que a lo mejor aquellos gilipollas kephianos habían vuelto de su estúpida travesía sin que se los comieran. Pero entonces había entrado Scupps, rascándose los cojones y parpadeando para quitarse el polvo de los ojos, y había dicho que los mamones eran demasiados para tratarse de los kephianos aquellos. En la docta opinión de Scupps, parecían más bien soldados. Daniio el Gordo salió a la calle mayor de Última Esperanza seguido de los chicos y miró la desvencijada caravana de arriba abajo.

—Soldados —había declarado Scupps—. Soldados, o yo soy un hijo de puta de a dos mendigos.

Lem frunció el ceño.

—Kephianos, os lo digo yo.

—Los dos estáis equivocados. —Una sonrisa había deformado el rostro seboso de Daniio—. Son clientes.

La torre de la guarnición no era ni por asomo lo bastante grande para albergar a setenta y, en efecto, aquel capullo nacido de la médula de Garibaldi (que seguía desolado desde que le robaron su puto caballo, parecía

que fuese su mujer por cómo no callaba) se presentó en el Viejo Imperial como una hora después de que la caravana llegase a Última Esperanza y alquiló todas las habitaciones libres del lugar, rápido como un escupitajo. Faltaba como mínimo una semana para que Comelobos regresara y pudiera llevarse a los recién llegados a la civilización, de modo que Daniio empezó a soñar con la pequeña fortuna que haría mientras tanto.

Hasta que descubrió que los muy hijos de puta no tenían dinero, claro.

Ni un par de mendigos oxidados entre todos ellos.

Se había plantado delante de la torre de la guarnición, había aporreado la puerta y había exigido hablar con el mamón que estuviera al mando. Un hombre con cicatrices del tamaño de una taberna pequeña había aparecido poco a poco y con gran estruendo en su campo de visión y le había asegurado que era el justicus —el justicus, ojo— de toda la legión Luminatii. Había dicho a Daniio que el Viejo Imperial y todas sus provisiones quedaban confiscados de inmediato «por la seguridad y el bienestar de la República Itreyana». El centurión Besacaballos había dedicado a Daniio una sonrisa engreída, y una rubita que parecía lo bastante joven para ser la hija del tal Remo se encogió de hombros, como disculpándose, antes de que dieran a Daniio con la puerta en las narices.

Y así, se había convertido en dueño de una puta organización benéfica. Se dejaba los cuernos trabajando. Su sala común y todas las habitaciones estaban repletas de hijos de puta Luminatii protestones, pedorreros y desagradecidos. Comían como tintómanos desbocados, bebían como peces sedientos y apestaban como un retrete a la veroluz. Y el pobre Daniio no estaba cobrando por nada de todo ello.

Habían pasado tres giros desde que los muy perros llegaron a Última Esperanza. El *Pretendiente de Trelene* aún estaba a cuatro nuncanoches de distancia, con buen viento, y tal y como iba la suerte de Daniio, no le

sorprendería enterarse de que Comelobos y toda su tripulación habían terminado náufragos en la mítica Isla del Vino y las Putas y habían decidido quedarse allí un tiempo.

La despensa del Imperial estaba destripada después de alimentar a aquellos soldados a pensión completa cuatro giros seguidos, y Daniio había pasado a servir sobre todo sopas y estofados. Para aquella tardera tenía un caldo hecho con las espinas del profundatún que había servido el giro anterior, y lo había dejado hirviendo en el fogón mientras iba a la sala común a servir otra ronda de bebidas. Todos los soldados que dormían en la taberna estaban embutidos en los reservados o apiñados ocho por mesa. No había discurso sobre «la seguridad y el bienestar de la República Itreyana» que pudiera convencer a la dona Amile y sus bailarinas del Siete Sabores de trabajar gratis, por lo que los muy cabrones no tenían otra cosa que hacer en todo el giro más que comer, rondar por allí e intimidar a los parroquianos de Daniio.

Después de servir las bebidas, Daniio volvió a la cocina y cerró la puerta de una patada mientras daba un grito de rabia. Se acercó a los fogones y olisqueó el caldo. Oía un poco raro. Igual había dejado las sobras fuera demasiado tiempo. Pero que les dieran por culo: aquellos cerdos estaban comiendo gratis y, si alguno tenía ganas de protestar, Daniio estaba lo bastante harto como para escupirles a la cara.

Sirvió la cena y atendió a los gritos que pedían más vino. Después de media hora de ajeteo incansable, logró sacar unos minutos para salir al callejón de atrás a fumar.

—Hijos de puta —murmuró—. Hijos de puta meapilas y mendigos, todos ellos.

Daniio se apoyó en la pared del callejón, renegando. Sus cigarrillos se los traía Comelobos, importados directamente de la Tumba. Y bien buenos que

eran, con papel azucarado y todo. Se metió uno entre los labios, hizo pantalla a su yesquero y encendió la llama.

—Tendrías que estar en la torre de la guarnición, Daniio —dijo una voz.

—La polla de Aa —blasfemó él.

Se le cayó el yesquero de las manos y repicó en el suelo del callejón. Una chica vestida toda de negro se destacó de las sombras, suave como los susurros. Soplaban un viento de tormenta desde la bahía que le balanceaba el largo flequillo sobre unos ojos oscuros y duros. La chica se inclinó despacio, recogió el yesquero, lo lanzó hacia arriba y lo atrapó con un puño sucio.

—Por el abismo y la sangre, casi me matas del susto, chica —le aseguró el tabernero—. ¿Se puede saber qué coño haces saliendo así de golpe? —La miró parpadeando, su ojo izquierdo trepando por el cuerpo de la chica un poco más lento que el derecho—. Esto... ¿Te conozco? Creo que me... sueñas de algo.

La chica se inclinó hacia él con una sonrisa y le quitó el cigarrillo de sus mismos labios. Se lo llevó a los suyos, se apoyó en la pared de enfrente, suspiró y se puso a dar caladas al cigarrillo como si le fuera la vida en ello. Estaba bastante mugrienta, la verdad, y tenía el pelo costroso y la piel sucia. Pero sus curvas eran un regalo para la vista muy poco frecuente, y sus labios eran de los que venderías a tu madre por probar.

—Tendrías que estar en la torre de la guarnición, Daniio —repitió ella.

—¿Para qué?

—Sirves las tarderas allí, si no recuerdo mal.

Daniio frunció el ceño y miró de nuevo a la chica. Era poquita cosa, y Daniio le duplicaba la edad, pero había algo en ella. En sus ojos, a lo mejor. Algo que lo ponía más nervioso que menos, aunque no supiera muy bien por qué...

—Ahora ya no las sirvo —explicó—. A Garibaldi le entró una rabieta



cuando él y sus chicos tuvieron cagaleras. Fue la misma nuncanoché en que le mangaron el caballo. Ahora se hacen ellos la comida. Órdenes del centurión.

La chica suspiró gris.

—Me lo tengo merecido, supongo. Pero eso nos plantea un problema.

Daniio miró a ambos lados del callejón, extremadamente consciente de estar solo con aquella chica. De que iba mejor armada que casi cualquiera fuera de un estadio de gladiadores. De que lo estaba mirando como él imaginaba que una víbora miraría a un ratón.

De que aún no había parpadeado.

—¿Y qué problema es ese? —logró decir.

—¿Qué oyes, Daniio? —preguntó la chica.

—¿Eh?

—Escucha —susurró ella—. ¿Qué oyes?

Considerándolo un juego de lo más raro pero ya incómodo del todo, Daniio inclinó a un lado la cabeza y escuchó como ella le pedía. Última Esperanza estaba muy tranquila, pero siempre era así de nuncanoché. La mayoría de los lugareños se habrían retirado ya a sus casas y estarían sentados frente al hogar con una copa en la mano. Oyó camellos refunfuñando en la cuadra de la guarnición. Un ladrido de perro en la lejanía. El aullido del viento vespertino y las olas.

Se encogió de hombros.

—No gran cosa.

—Tienes a sesenta hombres en tu sala común, Daniio. Serán devotos siervos de Aquel que Todo lo Ve, pero ¿no deberían estar armando un poco más de jarana?

Daniio frunció el ceño. Ahora que lo decía, la posada estaba mucho más

tranquila de lo que debería. No había oído ni un solo grito pidiendo bebidas ni una sola protesta a viva voz desde que había salido a echar su cigarrillo...

Bueno, el cigarrillo de ella.

La chica apuró la última vida del cigarrillo, lo soltó y lo aplastó con el talón. Y tras meter la mano en la manga, sacó un estilete tallado en lo que podría ser hueso de tumba. Los pelillos de Daniio se erizaron y sus manos se alzaron, y pasó de estar nervioso a directamente aterrorizado. La chica se acercó a él, que intentó fundirse con la pared. Y bajando la mano a su cinturón, sacó una sola bola de cristal, lisa y pequeña y blanca por completo.

—¿Qué es eso? —preguntó Daniio.

—Desmayo. Tenía media bolsa llena de estos, ayer. Ahora solo me queda uno.

—¿Y... y dónde están los demás?

—Los he disuelto en el caldo que cocinabas para la tardera.

Daniio se arriesgó a mirar a su espalda, hacia la taberna. Silenciosa como una tumba.

—Y ahí está nuestro problema —dijo la chica—. Se suponía que irías a servir la tardera a la torre de la guarnición después de aquí. En teoría, después de eso tenías que volver aquí para encontrar a todos los soldados bajo tu techo con la cabeza metida en su plato de caldo.

—¿Los has puesto a dormir?

La chica miró su cuchillo. Y luego otra vez los ojos de Daniio.

—No por mucho tiempo.

Daniio intentó hablar pero encontró la lengua pegada al paladar.

—Pero como ya no sirves allí la tardera, necesitaré una distracción —dijo la chica—. Así que te interesa ir arriba y coger todo lo de valor que puedas tener en tu... sin duda elegante establecimiento.

Daniio logró despegar la lengua.

—¿Por qué? —preguntó.

La chica sostuvo el yesquero de Daniio con la mano abierta. El ojo lento del tabernero lo comprendió antes que el resto de él y se ensanchó en buena medida. Sus palabras salieron como graznidos.

—Oh, no...

—Si sobrevivo, me encargaré de que la Iglesia Roja te compense las pérdidas. Si no... —La chica se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa torva—. Bueno, si no, tienes mis disculpas. —Miró a Daniio y sacó chispa al yesquero que tenía en la mano—. Más vale que corras. Los segundos no van a ser lo único que se queme dentro de un momento.

**E**l vino dorado de la bodega de Daniio no tenía un buqué excepcional, que digamos. A decir verdad, se parecía más a disolvente que a whisky. Sin que lo supiera ninguno de sus clientes, Daniio lo usaba para limpiar los cacharros una vez al año y siempre terminaban relucientes. Pero las bebidas espirituosas tenían algo estupendo, por muy baratas que fuesen de producir y por fatal que supieran.

Ardían de maravilla.

El humo ya salía del tejado del Viejo Imperial cuando Mia llegó a la torre de la guarnición, rodeó la cuadra a hurtadillas y escaló la pared de detrás. La torre tenía nueve metros de alto y no había ventanas en los niveles superiores, por lo que estaba casi segura de que allí tendrían al Sacerdocio y a Casio. Supuso que estarían en el mismo estado que durante la travesía desde el Monte Apacible, amordazados y bien atados, pero tendría que verlo para asegurarse. Estaba superadísima en número y no conocía el terreno. Quemar vivas a la mayor parte de las tropas de Remo para provocar una distracción le había parecido una buena forma de matar dos pájaros de un tiro.

O sesenta, en este caso.

En realidad, ni siquiera sabía si el desmayo iba a disolverse en el caldo de Daniio, pero intentarlo parecía mejor idea que entrar sin más en el Imperial y empezar a tirar vydriaro a puñados por ahí. La peste a carne quemada impregnó los vientos y el humo ascendió en una colina segada al cielo abrasado por los soles, pero si la chica sintió algún remordimiento por el destino que había dado a los Luminatii, quedó aplastado en un instante al pensar en Tric y los demás que habían muerto dentro de la montaña.

Había escalado media torre de vigilancia cuando el legionario que había en su cima hizo sonar la alarma, aporreando una pesada campana de latón y gritando: «¡Fuego, fuego!». Los habitantes de Última Esperanza salieron corriendo por sus puertas, el centurión Garibaldi se asomó tambaleándose y maldijo, y Mia se izó sobre las almenas y rajó la garganta del guardia, de oreja a oreja.

Se puso sus sombras y abrió la trampilla del suelo antes de que cayera el cuerpo del guardia. Bajó al nivel superior y encontró catres, armarios y un solo y adormecido legionario levantándose para ver qué era todo aquel jaleo. Su gladio lo devolvió a la cama y Mia le tapó la cara con sábanas ensangrentadas, susurrando una plegaria a Niah. Bajó a hurtadillas la escalera hacia el nivel inferior y soltó un improperio en voz baja al encontrarlo vacío, igual que la sala común de debajo. Miró por las ventanas de la planta baja y vio a cuatro legionarios apostados fuera de la puerta principal. Remo, Garibaldi y los demás debían de haber bajado al Imperial. Ya solo le quedaba un sitio donde buscar, de modo que Mia abrió la puerta del sótano y bajó a la oscuridad.

Dos orbes arkímicos proyectaban una tenue luz sobre barricas de vino y estantes, columnas de madera y siluetas apiñadas. Había tres Luminatii sentados en torno a una caja puesta del revés, discutiendo sobre una baraja de

naipes. Los tres levantaron la mirada cuando Mia entró. Estaba demasiado oscuro para ver bajo su capa allí abajo, por lo que la echó a un lado y arrojó uno de los pocos orbes de vydriaro de ónice que le quedaban. Estalló una humareda negra en el centro de la mesa improvisada que hizo saltar mendigos y bebidas. Mia saltó los peldaños que le quedaban con las espadas desenfundadas, y atacó al hombre más cercano en absoluto silencio.

Aunque había poca luz, Mia alcanzaba a sentir sus sombras. Les pegó las botas al suelo, uno tras otro. El primer soldado luchó con brío a pesar de la sorpresa, la maldijo por hereje y le prometió que pronto conocería a su oscura madre. Pero a pesar de las fanfarronadas, cayó con la espada de Mia en la barriga, agarrándose la cota de mallas perforada y llamando a su propia madre, mientras su sangre teñía la piedra de rojo. Mia lanzó un puñado de cuchillos arrojadizos al segundo hombre, y dos de ellos acertaron y lo enviaron al suelo. El tercero intentó correr, tirando de sus botas y manoseando las hebillas hasta que Mia se alzó tras él y su espada se le enterró entre las costillas, atravesando su cota de malla y saliéndole por el pecho. Cayó sin hacer el menor ruido, con los ojos abiertos y acusadores.

Mia se los cerró con otra oración susurrada.

A través del humo arremolinado y del hedor de la sangre, los vio. Siete personas, atadas en una esquina. La shahiid Aalea, amarrada y amordazada. Mataarañas, amoratada e inconsciente. Solis, apaleado hasta casi matarlo, su rostro una masa de hinchazones purpúreas. Chss, Ratonero y Drusilla, despiertos pero amordazados. Y por último, Casio, echando chispas por sus ojos oscuros, lleno de dolor. El Príncipe Negro. El Señor de las Hojas. Al mirarlo, Mia tuvo la misma sensación de mareo que cuando se habían encontrado otras veces. Náuseas. Vértigo. Miedo. Era casi doloroso. Una forma oscura se hizo visible junto al hombre, unos colmillos negros se revelaron con un gruñido.

«Eclipse.»

La loba-sombra dio un paso hacia Mia, erizada. Don Majo arqueó el lomo en su sombra, maullando y escupiendo. Las criaturas se sostuvieron la mirada hasta que Mia susurró:

—Guardáoslas en las calzas los dos.

—... *NECIA NIÑA, YO NO LLEVO CALZAS...*

—... *ah, tú debes de ser el cerebro del equipo, por lo que veo...*

—Don Majo, basta.

El no-gato se sumió en un silencio hosco, y una mirada de Casio bastó para que Eclipse lo imitara. Mia se agachó junto al Sacerdocio, cortó la mordaza de la madre Drusilla y la sacó de la boca de la anciana.

—Discípula Mia —susurró la mujer—. Qué sorpresa... más agradable.

Mia se afanó en quitar las mordazas a Ratonero y Aalea y, por último, a Casio. Parecía que hubieran usado al hombre como maniquí de entrenamiento: tenía los labios hinchados, los ojos morados y una mejilla partida. Pero incluso sin la mordaza, el Señor de las Hojas no pronunció palabra.

Mia intentó no hacer caso a lo mal que se sentía en presencia de aquel hombre, al corazón que le atronaba contra las costillas. Echó un vistazo a los grilletes y las cuerdas de todos y empezó a serrar las ataduras de Casio con su hoja de hueso de tumba.

—Tengo que sacaros de aquí —susurró Mia—. Los he distraído, pero no durará mucho. ¿Podéis andar? O mejor, ¿correr?

—Es evidente que los Luminatii querían que llegáramos vivos —resolló Drusilla—, pero Solis está malherido y, después de que Ratonero se soltara ayer, el buen justicus se aseguró de que no pudiera correr a ninguna parte en una buena temporada.

Mia miró hacia el Shahiid de Bolsillos y reparó en el ángulo extraño de sus

espinillas.

—Negra Madre —susurró—. Os rompió las piernas.

—Y los dedos. —Ratonero hizo una mueca—. Qué poca... deportividad, pensé.

Mia cortó las cuerdas, pero los grilletes de la guarnición eran un desafío más complicado. Estaban forjados en pesado hierro, y cerrados con una llave que ninguno de los tres soldados con los que había acabado parecía tener. Todos los miembros del Sacerdocio estaban encadenados de pies y manos, y harían poco más que dar pasos muy cortos hasta que se librarán de sus ataduras.

—Mierda —murmuró—. No llevo ganzúas encima.

—En mis botas —susurró Ratonero con el fantasma de una sonrisa—. Tacón izquierdo.

Mia sacó el tacón de la bota que le había indicado y musitó una disculpa cuando le movió la pierna e hizo sisear de dolor al shahiid. En su interior encontró unas cuantas ganzúas y una pequeña barra de torsión, y se puso a trabajar en los grilletes de Casio. Aun apaleado como estaba, el Señor de las Hojas podría llevar a Solis, y entre Aalea, Mataarañas y Chss se las apañarían con Ratonero. La cuestión era si iban a dar media vuelta y huir o quedarse y luchar. Solis y Ratonero no estaban en condiciones de cabalgar, y no habría forma de que pudiera preparar la caravana de camellos sin que los Luminatii se dieran cuenta. Pero ¿enfrentarse cara a cara con una decena de hombres armados con acero solar? En cualquier momento podía aparecer alguno para ver cómo estaban los...

—Por el abismo y la sangre...

Mia miró atrás al oír el susurro y vio a alguien arriba, en los primeros peldaños de la escalera del sótano. Botas polvorientas. Dagas al cinto. Trenzas de guerra rubias. Grandes ojos azules.

—Ashlinn.

Mia extendió el brazo, llamando a la sombra a los pies de la chica. Pero sin decir más, Ashlinn dio media vuelta y corrió escalera arriba hasta perderse de vista, y las ligeras pisadas de sus botas sonaron veloces en los tablones que tenían encima, en dirección a la puerta de la torre.

—Mierda, va a avisarlos.

Mia soltó las ganzúas en el regazo de Casio, se puso de pie y fue disparada detrás de Ashlinn. Subió los escalones de tres en tres y salió a la luz de los soles justo a tiempo de ver a los cuatro Luminatii apostados en la puerta de la torre entrar por ella, mientras Ashlinn levantaba una polvareda calle abajo corriendo hacia el Viejo Imperial y gritando.

Los Luminatii eran chicos de la zona y, al contrario que los refugiados del asalto, iban todos armados con su acero solar. Aunque estaba cubierta del polvo de los eriales, también llevaban armadura de placas, y las plumas de sus yelmos eran de un color rojo sucio. Desenfundaron sus espadas con un grito y el acero se prendió en llamas mientras se abalanzaban al recibidor. Espacio reducido. Adversarios bien armados y con armadura. Ausencia de elemento sorpresa y espadas que la atravesarían como a la mantequilla.

A Mia no le gustaban sus posibilidades.

Arrojó un orbe de vydriaro de ónice al suelo, dio media vuelta y se lanzó escalera arriba. Tosiendo y escupiendo en la densa neblina, los Luminatii se lanzaron en su persecución, ordenándole a gritos que se detuviera. Mia lanzó un puñado de vydriaro de rubí al llegar corriendo al tercer piso, y los orbes explotaron en el pecho del primer Luminatii y desperdigaron sus trozos por toda la estancia. Chamuscados y salpicados de sangre, los otros tres procedieron con mayor cautela, encorvados tras sus escudos al llegar al tercer piso. El último vydriaro de Mia fundió los escudos y uno de los pocos cuchillos arrojados que le quedaban alcanzó en el cuello al Luminatii que



iba delante y lo dejó de rodillas, asiéndose la yugular cortada. Mia echó un vistazo a la escalera de cuerda que subía al tejado, preguntándose si la alcanzaría antes de que los dos soldados restantes la mataran. En lugar de ello, llamó a sus sombras, que avanzaban lentas por el suelo.

El Luminatii de la retaguardia cayó con una expresión sorprendida cuando más de un metro de acero solar sin encender casi le partió la cabeza en dos. Los sesos y la sangre salpicaron las paredes, el cuerpo cayó hacia delante y dejó el suelo perdido. Casio se alzó tras él, con la cara hinchada y magullada y los oscuros ojos entrecerrados de fría furia. Y mientras Mia miraba asombrada, Casio dobló los dedos de la mano izquierda y las sombras de la sala cobraron vida, contoneándose como serpientes ante su encantador. Con un gesto, el Señor de las Hojas hizo saltar la espada de la mano del último legionario y, sin el menor sonido, descargó su espada larga de acero solar con fuerza contra el cuello del soldado.

Pese a lo que puedan proclamar vuestros poetas, gentiles amigos, es necesario un tajo poderoso y un brazo incluso más poderoso para decapitar limpiamente a un hombre. Y saltaba a la vista que el Señor de las Hojas no estaba en plena forma. Aun así, quedó solo una irregular tira de carne y unas astillas de hueso destrozado sujetando la cabeza del Luminatii a su cuello cuando se derrumbó, y su cuerpo se sacudió en el suelo hasta comprender la triste verdad de que estaba muerto.

Mia miró las sombras, que se plegaban a la voluntad de Casio. Aún tenía aquella sensación enfermiza y aceitosa en el estómago, y Don Majo temblaba a sus pies.

—Buen truco —dijo.

—¿Truco? —El Señor de las Hojas enarcó una ceja—. ¿Así es como lo llamas?

—Cuando os conocí en Tumba de Dioses... cuando estáis cerca de mí...

—Mia sacudió la cabeza—. ¿Vos os sentís igual que yo cuando nos acercamos? ¿Enfermo? ¿Asustado?

Casio esperó un largo momento antes de responder.

—Yo me siento hambriento.

Mia asintió. Tenía la boca seca.

—¿Sabéis por qué?

El Señor de las Hojas lanzó una mirada significativa a los cadáveres del suelo. A las paredes que los rodeaban.

—Quizá este no sea el mejor lugar para hablar de eso.

—Me debéis respuestas —dijo Mia—. Creo que con esto me las he ganado.

Como si lo hubieran convocado, Eclipse se materializó a los pies de Casio. Don Majó soltó un leve siseo mientras la loba-sombra hablaba, con una voz que parecía proceder de debajo el suelo.

—... *VIENEN, CASIO. EL PORTADOR DE LUZ Y SUS ESBIRROS...*

El Señor de las Hojas miró a Mia. Señaló la escalera descendente con el mentón.

—Vamos —dijo—. Librémonos de esos perros sarnosos. Te concederé las respuestas que tenga después de tu iniciación.

—¿Iniciación? —Mia frunció el ceño—. Pero no superé la última prueba.

Una fina sonrisa curvó los labios de Casio.

—Tu prueba final te espera abajo, hermanita.

—¿Hermanita?

Casio ya se había ido y bajaba la escalera sin hacer ningún ruido. Mia se apresuró a seguirlo, sintiéndose como una borracha tambaleante a pesar de todo su entrenamiento. Incluso apaleado, torturado y muerto de hambre, Casio se movía como una sombra. Sus botas no hacían ruido contra la piedra. Todos sus movimientos eran precisos, sin desperdiciar un solo gesto, sin

alardes ni espectacularidades. Su cabello fluía tras él como si soplara el viento, y su espada robada brillaba en su mano mientras abría la puerta y salía a la calle.

Los esperaba una docena de Luminatii. El centurión Garibaldi se quedó mirando a Mia como si le sonara de algo. Había un puñado de legionarios bien armados, con el acero solar llameando en sus manos. El justicus Remo, toda una montaña de hombretón con cicatrices y armadura de hueso de tumba, miró a Casio con ojos entornados y lobunos. Y detrás de Remo, mirando a Mia con algo entre el odio y la admiración...

—Ashlinn —susurró Mia.

Remo dio un paso adelante, con la espada en alto y erizada de llamas. Había sido un gigante a ojos de Mia la última vez que lo vio a la luz de los soles, con solo diez años y agarrada a las faldas de su madre. Delante de aquella torre, solo parecía un poco más mayor. Un poco menos grande.

Pero solo un poco.

—No tengo ningún deseo de matarte, hereje —gruñó el justicus.

—Pues ya somos uno —replicó Mia.

Remo enarcó una ceja, como sorprendido de descubrir que la chica tenía lengua. Casio miró de soslayo a Mia y le habló entre dientes.

—Creo que me lo decía a mí.

—Pues yo creo que me importa una mierda. —Mia se encaró a Remo y se pasó la espada de mano a mano—. Me alegro de volver a veros, justicus. ¿La zorra traidora que tenéis al lado os ha dicho quién soy?

Remo miró un instante a Ashlinn antes de devolver sus ojos a Mia con una sonrisa burlona.

—Sé quién eres, chica. Y no me sorprende un ápice encontrarte en comandita con una panda de herejes y asesinos. De tal palo, tal astilla.

Mia estrechó los ojos y el pelo le ondeó alrededor de la cara cuando

empezó a alzarse el viento. Los Luminatii se miraron los pies y titubearon un poco al caer en que sus sombras estaban latiendo, extendiéndose hacia la chica como si anhelaran tocarla.

—Ahorcaste a mi padre para entretener a una puta turba —le espetó—. Arrojaste a mi madre a un agujero sin luz de los soles y dejaste que se la comiera la locura. Mi hermano era solo un bebé y dejaste que muriera en la oscuridad. ¿Y tú me hablas de asesinos? —Los ojos de Mia se llenaron de lágrimas, el rostro se le retorció de rabia.

»Cada nuncanoches desde que tenía diez años, he soñado con matarte. A ti, a Scaeva y a Duomo. He renunciado a todo. A toda posibilidad que hubiera tenido jamás de ser feliz. Cada giro, visualizaba tu cara e imaginaba todo lo que te diría para que supieras cuánto te odio. Ahora eso es lo único que soy. Es todo lo que queda dentro de mí. Me mataste, Remo, igual que mataste a toda mi familia. —Mia levantó su espada y apuntó con ella a la cabeza de Remo—. Y ahora, voy a matarte yo a ti.

Remo ladró a los hombres que tenía al lado:

—Acabad con la chica. Traedme vivo a Casio.

Para honra suya, la orden de capturar al hombre más mortífero de la República Itreyana no hizo vacilar mucho a los hombres. Quizá anteponer a la orden el asesinato de una chica de dieciséis años la hacía más fácil de digerir. Ashlinn retrocedió, pero los legionarios, doce en total, dieron un paso adelante, con el centurión Garibaldi al frente. Con plegarias a Aa y súplicas de fuerza a la Luz que Todo lo Ve, alzaron sus escudos y embistieron. Y sin hacer el menor ruido, el Señor de las Hojas avanzó hacia ellos.

Mia había visto a luchadores que se movían como bailarines, flexibles y elegantes. Otros se movían como bueyes, todo fuerza e ímpetu. Pero Casio se movía como un cuchillo. Simple. Directo. Letal. Su estilo no tenía nada de llamativo. Ninguna floritura. Se limitaba a cortar hasta el mismo hueso. Las

sombras se alzaron a su llamada y, con un gesto de la mano, desarmó al primer legionario con el que topó y hundió su hoja en el pecho del hombre. El segundo cayó cuan largo era, su carga entorpecida por un matojo de sombras. Casio lo despachó con un tajo rápido en la nuca, casi como si acabara de acordarse.

La chica estaba impresionada por la facilidad con que el hombre blandía la Oscuridad. Allí fuera, incluso a la luz de un solo sol y con un segundo casi saliendo, a ella le costaba incluso retener a unos pocos de los legionarios que se abalanzaban sobre ellos. Pero aun así, logró fijar al suelo las botas de dos de los tipos más grandotes y arrojó su último vydriaro de rubí a la cara de un tercero, provocando una explosión que le arrancó la cabeza de los hombros. Una espada ardiente hendió el aire, siseando en su arco. Mia se dobló hacia atrás y notó el calor en la barbilla. Se agachó, dio una voltereta sobre la arena y lanzó su último cuchillo arrojadizo, que se quedó clavado y temblando en el cuello del Luminatii mientras caía al suelo chorreando sangre y ahogándose.

Mia se levantó del suelo. Mirada fija en Ashlinn. Las dos se encararon en la arena movida por el viento, con los fantasmas de dos chicos asesinados flotando en el aire entre ellas. Tric. Osrik. Ambos sin venganza. Pero por algún motivo, Ashlinn se quedó atrás, merodeando al borde de la batalla mientras un nuevo grupo de Luminatii cargaba contra Mia blandiendo sus espadas.

—¿Me tienes miedo, Ash?

Parada. Finta. Acometida.

—No quería que sucediera así, Mia —dijo la chica desde lejos—. Te dije que este no era tu sitio.

—Nunca te tuve por cobarde. Tu hermano me plantó más cara.

—¿Intentas provocarme a un pequeño cara a cara? —Ash negó triste con la

cabeza—. ¿Crees que esto acabará así, amor? ¿Conmigo metiéndome en una pelea a espada que no puedo ganar?

—Una chica puede soñar.

—Sigue soñando, pues. Yo también recibí clases de Aalea.

Mia desvió un golpe dirigido a su garganta y pateó un terrón de arena a los ojos de su atacante. El hombre la golpeó con su escudo y la envió despatarrada sobre el polvo. Mia rodó a un lado mientras la espada llameante del legionario se estrellaba en la arena al lado de su cabeza y dio una patada salvaje en la rodilla del hombre. Oyó un crujido húmedo, un grito ahogado. Se puso de pie con todas las lecciones de Naev cantando en su cabeza. Acero encendido surcando el aire, polvo cubriendo su lengua.

Arriesgó una mirada y confirmó que Casio era el espadachín que sugería su reputación. La arena a su alrededor estaba salpicada de media docena de cadáveres, y otros dos hombres yacían heridos y gimiendo en el polvo. Al estilo de casi todos los generales, Remo había retrocedido y dejado la lucha para sus soldados de a pie, pero al ver que sus hombres caían como moscas, escupió al suelo y se lanzó a la refriega. El Señor de las Hojas retrocedió, fintando con sus sombras, con una oscuridad que flaqueaba ante la hoja ardiente de Remo.

Con el grueso de sus enemigos sobre Casio, Mia se quedó combatiendo a un solo adversario, el centurión Garibaldi. El hombre era implacable, aporreando con su escudo y descargando golpe tras golpe contra la guardia de Mia. Ella era rápida, pero el hombre llevaba armadura pesada y sus placas desviaban los pocos tajos que la chica lograba darle. Garibaldi le estampó el escudo en el pecho y la envió volando hacia atrás. Mia rodó a tiempo de evitar que le abrieran la cabeza, se quedó en postura baja y arrojó su último orbe de vydriaro de ónice contra el escudo de Garibaldi. El cristal arkímico estalló y liberó una nube de humo negro. El centurión trastabilló tosiendo, y

Mia, haciendo acopio de sus últimas fuerzas, cerró los puños y asió la sombra de los pies del centurión para trabarle las botas mientras emprendía una nueva embestida. El hombre perdió el equilibrio, hizo rodar los brazos para recuperarlo y no lo logró. Se inclinó hacia delante, con los tacones todavía pegados con fuerza al suelo, y sus espinillas se partieron en dos cuando su peso llevó el resto de su cuerpo hacia abajo.

El hombre chilló, agarrándose las piernas mientras Mia lo liberaba y se quitaba el polvo de los ojos. Casio seguía peleando con los Luminatii; sus cuerpos, un batiburrillo de blanco y negro, de llama y sombra. Que Remo se incorporara a la lucha había equilibrado la balanza y el Señor de las Hojas había pasado a la defensiva, su espada un borrón, la Oscuridad cantando.

Mia miró los rasgos del justicus, crispados de furia. Miró al hombre que había ayudado a asesinar a su familia. A destrozar su antigua vida. Pero entonces se volvió hacia Ashlinn. La chica que había cogido su nueva vida y la había hecho jirones sangrantes. Ashlinn le devolvió la mirada, espada en mano, ojos azules entrecerrados. Dar la espalda a la chica no parecía muy buena maniobra, así que Mia ladeó el cuello hasta hacerlo crujir y dio un paso hacia ella.

—No lo hagas, Mia —advirtió Ash.

Mia hizo caso omiso de la advertencia. Levantó la mano y envolvió de oscuridad los pies de la chica.

—Esto no te dolerá —dijo Mia—. Mucho.

Ash respiró hondo. Suspiró. Metió la mano en sus calzas y sacó un puñado de llama ardiente, rodando al final de una cadena dorada.

«La Trinidad.»

Un fogonazo de luz, más brillante que los tres soles juntos. Ver el medallón era como recibir un garrotazo en la nuca que la dejó de rodillas. Con el rabillo del ojo vio a Casio tambalearse y levantar el antebrazo para

protegerse los ojos. Remo estaba en pleno tajo cuando el Señor de las Hojas bajó la guardia. Desesperado por mantener con vida a su presa, el justicus hizo rodar su hoja y golpeó a Casio con la cara ardiente. Pero el legionario que estaba junto a él, presa del pánico por la muerte de sus compañeros, la caída de su centurión y el mortífero silencio de aquel daimón embozado en negro que invocaba sombras del abismo para descuartizarlos a todos, no hizo gala del mismo autocontrol.

Mientras Remo daba una voz de aviso, el legionario descargó su arma contra un Casio todavía aturdido por la luz de la Trinidad y el golpe girado de Remo. Una espada en llamas se internó entre las costillas del hombre y se hundió hasta la guarda. El legionario liberó su arma mientras el Señor de las Hojas gritaba de dolor, asiendo su pecho perforado. Cayó de rodillas, tosió rojo y se hizo una bola, con un brazo aún alzado para escudarse de aquella espantosa, abrasadora luz.

—¡Condenado necio! —rugió Remo, volviéndose hacia el hombre y asestándole un poderoso gancho en la mandíbula. La cara del legionario salió despedida a un lado y sus dientes volaron mientras él se arrugaba como un papel—. ¡Lo quería vivo!

Mia estaba a cuatro patas, con la cabeza encogida y los párpados apretados contra el fulgurante odio de Aquel que Todo lo Ve, sujeto en la mano de Ashlinn. La chica se acercó a Mia sosteniendo en alto la Trinidad. Mia rodó para quedar bocarriba y retrocedió arrastrándose, levantando arena con los talones. Suplicio. Pavor. Don Majo aovillado en su sombra y encogiéndose, igual de indefenso que ella.

—Lo siento, Mia —dijo Ash con un suspiro.

Remo miraba a Ashlinn, enfurecido e incrédulo.

—¿Llevabas eso encima desde el principio? ¿Podías haber resuelto esto cuando quisieras? ¡Serás traidora, zorrill...!



—Anda, vete a la mierda, meapilas —gruñó Ashlinn—. No hago esto por tu gloriosa república y me importáis tres cojones tú y tus hombres. Si tenía un as en la manga, es asunto mío. Y por si no te has dado cuenta, acabo de salvar tu miserable vida. Así que en vez de rebuznar al respecto, quizá deberías dar fin a la chica que acaba de intentar asesinarte y luego ir a comprobar que el resto del Sacerdocio siga aún bajo llave, ¿no crees? A no ser que tú y tu alegre pandilla de idiotas queráis destriparlos a ellos también, claro.

Aunque Remo le sacaba más de treinta centímetros, Ashlinn se impuso al justicus. Con un gruñido, Remo fue hacia Mia con su hoja alzada, sobre cuyo filo ondeaban las llamas.

Mia se arrastró hacia atrás por la arena. Inundada por el dolor, incapaz de levantarse siquiera. El miedo surcaba sus venas, rugía en sus sienes. La angustiaba que todo fuese a terminar así. Después de tantos kilómetros y tantos años. ¿Y verlo acabar de aquel modo? ¿Tirada en el suelo de un pueblucho de mierda, incapaz hasta de alzar la espada en sus últimos instantes?

¿Así?

Tenía los dientes apretados. Los ojos llenos de odiosas lágrimas.

¿Terminaría así?

La luz la cegaba. Daba igual hacia dónde mirara, era como tener delante los tres soles. Solo distinguía siluetas tenues. Ashlinn de pie ante ella, la Luz ardiendo refulgente en su mano. Remo por detrás, un brillo menor resplandeciendo en su puño. Luminatii heridos gimiendo en la arena. Y Casio, cuyo terror estaba llamando al de Mia.

*Nunca te encojas. Nunca temas.*

Negó con la cabeza. Alzó la mirada hacia la silueta de Remo, decidida a mirarlo a los ojos. A demostrarle que, por mucho que doliera, por mucho que su corazón la acusara de mentirosa...

—No te tengo miedo —susurró.

Oyó una leve risita. La luz menor se alzó sobre ella.

—*Luminus Invicta*, hereje —dijo Remo—. Daré recuerdos a tu hermano.

Las palabras golpearon a Mia con más fuerza que la luz de la Trinidad. Le licuaron el estómago. ¿Qué estaba diciendo aquel hombre? Jonnen estaba muerto. Lo había dicho la madre de Mia. Aquella veroscuridad en que había hecho trizas la Piedra Filosofal, había remontado los peldaños de la Basílica Grande y había caído ante aquel mismo hijo de puta, ante aquella misma condenada luz. En que había llorado después sobre las almenas que dominaban el lugar donde había muerto su padre. En que Mercurio había estado a su lado mientras ella decía en voz baja: «Qué brillante era. Demasiado brillante».

El anciano había sonreído. Le había dado unas palmaditas en la mano. «Cuanto más brillante es la luz, más profundas son las sombras.»

Ashlinn de pie frente a ella, con la Trinidad resplandeciente en la mano. Remo acechando a su espalda, con la espada alzada. Entre ellos dos, extendida por la arena y confundida con la del justicus, estaba la sombra de Mia. Negra. Retorciéndose. Pero ante aquella espantosa luz, más oscura que nunca.

Mia la llamó. Dientes rechinando. Ojos cerrados. Sintiendo la oscuridad de fuera y la oscuridad de su interior. Y apretando los puños, sosteniendo con fuerza la daga,

dio un paso al

interior de su propia sombra

y salió de la del justicus por detrás de él.

El cuerpo del hombre bloqueó la luz de la Trinidad, convertido en una inmensa silueta por la llama cegadora. Y descargando un tajo con su hoja, la hoja que su madre había sostenido contra el cuello de Scaeva, la hoja que Don Majó le había regalado en la oscuridad, la hoja que le había salvado la vida antes y volvía a salvársela, la hincó hasta el pomo en el cuello de Remo.

El justicus agarró el agujero que Mia acababa de tallar y una fuente de sangre manó entre sus dedos. Mia se apartó trastabillando, empapada de rojo. La luz seguía quemándola. Tenía los ojos entornados. Su pelo sobre la cara en mechones enredados mientras tropezaba y caía.

Remo se tambaleó y su espada cayó de entre sus dedos y se clavó temblorosa en la arena. Se llevó también la otra mano al cuello. La sangre arterial se escurría entre sus dedos. El entendimiento que asomaba a su mirada —«Me ha matado, oh, Dios, me ha matado»— se transformó en furia y se volvió hacia la chica con los brazos extendidos y las manos convertidas en garras. La sangre manó libre, cayendo a chorro por aquel pecho como un tonel, drenando todo el color de sus rasgos lobunos. El justicus de la legión Luminatii dio un paso trastabillante, dos y tres. Cayó de rodillas, con la mirada fija en la chica que hacía lo posible para apartarse a rastras sobre la arena.

Remo gorgoteó mientras la luz abandonaba sus ojos. Y con un fuerte golpe, su cadáver cayó de cara al suelo y los últimos y débiles latidos de su corazón mojaron la tierra de un rojo más profundo. Como ella siempre había soñado. Como ella siempre había querido.

«Muerto.»

Ashlinn se había quedado quieta, horrorizada. Mia sintió que se congregaban más sombras a su espalda, agrupadas en torno a sus propietarios en la puerta de la torre de la guarnición.

La reverenda madre.

Solis, apoyado en su hombro, sangrando y magullado.

Chss, silencioso como la muerte, con una hoja caída en un puño apretado.

Aalea y Mataarañas detrás de él, sosteniendo a Ratonero entre ellas.

Aunque estaban apaleados y sangraban, ninguno de los asesinos era tenebro. Ninguno estaba acobardado por la Trinidad que Ashlinn tenía en la mano. Y frente a cinco de los mejores asesinos de toda la República Itreyana, la chica hizo lo que habría hecho cualquiera en su posición, anhelara venganza o no.

Ashlinn dio media vuelta y corrió.

Chss y el Sacerdocio salieron a trompicones de la torre, ninguno de ellos en condiciones de perseguir a la chica. Al desaparecer la Trinidad calle abajo y remitir su dolor, Mia se puso bocabajo y vomitó sin hacer ruido. Miró a Casio y gateó hacia él, arañando la arena con los dedos. El Señor de las Hojas estaba hecho un ovillo, agarrándose el pecho, con la cara crispada. Mia murmuró con suavidad, le apartó las manos sanguinolentas y palideció al ver la herida. Eclipse estaba gimoteando, merodeando con las orejas apretadas contra el cráneo. Enseñando sus dientes negros.

—... ¡NECIA NIÑA, AYÚDALO!...

—Yo...

—... ¡AYÚDALO!...

Casio intentó hablar, pero casi no podía ni respirar. Tosió y se le mancharon los labios de rojo pegajoso. Tomó la mano de Mia y la apretó con fuerza. Drusilla llegó renqueando a su lado y los demás miembros del Sacerdocio se agacharon en la arena junto a él.

—No puedes morir —suplicó Mia—. ¡Me prometiste respuestas!

Casio hizo una mueca de dolor, tensó todos los músculos del cuerpo, arqueó la espalda. Fijó su mirada en Mia, que la sintió en los huesos. Era algo

primordial, una gravedad aplastante, un frío agónico, una terrible e interminable rabia. Algo que superaba el hambre y los mareos que sentía cuando él estaba cerca. Algo más próximo al anhelo, como el de unos amantes separados. Como el de un amputado. Como el de un puzle que busca la pieza que falta de sí mismo.

Quería hacerle preguntas. Quién era él. Quién era ella. Si sabía algo de la oscuridad de fuera o la oscuridad del interior. ¡Qué cerca estaba! ¡Cuánto había esperado! Las preguntas se le arremolinaron tras los dientes, esperando a que las pronunciara, pero la respiración de Mia se le atascó en los pulmones. Casio alzó sus manos escarlatas y apretó una palma contra la mejilla de Mia. Le manchó la piel con su sangre. Aún estaba caliente y el aroma a sal y cobre llenó las fosas nasales de la chica. El hombre le marcó una mejilla y luego la otra, para terminar trazando una larga línea descendente por los labios y el mentón de Mia. Ungiéndola, como podría haber hecho en el Salón de las Elegías si aquel momento, aquel final, aquel relato, hubiera sido otro distinto.

Ungiéndola como hoja.

Y con un último suspiro, silencioso como lo había sido en vida, el Príncipe Negro la abandonó.

Llevándose consigo las respuestas de Mia.

La loba-sombra cesó su merodeo. Alzó la cabeza y llenó el aire de un aullido que partía al alma. Se tumbó en la arena junto a Casio e intentó lamerle la cara con una lengua incapaz de saborear. Intentó ponerle en la mano una zarpa incapaz de tocar.

Don Majo lo observó todo en silencio. No tenía ojos que pudieran llenarse de pena.

Los vientos tormentosos siguieron llegando desde la bahía, fríos y

amargos. Los harapientos asesinos inclinaron las cabezas. Mia cogió la mano de Casio y notó el calor de su piel desvaneciéndose contra la de ella.

Y susurró al viento:

—Escúchame, Niah. Escúchame, Madre. Esta carne, tu festín. Esta sangre, tu vino. Esta vida, este final, nuestro presente para ti. —Suspiró—. Tenlo cerca.

# EPÍLOGO

Rompeespadas estaba en su recibidor viendo la lluvia caer sobre la bahía de Camada.

Se había señalado la nuncanoches y su ciudad estaba casi silenciosa del todo, su pueblo recogido en sus hogares mientras Trelene y Nalipse desataban su cólera fuera. Las Señoras de los Océanos y las Tormentas reñían mucho de un tiempo a aquella parte. El invierno había sido cruel, con las gemelas peleando a todas horas. Con un poco de suerte, aquella sería la última gran tempestad antes de la tercialba, porque Rompeespadas ya distinguía el brillo amarillo en ciernes de Shiih en el horizonte, tras las nubes, y la salida del tercer sol anunciaba el inicio de la larga escalada hacia el verano.

Ya tenía ganas, la verdad. Los inviernos eran más duros allí en Dweym que en cualquier otro lugar de la república. El frío castigaba más sus huesos a cada año que pasaba. Se estaba haciendo viejo. Debería haber renunciado ya a ser bara del clan Tresdracos, pero sus hijas se habían desposado con un par de idiotas, ambos más músculo que cerebro, y Rompeespadas era reacio a legar la Corona de Corales a ninguno de sus yernos. Si Caminatieras estuviera aún allí...

Pero no. Pensar en su hija más joven no le hacía ningún bien.

Esa época se había marchado, y ella también.

Rompeespadas dio la espalda a la bahía y cruzó renqueando los largos salones de piedra de su fuerte. Los siervos se inclinaron a su paso, con los ojos gachos. El trueno resonó en las vigas del techo. Al llegar a su dormitorio, cerró la puerta y miró su lecho vacío. Pensó en lo cruel que era la vida, permitiendo ya no que un marido sobreviviera a una esposa, sino también a una hija. Se quitó la Corona de Corales de la cabeza y la dejó a un lado, torciendo los labios.

—Demasiado pesada estos días —murmuró—. Demasiado pesada con mucho.

Cogió una jarra de cantarín cristal dweymeri y llenó un vaso con manos temblorosas. Se lo llevó a los labios suspirando. Miró por la ventana mientras la lluvia fustigaba el cristal, se acercó al rugiente hogar y suspiró de nuevo cuando el calor le besó los huesos. Su sombra bailó delante de él, titilando por las losas y las pieles.

Frunció el ceño. Separó los labios.

Cayó en la cuenta de que su sombra se estaba moviendo. Se rizaba y se retorció. Culebreaba por la piedra, se replegaba sobre sí misma y luego — ¡gran Trelene, juraba que lo estaba viendo con sus propios ojos!— se extendía hacia el fuego, no huyendo de él.

—En nombre de la Señora, ¿qué...?

El miedo emblanqueció el rostro de Rompeespadas cuando las manos de su sombra se movieron por iniciativa propia. Subieron a su cuello, como para estrangularse a sí mismo. El anciano bara se miró las manos reales, el vino dorado en su vaso, y un escalofrío lo embargó a pesar el calor del fuego.

Y entonces empezó el dolor.

Al principio fue un ligero ardor en el estómago. Una punzada, como si su tardera hubiera llevado demasiadas especias. Pero pronto germinó,



volviéndose más intenso, más ardiente, y el anciano hizo una mueca con una mano en la tripa. Esperó a que pasara el dolor. Esperó a...

—Diosa —gimió, cayendo de rodillas.

El dolor era como el fuego, caliente y al rojo blanco. Se dobló por la cintura, dejando caer el vaso de cristal, que resbaló por la piedra dejando un rastro de vino dorado que reflejó la luz de las llamas. Su sombra estaba temblando y convulsionándose, como si tuviera mente propia. Los rasgos del anciano se retorcieron y una lenta agonía le dio zarpazos en las vísceras. Abrió la boca para llamar a los sirvientes y a sus barados. Algo iba mal.

Algo iba muy mal.

Una mano se cerró sobre sus labios, amortiguando su grito. Puso los ojos como platos al oír un frío susurro en su oreja. Olió un aroma a clavo quemado.

—Hola, Rompeespadas.

Las palabras del intruso toparon con la mano. Le ardieron las tripas.

—Llevo tiempo esperando la ocasión de encontrarte a solas —dijo la voz—. Para hablar.

Comprendió que era una mujer. Una chica. El anciano se revolvió, intentando zafarse de ella, pero la chica lo contuvo, fuerte como el hueso de tumba. Su sombra continuó retorciéndose, doblándose, como si estuviera tendido de espaldas dando garrazos al cielo. Y mientras el dolor duplicaba su intensidad, se encontró haciendo justo eso, caer panza arriba y mirar la silueta que tenía encima con lágrimas de suplicio en los ojos.

Una chica, como había pensado. Piel blanca como la leche, curvas esbeltas y labios arqueados. En la oscuridad que había a los pies de la chica, vio que se congregaba una forma. Era plana como el papel y semitransparente, negra como la muerte. Enroscó la cola en el tobillo de la chica, casi con aire

posesivo. Y aunque no tenía ojos, Rompeespadas supo que lo observaba, cautivado como un niño ante un espectáculo de marionetas.

—Ahora voy a apartar la mano. A no ser que tengas pensado chillar.

El anciano gimió cuando llameó el fuego de su barriga. Pero miró a la chica con ojos llenos de odio. ¿Chillar? Él era bara del clan Tresdracos. Ni muerto pensaba darle a aquella flacucha la satisfacción.

Rompeespadas negó con la cabeza. La chica quitó la mano y se arrodilló a su lado.

—¿Q...? —intentó decir—. ¿Q...?

—¿Quién? —preguntó la chica.

El anciano asintió con la cabeza, conteniendo otro gemido de dolor.

—Me temo que nunca sabrás mi nombre —dijo ella—. La mía es la senda de las sombras. Soy un rumor. Un susurro. El pensamiento que despierta a los hijos de puta de este mundo sudando en plena nuncanoché. Y tú eres de verdad un hijo de puta, Rompeespadas del clan Tresdracos. Un hijo de puta sobre el que hice una promesa a alguien que me importaba, no hace mucho tiempo.

El semblante del anciano se crispó y sus dedos arañaron su barriga. Le hervían las entrañas, le ardían como llenas de ácido y cristal roto. Sacudió la cabeza e intentó escupir, pero le salió un gimoteo. La chica miró el vaso derramado de vino dorado. El fuego centelleó en sus ojos negros.

—Se llama despecho —dijo, señalando el vaso—. Una dosis purificada. Ya te ha abierto un agujero en el estómago. Pasará a los intestinos en los próximos minutos. Y durante los siguientes pocos turnos, tu barriga sangrará, se hinchará y supurará. Y al final morirás, Rompeespadas del clan Tresdracos. Morirás como le prometí que morirías. —La chica sonrió—. Morirás chillando.

Otra forma se materializó al lado de la chica. Otra sombra, que miró a

Rompeespadas con sus no-ojos. Un lobo, comprendió. Gruñendo con una voz que parecía provenir de debajo el suelo.

—... VIENEN SIRVIENTES. DEBERÍAMOS MARCHAR...

La chica asintió con la cabeza. Se levantó. Las dos sombras lo miraron. Miraron la vida que había en sus ojos. Todo lo erróneo y lo acertado. Todos los fracasos y los triunfos y lo de en medio.

—Si lo ves cuando deambules junto al Hogar, dile hola a Tric de mi parte.

Los ojos de Rompeespadas se ensancharon. La voz de la chica llegó leve como las sombras.

—Dile que lo echo de menos.

La oscuridad se onduló y el anciano se quedó solo.

Con sus chillidos como compañía.

**E**l coro cantaba de nuevo.

La melodía fantasmal se había reanudado cuando Mia y el Sacerdocio llegaron desde los Susurriales, seguidos de Naev, Jessamine y el resto de su grupo de búsqueda. El interior de la montaña había enrojecido de sangre y decenas de manos y discípulos yacían en las tumbas sin lápida del Salón de las Elegías, junto al Señor de las Hojas. Los nombres del justicus Remo y el centurión Alberio estaban tallados en el suelo entre las otras víctimas de la iglesia, y Mia halló no poco placer en pisarlos durante el servicio. Eran las únicas tumbas que iban a conocer.

La reverenda madre había pronunciado la elegía, honrando a los caídos en defensa del Monte Apacible, alabando a quienes salvaron la Iglesia Roja de la calamidad. El Sacerdocio estaba reunido a su alrededor, solemne y silencioso. Las pocas manos que habían sobrevivido a la matanza emprendieron su salmodia, con menos voces que en giros pasados.

Mia no había dejado de mirar una tumba en todo el tiempo. Era solo otra losa más incrustada en la pared, igual que las demás. No había lápida con nombre y el interior estaba vacío, porque a fin de cuentas no habían recuperado su cadáver. Pero cuando terminó la misa y los restos de la congregación se perdieron en la oscuridad, Mia se arrodilló junto a su losa, sacó su daga de hueso de tumba y talló cuatro letras en la piedra.

TRIC.

Apretó sus dedos contra los labios y luego contra la piedra.

El orador había cumplido su palabra y regresado a la montaña al saber que era segura. Adonai había emergido de la superficie de sangre junto a Marielle, con los dedos rotos de la tejedora entablillados. Tardaron meses en sanar y que Marielle recuperase sus habilidades. Pero cuando lo hizo, su primera tarea fue saldar la deuda que había contraído con Mia por salvarles la vida a ella y Adonai.

Devolvió a Naev su rostro.

La mujer había esperado fuera de los dominios del orador el regreso de Mia de su visita al bara del clan Tresdracos. Cuando la chica se hubo lavado el rojo en los baños, Naev le dio un cálido abrazo y le besó las mejillas. Y sin una sola mirada hacia la cámara ni al orador que estaba en ella, la mujer había acompañado a Mia a su dormitorio. Naev seguía llevando el velo, quizá acostumbrada a él después de años ocultando la cara, quizá sabiendo, como Mia, que, al final, no habría importado el aspecto que tuvieran, sino lo que hubieran hecho con sus vidas.

Quizá simplemente porque le gustaban los velos.

Se detuvieron en la puerta del dormitorio de Mia, que Naev abrió con una sonrisa. Las habitaciones en el sector de las hojas dentro de la montaña eran más grandes, más privadas, amortajadas en siemprenoche. La cama de Mia era lo bastante grande para perderse en ella. Pero lo cierto era que odiaba

dormir en ella. Le resultaba demasiado fácil sentirse sola. Pero Casio la había ungido ante el Sacerdocio al completo y, por muchos peros que pudieran poner Drusilla o Solis, Mia era una hoja. Aquel era el lugar donde se quedaría hasta que el Sacerdocio la asignara a una capilla. Había solicitado Tumba de Dioses, por supuesto, pero nadie sabía dónde podría terminar.

—Antes de que me olvide. —La mujer señaló la mesita de noche. Había un volumen encuadernado en cuero sobre la madera, con un cierre de plata—. Te lo envía el cronista. Dice que ya sabes por qué.

El corazón de Mia cantó. Volvió a dar las gracias a Naev, cerró la puerta cuando se marchó y se tiró de un salto en su colchón. Don Majo se hizo visible en el cabezal y Eclipse al pie de la cama. Las dos sombras se miraron con sus no-ojos y la desconfianza chisporroteó en el aire. Don Majo había insistido mucho a Mia en que Eclipse no tenía un lugar junto a ella. Pero la loba-sombra parecía destrozada del todo por la muerte de Casio. Había vagado por el interior de la montaña durante giros enteros, aullando de dolor. Mia había terminado buscándola a petición de Drusilla y pidiendo a Eclipse que caminara con ella, ya que no tenía a nadie más con quien andar. La loba-sombra la había mirado despacio y callada, y Mia había pensado que iba a negarse. Pero cuando la chica había mirado la oscuridad bajo sus pies, la había encontrado más oscura todavía.

Lo bastante oscura para tres.

Mia cogió el libro de la mesita de noche y miró la cubierta. Había extraños símbolos grabados en el cuero, que dolían a la vista. Abrió el cierre y vio una nota, escrita con la letra enmarañada del cronista. Siete palabras.

«Otra chica con una historia que contar.»

Mia pasó las páginas, crujientes y agrietadas por los años, y contempló las hermosas ilustraciones. Eran figuras humanas, con las sombras de distintos animales a sus pies. Lobos y aves, víboras y arañas. Y otras cosas,

monstruosas y obscenas. Frunció el ceño al ver los extraños sellos que giraban y cambiaban ante sus ojos.

—No conozco esta escritura.

—... *dudo que haya muchos en este mundo capaces de leerla...*

—¿Y tú puedes?

Don Majo asintió.

—... *no sé cómo, pero las letras... me hablan...*

Eclipse se puso de pie y cruzó el colchón para sentarse al lado de Mia. Don Majo siseó y la loba respondió con un gruñido antes de mirar las páginas que había en manos de Mia.

—... *YO TAMBIÉN PUEDO LEERLAS...*

—¿Cómo se titula?

El no-gato bajó al hombro de Mia y escrutó los extraños y cambiantes símbolos.

—... *la hambrienta oscuridad...*

Mia pasó los dedos por las páginas. Por las sombras de tinta negra, por el texto enrevesado y movedizo. Podrían estar allí. Las respuestas a todas sus preguntas. A quién era. A qué era. O quizá el libro estuviera lleno de chorradas, quizá fuese un libro que muriera porque nunca debió existir, un cascarón vacío más en la biblioteca de los muertos de Niah.

—¿Me lo leeréis?

—... *¿de verdad quieres saberlo?...*

—¿Cómo puedes preguntarlo? Tenemos que comprender lo que somos, Don Majo.

—... *a mí me gustan las cosas como están...*

—... *YO TE LO LEERÉ...*

—... *vuelve a tu perrera, chucha...*

—... *TEN CUIDADO, PEQUEÑO FELINO. SOLO LOS GATOS DE*

VERDAD TIENEN SIETE VIDAS...

—... *ella me pertenecía antes de ser tuya...*

—... *SI PERTENECE A ALGUIEN, ES A ELLA MISMA...*

Mia dio un puñetazo en las páginas. Miró a las sombras que la rodeaban.

—Leed.

El no-gato suspiró. Se sentó en el hombro de Mia y escrutó el texto cambiante. La tinta era más negra que el negro y se emborronaba y se arremolinaba ante los ojos de Mia. La embargaba una extraña sensación de vértigo si miraba demasiado tiempo aquella escritura, de modo que se centró en las ilustraciones, las hermosas y las monstruosas. Pasó página tras página, mientras el no-gato meneaba la cola a los lados y la no-loba se quedaba inmóvil del todo.

—... *son sobre todo bobadas. la palabrería de los idos...*

—Tiene que haber algo.

—... *LA AUTORA SE LLAMABA CLEO. VIVIÓ EN LOS TIEMPOS ANTERIORES A LA REPÚBLICA. HABLA DE SU INFANCIA. LA CASARON CON UN HOMBRE CRUEL ANTES DE QUE HUBIERA FLORECIDO. LAS SOMBRAS, SUS ÚNICOS AMIGOS...*

—... *cuando cayó la veroscuridad el año en que sangró por primera vez, ahogó a su marido con la oscuridad cuando él fue a tomarla. huyó, viajó por liis buscando... creo que esta palabra significa «verdad»...*

—... *VERDAD, SÍ...*

—... *no te estaba preguntando, chucha...*

Eclipse gruñó y Mia sonrió, pasando la mano por el cuello de la loba-sombra.

Las siguientes secciones del volumen eran sobre todo ilustradas: diseños de oleoso negro, una forma femenina con multitud de sombras distintas.

Páginas enteras cubiertas de impenetrables garabatos negros, como un cielo de veroscuridad con las estrellas resaltadas en manchas de blanco desnudo.

—... *ESTO NO ESTÁ NADA CLARO. HABLA DEL AMOR DE LA MADRE, DE LOS PECADOS DEL PADRE, DEL NIÑO EN SU INTERIOR...*

—¿Estaba embarazada?

—... *lo que seguro que estaba es loca...*

—¿Encontró la verdad que buscaba?

Don Majó pasó al otro hombro de Mia y se inclinó hacia la página.

—... *habla de sentir a otros como ella. de verse atraída hacia ellos como la araña a la mosca...*

Una ilustración de una mujer, embozada en negro. Sombras desplegándose de las puntas de sus dedos.

—... *escribe sobre el hambre...*

Una página negra, cubierta por centenares de bocas llenas de dientes afilados.

—... *HAMBRE SIN FIN...*

Gruesos brochazos, negros y violentos.

—... *ay, ay, ay...*

—¿Qué?

—... *habla de encontrar a otros como ella. a otros que hablan a la oscuridad. de encontrarlos y...*

—¿Y?

Eclipse dio un suave gruñido desde el fondo de la garganta.

—... *COMÉRSELOS...*

—Por el abismo y la sangre...

—... *«los muchos fueron uno»...* —leyó Don Majó— ... *«y lo serán de nuevo; uno bajo los tres, para criar a los cuatro, liberar al primero, cegar al*



*segundo y al tercero. oh, madre, la más negra madre, en qué me he convertido»...*

—Por los dientes de las Fauces.

—... *ya lo creo...*

—¿Algo de esto te sonaba, Eclipse? ¿Estos dibujos? ¿Esta historia? ¿Casio o tú visteis alguna vez algo parecido?

—... *NUNCA BUSCAMOS...*

—¿Nunca?

—... *CASIO NO CUESTIONABA SU NATURALEZA. NO LE IMPORTABA QUÉ ERA, SOLO QUE LO ERA...*

Mia suspiró. Negó con la cabeza.

—¿Qué fue de ella, de Cleo?

—... *sigo leyendo...*

Las sombras callaron mientras Mia pasaba la página. Allí, en el papiro, había un mapa que delineaba el mundo conocido. Los países de Itreya y Liis, Vaan y la antigua Ashkah. Y lejos, en el centro de los Susurriales ashkahi, rodeada por las cambiantes formas de lo que solo podían ser krakens de arena, había una equis marcada en tinta roja.

—... *habla de un viaje...*

—... *«EN BUSCA DE LA CORONA DE LA LUNA»...*

Mia parpadeó, desconcertada.

—¿La Luna?

—... *eso dice ella...*

Mia se mordió el labio. Pasó la página y se le trabó el aliento en la garganta.

—Mirad eso...

La página era otro mapa del mundo conocido, trazado por la misma mano. Pero en la costa occidental de Itreya, no estaba la bahía de la ciudad de

Tumba de Dioses. En su lugar había tierra, una península que salía al mar del Silencio. Y en el corazón de la península, donde en la actualidad se alzaba la gran metrópolis, había otra equis con un garabato huidizo de tinta roja al lado.

—¿Qué pone?

Don Majo miró la página.

—... «*aquí cayó*»...

—¿La Luna?

—... *cabe suponer*...

Mia contempló el mapa.

El lugar donde debería haber estado la Ciudad de los Puentes y los Huesos.

«Tumba de Dioses.»

—¿Quién o qué es la Luna? —preguntó.

Pero las sombras no respondieron.

# DICHA ÚLTIMA

*Supongo que ahora creéis conocerla.*

*A la chica a la que algunos llamaron Hija Pálida. O la Coronadora. O Cuervo. A la chica que fue al asesinato lo que los virtuosos a la música. Que hizo a los finales felices lo que una sierra hace a la piel.*

*Mirad ahora las ruinas que dejó atrás, mientras la tenue luz titila en las aguas que se bebieron una ciudad de puentes y huesos. Mientras las cenizas de la república bailan en la oscuridad sobre vuestras cabezas. Mirad sin palabras la ciudad rota y saboread el hierro en vuestra lengua, y escuchad cómo los solitarios vientos susurran su nombre como si también ellos la conocieran.*

*¿Creéis que ella reiría o lloraría al ver el mundo que trajo su mano?*

*¿Creéis que sabía que terminaría así?*

*¿De verdad la conocéis lo más mínimo?*

*Aún no, pequeños mortales. Ni por asomo.*

*Pero a fin de cuentas, este relato es solo uno de tres.*

*Nacimiento y vida y muerte.*

*De modo que tomad mi mano.*

*Cerrad los ojos.*

*Y caminad conmigo.*



## AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento, profundo como la oscuridad, a las siguientes personas:

Amanda, Peter, Emma, Paul, Justin, Allison, Nancy, Kim, Young, Mike, Melissa y todos los de Thomas Dunne/SMP, Emma, Kate y todo el mundo en Harper Voyager UK, Rochelle, Alice y todos en Harper Collins Australia, Mia, Matt, Lindsay, Josh, Tracey, Samantha, Stefanie, Steven, Steve, Jason, Megasaurus, Virginia, Kat, Stef, Wendy, Marc, Vilma, Molly, Tovo, Orrsome, Tsana, Lewis, Shaheen, Soraya, Amie, Jessie, Caitie, Louise, Marc, Tina, Maxim, Zara, Ben, Clare, Jim, Weez, Sam, Eli, Rafe, AmberLouise, Caro, Melanie, Barbara, Judith, Rose, Tracy, Aline, Louise, Anna, Adele, Jordi, Ineke, Kylie, Julius, Antony, Antonio, Emily, Robin, Drew, William, China, David, Aaron, Terry (D.E.P.), Douglas (D.E.P.), George, Margaret, Tracy, Ian, Steve, Gary, Mark, Tim, Matt, George, Ludovico, Philip, Randy, Oli, Corey, Maynard, Zack, Pete (D.E.P.), Robb, Ian, Marcus, Trent, Winston, Tony, Kath, Kylie, Nicole, Kurt, Jack, Max y Poppy.

A la gente y la ciudad de Roma.

A la gente y la ciudad de Venecia.

Y a ti.

# NO RETROCEDAS. NO TENGAS MIEDO. NO OLVIDES



En una tierra en la que ninguno de sus tres soles llega jamás a ponerse, la joven asesina Mia Corvere acaba de unirse a la banda más mortífera de la República.

De niña, Mia escapó de milagro de la rebelión fallida de su padre, que murió ejecutado por traición. Su mundo se vino abajo y, sola y sin amigos, tuvo que huir de enemigos implacables. Pero su insólito don para conversar con las sombras la llevó por un camino más oscuro de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Ahora, años más tarde, emprende un arriesgado viaje para demostrar su valía en la Iglesia Roja. Los pasillos de esta escuela de asesinos están repletos de peligros mortales. Aquí y allá amenaza la traición, pero, para llegar a ser una adversaria sin par, Mia debe sobrevivir a la iniciación. Solo así estará un paso más cerca de lo único que desea...

Venganza.

**«Si te gustan Robin Hobb y George R.R. Martin, te encantará**

***Nuncanoche***»

*Starbust*

**Jay Kristoff** es autor de la trilogía «Crónicas de la Nuncanoche», al que *Nuncanoche* da el pistoletazo de salida, y la serie «Las Guerras del Loto». Asimismo, es coautor de *Illuminae* (Alfaguara, 2016). Ha sido galardonado con el premio Aurealis y nominado para el David Gemmell Morningstar y el Legend. Sus libros se han publicado en más de veinticinco países, la mayoría de los cuales nunca ha visitado. El autor está tan sorprendido de su éxito como tú.

Vive en Melbourne con su mujer, que es agente secreta experta en kung-fu, y con el Jack Russell más perezoso del mundo. Kristoff no cree en los finales felices.

Título original: *Nevernight*

Edición en formato digital: mayo de 2018

© 2016, Nerverafter Pty, Ltd.

Por acuerdo con Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L., en asociación con Adams Literary.

Todos los derechos reservados

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Manuel Viciano Delibano, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación de la cubierta original de Young Jin Lim / Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de portada: © Jason Chan

Tipografía de portada: © José Manuel Urós

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01956-2

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



## Notas

[1] Aún no sabía cómo escuchar. Vosotros rara vez sabéis.

[2] Algo se dio cuenta. A algo le importó.

[3] Las Costillas son, quizá, la característica más espectacular de la capital de Itreya. Son dieciséis inmensas torres osificadas que brillan en el corazón de la Ciudad de los Puentes y los Huesos. Se dice que las Costillas pertenecieron al último titán, derribado por Aa, Dios de la Luz, en la guerra por el dominio del cielo itreyano. Aa ordenó a sus fieles construir un templo en el lugar donde el titán cayó a la tierra, para conmemorar su victoria. Y así fue como la semilla de una gran ciudad se plantó en la tumba del último enemigo de la Luz.

Resulta extraño, gentiles amigos, que no se pueda encontrar ninguna sagrada escritura ni ningún libro donde se mencione el nombre del titán...

[4] La Dama de los Océanos, tercera hija de la Luz y las Fauces, Aquella que se Beberá el Mundo.

[5] ¿Cuán borracho tendría que estar un hombre para considerar que un romance con una gigante es una opción razonable, por ejemplo? Y es más, en tal estado de embriaguez, ¿cómo podía esperarse que manejara con seguridad ya no solo su propio equipamiento, sino también la imprescindible escalerilla?

[6] El chico tenía poesía en el alma, sin duda.

[7] Uno de los últimos seis que quedaban. Plienes y todos los ejemplares

conocidos de su obra ardieron en la hoguera el año 27 PR, en una quema que se conoció brevemente como «La Luz más Brillante».

Organizada por el gran cardenal Craso Álvaro, la pira destruyó más de cuatro mil obras «incendiarias» y se consideró un éxito arrollador por parte de la clerecía itreyana... hasta que el hijo de Craso, el cardenal Leo Álvaro, señaló que no existía luz en toda la creación más brillante que la del propio Dios de la Luz, y que contradecir tal hecho al poner nombre a cualquier hoguera encendida por el hombre constituía una herejía.

Tras la crucifixión del gran cardenal, su sucesor Álvaro II decretó que la pira recibiría el nombre de «La Luz Brillante» en los textos subsiguientes.

[8] «Quizá fuese la asesina más temida de Itreya, degolladora de legiones, la Dama de las Hojas, destructora de la república, pero mirad, también existía el bien en ella. Tenía piedad, incluso con violadores y bestias. ¡Oh, que entren esos violines!»

[9] Como ya sospecharéis, el nombre del gato provenía de su afición a orinar fuera de las zonas designadas a tal efecto, un nombre que la madre de la niña había tolerado y su querido y difunto padre había aprobado con sonoro regocijo.

[10] El Capitán Charquitos estaba escondido bajo la cama, lamiéndose unas zarpas polvorientas. El ser mencionado con anterioridad seguía debajo de la cortina.

[11] Para entonces ya había aprendido a oír la música.

[12] Ese dudoso honor correspondía a la Rosa Solitaria, un burdel portuario de Tumba de Dioses frecuentado por chalados sifilíticos y presos recién liberados y regentado por una madama vaaniana tan plagada de enfermedades que se refería afectuosamente a sus propias partes bajas como «el hacehuérfanos».

[13] El único hombre de Última Esperanza que sabía tocarlo, un saqueador

de la zona al que apodaban Zoufes el Azul, había aparecido colgado de una viga de la posada dos veranos antes. Si su final fue un suicidio o la protesta de alguien con una aversión particular a la música de clavecín fue tema de mucha especulación y muy poca investigación en las semanas que siguieron a su muerte/asesinato.

[14] Las monedas de la república eran de tres tipos. La menos valiosa era el cobre, la hermana mediana era el hierro y la más cara, el oro. Las monedas de oro eran tan difíciles de ver como un recaudador simpático, hasta el punto de que casi ningún plebeyo echaba siquiera el ojo a una en toda su vida.

En un principio, a las monedas itreyanas se las llamaba «soberanos», pero dada la afición del país a asesinar brutalmente a sus reyes, la palabra había caído en desuso hacía décadas. Las monedas de cobre habían pasado a apodarse «mendigos» y las de hierro «sacerdotes», ya que eran quienes solían manejarlas con más entusiasmo. No había una forma generalizada de referirse a las monedas de oro, porque cualquiera lo bastante adinerado como para tenerlas no era muy aficionado a los apodos. Ni tampoco manejaba su dinero en persona.

Pero, ya puestos, llamémoslas «mamones» de oro.

[15] En aquel momento, no había ningún arcoíris presente en la sala.

[16] No era así, aunque Daniio el Gordo había contraído una deuda considerable con el capitán durante una discusión ebria sobre la aerodinámica de los cerdos y la distancia entre el Viejo Imperial y la pocilga de enfrente. El pago, para el que se había acordado una larga sesión de... placer oral para la tripulación entera del *Pretendiente de Trelene* (que Daniio debería ejecutar haciendo el pino con el culo pintado de azul, al parecer), aún no se había efectuado, pero su amenaza impregnaba el aire siempre que el *Pretendiente* y su tripulación echaban amarras allí.

[17] Chico, chica, hombre, mujer, cerdo, caballo y, si se reservaba con

tiempo y se pagaba bien, cadáver.

[18] La insubordinación, la embriaguez y la alteración del orden eran los más frecuentes, aunque un legionario estaba destinado en Ashkah por asesinar al cocinero de su cohorte después de que le sirvieran picadillo de carne para la tardera nada menos que 342 nuncanoches consecutivas.

—¿Tanto costaría —había rugido— servir de vez en cuando [puñalada] una puta [puñalada] ensalada?

[19] ¡Mirad, también existía el bien en ella! Tenía piedad, incluso con violadores y bestias. ¡Oh, que entren esos violines!

[20] Venga, va. Unos conceptos básicos, si me permitís.

En todas las religiones debe haber un adversario. Un mal para el bien. Un negro para el blanco. En la república, ese papel lo desempeña Niah, Diosa de la Noche, Nuestra Señora del Bendito Asesinato, esposa-hermana de Aa, también conocida, como sin duda habréis deducido ya, como las Fauces.

Al principio, el matrimonio de Niah y Aa fue feliz. Hacían el amor al alba y al ocaso, y luego se retiraban a sus respectivos dominios, compartiendo a partes iguales el reinado sobre el cielo. Temiendo la aparición de un rival, Aa ordenó a Niah que no engendrara hijos y, obediente, la Noche dio a la Luz cuatro hijas: Tsana, Señora del Fuego; Keph, Señora de la Tierra, y las gemelas Trelene y Nalipse, Señoras de los Océanos y las Tormentas, respectivamente. Pero Niah echaba de menos a su marido en las frías y largas horas de oscuridad, de modo que, para aliviar su soledad, decidió dar a luz a un niño. La Noche llamó a su hijo Anais.

Aa se enfureció al saber que su esposa lo había desobedecido. Como castigo, expulsó a Niah del cielo. Sintiéndose traicionada por su marido, Niah juró venganza contra Aa y no ha vuelto a hablarle desde entonces. El propio Aa todavía está enfurruñado por todo el asunto.

¿Y qué fue de Anais?, quizá os preguntéis. ¿Qué fue del rival que con tan

buen motivo temía Aa?

Eso, gentiles amigos, sería revelar demasiado.

[21] Cuando residían en Tumba de Dioses, los nobles de la república habitaban los idolatrados huecos de las mencionadas Costillas, y se dedicaban a sus negocios en el cavernoso interior del Espinazo. Por eso se los llamaba «nacidos de la médula». El estatus social se reflejaba en la cercanía a la primera Costilla, que albergaba el Senado Itreyano y a los cónsules elegidos para liderarlo. Al norte de la primera Costilla estaba el foro, construido donde debería haber estado el Cráneo.

Y digo «debería», gentiles amigos, porque el Cráneo en sí no estaba.

[22] El lema de la Legión Luminatii, gentiles amigos, «La luz prevalecerá».

[23] «Ah, te refieres a las Faaauces.»

[24] Los sacerdotes del Monasterio del Hierro itreyano se inician en la orden después de su segunda veroscuridad, y se los prueba para que demuestren su aptitud en la *Ars Machina*. A los chicos nunca se les enseña a leer ni a escribir. En la víspera de su quinta veroscuridad, a aquellos a quienes se considera dignos de servir se los lleva a una sala muy iluminada en el corazón del monasterio. Allí, entre el aroma de la brea ardiendo y la apabullante belleza del coro, recitan sus votos antes de ser liberados de sus lenguas por medio de unas tenazas al rojo vivo. Los secretos de construir y mantener los andadores de guerra son los mejor guardados de la república: se enseñan haciendo, no hablando, y la orden se toma sus votos de silencio bastante en serio.

Quizá alivie a los de corazón más gentil entre vosotros saber que los sacerdotes no hacen voto de celibato. Son libres de gozar de todos los placeres de la carne, aunque su falta de lengua puede ser un impedimento a la hora de encontrar esposa.

Sin embargo, los vuelve unos excelentes compañeros de cena.

[25] Pese a su lamentable carencia de oscuridad, la mayoría de los ciudadanos de la república seguían necesitando dormir y, fuese la estación que fuese, las horas de vigilia las marcaba un giro en el tiempo que hacía en Itreya. A medida que se acerca la nuncanoché, se alza el viento desde los océanos occidentales y aúlla por toda la república, trayendo consigo una piadosa bajada de la temperatura. Como es más fácil dormir cuando hace fresco, la mayoría se toma ese giro como la señal para caer en el colchón, la paja o los adoquines, según su estado de embriaguez. El viento va remitiendo poco a poco hasta alzarse de nuevo unas veinticuatro horas más tarde. Se dice que es un regalo de Nalipse, señora de las tormentas, que se apiada de una tierra y un pueblo calcinado por la casi constante luz de su padre. El «giro», en consecuencia, es como los itreyanos llaman a un ciclo de sueño y vigilia. La semana tiene siete giros y el año, trescientos cincuenta. Sin duda se trata de una rareza del idioma, pero necesaria en un territorio donde el día dura dos años y medio seguidos y celebrar el día del nacimiento es un lujo que solo pueden permitirse los más ricos.

[26] De vez en cuando, y a menudo muy a su pesar, la chica aún tenía un orgullo de nacida de la médula que se colaba en su trabajada y cuidadosa fachada de me-importa-todo-una-puta-mierda. Quien tuvo, retuvo, aunque por desgracia Mia hubiera retenido poca cosa de valor.

[27] Oh, dejaos de risitas y creced de una vez.

[28] El caballo, no el centurión.

[29] La mordieron tres caballos distintos durante su estancia en el criadero, la descabalaron siete veces (dos de ellas sobre estiércol) y la pisaron una vez. Además, le pellizó una nalga un mozo de cuadra particularmente atrevido llamado Romero (por desgracia, el mismo giro de su primera caída a la mierda), al que había informado mal un juglar diciéndole que a las chicas de ciudad «les gustan esas cosas».

La nariz del chico nunca sanó del todo, aunque logró recoger del suelo tres de sus dientes. Lo último que supe de él es que lo habían condenado a cuatro años en la Piedra Filosofal por su brutal agresión, en opinión de muchos sin motivo, a un juglar.

[30] El Imperio de Ashkah gobernó el mundo conocido durante unos siete siglos, período en que los estudiosos consideran que hubo un desarrollo inigualable en los campos de la ciencia y las artes arcanas. Ashkah era una sociedad de hechiceros, cuyas audaces incursiones en los dominios de la magya —o el nismo, o la palabra que prefiráis— no solo dejó a la altura del betún los débiles rituales taumatúrgicos de los reyes brujos liisianos que los sucedieron, sino que también cambiaron la forma de la misma realidad.

Por desgracia, como suele suceder cuando los mortales se ponen a trastear con aquello tejido por los dioses, algo, o alguien, siempre termina con la nariz partida. Ningún estudioso mortal sabe a ciencia cierta cómo cayó Ashkah. Muchos afirman que el propio Aa barrió el imperio de la faz del mundo. Otros aseguran que la propia magya de los teúrgos ashkahi llamó la atención de seres más antiguos que los dioses, monstruosidades sin nombre que moran más allá del universo y la cordura y engulleron el imperio como un tintómano después de tres días sin comer.

Y por último, hay otros que dicen que algún teúrgo simplemente la jodió.

La jodió pero bien.

[31] Mercurio llamaba a aquellas pruebas «búsquedas del tesoro» y, aunque variaban en dificultad y riesgo para la vida y los miembros, casi siempre empezaban con Mia despertando con un leve dolor de cabeza provocado por la hierbasueño en un entorno desconocido. Una vez, después de una lección sobre los principios del magnetismo, había despertado en la negrura de las alcantarillas de Tumba de Dioses con solo un alfiler de hierro y un trozo de tiza para encontrar la salida. Tras seis meses aprendiendo el idioma de la

antigua Ashkah, había despertado en la necrópolis de Tumba de Dioses, a diez kilómetros de la salida, con medio pellejo de agua y las indicaciones escritas en caracteres ashkahi.

Por supuesto, aunque Mercurio las llamaba «búsquedas del tesoro», el único «tesoro» que podía encontrarse al final de aquellos ejercicios era la existencia continuada. Aun así, lo cierto es que despertaban una gran dedicación en la alumna.

[32] Aunque los pocos eruditos lo bastante locos para estudiarlos se refieran a ellos como «krakens de arena», los principales depredadores de los yermos ashkahi en realidad no son cefalópodos. Nadan en la arena con la misma facilidad que sus «parientes» marinos en el agua, filtrando el oxígeno de la tierra mediante branquias especiales. No comen nada que no pueda correr a una cierta velocidad, y son famosos por tener un carácter que casi cualquiera describiría como «poco cooperativo».

El más renombrado experto en su estudio, el conocedor Carlo Ribisi, teorizó que son una especie de gusano desértico, mutado por contaminantes mágycos procedentes de las ruinas del Imperio Ashkahi. Ribisi postuló que los animales poseen una inteligencia de nivel canino y, para demostrar su hipótesis, capturó un cachorro de kraken de arena, lo llevó a la Gran Universidad de Tumba de Dioses e intentó entrenarlo para que realizara tareas sencillas.

Ribisi construyó laberintos de piedra, los llenó de arena y soltó dentro a la bestia, a la que había llamado Alfi en honor a una amada mascota de su familia. Alfi recibía comida como recompensa cada vez que lograba salir. Ribisi fue incrementando la complejidad de los laberintos a medida que Alfi crecía (su última medida registrada fue de dos metros) y también introdujo dispositivos sencillos como pestillos y puertas para demostrar el incremento en la inteligencia del animal. Por desgracia, una nuncanoché Alfi se valió de



sus conocimientos para escapar de su cercado y asesinar a buena parte del departamento de zoología, incluido un decepcionado Ribisi, antes de que acabara con él un pelotón de atónitos Luminatii.

Las regulaciones sobre el mantenimiento de especies salvajes en terrenos universitarios se volvieron considerablemente más restrictivas después de aquel incidente.

[33] En Tumba de Dioses puede encontrarse un grupo de diez, pero los gigantes mekkénicos del Monasterio del Hierro se mantienen sin tripulación ni combustible, para activarse solo en momentos de crisis graves. Gracias al poderío militar itreyano y a las dificultades de atacar Tumba de Dioses si no era por mar, la presencia de máquinas en la ciudad era sobre todo ceremoniosa. En las últimas cuarenta veroscuridades, los andadores de guerra de Tumba de Dioses se habían activado solo dos veces.

La primera fue durante el derrocamiento del rey Francisco XV. Los legionarios monárquicos intentaban asaltar el palacio y rescatar al rey de sus atacantes cuando recibieron noticias del alzamiento. Los pilotos fieles al régimen, cuyos puestos ya no eran más que formulario a aquellas alturas de la monarquía, se rindieron al enterarse de que Francisco y toda su familia habían muerto ya.

El segundo incidente se inició con tres botellas de vino dorado de calidad media y una fanfarronada ebria dirigida a una potencial amante, siguió con un torpe impacto contra la sexta Costilla (que se partió por la base y cayó al mar) y terminó con un juicio sumario y una crucifixión aún más sumaria para el joven implicado.

Y eso que la chica ni siquiera estaba tan interesada en él...

[34] Si algún caballo nacido bajo la Luz de Aa era de verdad capaz de proferir una risa burlona, ese era Cabronazo.

[35] El gesto se conoce como «los nudillos» e implica levantar un puño con

los dedos índice y meñique extendidos hasta el primer nudillo.

Tuvo su origen en la Batalla de las Arenas Escarlatas, donde el rey Francisco I de Itreya, también conocido como el Gran Unificador, derrotó al último rey brujo liisiano, Lucio el Omnipotente.

Tras la batalla, se dio por hecho que la resistencia liisiana al gobierno itreyano iría flaqueando. Itreya ocupaba sus territorios conquistados con tanto ingenio como perfidia: un grupo pequeño de Administratii nacidos de la médula ocupaba el vacío de poder generado al destruir la clase gobernante y, mediante la coacción y los sobornos, establecía una nueva élite que tenía lazos con Itreya. Los jóvenes se enviaban a Tumba de Dioses para educarlos, las hijas itreyanas se casaban con lugareños y la riqueza fluía hacia los bolsillos adecuados. Y así, antes incluso de la siguiente generación, los conquistados empezaban a preguntarse por qué se habían resistido.

No ocurrió así en Liis, gentiles amigos.

Tras la muerte de Lucio, se estableció una guarnición de Luminatii en la capital liisiana, Elai, para supervisar la «asimilación». Todo fue bien hasta que un grupo de tropas aún leales al recuerdo de Lucio asaltaron un banquete en el antiguo palacio del rey brujo. Capturaron a la élite itreyana y la guarnición Luminatii y, uno por uno, los castraron con una hoja al rojo vivo.

Después liberaron a los cautivos, y las fuerzas fieles al antiguo régimen se hicieron fuertes dentro del palacio y esperaron la inevitable venganza. El Asedio de Elai duró más de seis meses y se convirtió en leyenda. Se decía que los monárquicos recorrían las almenas de palacio levantando los puños con los dedos índice y meñique extendidos hasta el primer nudillo, un gesto provocador para recordar a los atacantes itreyanos que los rebeldes seguían en posesión de su... equipamiento, mientras las joyas de la corona itreyanas se las habían comido los perros de los rebeldes. Aunque los monárquicos terminaron derrotados, «los nudillos» pasaron al uso común por parte de

muchos ciudadanos de la república, como gesto para hacer gala de la propia superioridad sobre la escasa hombría de un adversario.

[36] La Gran Ofrenda marcaba el punto medio (aproximado) entre veroscuridades y era una festividad sagrada de Aa, que por tradición se celebraba haciendo regalos a los seres queridos. Se decía que la primera Gran Ofrenda tuvo lugar el día en que Aa regaló a sus hijas el dominio sobre los elementos. A Tsana, su primogénita, le dio el poder sobre el fuego. A Keph, sobre la tierra. A Trelene, sobre los océanos. A Nalipse, sobre la tormenta. A cambio, las hijas concedían a su padre su amor y obediencia.

Se dice que Niah no regaló nada a sus hijas, pues las Fauces no tienen nada dentro que entregar. Pero eso no son más que embustes que vomitan los clérigos de la iglesia de Aa.

A Keph, Niah le regaló sueños, para que le hicieran compañía en su eterna modorra. A Trelene le concedió el enigma, la profunda oscuridad de las aguas que no toca la luz de los soles. A Nalipse le entregó la calma, la paz que hay en el ojo de la tormenta. ¿Y a Tsana? ¿A su primogénita, que tanto la despreciaba?

A Tsana, diosa del fuego, Niah le dio el hambre.

Un hambre inacabable.

[37] No era barro. Por desgracia.

[38] Por supuesto, el número tres goza de gran importancia en Itreya, y el culto a Aquel que Todo lo Ve está considerado la religión oficial de la república. Sin embargo, es interesante resaltar que, incluso en otras regiones donde la devoción a Aa no es tan preponderante, el número tres sigue revestido de una gran relevancia cultural.

Por ejemplo, en Liis.

En los giros anteriores a que los Monasterios del Hierro itreyanos hicieran marchar sus andadores de guerra a lo largo y ancho de Liis y la conquistaran

en nombre del Gran Unificador, el rey Francisco I, los liisianos tenían su propio panteón, una trinidad formada por el Padre, la Madre y el Niño. Los nacidos en el tercer giro del mes se tenían por bendecidos. Los terceros hijos de terceros hijos se iniciaban sin excepción en la clerecía liisiana. Y por último, se decía que todos los reyes de Liis poseían tres testículos, en señal de su derecho divino al trono.

Aunque en principio otros gobernantes celosos negaron la teoría, terminó demostrándola el rey Francisco I. Cuando capturó al último rey liisiano, Lucio el Omnipotente, en la Batalla de las Arenas Escarlatas, el Gran Unificador retiró el escroto del monarca con su propia daga y encontró tres turmas que le devolvieron sendas miradas afligidas desde la bolsa.

A la leyenda se le había concedido cierta credibilidad digna de agradecimiento, pero Lucio el Omnipotente se quedó poco satisfecho con el método de verificación de Francisco.

El disgusto le duró poco.

[39] Proveedor de cigarrillos itreyanos de primera calidad, buen coñac y la más completa colección de litografías guarras en toda Tumba de Dioses.

[40] Un grupo se había adentrado en los Susurriales unos tres giros antes, al frente de una larga hilera de caballos sin cargar. Dadas las armas a la vista, Mia los tomó por saqueadores de tumbas, pero en realidad eran peregrinos de una facción muy marginal conocida como los kephianos. Su líder, un hombre llamado Emiliano Rostas, los había convencido de que la hora del despertar de la gran Keph se aproximaba, de que la diosa de la tierra no tardaría en despertar de su sueño y traer el fin del mundo. Solo aquellos fieles que se reunieran en el Ombligo de la Diosa (que Emiliano situaba en el desierto ashkahi) podrían salvarse.

Cuando le señalaron que la travesía quizá fuese más peligrosa que limitarse a quedarse sentados esperando a que se presentara Keph, Emiliano respondió

que sus seguidores y él eran los elegidos de la diosa de la tierra, y que ella no permitiría que les aconteciera ningún mal.

Cabe suponer que los espectros de polvo que devoraron sus cadáveres no habían recibido la nota de aviso de la diosa.

[41] El Hogar es un fuego avivado eternamente por la diosa Tsana dentro de la barriga de la durmiente diosa de la tierra, Keph. Su fulgor atrae a los espíritus rectos de los muertos, y se vuelve más brillante y caliente con cada alma que llega al más allá. Los itreyanos creen que llegará un momento en que la cifra de muertos sea tal que el fuego consumirá a Keph y supondrá el final del mundo.

A los espíritus malvados se les niega un sitio junto al Hogar y se dejan vagando por el gélido vacío para ser consumidos por Niah. A veces, la diosa envía de vuelta al mundo a esos espíritus malvados para atormentar a los rectos y los justos. Reciben el nombre de «deshogarados» y son figuras habituales en el folclore, según el cual moran en tumbas abandonadas o lugares de terrible maldad y se llevan a los bebés, desfloran vírgenes y provocan subidas injustas e ilógicas de impuestos.

[42] Destilada a partir del mecanismo de defensa de los leviatanes de las profundidades marinas, la tinta es un sedante alucinógeno. Por inyección, la droga induce una sensación de bienestar y la pérdida del control muscular. En su hábitat, los leviatanes usan la tinta para huir de los depredadores, ya que un buen chorro en la cara suele hacer que hasta el draco blanco más hambriento deje de preocuparse de su mañanera un rato. Sin embargo, su uso prolongado provoca una pérdida de empatía y, en los casos más desmedidos, una pérdida completa de contacto con la realidad.

Francisco XV, el último rey de Itreya, fue un infame tintómano. Bajo la influencia de su adicción, e incluso durante el alzamiento que lo destronó, cuentan las crónicas que le hizo muchísima gracia que su guardia personal lo

declarara un traidor a su pueblo. Se dice que la reina Isabella, también adicta, se echó a reír a carcajadas mientras descuartizaban a Francisco en su propio salón del trono.

Cabe suponer que se le pasaría el ataque de risa cuando los republicanos volvieron sus armas hacia ella y sus hijos.

[43] La Piedra Filosofal, como se conocía popularmente, era un estrecho peñón que se alzaba de la superficie del mar cerca de la costa de Tumba de Dioses, rodeado de acantilados letales y profundidades infestadas de dracos. En la cima de la piedra se hallaba la entrada de un fuerte abismal, excavado en la roca, según se decía, por la propia Niah. Era en ese agujero donde Tumba de Dioses echaba a cualquier criminal que no mereciera una ejecución inmediata. La cárcel estaba a rebosar de forajidos y ladrones, y los Administratii mal pagados apenas se preocupaban de la alimentación, de los cuidados médicos o de liberar a los presos cuando debían.

Una condena de un año podía estirarse fácilmente hasta los tres o incluso los cinco antes de que los secretarios de la cárcel llegaran a tramitar los documentos necesarios. En consecuencia, muchos presos dedicaban buena parte del tiempo a albergar sesudas ideas sobre la injusticia, la criminalidad y el hecho de que las botas que robaron no valían los cinco años de vida que estaban pagando por ellas. De ahí el mote del lugar, la «Piedra Filosofal».

Dado el excesivo número de presos, el Senado Itreyano había ideado un ingenioso y entretenido método de control de población conocido como el «Descenso», que tenía lugar durante el Carnaval de la Veroscuridad, cada tres años. Sin embargo, un incidente sin explicación que tuvo lugar durante el último Descenso, que coincidió con la noche de la Masacre de la Veroscuridad, resultó en la destrucción de gran parte de la Piedra Filosofal y en el desmoronamiento parcial del propio peñón. Desde entonces está abandonado, un cobertizo vacío supuestamente habitado por los fantasmas de

los centenares de asesinados en su interior, el horror de sus muertes incrustado en la piedra para toda la eternidad.

¡Uh!

[44] El negracero, también conocido como «perdición del hierro», era un metal asombroso creado por los teúrgos ashkahi antes de la caída del imperio. Negro como la veroscuridad, el metal nunca se embotaba ni se oxidaba, y podía afilarse hasta lo imposible. Se decía que los forjadores ashkahi partían sus yunques por la mitad cuando terminaban una espada de negracero para demostrar su valía, una práctica que contaba con el beneplácito entusiasta del Gremio de Fabricantes de Yunques de Ashkah.

Un relato famoso narra la historia de un ladrón llamado Tariq, que robó una hoja de negracero perteneciente a un príncipe ashkahi. Con las prisas por huir del escenario del crimen, al ladrón se le cayó el arma, que cortó el suelo y se hundió en la tierra. El chorro de fuego que liberó la herida infligida al mundo hizo arder la ciudad entera. Después de aquello, la muerte por inmolación pasó a ser la condena por robar en Ashkah. Sin importar la gravedad del delito, ya fuese por llevarse un mendrugo de pan o las mismísimas joyas de la corona, cualquier ladrón al que se atrapara en Ashkah terminaría atado a una columna de piedra y muriendo presa de las llamas.

Hay gente que no tiene ningún sentido del humor, ¿no os parece?

[45] Más huevos que sesos, gentiles amigos. Más huevos que sesos.

[46] Que rechazó la invitación pero, muy a su pesar, tuvo que bailar de todos modos.

[47] El río Rosa tiene el nombre más engañoso de toda la República Itreyana, y quizá de toda la creación. Su hedor es tan espantoso que, cuando le dieron a elegir entre ahogarse en el Rosa o ser castrado y crucificado, el hereje niahano don Antón Bosconi respondió a sus confesores con la célebre y muy citada frase: «Id trayendo un cuchillo, gentiles amigos».

[48] El vino dorado es un whisky itreyano, llamado así por los extensos maizales de las regiones interiores a partir de los cuales se destila. Varias familias son muy reconocidas por su producción, sobre todo los Valente y los Albari.

La rivalidad entre esas dos familias se infló desde la mala sangre al derramamiento de la misma en más de una ocasión. La más famosa de ellas, la Guerra de las Doce Barricas, duró cuatro veroscuridades y se cobró no menos de treinta y dos vidas. El conflicto, declarado Vendetta oficial (es decir, reyerta entre familias aprobada por la Sagrada Iglesia de Aa), recibió su nombre porque, después de las matanzas y los incendios que tuvieron lugar, sobrevivieron solo doce barricas de whisky de los Albari para distribuirse entre toda la república.

En consecuencia, las botellas de «Doce Barricas» son extremadamente raras e increíblemente caras: se sabe que una sola botella alcanzó en subasta un precio de más de cuarenta mil mamones de oro. Cuando la residencia de verano del senador Ari Giancarli se incendió por la torpeza de dos sirvientes, se dice que Giancarli corrió al interior de la villa en llamas no menos de tres veces, para salvar a su esposa, a su hijo y sus dos botellas de Doce Barricas.

Los rumores que afirman que salvó en primer lugar las botellas son, por supuesto, burdas mezquindades urdidas por sus rivales políticos, sin la menor base real.

(Las salvó en segundo lugar.)

[49] Una de las pruebas favoritas del anciano durante el aprendizaje temprano de Mia fue un juego al que llamaba «Sacerdote del hierro», en el que la chica y él competían para ver quién aguantaba más sin hablar. Aunque al principio Mia lo tomó por un juego para poner a prueba su paciencia y determinación, al cabo de los años Mercurio le confesó que solo se lo había inventado para tener un poco de silencio y tranquilidad en la tienda.



Su prueba más infame, sin embargo, llegó en el duodécimo año de Mia. Durante un invierno profundo particularmente gélido, el anciano ordenó a la chica que esperara en los tejados de enfrente de la Gran Capilla de Tsana a un mensajero que llevaría guantes rojos, y que luego siguiera al chico allá adonde fuese. El asunto, le dijo, era de «suma importancia».

Por supuesto, el mensajero era uno de los muchos agentes de Mercurio en la ciudad. No viajaba a ningún lugar de importancia (suma o no), sino que debía hacer pasear un poco a Mia en el tiempo inclemente y terminar llevándola de vuelta a la tienda. Pero, sin que lo supiera Mercurio, al chico lo arrolló un caballo desbocado de camino hacia el templo y, claro, nunca llegó.

Mia se quedó en los tejados pese al espantoso frío. (Solo un sol mora en el cielo durante los inviernos de Tumba de Dioses, y las heladas son largas y crueles.) Empezó a nevar, pero ella se negó a moverse para no perder a su objetivo. Al ver que Mia no había llegado la mañana siguiente, Mercurio se preocupó y siguió el rastro del mensajero hasta llegar por fin al tejado del distrito eclesiástico. Allí encontró a su alumna, casi en estado de hipotermia, con temblores incontrolables pero sin apartar la mirada de la Capilla de Tsana. Cuando el anciano le preguntó en nombre de la Madre por qué se había quedado en el tejado arriesgándose a morir congelada, la niña de doce años se limitó a responder: «Dijiste que era importante».

No andaba escasa de encantos, como os decía.

[50] Increíble, notable y tremendamente incorrecto.

[51] Como podréis imaginar, gentiles amigos, los métodos para evitar los soles en una tierra donde los muy hijos de puta casi nunca se ponen están considerados de suma importancia. Los dormitorios principales de la república suelen situarse en los sótanos, y los huéspedes de las mejores posadas pagan un sobrecargo por tener habitaciones sin ventanas. La enfermedad de la somnolencia, que se contrae por falta de sueño profundo, es

cada vez más problemática y, aunque la clerecía de Aa lo quemó en la hoguera por hereje, en la Fila de los Visionarios del gran recibidor del Monasterio del Hierro todavía se encuentra una estatua de don Agustín D'Antello, inventor de la cortina de tres capas.

[52] En realidad, había tres idiomas hablados bajo los soles de los que el cronista no tenía conocimiento.

El primero, la lengua de un clan de las montañas en la División Oriental que nunca había tenido un contacto con los forasteros que no terminara en un espetón al fuego.

El segundo, un dialecto particular del liisiano antiguo, hablado en exclusiva por una secta apocalíptica en Elai conocida como los Aguardadores (cuyos miembros sumaban la cifra exacta de seis, entre ellos un perro llamado Rolf pero al que sus correligionarios conocían como «el Príncipe Amarillo»).

Y por último, el idioma de los gatos. Oh, sí, los gatos hablan, gentiles amigos, no os quepa duda. Si tenéis más de uno y no los veis en este preciso momento, lo más probable es que estén en algún rincón lamentando que su dueño dedique el tiempo a leer libros estúpidos en lugar de prestarles la atención que se merecen.

[53] Aunque resultaba que era excepcional. «Lalalalalaaaaa.»

[54] No era cierto del todo. Algunos libros de la gran biblioteca de Liis son pero que muy listos.

[55] Mia iba a subir y bajar aquellos peldaños centenares de veces a lo largo de su estancia en la Iglesia Roja. Los contó cada vez. Y aunque nunca se lo reveló a nadie, el número de escalones cambiaba con cada nueva carrera, sin excepción.

[56] Un relato famoso transcurre en el pueblo de Puentenegro, al este de Ireya. Ernesto Giancarli, confesor de la iglesia de Aa, fue enviado allí por el

gran cardenal para investigar las denuncias de que un tenebro había seducido a las hijas de las familias más pudientes del pueblo. Todas esas uniones resultaron en niños, de cabello y ojos negros y la misma piel blanquecina que en teoría tenía su padre. Cada una de las damas involucradas narró la historia con la misma convicción: paseando por el bosque, habían encontrado a un atractivo desconocido e, inocentes como bebés, habían caído presas de sus oscuros encantos. Pese a que Giancarli investigó a fondo, no pudo encontrar ni rastro de aquel tenebro y, aunque por su aspecto tenían el mismo padre casi con toda certeza, los niños parecían perfectamente normales. El confesor consoló a los padres de las chicas asegurándoles que era muy posible que el responsable fuese un tenebro y regresó a Tumba de Dioses para informar a su cardenal de que la investigación no había resultado en hechos concluyentes.

Giancarli también anotó en su informe que el joven alguacil de Puentenegro, un mozo pálido y de cabello oscuro apellidado Delfini, nombrado para el cargo unos doce meses antes, había sido de lo más servicial con él a lo largo de toda su investigación.

[57] Aunque esté declarado como herejía, en ausencia de su erradicación completa por parte de los Luminatii, la Iglesia Roja tiene establecidos una especie de acuerdos con diversas autoridades por toda la República Itreyana. Dado el poder de la Iglesia de Aa y el reciente e infame intento de asesinato del cónsul Scaeva durante la Masacre de la Veroscuridad, muy pocos miembros de la nobleza de Tumba de Dioses tienen tratos directos con los discípulos de la Madre de la Noche. Sin embargo, en otros estados vasallos más cosmopolitas de la república, como la corte del rey vaaniano, Magnussun IV, la Iglesia Roja está reconocida sin ambages y uno de sus discípulos empleado a tiempo completo.

El beneficio de tal acuerdo es doble: por una parte, el buen rey Magnussun, por supuesto, puede librarse de sus enemigos sin armar escándalo en caso de

necesidad. Pero lo más importante es que, mientras disponga de los servicios de una Hoja de la Iglesia, no tiene por qué temer que un rival contrate a una hoja para librarse de él. Se trata de una regla dorada en las negociaciones de la Iglesia Roja, que les valió la preponderancia sobre otros asesinos a sueldo: mientras alguien tenga empleada a una hoja, su vida se considera intocable para otras hojas de Niah.

Por supuesto, la tarifa para disponer a voluntad de los servicios de uno de los mejores asesinos de la república es tan descabellada y atroz que solo un rey puede permitírsela mucho tiempo. Aun así, puede afirmarse que, entre todos los gobernantes de Itreya, seguramente Magnussun IV es el que mejor duerme. Su sueño solo es alterado de vez en cuando, a final de año, por pesadillas sobre la inminente llegada del pago a la Iglesia Roja.

[58] La semana itreyana se compone de siete giros, uno por cada hija de Aa y otro por cada uno de sus tres ojos. Los herejes niahanos hablan de que, antes de que las Fauces fueran desterradas del cielo, Aa reclamaba para sí un solo giro de la semana en vez de tres y concedía otro a su esposa.

Los herejes no mencionan a quién pudo pertenecer el séptimo giro.

[59] El púrpura pasó a ser el color que señalaba el prestigio en la república durante los tiempos de la revolución, cuando se derrocó al último rey de Itreya, Francisco XV.

El tinte de color púrpura se fabrica a partir de los pétalos aplastados de una flor que solo crece en la montañosa frontera entre Itreya y Vaan. La flor, casi imposible de cultivar, se llama liberis, que significa «libertad» en itreyano antiguo. Los republicanos que asesinaron a Francisco la adoptaron como símbolo para su causa y se enganchaban un capullo al pecho durante sus reuniones en la corte para indicar su lealtad a la conspiración.

Si el dato es algo más que un adorno romántico o no, queda dentro del terreno del debate histórico, pero lo cierto es que solo los senadores tienen

permitido vestir con ese color en público. Si se sorprende a algún plebeyo vestido de púrpura, es probable que sufra el mismo destino que el pobre Francisco XV, es decir, un brutal asesinato delante de toda su familia.

Por supuesto, si un color puede definirse o no como «púrpura» está abierto a la interpretación. El lila podría ser perdonable, por ejemplo, si el magistrado de turno estuviera de buen humor. Se podría argumentar que el color de la vincapervinca está más cerca del azul que del púrpura, y lo mismo con el violeta, pero el amatista sin duda pondría a prueba dicho buen humor.

El malva, cómo no, queda descartado.

[60] Escuchando durante una centrera unos giros más tarde, Mia descubriría que el chico se hacía llamar «Pipa» y que sus conversaciones murmuradas no eran consigo mismo, sino con su cuchillo, una daga larga y peligrosa a la que, por lo visto, llamaba «la Encantadora».

[61] La esclavitud en Itreya era un asunto muy regulado, con un ala entera de los Administratii dedicada a vigilar el mercado. Los esclavos eran de tres tipos, dependiendo de sus habilidades, y su valor monetario variaba en consecuencia.

Los primeros eran el rebaño más habitual: peones, trabajadores domésticos y similares, marcados arkímicamente con un solo círculo en la mejilla derecha. Los segundos eran los entrenados para el combate: gladiatii, guardias y miembros de las legiones esclavas, marcados con dos círculos entrelazados. Los terceros y más valiosos eran los poseedores de cierta educación o alguna habilidad provechosa: músicos, escribas, concubinas y demás, a los que se marcaba con tres círculos para indicar su valor superior.

Retirar esas marcas arkímicas era un proceso doloroso, caro y hermético, guardado con celo por los Administratii. Para ganarse su libertad, un esclavo no solo debía ahorrar lo suficiente para comprarse a sí mismo de su amo, sino también para pagar la retirada de su marca. No debería sorprender a nadie,

pues, que la mayoría de los esclavos de la república llevaran sus marcas hasta la tumba.

[62] Conocida también como «matarreyes», la dalia roja estaba considerada el veneno en boga mientras duró la monarquía itreyana. Por la escasez de la planta necesaria para producirla, la dalia roja era difícil de adquirir y, por tanto, más cara que un banquete de boda medio de los que daban los nacidos de la médula. Su empleo se consideraba tanto una señal de respeto a la víctima (porque sus efectos son rápidos y relativamente indoloros) como una perversa fanfarronería por parte del asesino (porque solo los más ricos podían permitírsela). Durante el auge de la monarquía itreyana, la toxina se utilizó para asesinar a no menos de tres reyes de Itreya y varios miembros de la alta alcurnia, entre ellos dos grandes cardenales.

Cuando su padre murió de envenenamiento por dalia roja, un recién coronado Francisco VII declaró que la flor era una herramienta de las Fauces y ordenó que se quemara toda planta hallada en su reino. El resultado fue una inflación desmedida que enseguida volvió la dalia roja una opción imposible para quienes no hubieran tenido la previsión de mantener un invernadero. Por desgracia, ello trajo consigo que se pusieran de moda otros preparados menos piadosos, como el veneno de víbora marcanegra y el corrosivo «despecho», entre los asesinos con contactos de menor estopa.

Mientras Francisco VII yacía en su lecho de muerte, chillando por una dosis letal del segundo preparado que disolvía poco a poco su estómago y sus vísceras, cabría preguntarse si conservó la lucidez suficiente para apreciar la ironía.

[63] Mataarañas intentó envenenar a su clase otras dos veces en las siguientes semanas. La primera fue con una toxina de contacto conocida como «escalofrío», que vertió una mañana temprano en los baños. Para la segunda tuvo ayuda de Ratonero, que reemplazó las cerraduras de los

dormitorios de todos los discípulos por trampas de aguja liisianas, impregnadas de suficiente matatodo para acabar con un caballo.

Dos discípulos murieron por las trampas de matatodo, un chico itreyano llamado Angio al que Mia apenas conocía y una chica muy amable llamada Larissa, que era de las mejores alumnas en la clase de Ratonero. Se dio una misa sin estridencias por ellos en el Salón de las Elegías, a la que acudieron los novicios y el Sacerdocio. Los cuerpos se enterraron junto a los demás sirvientes de la madre, en las tumbas de las paredes y sin nombres en las lápidas. Mia estuvo observando a Mataarañas durante toda la ceremonia, buscando algún asomo de remordimiento. La mujer cruzó con ella la mirada una sola vez, mientras se entonaba el réquiem.

Y se encogió de hombros.

[64] El material del que se componen las Costillas y el Espinazo de Tumba de Dioses recibe el nombre de «hueso de tumba», aunque en realidad tenga una tensión de rotura superior a la del acero. Los secretos de su artesanía se perdieron con el paso del tiempo, pero se rumorea que dos altos arkimistas del Monasterio del Hierro todavía los poseen.

Aunque se vaciaron durante la construcción de Tumba de Dioses, las Costillas y el Espinazo se consideraban tesoros itreyanos, y perjudicarlos de cualquier forma era un delito castigado con la crucifixión. Buena parte del hueso de tumba adquirido en los albores de la ciudad se fue perdiendo con los siglos, hasta que el material se convirtió en un lujo casi impagable. Sin embargo, las cohortes de élite de la legión Luminatii llevan armadura de hueso de tumba, y la mayoría de las familias ricas y poderosas poseen unas cuantas reliquias de hueso de tumba, en general espadas y, en algunos casos muy raros, joyas. Los monarcas itreyanos llevaban una corona de hueso de tumba, aunque posteriormente pasó a guardarse en el Senado sobre un pedestal, que tenía talladas las palabras NONQUIS ITAREM.

«Nunca más.»

Si os fijáis bien, gentiles amigos, veréis que aún está manchada con la sangre del último hombre en llevarla.

[65] Debo especificar que, en realidad, se interesaban por muy pocos. En general, los Luminatii se ocupaban solo de los delitos que molestaban a quienes pagaban sus salarios, el Senado de Tumba de Dioses. Mientras los delincuentes de la ciudad se contentaran con matarse entre ellos y mantenerse debajo de las Caderas, al Senado le importaba un comino el asesinato de un tintómano que hubiera molestado a quien no debía o de un proxeneta que hubiera apostado al gladiador equivocado en la arena. Los Luminatii no eran una herramienta de la ley y el orden en la capital itreyana, gentiles amigos. Eran una herramienta del statu quo.

Aun así, a veces había accidentes. Y en esos casos, era interesante conocer a alguien que trabajara en la Porqueriza.

[66] Aunque sin duda habréis oído historias sobre cerdos comiéndose ruedas de carro o piernas de madera junto a sus propietarios, los relatos sobre el legendario apetito de estos animales tienden a ser burdas exageraciones. Sin embargo, los cerdos enviados a la Porqueriza desde el continente a menudo llevan sin comer más de una semana cuando los descargan y, después de siete giros sin nada más que el aire a lo que hincar el diente, la visión de un vaaniano troceado que debía demasiado dinero a la Gente Equivocada también os parecería a vosotros una cena de cinco platos, gentiles amigos.

Hay una historia famosa que corre entre los marineros itreyanos sobre el *Beatriz*, un barco cargado de cerdos que había puesto rumbo a Tumba de Reyes pero al que desvió una tormenta en la veroscuridad y acabó naufragando en una isla del mar del Silencio. Sobrevivieron doce tripulantes que, aun así, fueron desapareciendo misteriosamente uno por uno a lo largo



de las siguientes semanas. Cuando por fin salieron los soles, solo rescataron a un marinero. Era un grumete llamado Benio, quien, ya en el arrastrero dweymeri que lo había sacado de la isla, juró que a sus compañeros se los había comido otro superviviente del naufragio: una feroz cerda que acechaba en la oscuridad y fue devorando a los desafortunados marineros uno tras otro.

Por lo visto, los marineros habían puesto a la despiadada cerda el nombre de «Rosita».

Tras regresar a la civilización, el pobre Benio perdió la cabeza cuando le sirvieron una mañanera de panceta y cerdo frito, y pasó el resto de sus días en el manicomio de Tumba de Dioses. Se dice que Rosita aún vaga por la isla, devorando a náufragos y berreando al cielo cuando cae la veroscuridad.

Si la historia es cierta o no, por supuesto sigue siendo tema de ebria especulación en las cubiertas de los distintos cargueros de cerdos. Lo que sí es cierto es que, después de que Mercurio le explicara lo que ocurría en la Porqueriza a los trece años, una joven Mia Corvere juró que no volvería a probar el jamón en lo que le quedaba de vida.

[67] Los boticarios defienden la teoría de que el desequilibrio entre la luz y la oscuridad en Itreya provoca muchos problemas de salud pública, como el creciente número de pacientes con «somnolencia» que atestan el manicomio de Tumba de Dioses, o los niveles de adicción a sedantes como el «desmayo». Los anteojos de azurita son uno de los pocos remedios aceptados. Se trata de cristales tintados de verde o azul mediante procesos arkímicos, que compensan el brillo del sol dominante en el cielo y ahorran a los ciudadanos pudientes el grueso de la furia de Aa.

Se formaron distintos comités aprobados por el estado para promover iniciativas sanitarias más ambiciosas, pero dado que es voluntad del todopoderoso Aa que su esposa desaparezca del cielo durante años enteros, incluso reconocer que existen enfermedades relacionadas con la luz puede

considerarse herejía. Por ello, los esfuerzos para combatir el problema topan a menudo con impedimentos por parte de los senadores leales a la iglesia, por no mencionar a los grupos de presión pagados por el extraordinariamente pujante Gremio de Cortineros itreyano.

¡Ah, la democracia!

[68] Era el puente más alto de Tumba de Dioses, conocido en sus inicios como el puente de las Torres. Su nuevo nombre y su popularidad como punto de suicidio llegaron en el año 39 de la república, cuando la amante del gran cardenal Bartolomé Albari, Francisca Delfi, saltó desde él a su muerte durante el Carnaval de la Veroscuridad. Iba vestida con el atavío completo de carnaval, incluyendo una máscara de dominó dorada y con joyas incrustadas que valía más que un pequeño terreno en la mejor zona de Valentia.

Cuando corrió la noticia de su suicidio, la búsqueda de su cadáver y, sobre todo, de la máscara que llevaba, provocó varias muertes por ahogamiento, al menos cuatro por apuñalamiento y disturbios menores. Se rumoreaba que Albari había prometido renunciar a su puesto en la iglesia y casarse con su amante antes de que cayera la veroscuridad del 39. Cuando Albari incumplió su promesa, la chica se había puesto las joyas que él le había regalado, había escrito una nota a sus padres explicándoles la sórdida aventura y luego se había tirado del puente.

Por desgracia para el cardenal Albari, el padre de Francisca, Marcino Delfi, era cónsul de la república en aquellos tiempos. El escándalo llevó a que Albari fuese apartado de su puesto y flagelado en público, y el excardenal terminó saltando desde el mismo puente bajo el que había muerto su amante. Con el tiempo, la historia se convirtió en el trágico relato de dos amantes apartados por la sociedad y consumidos por su prohibida pasión. Desde entonces, los adolescentes enamoradizos se han dedicado a tirarse desde el puente, y el control de las riberas alrededor del puente de las Promesas

Incumplidas (y por tanto, el derecho a ser el primero en saquear los enamoradizos cadáveres) ha causado varias guerras entre bandas de los braavi de la ciudad.

Por cierto, el cuerpo y la máscara de Francisca no llegaron a encontrarse jamás.

No por parte de un ser humano, al menos.

[69] El nombre de La Cama de la Reina, una de las tabernas más antiguas de Tumba de Dioses, se lo puso su constructor, un cantinero dotado de una particular valentía llamado Darío Cicerii, durante el reinado de Francisco XIII. La reina de Francisco, Donnatella, era conocida por ser mujer de... apetitos, y la plebe se regocijó con las insinuaciones resultantes. De forma inevitable, las conversaciones terminaban pareciéndose a la siguiente:

—Reunámonos para refrescar nuestros gaznates mañana, gentil amigo.

—Una idea excelente. ¿Dónde podemos reunirnos?

—¿En la Cama de la Reina?

—Dicen que últimamente está muy concurrida.

(Insertar aquí sonoras risotadas.)

Como resultado, la taberna se convirtió en un negocio boyante. Cuando su disgustada esposa informó a Francisco XIII del nombre del establecimiento durante un banquete real, el monarca se quedó... menos molesto de lo que la reina Donnatella había esperado. Es más, se dice que el rey alzó su copa para brindar por el tabernero y comentó a sus invitados:

—Quizá debería visitar yo mismo la Cama de la Reina. Las Hijas saben bien que a la auténtica llevo tiempo sin verla.

(Insertar aquí silencio incómodo.)

[70] Se trata de una rama de la iglesia de Aa que es casi tan antigua como la propia religión. La misión del Confesionato, como supondréis, consistía en erradicar la herejía a lo largo y ancho de la república. Se ocupaban sobre todo

de los adoradores de la Madre de la Noche, y sus miembros se reclutaban entre los más fervientes —o desequilibrados— clérigos de Aa. La líder del Confesionato en tiempos de Mia, Acia Fiorlini, llegó al extremo de crucificar a su propio marido bajo sospecha de herejía al principio de su carrera. Tal devoción impresionó como debía a sus superiores y le propició un ascenso meteórico.

En realidad, Acia falseó las acusaciones contra su marido después de descubrir que estaba tirándose a una doncella.

Pero en fin, dos pájaros de un tiro...

[71] Murmuró un poco menos a su cuchillo en el tiempo que tardó en recuperarse. Mia estuvo tentada de buscar a sus torturadores para darles las gracias.

[72] Las heridas de la prueba de lealtad de Casio estaban casi curadas ya entre la grey y, para consternación de Mia, Pipa volvió a murmurar a su cuchillo con energías renovadas.

[73] El arte liisiano del retrato está considerado el mejor de la república, y los mejores artistas cobran grandes sumas por los encargos. Vaiello, un famoso pintor que vivía en la corte de Francisco XIV, acumuló un caudal tan espeluznante que se decía que podía comprar el reino entero dos veces. Por desgracia, después de un incidente relacionado con demasiadas botellas de vino, el segundo hijo de Francisco, Donatello, una cama con dosel y una fusta, Vaiello se encontró juzgado por traición y condenado a muerte.

Como cabía esperar, la ejecución de Vaiello hizo subir como la espuma el valor de sus cuadros, y los nacidos de la médula que los poseían ganaron pequeñas fortunas vendiéndolos. Lo que no se esperaba es que también llevara a un repentino incremento en la tasa de asesinatos de artistas liisianos famosos, a medida que ciertos nobles vieron la oportunidad de tasar sus colecciones mucho más a su favor a base de matar a los pobres mamones que

las habían pintado. Los artistas empezaron a caer como moscas y, en los meses siguientes a la muerte de Vaiello, la profesión de retratista se convirtió en la más peligrosa del reino.

Esta oleada de pintoricidios llevó a una increíble escalada en el precio del arte nuevo, ya que había menos maestros disponibles para pintar por encargo. Al darse cuenta del incremento de las tarifas, estos maestros también empezaron a formar a menos aprendices, elevando así todavía más los precios. Durante lo más álgido de la crisis, se decía que la tarifa para un cuadro estándar eran dos fincas de medio tamaño en la mejor zona de Valentia y una hija primogénita. La debacle no cesó hasta que tomó cartas en el asunto el rey Francisco, que inauguró al mismo tiempo dos academias para formar a artistas liisianos (una en Tumba de Dioses y una segunda más conocida en Elai) y declarando que el asesinato de un pintor liisiano se castigaría con la crucifixión.

El incidente, por cierto, todavía se enseña en la Gran Universidad de Tumba de Dioses como el ejemplo perfecto de las leyes de la oferta y la demanda. En homenaje a Vaiello, recibe el nombre de «Principio de la Fusta».

[74] Antonio Caravaggio, uno de los espadachines más temidos de su época, fue duelista en la corte del rey Francisco III. Calavera infame y aficionado a las jóvenes donas de alta casa, Caravaggio libró no menos de cuarenta y tres duelos a lo largo de su vida, y según las malas lenguas engendró catorce bastardos. Caravaggio luchaba con dos hojas gemelas, una en cada mano, y fue pionero del arte de luchar a dos manos que terminó llevando su nombre.

Irónicamente, su afición a las gemelas fue también su perdición. Murió en un duelo contra don Lentilo Varo después de pasar una noche de etílica pasión con las hijas gemelas de Varo, Lucila y Lucía. Se dice que seguía

intoxicado y demasiado exhausto para levantar su florete y que por ello su oponente lo ensartó con bastante facilidad, en lo que fue un final ignominioso para un artesano de la espada como él.

Las mismas malas lenguas afirman que sus últimas palabras fueron: «Ha merecido la pena».

[75] Aunque Marielle había hecho un espléndido trabajo tejiendo la cara de Diamo, siempre que Mia lo observaba, descubría que le seguía resultando casi del todo repulsivo. Había algo en la mirada del chico itreyano, algo frío y cruel que a Mia le parecía del todo horrible.

Si es cierto que los ojos son el espejo del alma, los de Diamo reflejaban una celda oscura y con paja en el suelo.

[76] Levantado a instancias del cónsul Julio Scaeva, el puente de las Necedades está construido solo a partir de embarcaciones, barcos y botes, arrastreros y transbordadores, puestos uno tras otro y amarrados con cadenas oxidadas. Según la constitución itreyana, los cónsules solo pueden ostentar el cargo durante una legislatura, es decir, durante casi tres años. De modo que, cuando Scaeva incumplió la tradición durante la Rebelión del Coronador y se presentó para ser reelegido alegando poderes de emergencia en época de crisis para la república, su más notorio rival político, el senador Suetonio Arlani, afirmó: «Scaeva tiene más posibilidades de caminar sobre las aguas de la bahía de los Carniceros que de triunfar en su necesidad».

Cuando Scaeva obtuvo un arrollador éxito electoral sin precedentes, compró todas las embarcaciones que encontró, las hizo amarrar entre sí para componer un tosco puente y cruzó la bahía descalzo. Llamado el puente de las Necedades por el comentario de Arlani, la pasarela se convirtió en parte integral del paisaje de Tumba de Dioses y en el hogar de todo un surtido de vagabundos, desposeídos y parias, que se ganaban las habichuelas sin pagar

alquiler en el monumento al triunfo del cónsul. Al propio Scaeva no pareció importarle.

En cuanto al senador Arlani, terminó condenado a cadena perpetua en la Piedra Filosofal unas semanas después de la victoria electoral del cónsul. Las circunstancias de su encarcelamiento no tuvieron absolutamente nada que ver con sus comentarios públicos, os lo aseguro.

[77] El perro costroso es un voraz carnívoro oriundo del continente liisiano, parecido a un cánido gordo y sin pelo con ojos de cerdo y dientes afilados. Son unos combatientes increíblemente feroces a corta distancia, pero carecen de la resistencia para perseguir a sus presas durante mucho tiempo. Suelen alimentarse de carroña, pero también han desarrollado un peculiar método de «caza».

La criatura se hace a sí misma heridas superficiales, mordiéndose las patas traseras hasta sangrar. Entonces, el perro costroso finge estar malherido, cojeando y sangrando, hasta que lo vislumbra algún carroñero, como un buitres, un chacal u otro perro costroso. Cuando eso sucede, el animal se deja caer y simula estar muerto. Este subterfugio puede durar horas, a veces incluso giros completos.

Son unos actores consumados, que llegan al punto de quedarse quietos mientras otro carnívoro les da un cauto mordisco. Pero cuando el carroñero por fin se dispone a comer tranquilo, el perro costroso ataca, desmembra a su aspirante a depredador y se da un buen festín.

Como resultado de sus heridas autoinfligidas, estos animales acostumbran a estar cubiertos de costras, y de ahí su nombre.

Y en caso de que os lo estéis preguntando, no, gentiles amigos, no son buenas mascotas.

[78] La mejor expresión de perro apaleado de Ashlinn podría hacer que un

verdadero perro apaleado dimitiera, hiciera el equipaje y se mudara a algún sitio más tranquilo para criar pollos.

[79] Un idioma hablado por completo con gestos de manos, dedos y cara. Empleado por maestros, una conversación en deslenguado podía parecer poco más que una sucesión de tics, guiños y sutiles asentimientos, desapercibida del todo para quien no estuviese versado en el arte.

Los novatos a menudo parecían estar poniendo carazas divertidas en pleno ataque de epilepsia, pero ya dicen que nadie nace enseñado.

[80] Los braavi eran un colectivo extraoficial de bandas que dominaban buena parte de las actividades criminales en Tumba de Dioses: prostitución, hurto y violencia organizada. Durante siglos, los braavi fueron un incordio para diversos reyes itreyanos e, incluso después de que se constituyera la república, permanecieron insertados en las Partes Bajas de Tumba de Dioses como garrapatas de las más tozudas. Sus actividades socavaban el comercio, reducían los beneficios y parecía que no había redadas de los Luminatii que pudieran acabar con ellos para siempre.

Fue un senador recién elegido, Julio Scaeva, quien propuso por primera vez la idea de conceder a las bandas braavi más poderosas, como las que controlaban los muelles y los distritos de almacenes de Tumba de Dioses, un estipendio oficial salido de las arcas de la república. Argumentó que sería más barato pagar a los matones que organizar una fuerza policial para combatirlos, y que las propias bandas se beneficiarían de un período de estabilidad. Scaeva financió el primer pago de su propia fortuna personal, y prácticamente al giro siguiente fue recompensado con un increíble descenso en las tasas de criminalidad de las Partes Bajas. La popularidad del senador se disparó entre los mercaderes que recibían mercancías de los muelles, entre los ciudadanos que se habían visto atrapados en las guerras entre Luminatii y braavi y entre los mismos matones, a los que les gustaba bastante cobrar por



no hacer nada. Fue después de aquella maniobra cuando empezó a conocerse a Scaeva como *Senatum Populiis*, el senador del pueblo.

Lo que lo llamaban sus oponentes a puerta cerrada, por supuesto, era mucho menos halagador.

Pero solo si la puerta estaba bien cerrada.

[81] Durante sus sesiones con la tejedora, Mia pudo estudiar muchas de las caras que adornaban sus aposentos, y a veces iba a visitar a Marielle con poco más que un rasguño, solo para poder echar otro vistazo a la colección. Las máscaras eran maravillosas, reunidas desde todos los rincones de la república.

Mia reconocía los *voltos*, los dominós y las polichinelas del Carnaval itreyano, por supuesto. Y las temibles máscaras de guerra de las islas de Dweym, talladas en jabí para parecerse a los horrores de las profundidades. Y el semblante immaculado y blanco como el hueso de un sacerdote leproso liisiano, y la cegadora capucha de un eunuco del harén de algún Rey Brujo fallecido hacía mucho. Pero la tejedora parecía obsesionada con los rostros en todas sus formas y tamaños, y por lo visto se había dedicado a coleccionar rarezas que alimentaran esa obsesión.

En la colección de la tejedora, Mia vio exquisiteces doradas con la forma de cabezas de león, parecidas a las estatuas con cabeza de gato de los Susurriales ashkahi y a las figuras en la empuñadura de la espada de Ratonero. Distinguió una capucha de verdugo medio podrida, una venda para los ojos con una costra de lo que parecía sangre seca, las máscaras mortuorias de una docena de niños, algunos no más que bebés. Caras hechas de madera y metal, de hueso y piel disecada. Ornamentadas y banales. Hermosas y horribles. La tejedora las coleccionaba todas.

A veces Mia se notaba a punto de compadecerse de Marielle. Tenía que ser espantoso, supuso, tener poder sobre la carne de los demás y ninguno sobre la

propia. Pero entonces recordaba el horror en que Marielle había convertido el rostro de Naev. Y por mucho que intentara aferrarse a ella, por importante que supiese que era, su piedad moría poco a poco.

Dejando solo cenizas.

[82] La edad mínima para convertirse en Reluciente eran los dieciocho años, tradición que se remontaba a los inicios de la legión. La doctrina fundacional de los Luminatii era increíblemente detallada y sus requisitos de entrada, estrictos hasta decir basta. Un dato interesante es que los códigos no prohibían que las mujeres se hicieran legionarias, aunque ninguna mujer había ingresado en toda la historia.

Todavía.

[83] Mía había oído hablar de armas mágicas, claro. Lucio el Omnipotente, el último Rey Brujo de Liis, supuestamente era dueño de una hoja que cantaba mientras aniquilaba a sus enemigos. El héroe legendario Maximiano blandía una espada llamada Terminus que, según se decía, sabía cómo iban a morir todos los hombres bajo los soles, incluido su amo. Las leyendas itreyanas estaban repletas de relatos de espadas con mente propia.

Por supuesto, Mia sospechaba que la daga de Pipa no gozaba del don del habla más que los burros del de dar volteretas. Pero aun así, siempre que saludaba al chico, se preocupaba de decir hola también a la Encantadora.

Esta es la verdad, gentiles amigos: ante la duda, conviene ser educado en los tratos con lunáticos.

[84] Su último par. El buen cronista había roto los que tenía de reserva en una refriega contra un ejemplar de *Al servicio de Su Majestad*, la autobiografía de Angélica Trobbiani, una cortesana durante el reinado de Francisco VI. Todos los ejemplares de esa «traición obscena» fueron reunidos y quemados por orden de la reina de Francisco, Aria, tras la muerte

de su marido. El ejemplar del *athenaeum* de la Iglesia Roja era el último que existía en el mundo.

El libro, que había heredado parte de la infame personalidad de su autora, estaba comprensiblemente molesto por ese hecho.

[85] Nadie supo qué fue de la querida daga del chico.

[86] La tercera rama de la burocracia de la república, además de los *Luminatii* y los *Administratii*. Mucho menos numerosos que sus organizaciones hermanas, los *Obfuscatii* son los informadores y los propagandistas del Senado. La organización, tan antigua como la misma república, se ocupa sobre todo de las amenazas internas a la seguridad de Itreya. Se sabe que su fundador, Tiberio el Viejo, estuvo entre los insurgentes que derrocaron al último rey de Itreya, Francisco XV.

Hay rumores que incluso sitúan la mano de Tiberio en la hoja que mató al pobre Francisco.

[87] Aunque gran parte del interior era terreno baldío, las regiones costeras de Ashkah seguían siendo de las más bonitas del mundo. Aparte del esplendor natural de lugares como las Mil Torres, las Cataratas de Polvo de Nuuvash o la Gran Sal, sigue habiendo algo en contemplar la salida de los soles desde un paisaje infernal y contaminado por la magia que simplemente deja sin respiración.

Por supuesto, los *krakens* de arena, los espectros de polvo y las demás monstruosidades que habitan los *Susurriales* pueden producir el mismo efecto, que es por lo que Ashkah carece de industria turística digna de ese nombre.

[88] Que yo sepa, no hay palabra que describa el sonido que hace un camello. Los perros ladran, los leones rugen y los borrachos farfullan. ¿Qué abismos hace un camello?

# Índice

Nuncanoche

Caveat Emptor

Libro 1: Cuando todo es sangre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Libro 2: Hierro o cristal

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Libro 3: El negro enrojece

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

## Capítulo 36

Epílogo

Dicha última

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jay Kristoff

Créditos

Notas